G. H. GUARCH

Corresponsal en Rusia

Lectulandia

Novela de un atractivo histórico poco común que, de la mano de Paul Alexander, un joven periodista norteamericano, nos descubre el ambiente social y cultural donde germinó y estalló la revolución, y cómo se desarrolló ante sus ojos atentos y su privilegiada presencia a la que el azar, o quizá el destino, había situado en una primera línea, a la que la portentosa y sugerente escritura de G. H. Guarch nos convoca para seguir y vivir el complejo entramado de vocación, fe, terror y aceptación del destino con que el pueblo ruso vivió uno de los episodios más extraordinarios de nuestra historia, que cambió el mundo y la forma de gobernarlo, dominarlo o defenderlo.

G. H. Guarch

Corresponsal en Rusia

ePub r1.0
Titivillus 10-03-2023

Título original: *Corresponsal en Rusia*
G. H. Guarch, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Dedicado al apasionado y valiente pueblo ruso, a todos los hombres y mujeres de ese inmenso y hermoso país. A sus músicos, escritores, pintores, bailarines, científicos, cineastas, escultores, diseñadores, profesores. A los que de una manera u otra buscaron los caminos de la libertad.

«¿Saben quiénes preparan las revoluciones? Los místicos, los sufíes, los santos del pueblo. Miren, detrás de lo que tenga que venir estarán, sin duda, Dostoievski y Tolstoi. Las palabras no son inocuas. Golpean la realidad como un knut engrasado en la piel de una mula tozuda. Las revueltas de 1905 demostraron con claridad quién era el zar y lo que podría hacer el pueblo si se uniera. ¡Toda esa impresionante guardia imperial, los cosacos, la Ojrana, los tribunales del Estado, solo son poco más que tramoyas polvorientas en el eterno drama de este país! Representan una función y pretenden demostrar que el poder, la fuerza, la justicia, ¡hasta el mismo Dios! está con ellos. ¡Pero es mentira! Ellos siempre lo han sabido, y ahora también lo sabe el pueblo. Si ustedes me preguntan si el pueblo está orquestando todos esos movimientos como un sistema que busca un fin, les diré que no. Es la misma dialéctica histórica la que empuja aquí y allá, mediante un proceso imparable e inconsciente, y les advierto que no soy marxista. ¡Pero, amigos míos, en eso Marx llevaba razón! Las vanguardias deben sustituir lo viejo por lo nuevo, su mismo nombre lo indica. Cambiar lo obsoleto, lo caduco, lo que se ha quedado anticuado. Entre la nueva generación hay un ansia de renovar de la que en ocasiones ni ellos mismos son conscientes. ¡Una verdadera revolución artística, política, vital si lo prefieren, que terminará por arrasarlo todo!».

ALEKSANDR BLOCK (según G. H. GUARCH)

«Sigue tú camino y deja que la gente hable»

KARL MARX

PRIMERA PARTE

EL VIENTO DE LA ESTEPA
(1910-1914)

I
El corresponsal

A mediados de mayo de 1910, el consejo de administración del *New York Herald*, uno de los periódicos más prestigiosos de los Estados Unidos, decidió llevar a cabo la selección del periodista adecuado para realizar un extenso reportaje sobre Rusia. Un trabajo para el que sería indispensable viajar a aquel lejano país y permanecer en él un mínimo de seis meses. El proceso se decidió finalmente a favor de alguien desconocido por el gran público, pero que parecía reunir las condiciones exigidas.

Tras una larga y compleja selección, el joven periodista perteneciente a la redacción del periódico, Paul E. Alexander, resultó elegido por el consejo del periódico dado su perfecto conocimiento del idioma y su cultura sobre Rusia. La elección no extrañó a nadie, ya que su verdadero nombre era Pablo Eugenio Alexeivich, hijo de emigrantes rusos llegados a los Estados Unidos casi tres décadas antes.

Paul Alexander había nacido en la Isla de Ellis[1] en marzo de 1883, cuatro meses después de la llegada a los Estados Unidos de una pareja de nacionalidad rusa que pretendía conseguir el visado de acceso. Era el primer hijo de aquel matrimonio que, como todos los demás emigrantes, llegaba escapando de la miseria con la idea de encontrar la tierra prometida y buscando una vida en verdadera libertad. Según las normas de emigración, en la obligada entrevista personal tuvieron que exponer los motivos de su interés por residir en los Estados Unidos. A la pregunta de cómo esperaban sobrevivir, reconocieron que apenas tenían dinero y que se encontraban prácticamente arruinados al haber invertido sus últimos ahorros en el viaje. Hablaron de las duras condiciones de la vida en Rusia en aquellos últimos años y de su esperanza de encontrar trabajo y una vida más digna en América. El hombre aseguró que era curtidor de pieles de profesión, ella no tenía un oficio específico.

En aquellos años, casi todos los emigrantes que llegaban a los Estados Unidos procedentes de distintos lugares de Rusia aseguraban que las durísimas circunstancias por las que atravesaba el país les habían obligado a

tomar la decisión de emigrar ya que allí resultaba prácticamente imposible sobrevivir. La mayoría de ellos se habían visto obligados a realizar trabajos de cualquier tipo, hasta los más denigrantes. En el caso de Alexei Petrovich Vorovsky, contó que había tenido que trabajar como jornalero, a causa de la terrible hambruna y la crisis económica que asolaba el país. Su mujer, Katerina Andréievna, hija de comerciantes arruinados, explicó que la situación económica que soportaba Rusia en aquellos años la obligó a emplearse como criada.

Tanto el hombre como la mujer con rostros agobiados por las circunstancias, sin otra ilusión por la vida que poder entrar en el país y convertirse en nuevos ciudadanos de los Estados Unidos. La legislación obligaba a que el funcionario que llevaba a cabo la entrevista manifestara su opinión personal en la ficha personal de cada uno. En aquel caso, el encargado de hacerla añadió que, analizando varios comentarios que había realizado durante la entrevista, aquel hombre no mostraba afecto por su esposa, se le veía forzado por las circunstancias, y en su opinión se desentendería totalmente de su mujer y de su futuro hijo en cuanto consiguiese entrar en el país, lo que podría suponer un problema para ellos. A pesar de ello los calificó como aptos para obtener el visado de entrada.

Todo había comenzado cuando, un día cualquiera de la primavera de 1882, Katerina Andréievna, que residía junto a su esposo en Kosaia Gora, provincia de Tula, al sur de Moscú, descubrió con inquietud que se había quedado embarazada. En un primer momento, Katerina dudó si comunicárselo a su marido, ya que durante los últimos tiempos mantenía una difícil relación con Alexei Petrovich y temía su reacción, pues él trabajaba desde hacía meses en Serpujov, llevaban más de seis meses sin verse y el embarazo procedía sin excusa de la relación que se había visto obligada a mantener con el propietario de la mansión en la que había trabajado durante los últimos meses. Nunca podría olvidar aquella tarde en la que, aprovechando que su esposa y el resto de la familia se hallaba en Moscú, donde tenían otra casa, el amo, que llevaba ya un tiempo tras ella, la acosó con promesas y halagos, incluso poniéndole una importante cantidad de dinero en la mano. El amo llevaba encaprichado desde que entró a trabajar como criada para todo. Era un buen hombre pero Katerina se había dado cuenta de que mantenía una tormentosa relación con su mujer y de que se le iban los ojos no solo tras ella sino también tras las demás mujeres que trabajaban en la gran casa. Era sin duda

un hombre apasionado, insatisfecho, que no podía contener su pasión por las jóvenes. A pesar de ello, era un hombre compasivo y bondadoso, por lo que al principio no dio mayor importancia al asunto. Al fin y al cabo, todos los hombres que conocía miraban sus pechos con descaro. Transcurrieron unos meses y el amo seguía igual, sonriéndole socarronamente, sin ocultar sus deseos. Ya en alguna ocasión, al cruzarse con ella en el pasillo, o al entrar en el dormitorio para hacer la cama, él la había acariciado sin más, como si nada, murmurando que era una joven preciosa. Todo el mundo hablaba bien del amo, y era cierto que era compasivo con los pordioseros y los campesinos hambrientos que, conociéndolo, se acercaban hasta allí para que les diera una limosna o algo de comer. Cuando se lo comentó a la cocinera, una mujer mayor que la aconsejaba, ella casi se enfadó.

—¡Ese hombre es un santo pero es natural que le atraigan las mujeres! ¿Es que eres tonta?

Lo cierto es que por temor a ser despedida, ella poco a poco se había dejado convencer, creyendo que todo aquello no pasaría de un mero revolcón en el heno, y que probablemente oponerse a los deseos de aquel aristócrata de cierta edad, con una extensa familia y un gran prestigio social, sería un error. A pesar de su edad, pues había entrado ya en la cincuentena, se trataba de un hombre alto, fornido y muy apasionado, que mantenía aún atractivo. Se dejó conducir hasta el pajar, diciéndole que subiera la escalerilla del almiar. Allí, entre carantoñas y besuqueos, el hombre le levantó las faldas mientras manoseaba sus pechos sin que ella fuese capaz de oponer más que una ligera resistencia.

Katerina recordaba que todo sucedió muy deprisa y que no supo o no pudo negarse ante la irresistible pasión que él mostraba, hasta que finalmente cayeron entre la paja recién cortada, donde la penetró. Después, apenas unos minutos más tarde, el hombre pareció sentirse muy avergonzado de lo que acababa de suceder y murmuró que lo perdonara. La ayudó a levantarse y sacó de sus pantalones un fajo de rublos que ella no quiso aceptar y que cayeron formando una nube de billetes desde el almiar a la parte inferior del almacén, mientras el amo seguía excusándose, asegurándole que la culpa era solo suya, y que no volvería a suceder. Aquella misma tarde, Katerina Andréievna recogió su humilde petate y abandonó el caserón, sabiendo que no tenía otra opción y que si denunciaba lo sucedido no conseguiría más que humillaciones y vergüenza, además de una violenta reacción de su marido.

Cuando, un mes más tarde, Alexei Petrovich volvió a casa, ella tuvo que decirle que iba a tener un hijo. Él la miró como si no quisiera comprender lo que estaba oyendo. Sin más, movió la cabeza negando y de inmediato abandonó la casa. Al día siguiente, volvió para decirle que había tomado la decisión de que ambos abandonaran Rusia para siempre. Recogió sus pertenencias diciéndole antes de marcharse que ya la avisaría cuando llegase el momento. Ella sintió un gran alivio y pensó que el honor mancillado, el temor a la maledicencia y el deseo de cambiar de vida ante la inesperada situación lo habían impulsado a ello. Dos meses más tarde, supo que él había conseguido vender la casa y la pequeña huerta colindante al *kulak* colindante, que ya le había hecho alguna oferta de compra en el pasado. Con los seiscientos veinte rublos que obtuvo por la venta de la casucha en la que vivían a las afueras de la aldea, Alexei Petrovich calculó que tendrían lo suficiente para los gastos del viaje. Durante todo aquel tiempo, él no volvió a dirigirle la palabra, y Katerina Andréievna supo que su matrimonio sería en adelante muy diferente; pero tendría que seguirle si quería sobrevivir con su hijo, ya que no podía contemplar la única alternativa, el suicidio, al tener una vida que dependía de la suya.

Alexei Petrovich tardó cinco meses en obtener los visados de salida, tras gastar parte del dinero en sobornar a los funcionarios que los extendían y soportar muchas humillaciones. Finalmente, a primeros de noviembre volvió, había que recoger lo esencial, ya que al día siguiente tomarían el tren. Tras un agotador viaje, pasando por Moscú, pudieron llegar al puerto de Riga. Sin dirigirle la palabra la condujo a una pensión barata donde contrató una habitación sin calefacción para ella. Una semana más tarde, consiguió adquirir los pasajes de tercera clase en un barco que realizaba cada dos meses la travesía a Nueva York, gastando en los pasajes prácticamente los últimos rublos. Tres días después, embarcaban con rumbo a América junto a otras muchas familias de ciudadanos rusos, polacos, alemanes, y muchos judíos de las mismas nacionalidades, personas que huían de la miseria y los pogromos buscando una nueva vida para sus familias. En la larga fila para subir al barco, en la que la policía buscaba desertores, deudores de la contribución, e incluso enemigos políticos que querían escapar para ponerse a salvo, tratando a la gente poco más que como ganado, Katerina Andréievna lloró de nostalgia y frustración mientras pensaba que, al menos, en América aquel niño podría tener un futuro. Tras veintidós días en el mar, en una travesía interminable por las adversas condiciones del tiempo, una mañana en la cubierta inferior de tercera clase corrió el rumor de que por fin estaban arribando al puerto de

Nueva York, y esta vez lloró sin poder contenerse, sintiendo en su interior una mezcla de esperanza y temor.

Apenas el barco hubo atracado entre pitidos de advertencia, ladridos de los perros que acompañaban a los guardias y gritos de los funcionarios de inmigración para que los recién llegados siguieran sus instrucciones, lo que resultaba muy complicado ya que en su gran mayoría se trataba de gente que no entendía una sola palabra en inglés, los condujeron en barcazas a la Isla de Ellis, donde serían recluidos hasta decidir quiénes de entre ellos podrían acceder al país, y quiénes devueltos a sus lugares de origen. Katerina Andréievna, que acababa de cumplir veinticinco años, estaba convencida de que el niño que se desarrollaba en su interior garantizaría su visado de entrada, y todos los días daba gracias a Dios por aquel pequeño milagro que había cambiado su vida. Ella ya no sentía nada por aquel hombre con el que seguía casada, su única preocupación era cómo sobrevivir.

Cuando finalmente el niño nació, una madrugada, con la ayuda de dos mujeres judías que tenían experiencia como comadronas y se prestaron a ello por pura humanidad, los emigrantes que compartían el enorme pabellón en el que no existía la menor intimidad, despertaron en plena noche al escuchar el primer llanto del recién nacido. Todos consideraron que se trataba de un buen augurio, salvo Alexei Petrovich, supuesto padre de la criatura, que no dijo una sola palabra a su mujer ni quiso ver al niño.

Por esas extrañas circunstancias de la vida, aquella misma mañana los periódicos de Nueva York publicaron la noticia de la modificación al decreto presidencial del año anterior que restringía el acceso al país de nuevos inmigrantes, según el cual el presidente Chester Alan Arthur[2] había decidido impedir que los chinos, los pobres, los enfermos mentales, y los afectados por enfermedades infecciosas como la tuberculosis o la sífilis, así como los que tuvieran antecedentes criminales, pudieran acceder como inmigrantes a los Estados Unidos. Sin embargo durante los últimos meses, la presión del Congreso y tal vez el amplio conocimiento que el propio presidente tenía del sistema de aduanas e inmigración, le hicieron recapacitar y lo obligaron a aprobar la adenda por la que se suavizaban las condiciones de inmigración de nuevos emigrantes, eliminando la absurda condición que impedía el acceso a los pobres, ya que con ella lo único que se había conseguido era que se

acumulase una gran cantidad de indigentes en la Isla de Ellis, pues el ochenta por ciento de los que llegaban no tenía un solo centavo.

Apenas la noticia de aquel positivo cambio que abría las puertas a la mayoría llegó a la isla, muchos de los que aguardaban sin esperanza relacionaron el nacimiento de Pablo Yevgueni Alexeivich, pues así quiso la madre que se llamara aquel niño, con la buena nueva, y al correrse la voz, una larga fila de inmigrantes desfiló por la esquina del enorme pabellón donde, bajo una manta, Katerina Andréievna aguardaba a que le subiera la leche para amamantar a su hijo y depositar sobre la manta un pequeño óbolo en concepto de acción de gracias. Los copecs, marcos, y otras monedas recogidas de casi todos los que aguardaban la decisión de las autoridades de inmigración fueron introducidos por Katerina en una bolsa de tela. Dos semanas más tarde pasaron el control sanitario, en el que seguían rechazando a los tuberculosos, sifilíticos y enfermos crónicos. Tras el obligado trámite, les entregaron el visado, luego los subieron a unos lanchones y, tras cruzar el Hudson, pudieron desembarcar en Battery Park, donde se encontraba el último control de policía y aduanas, que también pudo pasar sin dificultad ya que los que llevaban niños tenían preferencia sobre los demás.

Una vez que cruzaron la barrera, Alexei Petrovich, en un calculado gesto de orgullo y desprecio, siguió su camino sin despedirse siquiera de la que seguía siendo su esposa. Con aquella decisión había evitado que sus familiares y vecinos pudieran saber la verdad, convencido de que aquel era el lugar más adecuado para abandonarla para siempre, sabiendo que aquel niño nada tenía que ver con él. Katerina Andréievna suspiró mientras lo veía alejarse, sabiendo que, a partir de aquel mismo instante, era como si se hubiera quedado viuda. Tendría que comenzar su nueva vida sola, con el poco dinero que sus compañeros de fatigas en el pabellón de la isla le habían entregado, en un gesto en el que la mayoría de ellos solo intentaba poner a la fortuna de su parte mediante unas monedas de cobre, o unos viejos billetes que allí apenas valían nada.

Un mes y medio más tarde, Katerina Andréievna bautizó a su hijo en la iglesia ortodoxa rusa del Bronx, en una ceremonia en la que el pope tardó cinco minutos en convertir a aquel niño en un nuevo cristiano de la santa iglesia ortodoxa rusa. Para ella fue como un rito de acción de gracias, aquel niño había sido la llave que le había permitido entrar en América. Unos días más tarde, por consejo del juez de paz del barrio, se acercó hasta la oficina del

registro civil en el Bronx, donde el niño fue inscrito como Paul Eugene Alexander. Le entregaron un documento que acreditaba que era ciudadano de los Estados Unidos. Cuando volvieron a la miserable habitación alquilada, donde había conseguido encontrar refugio y en la que viviría sus tres primeros años de estancia en Nueva York, ella guardó en su maleta de cartón aquel papel sellado; desde aquel mismo instante, la nacionalidad de su hijo los preservaría a ambos de cualquier eventualidad, y les garantizaría su residencia en el país.

Durante los años siguientes, invirtió en la educación del pequeño todo lo que ganaba con su trabajo, convencida de que merecería la pena ya que aquel niño demostraba una inteligencia y un comportamiento que la hacía pensar que alguna vez podría escapar de la pobreza. En efecto, desde que aquel niño despierto e inquieto tuvo uso de razón, Rusia, aquel país lejano y misterioso del que provenía su madre y del que ella le hablaba con frecuencia, era sin embargo un país muy cercano a él. El idioma ruso lo aprendió en casa, pues era el único que empleaba su madre, que chapurreaba en inglés las cuatro palabras necesarias para hacerse entender. En su descargo alegaba que no le hacía falta aprender, ya que la gente del barrio, en su mayoría rusos o polacos, se entendían entre ellos en sus propios idiomas, y los de raza judía, aunque se tratase de inmigrantes rusos, lo hacían casi siempre en yiddish, que hablaban muchos de los muchachos del sureste del Bronx como una jerga propia cuando no deseaban que alguien ajeno se enterase de lo que decían.

Pudo entrar en el colegio público a los cinco años gracias a que una tía de su madre, Emma Vasilievna, que llegó a Nueva York unos años antes como tantos emigrantes rusos, y que ayudaba a su sobrina Katerina en lo que podía. Paul destacó enseguida, demostrando desde el primer momento que el esfuerzo de educarlo merecía la pena. Con los años, se fue transformando en un muchacho espigado, que compensaba sus pantalones remendados y sus viejas y gastadas chaquetas adquiridas en el mercadillo de segunda mano con un atractivo rostro y una figura esbelta y bien proporcionada. Demostraba una gran facilidad para aprender y creía que solamente podría llegar a ser alguien en la vida si se esforzaba en los estudios. Paul se consideraba un buen americano, un verdadero patriota que amaba a su país, y cuando los otros muchachos en la escuela lo querían molestar llamándolo ruso o *mujik*[3], lo consideraba un gran insulto. Él no era ruso sino americano de los pies a la cabeza. Su madre le decía en ocasiones que se parecía mucho a aquel abuelo aventurero, que marchaba cada primavera a Siberia a traer pieles de zorro, de marta cibelina y de lobos árticos para comerciar en Tula con ellas. Ella le

aseguró que poseía la misma sonrisa irónica y la gran rapidez mental de su abuelo, necesaria para los tratos con los astutos comerciantes armenios que monopolizaban el comercio de pieles.

Más adelante, su tía, viuda y sin hijos, falleció de improviso de un ataque al corazón en Brooklyn, legándole la importante suma de mil doscientos dieciséis dólares; cantidad que su madre metió de inmediato en el banco y que años más tarde, una vez que terminó sus estudios de secundaria, fue suficiente para pagarle la matrícula en la Universidad de Nueva York. Cuatro años después obtuvo la licenciatura en arte con excelentes notas. Un éxito increíble para un muchacho de origen tan pobre que había sido educado por su madre, que consiguió todo ello con su escaso sueldo de limpiadora en unos grandes almacenes, y gracias al generoso apoyo de su tía. Él jamás hablaba de sus orígenes ya que, desde que apenas era un muchacho, siempre se sintió humillado por su ser de familia inmigrante rusa. Entonces no podía saber de qué manera iba ello a influir en su vida.

Con el título recién obtenido y sin que nadie lo recomendara, con veintidós años se presentó en las oficinas del más importante diario de la ciudad, el *New York Herald*, tras ver el anuncio que el diario había colgado en el tablón exterior de las oficinas. Unos días más tarde, junto a medio centenar de aspirantes al puesto, participó en una prueba de cultura general y capacidad personal. Fue seleccionado y contratado de inmediato como aspirante a redactor, adscrito a las noticias de teatro y exposiciones, una sección que el periódico deseaba potenciar, con un sueldo de doce dólares semanales. Con el primer sueldo adquirió a crédito un traje, una camisa y unos zapatos, ya que no deseaba que nadie lo señalase por su pobreza.

Desde que tenía uso de razón estaba convencido de que solo podría conseguir culminar sus sueños si ponía de su parte un enorme interés en su trabajo. Lo que Paul en realidad soñaba era abandonar el Bronx cuanto antes, instalarse en Manhattan y, a ser posible, encontrar una joven heredera que lo ayudase a dar el salto al tipo de vida que creía merecer. Respetaba a su madre pero lo horrorizaba la vida de pobreza y continuos problemas económicos que llevaba. Él pretendía escapar de esa vida lo antes posible, olvidar de dónde procedía.

Tuvieron que transcurrir casi tres años para su primer ascenso. Con veinticinco años era ya redactor de la sección de arte, moda y cultura del periódico. Escribía con facilidad, y sus escasos ratos libres los dedicaba a leer en la biblioteca pública de la Quinta Avenida. Todo le interesaba aunque sentía una gran predilección por el arte y la pintura. Esa afición lo había ido transformando en alguien diferente, ya que la oportunidad de representar al Herald en las continuas exposiciones que se celebraban en la ciudad hizo que poco a poco fuera señalado en el periódico entre los que tenían posibilidades de ascender. Tuvo que ver en ello su aspecto cuidado y atractivo, ya que gracias a su natural elegancia daba la impresión de encontrarse en su medio natural en los ambientes más selectos, o en las exclusivas exposiciones en las galerías del centro de Manhattan. Desde el primer momento se había fijado en cómo los demás se movían, caminaban y sobre todo hablaban. Paul tenía una facilidad innata para imitar el acento de la clase alta, y desde que comprendió que aquello era en gran parte lo que diferenciaba a la gente, aprendió a hablar como ellos. Cuando cumplió veintisiete años surgió su oportunidad.

Todo comenzó unos meses antes, cuando el director del periódico comentó en el comité de redacción el nacimiento de un importante movimiento artístico que estaba sucediendo en Rusia en relación con la pintura, el ballet, la literatura, en definitiva con el arte, y que algún crítico europeo había bautizado ya como la Vanguardia Rusa. El director añadió que habían detectado el gran interés que parecía existir en la ciudad, y en general en todo el noreste de los Estados Unidos, por aquel extraño fenómeno. Era como un extraño resurgir de los artistas. En efecto, algo digno de estudio estaba sucediendo en Rusia, además del natural interés de los lectores por un país tan misterioso, exótico y diferente de los Estados Unidos, y sobre todo de los habitantes de las ciudades de la costa Este, en Nueva York, Filadelfia, Washington, Boston y Baltimore, en las que se distribuía con gran éxito el periódico. Al poner la idea sobre la mesa, el comité de redacción decidió someterla al consejo de administración para evaluar la viabilidad de la misma. Finalmente, el consejo aprobó la propuesta y se tomó por unanimidad la decisión de enviar allí a un corresponsal del periódico, que sería seleccionado mediante varias pruebas, para dar a conocer todo ello en la nueva revista semanal que se acababa de lanzar y que se estaba convirtiendo en un éxito editorial y económico.

Tras la elección de Paul Alexander, Tom Smith, redactor jefe de extranjero, mostró su disconformidad. Fue al despacho del director para decirle que un muchacho de aquella edad no podía tener la formación necesaria para una misión de importancia casi estratégica para el periódico. Tampoco poseía la experiencia necesaria para llevar a cabo un reportaje de tanta envergadura, misión que iba a resultar muy costosa para el *Herald*, abreviatura con la que todo el mundo se refería al periódico. Se jugaban mucho en la apuesta ya que la competencia estaba llevando a cabo misiones similares en otros lugares del planeta, y no podían fallar en dar el mejor resultado para apoyar la revista que comenzaba a entregarse con los suplementos dominicales, de gran importancia económica gracias a la cantidad de anuncios que se colocaban a muy buen precio.

El director estaba convencido de que Paul Alexander era el hombre adecuado, y tuvo que recordar a su redactor jefe que aquel joven poseía un impecable currículum, que además hablaba el ruso como el propio Tolstoi, además de dominar el francés, y que, por si no lo recordaba Smith, en las pruebas de redacción y de cultura general había quedado el primero por amplia diferencia.

—Tom, no es por llevarle la contraria, pero voy a apostar por ese muchacho. Dígame usted a quién enviaría en su lugar. ¿A Julius Lamberg? ¡Imposible! ¡Es de ascendencia alemana, lo que no está bien visto en Rusia por lo que sé, y además demasiado mayor con cuarenta y siete años para enviarlo tan lejos! ¿Y su familia? ¡Laura Lamberg pondría el grito en el cielo! ¡Bah, eso es imposible! ¡No puede ser! Así que vamos a arriesgarnos con Paul Alexander. Todo lo más será que perdamos los mil cuatrocientos dólares que nos va a costar el asunto. Eso es lo que nos va a costar el pasaje de ida y vuelta a San Petersburgo, seis meses de dietas y la estancia. ¡Venga hombre, que hoy por hoy podemos permitírnoslo! Necesitamos a alguien interesado por la cultura, y de los que tenían posibilidades Paul es el que ha mostrado mayor interés. A ese muchacho le encanta la pintura, la literatura, el arte en general. ¡Los últimos meses ha estado llevando las crónicas de moda y todo lo que se refiere a galerías de arte, y usted sabe que lo ha hecho muy bien! ¡No me diga que no es el hombre adecuado!

Smith aceptó a regañadientes la designación, refunfuñó un rato, pero casi de inmediato se puso a pensar en las noticias de la madrugada de la próxima edición. En el Herald, el tiempo era literalmente oro ya que una edición jamás podía esperar. Salió del despacho del director sin estar convencido, pero sabiendo que había perdido la partida.

Aquella conversación la conoció Paul más tarde gracias a la indiscreción de la secretaria del director, que se la contó mientras él la invitaba a un café en el bar de la esquina, encantado del criterio que el director tenía de él y convencido de que no andaba muy lejos de la realidad. Desde que ingresó en la universidad, siempre que podía iba al Museo Metropolitano y a las galerías de arte, lo que le estaba proporcionando una sólida formación en arte y cultura general, mientras la mayoría de sus compañeros estaban locos por los deportes, los automóviles y las chicas, y se conformaban con escribir los artículos copiando literalmente los anteriores, mientras que él se esforzaba en dar una brillantez particular a cada uno en su redacción, intentando marcar las diferencias.

Así fue cómo Paul Alexander, el nombre con el que aquel funcionario del registro lo inscribió, a pesar de las protestas de su madre, la nieta de un comerciante en pieles de Tula arruinado en la década de los sesenta, tuvo la oportunidad de volver al país de sus ancestros. A pesar de su interés por Rusia, Paul no tenía nada de ruso. En su fuero interno despreciaba el estilo de vida que veía en su barrio, y especialmente el de los emigrantes rusos que conocía. Ni siquiera se tenía por un buen hijo, incluso se avergonzaba de su madre, con aquellos humildes vestidos tradicionales que seguía llevando cuando la encontraba por la calle.

A pesar de su edad, Paul aún no tenía novia formal. Tan solo una de las secretarias del periódico se mostraba especialmente cariñosa con él cuando la llevaba de vez en cuando a bailar a algunos de los salones de Madison, y últimamente a su apartamento. La muchacha, que se había hecho grandes ilusiones, sollozó sin poder contenerse cuando la noticia de la elección del corresponsal en Rusia corrió como la pólvora por todas las plantas del periódico. Aquella misma tarde, él rompió su relación y, cuando ella le echó en cara que se fuera plantándola de aquella manera, se encogió de hombros. Aspiraba a mucho más, aunque sabía que por el momento tenía que conformarse con lo que hubiera.

La designación como enviado especial a San Petersburgo colmaba por el momento sus aspiraciones, ya que no solo ganaría el doble que en Nueva York, sino que dispondría de unas dietas más que generosas, pues se había informado de que el coste aproximado de la vida en aquella ciudad rusa era menos de la mitad que en los Estados Unidos. Por otra parte, el *New York*

Herald pondría a su disposición algunos contactos a fin de intentar que su inserción en la sociedad peterburguesa fuese lo más fácil posible. Tom Smith, que al final se había convencido de la elección, le aseguró que aquella era su gran oportunidad y que debía aprovecharla. Repasaron minuciosamente la documentación y le entregó un par de hojas con anotaciones e instrucciones.

En cuanto a su madre, no tenía nada que opinar. Le parecía lógico que su hijo se buscase la vida. Le entregó un papel con una dirección en Dubna. Alguien que podría ayudarle en un momento dado. Solo le dijo que se trataba de una prima y que había tenido mucha relación con ella mientras vivió allí. Paul no tenía la menor intención de ir a conocer a su tía segunda, pero a pesar de ello guardó el papel en su cartera. No pensaba llegar allí alardeando precisamente de sus raíces rusas. De su abuelo materno, aquel Iván Mijailovich que había muerto arruinado en Moscú huyendo de los acreedores en Tula, prefería olvidarse por el momento.

Se sentía muy satisfecho de haber conseguido el puesto, aunque no pensaba mencionar a nadie su relación familiar con aquel país. Su flamante pasaporte lo dejaba bien claro: *Ciudadano de los Estados Unidos de América*.

El barco zarparía de uno de los muelles de Nueva York el primero de mayo. Tardaría casi once días en llegar a Southampton. Una vez allí, tendría que ver la forma de llegar a San Petersburgo. En la compañía de viajes donde el periódico había comprado el pasaje de ida, le hablaron de una línea danesa que tocaba en Riga, y le explicaron que desde allí podría coger un tren hasta su destino. Otra opción era Estocolmo y luego ver la forma de cruzar el Báltico. Pero eso no le preocupaba. Se sentía feliz y afortunado tras haber conseguido que lo contrataran por méritos propios. Tras solo cinco años de trabajar en el *New York Herald,* se convertía en el corresponsal oficial en Rusia y los países bálticos del más prestigioso diario de los Estados Unidos. Al menos eso era lo que se leía en su nueva acreditación como perteneciente a la Asociación Internacional de Prensa que le acababa de entregar el director, mostrando su confianza en que llevaría a cabo un buen trabajo del que se sentirían todos orgullosos. Suponía que aquellas frases de aliento se las dirían a todos aquellos a quienes se les encargase un nuevo trabajo, pero a él le encantó escucharlas.

La tarde del 31 de abril se acercó al piso donde seguía viviendo su madre en el Bronx. Él se había mudado desde que lo contratara el periódico a un pequeño apartamento cerca de Canal Street, entre otras cosas para alejarse del

lugar donde lo conocía todo el mundo como el hijo de Kate, la rusa. Encontró el Bronx más degradado que nunca, con las calles sucias por el mercadillo de frutas y pescado que colocaban por las mañanas, las deterioradas fachadas de ladrillo, las carpinterías sin pintar, aquel ambiente lleno de emigrantes turcos, griegos, rusos y algunos judíos que lo había acompañado a lo largo de su infancia y juventud, y que odiaba profundamente porque le recordaba a cada instante de dónde provenía. Su nuevo apartamento se encontraba en un barrio lleno de chinos y de italianos, pero al menos no lo conocía nadie. Su sueldo no le permitía subir más arriba en Manhattan. Vivía en un edificio nuevo lleno de jóvenes ejecutivos que trabajaban en la gran manzana y que volvían por la tarde a sus pequeños apartamentos, aspirando a un futuro mejor.

Tuvo que soportar que su madre lo encomendara a todos los santos rusos, que le repitiera una y mil veces que tuviera cuidado y que no se fiara de nadie. Incluso encendió unas velas ante la imagen de San Basilio en el pequeño altar de su dormitorio, que llevaba allí desde el mismo día en que entraron en el piso. Murmuraba sin cesar que Rusia no era como los Estados Unidos, y que ella conocía muy bien aquel país. Paul no quiso quedarse a cenar. Su madre le entregó un sobre grasiento y manchado lleno de rublos, en total apenas habría el equivalente a cuarenta dólares, en unos billetes grandes y descoloridos, algo enmohecidos, incluyendo unos cuantos copecs en monedas de cobre. Lo cogió con cierta aprensión, aunque se lo agradeció. Ella no pudo asegurarle si seguirían valiendo, pues llevaban en el cajón veintisiete años, pero no se atrevió a despreciar lo que aquella mujer le entregaba como si fuese un pequeño tesoro. Se despidió de ella y la mujer se quedó llorando, convencida de que ya no volvería a verlo. Se encogió de hombros.

Tres días más tarde, su madre murió de forma inesperada. Lo avisaron en la redacción de que fuera a su casa cuanto antes ya que a su madre le había ocurrido algo. Cuando llegó, Katerina Andréievna llevaba bastantes horas muerta. Una vecina la había llamado y, al no responder, forzaron la puerta y la encontraron tirada en el suelo, víctima de un ataque al corazón, tal como dictaminó Jacob Abramovich, el médico judío que tenía su consulta en la planta baja. Hasta aquel triste momento no comenzó a comprender a la bondadosa, sumisa, ignorante y silenciosa mujer que lo había criado. De pronto sintió no haber sido más cariñoso con ella. Pero ya era tarde y esa fue una amarga lección que no iba a olvidar nunca. Se dio cuenta de que cada momento en la vida era único. Ya nunca podría compensar la generosidad de

aquella mujer para con él, privándose de casi todo para que pudiera estudiar y para sacarlo adelante. Delante del pequeño cuerpo de su madre, no pudo evitar sollozar por haberla perdido.

Tres semanas más tarde llegó el día de la partida. Se levantó con cierta resaca, pues la víspera estuvo brindando hasta muy tarde por el éxito de su viaje con algunos compañeros. Al levantarse se dio cuenta de que habían bebido más de la cuenta, algo a lo que él no estaba habituado. Eran apenas las cuatro y media de la mañana y aún no había amanecido. Se asomó a la ventana y vio que llovía con fuerza. Se dio una ducha caliente y se hizo un café. Terminó de cerrar su maleta recién comprada en unos grandes almacenes de la Quinta Avenida, y el maletín forrado de hule negro con la Underwood, la gran novedad, una máquina de escribir portátil que el periódico le financiaba a cuenta de un pequeño porcentaje de su sueldo cada mes. Una pequeña joya de la tecnología que le facilitaría el trabajo y que le entregaron en la redacción para envidia de algunos. Era el último modelo, ideal para un corresponsal que tuviera que desplazarse llevando la máquina. Paul se sentía orgulloso de sus pulsaciones por minuto y de su capacidad para tomar una entrevista por taquigrafía al ritmo de una conversación normal, aunque no dudaba de que su memoria le permitiera recordar todo lo que hubiera escuchado.

Aquella madrugada también se despedía definitivamente del apartamento de Canal Street. Sus mínimos efectos personales se los guardaría su amigo Charles Leighton hasta su regreso. Después estaba decidido a encontrar otro más grande, en el mismo Manhattan, pero en un barrio de gente con clase, y un coche. Probablemente un Ford T o un Oldsmobile. A su vuelta disfrutaría de otro nivel de vida, tendría más opciones para seguir ascendiendo en el periódico, aunque para ello tendría que demostrar antes su valía en esta misión. Cerró tras él la puerta con la preocupación de comprobar si la compañía de calesas de alquiler le habría enviado la que encargó para las seis en punto.

Sintió un gran alivio al ver que el coche lo aguardaba en la misma esquina. El caballo iba protegido por un amplio hule, y el cochero llevaba un impermeable amarillo. Corrió hacia él bajo la intensa lluvia y se introdujo con rapidez dentro del coche cubierto que se puso en marcha de inmediato. Tardaría cerca de media hora en llegar al puerto número doce del Hudson, aunque tenía tiempo de sobra, ya que aunque hasta las ocho no zarparía el barco, no podía arriesgarse a perderlo por un imponderable. Manhattan estaba desperezándose a aquella temprana hora, y comenzaba a haber movimiento en

algunas esquinas. Gente aguardando para que la contrataran, los encargados de la limpieza barriendo o baldeando las calles, algunos bares abriendo a los primeros clientes. Le invadía una sensación de nostalgia al abandonar aquella impresionante y bulliciosa ciudad en la que había vivido hasta entonces.

Al entrar en el muelle pudo ver la silueta del Cedric, uno de los más modernos navíos de pasajeros de la compañía White Star, que aguardaba atracado en la dársena número doce. Su visión lo tranquilizó. Una miríada de personas subía y bajaba del buque. Otros entraban transportando cajas de provisiones y carga en general a través de una rampa que daba a una puerta lateral abierta en la amura. El pavimento del muelle brillaba por la lluvia que ya había cesado y pensó que aquella era una bella imagen. Se sentía pletórico por todo lo que le estaba sucediendo. Viajar a un lugar tan lejano como San Petersburgo, intrigado por cómo sería la vida allí, y sobre todo por las interesantes personas que conocería.

Descendió de la calesa, abonó el dólar con ochenta centavos, un lujo que podía permitirse ya que el periódico le abonaría todos los gastos justificados del viaje, y los desplazamientos que luego tuviera que realizar en su destino por motivos de trabajo. Se dirigió a la oficina de policía y aduanas. En apenas un cuarto de hora había terminado sin problemas. En aquel país, seguía siendo mucho más fácil salir que entrar.

Con su pasaporte sellado en la mano y el maletín con la máquina de escribir en la otra, subió la escalerilla seguido de un mozo que le llevaba la maleta. Las chillonas gaviotas parecían darle la bienvenida al barco. El mismo mozo lo acompañó hasta el pequeño camarote de segunda clase exterior. Pensó que después de todo, poder contemplar el mar desde su camarote era un detalle por parte del director del periódico y sonrió. Depositó cuidadosamente la Underwood en el mínimo buró, mientras pensaba que tal vez debería aprovechar para escribir una crónica de su viaje a Rusia, como hacían los escritores célebres. Llevaba con él *Los hermanos Karamazov* para ir entrando en materia. Había comenzado a leerla y se sentía muy cerca de Aliosha, el principal protagonista. Estaba impresionado por la profundidad psicológica de los personajes, convencido de que Dostoievski era un verdadero genio del que podría aprender mucho. Durante los últimos meses había leído a Tolstoi, a Turgueniev**[4]** y a otros escritores rusos ya que quería empaparse de la rica y exótica cultura rusa, que comenzaba a apreciar. También deseaba aprender acerca de las nuevas tendencias de la pintura rusa de las que se hablaba

últimamente en las revistas especializadas, y pensaba asistir al teatro y al ballet ya que su conocimiento del idioma le permitiría seguir las obras.

En la larga reunión que tuvo que mantener con el consejo editorial, le habían exigido que realizase un reportaje semanal sobre la vida social y artística del país, y en particular de San Petersburgo, ciudad que se veía desde la lejanía como misteriosa y legendaria. Allí tendría la ayuda inestimable de un tal Fiódor Yegórovich, que pertenecía al Diario de San Petersburgo, asociado en la operación al *New York Herald*, ya que finalmente el acuerdo que se realizó con aquel periódico fue que ellos enviarían simultáneamente a otro corresponsal ruso a Nueva York, durante el mismo período de tiempo. Una brillante idea del director que estaba tomando forma en aquellos momentos, y de la que él, sin duda alguna, sería con seguridad el principal beneficiario.

Después todo sucedió como estaba programado. A la hora prevista sonó la sirena por dos veces, y unos tipos fornidos soltaron las gruesas amarras. Poco a poco, el Cedric se separó del muelle. Un poco más tarde, pasó cerca de la Estatua de la Libertad, cruzó los Narrows, el estrecho entre Staten Island y Long Island, el canal de Ambrose y salió al Atlántico Norte dispuesto a volver a batir su propio récord de velocidad entre Nueva York y Southampton, con una mar alborotada por el helado viento del noroeste, lo que le obligó a ponerse a resguardo de inmediato a pesar de su interés por permanecer en cubierta. Se refugió en su camarote para ordenar el equipaje, y notó que el barco se movía bastante más de lo que hubiera creído en un navío de aquellas dimensiones.

Un timbre le avisó del turno de restaurante y se dirigió allí apoyándose en los laterales del pasillo. El comedor estaba poco concurrido debido al mal tiempo. Aun así, compartió la mesa con dos hermanos comerciantes de tejidos de Nueva York, un matrimonio de profesores de Boston a punto de jubilarse, y un tal Edgar Mason que no explicó a qué se dedicaba. Quedaron dos sillas libres y uno de los hermanos comentó que había gente a la que le costaba acostumbrarse al mar. Hizo un rápido cálculo del número de pasajeros que viajaban, y dedujo que serían cerca de ochocientos entre las tres clases. En segunda clase preferente, donde viajaba él, irían unos doscientos pasajeros. Los de primera, alrededor de cien personas, tenían derecho a un salón privado pero compartían con ellos el comedor, aunque con el gran privilegio de poder comer en sus amplios camarotes. Los de tercera no podían acceder a las

cubiertas superiores, por lo que resultaba prácticamente imposible relacionarse con ellos. Sus compañeros de mesa se mostraron de buen humor, y lo observaron con un cierto respeto cuando les explicó a lo que iba. A medida que lo explicaba notó que lo miraban como si lo rodease una aureola de misterio. Los demás dijeron que iban a Londres, salvo Mason, que mantuvo su discreto silencio.

Naturalmente, desde el momento en que tuvo que preparase para la selección, Paul se había preocupado de leer varios libros sobre la historia y las costumbres de Rusia, y algo había aprendido. Habló de Pedro el Grande, de Catalina de Rusia, de los zares, los cosacos, de Iván el Terrible, de los boyardos, del Volga. Era como si ya hubiese estado allí, y notó cómo sus compañeros de mesa lo escuchaban con mucho interés mientras alargaban la sobremesa. A fin de cuentas, tendría que comenzar a escribir su primer artículo de inmediato, ya que para eso le pagaban. Al final se quedó solo con los dos hermanos. Los bautizó para sus adentros como los Karamazov, aunque su apellido era Monroe. Se dio cuenta de que había bebido más vino de la cuenta y, cuando volvió al camarote, permaneció el resto de la tarde dormitando. Decidió no subir a cenar, se puso el pijama y se quedó profundamente dormido.

A la hora de la cena del segundo día aparecieron las misteriosas ausencias a la mesa. Dos elegantes damas inglesas de vuelta a casa. Debían de ser amigas y se presentaron como profesoras que acababan de asistir a un congreso de lengua inglesa en Boston, en la universidad de Yale. Una de ellas conocía San Petersburgo e incluso hablaba algo de ruso, por lo que intercambió unas frases con él, y se admiró de la soltura con la que lo hablaba.

El tiempo cambió al cuarto día. El océano se alborotó y durante varios días solo subieron a comer él y Mason, aunque en algún momento parecía imposible que la vajilla pudiera mantenerse en su lugar. No fue capaz de escribir una sola línea, pero leyó la novela de Dostoievski con gran interés en uno de los sillones del casi vacío salón.

Finalmente arribaron al puerto de Southampton. Se despidió de sus compañeros de travesía y, aquella misma tarde, cogió el tren para Londres. Volvió a encontrarse en la estación con Mason, y cuando llegaron decidieron compartir el coche de punto para que los llevara al hotel. Paul pensaba permanecer en Londres el tiempo necesario para encontrar pasaje a Riga o Estocolmo. Fue entonces cuando Mason le explicó que su destino era Helsinki, y le dijo que podría intentar coger un pasaje en el mismo barco que

él. A Paul le pareció una buena idea y además iría acompañado hasta allí, por lo que de inmediato se acercaron al consignatario de buques que llevaba el asunto, y pudo adquirir el último pasaje libre, ya que se trataba de un mercante que solo aceptaba una docena de pasajeros. Era un motovelero de ciento diez pies de eslora, con seis camarotes dobles y carga general.

Una semana más tarde zarparon con mal tiempo. En cuanto entraron en el Canal de la Mancha, el capitán tomó la decisión de navegar a vela, lo que hizo que el barco se moviese como si fuese un cascarón de nuez. El casco crujía a causa de los embates de las olas y Paul tuvo que permanecer en el camarote que compartía con Mason un par de días; hubiera estado mejor en su apartamento de Nueva York, preparando una novela que tenía pensada. Después, casi sin darse cuenta, se le pasó la sensación de mareo y pudo subir a cubierta a tomar una bocanada de aire fresco, teniendo que soportar la irónica mirada de su compañero de camarote, al que todo aquello no parecía afectarle lo más mínimo. Cuando embocaron el estrecho de Skagerrat, el tiempo mejoró y una profunda sensación de paz lo invadió.

Mason era un hombre de apariencia serena y permanecía silencioso oteando el horizonte, o la costa lejana. Era un buen compañero de viaje, alguien mucho menos curioso que las damas inglesas de la anterior singladura. Seis días más tarde entraban en el puerto de Helsinki. Una ciudad lluviosa y tranquila con algunos edificios de piedra gris junto al muelle, otros en la calle principal y, el resto, casas de madera pintada. Mason se despidió deseándole buena suerte y sin decirle más. Pensó que se trataba de un hombre enigmático.

Aquella misma tarde tuvo la suerte de poder embarcar en el Hanko, un velero de cabotaje que se dedicaba al comercio por el litoral de Escandinavia, y de nuevo tuvo que compartir un pequeño camarote con el patrón. Era solo un día y medio, según le contó el hombre, y no le importó. La línea de costa se perfilaba muy cercana y las gaviotas de cabeza negra volaban por encima del velero lanzando chillidos, acostumbradas a la presencia del hombre. Al atardecer del día siguiente se perfiló la costa de Rusia y entraban en el Gran Neva. Aquel lugar lo impresionó por su belleza. Los edificios neoclásicos se reflejaban en el agua y pensó que nunca antes había estado en un sitio tan hermoso. Los campanarios destacaban en la lejanía mostrando un perfil único. Aquello era San Petersburgo, la ciudad creada por el capricho de Pedro el Grande, que supo ver antes que nadie las enormes posibilidades de una zona entonces pantanosa y salvaje.

Tenía una reserva en el Hotel Europa, confirmada a través del *Diario de San Petersburgo*, cercano a la Perspectiva Alexander Nevski, aunque solo por tres días. Después tendría que encontrar acomodo para su larga estancia de seis meses en la ciudad. Descendió del velero, entusiasmado. Aquella ciudad que aún no había pisado lo inspiraba tanto que tenía ganas de llegar al hotel para sentarse a escribir el tropel de ideas que le bullían en la cabeza. Hacía un tiempo gris y húmedo, algo más fresco que en Nueva York, y caminó hasta la parada donde tres calesas aguardaban a los posibles clientes. Comenzó a llover en el mismo instante en que subió a la primera. Mientras se dirigían al hotel, pensó que aquella ciudad era como un precioso e inmenso decorado, muy diferente a Nueva York.

Llegó al hotel cuando comenzaba a oscurecer. Allí le dijeron que no había ninguna reserva hecha a su nombre, ni del periódico, pero no tuvo ningún problema en encontrar habitación. Una amplia estancia neoclásica con un lavabo en el mismo dormitorio, y un aseo en el pasillo, situada en la segunda planta. Desde la ventana podía ver el cercano canal, una preciosa vista como recortada de una postal. Le advirtieron que si quería bañarse podría hacerlo en la planta baja, en una especie de baño turco saturado de vapor que le mostró el recepcionista, que al tiempo hacía las veces de administrador. Notó que hablaba un ruso diferente, muy claro y marcado. También le habló empleando algunas palabras en francés en cuanto vio el pasaporte, asegurándole que el inglés lo desconocía. A pesar de la pertinaz lluvia salió a buscar un restaurante, pues eran la siete de la tarde y desconocía los horarios. Quería cenar algo decente después de dos días comiendo arenque ahumado y col en vinagre. Le sirvieron una sopa de patatas y una carne estofada con remolacha picada que le pareció exquisita. De postre un pastel de crema y un té. A pesar de su buen ruso, el camarero se dio cuenta de inmediato que era extranjero, ya que le preguntó si era inglés o holandés, lo que le hizo comprender que no le iba a resultar tan fácil pasar por ruso. Al volver caminando al hotel, notó cómo las farolas de gas arrojaban una penumbra apenas suficiente para distinguir la acera. Se cruzó con un par de tipos bebidos pero no le molestaron. Aquello no era Manhattan.

A la mañana siguiente envió una nota a Fiódor Yegórovich, que hacía las veces de delegado del *New York Herald* en el *Diario de San Petersburgo*. Apenas una hora más tarde, se presentó en el hotel preguntando por él. Se encontraba desayunando en la cafetería cuando vio acercarse a un hombre esbelto, de treinta y tantos años, luciendo largos cabellos y una poblada barba.

—¿El señor Paul Alexander del *New York Herald*? Soy Fiódor Yegórovich, del *Diario de San Petersburgo*. Bienvenido a Rusia, estoy encantado de conocerle —el hombre le hablaba en un inglés bastante correcto, aunque de inmediato pasó al ruso—. Imagino que habrá tenido un buen viaje. En cualquier caso se le habrá hecho demasiado largo. ¡No piense en lo lejos que está de su hogar! ¡A partir de ahora esta es su casa!

Paul sonrió mientras negaba con la cabeza, ya que Yegórovich parecía un hombre jovial y daba la impresión de querer simpatizar con él. Él también empleó el ruso.

—Ahora lo que me importa es aprovechar bien mi tiempo aquí. Estoy ansioso por conocer esta ciudad y al menos una parte de este país, al que por otra parte pertenezco. Mis padres nacieron en él, así que de alguna manera también soy ruso.

—¡Claro! Lo habla usted perfectamente, aunque aquí empleamos algunos localismos que pronto aprenderá. Tiene usted el aspecto de un verdadero ruso, si me lo permite decírselo, de un aristócrata ruso. Aunque ese traje que lleva, la manera en que se recorta la barba y el cabello… ¡Eso seguro que no es ruso! Está bien, señor Alexander. ¿Le parece que comencemos visitando la ciudad? Después podríamos buscar un piso para usted. Le confesaré que esas son las instrucciones que recibí hace un par de semanas.

—Sí, de acuerdo. Usted manda —aquel hombre le había caído bien desde el primer momento—. Veamos esta bellísima ciudad, al menos lo principal para poder orientarme. ¡Por lo que he podido ver hasta el momento, me ha parecido impresionante!

Aquella mañana, Fiódor Yegórovich llevó a Paul a contemplar las panorámicas. Cogieron un landó cubierto en una parada, tirado por un robusto caballo. Notó que Fiódor observaba sus reacciones. Paul pudo admirar las vistas desde el Hermitage. Después caminaron un rato por la Perspectiva Nevski. Pronto se dio cuenta de que su guía era un hombre extrovertido, buen conversador, que le iba explicando la historia de la ciudad, la idiosincrasia de sus habitantes, señalándole los principales edificios. A mediodía decidieron entrar a comer en el Gran Hotel Europa, ya que Fiódor le explicó que tenía uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Paul había apreciado durante la mañana que apenas se veían extranjeros en la ciudad y lo comentó con Fiódor.

—Es cierto —asintió Fiódor—. Y no tiene sentido ya que, como está contemplando, San Petersburgo es una de las ciudades más interesantes y bellas del mundo. Sin embargo, los europeos sienten un cierto temor a venir a Rusia. Temen el frío polar, la ineficiencia de los ferrocarriles rusos, y a la policía, que con cierta razón tiene fama de brutal. Paul —los dos notaban que el vodka con el que de tanto en tanto brindaban iba eliminando las distancias entre ambos—, este es un país inmenso, primitivo, atrasado en muchos aspectos. Más que la distancia que nos separa de Berlín, de Viena o de París, que en cualquier caso es muy grande, lo que realmente nos separa de esos lugares es el progreso, el tiempo, como mínimo un siglo de retraso y, en determinados lugares, bastante más. ¡Este país se ha ido quedando atrás a lo largo de la historia! Además, la idiosincrasia de nuestro pueblo es muy diferente a la de los europeos. Aquí unos pocos privilegiados que poseen un enorme poder dominan un país diferente, anacrónico, supersticioso, ignorante, aferrado a ciertas prácticas casi medievales, donde la magia, la religión fanática, las tradiciones ancestrales tienen mucha importancia. Mañana iremos a una recepción privada en la mansión de la princesa María Andréievna, y allí podrá entender muchas cosas. La princesa tiene muchas ganas de conocerle, ya que pretende viajar a Nueva York el próximo otoño, y al saber quién es usted creo que quiere hacerle unas cuantas preguntas. ¿Habla usted francés? ¿Sí? Mejor, aquí los aristócratas prefieren hablar francés a hacerlo en ruso, el inglés lo hablan muy pocos. En San Petersburgo mucha gente domina el alemán, el sueco, el inglés solo una minoría, de modo que el francés es casi la primera lengua para algunos, el alemán la segunda, y el ruso… lo hablan con el cochero, con los *mujiks* y con los vendedores de los mercados. El hablar francés con exquisito acento parisino es el verdadero símbolo de estatus social. Los nobles, los terratenientes, que casi siempre son los mismos, cuando hablan con los artistas de la ópera, del ballet, del teatro, lo hacen siempre en francés. ¡La voz de su amo! Se avergüenzan de los defectos rusos y miran a la cultura francesa como un modelo a imitar. El zar Nicolás y su familia son el paradigma de esa forma de entender la vida. ¡Y le aseguro que esa gente tiene muy poco que ver con los verdaderos rusos!

Fiódor Yegórovich parecía un hombre incansable, y simpático, daba la impresión de conocer a todo el mundo. Iba por la calle saludando a unos y otros como si se sintiera orgulloso de acompañarle. Estuvieron yendo de un lugar a otro, recorriendo los lugares más interesantes de la ciudad mientras le contaba anécdotas e historias sobre acontecimientos y personajes hasta que oscureció. Entonces lo llevó de regreso al hotel, con la firme promesa de

recogerlo al día siguiente para seguir mostrándole la ciudad. Dijo que tal vez le acompañaría un amigo suyo, un tal von Lissberg, ciudadano alemán, fotógrafo, que residía desde hacía tiempo en San Petersburgo y al que, insistió, le agradaría conocer. Le explicó que el periódico lo contrataba para ilustrar los artículos ya que, según Fiódor, su amigo realizaba magníficas fotografías con sus cámaras de varios formatos.

A la mañana siguiente, apenas a las ocho de la mañana, estaba acabando de desayunar cuando apareció Fiódor trayendo a un hombre aún joven, muy esbelto y rubio, que apenas tendría treinta años. Se lo presentó como Karl von Lissberg.

—¡Este es mi fantástico fotógrafo! ¡Muy joven pero un verdadero genio! —Karl negaba, riéndose de la fantasía de su amigo—. ¡Verá como sus reportajes se enriquecen con sus extraordinarias fotografías! Bien. Si le parece, podríamos visitar la fortaleza de Pedro y Pablo, y más tarde entraremos en el Hermitage, solo para que lo conozca. ¡Necesitará varios días si pretende conocerlo a fondo! Después almorzaremos juntos en algún lugar, lo traemos al hotel para que descanse un rato y se cambie, y más tarde, a las seis y media, lo recogeré para ir a la reunión en el palacio de la princesa Andréievna. ¿De acuerdo?

Paul asintió. Se estaba dando cuenta de que era preferible no discutir, Fiódor lo traía todo programado y, a fin de cuentas, era él quien conocía a la gente y sus costumbres. Pensó que lo necesitaría durante unas semanas para que le enseñara lo fundamental. También para que le abriera las puertas de las personas más influyentes, que de otra manera le resultarían inaccesibles. En cuanto a aquel fotógrafo, von Lissberg, el redactor jefe ya le había comentado que no debía preocuparse por el tema gráfico en Rusia, ya que allí disponían de la persona adecuada. Estaba convencido de que unas buenas fotografías enriquecerían sus reportajes. A fin de cuentas, se trataba de mostrar algunos aspectos de aquel país a sus lectores de fin de semana, gente acomodada que quería conocer el mundo desde sus propios salones.

Aquel día no pudieron acceder al Hermitage. Por algún motivo se encontraba cerrado. Karl le explicó que tenía su estudio muy cerca, en el Canal Reki Mojki, y fueron hasta allí dando un paseo. Un precioso edificio de fachada neoclásica, con un gran portal. El portero de la finca los observó con curiosidad cuando entraron. Tuvieron que subir cinco plantas pues el estudio se encontraba en el ático y el ascensor se encontraba en reparación. El último

tramo era de escalones de madera que crujían a cada paso. Al entrar le impresionó el ambiente, con una altura interior de quince pies y grandes ventanales hacia el norte. Desde allí se veían las cubiertas de los otros edificios cercanos y, al fondo, el Gran Neva. Tenía una bella estructura de madera vista y Karl lo había pintado todo de blanco. En las paredes colgaban fotografías de la ciudad y rostros de personajes muy ampliados mostrando las diferentes etnias y clases que habitaban San Petersburgo. Por supuesto rusos, pero también cosacos, armenios, finlandeses, indígenas del norte, judíos, polacos, *mujiks*, prostitutas, nobles. Todo un universo cuyo espíritu Karl había sido capaz de extraer en esos magníficos retratos que parecían mirarlo a él. En aquel momento, Paul se dio cuenta de que aquel hombre era un artista. Admiró unas grandes ampliaciones de los recovecos de la gran ciudad. También de Moscú y de otros lugares de Rusia. En aquel singular estudio se reflejaba su moderna y cultivada personalidad, su fuerza interior y amplia cultura.

—¡Qué bellas fotografías! ¡Me encantaría que tus instantáneas ilustraran algunos de mis reportajes! ¡Estoy impresionado!

Karl le sonrió, quitándose importancia.

—¡Por supuesto! ¡Será un placer colaborar contigo! Me tienes a tu disposición. Colaboro desde hace años con Fiódor Yegórovich para el *Diario de San Petersburgo*. ¡Sería un gran éxito profesional para mí poder hacerlo con el *New York Herald*! Solo tienes que avisarme y te acompaño hasta donde haga falta, ¡como si hay que ir a Siberia, donde tengo un amigo fotógrafo y trampero!

Después de comer en un pequeño restaurante del centro, volvieron al hotel para que descansara un rato y se cambiara. Se reclinó en la cama y escribió unas notas a mano. La habitación se calentaba por una chimenea situada en la planta baja cuyo conducto pasaba por un rincón. Aquella ciudad era sin duda más fría que Nueva York, pero se estaba bien. Se cambió, vistiéndose con un traje oscuro, mientras pensaba que tal vez debería encargarse un esmoquin para otras ocasiones más solemnes. Pero si se trataba de una recepción privada, sería adecuado. A la hora convenida se presentó Fiódor, al que preguntó si vestía para la ocasión.

—¡Perfecto! ¡No le había advertido de cómo debía vestirse! ¡Yo también voy como usted! Esta clase de recepciones son algo informales, pero no del todo. Las frecuentan famosos artistas y gente así. Pintores, escritores, diplomáticos y, naturalmente, los amigos de la casa. En este caso casi todos nobles, condes, príncipes, que en Rusia tienen otro significado que en Europa,

ya que príncipe es aquí un título nobiliario como marqués o duque, aunque no esté emparentado con la casa real. Pero no se preocupe. Le harán muchas preguntas acerca de Nueva York. A todos ellos les gustaría poder vivir allí, pero con el mismo tipo de vida que llevan aquí. ¡Y póngase una bufanda debajo del abrigo, que está la tarde algo fría! He alquilado un coche por cuenta del periódico, ya que vamos en busca de su primer reportaje. ¿Le parece bien?

Paul asintió, encantado. El palacio de la princesa Andréievna se encontraba en el Bulevar Konno Guardiski, muy cerca del Almirantazgo. Un edificio barroco pintado de verde claro, con las cornisas y remates en blanco. Poseía un amplio jardín protegido por un muro rematado con una verja de forja también pintada. Un criado con librea les abrió la puerta del coche al tiempo que hacía una reverencia. A Paul le pareció anacrónico, aunque formaba parte del ambiente. Aquello tenía poco que ver con Nueva York.

La princesa Andréievna tendría cerca de cincuenta años, aunque poseía la vitalidad de una adolescente. De piel muy blanca, lechosa, casi transparente, maquillada como si fuera a representar una obra de teatro, y unos penetrantes ojos verdes que hacían juego con sus pendientes de esmeraldas. Vestía con elegancia una blusa blanca de seda bordada y una falda gris, todo ello realzado con un precioso camafeo y un collar a juego con los pendientes. Se adivinaba que era alguien especial y que ella lo sabía. Saludó con naturalidad a Fiódor con tres besos en las mejillas, al estilo francés, y repitió lo mismo con Paul mientras mostraba una amplia sonrisa.

—¡Así que este es el célebre corresponsal del *New York Herald*! ¡Sea bienvenido a San Petersburgo! ¡Hay ciudades más cosmopolitas, más grandes, más ricas, pero le aseguro que ninguna tan bella! ¡Si permanece una larga temporada en ella usted también se embellecerá por dentro! ¡Pero, por Dios bendito, Fiódor, si es un muchacho! ¡Tenía la esperanza de que fuese alguien con el que poder flirtear! ¿Le han dicho alguna vez que parece un verdadero conde ruso?

Paul no quería ocultar su relación con Rusia y aquel le pareció el momento adecuado.

—Madame, soy un ciudadano americano… cien por cien ruso. Al menos mis padres lo eran. Mi madre, que falleció hace apenas un mes, iba a la iglesia ortodoxa rusa, y seguía encomendándose a todos los santos rusos. ¡Aquí me siento en casa! Lo que si le aseguro es que no eran condes rusos, así que si quiere llamarme Pablo Alexeivich, por mí estará bien.

La princesa observaba con atención, buscándole parecido.

—Siento lo de su madre, eso siempre es muy triste. ¡Uhm! ¡Usted me recuerda a alguien, aunque ahora mismo no caigo! Considérese en su casa. Fiódor Yegórovich le presentará a los invitados. Todos ellos son gente interesante. Luego seguiremos hablando, encantada de tenerle aquí.

Paul conoció a muchas personas aquella tarde pues Fiódor quería presentarle a todo el mundo. Notó que lo miraban con cierto descaro, y habló con unos y otros. Ninguno de ellos había viajado a los Estados Unidos pero todos le mostraron una enorme curiosidad por su país y, sobre todo, por Nueva York, que era allí más que una ciudad: un mito. Varias damas se atrevieron a preguntarle por la moda más reciente en Manhattan. Paul poseía una gran habilidad para dibujar y, con su nueva estilográfica Sheaffer, un regalo del director cuando fue seleccionado y que causó sensación, realizó unos bocetos a vuelapluma ya que desde siempre se fijaba en las tendencias y poseía una buena memoria visual. Aquella demostración se transformó en una pequeña revolución, todas las damas querían saber más y se acercaron rodeándole y pidiéndole más detalles. Uno de los invitados se le acercó, presentándose como Mijaíl Vasilievich, director del teatro del Hermitage.

—Acabo de ver uno de sus bocetos. ¡Son buenos! ¿Quiere visitarme en el teatro del Hermitage? Ahora estamos preparando *El jardín de los cerezos* de Chéjov. Es el quinto aniversario de su muerte y pretendemos dar un estilo más actual a sus personajes. Alguien como usted podría diseñar el vestuario.

Paul se presentó intentando aclarar su situación, ya que no quería que hubiera equívoco sobre su profesión.

—Muy honrado por su propuesta, pero acabo de llegar a San Petersburgo. Mi profesión es el periodismo, soy el corresponsal en Rusia del *New York Herald* por unos meses, y debo realizar una serie de reportajes para la revista dominical del periódico. Allí la gente está muy interesada en Rusia, y esta ciudad es como una leyenda. Tengo que dar unas pinceladas sobre este país, aunque me siento algo intimidado. Ahora que estoy aquí, creo que necesitaría no seis meses sino seis años solo para empezar a comprender algunas cosas.

Vasilievich asintió sonriendo.

—¡Sí! ¡Es cierto! Y no es un problema menor la enorme extensión, la increíble distancia que existe desde aquí hasta Crimea o Vladivostok. Lo que nos hace diferentes a los rusos es sobre todo la idiosincrasia. Somos muy diferentes a los europeos, por mucho que pretendamos imitarlos. ¡Y mucho más a los americanos! En cualquier caso, le invito al estreno. ¡No puedo prometerle presentarle a la zarina, que acude en ocasiones a los estrenos, pero si coincidiera, le aseguro que le encantaría conocerle! ¡La ha hecho usted

buena! ¡A partir de hoy, esas damas querrán presentarles a sus modistos! ¡No sabe usted la que le espera!

Paul descubrió de inmediato que Vasilievich estaba en lo cierto. Su facilidad para recordar la moda más reciente y esbozar vestidos ya le había hecho llevar la sección de moda en el Herald y se arrepintió de inmediato de haberla mostrado. Sin embargo, la princesa estaba encantada y apareció un bloc de dibujo y unos lápices. No tuvo más remedio que sentarse a dibujar varios trajes de noche, incluso sombreros, mientras las damas se los disputaban. Fiódor lo contemplaba sonriente y algo irónico, diciéndole que a partir de aquel momento ya no tendría ningún problema para que lo invitasen a todas las recepciones y fiestas de la ciudad. Paul nunca habría imaginado que precisamente aquella habilidad le abriría las puertas de los salones de San Petersburgo.

—¡Mi querido Paul Alexander, no sabe usted donde se ha metido! —La princesa ratificaba lo que Vasilievich le había dicho mientras repartía sonrisas y bocetos—. ¡Acaba usted de traer la nueva moda americana a la ciudad! ¡Ya es famoso! ¿Tiene usted compromiso con alguna joven americana? Porque si no es así, le vaticino que antes de quince días lo tendrá con alguna de las bellas hijas de mis amigas. *C'est la vie!*

Paul no era diseñador de moda sino periodista, y habría preferido que le preguntaran por otros temas. La política, la economía, el arte, incluso la vida cotidiana en los Estados Unidos. Temía verse encasillado. De pronto, aquellas curiosas damas querían saber más acerca de cómo se llevaba de alto el talle, y el largo de las faldas. ¡Qué estúpido había sido! Después de tal exhibición, ya nadie lo tomaría en serio. Se juró a sí mismo no hacer ni un boceto más.

Tal y como le había vaticinado Vasilievich, los siguientes días recibió un montón de invitaciones. Rechazó la mayoría de ellas pues no deseaba volver a las andadas. Fiódor, con el que iba tomando confianza, lo acompañó a visitar los alrededores de la ciudad hasta donde se fundía con el campo infinito, y el mar Báltico. Una mañana, Karl von Lissberg lo invitó a ir a una playa cercana. Fueron hasta allí en la moto con sidecar de Karl. Cuando llegaron, encontró un lugar hermoso y vacío, en el que el cielo parecía confundirse con el tranquilo mar que apenas rompía sobre los redondos guijarros de la playa, mientras las chillonas gaviotas pretendían ahuyentarlos.

Sin decir palabra, con toda naturalidad, Karl se desnudó completamente y se introdujo corriendo en el agua. Debía de estar bastante fría, pero era un día soleado en el que no se movía una hoja del cercano bosquecillo de abedules que tenían a sus espaldas. Karl había dejado la cámara sobre el trípode clavado en la arena. Las gaviotas perdieron pronto el interés por los intrusos y se alejaron aleteando. Pudo ver cómo Karl nadaba rompiendo la lámina de plata que era el mar, reflejando una luz difusa y brillante que le obligaba a entrecerrar los ojos. Sintió envidia. Recordó la última vez que se había bañado en Long Island, el verano anterior, y con la misma naturalidad que Karl acababa de demostrar, se desnudó por completo y se introdujo en el agua que, efectivamente, estaba demasiado fría para él. Nadó acercándose a su compañero de excursión.

—¡Al principio se nota muy fría, pero si nadas un poco verás cómo la encuentras muy buena!

—¡Sí! ¡Me gusta mucho el mar! ¡Nunca hubiera pensado que este Báltico fuera un lugar tan hermoso y tranquilo!

—¡A mí me ocurrió lo mismo! ¡Prueba el agua, dale un sorbito, te sorprenderá! ¡Aquí es casi dulce! ¡El golfo de Finlandia tiene muy poca salinidad! ¡Pero lo importante es su inmensa belleza, su serena calma! Yo vengo muchas veces solo a tomar algunas fotos.

Unos minutos más tarde salieron del agua. Karl corrió desnudo por la orilla para entrar en calor y él lo imitó. Se dio cuenta de que no sentía ningún pudor. Le habían hablado de la costumbre de bañarse desnudos en aquellos países. Además, no se veía a nadie más en la inmensa playa. Habían llegado hasta allí en la motocicleta desde el cercano pueblo en el que iban a pasar la noche. Le gustaba estar allí de una manera tan natural, sin sentirse agobiado como en los sofisticados salones de San Petersburgo. Había tomado la decisión de alejarse algo de aquel ambiente tan recargado y barroco, y, por supuesto, de negarse a dibujar un solo boceto más aunque se lo pidiera la zarina.

Karl, aunque no lo conocía más que superficialmente, parecía poseer un sentido estético muy profundo. Le encantaba hablar de arte y decía conocer a muchos de los jóvenes artistas de la ciudad, a los que reunía en su piso de vez en cuando para departir sobre lo que estaban haciendo.

Se vistieron cuando se les secó la piel con la leve brisa que se estaba levantando. Se sentía muy bien después de aquel chapuzón. Volvieron a Primorsk, un lugar silencioso y tranquilo en el que apenas se veía a nadie por la calle principal, con sus casitas de madera pintadas de colores. Habían

alquilado una habitación para pasar la noche, ya que Karl pretendía tomar unas fotografías al amanecer. Cenaron sopa de patatas y pescado al horno acompañado de un vino blanco muy suave. Aquella era una forma inteligente de entender la vida. Escribiría un pequeño reportaje sobre los pescadores del golfo de Finlandia.

Unos días más tarde Fiódor, tras tomar unos vodkas, le confesó que Karl Von Lissberg era bisexual, ya que le gustaban los hombres aunque tampoco parecía importarle salir con mujeres. Pensó entonces que había pecado de ingenuo, pero que en cualquier caso Karl era un buen compañero de viaje, un hombre culto y encantador y que le gustaría llegar a tener una buena amistad con él. A fin de cuentas, sus tendencias sexuales eran cosa exclusivamente suya y no tenía nada que objetar. Lo importante era su ética y su enorme capacidad artística. Lo que lograba obtener de su cámara, pues lo que había podido ver de sus últimas fotografías le parecía extraordinario. Cuando le mostró fotos de algunos de los poetas y artistas rusos, comprendió que había conseguido captar el espíritu de aquellos hombres. También unas fotos del interior del Kremlin, en Moscú, ya que, según le contó Karl, uno de los amigos de la princesa María Andréievna le consiguió un permiso para entrar en la fortaleza y fotografiar aquellas misteriosas estancias. Un lugar dramático y sombrío aunque también de una gran belleza. Karl le explicó que cuando se encontraba allí al anochecer tuvo la sensación de que el fantasma de Iván el Terrible seguía presente en aquel extraño lugar.

Apenas comenzó junio, Fiódor le preguntó un día si le gustaría acompañarle a Novgorod. El tiempo había mejorado y se adivinaba el verano. Aceptó de inmediato y, al día siguiente por la mañana, tomaron el tren en la Estación de Varsovia. Pronto encontraron los interminables trigales que verdeaban agitándose con la brisa. De tanto en tanto se veían aldeas y algunas mansiones aisladas, siempre con un bosquecillo cercano, en las lejanas y suaves colinas recortadas en el cielo azul.

—Esta es la verdadera Rusia —Fiódor quería hacerle participe de sus más profundos sentimientos—. Inmensa, hermosa, terrible y diferente —notó cómo se emocionaba al hablar—. Novgorod fue en un tiempo la capital de Rusia. ¡Velikiye Novgorod! ¡La gran Novgorod! ¡Ese de ahí es el río Volkhjov! Por él se comunica por vía fluvial con San Petersburgo y con el

Volga. ¡Ah! ¡Qué hermosa ciudad es Novgorod! Su kremlin es más antiguo que el de Moscú, y su mercado llegó a ser el de mayor importancia de Rusia. Su defensa eran esas extensas marismas que comenzamos a ver, y que la hicieron inexpugnable para las invasiones tártaras.

Paul comenzaba a entender el carácter de los rusos. Sentimentales y al tiempo prácticos. Muy cercanos y, sin embargo, en un momento dado podían llegar a ser fríos como el hielo, cordiales con los desconocidos y amigos de sus amigos, pero siempre manteniendo las distancias. En apariencia resignados al destino, como un toque oriental en su carácter, pero dispuestos a luchar hasta el final por sus ideas. Cuando comentó con Fiódor lo que pensaba mientras comían en el hotel, vio que su amigo asentía.

—¡Sí! ¡Es cierto! ¡Por eso es muy fácil entrar en nuestra vida! ¡Lo difícil es permanecer en ella!

Fiódor lo llevó a conocer al que había sido en tiempos su profesor de historia, Grigori Ivánovich Rikov. Se acercaron caminando al barrio histórico de la ciudad, y mientras subían la empinada escalera de madera del destartalado edificio donde vivía Rikov, le comentó que el profesor había sido alejado de Moscú a causa de sus ideas revolucionarias. En la sentencia le habían prohibido alejarse más de diez verstas[5] del centro de Novgorod. Para un hombre nacido y educado en los Estados Unidos, convencido de que la libertad era lo más importante de la vida, era muy difícil entender que alguien pudiera tener coartada su libertad y su vida solo por sus ideas.

El profesor Rikov era un hombre alto y grueso, de piel cetrina y aspecto amable, barba mal recortada y cabello algo alborotado. Sus ojos miopes de color verde lo observaban curiosos tras unos anteojos dorados. El hombre sonreía permanentemente, como si sus circunstancias personales no pudieran afectarle en lo más mínimo. Ostentaba el título de catedrático de literatura de la universidad de Moscú, aunque se encontraba en excedencia forzosa por su situación procesal. Explicó que su amistad con Iván Turgueniev, sobre el que había desarrollado varios trabajos y reportajes, lo había librado de ser desterrado a Siberia. Después sacó de un aparador una botella de vodka casero para celebrar la visita de su amigo Fiódor y su compañero de viaje.

Se mostró muy interesado por él desde que supo que había nacido en los Estados Unidos, ya que mencionó que era un gran admirador de la escuela literaria de Boston. Conocía bien la obra de Hawthorne, Melville, Beecher Stowe, Thoreau, Emerson, aunque sobre todos ellos sentía una gran preferencia por Edgar Allan Poe, y añadió que él era el cuervo de Novgorod, tras lo cual rio a carcajadas. Era un hombre cordial y extrovertido, con una

casa desordenada y algo caótica, repleta de libros, carpetas y documentos polvorientos, en la que daba la impresión de encontrarse en su medio.

El profesor les mostró lo que tenía entre manos. Una minuciosa biografía de Antón Chéjov, con él había mantenido amistad personal.

—Yo colaboré con él en el montaje de *La gaviota* en el Teatro del Arte de Moscú gracias a Konstantín Stanislavski[6]. ¡Qué lástima que Chéjov muriera tan joven! ¡Antón Pávlovich podría haber sido el mayor de nuestros dramaturgos! Una vez me dijo que hacía preguntas en sus monólogos y que cada uno que lo escuchara tendría una respuesta diferente. ¡Como en la vida misma! A mí me llamaba «tío Vania». Se ve que se inspiró algo en mi humilde persona.

Paul estaba encantado de aquella oportunidad. Mientras Fiódor sorbía una humeante taza de té escuchando a su amigo Rikov, no dejaba de mirarlo para ver su reacción ante los comentarios del sabio profesor.

—¡Grigori Ivánovich Rikov, cuéntele a mi amigo Paul por qué le desterraron aquí!

—¡Ah! ¡El poder jamás quiere que le hagan sombra! ¡El zar Nicolás no acepta que nadie critique su omnímodo poder! La Ojrana[7] interrumpió un día mí clase en la universidad y recuerdo que hablaba de que la palabra era más fuerte que la violencia. ¡Me arrastraron fuera de la clase a empellones y puñetazos, y los alumnos se quedaron sin saber qué ocurría! ¡Ni siquiera aguardaron a que acabase la clase! Ellos no querían otro atentado contra el zar, como le ocurrió a Alejandro II, y ahí pagaron justos por pecadores. Ni siquiera me permitieron pasar por mi casa a recoger algo de ropa y algunas cosas precisas. Personas como Fiódor Yegórovich me ayudaron a sobrevivir en aquellos momentos. ¡Ahora no tengo paga del Estado, ni puedo salir de Novgorod, ni volver a mi casa de Moscú! ¡Pero lo que no sabe la Ojrana es que nadie puede limitar los pensamientos, ni los sueños, ni en ocasiones las palabras! Esta Rusia pretende ser un Estado europeo y occidental… ¡Y no es cierto! ¡Si entrara usted en el edificio de la calle Fontanka 16 de San Petersburgo, donde tiene su sede la Ojrana, se enteraría de los secretos de este oscuro país! ¿Sabe usted cómo funcionaba la Inquisición española? Pues aquí ocurre lo mismo. Detenciones arbitrarias, torturas, asesinatos políticos, falsos procesos, deportaciones… ¡y sin embargo aquí me tiene! Aunque bien es cierto que podría estar en el reino de los cielos, y que gracias a Turgueniev sigo en este valle de lágrimas. ¡Él impidió que la Ojrana acabara conmigo!

Mientras le escuchaba, Paul pensaba que el profesor Rikov había visto muchas cosas y que podría preguntarle algunas de las que probablemente

otros no querrían hablar. Según Fiódor, aquel hombre había nacido en 1838, es decir, tenía setenta y dos años. A los cuarenta y dos obtuvo la cátedra, por lo que había sido un espectador privilegiado y con criterio de la historia reciente de Rusia durante los últimos decenios. Paul pensaba aprovechar la semana que iban a permanecer en Novgorod para que aquel hombre le contara muchas cosas interesantes.

Según él, su hermano Máximo Ivánovich había sido uno de los encargados de protocolo en la corte del padre del zar Alejandro III, y ello le había permitido vivir algunos de los sucesos íntimos de palacio que luego le contaba, con lo que él iba escribiendo un curioso libro.

—¡Para mí, el más importante de los muchos que requisaron en mí casa!

Más tarde, el profesor los llevó a visitar el mercado que aquel día se celebraba en la ciudad. A pesar de encontrarse en aquel lugar a la fuerza, se sentía orgulloso de la historia de la ciudad y de sus monumentos.

—¡Esto ya no tiene nada que ver con lo que aquí se vio una vez! En este mercado se subastaban grandes cantidades de pieles de lobos, osos, armiños, castores y todo lo que llegaba de Siberia. Desde aquí se enviaban a Riga o a Kaliningrado para que llegaran a Europa. También el trigo, la cebada, el ámbar del Báltico, incluso muchas de las mercancías que llegaban desde Oriente a través de la ruta de la seda. El norte de Rusia tenía aquí su gran mercado. Ahora es apenas la sombra de lo que fue, pero aún se percibe algo en el ambiente. Es cierto que por cada cuatro pasos que avanzan Inglaterra o Alemania, Rusia da solo uno. Aunque Rossija también va cambiando a su aire. Sin embargo, si respiran profundo, notarán que Novgorod tiene aún un extraño olor. Huele a Asia.

Paul reflexionaba sobre lo que el profesor les estaba contando. Era muy cierto, pues aquella ciudad tenía algo que la hacía muy diferente a San Petersburgo, que era como un inmenso decorado barroco y elegante en donde se percibía la voluntad de Pedro y Catalina por querer ser Europa. ¡Más que Europa! Aunque detrás de las fachadas italianizantes se encontraba el espíritu de Iván el Terrible, de una iglesia ortodoxa cuyos ritos y costumbres tenían sus raíces en una ancestral forma de entender la vida que poco o nada tenía que ver con Europa.

—¡El verdadero culpable fue Cirilo[8]! —El profesor gesticulaba mientras les daba su criterio—. ¡Aquel apóstol eslavo y su hermano Metodio inventaron el alfabeto glagolítico, precursor del cirílico! Estamos hablando de hace un milenio y es cierto que el cirílico nos hizo cristianos, pero no lo es menos que nos separó de Europa. Esos apóstoles no eran eslavos, sino de

Tesalónica, pero su madre era búlgara y ello les proporcionó sus conocimientos sobre la lengua eslava. La verdad es que luego el cirílico lo inventó San Clemente de Ohrid. ¡Claro! ¡Estamos vinculados a Asia! ¡Allí tenemos a los chechenos, los kazajos, los mongoles, los tártaros, los tayikos, los uzbekos, los yakutos, los azeríes y muchos otros pueblos! ¡Todos ellos utilizan también el cirílico! Cierto que en Europa lo utilizan los serbios, los moldavos, los macedonios y nosotros los rusos. ¡Pero esa es la verdadera frontera! ¡No la marcan unos policías, una bandera y una barra de madera cruzada cerrando una carretera! ¡Nuestra verdadera frontera es el alfabeto! Siento decir que el progreso se escribe hoy por hoy en letras latinas. Es cierto que el ruso es hermoso, sentimental y humano. ¡Pero si Rusia utilizara el alfabeto latino las cosas serían muy diferentes! ¿Se imaginan ustedes a los germanos o a los suecos con el alfabeto rúnico? Los polacos se encuentran en la misma frontera entre una cultura y otra, pero eligieron el latino y eso les da cierta ventaja en algunos aspectos. Es cierto que tienen algunas letras diferentes, pero su base es el latino. Eso se lo dije una vez a uno de los más poderosos hombres de Rusia, Constantin Petrovich, entonces consejero de Alejandro II y tutor de Alejandro III. Recuerdo muy bien que le dije: «Constantin Petrovich, para cambiar el destino de Rusia tendríamos que empezar por cambiar el alfabeto». Me miró de arriba abajo y contestó: «Tiene usted razón, Ivánovich Rikov, pero aquí quien en realidad manda es la iglesia ortodoxa. Así que vaya usted a proponérselo a ellos». ¡Ah! ¡Qué hombre más listo! Murió hace dos años y la buena influencia que ejercía sobre el zar Nicolás desapareció.

El profesor se acercó a Paul y le miró detenidamente a los ojos unos instantes.

—Amigo mío, usted es ruso aunque haya nacido en América. Solo tengo que mirarlo a los ojos para saberlo. ¡Ruso de los pies a la cabeza! Y hay algo dentro de usted que lo ha hecho volver aquí. No solo su nombramiento como corresponsal, como me ha contado antes, o su joven y natural ambición de llegar a ser alguien. Las raíces tiran de nosotros y quieren enlazarnos con lo que en realidad somos. Usted, por ejemplo, si se observa en el espejo, se dirá: «A fin de cuentas, soy americano…». ¿Pero qué son en realidad los Estados Unidos? ¡Gente venida de todas partes del mundo! Tal vez un diez por ciento de africanos, y añádale una mezcla de italianos, ingleses, irlandeses, franceses, polacos, rusos, judíos, alemanes, griegos, levantinos, chinos de los que llevaron para construir los ferrocarriles, japoneses, indios. ¿Allí también habrá iglesias ortodoxas rusas? ¡Claro que las habrá! Y sin embargo, ustedes

se creen norteamericanos de origen. De hecho, eso ocurre en todas partes. Mire aquí en Novgorod. Si caminamos un rato y vamos preguntando… ¡Pero si no hace falta ni preguntar! Aquí hay gente de todas partes: armenios, suecos, germanos, centroeuropeos, polacos y, claro está, rusos. ¡Y todos se tienen por rusos! ¡Usted podría ser el ruso más ruso que haya conocido nunca! Me recuerda usted a alguien, a la misma esencia de Rusia. Tal vez por eso no le será difícil entenderme.

El profesor Rikov les habló más tarde de sus excelentes relaciones con Turgueniev antes de la muerte del escritor, también de Chéjov, de Máximo Gorki, que ya despuntaba como el nuevo genio de la literatura rusa. Rikov sabía mucho de la historia de su país, y parafraseó a Gorki: «Sí, así sucede… Cuanto más le persigue el destino, más ávidamente busca el hombre la felicidad».

Rikov mantenía que la dinastía de los Romanov estaba llegando a su fin. Aseveró que una dinastía que comenzó con la entronización de Miguel, hijo del Patriarca Filareto, nacido Fiódor Nikitich Romanov, que a su vez era hijo de Nikita Romanovich Zajarín-Yúriev, cuñado de Iván IV el Terrible, no podía tener un buen final, y que una personalidad tan nefasta para Rusia como la del zar Nicolás II, al que definió como un inepto para el arte de gobernar, acabaría no solo con su dinastía sino con la propia Rusia. Según él, era la zarina la que gobernaba. Una mujer incapaz de asimilar su destino, y mucho menos de comprender el tiempo que le había tocado vivir.

Paul pensó para sí que el profesor tampoco había podido asimilar el suyo, y que estaría cargando las tintas contra los aristócratas. A pesar de ello, aquel hombre evidenciaba una enorme cultura.

Fiódor Yegórovich intervino para restar importancia a las últimas palabras de su amigo.

—¡Grigori Ivánovich Rikov! ¡Nuestro joven amigo va a creer que lo he traído a un mitin de los socialistas revolucionarios! ¡Él ha venido para aprender sobre Rusia! ¡Cuéntale otras cosas!

—¡Bueno! ¡Fiódor Yegórovich no quiere que me vaya por las ramas! ¿Qué prefiere nuestro amigo ruso-americano? ¿Saber lo que puede suceder muy pronto o que sigamos hablando del monje Cirilo y su alfabeto?

Paul intervino, dándose por aludido, aunque todo lo que estaba escuchando de Rikov le encantaba.

—Profesor, quiero que me hable usted de lo que va a suceder. Es cierto que me ha interesado con el cirílico. Pero, si me lo permite, le haré una pregunta muy directa: ¿Cree que pronto habrá aquí una revolución como la

que sucedió en Francia? La verdad, hasta ahora todo en Rusia da una impresión tal de serenidad y tranquilidad que me parece imposible. Esas recepciones a las que me ha llevado Fiódor… No he podido apreciar ni la más mínima inquietud. Ni en las excursiones que he realizado hasta la fecha por los alrededores de San Petersburgo…

El profesor Rikov lo escuchó atentamente mientras asentía.

—Bien. ¿Quiere otra taza de té? Yo no estoy aquí solo por haber criticado al zar Nicolás. Me acusaron de haberme entrevistado con el padre Gapón**[9]** un mes antes del domingo sangriento. ¿Ha oído hablar de ese hombre? Un pope ortodoxo socialista que no soportaba las tremendas injusticias sociales. ¿O tal vez un provocador pagado por la Ojrana? La cuestión es que él organizó la marcha sobre el Palacio de Invierno para presentar una carta del pueblo al zar. De eso hace algo más de cuatro años y medio. Un frío y soleado domingo por la mañana. Eso sí, llevaban grandes retratos del zar, iconos, cruces, y aquello parecía más una fervorosa procesión cristiana que una manifestación de protesta. El zar se encontraba en su palacio de Tsárskoye-Seló**[10]**, cerca de la ciudad, pero su tío, el gran duque Vladimir Aleksándrovich, que se hallaba tras las cristaleras del Palacio de Invierno observando el devenir de los acontecimientos, dio orden de reprimir violentamente la manifestación. La guardia imperial disparó a la multitud sin entender de viejos, mujeres o niños, mientras el pope gritaba: «¡No hay zar, no hay Dios!». Luego los cosacos desenvainaron sus sables y cargaron a caballo sin ningún miramiento. ¡En pleno siglo XX, en una ciudad como San Petersburgo, un domingo por la mañana, cuando muchos burgueses salían a pasear por la Perspectiva Nevski con sus familias! Hubo muchos muertos y una infinidad de heridos, se conoce como «El domingo sangriento». A mí me recordó un espléndido cuadro de Goya, *Los fusilamientos del tres de mayo* en Madrid, el pueblo fusilado contra una tapia por los dragones de Napoleón. Algo macabro, anacrónico, y totalmente estúpido por parte de un monarca que pretende seguir gobernando. Atacar a su propio pueblo con tal saña denota imbecilidad congénita, además de una gran crueldad. ¿No le parece? Me contaron que el zar se encontraba en esos momentos desayunando con su familia, siempre café muy negro, muy dulce y muy caliente. Cuando le llegó la noticia ni se inmutó. Seguiría pensando en cosas tan importantes como si su madre iría aquel día a comer o no con ellos, qué harían aquella tarde de aburrido domingo. Si jugarían al *backgammon* o a otro juego, o si solo pasearían por lo jardines con sus hijos. Ese hombre está convencido de que la única respuesta que merece el que protesta contra su zar, es decir contra él, es el paredón. Como le he dicho,

entre los caídos hubo muchas mujeres y niños. Algo muy difícil de explicar al país, por lo que de inmediato se precipitaron los acontecimientos. El pope Gapón excomulgó al zar sobre la marcha. El partido social-revolucionario en el gobierno condenó a morir a Gapón, y a Pinhas Rutenberg[11], su compañero en la manifestación, lo asesinó ahorcándole en abril de hace cuatro años. Como ve, ese tema está aún caliente y creo que traerá cola. Por otra parte, si lo prefiere le puedo hablar de cuando hace doce años, en 1898, fundamos en Minsk el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Yo estaba representando a la Unión de Lucha de Moscú, aunque no como delegado.

»Me uní a estos movimientos en 1883, cuando conocí a Georgi Valentinovich Plejánov[12] en Zúrich. ¡Ese es el verdadero teórico del marxismo! Luego tomó partido por los mencheviques y nuestros caminos se separaron. Le llaman Volgín, por el Volga, y Lenin pensó que era un buen seudónimo y adoptó el suyo por el río Lena. Pero no quiero divagar. ¿Por qué le hablaba de Plejánov? ¡Ah, sí! Muchos de los marineros de la flota del Mar Negro pertenecían al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. En Londres se dividió en dos, se partió entre bolcheviques y mencheviques, es decir, miembros de la mayoría y de la minoría. Los primeros con Lenin, los segundos con Mártov. En realidad, unos a favor de la lucha política socialista contra el zar, los otros hablando de las reivindicaciones económicas. *Primum vivere, deinde philosophare*. Bien, pues el Comité Central Socialdemócrata planificó una rebelión a la vista de la situación de la flota naval. ¡Habrá oído hablar de este asunto! El acorazado *Potemkin*[13] se hallaba de maniobras en el Mar Negro cuando la torpedera N267 le llevó el correo y los víveres. Pero en aquella ocasión la carne que les llevó estaba podrida, totalmente agusanada, y los marineros se negaron a comerla. Ya sabe, la terrible corrupción en las compras militares, en las que se desviaba el dinero a costa de la salud de los marinos y soldados. A la vista de ello, el segundo de a bordo amenazó con fusilarlos. Los condujeron a cubierta y los infantes de marina los rodearon, dispuestos a cumplir con la amenaza, pero los marineros se abalanzaron sobre ellos de improviso y les quitaron las armas, después los convencieron de que se unieran a ellos y allí comenzó el célebre motín. Los oficiales sacaron las armas y algunos cayeron en el tiroteo, incluyendo el capitán y un marinero. Ya no había vuelta atrás. De inmediato los marineros se organizaron bajo el liderazgo de un tal Matushenko. Cuando regresaron a Odesa, se encontraron con una huelga general. Los huelguistas de tierra pidieron a los rebeldes del *Potemkin* que se unieran a ellos, pero Matushenko pensaba en otra cosa. Para el 16 de junio, cuando se celebró el funeral del

marinero fallecido, aquello era ya una rebelión en toda regla. En la escalinata que sube desde el puerto al centro de la ciudad, la caballería disparó a mansalva contra los manifestantes. Las autoridades zaristas comprendieron lo que se estaban jugando y recibieron órdenes de acabar con la insurrección. Hubo grandes enfrentamientos entre los manifestantes, huelguistas y marineros, y los soldados del ejército leales al zar a la fuerza. Muchos pensamos entonces que había llegado el día de la ira que tanto esperábamos. Incluso el *Potemkin* disparó sus cañones contra el cuartel general del ejército. Se notó la falta de oficiales para horquillar los proyectiles en la dirección de tiro, por lo que los cañonazos apenas causaron daños.

»Para entonces, las noticias de la rebelión habían llegado al Palacio de Invierno. Como usted conoce, San Petersburgo está muy lejos de Odesa. Son como las dos caras de un rublo, pero a pesar de ello creo que el zar notó que alguien le movía el sillón bajo los pies después de siglos. El *Potemkin* zarpó para Rumanía tripulado por los rebeldes. ¡No iban a aguardar allí a que los ahorcaran! La cuestión fue que al final, tras muchas idas y venidas, los rumanos devolvieron el barco, y de vez en cuando las autoridades zaristas aún capturan a alguno de los que se refugiaron allí cuando van volviendo, y por supuesto siguen ahorcando a todos los que llegan, para dar escarmiento. Pero ya conoce usted el dicho: "¡Sangre de mártires, semilla de cristianos!". Por eso le cuento que desde principios de este siglo han sucedido muchas cosas, ¡y las que nos quedan por ver! El telégrafo, el ferrocarril, el teléfono, la electricidad, todas esas cosas están cambiando el mundo. Eso que llamamos progreso afecta muy directamente a las ideas, a la toma de decisiones políticas. Todo eso lleva las noticias con la rapidez del pensamiento, y a las personas con mucha facilidad de un lugar a otro. Y la información es enemiga directa de la autocracia y de las dictaduras, y yo, del zar, estaría muy preocupado. ¡Ya lo creo que lo estaría! Hasta hace bien poco, en Rusia era difícil, muy complicado moverse de un lugar a otro. ¿Quién viajaba entonces de Smolensko a Moscú o de Minsk a San Petersburgo? ¡Yo se lo diré! ¡Los militares, los recaudadores de impuestos, los funcionarios en cumplimiento de sus misiones, algunos aristócratas, y por supuesto los comerciantes! ¡No hay tormenta de nieve que haga retroceder a un comerciante armenio! Nadie más. Y todos ellos contaban la misma parte de la historia, al menos en voz alta. Luego resultó que gentes como Lenin, Plejánov y algunos más dieron otra visión de las cosas. ¡No eran lo que siempre habían parecido, sino muy al contrario! Como puede imaginar, la iglesia ortodoxa siempre jugó a favor de la aristocracia, de la autoridad de los zares. ¡Ahora, de pronto, después del

domingo sangriento y del *Potemkin*, todo eso se ha resquebrajado! Eso que nuestros amigos marxistas llaman dialéctica histórica ha entrado en nuestras vidas. La aceptación del destino, ese fatalismo ancestral de los *mujiks*, el agachar siempre la cabeza cuando pasaba el amo montado a caballo, el poner un puñado de velas en la iglesia para ver si el Todopoderoso se acuerda de nosotros y nos concede un deseo, ¡la verdad es que hay que tener imaginación!… ¡Todo eso está sufriendo un cambio! Ahí tiene a Tolstoi y sus revolucionarias ideas de lucha contra el conformismo, contra la corrupción de la administración, contra la codicia insana de los poderosos que lo quieren todo para ellos, contra los abusos de la autoridad… Ese hombre ha hecho mucho por cambiar las cosas. Por eso necesitamos lo que él propone: ¡Resurrección[14]! Él dijo una vez: "Hay sobre la tierra millones de hombres que sufren: ¿por qué estáis al cuidado de mí únicamente?".

»¡No, querido amigo, en contra de su criterio, este país no está nada tranquilo! ¡Aquí van a suceder muchas cosas, y antes de lo que pensamos! Lo que le he contado no es más que la demostración de que cuando salte la chispa todo va arder como la yesca, empujado por el viento de la estepa. ¡No permita que Fiódor Yegórovich lo lleve a más recepciones en los ubicuos salones de San Petersburgo, pues esa gente está totalmente alejada de la realidad! ¡Esa es su estrategia! ¡Para ellos no solo no puede suceder nada, sino que es impropio que suceda! Ahora bien, si hablamos de las circunstancias, el pueblo ruso ya no puede aguantar más. ¡Así que esté atento a las señales, porque podría ser testigo de cómo va a cambiar el mundo!».

Tres días después, Fiódor y él volvieron a San Petersburgo. Estaba cerca el final de año, el río Neva y los canales se habían helado. Fiódor, que deseaba enseñarle el país, le propuso hacer un largo viaje a través de Rusia en busca del suave clima de Crimea. Planearon ir primero a Moscú, y desde allí a Odesa. Aceptó entusiasmado ya que quería ver otros lugares, conocer algo de aquel inmenso país, y por supuesto visitar Moscú.

Unos días más tarde, las cosas se torcieron. La madre de Fiódor había sido ingresada en el hospital y su amigo no tendría otra opción que quedarse. Decidió marcharse solo y dos días después tomó el tren, que tardaba casi veinte horas en llegar a Moscú. Pensaba en lo que le había dicho el profesor Rikov. Cuando entró en la estación para coger el tren con destino a Moscú, pensó que aquel lugar era como un universo propio. Muchos de los viajeros eran rusos de la ciudad y del norte. Pero también los había finlandeses con sus

coloridos trajes típicos, gentes del Báltico, militares, marinos, grupos de serios armenios, familias judías, georgianos, ucranianos. No resultaría nada fácil controlar un país como aquel en donde se podían tardar semanas en llegar al otro extremo. Subió al coche-cama, un lujoso y exclusivo privilegio que la compañía estatal de ferrocarriles había concedido a los aristócratas, políticos y gentes adineradas que tenían que viajar frecuentemente de San Petersburgo a Moscú. El zar, por su parte, no quería ser menos que sus parientes ingleses y alemanes, y disponía de un tren privado con todos los lujos imaginables, construido bajo el asesoramiento de los ingenieros de la Wagon-Lits Company. El tren del zar se encontraba situado en uno de los andenes, rodeado de guardias que lo vigilaban permanentemente. Por lo que había leído, la amenaza de un atentado contra el zar o su familia era algo que no se podía descartar.

Como le quedaba algo de tiempo hasta la hora de la salida, dejó la maleta en su compartimento personal con llave, descendió del vagón y se dirigió al final del tren. En los últimos vagones viajaban las personas con menor capacidad económica. Pudo ver a unos presos esposados, vigilados por policías que debían pertenecer a la Ojrana. Todos ellos hombres muy jóvenes, alguno con aspecto de universitario, con trajes en mal estado, algunos con gafas, barba y cabellos descuidados. Uno de los policías le pidió fuego, y aunque no fumaba, llevaba encima una caja de cerillas que le entregó. Sin que le hubiera preguntado, el hombre le explicó que los llevaban a Moscú para ser juzgados, ya que habían cometido un atentado en aquella ciudad, y habían sido apresados en San Petersburgo. Uno de los presos con gafas de montura dorada, al verlo hablando con el policía, se quedó observándole con mirada desafiante, como si creyera que él también podía pertenecer a la policía política, o tal vez ser un juez o un fiscal. Le hubiera gustado poder preguntarles, pero no se atrevió. Pensó en acercarse a los tribunales de Moscú para intentar presenciar alguno de los juicios, podría ser una experiencia interesante. Recorrió el vagón hasta el final y descendió de nuevo al andén. Caminó hasta su vagón de primera clase y se sintió algo avergonzado del privilegio al que los demás no podían acceder. El tren llevaba incluso un vagón restaurante, dado el tiempo que duraba el trayecto. Los rusos de clase alta no se privaban de nada, vivían con los mismos o incluso mayores lujos que los ricos de otros países más avanzados.

Por una vez se alegró de viajar solo, aunque Fiódor Yegórovich se estaba portando muy bien con él, además de facilitarle mucho las cosas y de presentarle a gente interesante, como el profesor Rikov. Pero se había dado

cuenta de que políticamente era algo radical, de pensamiento socialista y probablemente se habría negado a viajar en Wagon-Lits. Por otra parte, era como si quisiera discutirle algunas cosas y él quería tener su propia opinión. Ya tendrían tiempo de viajar juntos más adelante.

Finalmente el tren salió con cerca de media hora de retraso. El revisor le explicó que la demora se debía a que habían estado aguardando a alguien muy importante, sin dar nombres. Algo semejante hubiera sido inaceptable en los Estados Unidos pero aquí parecía normal. Los rusos tenían un concepto muy diferente del tiempo y de las circunstancias. San Petersburgo, la ciudad más avanzada de Rusia en todo, no era Londres, ni Nueva York, ni probablemente Berlín o Viena.

A las siete se dirigió al vagón restaurante. Cuando entró vio que se encontraba casi lleno, pero el *maître* le buscó un hueco, entre la humareda del tabaco, en una mesa para cuatro personas ocupada por tres. Debía de tratarse de altos funcionarios del gobierno. Se presentó y, cuando les explicó que era un periodista del *New York Herald*, se mostraron muy cordiales e interesados por lo que estaba haciendo en Rusia. Estaban comenzando pero se dio cuenta de que aguardaban a que hiciera su elección, al final el mismo menú que ellos. Apenas se sentó le sirvieron una copa del magnífico vino que estaban bebiendo y les agradeció el detalle. El tren marchaba con su monótono ritmo por aquella llanura infinita, y pensó que sería mejor tener a alguien con quien pasar el tiempo.

Se presentaron como Serguéi Vladimirovich Nesvisky, fiscal jefe de la audiencia de San Petersburgo, Iván Vasilievich Serebriakov, abogado del Estado, y Nikolai Ivánovich Fischeliev, juez del tribunal de apelación. Pensó que hablarían de cosas sin importancia con un desconocido a quien el azar había sentado a su mesa, aunque dieron la impresión de aceptarlo de buen grado.

—¡Así que corresponsal del *New York Herald*! ¿No fue ese periódico el que financió a Stanley para que encontrase al doctor Livingstone? ¡Qué afortunado encuentro! ¡Estábamos comparando las ventajas de América con las de Rusia! ¿A usted que le parece?

A Paul no le sorprendió aquella pregunta. La búsqueda de Livingstone había sido una de las hazañas históricas del periódico. Según la misma filosofía, aunque salvando las distancias, se encontraba él allí viajando de San Petersburgo a Moscú. Siempre explorando el mundo.

—¡En efecto! Así fue. La pequeña diferencia es que yo no soy Stanley, y no sé si alguno de ustedes es Livingstone. Pero mi periódico siempre está

interesado en ir más allá. Es norma de la casa. Aunque creo que hacerlo en un Wagon-Lits no tiene mérito alguno.

Los tres hombres sonrieron. Notó que el hielo se había roto y que lo aceptaban como a uno más en el selecto club de los hombres cultivados reconociendo a otro de su clase.

—¿Y qué le está pareciendo Rusia? —El juez Fischeliev se le quedó mirando fijamente, como si estuviera muy interesado en su respuesta.

—Bueno —sonrió—. ¡A mí lo que me parece es que San Petersburgo es una maravilla! También he podido visitar Novgorod y me ha gustado. Soy de Nueva York y amo aquella ciudad, pero no son comparables. No les he dicho que mis padres emigraron a los Estados Unidos, y que por tanto esta es también mi tierra. Me parece hermosa, cargada de historia, y quizás también podría definirla como dramática.

—¿Por qué dramática? —el abogado Iván Vasilievich se lo soltó a bocajarro—. ¿Qué aprecia de dramático en Rusia? —Se lo preguntó con un cierto tono cortante. Paul pensó que no se había roto el hielo como pensó un instante antes, tal vez solo resquebrajado.

—Bueno. Dramático podría ser un adjetivo impropio, quiero decir desde un punto de vista estético. Tengo un amigo fotógrafo aquí, Karl von Lissberg, un hombre capaz de sacar algo increíble de debajo de lo que nosotros vemos como natural. Una belleza majestuosa, pero algo melancólica. Ahí fuera hay una estepa infinita. En el largo invierno ruso, hielo y nieve, silencio, oscuridad, tal vez una manada de lobos asustados por el paso del tren. La luna llena. Hoy hay luna llena. Todo eso es dramático en el sentido más clásico de la palabra. ¿No les parece?

—Dentro de unas horas llegaremos a la región de influencia del Anillo de Oro —Vasilievich también quería dar su opinión—. Veremos ermitas, iglesias con sus cúpulas doradas. Yo nací en Vladimir. ¡Tiene que ir allí! Visitar la catedral de la Dormición, probablemente la más bella iglesia de Rusia, decorada con las más hermosas pinturas al fresco bizantinas. Cerca se encuentran Suzdal, Yaroslav, Zagorsk, y por supuesto Moscú. Ahora estamos en pleno verano, pero aquí el verano no es muy largo, y pronto llegará el otoño. ¡El tiempo pasa muy deprisa! Ahora lo que hay son interminables campos de trigo, dorados por el sol. ¡A mí me parece Rusia el país más bello de la tierra! Creo que Rusia se parece mucho a América, aunque hablo con el sentimiento, ya que en realidad no conozco aquel país.

—¿Y la gente? ¿Se parecen los rusos y los americanos? ¿La gente de Nueva York? —El fiscal Nesvisky también sentía curiosidad—. ¿Son como

nosotros?

Paul sonrió.

—Sí… de alguna manera. Piense que en Nueva York vive gente de todas las razas. ¡Millones de personas! Allí hay más judíos que en ninguna otra ciudad del mundo. Además de miles de rusos, alemanes, ingleses, italianos. ¡De todos los países! ¡Allí está Little Italy y Chinatown! También hay muchos negros y mestizos. Y, por supuesto, un barrio ruso, Brighton Beach. Allí hay varias iglesias ortodoxas rusas, con cúpulas de estilo bizantino, muchas casas construidas de madera al estilo ruso, aunque la construcción en madera es tradicional en todo aquel país, y se ven popes caminando por sus calles, se bebe vodka, hay gente caminando en invierno con sus gorros de piel, y el idioma ruso escrito en los carteles. Es la pequeña Rusia. ¡Pero no es como San Petersburgo… casi la única ciudad que conozco algo en este país! Mi madre falleció hace unos meses sin hablar una palabra de inglés. Pero, como es natural, hay muchos rusos que han progresado y que ocupan cargos importantes en la administración y en el comercio.

—¡Qué interesante! ¿Y usted qué ha venido a hacer en Rusia?

—Los americanos son gente muy curiosa y les encanta compararlo todo. Ahora Rusia está de moda. En este país están pasando cosas muy interesantes en el arte, la danza, la música… y ellos quieren saber más. Escribo para el dominical del periódico, una revista que se reparte los domingos con el periódico y que la gente devora literalmente. En ella se hacen ediciones especiales sobre este país o aquel. Ahora le ha tocado a Rusia. Todo lo ruso está de moda. Las mujeres se visten siguiendo lo que llaman la moda cosaca, o moscovita, o petersburguesa. También están muy interesados por el zar, por las novelas de Tolstoi, por muchas cosas. Yo tengo mucho interés. Primero, como periodista, en hacer un magnífico reportaje, mejor dicho una serie, ya que en principio van a ser varios meses de trabajo. Después, por mi sangre rusa, y por amor propio, ya que para mí es una oportunidad de progresar en mi empresa. La gente pretende que el corresponsal les explique en este caso cómo es Rusia. Empiezo a darme cuenta de las dificultades. Este es un país inmenso, inabarcable, con una historia densa, muy complejo, con grandes diferencias.

—¿A qué diferencias se refiere? —De nuevo el fiscal Nesvisky quería saber a lo que Paul se estaba refiriendo mientras lo observaba con mirada inquisitoria.

—Bueno. Les agradecería que no me malinterpretasen. No pretendo juzgar lo que no conozco, pero usted me acaba de hacer una pregunta e

intentaré contestarle. Este tren tiene veintitrés vagones para pasajeros y dos coches correo al final. Hay un coche cama con diez departamentos para dos personas cada uno, aunque algunos, como es mi caso, llevan uno solo, más este vagón restaurante en el que la tercera parte del vagón es la cocina. Además hay dos vagones de segunda clase con cincuenta y dos asientos de terciopelo en cada vagón, y el resto del tren son vagones de tercera clase con asientos de madera sin calefacción, en los que viajan los que caben. Antes de partir he contado los dos últimos de pasajeros con cerca de ciento veinte personas en cada uno. Exactamente ciento diecisiete y ciento veintiuna en otro. Si hacemos los números verán que en primera, en un Wagon-Lits, pueden viajar veinte personas como máximo. Imagino que habrá trenes con dos vagones de primera. Tendríamos ciento doce en segunda y dos mil ciento y pico en tercera. Aun así, no es demasiado representativo de la sociedad rusa actual —Paul hablaba con serenidad, aunque dispuesto a hacerse oír—. Según este muestreo, las diferencias con los Estados Unidos son abismales. En un trayecto similar, entre dos ciudades muy importantes, como Washington y Nueva York, en un tren similar en tamaño, una cuarta parte de los viajeros al menos podría viajar en coche cama. Y allí no existen vagones sin calefacción. En un ferrocarril norteamericano no puede viajar gente de pie, ni sentada en el suelo. Ese es el progreso. Lo que quiero decir es que los que viajan ahí atrás pasando frío y sentados en los suelos apretujados, también quisieran viajar de otra manera. Lo que me induce a pensar que antes o después eso cambiará.

Paul se dio cuenta que sus tres compañeros de mesa lo observaban atónitos. No parecían coincidir con él. Vasilievich, el abogado, intentó sonreír con una forzada mueca.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Pero si creíamos que teníamos a un corresponsal de un país capitalista y lo que tenemos aquí es un joven decembrista radical! ¡No! ¡No se ofenda, por Dios! ¡En Rusia admiramos a los decembristas! Aunque no compartamos su filosofía. ¿He querido entender que usted piensa que todos los hombres deberían viajar en primera clase? ¡Por cierto, es usted increíblemente observador! —El hombre bajó la voz—. ¡Si decide no volver a América, lo contrataremos para la Ojrana! ¡Ahora los que la dirigen no valen, y así nos va a todos! Y ahora, hablando en serio, ¿quiere trabajar para el gobierno? Si usted es hijo de emigrantes rusos, con una declaración jurada y un certificado de la embajada de los Estados Unidos en San Petersburgo, sería suficiente. ¡Después venga a verme! ¡Ja, ja, ja! ¡Y ahora brindemos por el zar Nicolás y por nuestro nuevo e impulsivo amigo Paul Alexander! ¿Paul o Pablo? Mire, Pablo Alexeivich, tendrá que creerme si le aseguro que todos

queremos que este país prospere. Pero aquí tenemos una gran dificultad. ¡Esos *mujiks* harapientos no serán capaces de progresar jamás! ¡Nunca aprenderán nada, bastante tienen con saber de memoria el padrenuestro y el avemaría! La iglesia es la única que los entiende. El patriarca de Moscú, mejor dicho el presidente del Santo Sínodo, ya que el patriarcado lo suprimió Pedro el Grande, su santidad Vladimir I, me decía hace poco, totalmente convencido, que si se instruyera a los *mujiks* sería el fin de Rusia. ¿Está usted de acuerdo? ¡No! ¡No me lo diga! ¡Ja, ja, ja! ¡Instruir a los *mujiks*! ¡Por Dios santo, qué cosa tan absurda!

—¡Sí!… —Nesvisky también tenía algo que decir e interrumpió a su amigo mientras el camarero servía unos langostinos cocidos acompañados de espárragos y salsa blanca.

Paul pensó que era más que evidente que el progreso estaba llegando a Rusia, aunque quizás demasiado despacio, y solo para la clase privilegiada. No iba a resultarles fácil domeñar aquellos inmensos espacios, los pantanos, los ríos y lagos para poder llevarlo a todas las regiones.

—¡Sí! ¡Tiene razón su santidad! ¡Eso sería una idea perversa! ¡Un *mujik* siempre será un *mujik*! ¡No sirven para otra cosa! ¡Si me dijera un *kulak*[15]… bueno! Podría entender que los hijos de un *kulak* posean algo de instrucción. ¡Aunque la justa para poder administrar una granja! En América las cosas pueden ser diferentes. ¡No se lo discuto! ¡Pero en Rusia no! Aunque todos esos revolucionarios, como los que también viajan en este tren escoltados por la policía, que seguro ha podido ver, con lo observador que es usted, pretendan conseguirlo por las buenas o por las malas. ¡Y eso sí podría llegar a ser un problema! ¡Bah! ¡No conseguirán nada! ¡Gracias a Dios, la Iglesia posee mucho poder en Rusia! ¡Y el zar es intocable! ¿Quién se atrevería? Se lo digo yo. ¡Nadie! Para eso haría falta algo imposible: organizar a los campesinos y a los obreros. Sabemos que hay gente que de tanto en tanto lo intenta, como esos utópicos bolcheviques. ¡Pero no van a conseguir nada! ¡En fin! Ha sido un gran placer tener la oportunidad de cenar con usted.

Paul comprendió que aquellos altos funcionarios querrían seguir hablando de sus cosas y se levantó para despedirse. Los tres hombres hicieron lo mismo, estrechándole la mano al tiempo que hacían una ligera inclinación de cabeza al estilo prusiano. Era consciente de que la forma de pensar que le habían expresado era la usual entre la clase alta que gobernaba Rusia. El pueblo odiaba a sus gobernantes, a los aristócratas y terratenientes que en muchos casos eran los mismos, a los recaudadores de impuestos. Sin embargo era como si estuvieran ciegos frente a la iglesia ortodoxa rusa, que para

muchos era responsable de que las cosas se mantuvieran inmóviles. Los poderosos despreciaban al pueblo, ya que para ellos no era nada, ni significaba nada, y por tanto no tenía derecho a opinar.

Mientras el tren cruzaba la inmensa y monótona llanura que lo separaba de Moscú, lanzando de tanto en tanto un largo pitido como si quisiera avisar a los habitantes de los pueblos cercanos de que estaba de nuevo allí. Se dirigió a su departamento apoyándose en los mamparos, abrió con el llavín numerado y cerró por dentro con el pasador, se desvistió, se puso el pijama e intentó dormirse escuchando el chasquido de las ruedas con cada raíl. A pesar de todo se sentía enormemente afortunado.

II
Moscú

En Moscú se hospedó en el nuevo Hotel Metropol, que apenas llevaba cuatro años abierto. Un establecimiento a la altura de los mejores de Nueva York, aunque allí solo había estado en los salones y vestíbulos. Él no se había hospedado en ninguno mejor que aquel. Tomó la decisión de ver la ciudad, al menos el centro, y durante un par de días paseó solo por las avenidas. Visitó la plaza del Kremlin, las iglesias más cercanas, algún museo. Hacía un tiempo excelente, incluso caluroso en algunos momentos, y quería aprovecharlo. A última hora, antes de dormir, escribía durante un rato cada noche. Se convirtió en un largo artículo sobre la enorme fortaleza rodeada de murallas que llegaban hasta el mismo hotel donde se alojaba. Se sentía algo abrumado rodeado tan de cerca por la historia. No tenía por qué ir a buscarla a los libros, simplemente estaba allí. Sin embargo comenzaba a pensar que solo estaba viendo lo mismo que aquellos viajeros ingleses o alemanes que habían tenido el valor y la curiosidad suficiente para arriesgarse a conocer otros países, y él quería saber más. Intentaría descubrir lo que existía bajo aquella realidad, lo que soportaba a aquella estática sociedad, con sus bellos edificios barrocos y neoclásicos, las cúpulas bizantinas en forma de bulbo de sus iglesias, las interminables y tediosas ceremonias religiosas concelebradas por varios popes con sus casullas recargadas de pedrería y bordados y sus increíbles tiaras. Quería percibir lo que comenzaba a moverse bajo sus pies, pues era indudable que algo comenzaba a suceder, igual que el comienzo de un casi imperceptible movimiento sísmico que intentara agitar los cimientos de aquella sociedad que se resistía a cualquier tipo de cambio. De momento estaba escribiendo sobre lo que veía por encima de la línea de flotación de aquella exótica sociedad, ya que para ello lo habían enviado. Su obligación profesional era escribir un artículo de seis a siete mil caracteres semanales. Lo otro, de momento, solo eran meras elucubraciones personales, unas notas ilegibles para otros ojos, que pensaba le servirían para poder escribir un libro sobre lo que el profesor Rikov le había advertido que sucedería antes o después.

Se encontraba aún en su habitación cuando subió un mozo de recepción. Le comunicó que alguien le aguardaba en la cafetería. Aquello le sorprendió.

No había quedado con nadie, ni creía conocer a nadie en aquella ciudad. Se anudó el corbatín y se puso la chaqueta. Sentía una gran curiosidad por saber quién preguntaba por él. Era imposible que su amigo Yegórovich estuviera allí.

Descendió en un amplio y lujoso ascensor de la misma marca que los de los mejores hoteles de Nueva York; el mundo se iba haciendo cada vez más pequeño. El progreso se imponía. En Rusia, como en otros países, estaban sufriendo una crisis de crecimiento. Al entrar en la cafetería encontró a Iván Vasilievich Serebriakov, uno de sus compañeros de cena en el tren, que departía con un elegante caballero. Se lo presentó como su primo segundo, de nombre Aleksandr Vasilievich Kolchak[16], un hombre alto, delgado aunque atlético, de alrededor de treinta y cinco años. Pronto descubrió que se trataba de alguien muy conocido, en realidad un héroe nacional a pesar de su juventud. Comentó que acababa de volver del Océano Ártico, de las Islas de la Tierra de Francisco José, en una expedición dirigida por él y patrocinada por la Academia de Ciencias de Rusia. Iván Vasilievich daba la impresión de sentirse muy orgulloso de ser pariente cercano de alguien tan afamado. Vino a expresar a Paul que su primo era una verdadera celebridad en todo al país, a pesar de las protestas del propio Kolchak.

Vasilievich los invitó a cenar en el restaurante del mismo hotel. Un ambiente exquisito amenizado por una arpista. Kolchak les contó que estaba trabajando en la creación del estado mayor de la armada, y que acababan de ascenderlo a capitán de navío, lo que le convertía en el más joven de su escalafón.

—¡Aleksandr Vasilievich, no me cabe la menor duda de que tienes un extraordinario futuro por delante! ¡Tengo información de que el zar desea saludarte en la próxima recepción de palacio! —Vasilievich se refería al palacio de verano en San Petersburgo—. Ahora se encuentra en Crimea veraneando junto a su familia, pero en la recepción de agosto te recibirá para que le cuentes tu última aventura. ¿Sabe usted que mi primo Aleksandr Vasilievich es uno de los pocos hombres vivos que han dado su nombre a una nueva tierra, en este caso una isla en el ártico? ¡La Isla de Kolchak! ¡Ah, qué gran orgullo! ¡Mi padre siempre decía que el primo Aleksandr llegaría lejos! ¡Qué razón tenía! ¡Pero en fin, vamos a lo que importa! Nosotros representamos al Partido Constitucional Demócrata, lo habrá oído mencionar, ya que a sus afiliados nos conocen como «kadetes». En fin, nos agradaría que lo mencionase en alguno de sus artículos. Estamos convencidos de que sería algo importante para Rusia… Lógicamente, a su mejor criterio, explicando

que los liberales somos los que podemos sacar a este país de su situación. Me he tomado la libertad de venir a exponerle nuestro punto de vista, rogándole que disculpe mi intromisión.

Paul no sabía en aquel momento cómo negarse. Por otra parte, no le importaba que unos y otros le expusieran sus puntos de vista. Lo que luego hiciera con todo ello sería otra cosa. Asintió. Vasilievich le había llevado a su famoso primo como un brillante cebo. Kolchak, que indudablemente era famoso y admirado, tenía un gran concepto de sí mismo, por otra parte algo muy natural en alguien que era agasajado en todas partes, como acababa de comprobar en la comida, pues un desconocido de otra mesa había enviado una botella del mejor vino francés, y unas damas se habían atrevido a acercarse a la mesa para echarle unos cuantos piropos.

—Si me lo permite, le hablaré de lo que viví en primera persona —Kolchak quería dar su propia visión como protagonista, sin permitir que los demás hablaran siempre por él—. No sé si conoce bien lo que sucedió en la reciente guerra entre nuestro país y Japón. Le diré que a Japón se le tenía hasta entonces aquí por un lejano y al tiempo vecino reino casi medieval, un exótico *shogunado* asiático de *geishas* y samuráis, poco más. Esto podrá aclararle la situación de corrupción política que estamos viviendo.

Paul vio cómo Iván Vasilievich miraba hacia algún punto fijo en el policromado techo del restaurante. Era evidente que Aleksandr Kolchak se sentía muy satisfecho de la ocasión de poder dirigirse a un periodista norteamericano, nada menos que de un periódico de la fama mundial del *New York Herald*. Más de una vez habría pasado por su cabeza subirse a un barco en San Petersburgo o en Riga y abandonar el país. Era el tipo de persona a la que le encantaría ser miembro de la National Geographic Society y doctor *Honoris Causa* de algunas de las célebres universidades americanas. Mencionó que sentía una enorme admiración por los Estados Unidos, y lo observaba pensando que tal vez aquella podía ser su gran oportunidad. Añadió que no soportaba las continuas intrigas, el pesimismo generalizado que invadía Rusia, la pésima situación económica y social del país, y mucho menos la rastrera política que se llevaba a cabo en los últimos años. Luego volvió a su relato inicial.

—Me dieron el mando de un viejo crucero, el Askold. Como me presenté voluntario aquí en Moscú, tuve que viajar en el Transiberiano hasta Vladivostok. Desde allí a Port Arthur. Tenga por cierto que antes de partir era consciente de que se trataba de una batalla perdida, ya que conocía muy bien nuestra flota y a sus mandos. Me vi forzado a ir. Acababa de regresar de la

expedición polar del barón Toll. Eso fue en 1900. Me llamaban Kolchak-Poliamyi. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarme en San Petersburgo pasando a limpio mis escritos y mis apuntes sobre lo que investigué en el observatorio magnético de Pavlovsk? ¡No podía hacer algo así! Y no solo por mi honor. Tendré que decirle que en aquellos momentos mi estado de salud no era óptimo. Sufría vértigos, fuertes dolores de cabeza, fiebres intermitentes. La cuestión fue que cuando llegué a Port Arthur me destinaron al destructor *Serdityi*. Una vez a bordo comprendí que no teníamos la más mínima opción, pues los japoneses disponían de una flota incomparablemente mejor, mucho más moderna, navíos que desplazaban el triple que los nuestros. A toda máquina no éramos capaces de hacer los nueve nudos. ¡Mientras que ellos lograban tres veces más! Nuestros cañones eran antiguos, poco fiables, y sin embargo sus direcciones de tiro eran las más modernas. Varios de sus mejores buques acababan de botarse en los astilleros ingleses. ¡Ah, qué mal se ha portado Gran Bretaña con Rusia! Ahí tiene la guerra de Crimea, en definitiva contra los turcos y su expansión por el antiguo oriente cristiano, y ellos se pusieron de su parte. Con Japón nos ocurrió lo mismo. Los ingleses luchan por su monopolio comercial mientras nosotros los rusos lo hacemos por una anticuada idea de defensa de los valores cristianos y occidentales… Así desde siempre. Perdone esta disquisición. Le decía que no teníamos ninguna oportunidad. Lo único que pude hacer fue disponer un campo de minas alrededor de Port Arthur para defender la entrada del puerto. Mi destructor tenía asignada la escolta del acorazado Sebastopol, el buque insignia de nuestra flota oriental. El crucero japonés *Takasago* intentó hundirlo, aprovechando su mayor potencia de tiro, alcance y velocidad. Pero se descuidó o menospreció al crucero ruso que yo mandaba, y se nos colocó de través mientras intentaba disparar sus piezas contra nuestro buque insignia. Entonces le solté una andanada que hizo explotar su santabárbara. ¡Fue prácticamente la única victoria de nuestra flota, que resultó vencida por la de una nación que es poco más grande que la provincia de San Petersburgo! ¡Sentí una enorme vergüenza por aquella derrota, y me di cuenta de que teníamos que cambiar como país! ¡No me siento un traidor si le aseguro que no creo ya en el zar, rodeado de una camarilla de gente que solo inclina su cabeza para asentir a todo lo que dice! ¡No me resigno a que una nación con nuestra historia y cultura sea de las últimas entre las grandes potencias! ¡No, no y no! ¡Por eso estoy convencido de que los cadetes tenemos que cambiar las cosas antes de que sea tarde! ¡Es preciso instaurar una monarquía constitucional en la que el zar ocupe el lugar que le corresponde, y gobierne

un ejecutivo independiente nombrado por el pueblo en votación universal y secreta! Es decir que el zar puede reinar pero no gobernar.

Paul se sentía muy interesado por lo que estaba oyendo. Comenzaba a comprender que había llegado a Rusia en un momento crucial. Algo muy importante iba a ocurrir en aquel inmenso país, y solo por su propia dimensión afectaría al resto del mundo.

—¡Sí! ¡Exactamente! ¡Ese es el sentimiento que nos embarga a los demócratas constitucionales[17]! ¡Claro que ninguno de nosotros somos traidores, a pesar de los comentarios de la prensa zarista ultraconservadora! ¡Nosotros impediremos que aquí pueda repetirse lo que sucedió en Francia durante su revolución! ¡Ya hemos intentado este proceso por las buenas! ¡Hoy en día estamos ya en la tercera duma de la que soy diputado, y este no es el camino correcto! ¡El zar sigue reinando como un autócrata a pesar de lo que prometió en el Manifiesto de Octubre, hace ya cinco años! ¡Serguéi Witteya hizo todo lo que pudo!

—Mi querido Aleksandr Vasilievich —Paul intentaba mantener la misma ceremonia que utilizaban entre ellos—, en los Estados Unidos conocemos muy poco esta realidad de Rusia que usted me está revelando. ¿Sería tan amable de contármela detenidamente? Necesito formarme una opinión más sólida. Solo así podré transmitir la verdadera situación. Allí podrán comprender bien a la gente como ustedes, ya que sus ideales se aproximan mucho a los que en mí país prevalecen.

En aquel momento, el abogado Iván Vasilievich interrumpió a su primo.

—¡Sí! ¡Tiene usted mucha razón, señor Alexander! —Aquel hombre no quería dejar todo el protagonismo a su famoso primo—. ¡Damos las cosas por sabidas, pero es cierto que si no explicamos el proceso, mal podremos esperar ayuda y comprensión! Haremos una cosa. Venga mañana a una reunión privada en la que tendré mucho gusto en presentarle a una serie de personas y podrá verlo desde dentro.

De nuevo intervino el capitán de navío Kolchak. Era un hombre más pausado y de apariencia más razonable que su primo.

—Señor Alexander, tiene mucha razón, creo que se merece una explicación de lo sucedido y de qué papel están ejerciendo cada uno de los actores de este drama. ¡Sí! ¡Un auténtico drama que ya veremos cómo acaba! ¡Ninguno de nosotros puede ser lo suficientemente objetivo! Así que yo le propongo que asista a una reunión en la que conocerá a algunas de las personas más influyentes hoy en día. ¡Y que conste que ninguno de ellos

pertenece a los cadetes, en algún caso son incluso opuestos a nuestras ideas, aunque ellos también desean el cambio, y cada uno propone un camino!

—¡Por Dios, primo Kolchak! —Iván Vasilievich intervino con cierta preocupación al comprobar que su famoso primo hablaba con demasiada sinceridad—. ¡A ver si vamos a conseguir lo contrario de lo que pretendemos!

Paul creía lo contrario, ya que aquello era exactamente lo que pretendía desde su llegada.

—Estoy de acuerdo con ambos criterios. Me encantaría que un historiador, un profesor me lo explicara detenidamente, y por otra parte tener la oportunidad de conocer en persona a los protagonistas de la vida política e intelectual rusa.

Realmente lo estaba. Aquel ocasional encuentro en el tren lo había llevado a conocer a algunas personas muy interesantes. Yegórovich le estaba facilitando mucho las cosas, pero prefería que fuesen obra de las circunstancias, tal como le estaba sucediendo en aquellos momentos, sin mediación de nadie, sin que le dieran una imagen sesgada de Rusia. Por un momento había creído que de su relación con Iván Vasilievich no iba a sacar nada en claro, pero la aparición del capitán Kolchak había modificado su criterio.

—Bien —Kolchak pretendía cerrar el compromiso—, si le parece oportuno, mañana a las once vendrá un coche a recogerle aquí. Aguarde en la puerta principal. Quiero expresarle mi satisfacción por haberlo conocido. Así que hasta mañana.

—Adiós, mi joven amigo —Iván Vasilievich también se mostraba muy contento—. ¡Como puede ver, Aleksandr Vasilievich Kolchak siempre encuentra soluciones! ¡Mañana nos veremos, si Dios quiere!

Dedicó la primera parte de la tarde a escribir acerca de lo que ambos habían comentado. Después tomó la decisión de cenar en el hotel, pues aquel establecimiento era como una isla de confort y lujo en una ciudad desconocida. A las seis salió a dar un largo paseo por la orilla del Moscova. Hacía una tranquila y hermosa tarde de verano. Le sorprendió ver que muy cerca, hacia el suroeste, la ciudad se transformaba en una zona en la que se mezclaban los edificios en construcción con terrenos baldíos y grandes campos de maíz. Los rebaños de ovejas pastaban en algunos prados que verdeaban en las orillas del río donde se veía a gente bañándose, los caballos piafaban satisfechos y galopaban arriba y abajo, unos perros sueltos ladraban

agresivamente, de tanto en tanto se veía una gran fábrica humeante, calles recién abiertas en el campo. Se acercó a unos hornos de ladrillos en los que unos obreros se afanaban entre el humo y el polvo rojizo. Algunos tendidos eléctricos o de telégrafos cruzaban aquí y allá, sin aparente orden. Niños y muchachos muy jóvenes se bañaban desnudos en una balsa, jugando con el agua sin pudor alguno. Unas mujeres arrodilladas lavaban la ropa a orillas del caudaloso río que formaba en aquella zona un amplio meandro. Pensó que todo estaba cambiando con rapidez, como sucedía también en la periferia de Nueva York, aunque en Moscú todo parecía más natural y al tiempo más caótico. El mundo estaba cambiando a principios del siglo XX, y Moscú no iba a ser menos. De tanto en tanto se veían viejas casas de madera que iban quedando desplazadas de las nuevas avenidas que se abrían siguiendo otro orden. La ciudad crecía con rapidez, demostrando que algo se movía en el país a pesar de todo. Desde allí se dio la vuelta y contempló la fortaleza del Kremlin, situada sobre una achatada colina cercana, una vista impresionante aunque algo sobrecogedora. A su izquierda vio una fila de altas chimeneas de ladrillo que humeaban una gran nube grisácea, como si se estuviera formando una tormenta local al sur de la ciudad. A lo lejos descargaba otra tormenta, mientras que más cerca el sol atravesaba las nubes dejando pasar algunos rayos prismáticos que iluminaban las cúpulas policromas de la increíble catedral de San Basilio. Era una bellísima imagen de una ciudad vitalista y cambiante, y sintió que su amigo Karl no estuviera allí para poder captarla con sus cámaras de gran formato. De alguna manera, aquella visión le recordó los cuadros de El Bosco. El orden en el caos.

Volvió al centro. Le habían hablado de que el Teatro de Arte de Moscú, al que los moscovitas conocían como el TAM, estaba representando una obra histórica, *El zar Fiódor Ivánovich*, bajo la dirección de Konstantín Stanislavski. Caminó hacia el hotel mientras comenzaba a lloviznar. Era un trecho largo y llegó calado hasta los huesos. Subió a la habitación, pidió agua caliente para bañarse y después se puso un traje oscuro. Al salir de nuevo, vio que el cielo se había abierto y que la tarde comenzaba a caer lentamente con una asombrosa luz que hacía brillar las cúpulas de las iglesias. Subió a un coche de punto de alquiler para ir hasta el teatro, que resultó estar mucho más próximo de lo que imaginaba. Llegó casi a la hora del comienzo, pero aun así pudo adquirir una localidad en la tercera fila del patio de butacas, muy cerca del escenario. El teatro estaba lleno de gente. Al alzarse el telón comprendió que se trataba de una obra histórica y de algo más que lo dejó asombrado. Los telones pintados de una manera que nunca antes había visto, la audaz puesta

en escena, el atrevido vestuario, la hermosa e inquietante música que lo inundaba todo. Los actores, muy bien dirigidos, interpretaban sus papeles con total realismo. Era mucho más de lo que había esperado encontrar. Comprendió que había un mensaje muy directo en los diálogos, en la acción. Allí, entre las tramoyas, se cuestionaba sin tapujos el poder omnímodo del zar.

En el intermedio pidió una copa de *champagne* en el ambigú. De pronto, una dama tropezó con el borde de la alfombra junto a él. La sujetó con fuerza, evitando así que cayera. La dama, algo azorada, apenas musitó una frase de agradecimiento. Paul, todavía obnubilado por el espectáculo, se presentó y la bella desconocida sonrió mientras le daba su nombre: Natasha Teliéguina. En aquel momento se acercó otra joven que Natasha Teliéguina le presentó como su hermana Amalia. Departieron unos minutos mientras transcurría el entreacto. Apenas unos momentos después, la campanilla les requirió para retornar a sus asientos. Desde su butaca pudo localizarlas en el primer palco del lado contrario, sobre el escenario. Notó que Amalia lo observaba sin disimulo con unos pequeños gemelos. Saludó con una leve inclinación de cabeza. No pudo evitar pensar que de nuevo el azar estaba jugando con cartas marcadas.

Las aguardó a la salida junto al guardarropa. Al encontrarlas aceptaron sin dudar su oferta de tomar un té en alguna de las cafeterías cercanas. De nuevo había lloviznado y el lodo volvía las aceras resbaladizas. Se colocó entre ambas y se asieron a sus brazos con naturalidad, como si se conocieran de toda la vida. Pensó que daría algo por ver la cara que pondría Fiódor Yegórovich si pudiera contemplarlo en aquella situación. No pudo evitar sonreír abiertamente al pensarlo.

La cafetería más cercana rebosaba de gente que acababa de salir del teatro, y todos los clientes parecían satisfechos y sonrientes. Sabía que el teatro, la música, la danza, eran eventos muy importantes para los rusos que podían permitírselos. Al final pudieron sentarse en una esquina del porche acristalado que daba a la avenida. Desde allí se divisaba el perfil del cercano Kremlin gracias a la luna llena. Natasha le preguntó qué estaba haciendo en Moscú. Les contó quién era, su trabajo en San Petersburgo como corresponsal del *New York Herald*, y de inmediato notó el interés de Natasha en todo ello; Amalia parecía estar pensando en otra cosa.

—Lo que estoy encontrando en Rusia está muy lejos de lo que creía. Las circunstancias políticas son mucho más complejas de lo que imaginaba, y tendré que reconocer que desconocía mucho de lo sucedido en los últimos

años. Me he dado cuenta de que existen criterios antagónicos sobre lo que está sucediendo, desde los más conservadores que pretenden que todo debe seguir igual a los que piensan que pronto habrá una gran revolución. ¡Por otra parte, este país es tan grande que lo imagino como si fuesen varios países cosidos unos con otros! Les confieso que me siento un poco agobiado. ¡Como si no supiera ni por dónde empezar! Por otra parte, esto es muy distinto de los Estados Unidos.

Para entonces ambas hermanas lo escuchaban con atención. Les explicó que tenía la impresión de que la gente en general parecía más culta en Rusia que en América. Ellas sonrieron al escucharlo. Natasha lo interrumpió para darle su opinión.

—¡No lo crea! Ya se habrá dado cuenta de las enormes diferencias sociales. Aquí solo el diez por ciento de la población tiene acceso a la cultura. El resto no cuenta para nada. Es como si no existiera, salvo para cultivar trigo o producir carne. Antes se les llamaba «siervos de la gleba», vinculados de por vida a un terrateniente. *Las almas muertas*, de Gogol… después vino la reforma con Alejandro II. Por lo que conozco, en los Estados Unidos todo es muy diferente, es verdad que allí existe un problema parecido con los negros, pero eso son prejuicios raciales, algo muy distinto de lo de aquí.

Paul se quedó bastante sorprendido de que una dama le diera una opinión así a un desconocido.

—Bueno. Sí, es cierto. En los Estados Unidos también tenemos problemas raciales, pero tengo la impresión de que aquí las circunstancias son muy diferentes.

—¡No lo sabe usted bien! A pesar del Manifiesto de Octubre, en el que el zar vino a decir que las cosas iban a cambiar, y que se constituiría una duma, es decir un parlamento, como en las otras naciones democráticas europeas, la realidad es otra —Natasha bajó la voz—. El zar sigue siendo la cabeza de un sistema autocrático y anticuado en el que es imposible el progreso. No existe justicia social y son solo unos pocos los que se benefician.

Paul se sentía perplejo ante esas dos hermosas y elegantes damas que, por su apariencia, debían pertenecer a la clase social más alta. No parecía muy coherente su aspecto con su discurso. Si hubiera sido otro tipo de personas, estudiantes o incluso funcionarias… Le interesaba su opinión.

—Ustedes me perdonarán, pero no termino de entender cómo personas como ustedes, en apariencia de buena posición social, pueden tener una opinión así, y que conste que en principio la comparto.

Natasha Teliéguina sonrió. Era una hermosa mujer de treinta y tantos años. Su hermana Amalia daba la impresión de ser bastante más joven y se mantenía a la expectativa. Por momentos parecía ajena a la conversación, observando a la gente que entraba y salía de la cafetería. También ella era una joven bellísima, de apariencia frágil y ojos inteligentes.

—Paul Alexander, permítame que le haga una pequeña reflexión. Rusia no es ese teatro, ni la representación de su sociedad civil es la que hemos vivido esta tarde. Ni la de esta cafetería. Ni la gente que vemos paseando, aprovechando esta hermosa noche de verano por el bulevar iluminado por farolas de gas, recién puestas por cierto. Ni esta confortable terraza cubierta donde estamos tomando un delicioso té con pastas. Rusia no es nada de eso. Lo podría haber sido, pero no lo es. La verdadera Rusia está ahí cerca, apenas a un tiro de piedra, donde acaba la ciudad, a poco más de una versta de distancia. Es un lugar silencioso, oscuro, y algo más allá los lobos campan por sus respetos. Ahí al lado encontrará un país atrasado, ignorante, injusto, donde casi todo está por hacer. Mire bien. No se equivoque. Nosotras dos tuvimos la fortuna de nacer en una familia privilegiada desde el punto de vista económico, y nos educamos en Berlín y en Londres. Solo estamos en Moscú por una temporada, y tal vez tengamos que ir pronto por eso mismo a San Petersburgo, para aclarar la herencia de nuestra madre, que falleció hace unos meses. Mi padre nos dejó hace ya cuatro años. En cuanto a mí, estoy divorciada. Ambas vivimos en Berlín, pero hemos tenido la oportunidad de seguir de cerca lo que está sucediendo en Rusia en los últimos años, ya que nuestros padres nos educaron de una manera, digamos democrática, y no nos parece que las cosas tengan que ser como son en realidad. No nos sentimos identificadas con la política que se lleva a cabo en Rusia. Pero ambas tenemos muy claro que nuestra opinión no va a modificar lo que está por llegar. Antes de morir mi padre, al conocer el Manifiesto de Octubre, auguró que el zar no sería capaz de cumplir sus promesas, que eran una mera cortina de humo. Cierto que se trataba de un hombre muy escéptico, y que no se sentía ruso, ya que también había nacido en Alemania. ¡Pero usted se ha quedado sorprendido de que unas mujeres tengan opiniones sobre estos temas! ¡Pues le diré que algunas las tenemos!

—¡No! ¡No, por Dios! —Paul no quería que lo malinterpretase— Natasha, si me he sorprendido es porque en los Estados Unidos empieza a haber muchas mujeres que piensan como usted. Una minoría, claro, pero las hay. Admiro ese coraje, y bueno, admito que me ha sorprendido, pero le confieso que estoy encantado. Yo tampoco soy ruso de nacimiento, pero sí

por herencia ya que mis padres fueron emigrantes rusos que llegaron por entonces a la Isla de Ellis, donde yo nací. Ya sabe, el lugar donde los emigrantes pasan la cuarentena, y son seleccionados los que pueden entrar y los que no. Pero soy hijo de verdaderos rusos. Fui bautizado en la iglesia ortodoxa rusa del Bronx como Pablo Yevgueni Alexeivich. Hablo un aceptable ruso e incluso lo escribo, aunque reconozco que, al no haberme educado aquí, tengo ciertas lagunas. Sé que lo he visto hasta ahora es solo una cara de la moneda. El rostro de un zar al que desconocía y del que hasta ahora no he tenido suficiente información sobre su manera de gobernar como para hacerme una opinión… En verdad, ahora creo que empiezo a tenerla. Pero no me negará usted que es sorprendente encontrar a personas con las que me siento tan identificado sin apenas conocerlas.

En aquel preciso instante, Amalia Teliéguina, que daba la impresión de estar con la mente en otra cosa, interrumpió vivamente a Paul.

—¡Lo sorprendente es que los que llegan a Rusia no se den cuenta de la verdadera realidad! ¿Por casualidad ha oído hablar de Vladimir Ilich Ulianov, conocido como Lenin? Nosotras tuvimos la oportunidad de escucharlo en Zúrich en una conferencia. ¡Ese hombre sí conoce la realidad, y además está dispuesto a cambiarla! ¡Esa es la diferencia!

—¡Amalia! ¡Por Dios, no seas tan impulsiva! ¡Nuestro nuevo amigo ha venido a Rusia precisamente para eso! Tal vez podríamos ayudarle, introducirlo con algunos contactos interesantes, aunque la verdad, conocemos a mucha más gente en Berlín que en Moscú. Se me acaba de ocurrir una cosa. ¿Le gustaría conocer al conde Lev Tolstoi? Poder hablar con él sería una experiencia interesante para alguien como usted.

Paul asintió, algo impresionado. Había fantaseado en ocasiones con aquella sugerencia, aunque las dificultades para acceder a alguien tan mayor y con tantos compromisos eran obvias. Le habían contado que Tolstoi vivía en el campo porque amaba la soledad y necesitaba todo su tiempo para escribir. Pensó que además debía de tratarse de alguien muy mayor, que estaría harto de que le atosigaran con entrevistas y reportajes. Tampoco estaba muy seguro de que aquella propuesta no fuese más que una invitación de buena voluntad por parte de una mujer prácticamente desconocida.

—Mi madre tuvo muy buena relación con la condesa Tolstoi, Katerina Andréievna. Nosotras estuvimos una vez allí acompañándola hace unos años. Por supuesto saludamos al conde, pero era como si estuviera en otra cosa, y no nos hizo mucho caso. Creo que si le escribiera una carta, tal vez accedería a recibirlo, aunque sé que no es fácil. ¿Quiere que lo intentemos?

—¡Por supuesto! ¡Se lo agradecería mucho! Pero mucho más si me permitieran verlas mañana. Aquí en Moscú no conozco a nadie. ¿Aceptarían comer conmigo mañana? ¡Necesito seguir hablando con ustedes! ¡Por favor, no me digan que no!

Ambas hermanas se miraron y sonrieron al tiempo ante la súplica de aquel nuevo admirador tan impulsivo como sincero. Natasha asintió.

—De acuerdo, Paul. Mañana a las diez, en la calle Arbat número setenta y dos. Es una villa con un gran jardín. No tiene perdida, encima del portón se lee «Teliéguina». Allí estaremos aguardándole.

Unos instantes después las acompañó hasta la cercana parada donde aguardaban los coches de punto. Uno de ellos, un elegante landó barnizado de negro, con un impecable cochero, las estaba aguardando. Ambas le dieron la mano y subieron al coche. Decidió volver al hotel caminando. No podía dejar de pensar en Natasha Teliéguina. No solo en su belleza, también en la increíble personalidad que irradiaba. Una mujer con las ideas muy claras que parecía haber vivido mucho, y conocer bien el mundo que pisaba. En cuanto a Amalia, mucho más joven, daba la impresión de ser un tanto alocada, aunque era tan bella o más que su hermana. Cuando se metió en la cama volvió a pensar en Natasha. Se sentía impaciente por verla.

La mañana siguiente a la hora prevista, el coche de alquiler lo dejó frente al portón sobre el que se veía escrito «Teliéguina». Un palacete neoclásico en una calle en construcción, como si las cosas estuvieran cambiando con gran rapidez en aquella ciudad. Los edificios con bajos en los que se abrían comercios estaban llegando a una zona que en tiempos habría sido un barrio residencial. Apenas se bajó del coche, un criado con librea se acercó a él.

—¿El señor Alexander?

—Sí. El mismo. Estoy citado con madame Teliéguina.

—La señorita Amalia Teliéguina lo aguarda. ¿Es tan amable de acompañarme?

Paul pensó con rapidez. ¿Amalia? ¿Y Natasha? Iba dándole vueltas a la cabeza mientras el estirado sirviente lo precedía. Entraron en un amplio vestíbulo y le rogó que lo siguiera hasta una sala adjunta. Una elegante estancia clásica como el resto de la mansión, con muchos cuadros colgados de las paredes, una alfombra persa desgastada por los años y antigüedades distribuidas a su alrededor. Tuvo que aguardar unos minutos a que entrara Amalia Teliéguina.

—¡Buenos días! ¡Tenemos que pedirle excusas, pero Natasha no recordó ayer que tenía cita en la notaria a primera hora! Si no le importa, yo le acompañaré.

—¿Cómo iba a importarme? La verdad que son ustedes muy gentiles conmigo. Soy yo el que las estoy importunando. Tal vez tiene usted otras cosas que hacer,…

—¡No! ¡De verdad que estoy encantada de acompañarle! ¿Le parece que recorramos lo bulevares en la calesa? En ella no necesitamos cochero e iremos más a nuestro aire. Después le presentaré a alguien que seguro le interesará. ¿De acuerdo?

Amalia le pareció más hermosa que la noche anterior, y daba la impresión de estar más simpática con él. Por otra parte, Natasha le imponía un poco, era algo mayor, pero sobre todo tenía una fuerte personalidad, y sin duda conocía bien el mundo. Amalia estaba más a su nivel en todo. La acompañó a la explanada de gravilla frente al pórtico de entrada a la casa, donde les aguardaba una preciosa calesa lacada en color rojo oscuro tirada por un magnífico caballo negro. Amalia subió con decisión antes de que pudiera darle la mano para ayudarla, y él hizo lo propio por el otro lado. Ella fustigó al caballo y la calesa se dirigió al exterior mientras un lacayo abría la cancela del jardín. En Moscú comenzaban a verse algunos automóviles, casi todos importados de Alemania, Francia e Inglaterra, alguno que otro de los Estados Unidos. Solo los Renault se fabricaban bajo licencia en San Petersburgo. A pesar de ello seguían siendo una novedad, al igual que los camiones que también circulaban por la ciudad, y cuando llegaban campesinos o *mujiks*, se quedaban mirándolos con la boca abierta por el asombro. Era evidente que el progreso había llegado a Rusia, y que también Miguel Strogoff**[18]** iba quedando atrás. Ambos iban en silencio y Paul no pudo dejar de pensar que sus sueños se estaban cumpliendo. ¡Como le hubiera gustado que estuviera allí Karl con su máquina fotográfica para inmortalizar aquel momento! Percibía la entrecortada respiración del pecho de Amalia Teliéguina, esa hermosa desconocida que le estaba sirviendo de guía en Moscú. Aquella ciudad era muy distinta de San Petersburgo, pero al tiempo impresionante. Pasaron delante del Teatro Bolshoi, en dirección al Kremlin, mientras las cúpulas en bulbo de San Basilio resplandecían a lo lejos. El aire de Moscú estaba limpio y permitía ver las cosas como si estuvieran muy cercanas. Cruzaron la gran plaza, donde estaba la fachada sur del Hotel Metropol, y quiso romper el silencio.

—Ese es mi hotel —indicó—. El Metropol. Se encuentra en un lugar extraordinario.

—Un buen establecimiento —comentó Amalia—. Yo solo he estado en el vestíbulo y alguna vez en el restaurante. Pero me gustó. ¿Qué le parece Moscú?

—Muy diferente a San Petersburgo. Es otro concepto de ciudad. Estaría más próxima a Chicago, mientras que San Petersburgo tiene algo que ver con Washington. Aunque reconoceré que el Neva no es el Potomac. En cualquier caso, Moscú me parece una ciudad más impresionante que bella, y le confesaré que el Kremlin me atemoriza un poco. Pero si tengo que ser sincero, hoy, en este hermoso día de julio, en esta preciosa calesa y junto a una mujer como usted… ¡Qué quiere que le diga! ¡Hoy me siento en el paraíso!

—¡Vamos, Paul! ¡Me voy a sonrojar! ¡No sea tonto!

Paul observaba los movimientos de Amalia conduciendo la calesa, que eran serenos y al tiempo decididos; el caballo hacía exactamente lo que ella le pedía en cada momento con un levísimo tirón de las riendas.

—¡Lleva usted muy bien la calesa! ¡Es como si el caballo supiera lo que usted pretende de él!

—Sí. La verdad es que Tago es un caballo muy inteligente. Si yo le dijera ahora: «¡A casa!» y soltara las riendas, vería usted como él nos llevaría de vuelta sin tener que hacer nada más. Así que el mérito es solo suyo. Yo aparento dominarlo y a él no le importa. Aunque es verdad que me gusta conducir la calesa. En Berlín tengo un Daimler de dos plazas, así que si es usted capaz de ir hasta allí, me verá usted conducir un automóvil. Creo que aquello lo hago mejor.

Paul tragó saliva. Se sentía algo aturdido por todo lo que le estaba ocurriendo. Siempre había pensado que le gustaría vivir una vida más confortable, en un ambiente muy diferente al que había vivido de niño. De pronto se encontraba en una especie de sueño. Mientras la calesa iba a trote corto por la enorme plaza del Kremlin, en aquel soleado día, pensó que tal vez aquel era el mejor momento de su vida.

Amalia lo sacó de sus reflexiones.

—¿En qué piensa? Le confesaré que anoche tuve una opinión equivocada de usted. Luego me dije que, después de todo, usted no era ruso sino americano, por mucha sangre rusa que corra por sus venas, alguien recién llegado que aún no conoce la verdadera realidad de este complejo país. Naturalmente, no puede tener un criterio formado sobre lo que está

sucediendo en Rusia, así que le ruego que me excuse. No tenía ninguna intención de ofenderlo. ¿Me perdona?

—¡Pero Amalia, no tiene usted ningún motivo para excusarse! ¡En todo caso lo tendría yo! ¡Ahora mismo estaba dándole vueltas a la cabeza! Me preguntaba qué estará pensando de este periodista entrometido. ¡Seguro que tendrá algo mejor que hacer que sacar a pasear a un periodista americano desocupado! En cualquier caso, le agradezco la comprensión. Lo cierto es que los puntos de vista de su hermana Natasha me sorprendieron. En verdad tienen ustedes criterios muy progresistas, tanto más perteneciendo a la clase alta, a lo que aquí llaman los privilegiados.

—Bueno. Usted se refiere a mi hermana. Como recuerda, yo apenas hablé.

Paul río abiertamente.

—¡Usted habló muy poco, ciertamente, pero dio en el clavo! A mí me sucedió algo parecido. Prejuicios de un extranjero convencido de que su punto de vista es el adecuado, y de que los demás están equivocados. No supe entender en aquel momento lo que me decía. Luego lo pensé. Quiero tener la oportunidad de conocer personalmente a ese Lenin. En América se habla mucho de él, pero casi nadie lo entiende. Allí algunos temen que las teorías marxistas que propugna pudieran llegar a destruir en el futuro el capitalismo liberal que allí impera. Sé que en 1905 intentó regresar desde Suiza pero no lo consiguió. También que es uno de los fundadores del partido bolchevique; esto es, «miembro de la mayoría», y sé que acaba de escribir un libro, *Materialismo y empiriocriticismo*. Solo el titulo impresiona. Así mismo, sé que pertenece al partido obrero, y que si alguien tiene la posibilidad de liderar el cambio que se percibe en la lejanía, es precisamente Vladimir Ilich Ulianov, alias Lenin. Creo que traerá lo que un profesor que me presentaron hace pocas semanas, en Novgorod, llamó «el viento de la estepa».

—¡Vaya con el periodista neoyorquino, que parece tan despistado! ¡Qué sorpresa! ¡No tengo otra opción que cambiar definitivamente mi opinión sobre usted! ¿Le gusta este paseo? Moscú posee una especial belleza, aunque Napoleón no pudo disfrutarla. Solo encontró llamas, humo y cenizas. ¡Fíjese lo que se perdió!

Paul no quería aparentar ser lo que no era. Pero no tuvo otra salida que seguirle el juego.

—Así fue. El gobernador Rostopchin tenía órdenes muy precisas y claras del general Kutuzov. De eso hace ahora noventa y seis años. Aunque para mí, el que mejor ha interpretado lo que sucedió ha sido Chaikovski, con su

obertura *1812*. ¡Emplear tañidos de campanas en una orquesta fue algo genial!

Entonces fue Amalia la que rio a carcajadas.

—¡Muy bien! ¡Me rindo! ¡Es usted el primero de la clase! —sonreía abiertamente mientras cruzaban el puente sobre el Moscova—. ¡Así que estoy paseando con un hombre sabio!

—¡Por Dios, Amalia! ¡No se ría de mí! ¡Solo leí algunas cosas antes de venir a Rusia! ¡En el *New York Herald* me examinaron a fondo antes de darme la plaza! ¡Pero todo esto no es más que un barniz! ¡Lo tengo todo por aprender!

—¡No! ¡No lo creo! Me estoy dando cuenta de que usted sabe mucho más de lo que dice… pero en fin, ya no le tiro más de la lengua. ¡Si se entera Natasha me mata! Ahora cuénteme cosas de América. ¡Algún día iré allí! ¡Le diré que no me importaría vivir en Nueva York! Así que tendré que hacer como usted e ir cogiendo un leve barniz. ¡Ya me gustaría a mí tener ese barniz sobre su país!

Paul comenzó a contarle algunas anécdotas. Ella se mostró muy interesada y le dejó hablar. Le habló de cómo era Nueva York, de sus enormes edificios, de la estatua de la Libertad, de cómo crecía imparablemente, de la increíble cantidad de gentes procedentes de todos los lugares del mundo. De que existía un barrio judío, otro chino, italiano, ruso, de cómo la gente aprendía con facilidad a convivir, y de las oportunidades de hacerse millonario en un país que apenas estaba comenzando a darse cuenta de sus posibilidades. Ella lo escuchaba en silencio. Mirando al frente, atenta a llevar la calesa, pero sin perderse una sola palabra de lo que él le contaba.

—Nueva York es una moderna Torre de Babel, ¡y nunca mejor dicho porque ahora les ha dado por construir rascacielos! ¡Edificios de cuarenta y cincuenta plantas! ¡Pero si quiere que le diga la verdad, lo que más me gusta de Nueva York es algo impalpable, y es que allí se respira libertad! ¡Allí todo el mundo tiene oportunidades! ¡Tendrá que ir y entonces yo le devolveré este paseo en el nuevo Ford T que pienso adquirir! ¿Me lo promete?

Amalia asintió, convencida.

—Eso es lo que en Moscú hace falta: ¡Libertad! ¡Debería usted escribir sus artículos en los periódicos de Moscú y de San Petersburgo! ¡Pero eso es una tontería! ¡La Ojrana le deportaría a los dos días! ¡O tal vez algo peor! ¡Así que más vale que se esté quieto! ¡Y aun así, no se extrañe si van a verle! La policía zarista tiene espías en las principales ciudades y no van a permitir

que diga usted lo que quiera. ¡Nos queda un largo trecho hasta que esto también sea tierra de libertad, pero llegará!

Amalia le preguntó si estaría interesado en conocer a una pintora amiga suya. Paul asintió, entusiasmado. De pronto se había dado cuenta de que lo único que quería era seguir junto a Amalia Teliéguina. Aunque se parecía mucho a Natasha, el hecho de ser bastante más joven la hacía más radical, y defendía sus ideas con cierta pasión. Cuando le preguntó qué edad tenía, ella le contestó que veinticinco y se lo quedó mirando, desafiante.

Paul sonrió.

—¿Y su prometido? Anoche Natasha comentó que estaba usted prometida.

—Bueno. Sí, es una forma de decirlo. Pero le diré que no me gustan los compromisos. Nunca me han gustado.

—¿Pero lo está o no? —Paul quería saberlo aunque la pregunta fuese impertinente.

—¡No! ¡En realidad es Natasha la que quiere que me case! ¡Dice que así sentaré la cabeza! ¡Qué tontería! ¡Tal vez él si lo crea, pero yo no estoy prometida! ¿De acuerdo?

Enfrascados en la conversación, habían llegado a la catedral de Cristo Salvador. Algo más abajo quedaba el Moscova. Amalia ató al caballo a un poste y dio diez copecs a uno de los muchachos que se dedicaban a vigilar los coches mientras los propietarios hacían sus recados. Entraron en un viejo edificio con fachada al rio, al otro lado de la avenida. Parecía tan antiguo que daba la impresión de encontrarse en estado ruinoso. Ella corrió escaleras arriba con gran agilidad y Paul no quiso quedarse atrás. Eran tramos largos y empinados que crujían como si todo fuera a desmoronarse en cualquier momento. Llegaron al ático riendo, sin respiración. Amalia golpeó seis veces el llamador con un ritmo que evidentemente era una clave. De inmediato abrió una mujer joven, de unos treinta años. Al ver a Amalia sonrió ampliamente.

—¡Amalia! ¡Qué alegría volver a verte! ¿Qué te trae por aquí?

Amalia señaló a Paul con una amplia sonrisa.

—¡Mi amigo Paul Alexander, periodista de Nueva York, está interesado en aprender sobre Rusia! Ten cuidado con él, tiene pinta de despistado pero sabe muchas cosas. Me ha contado que le gusta el arte y he pensado que le gustaría conocer por dónde van las nuevas tendencias pictóricas en Moscú. ¿Y para ello quién mejor que tú? Paul, tengo el placer de presentarte a Natalia

Sergéyevna Goncharova[19]. Es muy amiga de Natasha, y ahora vas a comprobar lo que te he contado sobre su pintura.

Paul notó que Amalia lo estaba comenzando a tutear en señal de confianza, lo que le pareció una señal de haber avanzado en su relación. Sonrió y estrechó la mano de la pintora.

Natalia le devolvió la sonrisa.

—Sí. ¡Pasad, por favor! Me habéis cogido con los pinceles en la mano. Estoy pintando noche y día, tengo una exposición dentro de unas semanas y más ideas que cuadros. Además, cuando termino alguno nunca me quedo satisfecha, cuando lo imagino lo veo de otra manera, pero al acabarlo pienso: ¡Esto no es lo que yo había pensado! ¡Estoy nuevamente equivocada! ¡Es así, tal y como ha salido, luego lo comprendo!

Natalia hablaba ruso con un fuerte acento, muy parecido al de las campesinas que voceaban sus productos en los mercados. No parecía ser de Moscú. Su estudio recordó a Paul el de Karl, ya que estaba totalmente pintado de blanco y tenía amplios ventanales. El resto era muy diferente; el de Karl meticulosamente ordenado y conteniendo solo lo esencial. Por el contrario, el de Natalia Goncharova sobrecargado, en apariencia un lugar incoherente, revuelto, atestado de objetos, muebles viejos, muchos cuadros sin terminar, las paredes manchadas de pintura, los suelos con una capa de papel de periódico, montones de latas de pintura apiladas, pinceles utilizados y bastidores de muchos tamaños. Al fondo se veían dos grandes sofás cubiertos con pieles de vaca en lo que parecía la zona de estar; delante, una mesa llena de vasos y algunas botellas. Por la puerta abierta que daba al dormitorio se veía una amplia cama sin hacer, con pieles haciendo de mantas. Daba la impresión de un desorden ordenado, casi escénico, que en conjunto parecía a su vez formar parte de una extraña obra artística que quisiera mostrar el caos.

—¡Perdonad el desorden, es que si está más ordenado no encuentro nada! Además, la mitad de la responsabilidad de todo esto es de mi compañero, Mijaíl Lariónov[20], que me mataría si intentase poner orden. ¡Me habéis pillado experimentando! Esos cuadros de ahí enfrente son de él, que debe estar a punto de llegar. Ha salido a comprar algo. Mirad esta serie. Los críticos la han bautizado como «neoprimitivismo». ¡Se nota mucho que vengo del campo! ¡Me encantan esos campesinos con sus cosechas, sus animales, sus costumbres! Mijaíl está tanteando estos otros. Los denomina de estilo «rayonista»; como veis, mucho más informales, más libres, como si el aire hiciera vibrar todo lo que contiene.

Para Paul, eran pinturas muy diferentes de cualquier otra que hubiera contemplado. Se dio cuenta de que lo que le estaba ocurriendo en aquellos momentos era como si hubiera entrado en otra dimensión, en una nueva forma de pensamiento. Aquello le hubiera encantado a su amigo Lewis Schneider, el crítico de arte del *New York Herald*, aunque por otra parte era algo tan diferente que posiblemente no lo entendiese. En cualquier caso en todos ellos, tanto en los de Goncharova como en los de Lariónov, se percibía la búsqueda de nuevos caminos artísticos, y eso, al menos para él, tenía mucho mérito.

Natalia Sergéyevna iba mostrándoles todo lo que estaba haciendo. Dijo que los de Mijaíl Lariónov era preferible que nos los mostrara él. Iba apartando lienzos, algunos no quería que los viesen, y de tanto en tanto se reía a carcajadas de sus propias obras inacabadas y apartadas.

—¡Experimentos! ¡Estos no merecen la pena! ¡Este sí! ¡Este rostro de campesina me encanta!

Paul asentía, pensando que lo que merecería la pena sería que aquella mujer pudiera exponer alguna vez en Nueva York. Los marchantes lo venderían todo a muy buen precio. Se sentía agradablemente sorprendido. Amalia se había transformado de una joven impulsiva y aparentemente algo alocada en una experta en arte moderno. ¿Cómo iba a saber ella que el arte era una de sus pasiones? El solo hecho de poder acceder al estudio real de unos pintores que se referían a sí mismos como pertenecientes a la «vanguardia» ya era algo muy especial para él. ¡Y todo aquello por el azar de asistir a una obra de teatro, algo que no tenía programado y que le ocurrió por un tropezón con una alfombra!

—¿Qué os parecen? Si tengo que ser sincera, no estamos teniendo demasiado éxito. La gente con posibilidades económicas los ven casi como un atentado artístico. ¡Como si hubiéramos llegado para destruir los conceptos anteriores! ¡Y lo bueno del caso es que tienen parte de razón! ¡Ja, ja, ja! Ellos están acostumbrados a una visión más clásica, mucho más realista, y claro, cuando los ponemos delante de uno de estos lienzos, ¡se quedan sin saber qué decir! ¡Han llegado a preguntarme si les estábamos tomando el pelo! ¡Bah! ¡No entienden nada! ¡No se quieren dar cuenta de que el tiempo nos arrastra a una velocidad increíble hacía delante y de que el cambio es inevitable! Ahora, mi amiga Olga Rozanova[21] y yo estamos investigando nuevos conceptos. Pertenecemos a un grupo de artistas denominado la Unión de la Juventud. Pero hay bastante gente nueva intentando abrirse camino. Kazimir Malevich[22] encabeza un movimiento innovador muy interesante, el «suprematismo». Me recuerda a Bonnard. Lo vamos a incorporar a la próxima

exposición. Es un tipo de impresionismo pero actualizado. También viene por aquí muy a menudo Vladimir Tatlin[23]. ¡Me encanta lo que está haciendo! Él lo llama «arte constructivo» y la verdad es que el nombre tiene sentido aunque, como es natural, hace de todo porque tiene que vivir. Ahora tiene una buena racha, pues está pintando unos decorados gigantescos para el Bolshoi y van a pagarle un buen dinero. ¡Me gustaría que los pudierais ver! A Tatlin le siguen varios, como Antoine Pevsner[24], un tipo extraño, algo huraño pero con un gran sentido artístico para la escultura, aunque creo que ahora está en París, y Oleksandr Arjípenko[25], que es de Kiev y es otro escultor muy interesante. ¡Mira! ¡Ese boceto de la esquina es suyo! ¡Me lo regaló el otro día! ¿Qué os parece? ¡A mí me gusta mucho! ¡Ese otro es de Vasili Kandinsky[26]! ¡Pero Vasili ya es un maestro aclamado y solo nos lo prestó para una exposición colectiva, tengo que devolvérselo! Como veis, no tengo tiempo de aburrirme. Para ganarme la vida, doy clases de pintura como ayudante de Konstantín Korovin[27], que es profesor de la Escuela de Pintura, Escultura y Arquitectura. ¡Naturalmente, es mucho más clásico! Y por cierto, un magnífico impresionista, aunque creo que se ha quedado atrás debido a su propio éxito. Es tan bueno que toda la gente rica quiere tener un cuadro suyo. Creo que se ha visto desbordado por los acontecimientos. ¡Como estaréis pensando, esto no tiene nada que ver con la Sociedad de Ambulantes!

En aquel momento, Paul escuchó que la puerta se abría mientras Natalia sonreía.

—¡Y este que entra por aquí es mi compañero de fatigas, el insigne Mijaíl Lariónov! ¡Un moldavo terco como una mula que jamás me da la razón! ¡Micha, te acuerdas de Amalia Teliéguina, la hermana de Natasha, que nos compró aquellos cuadros que nadie quería! Y este es Paul Alexander, un periodista de Nueva York interesado en lo que estamos cociendo en Moscú.

Mijaíl Lariónov no era tan expresivo como Natalia Sergéyevna, pero sí un hombre afable, encantado de poder hablar con un periodista americano. Lo primero que le preguntó fue si creía que aquella pintura podría encontrar compradores en los Estados Unidos. Paul asintió, más que convencido.

—¡Naturalmente! ¡Allí todo tiene un posible comprador! ¡Por supuesto, hay magníficos pintores, conozco bastante bien el asunto, y debo reconocer que lo que estáis haciendo aquí me parece extraordinario! ¡Claro que podríais vender todo esto a muy buen precio! ¡Soy redactor de arte moderno en el *New York Herald*, asisto a muchas exposiciones y sé de lo que estoy hablando! ¡A más de un crítico de arte le encantaría estar ahora mismo en mi lugar!

—¡Menos mal! ¡Nos hace falta que alguien diga algo así de vez en cuando, porque en ocasiones nos desmoralizamos! Nosotros estamos convencidos de que lo que hacemos es bueno, pero aquí en Moscú la gente es muy clásica y en ocasiones no nos entienden.

Mijaíl Lariónov les contó que precisamente venía de una reunión con un representante de Serguéi Diáguilev, con el que mantenía una relación de amistad desde hacía años.

—Acaba de fundar una compañía de ballet ruso y quiere que colabore con él. ¡Podremos comprar lienzos, pinturas y vodka! ¡Ese hombre sí que ha sabido montárselo! ¡Me ha contado que lleva con él a Vaslav Nijinsky[28] y a Anna Pávlova[29]! ¡Los dos mejores bailarines a pesar de su juventud! Han triunfado en el Teatro Mariinski de San Petersburgo, aunque no es menos cierto que Petipa ha tenido mucho que ver en todo ello. ¡Diáguilev está loco por ese muchacho, en el sentido que queráis pensar! ¡Pero lo cierto es que cuando Nijinsky sale al escenario y comienza a bailar, muchas cosas cambian en la mente de los que tienen la fortuna de contemplarlo!

Mientras escuchaba a Lariónov, Paul no podía dejar de pensar en el tropezón de Natasha con la alfombra del teatro, que alguien habría dejado mal colocada por descuido. ¿Así funcionaba el destino? ¿Eran aquellas las reglas que lo regían todo?

III
Yasnaia Poliana

Tres días más tarde, Fiódor Yegórovich llegó a Moscú. Mientras Paul seguía recorriendo la ciudad. Era como un ancho anillo que se desarrollaba alrededor del Kremlin, tal como había podido apreciar en sus anteriores paseos. Se veían muchos edificios y fábricas en construcción entre terrenos agrícolas que iban quedando en el interior de los nuevos límites de la ciudad y que seguían cultivándose.

Fiódor se hospedaba en casa de un antiguo compañero de trabajo, como siempre hacía cuando tenía que viajar a Moscú. No podía permitirse ir a un hotel como el Metropol, muy por encima de sus posibilidades. En el caso de Paul, las dietas del *New York Herald* se lo cubrían. La vida en Moscú era bastante más económica que en Nueva York, y Paul creía que alojarse en aquel tipo de establecimiento era una cuestión de prestigio personal.

Fiódor tenía el encargo de su director de facilitar las cosas todo lo posible al corresponsal del *New York Herald*. Lo habían elegido entre sus compañeros de redacción para aquella misión precisamente por su carácter, por hablar aceptablemente el inglés, y porque nunca se daba por vencido. Tenía buenos contactos en todas partes y los cuidaba. Apenas llegó, se presentó en el Hotel Metropol para buscarlo y dar una pequeña sorpresa al que ya consideraba su amigo.

—¿Qué tal te va por Moscú? Tengo algo para ti. ¡Te he conseguido una entrevista con el mismísimo primer ministro de Rusia, Piotr Stolypin**[30]**! ¡Me enteré casualmente de que se hospeda en este mismo hotel! ¡Qué suerte has tenido!

—¿Como la has conseguido? Lo que sé por los periódicos de Moscú es que es el hombre más ocupado de toda Rusia. ¡Te felicito, Fiódor, se trata de una magnífica noticia!

—Sí. Es cierto que ese hombre no tiene tiempo que perder —Fiódor quería ponerle en antecedentes antes de que Paul le entrevistara—. Pero debe de haber pensado que una entrevista con el corresponsal del *New York Herald* no es precisamente perder el tiempo. Tener la oportunidad de dirigirse directamente a los políticos y financieros más importantes de los Estados Unidos no es algo que le surja todos los días. El caso es que ha aceptado. Me

concedió la entrevista al explicárselo así a su secretario particular hace unos minutos, cuando lo conocí en el vestíbulo. Al principio no quería ni escucharme, pero en cuanto le hablé del *New York Herald* se le pusieron las orejas de punta. Habló por el teléfono interior y al cabo de unos minutos me dijo que el primer ministro estaba de acuerdo. ¡Qué te parece! Lo que sé de él es que es un hombre sumamente práctico y brillante. Me dijo que te recibirá, a ti solo, esta misma tarde a las cinco durante una hora en uno de los salones privados de la primera planta. ¡Una hora! Creo que vas a ser la envidia de todos nuestros compañeros de profesión. Con ellos no quiere hablar, cuando desea comunicar algo a la prensa siempre envía una nota escrita. ¡Con la prohibición de no tocar una sola coma!

Paul sonrió.

—¡Eres el perfecto colaborador, Fiódor! ¡No sé lo que haría sin ti! ¡Muchas gracias por el detalle! Es una magnífica noticia, le va a encantar al consejo de administración del periódico. Fíjate que hace un par de días me había salido la oportunidad de entrevistar al propio Lev Tolstoi, pero mi contacto se ha marchado sin decirme nada.

—¿El conde Tolstoi? ¡Imposible! ¡Ese hombre ya no recibe a nadie! Mira, lo sé por su propio médico personal, el doctor Duchan Makovicki, que es íntimo amigo de un viejo amigo mío. Ten en cuenta que el conde ya tiene ochenta y tantos años y una salud un tanto precaria. ¡Pero si quieres, un día de estos nos vamos a Tula y de allí a Yasnaia Poliana, y lo intentamos! Dependerá de cómo se encuentre ese día. ¡Si por casualidad se encontrara medio bien, y supiera que se trata de un periodista norteamericano que ha ido hasta allí para verle!… ¡Quién sabe! Hay que tener en cuenta que siente una profunda admiración por los Estados Unidos. ¡Bah! ¡Podemos intentarlo! ¡El «no» ya lo tenemos! Todo lo más, veremos su casa por fuera. ¡Una experiencia más! ¿No te parece?

A Paul, aquella posibilidad le pareció una buena idea. Un verdadero periodista siempre debía intentarlo, hasta el final. Por el momento, nada menos que Piotr Stolypin. Por lo que sabía de él, un hombre de hierro que tenía al país en un puño.

A las cinco menos dos minutos, bajó a uno de los salones privados de la primera planta. La policía política vigilaba el hotel, tenían a gente apostada en las escaleras y a la salida de los dos ascensores. Se identificó y no fue preciso nada más, le estaban aguardando y no tuvo ningún problema. Entró en el salón que daba a la muralla del Kremlin. Al fondo, sentado tomando notas, vio al primer ministro y ministro del interior de Rusia. Era un hombre

robusto, calvo, con barba recortada, trajeado de oscuro, de rostro cuadrado, serio y de aspecto impecable.

Cuando se acercó, el primer ministro se levantó y caminó unos pasos hacia él tendiéndole la mano. Le habló en ruso. Piotr Stolypin prefería hablar en un idioma que dominaba, aunque estaba informado de que aquel hombre hablaba también el alemán, el inglés y el francés, prácticamente sin acento.

—¿Señor Alexander? Soy Piotr Stolypin, primer ministro del gobierno de Rusia. Usted es el corresponsal del *New York Herald* acreditado en Rusia, y estoy encantado de dirigirme a los ciudadanos americanos por medio de su periódico.

—Muy agradecido, señor primer ministro, por el detalle de emplear algo de su precioso tiempo con este periódico. Si le parece, para ahorrar tiempo iré al grano. ¿Qué está pasando en Rusia, primer ministro?

Piotr Stolypin observó en silencio a Paul Alexander. Sabía que los americanos no eran gente que perdiera el tiempo, y que no se andaban por las ramas, pero la crudeza de la pregunta le había cogido por sorpresa.

—Mi querido amigo, Rusia sigue siendo una de las principales potencias del mundo, aunque hace apenas cinco años perdiéramos una guerra naval contra Japón, que jamás debería haberse perdido. Por cierto, como debe saber ya, se firmó un tratado de paz. En aquel momento no hicimos bien las cosas, y ellos sí. Pero mire, querido amigo, un zorro puede sorprender un día al oso. ¡Pero solo un día! Ahora estamos construyendo nuevos y modernos navíos para nuestra armada. ¡Que nadie se equivoque con nosotros! El ferrocarril transiberiano tiene la posibilidad de transportar un ejército en pocos días al otro lado del mundo. Rusia es en realidad un gigante dormido al que no conviene despertar. Le reconoceré que este país se ha ido quedando atrás precisamente por sus enormes dimensiones. Desde Varsovia a Samarcanda, desde San Petersburgo a Vladivostok, o desde Crimea a Arcángel, existen distancias enormes. Nos llamamos rusos, pero aquí conviven más de cien grupos étnicos diferentes. Los verdaderos rusos no llegamos al cincuenta por ciento. Aquí hay cristianos ortodoxos, católicos, armenios, judíos, musulmanes, animistas, budistas… ¡y hay que administrar para todos! Remarcaré que el zar Nicolás II es un extraordinario soberano. Alguien paciente, justo, bondadoso y ecuánime. Un hombre que quiere lo mejor para su pueblo y su país, y que está convencido de que la gente rusa es la mejor del mundo. El pueblo ruso ama inmensamente a su zar y a su patria. Sin embargo, me reconocerá usted que hasta en las mejores familias siempre hay un garbanzo negro. Los zares han hecho mucho por este país. ¿Sabe lo mejor que

nos legó Pedro el Grande? Se lo diré: la Academia Rusa de las Artes de San Petersburgo. Conocía bien el amor a la música, la danza, la pintura y las artes en general del pueblo ruso, y quiso potenciar esas artes. Cuando Napoleón, el gran conquistador y vencedor de mil batallas, quiso conquistar Rusia, demostró que no conocía bien a los rusos. Llegó a Moscú solo para poder contar que había estado aquí, luego estuvo apenas unas horas, se encontró una ciudad ardiendo, y el aire cargado de cenizas. Poco tiempo después éramos los rusos los que entrábamos en París. ¡Le puedo asegurar que el que venga aquí a por lana saldrá siempre trasquilado! Ahora y en el futuro. Al ruso no le gusta que vengan a molestarlo a su casa. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a meterse en la cueva del oso?

»Hemos sido demasiado lentos durante las últimas décadas. Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, todas esas naciones van a mejor ritmo que Rusia. Pero le puedo asegurar que la historia del mundo no se mide por décadas. ¡Ni siquiera por siglos! Rusia tiene buenas cabezas y no tardará el día en que esté en el lugar que le corresponde en la historia. Ahora estamos llevando a cabo la reforma agraria. Es preciso que los campesinos progresen porque son la base para Rusia, y para ello vamos a mejorar los métodos de cultivo, los sistemas de riego, las carreteras y los caminos, las infraestructuras en general. Podrá usted decirme que la duma significaba un progreso evidente, y que yo la he disuelto. Que vuelvo a gobernar por segunda vez por los ucases del zar. También ha llegado a mis oídos lo que se dice de mí. Que bajo este gobierno se aplican excesivas condenas a muerte. Que en Inglaterra los tribunales apenas condenan a la tercera parte. ¡Pero aquí llegan tres veces más reos! ¡No me gusta la pena de muerte! Supone un fracaso, pero en ocasiones no nos dejan otra salida.

»Mi querido amigo, le aseguro que pretendo ser justo, y que mi único interés es que Rusia progrese cuanto antes, que los campesinos puedan vivir y alimentar al país con sus cosechas. Ahora los socialistas, como ese Georgi Valentinovich Plejánov, afirman que ellos tienen la solución a todos los males del país. ¡Demagogia! Lo que yo creo es que entre ellos mismos se matarían si pudieran. Plejánov contra Vladimir Ilich Ulianov, o como ellos se llaman, Volgín versus Lenin. ¡No quieren descender a la realidad, se quedan en el papel de las masas y de los individuos en la historia, en el materialismo histórico! ¡Ahí están Belinski[31], Chernishevski[32], Dobrolyúbov[33]! ¡Siempre criticando la que llaman autocracia zarista! ¡Yo quisiera ver cómo iban a gobernar ellos! ¡Bolcheviques contra mencheviques! ¡Buena la armaron entre Karl Marx y Friedrich Engels, intentando analizar la historia

solo desde el punto de vista de la producción y de lo material! ¡Ellos no quieren saber nada de Dios, y creo que está llegando el día en que Dios no va a querer saber nada de ellos!».

Paul se había dado cuenta de que aquel hombre se iba excitando por momentos, pero aquello no sería malo para el reportaje. Miraba de vez en cuando al primer ministro Stolypin mientras tomaba notas taquigráficas a gran velocidad.

—Usted ha ido directo a la cuestión. En Rusia está pasando algo importante, y es que por primera vez en la historia, el gobierno pretende hacer justicia, mejorar las condiciones de vida de los campesinos y de los obreros, repartir mejor la tierra, intentar que los niños y los jóvenes puedan acceder a la instrucción. En definitiva, mejorar el país, reformarlo completamente. ¡Y cuando estamos intentando resolver problemas reales llegan los marxistas y comienzan a filosofar! ¡A discutir de lo abstracto y lo concreto! ¡De lo histórico y lo lógico! ¡De la esencia y del fenómeno! ¡Y lo peor del caso es que pretenden conseguirlo por la fuerza! ¡Eso sí! ¡Hablan y no paran de hablar de la paz entre los pueblos! ¡Del desarme! ¡De la fraternidad entre las naciones! ¡Utopías! ¡Con la revolución y el radicalismo no conseguirán jamás nada!

—Mire, querido Alexander —continuó el primer ministro con un suspiro —, en la historia no hay atajos. ¡Y no me hable de la Revolución Francesa! ¡Eso ocurrió en otro momento histórico muy distinto de este! ¡Vaya usted a contarle al pueblo ruso que la religión no es más que un reflejo fantástico de las mentes de los hombres! ¡Bah! ¡Paparruchas demagógicas! Este gobierno que tengo el honor de presidir solo desea que le permitan trabajar en paz. Sin atentados, sin incendios ni disturbios provocados por los agitadores radicales que, mientras prenden la mecha, acusan a la policía que tiene la obligación de controlar a los provocadores. Le diré que a mi juicio parte de la culpa la tienen gentes como Pushkin, Dostoievski, incluso el propio Tolstoi. ¿Por qué esos escritores se pusieron siempre de parte de los radicales? ¡Ellos también se habrían visto arrastrados por las turbas! ¡Si las ideas de ese Lenin, o de ese otro Davidovich Bronstein, Trotsky, llegaran a triunfar en Rusia, cosa que naturalmente no sucederá, no quedaría nadie a salvo! ¡En fin! ¡Los Estados Unidos son un gran país, del que podemos aprender muchas cosas! ¡Como me gustaría poder visitarlo pronto! —el tono del primer ministro cambió de pronto—. ¡Y ahora, mi querido amigo, con un cordial saludo a sus lectores, permítame continuar con mi trabajo! Ha sido un placer cambiar impresiones con usted. Buenas tardes y le deseo una feliz y productiva estancia en Rusia.

Piotr Stolypin se incorporó y le tendió la mano. Paul se la estrechó mientras uno de los secretarios del primer ministro se acercaba para acompañarle. La entrevista había terminado. Paul meditó que aquel hombre no le había dado ninguna oportunidad de intervenir una vez que le hizo la primera y única pregunta. Se consoló, pensando que al menos tenía un material de primera mano. Tendría que intentar mantener otra entrevista con Lenin para poder contrastar puntos de vista tan opuestos.

Su amigo Yegórovich le aguardaba impaciente en la barra de la cafetería. Al verlo entrar, se dirigió a él sonriendo.

—¿Qué tal en las altas esferas? ¿Tengo que tratarte de Ilustrísima? ¿Qué te ha parecido Piotr Stolypin?

Ambos tomaron asiento en una mesa y pidieron café.

—Fiódor. ¡Si te digo que no me ha permitido interrumpirlo una sola vez desde el mismo instante en que le hice la primera pregunta! Cierto que no ha parado de hablar, y que ha dicho algunas cosas muy jugosas que ya te dejaré ver. ¡Ese hombre tiene las ideas muy claras! ¡Sus ideas! ¡Un criterio político muy claro! ¡Aunque los demás no lo compartan! Y luego, como todos los políticos, cree firmemente que se encuentra en el camino correcto, y que todos los demás están equivocados. ¡Me ha dejado un gusto amargo, como este café tan negro y sin azúcar!

—¡Y tienes motivos! —Fiódor asintió a sus palabras—. ¡Creo que en los consejos de ministros de su gobierno actúa de la misma manera! No sé si has oído que a la horca la llaman ahora en Rusia «la corbata de Stolypin». ¡Ese hombre ha enviado a la horca a centenares de personas! ¡Siente un profundo odio por los revolucionarios, y sobre todo por los socialistas! Se trata de un zarista convencido —Fiódor bajó la voz como si temiera que alguien pudiera oírles—, le llaman perro guardián del zar Nicolás II. Pero ya conoces ese antiguo dicho: «sangre de mártires, semilla de cristianos», y los que él está enviando a la horca volverán para pedirle cuentas. Bueno, lo que sí ha conseguido ha sido unir a los partidos de la oposición. Es cierto que está intentando una reforma agraria, pero sinceramente creo que no ha elegido el camino adecuado. Su filosofía es potenciar a los *kulaks*, es decir crear una especie de colchón amortiguador, colocando a los grandes propietarios entre los campesinos a favor del régimen para controlar a los demás. ¡Pero el interior de Rusia sigue estando en la época medieval! Es cierto que Alejandro II emancipó a los siervos en 1861, pero aquello fue más una

maniobra política que una realidad. Si ahora cogiésemos un tren en cualquier dirección y nos separásemos de Moscú cincuenta verstas, podrías entender la situación. Sería como viajar atrás en el tiempo, cada cinco verstas podrían equivaler a diez años. Cincuenta verstas, cien años, un siglo, lo que quiere decir que existen lugares en el interior remoto de Siberia que están hoy día mil años atrás, con sus chamanes haciendo magia, sus rituales animistas, sus enterramientos en el suelo helado, colocando en las tumbas muñecos que simbolizan a sus familiares. Esa es la realidad, y podrás verlo en cualquier momento. Pero claro, Moscú parece que está en el siglo XX, al menos en estos elegantes barrios residenciales del centro de la ciudad.

De pronto, Fiódor recordó algo.

—¡Por cierto, Paul! ¿No habíamos hablado de tu interés por conocer al conde Tolstoi? ¿Quieres que intentemos acercarnos? Yasnaia Poliana se encuentra mucho más cerca de Moscú que de San Petersburgo, así que ahora sería el momento adecuado. Deberíamos ir por las buenas. Sin avisar, simplemente dejarnos caer por allí. Llegarnos a su finca y presentarnos en la puerta, diciendo que somos corresponsales del *New York Herald*. ¿Vamos mañana? ¡No lo pensamos, lo hacemos! ¿No es esa la divisa de tú periódico? ¡Bueno, pues lo hacemos! Si no podemos entrevistarlo, al menos podrás ver el mundo que le rodea. ¡Verás el contraste entre el Moscú y el mundo campesino! ¿Quieres saber cómo era la Rusia de la época de Iván el terrible y sus «oprichniki»[34]? ¡No sonrías! ¡Es cierto! ¡Sigue estando ahí! ¡Mientras el zar, sus ministros, sus funcionarios, fiscales, jueces, recaudadores, policía, todos esos nobles que tan cómodos se sienten con este régimen, tengan el poder de sojuzgar al noventa y cinco por ciento del país… será como si el tiempo no transcurriera! ¡Todo permanece estático como una fotografía, y si no… mañana vamos a ir a comprobarlo!

Fiódor Yegórovich se quedó mirándole.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba comentarte algo interesante para ti! Aunque no sé cómo vas a reaccionar. Tus nuevas amigas, Natasha y Amalia Teliéguina son judías no practicantes. Su padre era Salomón Abramovitz, quien decidió emigrar de Rusia buscando aire fresco y se fue a Berlín, donde creó un imperio. La madre, que no era judía, permaneció en Moscú. Se dijo que se habían divorciado, hubo comentarios de todos los gustos que no fueron desmentidos. Parece que fue una separación amistosa. Salomón Abramovitz falleció en Berlín hace cuatro años, y Amalia Yegórovna Teliéguina, de la que heredaron el apellido las hijas, murió hace cinco meses en Moscú; entonces ellas vinieron de Berlín, donde residen, para arreglar los papeles de

la herencia, ya que también tienen intereses en otros lugares de Rusia. Minas, tierras, propiedades. Creo que el asunto se lo lleva uno de los más importantes bufetes de San Petersburgo. ¿No me dijiste que estuviste paseando con la más joven de las hermanas? ¡Pues que sepas que se trata de un magnífico partido! ¡No digas que no con la cabeza! ¿Qué tiene eso de malo? Pues sí. El padre, un importante financiero judío, y la madre la heredera de una fortuna familiar que contrae matrimonio con un judío para escándalo de su familia y con la oposición de su padre, un comerciante millonario de Smolensko. Ellas, las hijas y herederas, son ahora dos mujeres europeas. La mayor, divorciada de un médico austriaco. La pequeña prometida de un heredero del acero, pero con el que parece que ha roto su compromiso. ¿Habrás llegado a tiempo? ¡De pronto se encuentra con alguien como tú! ¡Estoy seguro de que te llamará!

Paul no pudo por menos que sonreír ante los irónicos comentarios de Fiódor Yegórovich, que lo trataba ya con gran confianza.

—¿Pero de dónde has sacado todas esas informaciones? ¡Es increíble! ¡Te hago un par de comentarios por teléfono y dos días después me haces un informe completo! ¡Ya sabes mucho más que yo! Mira, a mí me da igual que sean judías o que dejen de serlo. En Nueva York estuve saliendo una temporada con una compañera de trabajo que también era judía, como otros centenares de miles, tal vez más de un millón de judíos que allí viven, y para que sepas algo más, manteníamos nuestras conversaciones privadas en yiddish, que aprendí en mi barrio de niño para poder sobrevivir. Mi interés por ellas fue solamente porque me di cuenta de que conocían a un montón de gente en Moscú, como luego se demostró. ¡Un interés de corresponsal del *New York Herald* que quiere hacer honor a su divisa! —Paul rio a carcajadas —. ¡Primero salimos y luego pensamos! —Fiódor no pudo dejar de sonreír a su vez—. ¡Aquí en Moscú, como ya me ha demostrado Amalia Teliéguina, tienen magníficos contactos entre los artistas! Imagino que en Berlín les ocurre lo mismo. Por ponerte un ejemplo, Amalia me llevó al estudio de Natalia Sergéyevna Goncharova y de su compañero, el también conocido artista Mijaíl Lariónov. Una experiencia apasionante. Entramos allí como si se conocieran de toda la vida.

—¡Naturalmente! —Fiódor interrumpió su explicación—. ¡Como que una cosa que no te he dicho antes es que las hermanas Teliéguina son unas compradoras compulsivas de arte moderno! ¡Como las van a tratar! ¡Mejor que a la familia! ¡Es que llegan y compran al precio que les piden todo lo que tienen entre manos!

—Bien. Pues por la razón que sea. La cuestión es que nos recibieron como a viejos amigos. Después llegó Lariónov, fuimos a cenar y nos contaron cosas interesantísimas acerca de lo que está ocurriendo con el arte en Rusia en estos años. Como comprenderás, no quiero perder esa relación ya que para nosotros puede resultar fundamental. Ellas están muy vinculadas al mundo de la cultura y el arte. ¡Y eso es justo lo que he venido a buscar! ¡Mis lectores americanos quieren saber qué está sucediendo para que de pronto el centro del cambio mundial se encuentre en Rusia! No porque sean gente muy culta, es más bien curiosidad para saber cómo piensan los rusos de principios del siglo XX. Lo de ir al campo me parece bien —continuó Paul—, aunque no creo que podamos entrevistar a Lev Tolstoi. Según parece, es un hombre anciano en condiciones precarias de salud. ¡Me hubiera encantado poder hablar con él! Aunque entiendo que hay ilusiones que no se pueden cumplir. Según me comentó Natasha Teliéguina, su familia le tiene restringido este tipo de entrevistas. Pero con poder echar un vistazo al lugar donde vive, donde ha creado tantos de sus libros inmortales, me daría por satisfecho.

Fiódor asintió.

—¡De acuerdo! ¡Pues dicho y hecho! Mañana mismo cogeremos el tren hasta Tula, en la línea Moscú a Sebastopol… Aunque mejor bajaremos del tren en el apeadero de Skuratovskii, y allí veremos de alquilar un carruaje para acercarnos hasta Yasnaia Poliana[35]. ¡Será una preciosa excursión, aprovechando los magníficos días de verano! ¡Y si no podemos ver al viejo conde, intentaremos disfrutar del ambiente! Es muy importante que tengas una visión propia de la Rusia rural. ¡Te va a aclarar muchas cosas!

Paul le dijo que prefería quedarse a escribir en el hotel. Tenía muchas cosas que ordenar y no quería comenzar otro viaje sin haber pasado a máquina las notas y pensamientos de los últimos días. Aún se sentía impresionado por su visita al estudio de Natalia Goncharova y lo que había podido escuchar. También tenía que escribir la entrevista con Stolypin ya que la había tomado en taquigrafía, y eso lo haría mejor con las ideas frescas. Fiódor tenía cosas que hacer, como ir a visitar a su buen amigo de la universidad, el profesor Valerio Gurenko del que ya había hablado a Paul.

Quedaron en verse a las siete y media de la mañana para ir a la estación de Kiev, de donde partía el tren para Tula. El tren salía supuestamente a las siete en punto. Fiódor remarcó lo de «supuestamente» ya que la falta de puntualidad seguía siendo algo cotidiano en los ferrocarriles rusos.

Cuando Fiódor se marchó, Paul pensó en poner un telegrama a Amalia Teliéguina. Después de varias dudas, no se resistió. Lo envió desde la

recepción del hotel, donde había una centralita de correos y telégrafos.

Mme. Amalia Teliéguina. Wilhelm Strasse 25. Berlín.
Querida Amalia: Guardo un recuerdo imborrable de los momentos que pasamos juntos y aguardo impaciente un nuevo encuentro.
Te escribiré pronto. Tuyo.
Paul E. Alexander

Era suficiente. Solo pretendía que supiera que seguía allí, aguardando una nueva oportunidad, y que no iba a dejar de pensar en ella. ¿Sería aquello enamorarse? Negó con la cabeza. Creía que lo que le gustaba de ella —y de Natasha—, era su particular forma de entender la vida. Amalia le había demostrado que era una mujer independiente, inconformista, que no aceptaba el mundo como era. Alguien había empleado la palabra «vanguardia» durante la reunión con Natalia Sergéyevna Goncharova. En cuanto a Natasha Teliéguina, era otra verdadera mujer de vanguardia, de las que pretendían cambiar la situación de las mujeres en la sociedad. También intentaba cambiar el mundo en general. Le recordaba a algunas mujeres importantes de Nueva York. ¿Sería tal vez por su sangre judía? Eso no era lo fundamental. Luego intentó sacar mientras escribía el espíritu contradictorio de Piotr Stolypin, en el reportaje que debía redactar.

Por la mañana, Fiódor le aguardaba en un landó en la misma puerta del hotel. A pesar de ser tan temprano, comenzaba a amanecer. Una luz transparente hacía que los edificios, los árboles, incluso los viandantes que comenzaban a transitar parecieran como recortados. Todo era nítido. Se sentía pletórico, agradecido a su amigo por el esfuerzo que estaba haciendo para que él aprovechase su estancia en Rusia. Estaba llevando a cabo un buen trabajo. Sabía que en Nueva York estaban muy satisfechos de los reportajes que iban recibiendo, contentos de haber acertado con su corresponsal. Si llevaba aquel encargo a buen puerto, tendría muchas posibilidades de ascender en el periódico. Después del paseo con Amalia Teliéguina, ya no iba a conformarse con retornar a su apartamento. Aspiraba a otra cosa.

Tomaron un café negro, ahora muy azucarado, y un bocadillo junto a la estación. Aquel lugar reflejaba el ambiente cosmopolita de Moscú. El verdadero centro administrativo, comercial y económico de Rusia, aunque San Petersburgo fuese la capital. Fiódor le dijo que aquella elección había sido una equivocación estratégica de los zares, que tendrían que haber gobernado desde Moscú, aunque hubieran pasado los veranos en San

Petersburgo, pero una equivocación que había propiciado edificar una de las más bellas capitales del mundo.

Observó que alrededor de la estación existía un caleidoscopio de personajes de todo tipo. Vendedores, pordioseros, borrachines que vagaban trastabillando de acá para allá, guardias y policía política que no podían evitar ser señalados como tales por su peculiar aspecto, vigilando quién subía o quién bajaba del tren. Una legión de ciegos, mancos y cojos, que pedían limosna acompañados de niños que les servían para inspirar compasión, viajeros de todas las razas, vestidos algunos de ellos con trajes de sus regiones, cosacos atusándose el bigote y paseando con gran dignidad, comerciantes armenios, estirados funcionarios del gobierno intentando mantenerse aparte, tártaros de ojos rasgados que volvían a su tierra, muchos militares reincorporándose a sus regimientos en Crimea. En una esquina, un grupo de musulmanes chechenos había extendido sus alfombrillas y rezaban enajenados la oración de la mañana.

El ambiente multicolor era digno de un artista capaz de recoger el espíritu secular de una nación europea que se dilataba por todo el norte de Asia. Rusia era un país diferente por el que cada día sentía más atracción. Estaba muy agradecido al destino, ya que en aquellos mismos momentos podría encontrarse en Nueva York llevando a cabo un reportaje sin transcendencia, y en cambio estaba a punto de subir a un tren para ir nada menos que a intentar conocer a Lev Tolstoi.

Fiódor, atento siempre a él, le iba señalando y explicando pacientemente de donde procedía cada grupo. Él no podía dejar de observarlos con extrema curiosidad. Cada uno de ellos abría la posibilidad de una nueva historia.

—Aquellos son finlandeses. ¿Ves sus coloridas vestimentas? Aquel otro es evidentemente polaco. Esos de ahí son campesinos de la provincia a la que nos dirigimos, y los de más allá son judíos tradicionalistas. ¿Ves qué extraños sombreros? Aquellos son tártaros vestidos según sus costumbres, y esos otros que se acercan, marineros de la flota de Sebastopol. ¡Solo con que hiciéramos un reportaje a cada uno de ellos, tendrías material para los próximos diez años! Ahora podrás entender lo que te dije. De los que viajamos en ese tren, más de las tres cuartas partes aún no han llegado al siglo veinte… ¡Creo que ni tan siquiera al siglo diecisiete! ¡Ese es el verdadero problema de Rusia! ¡Stolypin habla como si fuera un alemán moderno! ¡El zar es otra cosa! ¡Creo que en realidad no sabe en qué siglo está viviendo! Se lo dan todo hecho y así no puede discernir. ¡Piensa que en Rusia hay ciento treinta millones de

personas censadas! Aunque debe de haber muchísimas más, de las que nadie sabe nada.

»Esta vez vas a viajar en segunda clase, como si fueras un periodista de un diario ruso —dijo Fiódor con sorna—. ¿No querías ver la realidad? ¡Bueno, pues descendamos unos cuantos escalones, que con tanto ir y venir por los hoteles de lujo, y tanto pasear en calesa con esas ricachonas vas a acabar creyendo que eres uno de ellos! ¡Si quieres, otro día nos disfrazamos de mercaderes y viajaremos en tercera! ¡Ahí sí que encontraríamos a la verdadera Rusia! ¡Fíjate en aquellos, subiendo al vagón con sus gallinas atadas por las patas! ¡Y aquellos otros! ¡Dos ovejas! ¡Como no sea un trayecto corto, no lo resistiremos!

Paul iba absolutamente asombrado, todo era nuevo y sorprendente para él. Una vez había viajado en tren hacia el oeste de los Estados Unidos y se había encontrado en la estación con indios que volvían a sus reservas, por supuesto con sus vestimentas tradicionales. ¡Pero lo que estaba viviendo en Rusia era muy diferente! En segunda, los asientos también iban numerados. No era, según le contó Fiódor, el caso de tercera, donde cada uno se sentaba donde buenamente podía.

El viaje de Moscú hasta el apeadero de Skuratovskii duraba entre ocho y nueve horas, ya que el tren se detenía en Podotsk, al sur de Moscú, más adelante en el apeadero de Serpujov, y luego en Tula, además de en aquellos apeaderos eventuales que los viajeros indicaban al revisor, siempre que se hubieran especificado antes de la salida, como era su caso. El tren llevaba el pomposo título de «expreso», un calificativo un tanto sarcástico ya que en nada hacía honor a ello. De tanto en tanto reducía la marcha sin saber muy bien por qué, se detenía para recargar agua o carbón en mitad de la nada. Iban cruzando numerosos arroyos, pequeños riachuelos, o incluso ríos de mayor entidad, como cuando cruzaron el puente metálico sobre el río Oka.

—Esas aguas llegan al Caspio, ya que se vierten al Volga en Nizhny Novgorod. Allí tendremos que ir para que puedas contemplar una ciudad histórica de Rusia, que además es un gran centro industrial. ¡Allí podrías hablar con los nuevos obreros rusos!

Fiódor había tenido la precaución de llevar unos bocadillos de arenque ahumado adquiridos en una de las tiendas de la estación, ya que los viajeros de segunda clase no tenían derecho a acceder al vagón restaurante. A pesar de ello, circulaban por el tren numerosos vendedores ambulantes que ofrecían sus productos a los viajeros, además de los que subían a los vagones en las

numerosas e interminables paradas. Uno de ellos les ofreció té caliente en unos vasos de grueso vidrio.

—Este té sienta muy bien a esta hora, aunque es mejor no pensar en cómo han lavado y enjuagado estos vasos, seguro que en cualquiera de esos arroyos. ¡Bah! ¡Al final todos somos hermanos!

Paul se sentía cada vez más en deuda con el que ya consideraba su amigo.

—¡Te invito a venir conmigo a los Estados Unidos! ¿Te gustaría, Fiódor? ¡Haríamos una buena pareja para buscar noticias que vender a las agencias! ¡Piénsalo, que no estoy hablando en broma!

—¡No tengo nada que pensar! ¡Claro que me gustaría! ¡Pero para un ruso es difícil obtener el pasaporte y el visado para viajar fuera del país! Además, si me fuera contigo a los Estados Unidos sería para no volver, y eso, la verdad, tendría que pensarlo. Yo no dispongo de tiempo ni de dinero, vivo al día. En ocasiones he pensado en emigrar, en marcharme a un lugar donde haya mayor libertad, y me paguen lo justo. En ocasiones te hartas de este país, pero luego, cuando lo piensas fríamente, hay muchas cosas por las que no me iría. Rusia es un país dramático, donde cada día se representan tragedias y obras humorísticas. ¡Ahí tienes a Chéjov! ¡El tío Vania! ¡Él supo entenderlo mejor que nadie! ¡Mira por esa ventanilla! ¡Rusia! ¡A ver dónde hay un país igual! Además, en este país van a pasar cosas muy gordas. ¡Muy importantes! ¡Acontecimientos dignos de figurar en la historia, y yo no quiero perdérmelos! ¡Ya te he dicho que estamos en un momento crucial para el mundo, pero sobre todo para Rusia!

Paul observaba el monótono paisaje mientras escuchaba a su amigo Fiódor. El horizonte se había transformado en una línea cambiante, entre violeta y azul. El sol ya había salido, pero le pareció que era diferente al sol de la ciudad. Como si allí, en los espacios infinitos, brillara de otra manera. Pensó que podía entender a Fiódor. Cada día él también iba sintiendo una mayor y extraña atracción por aquel país que podía ser dulce y amargo a la vez. Era cierta la apreciación de que una vez alejado de las referencias de la ciudad, haciendo abstracción del tren, cualquiera de las estaciones en las que se detenían, los apeaderos como el que acababan de abandonar, podrían ser decorados fuera del tiempo. Encontraban campesinos con sus canastas, en las que transportaban sus mercancías, huevos, mantequilla, o tejidos realizados por ellos mismos. Subían al tren y descendían veinte, cincuenta verstas más allá para ir a sus mercados regionales. El ambiente del propio tren era ya un mundo, cómico o trágico, pero en el que se sentía vivo y dichoso de

encontrarse allí, pensando en la cantidad de experiencias que estaba viviendo. Era como si su sangre rusa volviera a sus orígenes.

Cuando el tren se detuvo en el apeadero de Skuratovskii eran ya las cuatro de la tarde. Un lugar perdido entre suaves colinas. Apenas tres casuchas de madera y un andén de piedra de veinte pasos. Desde su vagón, que quedaba fuera del andén, tuvieron que saltar a la húmeda hierba. Un perro les ladró con furia desde una de las viejas casas mientras, entre chasquidos y escapes del vapor, el Expreso de Sebastopol proseguía su interminable viaje. Un hombre les dijo que deberían caminar hasta el cercano pueblo, apenas tres verstas entre campos de trigo y de cebada que estaban siendo recolectados por cuadrillas de campesinos armados de hoces, y seguidos de grandes carromatos tirados por bueyes donde iban cargando la cosecha. La tarde era calurosa, no se movía una hoja, y cuando llevaban un rato caminando se dieron cuenta de que la aldea no estaba tan cerca como habían creído. Caminaban en silencio, escuchando cantar a los campesinos que a lo lejos parecían ejecutar una danza sincronizada con sus guadañas. Fiódor pareció leerle los pensamientos.

—¡La danza de la muerte! ¡Observa todos aquellos cortando las espigas al mismo tiempo!

Asintió. En cualquier caso, se trataba de una hermosa imagen.

Llegaron a la aldea hacia las cinco de la tarde. Apenas dos docenas de casas de madera. No se veía a nadie, todos los hombres hábiles estaban en la cosecha. Después de regatear, encontraron una especie de calesa. Un viejo dijo que él les llevaría por cinco rublos hasta la finca del conde Tolstoi, a unas dos horas de camino. Si tenía que aguardar no le importaba, luego los volvería a traer. Podrían pasar la noche en casa de una mujer que alquilaba habitaciones. No era la primera vez que llegaba alguien preguntando por lo mismo. Entraron a ver la casa y la habitación y llegaron al acuerdo. Después se pusieron en marcha. El caballo sabía por dónde tenía que ir, el viejo ni siquiera llevaba las riendas, no era necesario. Una tarde plácida en la que solo se escuchaba el silencio. Después, cuando llevaban una hora de camino, se levantó una ligera brisa que movía las hojas de los chopos. Iban callados, cada uno pensando en sus cosas. Cruzaron un pequeño rio y Fiódor volvió a decirle:

—¡Estas aguas van al Don! ¡Ese es otro mundo!

Ya cerca de las siete llegaron a Yasnaia Poliana, una aldea situada entre suaves colinas. A lo lejos se divisaba una gran casa.

—¡Aquella es la casa del conde Tolstoi! —El viejo lo decía con orgullo, como si la gloria de aquel hombre le perteneciese en parte—. ¡Pero si van a

intentar verle, deberían aguardar a mañana! ¡Ya deben de estar cenando!

Fiódor le contestó imitando su deje a la perfección.

—¡Es igual, buen hombre! ¡Llévanos hasta allí, hasta la misma puerta! ¡Todo será que nos echen los perros!

El viejo se encogió de hombros. Por él estaba bien ya que en aquella época oscurecía muy tarde. Quedó en que aguardaría cerca de la puerta a un lado del camino, no se atrevía a entrar con el coche en el jardín, pero aseguró que no le importaba aguardar lo que hiciera falta para llevarlos de vuelta a la aldea. Si se hacía de noche, el caballo conocía muy bien el camino. Ambos bajaron del coche y caminaron hacia la casa. El jardín era un gran parque descuidado, muy natural, con manchas de árboles, hierba falta de recortar, una zona algo más cuidada con flores rodeando la casa. Vieron a un hombre que se acercaba hacia ellos. Se presentó como el jardinero. Se mostró amable pero aseguró que no podían pasar si no estaban citados. En aquel preciso momento llegaba otro hombre a caballo. Sin descender les dijo ser el médico personal del conde, Duchan Petrovich Makovicki. Les preguntó qué deseaban y Fiódor se presentó.

—Mi nombre es Fiódor Yegórovich y soy periodista del Diario de Petersburgo, este es mi amigo Paul Alexander, norteamericano y corresponsal del *New York Herald* en Rusia. Está aquí para escribir una serie de reportajes sobre nuestro país. Solo queríamos conocer el lugar, sabemos que Lev Nikoláyevich está cansado de recibir a gente. Le ruego que nos permita tomar unas fotografías de la casa por fuera y después nos vamos. ¿De acuerdo? Así al menos podremos contar que una vez estuvimos aquí.

El doctor Makovicki asintió, aliviado. Al menos no tendría que insistir en que el conde Tolstoi estaba demasiado agotado y que le convenía descansar. No veía ningún problema en que unos admiradores que habían llegado de tan lejos hicieran unas fotos y se marcharan. Explicó al jardinero que no había inconveniente en que se pasearan un rato por el jardín. Fiódor comentó que, efectivamente, se les había hecho algo tarde. El doctor les dijo con amabilidad que, en todo caso, intentaran volver a media mañana por si lo encontraban paseando. ¡Solo para hacerle un par de fotos! Eso era lo máximo que podía hacer por ellos.

Paul se sintió algo frustrado. ¡Después de lo que les había costado llegar! ¡Y eso sin contar la larga vuelta a Moscú! Se resignó. Al menos podría contar que una vez se paseó por Yasnaia Poliana.

Luego dieron la vuelta completa a la casa. El jardinero que les acompañaba les enseñó incluso las cuadras. Un mozo que cepillaba los

caballos les aseguró que el conde seguía teniendo el suyo y que montaba de tarde en tarde. Cada vez menos, naturalmente. Apenas una vuelta por el jardín. ¡Aquel hombre que antes no se cansaba nunca! Paul pensó que se trataba de una hermosa casa y un gran jardín, con viejos árboles y un tapiz de hierba verde entre la que se veían senderos de gravilla, para evitar el barro. Todo se podía apreciar cuidadosamente natural. Fiódor le comentó que debían marcharse, ya habían abusado bastante. Caminaron hacia la entrada y siguieron hasta donde se hallaba el viejo aguardándoles. Estaban a punto de subir al carruaje cuando llegó corriendo tras ellos el jardinero.

—¡Señores, aguarden por favor, vuelvan! ¡El señor conde quiere recibirlos! ¡Se lo ruego, por aquí! ¡Síganme, por favor!

Ambos se miraron, sorprendidos. Fiódor asintió y le sonrió mientras murmuraba:

—¡Ah, la fortuna! ¡Es como una prostituta que se hace de rogar! ¡Siempre hay que insistirle y solo a su capricho se mueve el mundo!

Caminaron tras el hombre a buen paso. El doctor Makovicki les aguardaba en la entrada. Levantó los brazos, sonriéndoles, y exclamó:

—¡Qué cosas tiene la vida, pero me alegro por ustedes!

El responsable de todo había sido el mozo de cuadras. El doctor les contó lo sucedido. El conde lo mandó llamar para saber si la yegua blanca había parido, y entonces el mozo le habló de los dos visitantes.

—¿Qué visitantes? —inquirió el conde.

En ese momento entró el doctor para ver cómo se encontraba y tuvo que contárselo.

¿Dos periodistas del *New York Herald* y uno de ellos norteamericano? ¡Claro que quería hablar con ellos! En modo alguno iba a permitir que alguien que había recorrido medio mundo para llegar hasta allí se fuese con las manos vacías. Y Makovicki aceptó, resignado.

—Quiero advertirles de que lo encontraran con los ojos vendados, ya que hace unos días sufrió un principio de desprendimiento de retina, y aunque ahora casi tenemos la certeza de que no es nada grave, debe seguir así un par de días más. No tiene más importancia pero él no podrá verlos. También les ruego que no alarguen su visita. ¿De acuerdo?

Entraron en la casa tras el doctor. Cruzaron el amplio vestíbulo. Paul vio que se trataba de una casa solariega en la que los viejos muebles habrían visto pasar la historia de las últimas décadas. Todo se apreciaba usado, pero auténtico, colocado con naturalidad, sin intentar hacer ver que allí vivía un aristócrata, un conde, sino un hombre sabio con una familia normal. A través

de una puerta lateral accedieron a un pasillo apenas decorado, unos cuadros de marcos dorados agrietados, unas láminas enmarcadas, un jarrón griego en una esquina. La pintura algo desconchada. Entraron por la segunda puerta y allí, frente a ellos, sentado en un sillón de orejeras con un gastado tapizado verde oscuro, se encontraba el mismísimo creador de *Guerra y Paz*, de *Ana Karenina* y de otras muchas obras. Paul notó que el corazón le palpitaba fuertemente.

Lev Nikoláyevich Tolstoi era un anciano con el largo cabello algo desgreñado y la barba descuidada. Tenía una venda cubriéndole los ojos, tal como les había advertido el doctor. En cuanto percibió que entraban, les habló en un aceptable inglés con fuerte acento ruso.

—¿Qué hacen dos periodistas del *New York Herald* intentando comprobar lo que aún queda de un viejo y decrépito escritor?

Paul notó que Fiódor estaba tan emocionado que no era capaz de musitar una sola palabra. Tras dudar unos instantes, contestó a la pregunta.

—Sí, maestro, gracias por recibirnos. He venido desde América para conocer Rusia, la tierra de mis padres. Mi amigo es periodista de San Petersburgo. Pertenezco al *New York Herald*, como corresponsal, y nunca soñé con conocerle personalmente. Le confesaré que no he leído *Guerra y Paz*. Solo *Resurrección*, que saqué de una biblioteca pública de Nueva York.

—¡Resurrección! ¡Todos deberíamos resucitar! Muchas veces en la vida nos creemos muertos, acabados, sin esperanza, y en raras ocasiones podemos tener el privilegio de una resurrección. ¡Pero siempre es posible! ¿Me entiende?

—Creo que sí, maestro. Yo no he vivido aún esa experiencia, pero creo entenderos.

—Un periodista norteamericano. Precisamente hace pocas semanas recibí una carta del presidente de los Estados Unidos. Creo que ese hombre ha entendido que el privilegio de su cargo es solo una gran oportunidad de servir a los demás. Cuando los gobernantes comprendan que no es mérito suyo, sino que el azar y las circunstancias los han colocado en esos puestos de responsabilidad, solo para ayudar al resto de la comunidad, el mundo cambiará. ¡Aunque es difícil! ¡Mi joven amigo, ha llegado usted hasta aquí con la fe de un creyente! Verá. Yo estoy llegando al final de mi camino. Me siento cansado, casi agotado, hay días en que solo mi fuerza de voluntad me impulsa a levantarme —Paul se dio cuenta de que Tolstoi comenzó a tutearle —. ¡Nunca le lleves la contraria, porque ese día estarás muerto! Lo único que me importa de morirme es perderme el mundo que está por llegar. Intuyo que

los Estados Unidos tendrán mucho que decir en ese futuro. Sus gentes están imbuidas de libertad y de valores positivos. Saluda en mi nombre al gran pueblo americano. No os puedo otorgar demasiado tiempo. Mi médico y buen amigo Makovicki no me lo perdonaría. Pero en modo alguno podía permitir que os marcharais con las manos vacías.

Lev Tolstoi intentó incorporarse levemente. Le pidió al doctor que le acercara dos ejemplares de una estantería que había junto a él, y una pluma estilográfica que agitó ligeramente entre sus dedos.

—Esta pluma es un regalo personal de vuestro presidente. La modernidad nos arrolla. Aunque te cueste creerlo, comencé escribiendo con una pluma de ganso. No me he atrevido con la máquina de escribir, eso ya es demasiado para mí. Dadme vuestros nombres para poder dedicaros un ejemplar de *Resurrección*. Es quizá la obra en la que hay más de mí mismo. Todos deberíamos intentar resucitar, realizar una catarsis de nuestro interior, y entonces el mundo sería mejor, mucho mejor. No lo olvidéis nunca.

Lev Nikoláyevich escribió con mano temblorosa unas palabras en ruso, puso la fecha y el lugar, Yasnaia Poliana, y firmó. Después hizo lo mismo con el segundo libro, también dedicado personalmente a Fiódor Yegórovich, que seguía mudo de emoción. Luego les tendió la mano.

—Volved a vuestros hogares en paz. Adiós, amigos míos.

Salieron de la casa totalmente embargados de júbilo. Fiódor Yegórovich saltaba de alegría.

—¡Me has traído suerte, Paul Alexander! ¡Cuánto me alegro de haberte conocido! ¡Qué bien lo hemos hecho aunque llegáramos tarde! ¡El cuco nocturno gana al diurno! ¡Y ahora! ¿A quién quieres conocer ahora?

Paul pensó que el afortunado era él. Fiódor demostraba la forma de ser de los rusos. Jamás se daba por vencido, era leal, capaz de cualquier cosa por un amigo.

Con la satisfacción de lo conseguido, volvieron a la aldea en el carromato bajo el tenue brillo de la luna. El caballo iba a su ritmo mientras el hombre dormitaba con la tranquilidad de que no se perderían. No había una sola nube en el cielo y el firmamento de estrellas resplandecía en todo su esplendor. Fiódor iba ensimismado, pensando en sus cosas. Mientras, Paul no podía dejar de pensar en Amalia Teliéguina, y en que necesitaba verla para poder contarle todo aquello.

A la mañana siguiente, no eran las siete cuando el Expreso de Moscú procedente del sur se detuvo en el apeadero entre chirridos de frenos que espantaron a unos grandes pájaros que echaron a volar con estrépito desde los

cercanos rastrojos. Solo ellos dos esperaban su llegada, pero era obligación del maquinista detenerse a recoger a los viajeros que aguardaban en los apeaderos. Siempre que hubiera alguien en cualquier apeadero, era el maquinista el que tenía que verlo. En aquella época del año, si el tren hubiera pasado de largo sin recogerlos no hubiese significado más que una molestia, pero durante el crudo invierno podía significar la muerte. El vagón iba lleno de marineros de la flota del Mar Negro que, según les dijeron, iban a Moscú para participar en un desfile militar en la Plaza del Kremlin. Todos ellos cantaban melancólicas canciones que hacían alusión a sus mujeres, a sus familias, incluso a sus barcos. Tuvieron que ir a los vagones de cola del tren, a tercera clase para encontrar dos asientos separados y dormitar un rato. Allí la gente compartía generosamente la comida que sacaba de sus cestas, el vino, el vodka. Llevaban gansos y gallinas vivos que sacaban sus cabezas de las grandes cestas. Fiódor le explicó que aquello ya no estaba permitido, pero que el revisor se llevaba un copec por animal si hacía la vista gorda. Los vecinos de vagón les invitaron a desayunar un trozo de pan y un embutido picante y sabroso. Paul miraba a aquella gente humilde que daba lo que tenía sin esperar nada a cambio. El pan de harina de trigo recién hecho le supo a gloria. Se acordó de su madre, que solía amasar el pan en casa y, en muchas ocasiones, él tuvo que llevar a la panadería rusa de la esquina, en el Bronx, para que el panadero lo metiera en el horno. Era casi lo único que no odiaba entonces, volver a casa con su hogaza caliente en un saquito de tela que le había dado su madre para ello.

Allí, sentado en el vagón de tercera clase mientras una pequeña campesina de seis o siete años lo observaba fijamente con sus ojos azules como el Báltico, pudo comprender por primera vez a su madre, Katerina Andréievna, aquella mujer sencilla, callada y bondadosa que, tras acabar el día rendida de trabajar sin descanso, aún tenía fuerzas para hacer a su hijo el mejor pan de todo Nueva York. Evocando aquellos días, no pudo evitar que se le humedecieran los ojos mientras sentía una profunda vergüenza por cómo se había portado con ella.

IV
La vanguardia rusa

Permaneció varias semanas en Moscú. Su artículo sobre Yasnaia Poliana se convirtió en un éxito, al igual que la entrevista con el primer ministro. A principios de septiembre llevaba ya tres meses en Rusia, solo le quedaban otros tres. El tiempo había volado pero empezaba a comprender muchas cosas. Tomó una decisión, volvería a Nueva York para regresar lo antes posible a Rusia. Presentía que era aquí donde la historia del mundo iba a cambiar. Al menos en eso no se equivocaban Piotr Stolypin ni el profesor Rikov.

Asistía a las representaciones del Bolshoi con frecuencia. Un teatro impresionante en el que todo funcionaba con la precisión de un reloj suizo. No se cansaba de ir una y otra vez. Quedaba fascinado cuando se alzaba el telón. Una mañana fue a conocer el cementerio de Novodiéviche. Lloviznaba y las lápidas y las estatuas brillaban. Una hierba salvaje crecía entre los panteones y las tumbas. Un ángel con un ala rota lo observaba como si le echara la culpa de no poder volar al paraíso. Había refrescado y pensó que era un día apropiado, gris, aunque las nubes corrían sobre Moscú y se rompían aquí y allá para dejar pasar unos raudos prismas luminosos que incidían de tanto en tanto sobre los edificios. Se dio cuenta de que se hallaba solo. Sentía una profunda sensación de nostalgia y de paz allí, entre las viejas glorias de la música, la literatura y la política. Estaba a gusto, como nunca antes en toda su vida, satisfecho de encontrarse en Moscú, imaginando la siguiente experiencia.

Lo único que en realidad sentía era no haber podido proseguir la relación con las hermanas Teliéguina, particularmente con Amalia, que había entrado y salido de su vida como aquel cometa que estaban anunciando los periódicos, y que según algunos significaba el fin del mundo. Aquello le había dejado un agridulce sabor de boca, aunque no tenía derecho a quejarse como un niño mimado al que la vida le consiente todo y de repente se enfada porque cree que le niegan el último capricho.

Amalia Teliéguina lo había impactado hondamente. No recordaba a otra mujer que pudiera hacerle sombra. Quizás su hermana Natasha. No solo por su belleza, su clase, su cultura y mordaz inteligencia. Sobre todo ello, por una

extraña dulzura que emanaba en determinados momentos, y que ella intentaba ocultar de inmediato como si no quisiera mostrar que también tenía emociones. En ocasiones se despertaba obsesionado, llegó a pensar seriamente en tomar el tren a Berlín y presentarse en su casa. Pero no le quedaba demasiado tiempo en Rusia y debía aprovecharlo sin distraerse. Ella le dejó muy claro que se hallaba comprometida, aunque según pudo deducir de sus palabras que era Natasha la que la obligaba a mantener aquella relación. Después de todo, podría ser un enfado temporal con su prometido y él, si se dejaba llevar por sus impulsos y se presentaba en su casa sin haber sido invitado, podría encontrarse en una situación cercana al ridículo. Pero no podía dejar de pensar en ella, de soñar con ella, de imaginar lo que estaría haciendo en aquel preciso instante, escuchar su opinión tan directa y libre sobre lo que sucedía a su alrededor, y darse cuenta de que ella acertaba en la diana con mucha frecuencia, como si también hubiera bebido del mismo manantial que sus amigos artistas de Moscú. Le gustaría poder escucharla, hablar con ella. Creía que ella era demasiado joven como para poder establecer relaciones entre lo existente y lo nuevo. ¡Y sin embargo parecía verlo todo diáfano y con total naturalidad! Se daba cuenta de que él tenía que reflexionar sobre todo ello, darle vueltas, aceptar incluso que debía dejar de lado los conceptos clásicos sobre muchas cosas, abandonar los estereotipos que le impedían comprender lo nuevo como algo natural y lógico. Tal vez se debía a que las mentes de las personas mayores o muy formadas en determinados ambientes se petrificaban, se cerraban a las nuevas ideas y procesos. Tal vez tendrían que partir los cambios de mentes casi vírgenes, totalmente flexibles, sin conceptos prefijados. ¿Sería siempre así? Tendría que hablar con Fiódor para intentar encontrar a alguien que pudiera explicárselo.

Fiódor Yegórovich, incansable, seguía presentándole gente interesante, intentando buscarle las mejores entrevistas. También Natalia Goncharova le había dejado recado en la recepción del hotel el día anterior, cuando encontró en su casillero una invitación para la exposición conjunta de un grupo de artistas, todos ellos amigos de Natalia o de Mijaíl Lariónov, que pensaban exponer en una galería cercana al hotel, y a la que por supuesto no iba a dejar de asistir. Se había quedado hipnotizado por aquella pintura tan diferente a todo lo que conocía, y por la posibilidad de conocer a los demás miembros de aquella vanguardia que tanto estaba dando que hablar. Otros jóvenes talentos con una forma de pensar y de entender la vida parecida a la de Natalia y Mijaíl, comprometidos con unas tendencias que ellos mismos estaban creando, investigando con colores y técnicas de dibujo, como si todos

hubieran encontrado la inspiración para unas nuevas vías creativas impresionantes.

Intuía que aquello no se limitaba a la pintura, el dibujo, el grabado y todo lo que estaba relacionado en el arte. Algo estaba provocando en aquel país un cambio radical, una nueva visión del futuro, también en la poesía, la novela, el teatro, las artes decorativas, la arquitectura, la danza, y por tanto el pensamiento. Los críticos se estaban encontrando con algo que jamás habían visto, ni siquiera imaginado, y tenían que hacer un esfuerzo de comprensión para intentar explicar por qué estaba sucediendo aquello. ¿Qué empujaba a unas determinadas personas a crear nuevas tendencias? ¿De qué extraño manantial surgían ideas tan innovadoras que confundían a críticos, especialistas, y autores mayores, que de pronto encontraban ante ellos imágenes, sonidos, y palabras que los subyugaban?

Él estaba dispuesto a encontrar aquel manantial. ¿Pero a qué se debía? ¿Tal vez el comienzo de un nuevo siglo? ¿Sería el siglo XX el tiempo en el que todo cambiaría? ¿Cómo habían llamado a los distintos movimientos la noche que estuvo con Natalia Goncharova y Mijaíl Lariónov? ¿Cubismo, creacionismo, rayonismo, suprematismo, constructivismo? Al igual que en aquellos bocetos dibujados con lápices de colores, con tintas, con acuarelas o con óleos, se podían observar trazos nunca vistos antes, mezclas, *collages* realizados con periódicos y revistas. Cualquier material, cualquier soporte les servía para llevar a cabo algo diferente, criterios nunca vistos, tendencias que parecían crear escuela. Se los enseñaron después de cenar en una taberna envuelta en un ambiente de fraternidad en la que se retaban a ver quién tenía la idea más alocada, más rompedora con lo existente, incluso más absurda, y entonces todos ellos la aplaudían, en una orgía de desprecio por la realidad, por la política, por el sistema, como si se hubieran propuesto llevar a cabo un cambio radical que no dejara títere con cabeza.

Era consciente de que estaba obsesionado, igual que si hubiera encontrado la piedra filosofal. Lo comentó con Fiódor, explicándole que cuando comprendió el alcance de todo ello se le puso la carne de gallina, a pesar de comprender que no poseía ni la cultura ni la experiencia suficiente para poder analizar la relación entre cosas tan aparentemente distintas como el arte, la política, el progreso y la filosofía.

Fiódor Yegórovich parecía entenderlo mejor y le recomendó que leyera a Marx, a Hegel, a Engels, a Feuerbach, a una serie de filósofos, historiadores y escritores que según él le ampliarían la mente y el conocimiento. No se podía tomar Roma en una hora, pero si tenía la ambición de llevar a cabo aquel

análisis y, sobre todo, la voluntad de hacerlo, entonces ya tenía ganado más de la mitad del trabajo.

Para Fiódor, Rusia era en aquellos momentos como una presa que comenzaba a desbordarse. Le dijo con absoluta convicción que era como una positiva infección de los espíritus, como si se contagiaran unos a otros y nada ni nadie fuera capaz de detener aquello. Una revolución de las ideas que se estaba extendiendo por todo el país aprovechando la circunstancia de que, en principio, no parecía tratarse de ningún atentado contra la autoridad, ni contra el zar, el inmovilismo, la autocracia, ni en definitiva contra la tiranía de unos pocos hacia todo un pueblo estoico y capaz de resistirlo todo, el hambre, la humillación, el abuso de poder, y tantas otras cosas a lo largo de la historia. Según Fiódor, la revolución de 1905 había marcado el inicio, y desde aquel momento todo era diferente en Rusia, y la Ojrana, el gobierno, el zar, y el mismo pueblo comenzaban a percibirlo.

De lo que hasta ahora no parecían haberse dado cuenta era de que cualquier papel con cuatro trazos de colores que rompiera los criterios clásicos podía ser más subversivo que un inflamado panfleto decembrista. Ahora empezaban a comprenderlo. Como casi siempre, como otras tantas veces a lo largo de la historia, los cambios los habían iniciado los poetas. ¿No contenían la *Ilíada* y la *Odisea* el germen de la revolución? Fiódor mantuvo su tesis mientras declamaba: «*¡Seguro que su arrogante ánimo no le volverá a impulsar a recriminar a los reyes con injuriosas palabras!*». Le dijo que si se había hecho periodista era porque tenía muy claro que las palabras no eran nunca inermes. Estaban cargadas de energía vital, de conceptos, de ideas, en ocasiones rompían los esquemas preestablecidos y hacían que la gente comprendiese que el mundo que les rodeaba no era como siempre habían creído. Aquel hombre ciego de la Grecia clásica, Homero, había cambiado el mundo, un mundo que se mantenía estático desde la creación. Aquella era la mejor demostración de la fuerza de las palabras.

Sin más, Fiódor volvió a declamar, haciendo gala de su cultura y de su memoria:

—«¡Oh Dioses! ¡De qué modo culpan los mortales a los númenes! Dicen que las cosas malas les vienen de nosotros, y son ellos quienes se atraen con sus locuras infortunios no decretados por el destino».

Paul no tuvo más alternativa que aplaudir y ambos rieron mientras brindaban con vodka. Fiódor, excitado, quería seguir con su tesis.

—¡El zar, su corte, el gobierno, la Ojrana… El sistema intenta que las cosas permanezcan como siempre, inmóviles, estáticas, intocables, pero se

están viendo desbordados por una realidad que no comprenden! Algunos de ellos perciben los síntomas pero son incapaces de explicar al poder que esos síntomas significan que el mundo va a cambiar inexorablemente, y antes de lo que nadie puede imaginar.

También Paul comenzaba a comprender la estructura del cambio. Lo había percibido aquella noche, sentado en la taberna entre los artistas de la vanguardia, en la que había que hablar a gritos para poder medio entenderse. Cuando volviese a los Estados Unidos, donde se creían tan avanzados, tan innovadores, tendría que ser capaz de transmitirlo y decirles: «No es como pensáis. Hay mucho más que no sois capaces de percibir. Esa es la verdadera revolución que terminará por arrollarnos a todos, queramos o no queramos». Y Fiódor había tenido mucho que ver en ello. Vio en él a un hombre capaz de percibir lo que otros no habían sido capaces, y de ayudarle a comprender lo que estaba sucediendo en las tramoyas de la realidad. Personas sencillas, educadas en el campo, como Natalia Goncharova o su compañero Mijaíl Lariónov, se lo habían hecho entender. ¿Cómo alguien tan sencillo como Natalia era capaz de expresar aquellas nuevas ideas con tanta precisión? ¿Qué les inspiraba a todos ellos? Necesitaba con urgencia volver a hablar con ellos, que le explicasen lo que percibían en el fondo de sus espíritus cuando comenzaban a crear. ¿Desde cuándo estaba sucediendo aquello? ¿Quiénes eran todos aquellos pintores que, de pronto, plasmaban en sus lienzos lo que hasta entonces nadie había sido capaz de imaginar? Y lo mismo para los que componían música. Ahí estaba Igor Stravinski y tantos otros a los que había podido escuchar con asombro en el Bolshoi y en San Petersburgo. O los escritores, los poetas empleando aquel nuevo y extraño simbolismo, como una herencia de los poetas franceses que dentro de ellos habían asimilado un concepto esencial. La libertad. Paul ya no podría abandonar la búsqueda de aquel manantial y volver a su rutinaria vida en Nueva York para terminar engullido por el sistema, comprando un Ford T y alquilando un apartamento más moderno y céntrico, como si nada hubiera sucedido en su vida. Se sentía tan inquieto e inspirado que justo cuando empezaba a vislumbrar el camino correcto, tenía que empezar a pensar en preparar la maleta de vuelta y abandonar el país donde había sido capaz de vislumbrar algo que lo tenía en vilo.

Después, cuando cargado de emoción intentó razonar todo aquello con Fiódor, notó que su amigo permanecía pensativo. ¿Quién podría estar dentro y

fuera al mismo tiempo? Alguien capaz de establecer los criterios por los que toda una generación decidía romper con el pasado y actuar como si la revolución ideológica que desencadenó la insurrección desde los acontecimientos de 1905 hubiera significado la decisiva ruptura con la historia anterior. El acorazado *Potemkin*, el domingo sangriento, el fracasado intento revolucionario de Moscú, los desórdenes civiles en toda Rusia. Cómo el marxismo había sido capaz de infiltrarse en la conciencia de unos jóvenes que apenas acababan de abandonar la adolescencia. ¿La brutal represión en todos ellos se había transformado en el catalizador de la necesidad del cambio? ¿Habría nacido mucho antes con los decembristas infectados con *La Marsellesa* y las libertades que habían percibido en Francia?

Fiódor le dijo que existía alguien que podría ayudarle a entenderlo. Alguien que empleaba un nuevo lenguaje. Aleksandr Blok[36]. Un hombre joven, pues tendría apenas treinta años, pero del que se decía que era un sabio. Le dijo que podrían intentar hablar con él y con los que le seguían. Jóvenes innovadores que sabían bien la fuerza que tenían las palabras. La Ojrana desconfiaba mucho de todos ellos e intentaba dificultar por cualquier medio que publicasen libros, novelas, poemas, obras de teatro o simples artículos. ¿Estaban intentando reírse de las preexistencias? ¿Por qué aquella fijación con el poder? ¿Qué pretendían? ¿Se trataba de revolucionarios que intentaban remover los cimientos mediante la farsa, o simplemente complicadas frases sin aparente sentido, o la búsqueda de una nueva cultura que despreciaba la solidez de las instituciones?

—¡Los conservadores no son capaces de entender nada, pero se han dado cuenta de que estas nuevas ideas son corrosivas para el sistema! —Fiódor reía a carcajadas mientras se le saltaban las lágrimas—. ¡No pueden entenderlo! ¡De pronto se dan cuenta de que las obras cómicas de Antón Chéjov van contra el zar! ¡Ya sabían que el conde Tolstoi era un revolucionario, pero él no lo ocultó nunca! ¡Pero las poesías de alguien como Aleksandr Blok! ¡No entienden nada! ¡Nada! ¡Y eso hará que sean barridos por la Historia!

Y Fiódor volvía a estremecerse de risa, pensando en los «intelectuales» de la Ojrana, que leían y releían los poemas de Blok intentando averiguar por qué la gente se los aprendía de memoria, les ponían música y los editaban en imprentas clandestinas, asustados ante lo que se les estaba viniendo encima sin saber cómo detenerlo, ni a quién debían acusar de lo que fuera para poder sacar a aquel poeta de la circulación y enviarlo una larga temporada a Siberia,

hasta que se le quitasen las ganas de seguir con sus chanzas y juegos de palabras.

Fiódor se encargó de encontrar a Blok. Lo conocía de San Petersburgo. Le dieron una pista que llevaba a un pequeño pueblo llamado Solnechnaya Gora, en la carretera de Moscú a San Petersburgo. Lo mejor sería ir en tren, en el Expreso del Norte, y descender en el apeadero correspondiente.

—¡Vamos a la colina soleada! ¿De acuerdo? En el peor de los casos, habremos hecho una excursión en balde. Tendremos que hacerlo de improviso. ¿Te has dado cuenta de que la Ojrana nos viene siguiendo los pasos? Comenzó seguramente el mismo día en que fuiste con tu amiga Amalia a conocer a Natalia Goncharova. No se meten con nosotros por tu carnet de la Asociación Internacional de Periodistas, por ser americano y tener detrás al *New York Herald*. Pero si se tratase de un periódico de tercera fila o ruso, ya nos habrían llamado a capítulo.

Dos días más tarde tomaron el tren en Moscú con destino a San Petersburgo, pero con la idea de avisar al revisor en el último momento, aprovechando la parada anterior, para que el tren se detuviese un minuto en el apeadero de Solnechnaya Gora. Era una maniobra a la que había que estar atento, pues en ocasiones no llegaba ni a pararse por completo, solo el instante para subir o bajar, a discreción del propio revisor que, con su silbato, daba las instrucciones al maquinista.

Así fue. Aguardaron hasta el último momento para saltar, y efectivamente el tren solo aminoró su marcha. Si la Ojrana les estaba siguiendo, probablemente no se habría dado ni cuenta, convencida de que ambos viajaban a San Petersburgo.

Hacía un día sereno y con solo algunas nubes en el horizonte, por lo que fueron caminando las tres verstas desde el apeadero al pueblo. Preguntaron por Aleksandr Blok al primero que encontraron. «¡Ah, sí, se refiere usted al poeta!», les dijo un campesino que los remitió a una casita en el límite norte del pueblo. El enclave tendría cuatro o cinco mil habitantes, con una calle principal a lo largo de la carretera, cuya parte central estaba pavimentada y por la que circulaban algunos carros, algún automóvil y hasta un camión. Se contaban tres iglesias con sus refulgentes bulbos dorados. Fiódor le explicó que la iglesia era omnipresente en toda Rusia.

—Aquí en realidad no manda la política, ni las leyes civiles. Solo las tradiciones y la iglesia ortodoxa. Esta gente, el noventa y cinco por ciento del pueblo, solo haría caso de lo que le dijese su pope. Todo lo demás es lejano, difuso, inconsistente. Lo real, lo cierto, son sus iglesias, que pueden ver desde

los lugares más alejados, con esas preciosas cúpulas bizantinas, sus iconos, sus velas ardiendo, pidiendo a Dios, a la Virgen María, o a su santo patrón, que interceda por su hijo en el ejército, por sus cosechas, en el parto de la hija o la enfermedad del abuelo. Eso es lo que impide avanzar a este país, más que a ningún otro. Ya sabes que no soy muy creyente, para disgusto de mi madre. El zar y los suyos se aprovechan de ello, del mismo modo que la santa iglesia se aprovecha del zar. Es una relación biunívoca y perversa, pues entre el poder y la religión han creado una jaula dorada de la que el pueblo no puede escapar. Particularmente, no creo que la religión o la iglesia sean los responsables de la situación, pero sí son cómplices. Fíjate en este lugar. Puede aparentar una belleza formal, una serenidad que te envuelve. La gente debe estar trabajando en los campos cercanos, aquí en el norte la cosecha se recoge con algo de retraso. Apenas se ve a nadie por la calle, y este polvo que levantan los carros dentro de un mes será lodo y después nieve y hielo sucio. Ocultas detrás de la larga fachada que es la calle principal, en la que viven los comerciantes, los burgueses y algunos funcionarios, como un larguísimo decorado, podemos ver miserables casuchas. Ahí vive la mayoría de la gente. Todavía hace algo de calor, aunque notarás de tanto en tanto una brisa fresca. Es la antesala del largo y crudo invierno, que está al caer. Termina el verano y están preparando sus conservas, recogiendo las últimas cosechas. Esto ya no tiene nada que ver con Moscú, ni con San Petersburgo. A pesar de que el año no ha sido demasiado malo en el campo, los que no se hayan preparado podrían morir de hambre y frío este invierno. Demasiados impuestos para tan magro beneficio. ¡En fin! ¡Mira, esa debe de ser la casa de Aleksandr Blok! La que tiene esas flores en el jardín delantero y esa valla blanca tan cuidada. ¡No puede ser otra!

Se detuvieron frente a una casita pintada de verde claro con la carpintería blanca. Se apreciaba bastante más cuidada que las contiguas, como si los que la habitaran quisieran remarcar de alguna manera que se sentían diferentes. Un penacho de humo grisáceo escapaba por la chimenea, indicando que alguien cocinaba. Se acercaron con la sensación de estar invadiendo una intimidad a la que no habían sido invitados. Una campanita con un cordel sobre la cancela de entrada avisaba de la presencia de visitantes. Fiódor tiró dos veces de ella. Casi de inmediato la puerta de cristales se abrió y apareció una mujer joven que se quedó observándoles con cierta interrogación. Tras un instante de duda, Fiódor decidió presentarse.

—Buenas tardes, señora —en realidad era una joven agraciada y menuda a la que resultaba difícil tratar como a una dama—. Mi nombre es Fiódor

Yegórovich y soy periodista de San Petersburgo. Mi amigo, Paul Alexander, es norteamericano, corresponsal del *New York Herald*, un famoso diario de Nueva York. Hemos venido hasta aquí con la esperanza de poder conocer al poeta Aleksandr Blok. ¿Es esta su casa? Nos han dicho que era al final del pueblo, y…

La joven asintió interrumpiéndole.

—Sí, esta es su casa, yo soy la esposa de Aleksandr Blok, Liubov Mendeléyeva. ¡Pero pasen, por favor! Ahora mismo lo aviso.

Fiódor le comentó en voz baja:

—¡Es la hija del célebre Dmitri Ivánovich Mendeléyev[37]! ¿Has oído hablar de la tabla periódica de los elementos? Bueno, pues ahí tienes a la hija de su creador. ¡No recordaba que Aleksandr Blok estuviera casado con ella!

Dos minutos más tarde, un hombre joven, alto y algo desgarbado, de rizado cabello y rostro alargado, salió a recibirles.

—¡Buenos días, señores! Soy Aleksandr Aleksándrovich Blok. ¿Quieren hacer el favor de entrar? Por aquí… ¿En qué puedo servirles?

De nuevo, Fiódor tomó la palabra.

—¡Buenos días, Aleksandr Aleksándrovich! Somos periodistas y representamos al periódico americano *New York Herald*. Yo soy ruso, de San Petersburgo, y formo parte de la redacción del *Diario de San Petersburgo*. Mi amigo, Paul Alexander, es americano pero habla el ruso a la perfección. Quisiéramos poder hablar con usted sobre su poesía y su vida. ¿Sería posible?

—¡La verdad es que han hecho ustedes un largo camino para llegar hasta aquí! ¿Cómo podría decirles que no? Así que pasen, son bienvenidos. Por aquí viene muy poca gente y de vez en cuando viene bien intercambiar ideas. ¡Querida! ¡Ven, por favor! Liubov Mendeléyeva es mi mujer, mi compañera, mi amiga y mi musa, así que tiene que estar presente.

La casa era diminuta. Una pequeña entrada, un saloncito con una chimenea, una cocina que parecía de juguete y tres habitaciones, en la más pequeña de las cuales escribía Blok. Era muy luminosa y estaba cuidada hasta el mínimo detalle, pintada con los típicos colores de las casas de campo, muy ordenada y limpia.

Liubov Mendeléyeva entró y les dirigió una sonrisa algo forzada.

—Ya han conocido a mi esposa. ¿Les apetece un té? Liubov lo hace exquisito. Bien, ¿qué quieren saber de mí?

Paul tomó la palabra después de que Fiódor hiciera un leve gesto para que hablara.

—Usted, Aleksandr Aleksándrovich Blok, es un poeta al que mucha gente admira. Llevo unos meses en Rusia, y gracias a mi compañero y gran amigo Fiódor Yegórovich, estoy empezando a descubrir una serie de cosas asombrosas. Entre otras, hasta qué punto los rusos aprecian y respetan la poesía. También estoy comprobando que en las artes las cosas están acelerándose, perdiendo su inercia, cambiando a gran velocidad. Desconozco si también sucede lo mismo en otros ámbitos. ¿Entiende lo que quiero decirle? Es como si los pintores, los poetas, los literatos en general, así como los fotógrafos, escultores y arquitectos estuvieran encontrando nuevos caminos y tendencias. ¿Está de acuerdo con esa apreciación?

Aleksandr Aleksándrovich asintió. Mientras, su esposa Liubov servía un té oscuro, ponía sobre la mesa un tarro de miel casera para endulzarlo y un bizcocho de arándanos recién hecho.

—¡Por supuesto! Es muy cierto. Dicen de mí que lidero el movimiento simbolista, lo cual evidentemente no es cierto. Un líder siempre debe desear serlo y no es mi caso, aunque me reconozco simbolista. Otros me acusan de decadente, de ambiguo, de falta de precisión en la palabra… Lo admito en parte. Lo que sí es cierto es que algo importante está sucediendo, y todos somos testigos, cuando no protagonistas, del fenómeno. Eso viene a decir que el cambio llegará antes de lo previsto. Es como si estuviéramos aguardando la tormenta tras una larguísima sequía. Sin Baudelaire, sin Mallarmé, sin Rimbaud, sin Verlaine, ¡Pauvre Lelian[38]! Sin tantos otros, no podría existir este movimiento de vanguardia. Por supuesto, tampoco existiría sin Pushkin, sin Lérmontov[39], sin Tyutchev[40], sin Máikov[41], sin tantos otros. Pero las cosas no suceden por casualidad, ni gratuitamente, todo es un proceso. Ahí está Nikolai Gumiliov[42] impulsando esa subida a la cumbre. El acmeísmo. En el principio era el verbo, y lo que tenga que suceder llegará a través de la palabra. Esa joven poetisa, Anna Andréievna Ajmátova[43]. ¡Qué extraordinarios poemas, tan hermosos y fascinantes! ¡Cuánto envidio su facilidad y su hermosa sencillez! Todo va a cambiar, indudablemente, porque el pasado se está resquebrajando y transformándose en polvo entre nuestros dedos. Ahí está mi amigo Boris Bugaev, su padre es un famoso filósofo y matemático, que firma como Andrei Biely[44]. ¿Conocen *Sinfonías* y *Oro sobre azul*? Cierto que detrás está Nietzsche. Pero ese camino es otra historia muy diferente.

Blok bebió un sorbo del té humeante que su esposa acababa de servir, aprovechando unos instantes para reflexionar.

—¿Saben quién prepara las revoluciones? Los místicos, los sufíes, los santos del pueblo. Miren, detrás de lo que tenga que venir estarán, sin duda, Dostoievski y Tolstoi. Las palabras no son inocuas. Golpean la realidad como un knut engrasado en la piel de una mula tozuda. Las revueltas de 1905 demostraron con claridad quién era el zar y lo que podría hacer el pueblo si se uniera. ¡Toda esa impresionante guardia imperial, los cosacos, la Ojrana, los tribunales del Estado, solo son poco más que tramoyas polvorientas en el eterno drama de este país! Representan una función y pretenden demostrar que el poder, la fuerza, la justicia, ¡hasta el mismo Dios! está con ellos. ¡Pero es mentira! Ellos siempre lo han sabido, y ahora también lo sabe el pueblo. Si ustedes me preguntan si el pueblo está orquestando todos esos movimientos como un sistema que busca un fin, les diré que no. Es la misma dialéctica histórica la que empuja aquí y allá, mediante un proceso imparable e inconsciente, y les advierto que no soy marxista. ¡Pero amigos míos! En eso Marx llevaba razón. Las vanguardias deben sustituir lo viejo por lo nuevo, su mismo nombre lo indica. Cambiar lo obsoleto, lo caduco, lo que se ha quedado anticuado. Entre la nueva generación hay un ansia de renovar de la que en ocasiones ni ellos mismos son conscientes. ¡Una verdadera revolución artística, política, vital si lo prefieren, que terminará por arrasarlo todo! ¡Unos sugieren a otros y eso ocurre en todas las áreas creativas!

»Nadie buscaba esto en concreto —continuó—, muy al contrario se pretendía un apoliticismo para alejarse de la política y poder crear con mayor libertad. ¡Pero la realidad se interpuso cuando el domingo sangriento nos golpeó a todos de una manera u otra! Ahora sí. El arte, sin buscarlo ni pretenderlo se ha puesto al servicio de las corrientes reformadoras. ¡Ya no hay vuelta atrás! Ellos tienen sicarios, verdugos, espías, cárceles ocultas. La enorme Siberia, esa prisión inmensa de la que resulta casi imposible escapar. Nosotros solo tenemos palabras, verdades, símbolos, certezas. ¡Es la eterna lucha del bien contra el mal! ¡Ya no hay ambigüedades! Les recomiendo que lean la conferencia que dio Dimitri Merezhkovski**[45]** hace ya dieciocho años, en 1892. Se titulaba *Sobre las causas de la decadencia y nuevas tendencias de la literatura rusa moderna*. En ella podrán encontrar algunas claves acerca de ello. Pero, queridos amigos, me están haciendo hablar más de lo que pretendía. En 1907 organizamos una exposición en Moscú: *La rosa azul*. Siempre he creído que la imaginación poética está muy por encima de la propia realidad. ¿Me comprenden? La realidad fenoménica nos engaña constantemente, pues depende de nuestro estado de ánimo, de la luz, de demasiados factores externos, es demasiado subjetiva. En cambio, la realidad

poética, cuando capta lo esencial, nos permite rozar la propia verdad de las cosas. Les pondré un ejemplo. ¿Han tenido ocasión de contemplar esa increíble pintura de Mijaíl Aleksándrovich Vrúbel[46], *El demonio derrocado*? Esas plumas de pavo real con exquisitas alas doradas que le permitían volar por encima de los demás, esa corona de plumas carmesíes. Al final el demonio se desploma en la sima oscura, en el abismo, mientras las nevadas montañas del fondo siguen donde siempre han estado, iluminadas por el sol de la tarde. ¡Ese es el demonio de la realidad que casi siempre termina derrocado!

»Bien —Aleksandr Blok sonrió como excusándose—, no tengo mucho más que decirles. He hablado de más, pero es que por aquí pasa muy poca gente. Y ahora, si me lo permiten, debo continuar con mi trabajo. Ha sido un verdadero placer compartir estos instantes con ustedes».

Paul y Fiódor le estrecharon la mano. Liubov Mendeléyeva los acompañó hasta la puerta, sonrió orgullosa de su esposo y cerró la puerta tras ellos.

Caminaron hacia el centro del pueblo en silencio. Tendrían que hacer noche allí ya que el primer tren con dirección a Moscú sería el mismo que ellos habían cogido y no pasaría hasta primera hora de la tarde del día siguiente.

—¿Qué tal? —Fiódor le preguntó con un hilo de voz—. ¿Qué piensas?

Paul contestó sin pensarlo.

—Sí. Ese Blok es un genio, escucharle ha merecido la pena. ¡Gracias, Fiódor! ¡Ahora sí estoy seguro de que tendrás que acompañarme a América!

Durmieron en una casa particular propiedad de uno de los *kulaks* que había en el pueblo. La habitación que les asignaron era estrecha, con dos pequeñas camas de hierro. La casa era de madera de pino, con los techos muy bajos y la puerta más baja aún, tanto que Paul tenía que agacharse para poder entrar. El retrete se encontraba en la parte de atrás, en el exterior y, como era costumbre, en una esquina del huerto; un cuartito de madera con suelo de tablones y un agujero en el centro. El pueblo se veía pobre, salvo tres o cuatro casas donde vivían los *kulaks* y algún comerciante dueño de una mínima tienda de ultramarinos en donde compraban lo indispensable: sal, café, té, azúcar, velas y poco más. Un chaparrón de última hora había transformado el polvo en lodo. Paul pensó que existían muchas diferencias con los pueblos del noreste de los Estados Unidos, pero prefirió reservarse los comentarios. Por el

contrario, era evidente que el pueblo ruso parecía en general más culto y con mayor sensibilidad, al menos en las ciudades y los grandes pueblos.

Se levantaron a las ocho ya que el tren que debía llevarlos a San Petersburgo no pasaría hasta después del mediodía. La propietaria les preparó un café que en realidad era malta muy tostada. Se bebieron el brebaje sin protestar, además había pan recién hecho, mantequilla y huevos. Fiódor le susurró que eran gente adinerada y que aquello era un pequeño lujo. Les cobró un rublo a cada uno y no regatearon. Luego dijo que por otro rublo podría llevarlos hasta el apeadero en su carro. Cuando se subía alguien en un apeadero, el revisor cobraba la parte del billete que faltaba. Replicaron que preferían ir andando ya que no había distancia y aprovecharon la mañana para dar una vuelta por el pueblo, que no tenía nada que ver con excepción de la iglesia más antigua, que en su interior tenía unos interesantes frescos de estilo bizantino primitivo, casi ocultos por una capa de hollín y cera. Unas velas ardían delante de un icono de plata y varias ancianas rezaban a sus santos. Un ambiente intemporal y lleno de serenidad, aunque notaron más frío en el interior, como si el invierno se hubiera adelantado en aquel lugar.

Después caminaron hasta el apeadero esquivando los muchos charcos que se habían formado con la lluvia nocturna. Tuvieron que cruzar un arroyo que el día anterior no estaba, y tuvieron que despojarse de zapatos y calcetines para cruzarlo. Unos cuantos perros los seguían ladrando sin demasiada intención hasta que decidieron volverse sin más cuando Fiódor, harto de ellos, les lanzó unas piedras. El expreso procedente de Moscú se demoró más de media hora sobre el horario. Tuvieron que bajar del apeadero de piedra y correr por la hierba húmeda ya que el maquinista debió verlos tarde y, aunque detuvo el tren, se pasó como un tiro de piedra. Cuando subieron al último vagón de pasajeros, ya había arrancado de nuevo. Aquello era Rusia y nadie parecía molestarse por las pequeñas incomodidades, ni protestar por ellas.

De nuevo se encontraron con que no había asientos ya que el tren iba sobrecargado tanto en segunda como en tercera, aunque el revisor se ofreció a encontrarles asiento en cuanto se lo pidieran.

—Como comprenderás, eso significa que tendría que levantar a dos personas para que nos sentásemos nosotros. Él espera una propina por servir a dos señores. Te estarás preguntando por qué la gente no protesta casi nunca. Te contestaré que los rusos somos fatalistas y, si me dices que eso forma parte de nuestro carácter eslavo, te lo aceptaré. Hoy en día los campesinos se han empobrecido aún más con las cosechas y los muchos impuestos, y encima en algunos casos tienen que amortizar la tierra que están comprando a sus

antiguos propietarios. Como estás comprobando, apenas existen infraestructuras, caminos que en invierno y primavera se tornan impracticables, carreteras de tierra con tantos baches que ir por ellos en un coche de punto se torna una tortura, por lo que transportar el trigo o la cebada a los graneros y después a los mercados supone una verdadera hazaña.

Aprovechando que no podía hacer otra cosa, Fiódor comenzó a explicarle las circunstancias que habían conducido a aquella situación social.

—Las cuatro grandes reformas de Alejandro II intentaron cambiar el país sin éxito. La primera fue la abolición de la servidumbre, de los siervos vinculados a la tierra, de esas «almas muertas» de las que hablaba Gogol. Te diré que Chichikov, Selifán y Nozdriov siguen entre nosotros. En realidad son muy parecidos a cómo Gogol los describió con su magistral pluma. El zar pretendió la libertad de los campesinos, pero no deseaba que eso significara debilitar la clase que lo sostenía a él: los nobles. Por ello propuso ir con pasos más lentos y seguros: una emancipación gradual a lo largo de dos décadas. Eso sí, se debía indemnizar a los propietarios y eso tendrían que costearlo los propios siervos liberados. No iba a resultar fácil ya que era un asunto de gran complejidad. Los campesinos tendrían además derecho a adquirir una parte de la tierra que habían trabajado, pero a un precio fijado por el propietario. ¿Pero de dónde iban a sacar aquellos desgraciados campesinos el dinero necesario para pagar la tierra? Te diré que eso ha arruinado por generaciones a la mayoría de ellos. Ahora están totalmente hipotecados y deben trabajar más que antes solo para pagar la tierra, ellos, sus hijos y sus nietos. Por cierto, el comprador no podía ser un particular sino la comuna, que luego distribuye la tierra adquirida entre todos. ¡Un verdadero lío! Lo que te decía antes. ¿Recuerdas la oferta de Chichikov, el personaje central de *Las almas muertas*? Cuando llega al pueblo les hace la oferta de comprar las tierras de los campesinos ya fallecidos y les dice que así evitarán pagar a la administración los impuestos de capitación y demás. Gogol no es Dostoievski ni Tolstoi, sino un crítico acérrimo, sin piedad ni misericordia, que se ríe de nuestras faltas y vicios. En realidad, dentro del enorme drama, es un ácido humorista. ¿Somos en realidad así los rusos, mezquinos, mentirosos, juerguistas, trapaceros y borrachos hasta le extenuación? ¿Somos como nos describe la cínica pluma de Gogol? ¡Madrecita mía! ¡Qué país! Te diré el resultado de esa primera reforma. Ahora los campesinos son «libres» entre comillas ya que son esclavos de los usureros, de los banqueros y de los avales que han firmado a sus antiguos propietarios, gente que de pronto ha comprendido que con esos intereses jamás será capaz de liquidar sus deudas.

La deuda principal permanecerá *per saecula saeculorum* mientras los intereses se multiplican día tras día como por arte de magia. ¡Te puedes imaginar! ¿Dónde está la reforma? ¿Por qué el padrecito zar se propuso hacer ricos a sus banqueros a costa de la miseria de su pueblo? ¡Bah! ¡Dicen que siempre es así! ¡Que solo con una banca estable y potente el país podrá salir adelante! ¡Sabes qué te digo! ¡Que les den a las reformas! Pero no todo es malo, al menos a largo plazo ya que en el castigo llevan la penitencia. Fíjate. Ahora tienen que trabajar cuando antes tenían tiempo para descansar y beber hasta caer redondos. Ahora para completar un jornal deben tallar cucharas de madera, hacer zapatos, mantas, vasijas de barro cocido, cualquier cosa para poder pagar la hipoteca por su propio terreno. ¡Toda la familia trabajando noche y día! Pero lo positivo del caso es que ahora tienen que llevar lo que hacen a los mercados de las capitales, o de los pueblos importantes, y entonces hablan entre sí. Todos están muy descontentos con la situación, y esas almas muertas, sin darse cuenta, sin ser conscientes de ello, se están politizando. De pronto la miseria, el acoso económico, el empobrecimiento los ha llevado a una situación límite de supervivencia. Existe tal grado de malestar social que el desconcierto inicial se ha transformado en odio político. ¡Y claro, los intelectuales que apoyaron esta reforma se sienten engañados! Si ahora fuésemos a cualquier mercado de la periferia de Moscú, de Smolensko, de Minsk, de Novgorod, de cualquier población, podrías observar el enorme malestar del que te hablo. Ahora los estudiantes hablan con los campesinos, muchos son hijos de campesinos que pudieron escapar de la servidumbre. Otros son funcionarios que se mueren literalmente de hambre. Así se está gestando la verdadera reforma que llegará antes o después, a pesar de la Ojrana, de los fiscales y de todos ellos. Ese malestar de fondo que existe entre los rusos traerá la revolución.

Paul se había dado cuenta de que alrededor de ellos se estaba formando un corrillo de campesinos que escuchaban atentamente a su amigo Fiódor mientras lo observaban con los ojos muy abiertos. Fiódor era consciente de ello, pero no se reprimió, como si por el contrario quisiera por una vez decir lo que pensaba, a sabiendas de que en cualquier momento podría pasar la policía política, que siempre vigilaba los trenes. Cuando le hizo un gesto con la cabeza, Fiódor se encogió de hombros y prosiguió como si tal cosa.

—Permíteme que prosiga. Llegamos a la segunda gran reforma de 1864. ¡Hace ya casi cincuenta años! Fue la de los «zemstvos», los consejos representativos y ejecutivos, o juntas locales, en los que tenían voto los grandes y pequeños terratenientes, los clérigos, los propietarios, los

ciudadanos, incluyendo los menos pudientes, y también los representantes de los campesinos. El zar no deseaba una revolución, pero en realidad los nobles seguían ostentando la mayoría, más del setenta y cinco por ciento del voto de los *zemstvos*. ¡Aunque solo representaban menos del uno por ciento de la población! Pero el *zemstvo*, en cualquier caso, depende de la policía y del gobierno central, y la burocracia impide que sus decisiones sean ejecutivas. ¿Qué ha ocurrido? ¡Pues que la gente ya no cree que esos consejos ni esas juntas sirvan para nada! Eso les ha llevado a la indiferencia, a la frustración y finalmente al odio. En determinados lugares, en los pocos en los que los propietarios, por su espíritu liberal o de progreso, han pretendido avanzar socialmente, han funcionado mejor, aunque al final la omnipresente burocracia zarista ha aplastado la reforma. En 1883 se fundó el Banco Campesino de las Tierras para intentar conceder préstamos baratos para su compra. ¡De nuevo la burocracia lo hizo imposible! Si ahora le preguntas a cualquiera de los campesinos que viajan en este tren, a estos que nos escuchan, por los *zemstvos*, escupirán en el suelo en señal de desprecio. Eso es lo que consiguió la segunda gran reforma.

Fiódor Yegórovich permaneció un rato en silencio. Paul se dio cuenta de que a su amigo le afectaba hablar de política y llegó a preguntarse si pertenecería a algún grupo radical, o a un partido revolucionario secreto. Hablaba con rabia y frustración de todo aquello, pero no se atrevió a interrumpirlo pues, a pesar de su amistad, aún no lo conocía suficientemente. Mientras, el tren se detenía de tanto en tanto en los apeaderos y arrancaba con dificultad, como si fuera sobrecargado. Era imposible que cumpliera los horarios preestablecidos.

Fiódor se dirigió a él con una mirada honesta.

—¿De verdad te interesa el tema? ¿Quieres que prosiga?

Paul asintió. Se estaba dando cuenta de que su amigo tenía una enorme preocupación social y política; se estudiaba los temas y vivía la política.

—La tercera reforma de 1864 fue la del sistema judicial. Si has leído *Resurrección*, la obra que nos dedicó el conde el otro día, o muchas de las novelas de nuestros grandes autores, comprobarás que siempre existen tribunales, jueces, fiscales y abogados que amparan la corrupción, que son incomprensibles para los administrados, confusos, visceralmente lentos, y al final injustos en muchas ocasiones. ¡Es como si solo los ricos tuvieran derecho a la justicia, pues para ellos es siempre más rápida y les otorga la razón con mayor frecuencia! Todo el mundo exigía una reforma del sistema judicial. Bueno, pues se intentó sistematizar los procedimientos, se instituyó

el jurado público, se mejoró el sistema de elección de los jueces. Los abogados defensores pueden representar a sus clientes, y sobre todo la policía ya no instruye las causas. Ahora eso es competencia de los magistrados. ¡Pero claro! ¡Todo eso es sobre el papel! ¡Siguen creándose tribunales especiales en muchos casos! Pero los campesinos no entienden los procedimientos y al final resultan indefensos. Sigue existiendo una enorme corrupción y, por supuesto, la nobleza y los acaudalados pueden acudir a los mejores abogados, como si fuera otra justicia paralela.

No te negaré que a pesar de ello se han producido avances, pero la sensación general es de injusticia, de dos varas de medir. Además, en los últimos años ha aparecido el terrorismo de Estado. La herencia de los decembristas, los socialistas marxistas radicales que se inspiran en movimientos similares de Europa. Así, las prisiones están llenas de estudiantes que no están conformes con el sistema y manifiestan su rechazo, y de toda la gente que no se conforma. ¡Es como una ola imparable de indignación! Bueno, aún nos queda la última reforma. El ejército. Lo que ocurrió en Crimea, donde la caballería inglesa encontró la muerte y también la gloria. ¿Has leído *La carga de la brigada ligera* de Tennyson? Para nosotros fue un terrible fracaso militar. Como sabes, el ejército se sostenía con levas forzadas, sobre todo entre los siervos, aunque de esa manera podían redimirse los criminales. El tiempo de servicio. ¡Veinticinco años! ¡La flor de la vida! ¡Eso para los pocos que regresaban! Y ya puedes imaginar cómo trataban los oficiales a la tropa. Tal vez haya mejorado algo, pero en el fondo sigue igual. A pesar de que el tiempo de servicio es ahora mucho menor y de que algo se ha humanizado la disciplina. Se educa algo a los reclutas analfabetos, y se ha intentado, sin éxito, eliminar las diferencias de clases entre la tropa. No te negaré que en este momento el ejército es la institución pública más democrática de Rusia. ¡Pero mira, ya estamos llegando!

Estaban entrando en la estación. Paul se asomó a la ventanilla, sonriendo mientras meditaba. Estaba aprendiendo a diario nuevas cosas sobre la historia, las costumbres, la vida de los rusos. Podía comprenderlos mejor pero en su interior notaba algo mucho más importante. Se sentía identificado con los pensamientos de gentes como Blok, Von Lissberg, Goncharova, incluso con las radicales ideas de su nuevo amigo, Fiódor Yegórovich.

V
Contrapunto

El tiempo se le echaba encima. El 30 de septiembre debía embarcar en Riga, apenas le quedaban unos días pues el 20 de octubre tenía que embarcar en Southampton para Nueva York. No podía perder aquel barco pero no tenía ningunas ganas de marcharse. El tiempo corría muy deprisa en Rusia, un país inmenso en el que se gastaba mucho tiempo solo en ir y venir a cualquier parte, y le quedaba casi todo por ver y mucho por escribir. Se daba cuenta de que apenas había podido pergeñar algún tema y que probablemente, si volviera a escribirlo, ahora lo enfocaría de otra manera. Él también estaba cambiando por días. Había decidido volver cuanto antes. Incluso si el periódico no aceptaba su propuesta de nombrarlo corresponsal en Rusia y Europa Oriental por un tiempo, estaba dispuesto a dejar su empleo y a volver por su cuenta como *freelance*.

Una tarde, su amigo Karl von Lissberg los invitó, a él y a Fiódor, al Teatro Mariinski para ver al nuevo ídolo de la danza clásica, Vaslav Nijinsky, que formaba pareja con Tamara Karsávina[47]. Nijinsky acababa de volver de una gira bajo las órdenes de Serguéi Diáguilev[48] en París, y Karl se había hecho amigo suyo después de varias sesiones de fotografía para sus carteles de promoción. Karl lo convenció un día para que subiera a los tejados del teatro y sobre ellos realizara algunos de sus majestuosos saltos mientras él lo fotografiaba, y el resultado fue verdaderamente extraordinario. En las fotografías Nijinsky volaba literalmente. Aquello impresionó tanto al bailarín que pidió a Karl que lo acompañase a Francia. Desde el primer momento, Paul se percató de que la relación entre ambos era de admiración y de amistad, aunque con un toque de sexualidad a duras penas contenida. Al igual que Diáguilev, Nijinsky era homosexual y emitía a su alrededor una especie de energía positiva que hacía que la gente lo aceptara, rindiéndose a él como el verdadero genio de la danza moderna que era, a pesar de tener en aquel momento solo veinte años.

Se levantó el telón y comenzaron los primeros acordes de *Scheherazade*, del genial Rimsky-Korsakov en el precioso teatro que era el Mariinski. Nijinsky volaba por el escenario y Tamara Karsávina no se quedaba atrás. Ambos se retaban mutuamente a ver cuál de los dos obtenía el mayor aplauso

o el murmullo de admiración más prolongado. Paul no podía apartar sus ojos del escenario, ambos se movían sin esfuerzo, como si fueran capaces de obviar la fuerza de la gravedad. El público atronó con sus aplausos la increíble exhibición, y el telón tuvo que subir y bajar innumerables veces ya que los espectadores se resistían a marcharse.

Tras la función, tal y como Karl había quedado, Nijinsky y Karsávina los acompañaron a tomar algo en uno de los restaurantes de moda de la Perspectiva Alexander Nevski. Nijinsky, que después de todo era un muchacho apasionado, flirteaba abiertamente con Karl, que estaba obnubilado, fuera de sí, hechizado por la magia que emitía su ídolo. Ambos se lanzaban ardientes miradas, aunque Karl intentaba controlarse sin conseguirlo.

Tamara Karsávina tendría veinticinco años y un hermoso rostro enmarcado por grandes ojos negros. Todos sus movimientos expresaban una absoluta armonía. Paul no había conocido a otra mujer como aquella, con tal seguridad en sí misma y tanta elegancia. Sin embargo era muy natural, alegre, incluso divertida, y se parodiaba a sí misma, aunque era evidente que no era sencilla ni humilde. Parecía saber quién era, lo que representaba y el lugar que ocupaba en aquel sofisticado mundo de la danza. El propio Nijinsky se rendía ante ella como si se tratara de una princesa y él fuera su fiel vasallo. Sabía que para triunfar necesitaba una pareja excepcional, y Tamara Karsávina lo era.

Ella le contó que se había graduado en la Escuela del Ballet Imperial, y que durante un tiempo fue la primera estrella del Ballet Imperial del Zar. Le dijo que admiraba a Marius Petipa**[49]** como el hombre que había puesto en valor el ballet ruso. Serguéi Diáguilev acababa de hacerle un sustancioso contrato para incorporarla a los Ballets Rusos y se encontraba totalmente eufórica. En un arranque de sinceridad provocado por el *champagne*, le confesó que Anna Pávlova era probablemente la mejor, pero ella en modo alguno iba a conformarse con ser la segunda.

Para Paul, la danza era algo que salía del alma del pueblo ruso, que a la menor ocasión se expresaba bailando, y el cambio que estaba percibiendo en otras artes se mostraba en la danza de un modo aún más visible y radical. Vaslav Nijinsky era un primer bailarín que haría época y parecía saberlo, aunque su forma de ser era muy alegre y extrovertida. Poco después se marcharon Nijinsky y Karl casi sin despedirse, entre risas y susurros. Casi de inmediato, Tamara le pidió que la acompañara a su casa. Fiódor, que se había quedado algo marginado, se disculpó y salió antes que ellos.

La residencia de Tamara se hallaba bastante cerca y fueron caminando y disfrutando de la plácida noche con luna llena que iluminaba los canales de la ciudad. Paul se sentía transportado a un mundo irreal. La encantadora experiencia de aquel paseo nocturno por San Petersburgo acompañado de aquella hermosa mujer, una de las mejores bailarinas del mundo, lo mantenía en un estado de excitación eufórica. Ella lo cogió de la mano con toda naturalidad y él se dejó llevar, pensando que era lo normal entre la gente de teatro, y que aquello no significaba nada. Cuando llegaron a la puerta de la residencia de Tamara, un precioso edificio barroco típico de la ciudad, ella lo besó en la mejilla y él le devolvió el beso en los labios sin que ella lo rechazara. Pero después ella corrió hacia la puerta y él se quedó con una sensación agridulce, sin atreverse a seguirla, sabiendo que siempre se arrepentiría de no haber sido más decidido.

Dos días más tarde le llegó una invitación de Natalia Goncharova para la exposición de pinturas y dibujos que iban a inaugurar en San Petersburgo, en una galería de la Perspectiva Alexander Nevski. Solo le quedaban unos días para partir hacia los Estados Unidos; no podía faltar. Cuando llegó el día, se presentó en la exposición y se encontró con que la Ojrana acababa de clausurarla. Encontró a Natalia y Mijaíl delante del local junto a muchos amigos invitados, muy enfadados y preocupados. Hicieron un intento de manifestarse y protestar por aquella decisión delante del local pero la policía los obligó a dispersarse amenazándoles con detenerles. Más tarde se reunió con ellos en el vestíbulo del hotel donde se hospedaban, junto a Fiódor Yegórovich, Karl y otros amigos.

—¡Es evidente que al zar le gustan más los clásicos! —Mijaíl Lariónov estaba muy molesto y excitado por lo ocurrido—. ¡Todos estos movimientos que representan el progreso le molestan profundamente! ¡Sabe bien que los artistas que los crean y que los que visitan las galerías son enemigos de la autocracia, de la tiranía y de su policía! ¡Pues ya les advierto que van a tener que acostumbrarse!

Eso Paul lo veía muy claro. El futuro no estaba llegando para irse sino para instalarse. Mijaíl Lariónov le dio su punto de vista:

—El zar y los suyos están cada día más nerviosos. Saben que la próxima vez no será otro domingo sangriento, no se encontraran con un cura fanático y un montón de mujeres y niños sino con algo muy diferente que tal vez se los lleve por delante. ¡Si tiene que suceder algo así en el mundo, ocurrirá en

Rusia! ¡Están convencidos de que los campesinos no serán capaces de levantarse contra el sistema, pero están muy equivocados!

Cuando le preguntó si creía que era algo inminente, el rostro de Lariónov se iluminó.

—Mira, Paul. Los procesos históricos tienen la ventaja o el inconveniente de que no pueden detenerse. No hay nada ni nadie capaz de pararlos una vez que se ponen en marcha, y en Rusia eso ya ha comenzado. Puede que aún tarde un año, cinco, o diez… pero eso en la historia no es nada. ¡También nosotros tenemos que prepararnos! Ese rayonismo que has podido ver en algunas de mis pinturas intenta expresar la percepción de los rayos que emanan de todos los objetos. ¿Has oído hablar de la radioactividad descubierta por madame Curie? ¿De los trabajos de Becquerel? Todos los cuerpos emanan radiaciones, incluso nosotros mismos. Eso era algo desconocido hasta hace muy poco. De algunas personas en particular se podría decir que irradian una luz que hace que todos miremos hacia ellas. Ahí tienes por ejemplo a Vladimir Ilich Ulianov, Lenin. Los descubrimientos científicos también influyen en los movimientos políticos. Y eso es imparable, por mucho que se empeñen en lo contrario el zar y los suyos. Lo veremos pronto.

Aquellas proféticas palabras de Mijaíl Lariónov ya nunca podría olvidarlas. Cuando llegó la víspera de su partida en tren hacia Riga, se despidió de Karl y de Fiódor, prometiéndoles que volvería cuanto antes y agradeciéndoles lo que habían hecho por él, aunque alguno creyera que ya jamás volverían a verlo, que se trataba de una emotiva despedida.

El viaje de vuelta desde Riga hasta el puerto de Southampton y desde ahí a Nueva York se le hizo interminable. Finalmente, una madrugada la campana del barco repicó para advertir a todos que estaban pasando por delante de la estatua de la Libertad, entrando en el puerto de Nueva York. Veía las luces de la ciudad y no podía dejar de pensar en cuánto tiempo tardaría en volver.

VI
1911

Al día siguiente, en cuanto entró en la redacción, el director del periódico lo hizo llamar para felicitarlo por su trabajo. Paul había realizado unos reportajes de primer nivel.

—Acabamos de recibir un cable de San Petersburgo, el pasado 7 de noviembre falleció Lev Tolstoi. Sé que lo sentirá ya que usted fue uno de sus últimos visitantes. Por cierto, un extraordinario reportaje, como casi todos los que nos ha hecho llegar desde Rusia. Le felicito en mi propio nombre y en el del consejo de redacción.

Paul se llevó una dolorosa sorpresa ante la noticia de la muerte de Tolstoi, y recordó lo que aquel hombre le había dicho. Sintió una punzada de dolor dentro de él mientras pensaba que el mundo acababa de perder a alguien insustituible. Después, el director le dijo que le acompañara a su despacho, donde hablaron de su futuro. Por sus palabras tuvo la impresión de que aquel hombre le había reservado algún puesto de importancia, pero no quiso adelantarse a los acontecimientos. Él, por su parte, le explicó que en Rusia estaban sucediendo cosas de gran interés, que había dejado el trabajo a medias y que quería proponerle volver para culminarlo.

Al principio, el director no quiso oír hablar de ello. Le dijo que debía descansar y tranquilizarse, y que más adelante escucharía sus propuestas. Paul intentó seguir aquellos consejos pero le resultaba imposible concentrarse, veía su trabajo en Nueva York como anodino y falto de interés. Dos semanas más tarde, el director volvió a llamarlo a su despacho.

—¿Está usted seguro de querer regresar? Hemos hablado de ello en el consejo y la mayoría cree que no es ninguna tontería. Sus reportajes han sido un verdadero éxito, y en efecto creemos que allí hay mucho que hacer. Mire, estamos a principios de noviembre. ¿Le parecería bien si dejamos pasar el invierno, y en primavera vuelve allí? No podemos prescindir de usted en la redacción mientras no encontremos a alguien de su nivel. ¡Aquí también hay mucho que hacer! Por todo ello, quiero comunicarle que en el consejo le hemos nombrado redactor jefe de extranjero. ¿De acuerdo?

Aceptó con una sensación agridulce ya que tampoco quería cometer una tontería y abandonar un puesto como aquel en el más prestigioso periódico

del país. Aquel nombramiento significaba que le triplicarían el sueldo, lo que quería decir que todos estaban muy contentos con su trabajo. Además, quería dejar arregladas una serie de cosas y, por supuesto, ya no pensaba comprar ningún coche, ni gastar demasiado dinero en arreglar un apartamento alquilado. Nada de eso le interesaba ya. Quería centrarse en comenzar a preparar un libro sobre Rusia, para lo cual necesitaría estudiar sus costumbres, su historia, su geografía, analizar lo que estaba sucediendo. La idea le entusiasmaba y todo lo demás era superfluo. Aquellos meses de pausa para poder contemplar desde lejos, fríamente, lo vivido, le servirían para poner en orden sus ideas.

Reanudó su rutina en el periódico, aunque pudo notar que sus compañeros lo trataban con mucho respeto. Intentó ilusionarse con su trabajo y organizó una sección dedicada al arte moderno, contratando especialistas de la Universidad de Nueva York; incluso organizó una serie de conferencias con marchantes de Manhattan que llevaban años dedicados a buscar nuevas figuras. Pronto su columna adquirió un gran prestigio y el consejo de administración comprendió la importancia que podría llegar a tener para el diario. Paul no tenía horas y en ocasiones se quedaba solo en la redacción trabajando un artículo o supervisando los de sus colaboradores. Cuando terminaba, volvía a su nuevo apartamento de dos habitaciones en Lexington con la calle 65 Este, en un edificio recién inaugurado que le había encontrado el director al saber que estaba buscando uno cercano a la redacción. Allí seguía trabajando cuando podía en el borrador de su libro sobre la vanguardia rusa.

A mediados de diciembre recibió una inesperada llamada telefónica. Reconoció de inmediato la inconfundible voz de Natasha Teliéguina. Le dijo que se encontraba en Nueva York y que le gustaría verlo. Se hospedaba en el Hotel Plaza. ¿Podría cenar con ella? Con fuertes palpitaciones en el corazón, cogió de inmediato su abrigo y su sombrero. El aire frío le cortaba la piel de la cara así que se dirigió al Plaza en un taxi que lo dejó bajo la marquesina de la entrada principal.

Preguntó por Natasha en recepción y el director salió a saludarlo. Un conserje le acompañó a uno de los apartamentos de la planta dieciséis. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, vio a Natasha que lo aguardaba sonriente.

—¡Paul! ¡Qué alegría volver a verle! Como me dijo usted que volvería a Nueva York para mediados de noviembre, decidí llamarle. Pase, por favor, si le parece bien podemos cenar aquí, en mi apartamento. Este hotel tiene una cocina exquisita, y con el frío que está haciendo, casi tanto como en Moscú, creo que aquí estaremos mejor que en ninguna parte. ¿Le parece bien?

Paul asintió sonriendo y ella le aseguró que en el Plaza se encontraba muy cómoda. Natasha preparó un par de Martini y le invitó a sentarse en una esquina, frente a la gran cristalera desde la que se dominaba Central Park. Le contó que después de su divorcio, Amalia y ella querían abandonar Berlín, y que pensaban invertir gran parte de su fortuna en los Estados Unidos. Querían encontrar un edificio para centralizar sus empresas además de un par de apartamentos en Manhattan.

También le dijo, cambiando el tono de voz, que Amalia acababa de romper su compromiso definitivamente. Le explicó que su hermana era una persona muy independiente, cada día más vinculada al arte moderno. Ya estaba iniciando su colección particular de pintura, por lo que viajaba con frecuencia.

Paul la interrumpió.

—Mi percepción particular sobre Amalia es que está muy interesada en la política. Al menos esa fue la impresión que saqué después de estar un día completo con ella. Me presentó a Natalia Goncharova y a Mijaíl Lariónov, y a otros muchos artistas de esa nueva vanguardia, y noté que todos ellos la trataban como a una vieja amiga.

Paul deseaba saber más acerca del paradero y de las circunstancias en las que se encontraba Amalia, pero tampoco quería mostrar demasiado interés a su hermana.

—¡Hay más que todo eso! Amalia me habló de usted con admiración. ¡Quiero que sepa que la impresionó, y eso no es nada fácil, se lo aseguro!

Paul se quedó pensativo.

—Sí. Su hermana es una persona muy especial, bueno… usted también. Pero no le estoy diciendo nada nuevo, pues ambas lo saben y son conscientes de su situación. Me va a permitir que le diga que me considero muy afortunado por conocerlas. Ustedes son mujeres modernas, agraciadas por la vida, que pueden permitirse tener todos los caprichos que se les antojen, pero creo que, al tiempo, su importante fortuna las tiene atadas a una rueda. Usted no es libre de hacer lo que quiera, y por eso mismo se ha convertido en alguien experta en saber cómo y dónde tiene que invertir su dinero. La verdad

es que siento una gran admiración por ustedes y a la vez tengo la sensación de que a ambas les gustaría ser más libres.

Natasha permaneció unos instantes en silencio mientras parecía observar la ciudad.

—Usted sabe que somos judías, aunque no practicantes. ¿Verdad, Paul?

Este afirmó con la cabeza.

—Sí. Me lo dijo mi amigo Fiódor Yegórovich, el periodista que me acompañaba a todas partes. Un buen amigo que me hizo fácil la vida en Rusia. Me contó que ustedes eran hijas de Salomón Abramovitz. Pero eso a mí me da lo mismo. Usted sabe muy bien que aquí en Nueva York viven muchísimos judíos. Son muy buenos en la prensa, el teatro, la literatura, las finanzas, los negocios, el derecho, la medicina, y en casi todo lo que tocan. Son gente especial, aunque usted debe de saber bien cuál es el precio del éxito. Hay envidias, zancadillas, y en algunos lugares les hacen el boicot. Incluso existen clubs que se dicen muy selectos donde los judíos no son admitidos como socios. ¡Eso no es más que falta de cultura! La envidia es mala consejera. En este país, en algunos Estados los intentan marginar, y hay gente que les teme por su inteligencia. Pero no le estoy diciendo nada que usted no sepa. He oído hablar de los pogromos en Rusia, y de hecho muchos de los judíos de esta ciudad son de origen ruso.

—Sí. Por desgracia eso aún ocurre en muchos sitios. Ahora en Europa se escuchan muchas estupideces, también en Rusia. Mire Paul, hemos vivido casi toda nuestra vida en Berlín, pero allí los judíos no son bien vistos. En Alemania existe una mezcla de odio, temor y envidia. En 1876, cuando yo tenía dos años, Aarón Schmuel Liberman, fundó la Asociación de los Obreros Hebreos en Londres. Mi padre colaboró en esa asociación, siempre estuvo implicado en ello. Después se formó la Asociación General de los Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia. El Bund. No sé si conoce las tesis de Lenin sobre ello, pero en 1903 escribió un artículo, *La posición del Bund en el partido*. Lenin sostenía en él que el nacionalismo de los judíos era reaccionario y que no podían ser una nacionalidad, lo que achacaba a una idea sionista, ya que la nacionalidad se fundamenta en dos conceptos muy definidos. Lengua y territorio, según Karl Kautsky**[50]**. ¿Cómo iban a ser los judíos una nacionalidad si no tenían un territorio propio? ¿Qué tenían que ver los judíos rusos, incluyendo los de Polonia, con los judíos franceses o alemanes? Lenin lo dijo muy cínicamente. ¿Sería el yiddish**[51]** el lenguaje elegido y la zona de residencia su territorio? Como puede comprender, Lenin

no nos apoya en esto. Los judíos no buscan la asimilación, lo cual no impide que los asimilados sean vistos al final como judíos.

Natasha se quedó observando su reacción, como si dudara antes de proseguir.

—Paul. Usted es periodista, y por tanto su vocación es contar lo que sabe. Pero le ruego que mantenga todo esto entre nosotros. Le aclaro que incluso aquí desconocen nuestra ascendencia judía, pero usted me inspira confianza y por ese motivo le he llamado. Tal vez porque para mí también es usted ruso. Quiero que sepa que pretendo contar con usted en el futuro.

—Gracias, Natasha, por su confianza —Paul deseaba dejar clara su posición—. Todavía no le he dicho que este próximo año tengo la intención de regresar allí para continuar mi trabajo como corresponsal, tanto en Rusia como en los países de Centroeuropa, aunque mi cargo será el de corresponsal en Rusia.

—Esa es una buena noticia, aunque hubiera preferido que siguiera en Nueva York —Natasha le sonrió—. Tener a alguien como usted en San Petersburgo y Moscú, precisamente en los momentos que se aproximan, ayudará sin duda a una mejor comprensión del tema. Los judíos somos diferentes y lo que para otro vale, en nuestro caso es erróneo, como el concepto de nacionalidad. Usted puede entenderlo. No quieren entender que seguimos aguardando «el año que viene en Jerusalén». Y eso en Rusia es importante, no solo porque hay una importantísima población judía, sino porque precisamente en Rusia conviven muchas nacionalidades: rusos, tártaros, fineses, caucasianos, polacos, moldavos, armenios, lituanos, alemanes, ucranianos, cosacos, y por supuesto judíos. Lo que ocurre es que desde la publicación de *El Estado Judío* de Theodor Herzl, nos perciben de otra manera. Nosotros mantenemos que el Bund es compatible con el sionismo, a pesar de que pueda parecer lo contrario. Usted conoce los pogromos que se llevan a cabo en Rusia contra los judíos, lo que les está forzando en muchos casos a escapar, a emigrar, y la mayoría vienen aquí, a Nueva York, que algunos llaman ya Nueva Jerusalén. Más de un millón han emigrado de Rusia a los Estados Unidos, y la Ojrana no es ajena a ello. ¿Qué podemos pensar del comportamiento del zar en todo este asunto? Ahí tiene a las Centenas Negras[52] apoyadas por el zar. Son los provocadores de los ultraconservadores, de los grandes propietarios, miembros del clero, funcionarios y por desgracia algunos intelectuales. Mire, Paul, la importancia política de los Estados Unidos en el mundo está creciendo mucho y personas como usted podrán colaborar en el cambio que Rusia necesita.

Paul se despidió de Natasha Teliéguina con la certeza de que acababa de consolidarse el inicio de una verdadera amistad entre ellos. Salió de allí sintiendo crecer su admiración por ella, alguien que se adelantaba a su tiempo y que discutía de política o de economía sin complejo alguno. Una mujer que empleaba parte de su fortuna en causas en las que creía y que era capaz de luchar contra las dificultades, por arduas que parecieran. Pensó que lo que le había dicho era un fuerte acicate para su vuelta a Rusia.

En el taxi en el que volvía a su casa, pensó que no podría emplear la conversación mantenida con Natasha en ningún artículo, para evitar malas interpretaciones. Ella le había pedido que no divulgase su ascendencia judía, pues aún existían fuertes prejuicios en contra de los judíos en los Estados Unidos.

Durante el resto de su estancia en Nueva York no volvió a verla, aunque supo por la prensa que viajaba con frecuencia a otros Estados: Texas, California, Washington, incluso Canadá. Se comentaba que el grupo financiero que presidía iba a realizar una serie de inversiones importantes por todo el país. Unos meses más tarde se enteró de que había vuelto a Europa. Nada se decía sobre su persona, ni sobre su vinculación al sionismo.

Recibió una carta a mediados de mayo. El remite llevaba las iniciales N. T. A., Natasha Teliéguina Abramovitz.

Berlín, 17 de mayo de 1911

Mr. Paul E. Alexander

Querido Paul. Permíteme que te tutee. He hablado con mi hermana acerca de ti. Te seré franca. Necesitamos a alguien de confianza en Nueva York y en los Estados Unidos, y queremos saber si podríamos contar contigo para el cargo de consejero delegado en las inversiones que estamos llevando a cabo allí. Por supuesto, con una remuneración acorde a las responsabilidades.

Tu misión consistiría en controlar las distintas empresas para que todo funcione del modo más adecuado. Creemos que eres la persona más adecuada y nos encantaría poder contar contigo.

Cordialmente tuya.

Natasha Teliéguina

No se esperaba una oferta semejante. Era una gran muestra de confianza, pero no podía aceptarla ya que no deseaba tener ataduras. Por encima de todo quería volver a Rusia a seguir con lo que había dejado a medias. Lo había meditado profundamente: quería volver a los orígenes. Por el momento no le preocupaba el dinero, aunque no podía negar que se trataba de una importante oferta que podría cambiar su vida. Estaría cerca de ellas, lo que le parecía la parte más positiva de su oferta, y eso le daría muchas oportunidades de todo tipo, pues siempre había querido ascender hasta donde pudiera en la escala social.

Aquellos meses pasados en Rusia lo habían convertido en otra persona y no quería abandonar la interesante vida que había llevado allí. Sentía verdadero afecto por Karl von Lissberg y sobre todo por Fiódor Yegórovich, que tanto y tan generosamente le estaban ayudando. Por otra parte, estaba muy interesado en comprobar personalmente si su teoría de que las señales de un gran cambio social, político, artístico e intelectual iban a acentuarse, y crear algo muy importante para ayudar a transformar el mundo, como mantenía Fiódor Yegórovich. Cuando eso sucediera, quería ser un testigo privilegiado de todo ello, situarse en primera línea, conseguir que los protagonistas lo consideraran alguien cercano en quien confiar, y poder vivirlo en primera persona. Estaba incluso dispuesto a renunciar al *New York Herald* si fuese preciso, aunque las cosas le estaban saliendo bordadas. Sus reportajes sobre Rusia habían causado impacto y le consideraban ya un especialista en la cultura de aquel país.

No podía aceptar. Pero quería hacerlo con la suficiente delicadeza para que ni Natasha ni Amalia se molestasen con él. Dejar la puerta abierta. Unos días más tarde, con el fin de dejar reposar las ideas pero sin querer demorar excesivamente la respuesta, contestó a Natasha.

Nueva York, a 5 de julio de 1911

Madame Natasha Teliéguina

Querida Natasha. Recibí tu amable carta de 17 de mayo pasado. Quiero agradecer tu confianza y tu prueba de amistad para conmigo.

Sintiéndolo mucho, no puedo aceptar tu amable y generosa oferta por varios motivos. No me considero preparado para controlar inversiones de ese nivel. No soy un financiero y me temo que no lo seré nunca. Te ruego que no me malinterpretes, pero no me interesa el dinero, aunque respeto y admiro a la gente capaz de ganarlo y dirigir enormes empresas. Gracias en cualquier caso.

Como te expliqué, mi intención es viajar a mediados del mes que viene a San Petersburgo y establecerme allí como corresponsal fijo del New York Herald *para Rusia y Centroeuropa, colaborando con mis amigos Fiódor Yegórovich y el fotógrafo Karl von Lissberg*.

Sin embargo, quiero expresarte mi más profundo deseo de continuar con esta amistad que hemos iniciado, con una relación de confianza y aprecio con ambas. Nada me complacería más que poder veros con frecuencia.

Recibe mi más sincera consideración, que te ruego transmitas a Amalia.

Vuestro.

Paul E. Alexander

Después de enviar la carta, Paul meditó si no habría estado algo frío y no tendría que haber dejado la puerta de su futuro algo más abierta. A pesar de todo, solo había estado dos veces con Natasha Teliéguina y otras dos con su hermana Amalia, lo suficiente para dejarle una profunda huella.

Unas semanas más tarde embarcó en el *Lusitania*, el mejor navío de la Cunard. Aquella vez el *New York Herald* lo obsequió con un billete de primera clase, todo un detalle del director, que quería demostrarle su consideración personal. El buque hizo la travesía en algo más de diez días, aunque uno de los oficiales le aseguró que podían hacerla en nueve días y medio, dependiendo del estado de la mar. Europa ya no estaba tan lejos, el mundo se iba haciendo cada vez más pequeño. Aquel viaje le hizo ver que los ricos se permitían lujos inimaginables para los emigrantes, gentes que solían viajar en tercera clase en el viaje de vuelta mientras intentaban alcanzar su sueño. Desembarcó con un tiempo excelente en Southampton y la misma tarde tomó un tren para Londres, donde permaneció tres semanas. Aprovechó para encargarse dos trajes y un esmoquin, además de comprar dos sombreros de fieltro, uno de ellos para Fiódor, que tenía su mismo número.

El 20 de agosto embarcó en Londres para Copenhague. Había quedado con Fiódor allí para asistir al Octavo Congreso de la Segunda Internacional, y desde allí volverían juntos a San Petersburgo. Tres días más tarde desembarcaba en la ciudad nórdica. Cogió una habitación en el pequeño hotel del centro que le había recomendado Fiódor, pues también se hospedaba allí. De inmediato se dirigió a la sala de conciertos donde se celebraría el congreso. La fachada estaba cubierta de banderas rojas, y una banderola con grandes letras que cubría parte de la fachada dejaba claro el motivo: «Proletarios[53] de todos los países, uníos».

Vio a Fiódor en la puerta, aguardándole tal y como habían quedado. Cuando se acercó, Fiódor le sonrió y ambos se abrazaron como dos amigos que habían estado alejados un largo tiempo.

—Fiódor. Te he traído algo que te va a gustar. Toma y que la disfrutes muchos años.

Fiódor abrió el paquete, emocionado. Apareció la funda rígida forrada de hule con el nombre grabado Underwood. El último modelo de máquina de escribir portátil. Una maravilla de la tecnología americana. Sin poder contenerse, Fiódor se puso a sollozar. Sacó su pañuelo doblado del bolsillo para enjugarse las lágrimas. Era un regalo inesperado y para él valiosísimo. Siempre había envidiado la que él había traído. Se levantó y lo abrazó con fuerza, incapaz de hablar para agradecérselo.

Paul pensó que los rusos eran gente muy sentimental, pues su amigo estaba realmente emocionado. Fueron a comer a un restaurante cercano. Sopa de pescado, arenques ahumados, un exquisito pastel de chocolate. Ambos comieron con apetito mientras se contaban las novedades.

—Estoy intentando conseguir una entrevista con Lenin. ¿Qué te parece? Bueno, su secretaria no me ha dado muchas esperanzas a pesar de que le he explicado que es para el *New York Herald*. ¡Ese nombre abre todas las puertas, pero a ella no ha parecido impresionarla mucho! No me ha contestado todavía… Sería una oportunidad única. Por cierto, ¿no es esa joven Amalia Teliéguina?

Paul levantó la cabeza, sorprendido. En efecto se trataba de ella. Amalia entraba en aquellos momentos en el restaurante acompañada por un hombre y una mujer de mediana edad vestida con gran discreción.

Se incorporó sin poder evitarlo. Sus más íntimos deseos se estaban haciendo realidad. Se dirigió hacia ella mientras notaba cómo el corazón le palpitaba con fuerza.

—¡Amalia! ¿Qué haces en Copenhague? ¡Qué enorme sorpresa!

Notó que ella palidecía al verlo mientras le contestaba con un hilo de voz.

—¡Paul! ¡Qué alegría encontrarte aquí! ¡Creí que seguías en Nueva York! ¡Sé qué estuviste con Natasha! ¡La sorpresa es mía!

—Sí. Ya le expliqué a tu hermana que quería volver a Rusia. En realidad acabo de llegar de Nueva York, vía Londres, pero mi amigo Fiódor Yegórovich, al que tengo el placer de presentarte, me convenció para asistir al Congreso de la Segunda Internacional. ¡Qué casualidad!

—¡Y que lo digas! Te presento a mi amigo Andreas Wildeberg, que se ha prestado a acompañarme… aunque lo que de verdad le interesa es el arte.

Andreas, este es Paul Alexander, del que ya te he hablado. Corresponsal del *New York Herald* en Rusia.

—Encantado de conocerle —Paul no era capaz de apartar los ojos de Amalia Teliéguina—. A partir de ahora debo encargarme también de Alemania, Austria y Escandinavia. Toda Europa Central. Tengo la posibilidad de moverme por los países, hoy me encuentro aquí con la convicción de que este congreso va a ser una declaración de intenciones más que otra cosa. Se pretende hablar en contra de cualquier guerra, de la pena de muerte, del desarme, de los derechos de las mujeres. Un programa excesivamente amplio.

—Sí. También nosotros queremos asistir a una parte del congreso. De hecho, Andreas tiene una ponencia mañana a las once y debe prepararla.

—¿Amalia, aceptarías una invitación para cenar esta noche?

No le importaría si tenía que ir con su amigo. Necesitaba hablar con ella.

—¡De acuerdo! —Amalia sonrió—. A las siete en el Gran Hotel. Allí te esperaré.

Paul se despidió de ambos pensando en su buena estrella. Mientras, vio que Fiódor hablaba con la mujer de mediana edad y se sentó en la barra convencido de que el mundo era un pañuelo. La mujer se dirigió a la mesa donde se hallaba Amalia con Wildeberg y cambió impresiones con ellos. Después se dirigió a un teléfono que se hallaba en la pared, marcó un número y habló con alguien unos minutos. Luego volvió junto a Fiódor y hablaron unos instantes, le estrechó la mano y la mujer se marchó. Fiódor volvió a la mesa con rostro risueño.

—¡Caramba! ¡Es como si no hubiera otro restaurante en la ciudad! ¡Esa mujer es la mismísima secretaria de Lenin! No sé qué extraña relación tiene con Amalia Teliéguina o con ese Andreas Wildeberg. ¡Pero hemos conseguido la entrevista! ¡Acaba de confirmármelo! ¡Dentro de un rato, a las cuatro en su hotel! Nos concede una hora. ¡Qué te parece!

—¡Siempre he creído que eras un genio! —cada vez estaba más convencido de que aquel hombre tenía algo especial—. ¡No sé cómo te las arreglas! ¡Nada menos que con Lenin!

Mientras tomaban un café prepararon la entrevista. Le había cogido de sorpresa, pues había oído que Lenin se solía negar a concederlas. Al otro lado del comedor, Amalia almorzaba con su amigo y con la secretaria de Lenin. Notó que de tanto en tanto Amalia le lanzaba miradas que se cruzaban con las suyas. ¡Aún no podía creerlo!

A la hora prevista, se acercaron al hotel en el que se hallaba hospedado Lenin junto a su esposa. El Hotel Central era un pequeño establecimiento cercano al ayuntamiento. No tenía cafetería, solo un saloncito, aunque el recepcionista les preguntó si deseaban tomar un té. Aceptaron la invitación mientras aguardaban. Unos minutos más tarde entró Lenin. Un hombre de mediana edad, calvo, con grandes cejas y ojos penetrantes, vistiendo una chaqueta gastada y unos pantalones arrugados. Su aspecto no parecía importarle lo más mínimo. Se acercó a ellos y se presentó mientras les estrechaba la mano. No había nadie más en el salón. Un samovar en una esquina servía agua hirviendo para el té. Se acercó a él y se sirvió una taza, luego añadió unas hojas y lo dejó reposar un par de minutos. Con la taza en la mano se dirigió a ellos.

—Aquí estaremos bien. ¿No les parece? —tomaron asiento junto a la ventana protegida por unos visillos que daba a la calle—. Me gusta esta ciudad. Es igual de tranquila, limpia y ordenada que Berna o que Zúrich. Bien. Hace tiempo que quería hablar para los americanos. Ahora bien —se dirigió a Paul—, le agradecería que no se interpretasen mis palabras. Que no se manipulen, así que le ruego que solo escriba lo que yo diga. Perdone que le haga esta advertencia, pero es que en estos tiempos tengo que medir todo lo que hago, lo que digo y casi lo que pienso. ¿Pueden comprenderlo?

—¡Por supuesto, Vladimir Ilich! Le presento a Paul Alexander, corresponsal del *New York Herald*, aunque si prefiere puede llamarlo Pablo Alexeivich ya que es hijo de rusos, solo que nació en América. No se preocupe, no tergiversaremos lo que diga. No tenemos ningún interés en hacerlo. Solo nos limitaremos a repetirlo. ¿De acuerdo? ¿Quieres comenzar, Paul?

—Sí. Gracias, Fiódor. Veamos, Vladimir Ilich. ¿O prefiere que lo llame Lenin, como le conoce todo el mundo? Háblenos de usted y de cómo ha llegado a ser lo que hoy es.

Lenin asintió.

—De acuerdo. El alias Lenin significa «el que viene del Lena», me lo pusieron unos compañeros en mi juventud, igual que a Georgi Plejánov[54], a quien conocen como Volgín por el Volga. Les haré un resumen. Tengo cuarenta años y nací en Simbirsk. Creo que todo comenzó cuando un día mi hermano Aleksandr fue ejecutado por anarquista. Entonces yo tenía diecisiete años y fui incapaz de soportar que lo ahorcaran, el terrible dolor de nuestra madre y la amargura de mi padre. No era más que un joven idealista que quería cambiar el mundo y algo tan terrible me marcó. Decidí seguir su

ejemplo, dedicarme a intentar cambiar el orden preestablecido. Cogí sus libros, leí todo lo que tenía en su habitación. Sobre todo a Marx, y pronto me di cuenta de que aquel hombre había dejado el camino señalado, solo tenía que seguirlo. Después, en la universidad de Kazán duré poco tiempo ya que me deportaron a Kokúshkino por no aceptar las normas. Los informes policiales mantenían alejados de la universidad a los que no aceptaban el orden que ellos imponían. Allí solo querían a gente sumisa. Me ficharon y me advirtieron de que la próxima vez me deportarían a Siberia, y que ya no habría más, salvo un disparo en una calle oscura si no quería morir ahorcado como mi hermano.

»Aproveché aquel tiempo para estudiar los textos de Marx. Me hice marxista. Finalmente conseguí licenciarme en Derecho en la universidad de San Petersburgo y comencé a moverme en los círculos marxistas. En 1894 me instalé en Moscú. Allí escribí mis primeros textos serios, intenté divulgarlos pero solo conseguí que me desterraran a Siberia con veintitrés años. Ellos habían cumplido su amenaza. Permanecí en Siberia tres años, donde me casé con Nadezhda Krúpskaya, que sigue siendo mi esposa. Enseguida escribí *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Era como si Marx me estuviera dictando. La Ojrana volvió a acosarme, querían que me convirtiera en un provocador. Era y sigue siendo su forma de actuar.

»En 1903 fundamos entre unos cuantos el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, en Minsk. Comprendí que si el capitalismo había creado la clase obrera, nosotros podríamos transformar esa clase obrera en la más poderosa fuerza revolucionaria que el mundo hubiese conocido. También comenzamos a fundar sindicatos clandestinos y a preparar huelgas. La policía zarista nos acosaba, aunque debo reconocer que en aquellos días nuestra organización dejaba mucho que desear. A pesar de ello, era como un vendaval de libertades que los obreros aguardaban. De inmediato colaboré en la fundación de Iskra, la chispa. Intentamos organizar el congreso del POSDR en Bruselas, pero la presión de la policía nos obligó a trasladarlo a Londres. Fue allí donde se escindió el partido en mencheviques, es decir miembros de la minoría, y bolcheviques, miembros de la mayoría. También se escindió el Bund, la asociación judía del partido, pues no se estaban haciendo las cosas como ellos esperaban. Les puedo asegurar que lo sentí pues entendíamos que podrían haber hecho una importante aportación intelectual al partido.

»En 1905, viajé desde Suiza a San Petersburgo para intentar avivar la revolución que estaba en las calles. Tuve que refugiarme en Finlandia y volver después a Rusia. Aquel momento, el domingo sangriento y todos los

desórdenes que siguieron, fueron transcendentales ya que las masas pudieron darse cuenta de quién era en realidad el zar. A continuación hubo una sangrienta represión en todo el país. Ni los campesinos, por una razón de mera supervivencia y dignidad, ni los obreros por razones de explotación y economía, ni los intelectuales, que entienden que este régimen no da ningún derecho a las personas, ni las fuerzas armadas, descontentas y sometidos los soldados a abusos constantes, ni las minorías culturales que aspiran a una mayor libertad política, nadie está contento en Rusia, con la excepción de los nobles y los terratenientes, los *kulaks* que oprimen al resto de los campesinos y los altos funcionarios que medran en un continuo abuso. Luego llegó la humillante derrota ante los japoneses en Tsushima y, casi de inmediato, el motín del *Potemkin*.

»En octubre de 1905, el zar firmó el Manifiesto de Octubre, redactado por Witte**[55]** y Obolenski. El manifiesto recogía supuestamente la concesión de derechos civiles, la legalización de los partidos políticos, el sufragio universal y la creación de la asamblea. La Duma. Aquello frenó las huelgas y las manifestaciones por unas semanas, pero después llegó la cruda realidad. En Moscú, la huelga general que forzamos los bolcheviques terminó en una violentísima represión en la que murieron miles de obreros. En 1906 se eligió la primera duma, que de inmediato boicoteamos los partidos de izquierdas pues no era más que una patraña reaccionaria. Una cámara que no tenía capacidad de legislar y en la que el zar salía reforzado. Recuerden que posteriormente Serguéi Witte tuvo que dimitir. El zar disolvió la primera duma alegando que solo era una plataforma para agitadores. Después vino la segunda duma en 1907, y Piotr Stolypin modificó la ley electoral. Los nobles y los grandes terratenientes tenían un voto de calidad. ¡Sentí una tremenda rabia y vergüenza! ¡Qué clase de democracia era aquella! La duma se transformó en una asamblea reaccionaria. Fue disuelta a los pocos meses, y ya en la tercera duma, la nueva ley electoral aumentaba el peso específico de los terratenientes y de la burguesía.

»Les diré que todo ello ha facilitado de manera decisiva nuestra tarea. Cuando los octubristas y los cadetes atacaron a los clericales y al gobierno, muchas cosas se pusieron en evidencia. Aún sigue ahí Stolypin**[56]**, veremos por cuánto tiempo, pues los cimientos de este poder ya se han movido y en cualquier momento se derrumbará estrepitosamente el edificio. Mientras, la policía zarista mantiene que los socialistas y muy especialmente nosotros, los bolcheviques, estamos en descomposición. Ahí está mi último libro *Materialismo y empiriocriticismo*. Pronto fundaremos un diario que dirá la

verdad, y contra la verdad no se puede luchar. Ni siquiera el zar, con toda su corte, los nobles, los grandes propietarios, los burgueses, podrán enfrentarse a la verdad proletaria».

Vladimir Ilich cogió su taza de té ya frío. Bebió un largo sorbo. Fiódor lo observaba sin poder apartar los ojos de él.

—¿Y qué opina de la influencia de los nuevos movimientos culturales y artísticos en el cambio político?

Paul quería comprobar si alguien como Lenin coincidía con él. Notó que Lenin lo observaba con interés antes de responder.

—Mire, Alexander. La censura ya no es capaz de detener las miles de publicaciones que se editan. Los poetas, no tengo la menor duda sobre ello, son siempre los mejores heraldos de la revolución. Un poeta es un revolucionario que pretende dar otro sentido a las mismas palabras. La revolución siempre ha ido de la mano de los poetas, desde el mismo Homero, que fue el primero. Y cuanto más pretenden enmudecerlos, más alto se les escucha. La literatura es el símbolo de la nueva era, estemos o no de acuerdo con algunos de ellos, y los escritores crean las fisuras que terminan por derribar los gruesos muros que pretenden mantener los sistemas. Igual ocurre con las artes de todo tipo. Es muy simple. El proceso de la dialéctica histórica[57] juega a favor de la libertad y en contra de los tiranos. En definitiva, al final será el conjunto de los proletarios quien ponga las cosas en su lugar, ya que todo ello, el arte, la cultura, la difusión de las ideas, colabora en la toma de conciencia por parte del proletariado. La gota de agua que termina por perforar la más dura roca.

—Vladimir Ilich, existe la sensación generalizada, incluso en los Estados Unidos, de que nos encontramos ante un cambio de época. Se está desmoronando el muro que nos impedía ver más allá. ¿Qué opina?

—Ya les he comentado que 1905 preparó el terreno. Fue como un rebatir de campanas en toda Rusia, y todos pudieron oír el tañido de la libertad. Aquel momento fue como si de pronto despertaran los millones de obreros y campesinos, su bautizo para transformarlos en proletarios; esto es, en hombres dispuestos a luchar por sus ideas a costa de lo que fuera. Hasta aquel mismo momento, solo eran sumisos *mujiks*, incapaces de plantar cara, salvo honrosas excepciones. Yo pensé entonces que Lev Nikoláyevich Tolstoi pensaba en ello cuando escribió sus libros. Si usted se acerca como espectador a una ceremonia de las que de tanto en tanto se celebran en San Petersburgo, el cumpleaños del zar o cualquier otra celebración, podrá asistir a unos festejos anacrónicos que en nada se corresponden con la realidad, rituales

absurdos y desfasados. La iglesia ortodoxa le ha hecho el juego al poder. Siempre ha sido así y siempre lo será. El zar no es un dirigente del siglo XX sino del XVIII, al igual que toda la nobleza y gran parte de la burguesía. Solo pretenden mantener sus privilegios económicos y de poder al precio que sea. Lo pagarán caro. Tendremos que deshacernos de ellos, aunque le vaticino que caerán solos. Son como una falsa tramoya, están sujetos a apoyos inestables y en la lucha de clases que se avecina todo va a cambiar. La prensa es vital para este proceso. Por eso me alegro de poder exponerle hoy, aquí en Copenhague, lo que pienso mientras se celebra el Congreso de la Segunda Internacional. Espero verles en el futuro y comprobar si la realidad será como la prevemos. Ahora tengo que ir al Congreso, pues las cosas no ocurren solas, siempre tenemos la obligación de empujarlas en la dirección correcta.

Lenin se despidió con un apretón de manos. Paul y Fiódor caminaron hacia el centro. Paul pensaba que todas aquellas declaraciones tenían más de voluntariosas que de reales. No veía tan sencillo cambiar un sistema que llevaba siglos imperando. Por otra parte, las grandes diferencias y la oposición que existían entre unos y otros estaban en boca de mucha gente. Bolcheviques contra mencheviques, socialdemócratas contra radicales, anarquistas contra socialistas. Dudaba incluso que todos juntos pudieran llegar a vencer al poder instituido.

Fiódor le dijo que no se preocupara, que él iría a la sesión del Congreso. Paul volvió al hotel para pasar a limpio las notas que acababa de tomar. Vladimir Ilich era un hombre con ideas rotundas pero complejas. Después escribió el artículo, intentando no dejarse nada en el tintero. Una entrevista personal a Lenin valía su peso en oro, aunque habría mucha gente en los Estados Unidos que no lo entendería.

A las siete se dirigió a la cita con Amalia. La encontró sola en el saloncito de la planta baja pues su amigo Wildeberg había ido al Congreso. Prefería hablar a solas con ella. Caminaron hacia el barrio de los pescadores, donde encontraron un lugar agradable, un pequeño restaurante típico al que aún no había llegado la modernidad, y cenaron a la luz de las velas. Solo los agudos gritos de las gaviotas rompían el silencio. Bebieron vino blanco de Riesling acompañando pescado al horno y se contaron las últimas novedades.

Amalia cambió el tono de la conversación y sus facciones se tensaron.

—Paul, creo que te comentó Natasha que nuestro padre era judío, y aunque Salomón Abramovitz se transformó en Mijaíl Teliéguina, no le sirvió

de nada. Si permanecía en Rusia se vería obligado a cumplir una serie de normas y leyes con las que no estaba dispuesto a transigir. Se casó con una mujer que no era judía y se trasladó a Berlín. Allí aumentó su fortuna, además del dinero que ella aportó al matrimonio, pues era hija única de un rico comerciante con importantes propiedades en Moscú y San Petersburgo. Durante muchos años viajó lo indispensable a Rusia. Estamos hablando de hace casi treinta años, cuando Natasha tenía cinco años y yo aún no había nacido. Por entonces, Alejandro II, el zar libertador, ya había abolido el cantonismo y la zona de residencia mitigada que afectaba a sus súbditos judíos, que creyeron que también había llegado a Rusia la emancipación. Los judíos siempre habían sido buenos con los libros, los negocios, las artes, el teatro, la promoción de espectáculos teatrales, hasta como actores y, por supuesto, compositores, dramaturgos, críticos… y algunos creyeron que los judíos iban a copar todo lo que se refería al teatro. Pero resultó que lo mismo sucedía en el derecho. Los bufetes judíos eran los más efectivos, en la prensa igual. Como podrás comprender, eso era insoportable para muchos. Dostoievski, Gogol, incluso Pushkin los atacaron mostrándolos como enemigos del pueblo. ¿Quieres saber cómo empezaron los pogromos? Nuestro padre nos lo contó para que lo tuviéramos siempre presente. Alejandro II fue asesinado en marzo de 1881 cuando Nikolai Rysakov arrojó la bomba debajo del coche del zar. A pesar de la gran explosión, el zar salió tambaleándose pero ileso en apariencia. Unos instantes después, un cómplice arrojó una segunda bomba que cayó a los pies del zar y le destrozó las piernas. Fue trasladado al Palacio de Invierno dejando tras él un reguero de sangre. Al cabo de unas horas falleció desangrado. Las reformas de Alejandro murieron con él. Aquella misma noche comenzaron los pogromos en Rusia. A medida que la noticia iba llegando a los lugares más apartados, se iba deformando. Se decía que el zar había muerto asesinado por una conspiración judía. Los judíos eran los responsables y tenían que pagar por ello. ¡Solo uno de los muchos cómplices era judío! En la atmósfera antisemita de aquellos momentos, aquello fue suficiente para echarles toda la culpa.

»Mi padre se hallaba en Moscú y la situación lo cogió de sorpresa. No lo mataron de milagro, pudo esconderse, consiguió huir y se dirigió en tren a Berlín. Ni él ni ninguno de los judíos que fueron atacados o incluso asesinados durante el pogromo tenía ninguna culpa de lo sucedido. La cuestión fue que la Ojrana lo incluyó en una lista de sospechosos políticos, y desde entonces solo pudo volver a Moscú de incógnito, corriendo graves riesgos, hasta que finalmente falleció durante uno de sus viajes, y mi madre

tuvo que enterrarlo en uno de los cementerios de Moscú con nombre falso. Nos llevó después a la tumba para que supiéramos donde se hallaba enterrado. Siguió llevando los negocios un hermano de mi madre, rindiéndole cuentas a ella, hasta que también falleció y mi hermana Natasha se hizo cargo de todo. Te habrás dado cuenta de que posee una cabeza privilegiada. En cuanto a mí, ya empiezas a conocerme. Te confesaré que, además del arte, mi interés es la política activa. Por ese motivo nos hemos encontrado en Copenhague hoy. Nuestro grupo colabora en la financiación de la Internacional. Eso debes mantenerlo en secreto, y si te lo he dicho es para que comprendas la confianza que nos inspiras. Por cierto, ¿qué tal la entrevista con Lenin? Has tenido mucha suerte. Su secretaria estaba citada con nosotros para comer, precisamente por la financiación del congreso, y me he permitido pedirle que intentara conseguirla. Ha llamado a Vladimir Ilich y él ha aceptado. Eso se llama ser oportuno».

—Sí. Te lo agradezco mucho. Fiódor Yegórovich temía que nos dijera que no. Gracias a él estoy consiguiendo muchas cosas. ¿Recuerdas que tu hermana me sugirió que intentaría conseguirme una entrevista con Tolstoi? Pues gracias a la decisión de Fiódor fuimos a Yasnaia Poliana y al final pudimos hablar con él. Poco tiempo después falleció. ¡Gracias a Fiódor pude lograrlo! Se ha convertido en mi guía, mi mano derecha, mi hombre de confianza y, sobre todo, en mi mejor amigo. Gracias a él quedamos aquí, en Copenhague. ¡En otro caso hubiera ido directo de Southampton a Riga y no nos habríamos encontrado!

Hubiera querido decirle lo que sentía por ella, pero no se atrevió a ir más allá. Temía que Amalia lo rechazara, y por otra parte desconocía el grado de relación que la unía a Andreas Wildeberg. ¿Qué significaba para ella? Pero sobre todo le preocupaba que ambas hermanas pudieran pensar que buscaba su dinero. Tampoco podía decir que las conocía, ni ellas a él. Prefería dejar madurar aquel sentimiento hasta estar seguro de lo que hacía. Por el momento, no deseaba ir con ella a Berlín hasta que su posición cambiase. Necesitaba estar más seguro de lo que hacía, y aunque le insinuó que se sentía muy bien con ella, prefirió morderse la lengua.

El hecho era que aquella mujer lo tenía todo. ¿Qué podía ofrecerle alguien como él? Por el momento, nada concreto. Además, deseaba triunfar por sus propios medios, llegar a conseguir que se le reconociese como un periodista señalado. Y para eso le quedaba mucho trabajo por delante.

Caminaron hacia el centro. Amalia le dijo que le gustaría que fuese a verla a Berlín lo antes posible, él le prometió hacerlo. Cuando llegaron a la puerta del hotel, ella lo besó en la mejilla mientras le decía que debía coger el tren de primera hora de la mañana. Él le explicó que por la tarde embarcaría con Fiódor para Riga. Desde allí irían a San Petersburgo en tren. Ella lo miró y volvió a besarlo. Tuvo que controlarse para no seguirla.

Tres días después, el 15 de septiembre, el expreso de Riga entraba en la estación de San Petersburgo. Karl había ido a buscarlos en taxi, un automóvil de una compañía de alquiler. El progreso estaba llegando a la ciudad donde ya se veían algunos circulando. Dijo que había encontrado el piso ideal para él. Se hallaba en Konjusennaya Ulitsa, en la planta baja del mismo edificio donde él vivía. El único problema era el tamaño y el mobiliario, demasiado clásico. El portero les abrió la puerta para que pudieran verlo, y tuvo que abrir los postigos y descorrer las cortinas para que entrara la luz. En efecto, le pareció excesivamente grande y pasado de moda para él, con aquellos enormes muebles de estilo centroeuropeo de finales de siglo, la excesiva altura de las habitaciones y un interminable pasillo que comenzaba en el gran vestíbulo, con sala de recibir, un salón, una biblioteca atestada de libros, un gran comedor. El piso tenía además seis dormitorios, dos baños y un inodoro aparte, una inmensa cocina con despensa, y cuarto para el servicio. Inmenso y algo decadente… No era lo que necesitaba. Pero el emplazamiento era excelente, probablemente uno de los mejores barrios de la ciudad, y tener como vecino en el ático a Karl le parecía algo muy positivo. Por otra parte, el alquiler era equivalente al del ridículo apartamento que había alquilado en Nueva York. El piso había pertenecido a un aristócrata ruso fallecido en el hospital unas semanas antes y todo estaba como el hombre lo dejó. Su esposa había fallecido el año anterior y los herederos, gente mayor, pertenecientes también a la nobleza, habían tomado la decisión de alquilarlo tal como se encontraba. El portero comentó que no habían querido llevarse nada. Hojeó algunos de los muchos libros de la biblioteca, y además de infinidad de libros en ruso, encontró para su sorpresa algunos en alemán y francés.

Tras el fallecimiento, los herederos lo habían hecho limpiar a fondo y todo se encontraba ordenado. Además de las chimeneas de cerámica dispuestas por todo el piso, tenía calefacción central instalada un par de años antes por el propietario de acuerdo con la comunidad, una verdadera innovación en San Petersburgo. El portero se encargaba de mantener la caldera de carbón en el

sótano, un inusitado confort en un lugar tan frío como aquella ciudad. Aquello fue precisamente lo que le hizo cambiar de opinión, y tomó sobre la marcha la decisión de alquilarlo mientras encontraba otro más acorde con su gusto. Fiódor y Karl le advirtieron que no iba a encontrar nada más moderno. Pensó que de momento utilizaría solo una pequeña parte. Karl se mostró encantado con su decisión.

De allí se dirigieron al despacho del administrador, donde firmó el contrato y dejó la fianza. Era en principio un contrato por un año pero añadieron una clausula por el que, pasados seis meses, podría dejarlo sin penalización. San Petersburgo no era Nueva York y no resultaría fácil alquilar un piso de aquellas características. A fin de cuentas él pagaba en divisas, con lo que todo resultaba barato.

Recogió las llaves en la portería. El portero le dijo que si necesitaba una mujer para limpiar, él tenía una sobrina que podría encargarse de ello. Aceptó. Subió al piso y allí volvió a pensar que se había equivocado. Un piso tan enorme para él solo… Se decidió por el primer dormitorio, el más cercano a la entrada, aunque no tenía baño incorporado y tendría que salir al pasillo. La biblioteca le serviría de estudio, una estancia bastante luminosa con dos grandes balcones orientados al sur. Pensó que si en algún momento se veía obligado a cenar en casa, lo haría en la cocina, lo mismo que para desayunar. Por el momento no pensaba utilizar el resto del piso.

Aquella hermosa ciudad le encantaba, su regreso lo llenaba de satisfacción. Si nunca hubiera salido de Rusia no podría establecer comparaciones, pero si podía valorar todo aquello era precisamente por haberse educado en un mundo muy diferente. Las mayores diferencias las apreciaba en el comportamiento de la gente; en unas clases sociales tan rígidas, ya que los criados, los campesinos y la clase baja no contaban para nada. Eso venía a significar que el noventa por ciento de la gente no tenía ninguna capacidad de decisión, pese a lo cual el pueblo ruso poseía una notable inteligencia y conocía bien su situación y el comportamiento de sus dirigentes.

Al cabo de unos días el tiempo refrescó mucho. A principios de octubre llovía casi a diario, aunque algunos días eran soleados y la gente salía a pasear apenas el tiempo se lo permitía. Veía con frecuencia a Karl, con quién coincidía en muchas cosas. Cuando le mostraba sus fotografías, que emanaban tanta sensibilidad, comprendía que se trataba de un verdadero

artista, alguien que poseía una sutil percepción de la realidad. En cuanto a Fiódor, todas las mañanas se acercaba al piso para contarle las novedades. Aquel hombre parecía conocer a todo el mundo en aquella ciudad, y cuando caminaban por cualquier calle tenían que detenerse de vez en cuando para saludar a unos y a otros.

Comenzó a asistir regularmente al Teatro Mariinski, a apreciar la fina ironía, el humor ácido de autores como Antón Chéjov[58] y Aleksandr Ostrovski[59]. También a leer a Nikolai Liéskov[60], al cínico y frío crítico Saltikov-Shchedrín[61], a Garshín[62]. Leía sus curiosos cuentos con la convicción de que el cuento como género no se encontraba tan lejos del reportaje periodístico. Al aplicar esas enseñanzas, pronto notó que escribía con más soltura, lo que lo animó a seguir leyendo.

Una de las cosas que le sorprendió fue observar cómo, mientras una minoría hablaba un lenguaje político muy crítico y acerado contra el poder, como los bolcheviques, los mencheviques, o los socialdemócratas, sin terminar de decidirse de qué lado estaban, incluso los radicales o los conservadores de la clase alta educados en Europa Central, en Viena, Berlín, Zúrich, también en París o Londres, aún quedaban personas que pretendían mantener anacrónicos estilos de vida. Fue invitado por unas conocidas de Fiódor, la condesa Andréievna y la baronesa Martinovna, que promocionaban a jóvenes poetas que declamaban o leían sus trabajos en las reuniones culturales tan frecuentes entre la clase alta de San Petersburgo. Era algo tan anacrónico que la primera vez que asistió a una de ellas tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Aquello ya solo era posible en Rusia, e inconcebible en los Estados Unidos, donde jóvenes y mayores vivían unas vidas muy distintas.

El invierno llegaba antes y con crudeza en aquella latitud. A mediados de octubre el tiempo volvió a cambiar y comenzó a hacer verdadero frío, como el que solía hacer en Nueva York en diciembre. Tras las primeras nevadas, Fiódor le propuso viajar a Crimea, en el sur, para que pudiera conocer la costa del Mar Negro, la región donde los aristócratas ricos solían pasar parte del invierno en un clima mucho más suave, parecido al de la Riviera francesa. Le dijo que podrían pasar unos días en alguno de los célebres balnearios de Sebastopol. Aceptó la sugerencia de buen grado ya que quería conocer algo del sur de Rusia.

A primeros de noviembre cogieron el Expreso de Moscú. Hicieron una breve escala en aquella ciudad y tres días más tarde se dirigieron a Sebastopol. Allí hacía un maravilloso tiempo otoñal y el sol brillaba con fuerza. Comparado con San Petersburgo, era como si hubieran vuelto al verano. Mucha gente todavía se bañaba en las playas. Al caer la tarde salían a pasear por el paseo marítimo, con sus altas palmeras, de aquella romántica ciudad de ambiente mediterráneo aunque se encontrara en el Mar Negro. Las terrazas estaban a rebosar y la alegría de vivir se reflejaba por todas partes. Al anochecer, la banda de música del regimiento de Crimea amenizaba desde un precioso kiosco neoclásico el vaivén de los paseantes tocando a los compositores favoritos y se podía escuchar a Musorgski[63], a Rimsky-Korsakov[64], a Borodin[65], Cui[66], Balakirev[67], algo de Chaikovski[68]… Fiódor conocía a gente y le presentó a Vasili Stepánovich Kalinin, un profesor jubilado antes de tiempo ya que no había cumplido la edad reglamentaria para ello. El hombre les explicó con lágrimas en los ojos que lo habían enviado a Yalta como destino forzoso, por «manifiesta deslealtad», según el atestado del fiscal.

—¿Desleal? ¿A quién he sido yo desleal? —el hombre parecía indignado —. Es cierto que al menos me encuentro en Yalta y que a otro lo hubieran enviado a Siberia.

Les contó que había sido preceptor de uno de los grandes duques y que gracias a ello lo enviaron allí con sueldo completo. No querían verlo en Moscú repartiendo consignas socialistas en la universidad. Luego la esposa del profesor, María Petrovna, y sus dos hijas, Alexandra y Katia, unas hermosas jóvenes, los atendieron como si se tratase de parientes cercanos que hubieran ido a verlos.

Fiódor se lo advirtió con cierta sorna.

—Paul, ten cuidado. Tal y como están las cosas en este país, cualquier matrioska quisiera tenerte como yerno. Así que no te dejes engatusar por los indudables encantos de esas dos damitas, que van a ir a por ti.

Los siguientes días, Paul pudo comprobar que su amigo le hablaba con la voz de la experiencia. Lo invitaron a cenar en una preciosa villa sita en una colina sobre el mar, muy cerca de la ciudad y propiedad de unos parientes de la madre que se la habían cedido. Cenaron en un porche entre jazmines, flores, limoneros y cipreses, junto a una ladera cuajada de pinos. Ambas muchachas exhibieron sin disimulo sus encantos y aunque ninguna de las dos hablaba inglés, se negaron desde el primer momento a hablarle en ruso ya que se defendían en correcto francés; deseaban demostrar su posición social al

joven americano. Mientras la madre lo atosigaba con sus atenciones, Paul tuvo que decirles que estaba comprometido y que pensaba casarse muy pronto para detener aquella ofensiva en toda regla.

A pesar de ello resultó que Fiódor y él las sacaban a pasear por la mañana, y también al anochecer, entre los suspiros de la madre cuando se despedía de ellos. Una tarde, sin saber muy bien cómo, se encontró a solas en la villa con Alexandra pues los padres y la hermana mayor habían ido a Sebastopol a un entierro, insistiendo en que volverían tarde. La joven se le insinuó sin recato, y en un principio se dejó hacer ya que ella tomó la iniciativa. Cuando quiso darse cuenta, ambos estaban en ropa interior y tuvo que hacer una demostración de voluntad para no entrar tras ella en el acogedor dormitorio en el último momento. La muchacha se quedó algo defraudada, pero no estaba dispuesto a buscarse complicaciones, por lo que recogió sus pantalones, su camisa y su chaqueta, tirados en el suelo del salón, y abandonó la villa. Tuvo que dar una larga caminata hasta las primeras casas de Sebastopol por un tortuoso sendero sobre el mar, y decidió no volver a salir con aquellas hermosas y ardientes jóvenes.

Más tarde, Fiódor, que había estado un par de días en casa de su hermana mayor, que vivía en uno de los pueblos cercanos, se rio de él a carcajadas mientras le decía que estaba seguro de que algo así iba a suceder y de que le iban a montar una encerrona.

—¡Es como esas obritas de Chéjov! ¡Así que a un entierro! ¡Te has librado por los pelos de convertirte en un pequeño burgués jubilado a temprana edad!

Fiódor no podía evitar que se le saltaran las lágrimas al imaginar la escena en la villa. Paul, algo humillado, pensó que los rusos tenían un agudo y ácido sentido del humor. Fiódor le contó luego que la familia imperial, que había pasado una temporada en Crimea, se había dirigido a Kiev. Tres días más tarde, mientras paseaban al atardecer, notaron un gran revuelo en el paseo marítimo y les dijeron que acababa de saberse que el primer ministro, Piotr Stolypin, había sido asesinado en la ópera de Kiev por un anarquista.

Paul seguía escribiendo intensamente, aprovechando las primeras y tranquilas horas de la mañana, enviando por correo urgente sus artículos al Diario de San Petersburgo, desde donde los enviaban a Riga y de allí salían por barco a Nueva York. Salvo en casos excepcionales, como la muerte del primer

ministro, no le preocupaba la tardanza, sabiendo que con mucha suerte se publicarían un mes más tarde.

Las noticias que le llegaban desde la redacción del *New York Herald* le demostraban que se hallaba en el camino correcto. Le comunicaban que muchos lectores estaban escribiendo al periódico para manifestar su entusiasmo ante sus descripciones de Rusia. Tenía que reconocer que él era el primer enamorado de aquel inmenso país que no cesaba de asombrarle, y que no hacía más que volcar sus sentimientos en la Underwood que siempre llevaba con él.

Los periódicos de Yalta seguían hablando del atentado, que había conmovido a todo el mundo. Los conservadores, la Iglesia, las instituciones, el ejército, mostraban su repulsa y pedían mayor rigor, penas más duras, que se detuviera a los radicales de izquierdas, a los bolcheviques y mencheviques, como si aquellos partidos fueran los responsables directos del atentado contra el primer ministro, cometido por un radical de nombre Dmitri Bogrov durante una representación en la ópera de Kiev, en presencia del zar y del resto de la familia imperial, lo que sugería que el terrorismo de Estado estaba ganando terreno en toda Rusia.

Encontraron al profesor Vasili Stepánovich paseando por el centro de Yalta y los invitó a comer. Fiódor, haciéndole un guiño de complicidad, le comentó en un aparte que aquel hombre debía ser totalmente inocente de la encerrona, y que era un buenazo que no se enteraba de nada. Alguien que probablemente había caído treinta años antes en una estratagema similar sin enterarse.

Durante la larga comida en una terraza junto al mar, el profesor mantuvo que no estaba de acuerdo con los atentados políticos, pero defendió la idea de que Piotr Stolypin se lo había buscado, y no solo por sus continuas represiones.

—¡Es que la «corbata de Stolypin» no ha dejado de funcionar durante estos últimos años! Miren, queridos amigos, su apuesta por dividir al campesinado traerá la ruina. Ahora los más pobres, los *bednyaks*, lo son mucho más que los antiguos siervos ya que esa reforma los ha marginado. Por encima de ellos se encuentran los *serednyaks*, y mucho más arriba los *kulaks*, los privilegiados entre los campesinos. Abajo del todo tenemos a los que se han quedado sin tierra, los *batraks*.

Stepánovich tenía su propia tesis sobre los motivos y personajes que habían intervenido en el crimen de Estado.

—Debe usted saber, ilustre amigo, que los enemigos del primer ministro estaban mucho más cerca de él de lo que podemos imaginar. ¿Sabe usted que la propia zarina consideraba inamistosa la relación que Stolypin mantenía con ella? Es un asunto muy curioso y creo que merece la pena que esté usted informado de ello. Verá. ¿Ha oído usted hablar de ese tal Rasputín? ¡Seguro que sí! ¡Ya es alguien famoso en toda Rusia y no precisamente por sus méritos! ¡Ese monje loco y borracho que residía en el Palacio de Invierno! Pues bien, fue Piotr Stolypin quien dio la orden de expulsarlo, en contra de los deseos de la propia zarina que lo tenía como un protegido muy especial. Al punto de que Rasputín la llamaba «madrecita». En estos momentos, en la gran Rusia, uno de los países más poderosos de la tierra, o al menos eso dicen, nos encontramos con el campesinado más descontento que nunca, con el primer ministro asesinado, el zar debilitado y el tal Rasputín frotándose las manos, convencido de que muy pronto volverá a dominar a la zarina sin que nadie se oponga a sus deseos. ¡Ah, esta Rusia nuestra! ¡Qué dramática historia la de este país!

Le sorprendía la profunda politización de la clase intelectual en Rusia. Fiódor le comentó que el profesor Stepánovich era uno de los creadores del Partido Social Revolucionario de Víctor Chernov[69]. Los campesinos preferían la propuesta de socialización de la tierra de este partido a la nacionalización de la tierra que proponían los bolcheviques. El profesor les entregó una carta de presentación para un joven que estaba comenzando a destacar, Aleksandr Feodorovich Kérensky[70], que con treinta años se había convertido en unos de los líderes del partido. Les dijo que cuando volvieran a San Petersburgo fueran a visitarlo de su parte.

—¡Ese joven llegará lejos! Representa a la nueva Rusia, aunque me preocupa mucho la actual situación.

El profesor derivó la conversación hacia la figura de Antón Chéjov, por el que dijo sentir una gran admiración. Chéjov había muerto siete años antes, pero en Yalta mantenían su figura en un pedestal debido a su larga permanencia allí por causa de su tuberculosis. Allí escribió sus obras maestras, *El tío Vania* y *El jardín de los cerezos*. El profesor lo había conocido y aseguró que tenía la convicción de que si la salud lo hubiese respetado, se habría convertido en el más importante escritor ruso.

Tras despedirse de Vasili Stepánovich, mientras volvían paseando a la pensión en la que se hospedaban, Fiódor le dio su versión sobre el asunto de

Stolypin.

—Lo que nos ha contado el profesor es cierto, pero quiero precisarte algunas cosas. Verás, cuando se eligió la primera Duma, los liberales y los socialistas moderados pretendieron cambiar las cosas, establecer reformas de verdadero calado. No estaban conformes con un mero lavado de cara del régimen. Cuando eso llegó a sus oídos, el zar se reunió con sus allegados y decidió disolver la cámara apenas dos meses y medio más tarde. De inmediato, el zar hizo llamar a Piotr Stolypin y lo nombró primer ministro, confiando que con aquel perro mordedor el rebaño no se desmandaría. ¡Apenas ocupó el sillón cambió la ley electoral y dio más peso a los nobles y a los terratenientes! Por expreso deseo del zar, que así se garantizaba una duma dócil y cómplice de su política. Ahora tenemos a los octubristas de Alexander Guchkov[71]. Están enfrentados a la derecha, a la Iglesia y al propio gobierno. ¿Cuántos octubristas crees que van a llorar el asesinato de Stolypin? Este país es mucho más complejo de lo que puedas imaginar. Si la Ojrana se hubiera propuesto que alguien armado con un revolver no entrara en la ópera, precisamente la tarde en que el propio zar se encontraba allí con su familia, lo habría impedido —Fiódor bajó la voz—. Puede que todo haya estado preparado por la Ojrana, aunque el zar no supiera nada del complot.

Unos días más tarde se despidieron del profesor y de su familia. De Yalta se dirigieron a Odesa. Llevaban la dirección de uno de los marineros que participó en el motín del acorazado *Potemkin*, un tal Boris Ivánovich, aunque sabían que, para evitar represalias, aquel no era su verdadero nombre. Paul deseaba entrevistarlo para contrastar la versión oficial. Fiódor se encargó de todo. Tuvieron que prometer pagarle ciento veinte rublos para conseguir la entrevista a través de un periodista del Diario de Odesa, que estuvo de acuerdo en concertarles la reunión, aunque sin querer dar su nombre ni asistir.

Encontraron a Boris Ivánovich en una de las tabernas del puerto. Era un hombre joven aún, no habría cumplido los cuarenta años, con el cabello y la barba muy rubios, casi albinos. Tuvieron que entrar en un reservado pues les explicó que los del almirantazgo no querían que se siguiera hablando del asunto, salvo de la versión oficial. Amenazaban al que hablaba. Pidieron una botella de vodka y el hombre escanció unos vasos.

Paul fue directo a la cuestión. Sabía bien que con los rusos no valían los circunloquios.

—Boris Ivánovich, ¿qué sucedió realmente en el *Potemkin*?

El marinero bebió un trago de vodka. Entrecerró los ojos intentando recordar.

—Yo era entonces marinero de cubierta y mi trabajo en el *Potemkin* era de mantenimiento; ya saben, tenerlo todo reluciente como el oro pulido. Casi todos los marineros y algunos de los suboficiales que pensaban como nosotros sabíamos que estaba ocurriendo algo, ya que el Comité Central Socialdemócrata quería hacer una demostración de fuerza. Al principio temíamos que se supiera y nos colgaran del mástil de mesana, pero los que la estaban preparando nos tranquilizaron diciendo que no se atreverían. El *Potemkin* era un acorazado nuevo, de apenas un año de vida. ¡Ah, si hubiéramos tenido media docena como él! Podemos ir a contemplarlo si tienen ganas, sigue amarrado en la dársena de la flota del Mar Negro, ahí enfrente. Bueno, lo cierto era que las cosas no podían seguir igual. Los oficiales nos maltrataban por cualquier cosa, y si alguno de los marineros protestaba, podía darse por muerto. Rebelarse frente a un oficial significaba un consejo de guerra inmediato, y la pena ser colgado hasta morir. Como comprenderán, aquello era como vivir en la cuerda floja, amenazados constantemente. ¿Y la alimentación? Siempre nos servían comida de la peor calidad. Pura bazofia, mientras en el comedor de oficiales no faltaba de nada. A nosotros una infusión aguada de mala malta, arriba en la cámara de los señoritos, café de primera recién hecho, servido en tazas de porcelana fina. Si al marinero encargado de servirlo se le caía una gota y manchaba el mantel, ¡para qué quería más! ¡Lo enviaban una semana al calabozo! Ellos bien abrigados, con sus buenos chaquetones forrados, nosotros con ropa de mala calidad, pasando frío, y así con todo. A uno de los marineros le dieron de latigazos por comentar que había dos dioses con dos medidas: una para los oficiales, otra para los marineros. ¡Qué razón tenía!

»Ustedes perdonen pero es que aún me exalto cuando pienso en todo aquello. Nos hallábamos de maniobras cerca de la isla Tendra, con mal tiempo. Acababan de embarcar provisiones y el correo desde la torpedera N267, que se encontraba regularmente cada dos semanas con el *Potemkin* en lugares que se fijaban por telegrama. La carne que nos sirvieron, ¡recién traída y totalmente agusanada! Los del segundo turno nos negamos a comerla. El sargento de semana avisó al oficial de guardia y este al segundo de a bordo, Ippolit Giliarovsky. ¡Aquel tipo era un hijo de mala madre! Entró en el comedor de marinería seguido de un escuadrón de infantes de marina con las bayonetas caladas y nos gritó que quería ver en dos minutos los cuencos de cada uno relucientes. Pero estábamos decididos. No íbamos a aguantar una

más. Entonces nos obligó a salir escoltados por los infantes a la cubierta con las bayonetas caladas. Eligió a una docena de los nuestros al azar y a mí me tocó dar un paso al frente. Estábamos convencidos de que iban a fusilarnos allí mismo. Unos marineros trajeron unas lonas y las extendieron bajo nosotros. Evidentemente, para evitar que se manchara la cubierta de sangre. ¡Aquello iba en serio! Vimos que en el puente se colocaban los oficiales de guardia, dos cubiertas por encima de donde nos encontrábamos. ¡Me vi muerto! Más de una vez habían fusilado a alguno, aunque hasta entonces por lo que ellos consideraban faltas graves, como deserción, golpear o insultar a un oficial, o cosas parecidas. Pero por no querer comer carne podrida, ¡eso no se había visto nunca! Para entonces las cosas se habían puesto muy tensas en la flota del Mar Negro. El vaso de la paciencia se había llenado y la gente estaba dispuesta a morir antes que aguantar una injusticia más. Cuando el segundo, Giliarovsky, dio la orden de "¡Preparados! ¡Listos! ¡Fuego!", sonó la descarga, pero para nuestra sorpresa al que vimos caer fue a él, junto a los oficiales que lo asistían. Como pueden comprender, todos echamos a correr ya que de inmediato los oficiales comenzaron a disparar desde el puente con sus revólveres reglamentarios. Tras un largo tiroteo, siete oficiales, incluyendo el capitán Gólikov y el oficial médico, habían caído. De los marineros solo cayó un camarada, Grigori Vakulenchuk. El *Potemkin* era nuestro apenas una hora después. Nuestro líder era Afanasi Nikoláyevich Matiushenko. ¡Lo colgaron hace cuatro años, en octubre de 1907! Aquella misma noche atracamos en el puerto de Odesa, mostrando la nueva bandera. ¡Un paño rojo como la misma sangre! ¡Todos estábamos excitados, ya no había vuelta atrás! La ciudad se hallaba en huelga general y había sublevaciones por todas partes. Llegaron los del partido socialdemócrata para intentar convencernos de que desembarcaran grupos armados para ayudar a los obreros de tierra a conseguir armas, pero Matiushenko se negó. Desde el barco pudimos ver que la gente corría por la ciudad y que algunos edificios ardían mientras las banderas rojas ondeaban por todas partes. En el *Potemkin* estábamos convencidos de que la revolución había llegado. No solo nosotros, parecía que la gente hubiera dicho: ¡no estamos dispuestos a aguantar un minuto más! ¿Comprenden? Sentíamos una sensación de alivio, como si la historia acabase allí. En los cuarteles del ejército de tierra se habían atrincherado sin saber bien lo que debían hacer. Tampoco se fiaban de sus soldados y la multitud gritaba por los alrededores, pidiéndoles que se unieran a nosotros. De pronto se demostraba que los que mandaban no eran más que unos cuantos sicarios del capital, de los terratenientes, de los *kulaks*, de los

aristócratas. Pero eran muy pocos comparados con nosotros. ¡Nunca había visto con tanta nitidez que entre el pueblo y el poder solo existía eso que llaman autoridad, que no era nada si nosotros no queríamos que fuese nada! Al día siguiente, el entierro del marinero caído, Vakulenchuk, se transformó en una enorme manifestación. Se escuchaba cantar la Internacional, la Marsellesa. Había euforia en las calles. ¡Pero cómo no nos habíamos dado cuenta hasta entonces de lo fácil que sería cambiar las cosas! ¡Qué situación tan absurda!

»No voy a hablarles de lo que sucedió en la ciudad, ni de cómo terminó todo. Aún hoy continúan las represalias y al que logran coger lo cuelgan sin más historias, puesto que el juicio y la condena ya tuvieron lugar. Lo cierto es que desde el motín del *Potemkin* todo cambió, las cosas no son como antes. Ellos saben muy bien que el pueblo se levantará cualquier día, y que entonces no encontrarán lugar alguno para esconderse de su venganza. Y ahora, con su permiso, debo marcharme. ¡Salud y libertad!

Boris Ivánovich se levantó y abandonó la taberna con el caminar tan particular de los verdaderos marineros. Fiódor se quedó pensativo mientras lo observaba alejarse.

—Ese hombre representa al pueblo. Estoy de acuerdo con él. Desde lo del *Potemkin*, este país ya no es el mismo. Es como una copa de cristal con una fisura que antes o después se quebrará.

A principios de diciembre volvieron a Moscú. Allí tuvieron que separarse. Fiódor tenía compromisos que resolver en San Petersburgo y Paul tomó la decisión de permanecer en Moscú una temporada. Se hospedó en el Hotel Metropol y comenzó a asistir con regularidad al Teatro Bolshoi, que se hallaba al otro lado de la plaza, y también al Teatro del Arte. No solo por las obras que representaban, que siempre eran de calidad, sino por la gente que asistía a las mismas y los nuevos contactos que le proporcionaban. Volvió a ver a Natalia Sergéyevna Goncharova y a Mijaíl Lariónov, que lo acogieron como a un viejo amigo. Se habituó a asistir a las veladas nocturnas en su estudio, que solían comenzar a las ocho de la tarde y en muchas ocasiones no acababan hasta la madrugada. Allí se hablaba de todo con absoluta libertad, aunque Mijaíl Lariónov le comentó que fuera con cuidado, ya que alguno de los invitados de algunos contertulios podía ser un confidente de la Ojrana, que se enteraba de todo.

Se encontró en ellas con escritores como Mijaíl Artsibáshev, que publicaba un tipo de relatos que escandalizaban a los conservadores por su voluptuosa sensualidad, o al propio Konstantín Stanislavski, que llevaba la dirección del Teatro del Arte y que se quejaba amargamente de la censura política a la que se veían sometidas las obras que pretendía representar. Se percibía un entusiasmo latente entre los asistentes, como si solamente ellos comprendieran que el régimen iba a cambiar muy pronto. En alguna ocasión pudo saludar a compositores tan jóvenes como Igor Stravinski, que acababa de cumplir veintinueve años y que ya había triunfado con su *Pájaro de fuego* y con *Petrushka*, que se acababa de estrenar hacía unos meses.

Paul hablaba frecuentemente con Lariónov acerca de lo que estaba ocurriendo en Rusia y siempre notaba una visión fatalista en sus palabras. Lariónov mantenía que solo una revolución profunda de las masas obreras y campesinas podría llegar a cambiar la estructura secular del poder en el país.

—Fíjate, Paúl, que la Iglesia ortodoxa ha sido un bastión fundamental de defensa del zarismo, es decir, de los valores anacrónicos que han impedido el desarrollo de Rusia, que la han relegado a un papel secundario en la historia del mundo, con un atraso del que le será muy difícil salir. En Europa nos observan con cierto desprecio, como si fuésemos ignorantes asiáticos. La vanguardia en las artes y en las letras no es más que un querer y no poder. ¡Un grito de impotencia! Ahí tienes a los amos de Rusia. Reflexiona sobre el asesinato de Piotr Stolypin. ¿Quién lo asesinó? ¿Los socialistas revolucionarios hartos de su política de represión, o la misma Ojrana, empujada por aquellos que ya no desean más avances constitucionales? Es cierto que el Manifiesto de Octubre había calado en las masas a pesar de los esfuerzos de los conservadores por desactivarlo. Ahí tienes a ese Rasputín y lo que está sucediendo en palacio. Ese monje adivino, lujurioso y charlatán, de nombre Grigori Rasputín… Algunos dicen que se convertirá en la levadura de la revolución que tanto esperamos. ¡La revolución fermentará gracias a individuos como él! Está consiguiendo desprestigiar al zar y a la zarina y ahora todo el mundo habla de lo que está sucediendo en palacio. No sé si has tenido la oportunidad de leer alguno de los panfletos que distribuyen por las calles. En ellos, cierto que utilizando un lenguaje muy procaz, se describen los asuntos de palacio en lo que se refiere a la zarina y a Rasputín. Como puedes comprender, todo ello colabora en el descrédito de la institución imperial, por lo que los enemigos del régimen, Lenin, Plejánov y los demás, están convencidos de que cuanto más cerca del zar se encuentre ese hombre, más rápida será la ruina de la institución imperial. También se comenta que

puede existir alguna relación entre el asesinato de Stolypin y la situación en palacio, ya que había amenazado con expulsarlo de nuevo si lo encontraba allí. Por otra parte, Alemania y el imperio Austro-Húngaro provocarán antes o después una situación que desembocará en guerra. ¡Y si no, al tiempo!

Paul estaba muy interesado en saber más acerca de Rasputín. El director del periódico le escribió diciéndole que intentara profundizar en aquel asunto ya que existía una gran curiosidad entre los lectores por el tema. Pensó que tendría que pedirle a Fiódor que moviese sus contactos para intentar hablar con él. Incluso buscar la posibilidad de entrevistar a la familia real. Sabía que no le iba a resultar fácil, pero después de todo lo logrado, no veía ya nada imposible.

VII
1912

El nuevo año llegó trayendo un frío polar que heló los canales y llenó de carámbanos los aleros. La prometida calefacción central no terminaba de arrancar y el piso era una enorme nevera. El portero, Mark Gavrilovich, encendía todas las mañanas la cocina de carbón y la gran chimenea de cerámica vidriada de la biblioteca, un gran alivio. Paul le había dejado llave del piso y el hombre procuraba mantenerlas encendidas de día, aunque le prometió que lo de la calefacción era cuestión de días. Karl le propuso que mientras aquello se solucionaba subiera a su estudio y trabajara allí, no solo no le molestaba sino que le encantaría que le hiciera compañía. Durante la semana que tardó el portero en encontrar a alguien que arreglara la calefacción, subió cada día. Karl estaba siempre dispuesto a ayudar en lo que fuera. Seguía mostrándole las instantáneas que tomaba por toda la ciudad y de nuevo le sorprendió la increíble sensibilidad de su amigo.

San Petersburgo era una ciudad muy fotogénica, bellísima tanto en verano como en invierno, y sus habitantes le parecieron en general gentes más educadas y formadas que las de Nueva York. Le sorprendió que todo el mundo se saludara por la calle aunque no se conociera de nada, como le sucedía a él. Si preguntaba a alguien por una dirección, dejaban lo que estuvieran haciendo o cambiaban de trayecto para acompañarle hasta allí, y siempre con una sonrisa. Se escuchaba tocar el piano en muchos lugares, en los vestíbulos de los hoteles, al entrar en un portal, y se anunciaban conciertos y veladas artísticas en todas partes.

Paul siempre había deseado aprender alemán y en San Petersburgo lo hablaba mucha gente. Le pareció un momento muy adecuado para aprenderlo. Lo comentó con Karl y a través de él contactó con Irina Pávlova, una joven licenciada que vivía con su madre en un piso cercano, para que le diera clases particulares. Según le contó la joven, hablaba el alemán, el sueco y el griego. Karl le explicó que la madre de Irina era viuda. Una mujer relativamente joven, ya que no había cumplido los cuarenta y que tras la inesperada desaparición de su marido, había sufrido un serio problema económico. Irina

ayudaba a su madre dando clases. Por lo que Karl le comentó, la joven no se avergonzaba de su precaria situación económica.

Cuando conoció a Irina se quedó prendado. Aquella joven tendría veinticinco años. Llevaba el largo cabello recogido en una trenza que ataba sobre su cabeza, como era costumbre entre las jóvenes del norte de Rusia, y su hermoso rostro clásico resaltaba unos ojos azules de mirada vivaz e inteligente. Era alta y esbelta, algo más baja que él, y vestía sencillamente aunque con una gran elegancia natural. Congeniaron de inmediato, pues ella sentía una enorme curiosidad por los Estados Unidos, aunque apenas si conocía unas palabras de inglés. El primer día le propuso que él la enseñara unas cuantas frases en inglés cuando acabaran la clase de alemán. Paul se mostró encantado y de inmediato llegaron a un acuerdo.

Apenas unas semanas más tarde, notó que comenzaba a hacer progresos con el alemán, y que podía iniciar una conversación. Irina era una magnifica profesora y tenía mucha paciencia con él. La joven no rehuía hablar de la situación de su país y quería saberlo todo sobre los Estados Unidos. Él comenzó a hablarle en inglés y se sorprendió al comprobar la facilidad con la que estaba aprendiendo a su vez, su excelente memoria y el gran interés que ponía. Cuando entraron en lo personal, ella le explicó que en su familia habían vivido mejores épocas, pero que en cualquier caso se consideraba una privilegiada, dadas las circunstancias que Rusia estaba viviendo. Llegaba todos los días a las ocho de la mañana y daban dos horas de clase en la biblioteca donde él trabajaba, sentados junto a uno de los balcones. Aunque la calefacción ya funcionaba, seguía encendiendo la chimenea. Después se preocupó en comprar todos los días a primera hora unos *croissant* y preparar el café para desayunar con ella. Irina se reía de su preocupación por que se sintiera cómoda, pero pronto se acostumbró a preparar ella misma el café y fue adquiriendo confianza.

—¡Me está usted acostumbrando mal, Paul! ¡Me parece que al final voy a ser yo la que tenga que pagarle para poder venir aquí! ¿Todos los americanos son tan gentiles o solo los periodistas del *New York Herald*?

Paul notaba que la echaba de menos cuando ella no venía, como los domingos, entonces iba a pasear con Karl, que llevaba su máquina de fotos portátil y él le ayudaba llevando el trípode. Karl conocía muy bien la ciudad y le contaba anécdotas de cada esquina. Era un ferviente admirador de la emperatriz Catalina II y le hablaba de cómo aquella mujer había cambiado tantas cosas en Rusia. Según él, aquella princesa alemana se había encontrado con un país medieval y a su muerte dejó una herencia de cultura y buena

política. Él también se estaba dando cuenta de que San Petersburgo lo estaba cambiando, ya que cuando llegó solo pensaba en dar un salto social y económico, y en cambio en los últimos tiempos le importaban otras cosas más trascendentes.

Los lunes, apenas se levantaba, pensaba que tenía por delante aquellas dos horas todos los días de la semana para estar con ella. A medida que la iba conociendo se daba cuenta de que Irina era una mujer extraordinariamente inteligente, con una amplia cultura, muy interesada por la historia y con una enorme curiosidad. De alguna manera le recordaba a Natasha y a Amalia Teliéguina. La diferencia era que Irina descendía de una familia noble y no parecía sentir el menor interés por el dinero, mientras que las hermanas Teliéguina se veían obligadas a pensar en él todo el día: empresas, bolsa, inversiones, acciones, impuestos, compras y ventas… Irina tenía otras preocupaciones, le hablaba de que Rusia debía cambiar y de que ella iba a colaborar en ello. Al igual que ellas, no se conformaba nunca, siempre quería saber más y tenía su propio criterio. Un día, hablando de política, Irina le confesó que pertenecía a un partido de izquierdas. No le especificó cuál, solo le dijo que se consideraba socialista. Le explicó que su madre no podía entenderla ya que, al igual que la generación anterior, se conformaba con su realidad, mientras que ella estaba convencida de que el cambio era posible. Un día le dijo, casi enfadada:

—¡Hay otra realidad y solo tenemos que impulsarla! ¡Está ahí y nadie la quiere ver!

A mediados de febrero, cuando ya habían adquirido cierto grado de confianza, y ella lo consideró oportuno, le preguntó si deseaba conocer la otra cara de la ciudad. Cuando él le preguntó qué quería decir con la otra cara, ella le dijo que si lo deseaba se la enseñaría. No entendió bien lo que ella pretendía pero aceptó. A partir de entonces, cuando las obligaciones de ambos y el tiempo lo permitían, al acabar la clase se dirigían al límite de la ciudad, caminaban por las estrechas calles o por los grandes descampados atravesando los canales helados que a medida que se alejaban del centro se iban transformando en arroyos, en ríos, en lagos helados, en caminos embarrados casi impracticables, y ella le iba explicando con detalle los distintos barrios que rodeaban San Petersburgo.

Más adelante lo llevó a una fábrica de artículos de metal que dijo haber pertenecido a su familia. Para acceder tuvieron que caminar por una resbalosa

calle de barro helado. Al llegar a la puerta de la fábrica, notó que el vigilante la conocía y les permitió entrar, aunque ella le susurró que no se identificara como periodista. Se encontraba en las cercanías de la Estación de Moscú, al norte de la plaza de acceso, por lo que los obreros, que entraban a las siete de la mañana, podían ir hasta allí caminando desde sus viviendas. En la fábrica trabajaban unas mil personas, de las cuales menos de un tercio eran mujeres que se encargaban de terminar los artículos, limpiarlos, prepararlos y empaquetarlos, además de otras tareas complementarias. Cuando le preguntó por qué había tantas mujeres trabajando, le explicó que el salario era apenas la mitad del de un hombre y los patronos se estaban dando cuenta de que rendían casi lo mismo.

Cuando Paul hizo la cuenta comparando con los salarios de trabajadores similares en los Estados Unidos, comprobó que apenas llegaban a la cuarta parte. Y en el caso de las mujeres la diferencia era abismal. Ella le replicó que también la vida era más barata en Rusia que en América. Sin embargo, la carne y otros productos tenían precios parecidos. La jornada laboral era de doce horas con un descanso de media hora para almorzar. Le contó que aquellos obreros no tenían derecho a más días de descanso que los domingos y festivos nacionales.

—¡Pero eso es prácticamente un régimen de esclavitud!

Veía a aquellos hombres y mujeres trabajando sin levantar la cabeza. En algunos lugares de la fábrica las máquinas proporcionaban algo de calor, pero en otros los obreros tenían que trabajar con el abrigo puesto y con mitones para evitar que los dedos se les congelaran.

—Sí, Paul, esta es una de las fábricas más avanzadas. Tal vez una de las que ofrecen mayores garantías salariales, por lo que la gente se mata para entrar en ella. El verdadero problema son los que no tienen trabajo. La mayoría de los obreros llegan del campo con lo puesto, sin saber nada y sin un copec en el bolsillo. Nunca en su vida han estado en una fábrica, a lo sumo en una herrería para herrar el caballo o en la pequeña carpintería de la aldea. Tampoco están acostumbrados a ver automóviles ni camiones, ni a la luz eléctrica, no han visto ni hablado nunca por teléfono, y así muchas otras cosas. ¡La gran mayoría jamás ha subido en un ascensor, ni siquiera sabe qué es eso! Cuando llegan tienen que refugiarse en casas de familiares que llevan algún tiempo en la ciudad, o de amigos de su pueblo ya asentados. Aseguran que a pesar de la dureza de la vida en la ciudad, es mil veces preferible a la del campo. Allí carecen de todo, no tienen la menor instrucción, salvo los hijos de los *kulaks* y de los comerciantes. Tampoco hay más médico que

algún curandero. Y si el año es malo, en invierno corren el riesgo de morirse de hambre y de frío. Allí, a pesar de las reformas, siguen siendo esclavos de por vida. Ahora Rusia está sufriendo una increíble transformación que lo cambiará todo. De siervos, de almas muertas, de ignorantes *mujiks*, se convierten en proletarios. Pasan de las garras de los terratenientes y de los aristócratas a las de los capitalistas. ¿Ha leído usted *El capital* de Carlos Marx? Yo he leído la edición de 1872, de Otto Meissner. En el prólogo pude leer algo que se me quedó grabado. Recuerdo que terminaba el párrafo diciendo: «*Perseo se cubría con un yelmo de niebla para perseguir a los monstruos. Nosotros nos encasquetamos el yelmo de niebla, cubriéndonos ojos y oídos para negar la existencia de los monstruos*». Le recomiendo ese libro. Un viejo diario de San Petersburgo, el *S. P.*. Viédomosti, decía refiriéndose a él que «*La exposición del libro, salvo unas pocas partes excesivamente especializadas, se distingue por ser accesible a todas las inteligencias*». —Irina sonrió abiertamente—. ¡No, en serio! ¡Léalo si quiere llegar a entender! ¡Sobre todo lo que está pasando aquí, en Rusia! ¡Es como si Marx hubiera estado aquí y vivido directamente todo esto!

Paul devolvió la sonrisa a Irina. Tenía una pregunta para ella, aunque la contestación era obvia.

—Irina, no quisiera que pensara que quiero meterme en su vida privada, ¿pero me permite una pregunta indiscreta? ¿No se molestará si se la hago? ¿Es usted marxista, Irina? ¿Está usted afiliada a algún partido de izquierdas?

Ella asintió enrojeciendo levemente.

—¡Sí, al partido bolchevique! ¿Tanto se me nota? Como usted comprenderá, tuve que afiliarme a espaldas de mi madre. ¡Ella no podría entenderlo! Aun ahora tengo que decirle que voy a cantar al coro y cosas por el estilo para que me permita asistir a las reuniones. Como le explicaba el otro día, se ha quedado anclada en la vieja Rusia y le resulta difícil entender todo esto. Nosotros pretendemos crear la nueva Rusia. Marx mantenía que la misión de los filósofos no estribaba solo en interpretar el mundo que les rodea, sino en intentar cambiarlo. Por eso soy marxista. Usted, que es un hombre observador, se estará dando cuenta de que este país necesita una revolución. Pues bien, será la primera revolución programada. La revolución francesa fue una necesidad histórica, pero ocurrió tras la toma de la Bastilla por el impulso de las masas. Aquí la estamos planificando y la llevaremos conscientemente a la práctica. Este es un proceso científico, con independencia de que esperemos el momento más adecuado para llevarla a cabo.

—No sé si estoy totalmente de acuerdo con usted, Irina Pávlova. Yo también voy a recomendarle una lectura… Aunque me estoy dando cuenta de que probablemente lo habrá leído. Se trata de un libro muy particular que encontré en la gran biblioteca del piso que usted ha podido ver. Me sugirió su lectura mi amigo Fiódor Yegórovich: *¿Qué hacer?*, de Nikolai Gavrilovich Chernishevski[72], que lo escribió en Siberia. Acabo de terminar de leerlo. El hombre que vivió antes que yo en ese piso tuvo que ser un verdadero sabio. Lo comencé a leer para que mi amigo no se pusiera muy pesado y para desempolvar mi ruso leído. Y me ha interesado. Ahora he encontrado *Relaciones estéticas entre el arte y la realidad*. ¿Qué le parece?

Irina sonrió de nuevo.

—Paul, al final haremos de usted un buen marxista.

El encargado de la fábrica, que conocía bien a Irina, iba caminando delante de ellos. Para evitar preguntas posteriores, explicaba a los jefes de sección que se trataba de la visita de unos inspectores del gobierno. Eso era más que suficiente. Paul lo escuchó en un momento dado y lo comentó con Irina.

—En Rusia nadie se atreve a dudar de otra persona. No se le ocurre pensar qué está haciendo allí, ni si está autorizada. Nos ven y nadie duda de que si estamos aquí es porque podemos. Eso forma parte de nuestra idiosincrasia.

En los Estados Unidos era exactamente lo opuesto. Los rusos estaban acostumbrados a obedecer y a someterse. Los americanos a comprobarlo y discutirlo todo.

Cuando abandonaron la fábrica caminaron hacia el río Fontanka, que quedaba a un par de verstas hacia el este. Irina iba junto a él, callada y pensativa, y él no quiso interrumpir sus pensamientos hasta que, en un momento dado, ella rompió el silencio.

—Si quiere, otro día podemos intentar visitar alguna fábrica del polígono de Vyborg. Sería importante para usted conocer el funcionamiento del sistema industrial. Las fábricas de San Petersburgo no son las peores de Rusia. ¡Tendríamos que ver algunas! A pesar de ello sigue llegando gente a la ciudad, más de cien personas cada día, casi todos ellos campesinos desesperados que no pueden resistir más, convencidos de que aquí tendrán una posibilidad, que por desgracia muchas veces no consiguen. Llegan dispuestos a trabajar en lo que sea, sin la más mínima experiencia, pensando que harán algo de dinero y que después podrán volver a sus casas. Pero cuando han probado la manzana del árbol de la ciencia, nunca vuelven a ser los mismos. En pocas semanas, ese *mujik* ignorante y sumiso se transforma en

un obrero, un proletario que lleva dentro de él la semilla de la indignación y de la protesta. Mientras la corte del zar vive en un mundo irreal y absurdo, dilapidando los recursos del país a manos llenas en estúpidos caprichos, festejos y celebraciones, o en ampliaciones de gigantescos palacios, en corromper a los políticos con promesas de mantener su *statu quo*, los alrededores de esta ciudad se siguen llenando de chozas construidas de cualquier manera, donde las familias siguen apiñadas, helándose de frío, sin agua corriente, teniendo que caminar cada día varias verstas entre el barro y el hielo, bajo la lluvia o la nieve para llegar a su trabajo, cuando lo consiguen. ¿Qué cree usted que puede pensar esa gente? ¿Que se resignen porque es voluntad de Dios, como les aseguran los popes?

Paul escuchaba con atención a la indignada Irina, aunque no se sentía ruso sino americano y todo aquello no le afectaba directamente. Se consideraba un mero testigo, alguien que estaba allí para contarlo a otros, a gente que sentía curiosidad por otros pueblos, por otras culturas, en muchas ocasiones solo para poder sentir la satisfacción de no encontrarse entre los oprimidos. Por el momento no había querido tomar partido. Era preferible para él no implicarse directamente, pues si se decantaba por unos u otros corría el riesgo de perder la confianza de la otra parte. Sin embargo, Irina lograba conmoverlo al no conformarse con la situación, tal vez la había cambiado el haber pertenecido a la clase de los privilegiados y tenido posteriormente que aprender a sobrevivir cada día. Pero había algo más. De entre las mujeres que Paul había tratado, ninguna alcanzaba aquel grado de implicación.

—He hablado de usted con algunos compañeros y les gustaría conocerlo. Obviamente, no podría publicar lugares concretos, ni nombres, ni determinadas circunstancias. No somos tan ingenuos como para no saber que la Ojrana sabe muy bien dónde nos reunimos y de lo que se habla, pues salvo en contadas ocasiones en que solo se reúne el comité, o unos cuantos a los que se llama de improviso, el partido es consciente de que está infiltrado por agentes de la policía y por provocadores. ¡Es inevitable! Ya tenemos demasiado cerca a la Ojrana como para ponérselo más fácil. ¿Le gustaría asistir a una reunión del partido?

—¡Por supuesto! ¡Comprendo la situación y le prometo ser discreto!

—Bien. Ya le avisaré. Pero no crea que estoy haciendo proselitismo. La elección la marca nuestra conciencia. Y ahora, adiós. Ese es el edificio en el que vivo con mi madre. Mañana a las nueve nos veremos en clase.

Paul asintió. Le hubiese gustado que Irina fuese a comer con él, decirle que quería seguir escuchándola. Que se sentía muy bien a su lado. La vio

entrar en el portal y volverse un momento para despedirse con la mano. Caminó unos instantes por el paseo lateral del canal del Fontanka pensando que tendría que haber sido más decidido.

De pronto se volvió y corrió hacia el portal sin necesitar ninguna explicación racional a lo que estaba haciendo. Entró en el pasaje de carruajes. Había dos escaleras, una a cada lado. Sin dudarlo se dirigió a la de su izquierda. El edificio tenía tres plantas. Gritó desde abajo.

—¡Irina! ¡Irina!

Al momento, ella asomó la cabeza por el hueco de la escalera.

—¡Paul! ¿Qué ocurre?

—¡Irina! ¿Quieres comer conmigo? —la tuteó con naturalidad.

—Espera un momento, Paul —replicó ella de la misma manera—. Se lo digo a mi madre para que no me espere y bajo —contestó como si hubiera estado aguardando que se lo dijera. Como si fuera algo esperado. Al rato, la oyó bajar la escalera.

Paul la aguardó a la altura del primer escalón y, sin decir palabra, la abrazó y besó en los labios. Irina no pareció sorprendida y le devolvió el beso en silencio. Luego él la tomó de la mano y volvió a besarla. Ambos sonrieron.

—¿No me habías dicho que aquí cerca hay un restaurante donde se come como los campesinos? ¿Vamos ahí?

Irina lo llevó de la mano hasta allí en silencio, como si estuvieran prometidos. Él notó que estaba más distendida que antes. Entraron en un barrio en el que estaban empezando a construir algunos edificios. Junto a ellos se veían algunas casas de madera muy humildes. Entraron en una de ellas. Irina le explicó que, en determinadas zonas de la ciudad, el municipio permitía construir viviendas en precario, sin establecer ningún derecho sobre el suelo, con el fin de intentar resolver el problema del alojamiento de tantos campesinos como estaban llegando sin más recursos que sus brazos. Cuando se construyeran las edificaciones definitivas, tendrían que dejar el terreno como se hallaba anteriormente, sin poder objetar ningún derecho.

En cualquier caso, al entrar se llevó una agradable sorpresa. El interior estaba pintado como una vivienda típica de los campesinos de los Urales y quienes iban a comer allí eran los que acababan de establecerse en la ciudad. Era para ellos un refugio que les recordaba sus propios hogares abandonados hacía muy poco.

Se sentaron en una mesita de tablas pintadas de rojo y azul, junto a una chimenea encendida, y aguardaron a que les sirvieran. El plato del día era una espesa y caliente sopa de patata y remolacha, y de postre compota de manzana. Bebieron *kvas*[73] y un vasito de vodka. La mujer que servía las mesas se desvivió por ellos, no debía ser frecuente que entraran allí otros que no fueran campesinos.

Luego caminaron en silencio cogidos de la mano. Irina parecía feliz. Con los ojos húmedos le confesó que se había sentido atraída por él desde el primer día, aunque le pareció entonces que había tantas cosas que los separaban que no quiso ni imaginarlo. Paul le contestó lo mismo.

—¿Y ahora qué?

Irina observaba la reacción a su pregunta con un gesto de preocupación. Habían vuelto al portal donde ella vivía.

—Ahora subes y le dices a tu madre que te has encontrado con una amiga del instituto que quiere que la ayudes a preparar un examen. Haces una pequeña maleta y yo espero a que bajes. Ya se lo explicaremos más adelante.

Irina sonrió.

—¡No es tan fácil! ¡Tienes que tener paciencia! Vete a tú casa y mañana por la mañana hablamos. ¡No puedo irme contigo así!

Tras unos cuantos intentos, convino en que ella tenía razón. Se despidieron cariñosamente y caminó hacia el centro dando vueltas a la cabeza y pensando que Irina no era el tipo de mujer que iba a aceptar una relación sin compromiso. Se sentía verdaderamente atraído por ella. No quería establecer comparaciones ya que Amalia Teliéguina e Irina Pávlova eran muy diferentes, aunque en ambos casos se trataba de mujeres luchadoras que no se conformaban con el mundo que les había tocado vivir.

A pesar de sus palabras, ella se trasladó con naturalidad a su piso el día siguiente. Simplemente apareció con una pequeña maleta de cuero gastado y se quedó mirándolo. Él comprendió lo que significaba aquel gesto de entrega y se abrazaron en el vestíbulo.

—¿Y tú madre? ¿Qué pensará de todo esto?

—Mi madre lo sabe y me comprende. Perdió hace unos años a mi padre y sigue echándolo mucho de menos. Cuando se lo he explicado, me ha confesado llorando que lo único importante en la vida es el amor, el verdadero amor, y que lo demás no importa. Dime que me amas.

Vivió durante las siguientes semanas una intensa historia de amor con Irina. Ella se entregó a él con una profunda pasión, llevaba tiempo aguardando ese momento. Paul había vivido algunos romances intrascendentes en Nueva York, pero desde el primer momento comprendió que ahora se trataba de algo muy distinto. Supo que Irina era la mujer de su vida y ella le reconoció que nunca hubiera podido creer que dentro de su alma pudiera generarse un amor tan intenso y profundo.

Cuando una noche le preguntó si su madre estaría preocupada, Irina le contó lo que ella pensaba con total sinceridad.

—Ella ha vivido todos esos meros convencionalismos sociales, tener que mantener una determinada apariencia ante los demás, que no sienten sino una curiosidad morbosa por saber si tienes un problema, como cuando murió mi padre y tuvo que afrontar sola las deudas y los problemas económicos. Seguimos teniendo ese piso en propiedad y una finca en el campo, lo único que pudo salvar de la situación. Cuando le conté que estaba segura de haberme enamorado, lloró conmigo de alegría. Solo le preocupa mi felicidad, aunque en ocasiones nos peleamos cuando le digo que quiero vivir mi propia vida y que no se preocupe tanto por mí. Me confesó que cuando se enamoró de mi padre se fugó con él. ¿Qué podía decirme? Me contó que siendo una adolescente leyó *La hija del capitán*, de Aleksandr Pushkin[74]. Ese escritor es su héroe y ese libro la inspiró para educarme. Comprendí que el sistema despótico e injusto, y la crueldad gratuita siguen ahí, lo mismo que la constante humillación de nuestro pueblo, el abuso de los poderosos, las enormes diferencias entre ricos y pobres. Aunque he procurado ocultarle mis actividades, no es tonta y está al tanto. Sé que las aprueba, aunque su gran temor es que pueda ocurrirme algo. Por eso, cuando le expliqué quién eras tú, me abrazó llorando de alegría.

A partir de aquel día, Paul comenzó a pensar que no podría permanecer al margen. Si Irina se implicaba, y estaba convencido de que lo hacía por convicción, él no podía observar los sucesos que afectaran al cambio como un mero espectador. Empezó a acompañarla. No quería reconocer que también temía que pudiera ocurrirle algo. Ella intentó convencerle de que hasta entonces siempre había vivido su propia vida, incluso le insistió en que prefería seguir haciendo las cosas a su manera, sin interferencias ni obligaciones. Él le reconoció que todo aquel proceso histórico, y no tenía la menor duda de que lo era, le interesaba mucho más allá de su vocación

periodística, del interés profesional por escribir unos artículos para el *New York Herald*. Tuvo que confesarle que algo estaba sucediendo en su interior y haciéndole comprender las cosas desde otros puntos de vista.

Paul era consciente de estar sumergido en un proceso que aún no era capaz de calibrar, pero de unas dimensiones que sobrepasaban todo lo que había imaginado. No solo era el hecho de ser testigo de una vanguardia artística que estaba cambiando los conceptos y los esquemas de lo que se conocía hasta el momento como «arte», sino que la gran ola que se estaba elevando sobre Rusia amenazaba con cambiar la concepción del mundo. Eso le sobrecogía, como la intuición de que aquel viento de la estepa del que le había hablado el profesor Grigori Ivánovich Rikov en Novgorod, comenzaría a soplar de pronto con inesperada violencia, barriendo no solo a Rusia, sino a todos los países del mundo.

Irina era consciente de ello y, en ocasiones, llegaba a preguntarse si el objetivo de él no sería utilizarla para acceder a los lugares donde comenzaba a hervir la redoma en la que se iba a cocer el cambio. Ella se lo había advertido. Aquella sería la primera vez en la historia de la humanidad en que la revolución se estaba preparando con criterios científicos. Paul era su novio, su amante, su enamorado, su amigo, pero no dejaba de ser un extranjero enviado por uno de los periódicos que colaboraban en mantener los fundamentos de un sistema democrático, sí, pero sobre todo liberal y capitalista, lo cual se oponía a lo que ella deseaba y daba por válido para el trascendental cambio que preconizaban líderes como Vladimir Ilich Ulianov, Plejánov y demás.

Irina creía estar enamorada. Paul le proporcionaba seguridad, amor, cariño y libertad. Por primera vez en su vida estaba viviendo su sueño. Pero a pesar de ello, de la inmensa alegría que sentía cuando volvía a casa, aunque solo hubiera pasado unos minutos fuera, de la sensación de bienestar al regresar junto a él, algo dentro de ella mantenía la duda. Creía saber lo que podía significar para un periodista como Paul aquella oportunidad, y Paul, por encima de cualquier otra cosa, era un periodista, como si su sangre estuviese hecha de tinta, y la extensión de sus dedos fuese una pluma, o aquella Underwood que limpiaba y engrasaba con frecuencia con tanto mimo. Muchas noches se despertaba con el rítmico teclear de la máquina de escribir, y se levantaba intentando no hacer ruido, solo para verle allí, en una esquina de la biblioteca, bajo la penumbra de un quinqué de petróleo cuando fallaba la corriente eléctrica, algo muy frecuente en San Petersburgo.

Su primera discusión surgió cuando Irina le dijo que lo amaba como nunca hubiera creído poder amar a nadie, pero que necesitaba mantener su

autonomía. Que le permitiera actuar como ella deseaba, sin interferencias ni exigencias.

Paul pensó entonces que tal vez le debía una explicación. No quería perderla, ni soportaba la sensación de estar sobrando en algún momento.

—Irina, cariño, cuando llegué a Rusia la primera vez me sentía un extraño. Un estadounidense de visita en un inmenso y desconocido país, decidido a contar anécdotas a sus lectores de Nueva York. Para mí era además la oportunidad de dar el salto, de demostrar en la redacción que era un buen periodista. No deseaba implicarme sino observar desde fuera, lo más objetivamente posible, de una manera casi científica, realizar la disección superficial del país y luego volver a Nueva York, ascender en el escalafón del periódico, comprar un apartamento lujoso en Manhattan, un automóvil último modelo y escribir artículos en la tercera página. Conseguir el éxito profesional, el dinero suficiente para una vida confortable, y escribir un libro sobre Rusia, convertirme en un escritor de éxito, sentirme admirado y señalado.

»Cuando conocí a Fiódor Yegórovich, tuve que admitir que aquí en Rusia podían existir periodistas de un calibre que no había conocido hasta ese momento. Digamos que fue un baño de humildad. A pesar de ello, deseaba mantenerme lo suficientemente alejado de los sucesos, de las circunstancias, como para que no me influyeran humanamente. No quería recordar mi sangre rusa. Yo era cien por cien americano. Aquí tendré que confesarte que la relación con mi madre, una persona humilde y pobre, siempre fue lejana. A mi padre no llegue a conocerlo, pero mi madre quiso que supiera lo que había ocurrido entre ellos, y cuando cumplí la mayoría de edad me lo contó. Siempre me avergoncé de su pobreza, de ser hijo de una pobre emigrante rusa abandonada por su marido, del destartalado piso en el que vivíamos en un edificio del Bronx que se caía a pedazos, de su ignorancia del inglés, que apenas chapurreaba, de sus humildes ropas. Yo quise separarme de ese mundo y me esforcé en pronunciar el inglés como si hubiera estudiado en Yale, en que mis modales fueran elegantes, en manifestar lo que no sentía. Una mañana volvía a casa de la escuela secundaria acompañado de unos amigos y me crucé con ella por la calle. Hice como si no la veía. Pero ella sí me vio a mí y, comprendiendo lo que pasaba por mi mente, no dijo nada y siguió caminando. Ella me perdonó aquella humillación, pero a pesar de ello seguí odiando lo que ella representaba. Cuando alguien en la universidad me preguntaba dónde vivía, le mentía, me inventaba una historia, no podía soportar que me vincularan a aquel barrio pobre, a un mundo al que no

aceptaba pertenecer. Decía que mis padres eran diplomáticos, belgas, suecos, alemanes; para mí, aceptar que era hijo de una pobre emigrante rusa era como ser un paria. Gentes pobres e ignorantes que aceptaban los peores trabajos, los peor pagados para poder sobrevivir, poco más que los negros que vivían en Harlem. Aquellos años, la relación con mi madre fue casi inexistente ya que, gracias a la inesperada herencia de una tía segunda, pude matricularme en la Universidad de Nueva York. Fue allí donde comprendí que aquel lugar era mi oportunidad para llegar a ser alguien. Me esforcé en ser el número uno de la promoción. Después conseguí entrar en el *New York Herald*, el diario más prestigioso de los Estados Unidos. Después, apenas fui a visitarla, y más por terminar de recoger mis cosas que por verla. Ella murió unas semanas antes de mi viaje aquí. Fue cuando comprendí todo lo que aquella mujer había hecho por mí, pero ya era tarde para hacérselo saber. Lloré de vergüenza al comprender el daño que había hecho a mi madre. Nunca me lo perdonaré.

»A medida que fui conociendo este país, mi admiración por él y por los rusos fue creciendo como nunca pude imaginar. Rusia, la verdadera Rusia, no los estereotipos que la gente tiene formados, casi siempre por ignorancia. Ahora veo las cosas de manera muy diferente. Creo que estamos empezando a vivir uno de los momentos históricos más importantes de la humanidad. El siglo XX va a ser un siglo dramático, lleno de grandes cambios, y Rusia va a ser uno de los países protagonistas, estoy seguro. También tú has influido en esto. Creo que si me he enamorado de ti, más que por tu belleza es por ser como eres. Me admira esa mezcla de tozudez y voluntad tuya por que las cosas cambien. Además creo que tienes razón, que el mundo está mal repartido, que hay que cambiar las cosas. No tengo tanta certeza de que el camino adecuado sea una revolución científica, como tú la denominas, o que esos bolcheviques hayan dado con la piedra filosofal. No estoy convencido, pero al menos se mueven. Quiero saber por qué de pronto este inmenso país está comenzando a plantarle cara a un régimen que aún hoy, en el siglo XX, sigue siendo feudal. Un país poblado por gentes tan diferentes que no tienen casi nada en común está levantándose contra un régimen tan opresivo y cerrado como el del zar. Un imperio anacrónico que pretende mantenerse en el poder a costa de lo que sea. Y una gente, joven o no tan joven, a la que le da lo mismo morir en el empeño. En cualquier caso, no solo siento un gran interés, una enorme curiosidad por lo que está llegando. Sobre todo, Irina, quiero compartirlo contigo. Ahora lo que deseo es estar siempre contigo».

Irina se acercó y lo besó. Aquella confesión la había emocionado. Le explicó que a ella le sucedía lo mismo, aunque a pesar de todo eran dos

personas que apenas se conocían. Aceptó la propuesta, en realidad había temido perder su libertad, pero la sencillez y sinceridad de Paul la había desarmado. Le explicó que en determinadas ocasiones no podría acompañarla, pues naturalmente los comités estaban restringidos a los miembros del partido, que además debían mantener en secreto lo que allí se hablara y no hacer el menor comentario sobre las personas que en un momento dado pudieran asistir como invitadas. Irina era una de las tres mujeres miembros del comité general del partido bolchevique de San Petersburgo, y también la más joven. Se había ganado el puesto por méritos propios y debería demostrar que se podía confiar en ella. De hecho, le preocupaba que se supiera que estaba viviendo con un periodista americano, pero en eso iba a ser tajante. Le dijo que si le prohibían su relación con él, estaba dispuesta a abandonar el partido.

Paul entendió la lógica de dichos argumentos y no puso la menor objeción.

—¡La verdad es que yo tampoco podría llevarte al consejo de redacción del *New York Herald*!

Luego la besó y la abrazó.

La vida cotidiana con Irina resultó ser una experiencia muy gratificante. Poco a poco el enorme piso comenzó a tomar vida. Irina contrató a una muchacha para las tareas de la casa, Antonina Sergéyevna, «Nina», procedente de Demidov, cerca de Smolensko. Aunque se había trasladado después a una aldea cercana a Borok, donde la madre de Irina poseía la finca que había heredado de su marido y seguía siendo suya a pesar de las deudas y de la hipoteca que el Banco de San Petersburgo tenía sobre ella. Según Irina, todo lo que producía la finca y algo más se iba en pagar las amortizaciones, pero al menos podían decir que era suya e ir de vez en cuando. Prometió llevarle más adelante.

Nina se instaló en una de las habitaciones de servicio, y lo primero que hizo fue tomar posesión de la inmensa cocina, que aún tenía latas y botellas del anterior propietario en la despensa. Fregó y limpió todos los cacharros, la mesa de madera, las encimeras de granito de los Urales. Confesó a Irina que la cocina era más grande que toda su casa en el pueblo. Irina se ocupó de comprarle ropa y de explicarle cómo debía comportarse. Conocía bien a aquella muchacha y tenía plena confianza en ella. A partir de aquel momento

podrían desayunar y al menos cenar cuando les apeteciera, sin necesidad de tener que improvisar, ni salir a la calle cuando hiciera frío.

Hasta la llegada de Irina, Paul solo utilizaba el dormitorio más cercano al vestíbulo y la biblioteca, raramente se preparaba algo en la cocina. Irina eligió para ellos el dormitorio principal, con el baño incorporado, lo que significaba mayor comodidad e intimidad. Para trabajar, ella arregló la sala de recibir, que también era muy luminosa. Dijo que no quería distraerle y que prefería tener su propia sala de estudio. Nina limpió a fondo la biblioteca, y uno a uno quitó con suma paciencia el polvo a los cerca de cuatro mil libros, aunque Paul le pidió que los dejase exactamente en el mismo orden en que los había encontrado. Al correr completamente los grandes cortinajes se veía una elegante y anacrónica estancia. Mark Gavrilovich, el portero, se encargaba de subir la leña para las chimeneas y de mantener la calefacción en marcha. Aquel piso que le había parecido frío y destartalado se iba transformando en una cálida vivienda.

Paul lo apreciaba en lo que valía, pues hasta aquel momento nunca había podido disfrutar de un verdadero hogar, al menos tal como él lo imaginaba. Notaba las manos femeninas y se sentía muy satisfecho de poder compartir su vida con una mujer como Irina.

—¡También yo soy un proletario! —dijo a Irina—. ¿Acaso no soy un trabajador asalariado que no posee nada? ¡Un obrero que trabaja duramente para los capitalistas de Wall Street! ¡Estar contigo es el cielo para mí!

Con las dietas y el sueldo que tenía en Rusia, podía vivir como un verdadero potentado, muy lejos de lo que podía ganar Fiódor Yegórovich, que le había confesado lo que le pagaba el *Diario de San Petersburgo* y sintió una profunda vergüenza al compararlo. Era menos de la cuarta parte de lo que él percibía sin las dietas y, sin embargo, Fiódor era un extraordinario periodista capaz de conseguir las más difíciles entrevistas.

En aquellos días estaba intentando la más complicada de entre las que había realizado hasta el momento. La de Grigori Rasputín, el enigmático personaje del que todo el mundo hablaba. Los pertenecientes a la burguesía y a la nobleza, pero sobre todo los políticos, tenían una opinión nefasta de él, era alguien que estaba interfiriendo en los asuntos del gobierno y perjudicando la reputación del zar. Para quienes lo veían desde abajo, incluida la zarina y algunas aristócratas que la rodeaban, aquel hombre era una especie de santón con poderes mágicos, capaz de obrar grandes milagros. La convicción de los

socialistas y de los que deseaban la caída del zar era que Rasputín les estaba haciendo el trabajo sucio y que, sin duda alguna, antes o después, su actuación colaboraría en el desprestigio de la familia imperial. De hecho, en los últimos tiempos se hablaba mucho de la extraña relación de la zarina, «la alemana» o «la de Hesse», como la llamaban despectivamente, con aquel extravagante y misterioso individuo, del que lo único que se sabía era que había sido fichado por la Ojrana años atrás y que el zar lo aguantaba para mantener la paz familiar.

El interés de Paul por entrevistarlo se había agudizado a partir de la mañana en que caminaba por la Perspectiva Alexander Nevski, la principal avenida de la ciudad, cuando alguien le entregó un papel doblado. Vio que lo hacía también con otros transeúntes. Lo desdobló y lo leyó mientras seguía caminando. Se trataba de un panfleto sobre Rasputín y su relación con la zarina.

> *Quién es Grigori Yefímovich Rasputín. Se lo explicaremos: Un falso monje borracho, hijo de otro borracho. Un curandero que simula entrar en trance. Un lujurioso y obsceno individuo que se acuesta con la zarina alemana. Un ladrón de caballos, un mujeriego, un charlatán de pueblo que pretende engañar a los bobos que se le acercan para escucharlo. Un mentiroso, un vago que no ha trabajado en su vida. Un pederasta que pretende meterse en la cama de las princesas. Un sectario de los flagelantes que poco favor hace a la Iglesia Ortodoxa. Un instigador de orgías sexuales al que le da lo mismo la carne que el pescado. Un embaucador que se hace pasar por santo cuando en realidad es un demonio con el órgano sexual de un semental. Un timador que vive a costa de lo que saca a las aristócratas que van a buscarle por la fama de sus proezas sexuales. Un adivino que solo ve el futuro que le interesa. Un sacerdote que hace como que murmura antiguos ritos y solo masculla falsos textos que en realidad desconoce. Ese es Rasputín, el hombre que conducirá al Imperio Ruso a la perdición. ¿Y sabe por qué entra y sale de palacio cuando quiere? Porque la zarina es su amante secreta, aunque es un secreto a voces que el Zar es un cornudo. Este es el demonio que la Gran Duquesa Militza introdujo en la corte. Pronto le daremos más información. Permanezca atento.*

Allí acababa el texto. Volvió a doblarlo y se lo metió en el bolsillo. Aquel papel podía comprometerlo, pero quería guardarlo. Se dirigió al piso en el que no estaban ni Irina ni Nina. Se sentó delante de la Underwood y comenzó a escribir un artículo pensando que Rusia era como las matrioskas que vendían por la calle. Siempre había otra visión de la realidad dentro de la propia realidad. Nada era lo que parecía.

Habló con Fiódor sobre la posibilidad de lograr entrevistar al propio Rasputín. Su amigo negó con la cabeza. El santón había sido enviado de vuelta a su aldea siberiana. Cuando le enseñó el panfleto, Fiódor no daba crédito a lo que leía.

—¡Eso es que acaba de volver! Si es así, lo intentaré pero no te garantizo nada, pues después del escándalo que se produjo el año pasado, le dijeron que no hablara con nadie y lo apartaron de la corte. Si se encuentra de nuevo en palacio, es que la zarina ha impuesto su voluntad y ha ordenado que volviera. ¡Esa mujer está convencida de que Rasputín tiene poderes para curar a su hijo de la hemofilia!

A mediados de abril, Fiódor llegó una mañana asegurándole que había conseguido que Rasputín los recibiera, aunque con la condición de que no se le hicieran preguntas. Le explicó que solo el propio santón contaría su versión; su contacto le había advertido de que si se le preguntaba algo, Rasputín no contestaría salvo que lo considerara conveniente. Por otra parte, se le previno de que la Ojrana tenía vigilado a aquel hombre. Cuando Paul le preguntó cómo había conseguido la entrevista, Fiódor contestó que eso era secreto del sumario, aunque a continuación bajó la voz para decírselo.

—A través de Anna Vyrubova[75] —murmuró.

Según la prensa se trataba de una íntima amiga de la zarina. Pero le advirtió que esa relación no podía publicarse.

Paul aceptó las condiciones. En otro caso no habría entrevista y sentía una enorme curiosidad por conocer a aquel extraño personaje. Fiódor le dijo que tendrían que aguardar a que decidiera cuándo y cómo.

A finales de mayo, Fiódor vino a verle para decirle que ya tenían concertada la cita con Rasputín. Los recibiría el día siguiente en su propio piso a las cuatro de la tarde. Fiódor vino a buscarlo media hora antes y caminaron hasta un discreto edificio cercano al Almirantazgo. Aguardaron en la calle hasta

que llegó la hora exacta. Subieron en un ascensor vigilados por el portero, que probablemente estaría avisado. Fiódor pulsó el timbre y unos segundos más tarde Rasputín les abrió la puerta. Era un hombre alto y de contextura maciza, de rostro anguloso, cabello lacio largo y descuidado, manos fuertes, dedos gruesos con uñas demasiado largas y no muy pulcras. Olía a sudor mezclado con un leve aroma que repugnó a Paul. No parecía tratarse de alguien cuidadoso ni especialmente aseado.

Se quedó mirando con insistencia a Paul, obligándole a apartar los ojos. Hizo un leve gesto en silencio para invitarles a entrar en el piso. El apartamento olía igual que él. Los condujo por un pasillo mal iluminado a una salita que en otros tiempos había estado lujosamente decorada. Colgado en la pared, un crucifijo de marfil amarillento presidía la estancia. En aquel momento se notaba sucia y desordenada, los muebles tenían un dedo de polvo, y sobre la mesa había varias botellas de vodka y otros licores medio vacías. Rasputín las recogió y colocó sobre el suelo en un rincón de la sala. Paul pensó que se trataba de un hombre de escasa formación que pretendía aparentar otra cosa. Rasputín no le quitaba la vista de encima. Era una sensación incomoda, nunca lo habían presionado tanto con la mirada. Por un momento pensó que los ojos de Rasputín brillaban de lujuria. Hasta el momento no había pronunciado una palabra. El hombre se sentó frente a ellos haciendo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Bienvenidos a mi humilde casa. Mi nombre es Grigori Yefímovich Rasputín. Les he concedido la entrevista porque son de un importante diario americano; prefiero ser yo el que explique las circunstancias y no, como está sucediendo, que tergiversen mis palabras, o se las inventen. Así que, si les parece, comenzaré por el principio. Nací en Pokrovskoye, en Tobolsk, el corazón de Siberia, a unas dos mil verstas de aquí, donde mi padre, Yefim Iakovlevich, trabajó en el servicio imperial de correos. Mi vida ha sido tan sencilla o tan complicada como la de cualquier otro. Ahora resido en San Petersburgo, donde he sido llamado para consolar algunas almas agobiadas.

Mientras hablaba, Rasputín preparaba un té. Vertió agua hirviendo de un samovar en tres tazas en las que previamente había colocado un aromático té picado. Se movía con agilidad. Paul pensó que aquel hombre de fuerte complexión era más joven de lo que aparentaba con aquella sotana de color marrón oscuro y su larga barba de color ceniza. Paul seguía notando las miradas que pretendían traspasarlo. Fiódor estaba algo intimidado por el ambiente a pesar de su cínico carácter.

—¿Quieren azúcar? Yo lo prefiero al natural, siempre lo he tomado así —dijo pasándoles el azucarero—. Todo lo que ven aquí son obsequios de la buena gente que me quiere. Todo tiene nombres y apellidos, aunque yo los considero préstamos. La vida también es un valioso préstamo. ¿No es así?

Rasputín hablaba con voz profunda y sin atropellarse, acostumbrado a los sermones, aunque con un acento muy marcado. Paul levantó la mano aprovechando la pregunta, intentando expresarse en el mejor ruso que sabía.

—Sí. Yo también lo creo, tiene usted razón. Un préstamo maravilloso que mucha gente dilapida sin saberlo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Esa es la expresión exacta! ¡Dilapidar la existencia que el buen padre Dios nos ha otorgado! Pero ustedes quieren saber quién soy yo. Para eso han venido. Solo soy un humilde *mujik* que tuvo la fortuna de recibir algo de instrucción, al que Dios permitió estudiar sus enseñanzas. Creo que sé algo, muy poco, pero lo bastante para poder comprender a mis hermanos. El pecado nos abruma, la falta de fe, la soberbia, la codicia, la avaricia, la lujuria… sí, también la lujuria. Somos pecadores y por eso necesitamos consuelo. A esta casa llegan muchos pecadores, hombres y mujeres agobiados, agotados en su lucha contra los demonios. ¡Porque estamos rodeados de demonios! ¡Belcebú, Satanás, Lucifer, Arrimán, sobre todo este último, el demonio de la oscuridad y del vacío! ¡Todos ellos nos asedian y vigilan día y noche! ¿O no es así? ¡Solo se les puede vencer con la oración! —señaló a Paul con su largo dedo índice—. ¿Tú rezas, hijo mío?

La pregunta lo cogió desprevenido. Asintió, sin saber lo que debía contestar. No rezaba nunca, aunque su madre le había enseñado a hacerlo; cuando era pequeño lo obligaba a asistir a misa todos los domingos. Notó cómo Fiódor lo observaba con ironía.

—¡Hay que rezar siempre!

Rasputín bebió un largo sorbo de té muy caliente, ruidosamente, como acostumbraban a hacerlo los campesinos. El hombre no podía ocultar su procedencia y afirmó con una sonrisa:

—¡Sí! ¡Vengo de Siberia! ¡Un lugar frío pero hermoso! ¡Silencioso, abrumador, inmenso! ¿Conoces Siberia, hijo mío? —volvió a dirigirse a Paul.

—No. No la conozco pero deseo ir muy pronto. ¡Es imperdonable que aún no haya ido, pero lo haré cuando tenga una oportunidad!

—¡Sí! ¡Debes ir allí, hijo mío! ¡Aquella es una tierra bendita y muy pocos lo han entendido! ¡Envían a los condenados, que allí encuentran la paz! ¡Debes ir pronto! ¡Allí se me llena el espíritu de paz! ¡Aquí, en la gran ciudad, me rodea por todas partes el mal, la fatiga, el pecado! ¡Aquí los ricos quieren

hacer ostentación de lo que poseen y nunca están conformes con lo mucho que tienen! ¡No comprenden que no entrarán en el reino de los cielos! ¿Para qué tanto? Los mejores años de mi vida fueron aquellos en que no tenía nada. A lo largo de nuestra existencia vamos tirando de nuestras ambiciones, de nuestra codicia, una pesada rémora, y al final no somos capaces de dar un solo paso adelante. ¡Llevamos demasiada carga! ¡Para qué más! ¡Al cielo hay que llegar desnudo! Bien. Allí, en el monasterio de Verkhoturie, me llegó la vocación. ¡Yo era un gran pecador y de pronto comprendí que podía despojarme de la piel del pecado y comenzar a vivir de nuevo!

Rasputín volvió a beber té. Se llenó de nuevo la taza y volvió a ofrecerles.

—¿Otra taza de té? ¡Es un buen té! Regalo de una gran amiga que solo me trae lo mejor. ¡No comprende que no lo merezco! ¡Pero ella es generosa, y las almas generosas se salvarán siempre! ¡Hagan lo que hagan! Pero te decía que aquel día vi la luz. ¡Quería servir a Dios! ¡Por primera vez caí en trance al unirme a él! ¿Entiendes? Te lo pregunto porque hay quien no es capaz de comprender lo que se siente. Pero sé que tú puedes entenderme. ¿Verdad que puedes? ¡Lo sé porque yo puedo comprenderte a ti! ¡Tú no has llegado aquí por casualidad! ¡Habéis venido para comprobar si lo que se dice de Rasputín es cierto! ¿O no es así? ¡Pero yo os perdono! ¡Perdono a todos los que hablan sin saber! ¡A los que odian sin motivo!

Ambos notaban que la voz y las gesticulaciones de Rasputín se habían ido haciendo más exageradas, casi violentas. Fiódor lo observaba con los ojos muy abiertos. Un curandero charlatán que basaba su éxito en no permitir que nadie le preguntara nada durante su actuación y que probablemente se había aprendido aquella retahíla de memoria.

—¡Sí! ¡Puedes creerme! ¡He tenido visiones! ¡He visto a la Virgen María y a muchos santos! ¡He percibido la presencia de Dios, aunque es cierto que aún no me ha sido permitido contemplarlo en toda su gloria! ¡Pero lo veré pronto! ¡Lo sé! ¡Tengo la certeza! ¡Pero permitidme continuar, hijos míos! Me uní al pueblo de Dios, a los flagelantes[76]. ¿No los conocen por ese nombre? ¡A los ascetas! ¿Sabéis que es posible vivir prácticamente sin alimentarse? La oración también alimenta. ¡Probadlo! ¡Probadlo! Allí aprendí a entrar en éxtasis. ¿Sabéis lo que es eso? ¡Es como si estuvieras delante de las doradas puertas del paraíso! Muchos ignorantes nos odiaban. ¡Decían que éramos demonios y que cometíamos el pecado de la carne! ¡Ah! ¡Qué estúpidos ignorantes! ¡El mayor pecado es el de la envidia! ¡Y después el de la maledicencia! ¡Dios nos ha proporcionado el cuerpo que tenemos! ¡Nada en él es pecado! ¡Nada! ¿Me comprendéis, hijos míos?

Paul se sentía algo aturdido. Aquel hombre era un vendaval imparable. Fiódor ya no sonreía. No sabía si serían capaces de recordar todo lo que aquel santón, curandero, monje o místico, o lo que en realidad fuera les estaba diciendo con aquel chaparrón de preguntas que él mismo se contestaba. Se encontraba en el piso donde se decía que ocurrían tantas cosas, escuchando de viva voz al hombre que había sido capaz de sugestionar a la zarina y probablemente al zar, que no parecía capaz de quitárselo de encima. La habitación olía a una repugnante mezcla de aromas. Suciedad, hierbas de todo tipo recogidas del monte, vodka, sudor y el olor almizclado del sexo. Paul necesitaba salir de allí y respirar aire puro, pero la ocasión de poder estar con aquel misterioso personaje tan esquivo para los diarios rusos, y que sin embargo a ellos les había permitido entrar y escuchar su perorata, no podía desperdiciarla. Sus ojos eran tan profundos y brillantes que daban la impresión de llamear. Llevaban allí más de media hora y la tensión iba en aumento.

—¡Sí! ¡Me golpeaba con una rama de abedul! ¡Pero el dolor no quita los pecados! ¡Solo Dios puede perdonarnos! ¡Solo él sabe cuándo somos sinceros! ¡Aun así, el castigo físico ayuda al pecador! ¡El cielo se gana con lágrimas, no con placeres, no con sonrisas, no con mentiras! ¿Es así? ¡Ah, qué contento estoy de que hayáis venido! ¡Me han dicho que vienes de Nueva York! ¡De América! ¡Me gustaría ir a América! ¡Pero tú no eres americano sino ruso! ¿No? —Paul asintió, sorprendido—. ¡Un verdadero ruso! ¡Lo leo en tus ojos, en tu rostro, en tus manos! ¡Me recuerdas a alguien! ¿Pero qué te estaba contando? ¡Ah, sí! ¡Los flagelantes! ¡Permanecí tres años con ellos! ¡Tres largos años! ¡Tenía la espalda llagada por las varas de abedul, y el alma tan limpia, tan blanca como la nieve recién caída! ¡Ya verás la nieve de Siberia! ¡La más blanca y la más hermosa que nunca habrás visto! ¿No has venido hasta aquí para saber quién es en realidad Rasputín? ¡Pues déjame que te lo explique! ¡Me fui a servir de ayudante al hombre más santo de mí aldea! ¡Un santo varón! ¡Makariv! ¡Ah, qué hombre! Él comprendió que Dios me había dotado de algunas virtudes. Que yo era capaz de hacer milagros, de leer el futuro y de saber siempre a quién tenía delante. Sé bien lo que ambos pensáis de mí. ¡Pero no temáis! No os lo tomo en consideración, no podéis juzgar lo que no comprendéis. Aquel hombre me buscó esposa, Praskovia Fedorovna Dubrovina. ¡Una mujer sencilla! Una campesina ignorante que me dio tres hijos. Dios la recompensará. Entonces me sentí llamado a Tierra Santa. Lo dejé todo, partí para peregrinar y pisar el Gólgota. ¡Toqué la piedra sagrada donde Cristo nació! Cuando volví a Rusia era otro hombre y podía

sentir los poderes divinos dentro de mí. Comencé a viajar por todo el país, a sanar enfermos, a predecir el futuro, a realizar pequeños milagros. No tenía ningún mérito en lo que hacía, pues era Dios quien me dotaba de poderes. Con toda humildad tendré que decir que mi fama me precedía. Un día, en Kiev, la gran duquesa Militza[77] vino a verme. Se sentía enferma, agotada, desesperada. Cuando terminó de hablarme impuse mis manos sobre sus hombros, luego tomé las suyas y recé. Le dije que debía rezar conmigo. ¡Rezó con fe! ¡Cuando se levantó estaba curada! ¡Totalmente curada! ¡La fe hace milagros! Entonces dijo que quería llevarme a San Petersburgo, donde algunas personas me necesitaban. Añadió que se trataba de personas muy importantes. Le contesté que todos éramos iguales a ojos de Dios. Me besó la mano y dijo que de todas maneras me llamaría.

»El obispo de Kazán me había dado una carta para el obispo Serguéi de San Petersburgo. ¡Los caminos de Dios son inescrutables! Y así fue cómo llegué a esta ciudad pecadora. El obispo Serguéi me recibió enseguida. Le hablé con el corazón en la mano y aquel hombre santo lloró conmigo. La sinceridad, que es la llave de la verdad, lo puede todo. Me acostumbré a ir a verle con frecuencia. Me presentó a personas a las que yo podía ayudar. Así pasó un tiempo hasta que un día noté que la gente me señalaba por la calle. Yo me detenía un instante, los bendecía y al instante se formaba un corrillo. No podré negar que mi fama de hombre tocado por Dios se difundió por esta ciudad e incluso por la provincia. ¡Era su voluntad! ¿Por qué Dios se ha fijado en este pobre pecador? ¡Qué grandes misterios!».

Rasputín les hablaba sin dejar de moverse, se mesaba los cabellos, unía sus manos, levantaba los brazos haciendo gestos ampulosos, se sentaba y al instante volvía a incorporarse, era puro nervio. Aquel hombre no tendría más de cuarenta años, a pesar de sus canas, de las arrugas alrededor de los ojos, de sus manos nervudas y venosas. Fiódor lo observaba como si no fuera capaz de quitarle los ojos de encima, totalmente sugestionado por aquella extraña y potente personalidad. Llevaban allí más de una hora y Rasputín no había permanecido callado un solo instante. Aquel hombre era capaz de creerse sus propias fantasías.

—¡Yo tenía la certeza de que Dios me estaba guiando para una visión transcendental de nuestra madre Rusia! Se lo confesé al obispo Serguéi y él me dijo que pensaba lo mismo. Estaba convencido de que Dios me había hecho venir para algo muy especial. Al día siguiente me pidió que lo acompañara, y fuimos a la catedral de San Isaac. ¡Qué impresionante lugar! ¡Qué espacios tan hermosos! En la sacristía me presentó a un verdadero santo,

el patriarca Teófanes. ¡Confesor de la zarina Alexandra Feodorovna! Con él se encontraban el obispo Hermógenes, que llevaba la diócesis de Sarátov, el padre Iván de la parroquia de Kronstadt y otros popes. El obispo solo me pidió que les hablara como yo solía hacerlo con él. ¡A mí! ¡A un pobre monje! ¡Un pecador! Entonces les hablé como si todos ellos fueran mi propia familia. ¡Mis padres, mis propios hermanos! ¿Qué iba a hacer? ¡No podía hacerlo de otra manera! Eran hombres santos y yo un gran pecador. Les hablé llorando, me hinqué de rodillas y me confesé con todos ellos. Perdí la noción del tiempo. Hablé y hablé desde el fondo de mi corazón. Cuando abrí los ojos vi que todos lloraban llenos de emoción. El patriarca Teófanes sollozaba. Me besaron todos los presentes en ambas mejillas. Dijeron que habían presenciado un verdadero milagro. Que vieron mi rostro iluminado, que tuvieron la convicción de que mientras permanecía de rodillas me elevaba más de un palmo del suelo de la sacristía. Esa experiencia ya la he sufrido en varias ocasiones… y otras cosas que no quiero contar. Reconocieron que tras mi aspecto de *mujik* existía algo que no eran capaces de definir. Dijeron que pudieron percibir en mi humilde persona algo parecido a la santidad. ¡Así fue y así lo cuento! Me aseguraron que las palabras que yo acababa de pronunciar, y que sin embargo no era capaz de recordar, eran las más hermosas y sinceras que ninguno de ellos había escuchado jamás. ¡Así fue y así lo cuento! El patriarca Teófanes me bendijo. Aseguró que yo era un *staret*, un enviado de Dios. Luego me pidieron que los bendijera. Salí de allí abrumado ya que en mi vida me habían sucedido muchas cosas, pero nunca nada semejante. Después pasaron unos días hasta que una mañana, a través del patriarca, llegó a mi casa un viejo pope de su confianza con el encargo de llevarme ante la gran duquesa Militza. Recuerdo que nos aguardaba un coche de punto cerrado, y fuimos en silencio hasta el palacio donde viven la gran duquesa y su esposo, el gran duque Pedro Nikoláyevich[78]. ¡Primo del zar! También su hermana, la gran duquesa Anastasia, casada con el hermano menor de Pedro, Nicolás Nikoláyevich.

»El pope que me había conducido hasta allí se retiró y me quedé solo con ellos. ¡Volvió a repetirse el milagro! La gran duquesa Anastasia padecía un dolor crónico de estómago y, como es natural, ello los tenía a todos agobiados y a ella muy enferma. Le impuse las manos mientras todos rezábamos y al acabar ya no le dolía. ¡Un milagro! Todos querían besarme las manos. Les expliqué que no era yo quién obraba los milagros sino Dios. Entonces me contaron el terrible sufrimiento de la zarina a causa de la enfermedad del zarévich Alexei. Querían que los acompañase a palacio en aquel mismo

instante. Los tranquilicé. Les aseguré que estaba dispuesto a ir en cuanto me llamase la zarina. Después de aquello no hizo falta más. Esta es una gran ciudad para algunas cosas y muy pequeña para otras. Pronto se supo lo de la curación milagrosa de la gran duquesa, pues la noticia corrió como la pólvora, y aquella misma tarde llegó adonde me hospedaba un mensajero imperial con orden de que lo acompañara de inmediato. No podía negarme, de modo que fui con él a palacio. Me hicieron entrar por la puerta principal. ¡A mí, un humilde monje! ¡Ah! ¡Me sentí abrumado! Recuerdo que un chambelán me precedió hasta una sala. Unos minutos más tarde, otro anunció la entrada de la zarina Alejandra Feodorovna, la esposa del zar Nicolás II. ¡Me sentí emocionado! Me incliné en silencio, pues no sabía qué decir. Ella me tranquilizó con su dulce voz. Recuerdo que me dijo: “Grigori Yefímovich, eres bienvenido a esta casa. Te necesitamos. Mi hijo el príncipe Alexei te necesita. Sé que solo tú lograras curarle”. Volví a inclinarme…, yo solo era un enviado. Ella me pidió que la siguiera al dormitorio del príncipe. Al entrar tras la zarina en aquella cámara que olía a medicinas, dos doctores me observaron por encima del hombro. Ellos estaban aplicando su ciencia, ¿quién era yo para enmendarles la plana?

»Los milagros no existen para los hombres de ciencia. ¡Qué atrevida es la ignorancia! Aquel muchacho se encontraba verdaderamente grave, pálido, debilitado por la continua pérdida de sangre, la vida se le estaba escapando a chorros por una hemorragia interna del estómago. Era hemofílico, esa terrible enfermedad por la que la sangre es incapaz de coagular y cualquier pequeña herida puede ser mortal. La zarina no pudo evitar sollozar por la emoción. Me hallaba ante una madre angustiada al ver sufrir a su hijo querido. Pedí a los médicos que salieran. Intentaron resistirse pero la zarina los miró en silencio, Comprendieron de inmediato su voluntad y abandonaron la estancia. Alejandra Feodorovna es una mujer muy fuerte. Le pedí que rezara. Se puso de rodillas en un reclinatorio a los pies de la cama. Me arrodillé en el suelo. Coloqué mis manos sobre el vientre del príncipe. Noté el mal dentro del mismo. ¡Estaba allí agazapado, matándolo poco a poco! Entonces recé con todas mis fuerzas. Para aquellos doctores, la causa no era otra que la hemofilia. ¡Para mí eran las fuerzas del mal! ¡Tenía que expulsar a aquellos demonios! Rezamos y rezamos. Escuché rezar con verdadera fe a la zarina. Me di cuenta de que el príncipe deliraba. Me habían llamado en el último momento, tal vez demasiado tarde… ¡Pero nunca es demasiado tarde para Dios! Transcurrieron las horas, ya no sabía el tiempo que llevábamos allí, cuando de pronto el muchacho llamó a su madre: “¡Mamá! ¡Mamá!”. ¡La

misma llamada desde el principio de los tiempos! ¡El príncipe estaba salvado! Al menos aquella vez no iba a morir. La madre lo comprendió al instante y quiso besarme las manos. ¡Ella, la esposa del zar!».

Paul observó que Rasputín transpiraba por la emoción mientras contaba aquello. Tenía el rostro enrojecido y casi saltaba de la emoción de aquellos recuerdos. Fiódor Yegórovich bebió un sorbo de té. Paul tenía la boca seca y permanecía en silencio.

—La zarina estaba muy emocionada. Se quitó una cruz de platino y diamantes y me la entregó. ¿Queréis verla? ¡Ahí la tengo!

Rasputín se dirigió al buró. Tiró de uno de los cajones interiores y extrajo una pequeña arqueta de oro y marfil. La abrió. Estaba repleta de joyas. De entre ellas extrajo una cruz. Tendría un palmo de altura. Los diamantes destellaron en la habitación.

—¡Aquí la tenéis! ¡Vale una fortuna! Solo con esto podría adquirir una finca y hacerme una gran casa. Ahora tengo mucho oro y poca virtud. ¡Soy un pecador! ¡Dios mío, perdóname! A partir de aquel instante, la zarina quiso que permaneciera cerca de ella y de sus hijos, así que me prepararon una estancia en una de las alas del palacio. Luego me presentó a sus cuatro hijas. ¡Qué bellas muchachas! Cuando llegó el zar me arrodillé ante el padrecito de Rusia, pero él hizo que me incorporase. La zarina le explicó lo que había ocurrido mientras el zarévich Alexei se sentaba en la cama diciendo que quería cenar. ¡Todo era alegría! Les expliqué que yo solo era un humilde monje y que Dios me había tocado con su gracia pero que quien obraba los milagros era él. ¡Ah, qué sensación de paz! ¡Haber podido ayudar al mismísimo zar de todas las Rusias! ¡Yo, un humilde *mujik* de Pokrovskoye, de Tobolsk!

»Comencé a frecuentar el palacio y, cuando lo estimaba conveniente, me quedaba a dormir allí. Tenía plena libertad, vivía acá y allá, y así lo sigo haciendo, a mi criterio. La zarina me hace llamar de tanto en tanto y me pide consejo. Yo le hablo como si fuese un viejo amigo de la familia. A ella la llamo Alejandra Feodorovna, por su nombre de pila, y ella me llama Grigori Yefímovich. El zarévich Alexei solo confía en su asistente personal, Klimenty Nagorni, en el marinero Andrev Derevenko, en mí y, naturalmente, en su familia. Los médicos que lo estaban atendiendo no eran los adecuados. También la zarina necesitaba relajarse, conseguir más tranquilidad espiritual. Yo supe lo que tenía que hacer. Buscamos otros facultativos para el zarévich. Aquel muchacho requería mucho descanso para que su estado de nervios no

le impidiese conciliar el sueño. Así, al poco se encontraba mucho mejor. ¡La familia imperial se sentía más feliz!

»Solo hubo agradecimiento y bondad por ambos lados —continuó Rasputín con el rostro enrojecido—. Sé qué hablan de mí sin saber. ¡Malaventurados sean! Lo que sucedió fue natural, ya que el zar y la zarina deseaban tenerme cerca. Pronto sus parientes más cercanos, sus amigos, también quisieron verme. ¿Qué hay de extraño en ello? La envidia es muy mala consejera. Se desliza en el corazón de los hombres y algunos comenzaron a extender la difamación y la mentira. Ello ocasionó que el obispo Hermógenes no aceptase mi nueva posición, y con él algunos otros. ¡Hasta intentaron acabar conmigo! ¿Por qué? No soportan verme donde estoy… Otros mantienen que influyo en la zarina y que utilizo ese ascendiente para mis propios fines. ¡Ah, qué gran infamia! La zarina es una mujer extraordinaria y el único hombre que tiene ascendiente sobre ella es el zar Nicolás.

»Mis queridos hijos, no hay mucho más —Rasputín relajó su rostro—. Os he hablado con el corazón en la mano. Soy un hombre de Dios, no me interesan las riquezas ni el poder. Todo esto será para los pobres —dijo señalando las joyas—. ¡Yo no necesito nada, ni influencias, ni honores, ni prebendas! ¡Soy Rasputín, Grigori Yefímovich Rasputín!».

Se levantó. La reunión había terminado y los acompañó a la puerta sin decir una palabra más. Allí los bendijo. Luego les sonrió mientras cerraba la puerta tras ellos.

Ambos bajaron la escalera en silencio. Salieron a la calle. La brisa traía un aire puro y fresco del Báltico. Paul respiró hondo.

—¡Qué gusto! ¡Creí que íbamos a asfixiarnos! ¡Como olía ese apartamento, insoportable! ¡Por Dios santo!

A pesar de ello se sentía como en trance. No terminaba de asimilar lo sucedido. ¡Casi dos horas con el mismísimo Rasputín! Quería volver al piso para escribirlo y contar a Irina la experiencia. Pero también necesitaba ducharse, cambiarse de ropa, incluso de zapatos. Se notaba impregnado de aquel repugnante olor acre, extraño, intenso y salvaje que impregnaba al santón de Siberia del que se decía que tenía relaciones sexuales con muchas mujeres de cualquier edad de la aristocracia y la alta sociedad de San Petersburgo, a las que mantenía sugestionadas. Esa era la comidilla de toda la ciudad. Se señalaba a algunas encumbradas damas en concreto, como esa amiga de la zarina, Anna Vyrubova, a quien se acusaba de haber sido la verdadera impulsora de la entrada del santón en la corte.

Se despidió de Fiódor cerca de su casa. Subió y encontró a Irina leyendo. Le contó de dónde venía. Le dijo que iba a escribir el reportaje y que luego se lo daría para que lo leyera y le diera su opinión. Irina le confesó que aquel hombre le inspiraba un profundo temor.

—¡Es un animal salvaje! ¡Una vez me lo crucé por la calle y me miró como un lobo a su presa! ¡Temí que se abalanzara sobre mí! ¡Olía a fiera y sentí un profundo asco!

Paul podía entender muy bien a lo que se refería Irina. Ya más sereno en su casa, pensó que aquel hombre acababa de darles una exhibición de cinismo y de amoralidad. Con sus expresiones intentaba imitar el lenguaje de un pope y casi lo conseguía, pero su verdadera personalidad se percibía cuando pretendía ser más convincente. Los panfletos que se distribuían por las calles estaban haciendo pensar a la gente acerca de qué clase de persona sería aquel Rasputín. Todo el mundo hablaba de él. Incluso cuando preguntó por él a Mark Gavrilovich, el portero, le contestó que una hermosa muchacha a la que conocía había mantenido relaciones con el santón a cambio de un puesto de bailarina en el teatro Mariinski. ¡Y así tantas otras! Se decía de él que visitaba de noche los burdeles y que volvía borracho a su piso, en algunos casos hasta el punto de perder el control.

—¡Eso le perderá! —siguió Gavrilovich—. ¡No crea usted que en la corte lo quieren! ¡Solo la zarina está cegada con ese hombre! ¡A saber qué ocurrirá en palacio! ¡Esa alemana de Hesse conducirá al zar y al país a la ruina!

Supuso que así pensaba la mayoría de gente. Los adictos a la monarquía, por temor de que el santón terminase por corromperla; mientras que sus enemigos, los marxistas, los radicales, los demócratas, por ser conscientes de que, aunque Rasputín les hiciera el trabajo sucio, todo aquello enfangaba la imagen exterior de Rusia.

Satisfecho tras unas horas de redacción, envió el reportaje sobre Rasputín a Nueva York por correo certificado urgente. Quizás se pasara con el lenguaje, pero el consejo de redacción se encargaría de retocarlo; él no se había mordido la lengua.

Unos días más tarde, un hombre alto con traje algo raído lo abordó en la calle. Le preguntó sin más si era Paul Alexander. Cuando lo miró, sorprendido, el hombre se presentó como Konstantín Semiónovich, inspector de la policía política, la temida Ojrana, al tiempo que le mostraba una placa de metal grabada en la que se veía un águila bicéfala con un rotulo en el que

pudo leer *Ojránnoyie Otdeléniye*, o sea, Departamento de seguridad. Paul le preguntó qué pretendía de él.

—Bueno, señor Alexander, la verdad es que tengo que hablar con usted. ¿Quiere tomar un té o un café? La alternativa es que me acompañe a la comisaria.

Paul optó por ir a la cafetería más cercana, un elegante establecimiento de la Perspectiva Nevski que solía llenarse después de las funciones del cercano Teatro Mariinski, pero que en aquellos momentos se hallaba prácticamente vacío. Tomaron asiento junto al ventanal que daba a la avenida. Comenzaba a lloviznar. Ambos pidieron café. El hombre lo observaba en silencio.

—Mire, señor Alexander. No me andaré por las ramas. La deferencia con usted se debe a su situación. No queremos problemas con el corresponsal de un importante diario norteamericano. Pero verá, usted ha escrito un reportaje sobre Grigori Yefímovich Rasputín. ¿No es cierto?

—¡Ustedes han abierto mi correspondencia! ¡Es algo imperdonable! —Paul notaba cómo le subía la indignación a la cabeza—. ¿Lo hacen siempre? Una pregunta estúpida por mi parte… ¡Claro que lo hacen siempre! ¡Por Dios santo!

—¡Tranquilo, señor Alexander! Y le ruego que baje la voz, por su propio bien. ¡Aguarde un momento! Yo solo estoy diciendo que usted ha escrito un artículo sobre Rasputín. Puede publicarlo, pero antes deberá eliminar cualquier mención a la zarina. ¿Comprende lo que le digo?

Paul intentaba mantenerse tranquilo, lo que le estaba resultando muy difícil.

—¡Claro que lo comprendo! ¡Soy un ingenuo! ¡Me lo advirtieron! ¡Ustedes están leyendo todo lo que escribo desde el principio!

—¡Bueno, le ruego que no se altere! Ahora no estamos juzgando a los que llama «ustedes». Le estoy haciendo un favor. Hágame caso.

—¡Ah, sí! ¡Qué clase de favor! ¿De qué está hablando? ¿Y si me levanto y me voy? ¿Qué haría usted?

El inspector Semiónovich esbozó una sonrisa irónica.

—Bueno. Por mí puede usted marcharse cuando quiera, pero yo que usted no me iría ya que tengo que hacerle una advertencia que le conviene mucho atender. Creo que es mejor que me escuche. ¿Quiere hacerlo o definitivamente se levanta y se marcha con su dignidad herida?

Era una extraña manera de acusarlo de algo. ¿Qué pretendía aquel inspector de la Ojrana?

—¡De acuerdo! ¡Usted es aquí el representante de la autoridad, así que me quedo! ¡Dígame lo que tenga que decirme!

—¡Bien! ¡Es usted un hombre inteligente! ¡Me lo agradecerá! Tiene usted dos posibilidades. La primera es publicar ese reportaje tal y como lo ha escrito. Lo cierto es que eso no podemos impedirlo. ¡Aguarde un momento! ¡Aguarde a que termine! Si lo hiciera usted así, se vería obligado a abandonar inmediatamente el país para no volver. ¡Comprenderá que nadie tiene derecho a ofender a la zarina, además de que eso en este país es un delito grave! Ahora bien, si elimina todas las referencias a la familia imperial, nadie va a decirle nada. Rasputín no nos gusta a ninguno. Creo que le merece la pena pensarlo.

Paul se sentía indignado. Sin embargo era muy consciente de lo que aquel hombre le estaba proponiendo. Ni siquiera se lo podía tomar como una amenaza. Se bebió el café lentamente, reflexionando. Comprendió que no tenía otra opción y se quedó observando al inspector.

—¿Sabe lo que le digo, inspector? Usted también me ha caído simpático. Me recuerda a un amigo inspector de la policía del Bronx, en Nueva York. Va directo al grano, no se anda por las ramas, así que de acuerdo, lo rescribiré. No quiero problemas, y por supuesto no me gustaría tener que marcharme. No tengo nada personal contra la zarina. Creo que es mejor así. ¿De acuerdo?

El inspector esbozó una sonrisa.

—De acuerdo. Ya sabíamos que era usted un hombre con el que se podía razonar. Aquí tiene usted su carta certificada. Escribe usted muy bien. Me la han enviado a mí porque hablo inglés. Me alegro de que siga usted en Rusia, pero ya sabe. No se meta en camisa de once varas, aquí la familia real es intocable. El gobierno… depende, lo demás no nos incumbe en principio. No hay que ser un adivino para darse cuenta de que ese Rasputín acabará mal. Salvo la emperatriz que esta ciega por causa de la enfermedad del zarévich Alexei, nadie lo quiere aquí. Se ha convertido en un grave problema para le estabilidad del imperio, y eso es muy peligroso, sobre todo para él. Bueno, si tiene algún problema y cree que yo le puedo ayudar no dude en llamarme. Yo se lo solucionaré.

El inspector Semiónovich sacó del bolsillo interior de su abrigo el sobre de color marrón certificado dirigido al *New York Herald* y se lo entregó. En apariencia estaba intacto. Paul se quedó mirando al inspector. Su furia inicial se había disipado. Acababa de aprender algo importante.

—No le digo que no. Estoy intentando conocer Rusia en profundidad y no me gustaría tener que marcharme por las buenas. Me gusta demasiado este

país. En el fondo estoy de acuerdo en que me ha hecho usted un favor. Lo llamaré, aunque no sé lo que me podrá usted decir. Es policía.

—Bueno. Inténtelo. Tal vez se lleve una sorpresa. ¿Me permite que le haga un comentario sobre algo muy personal y privado que le afecta muy directamente?

Paul asintió. ¿De qué le estaba hablando aquel hombre? No tenía idea de por dónde podría salirle. Intentó bromear.

—¡Creía que habíamos terminado! ¡Sabe usted mucho sobre mí!

—Sí, ese es nuestro trabajo. A pesar de ello se nos escapan las mejores. Le ruego que reflexione antes de contestar. Se trata de algo muy, muy delicado: Irina Pávlova. Una muchacha preciosa si me lo permite, y además inteligente y todo lo que pueda decirse de bueno. Pero con un peligroso talón de Aquiles. Las relaciones peligrosas, *Les liaisons dangereuses* —que Semiónovich pronunció en un excelente francés.

Paul no quería quedarse atrás en aquel juego.

—Sí, la novela de Pierre Choderlos de Laclos. ¿Y quién es ella en ese drama? Me refiero a Irina. ¿La marquesa de Merteuil? ¿Y yo el vizconde de Valmont?

—Ya le he advertido que no debe enfadarse. No conduce a nada. Me encantan las personas cultas e inteligentes como usted. Mire, señor Alexander, estoy arriesgándome por hacerle otro favor más. Me cae usted bien. No tengo ningún prejuicio contra los extranjeros que vienen a Rusia. Mejor nos iría si vinieran muchos como usted. Tranquilícese, se lo ruego. ¿Me permite pagar los cafés?

Salieron a la calle. Había dejado de llover pero hacía más frío y se veía poca gente paseando, a pesar de que en San Petersburgo la gente no temía al tiempo.

—Hágame caso. Mire, todo el mundo cree que Rusia es inmensa. No es cierto. Si me acompañara a la Ojrana… y no se lo recomiendo en absoluto, podría ver que cabe entera en un almacén del sótano. Allí, en archivadores grises, se encuentra la verdadera Rusia. En ordenadas cartulinas que contienen los datos más importantes. Ahí estamos usted, sí, también usted, y yo, Irina, su madre, y todos los demás, incluyendo a nuestro común amigo Grigori Yefímovich Rasputín. Sí. También él, como supuesto ladrón de caballos, charlatán de feria, estafador, curandero y santo para la zarina. ¿Qué le parece? La familia imperial y sus parientes están en un archivador de color azul con tres llaves. Así son las cosas en la hermosa y dramática Rusia. Todo lo demás —el inspector Semiónovich hizo un amplio gesto con el brazo—

son estepas infinitas, bosques salvajes nunca pisados por el hombre e innumerables lagos. Un lugar que podríamos considerar vacío —le tendió la mano—. Ha sido un placer conocerle. No cometa tonterías, aún le queda por ver lo mejor de este país. Si me necesita, aquí tiene mí tarjeta. Envíe una nota a esta dirección diciendo dónde quiere que nos encontremos. ¡Pero no se le ocurra ir a buscarme allí! Adiós y buena suerte.

El inspector se alejó unos pasos. De pronto, como si lo hubiera pensado mejor, se volvió y caminó de nuevo hacia él.

—Mire, Alexander. A veces, las personas no quieren entender las cosas. Si sigue por ese camino, Irina Pávlova tendrá problemas. No me gustaría que una bella historia terminara mal. Es un detalle de respeto hacia usted, no se confunda.

El hombre se alejó por la acera mientras Paul permanecía quieto viéndole en la distancia. Caminó hacia su casa con la certeza de que aquel policía quería ayudarle.

Cuando intentó hablar con Irina de aquel encuentro y de lo que el inspector Semiónovich le había dicho, ella no quiso escucharle. Le contestó que sabía que la Ojrana la vigilaba, de hecho la habían detenido en una ocasión. Le contó que la interrogaron durante varias horas, después la ficharon y, sin más, la pusieron en libertad. Para ella la policía política no era el problema, sino los delatores, los provocadores, los tipos que cobraban de la policía por traicionar a los suyos. Le explicó que estaban convencidos de que tenían alguno dentro del partido, ya que la policía parecía adivinar sus movimientos.

A pesar de la serenidad que aparentaba Irina, Paul se sentía preocupado, y mucho más tras las palabras de advertencia del inspector. Fiódor le había explicado los métodos de la Ojrana. Desde la tortura a la desaparición. Según él, en ocasiones se les instruía un proceso sumarísimo secreto dentro de la comisaría central de San Petersburgo, en la calle Fontanka, y eran liquidados de inmediato. Los cuerpos se hacían desaparecer o se llevaban en algunos casos al instituto anatómico forense para su autopsia, a criterio del juez instructor. Otras veces los enviaban a alguna prisión perdida de Siberia para cumplir allí largas condenas a trabajos forzados, lo que en la práctica equivalía, en la mayoría de los casos, a la muerte. En pocas ocasiones se aplicaba la benevolencia. Tenía que ser por expresa indicación de algún alto cargo que tuviera relación con el prisionero.

No quería ni imaginar que algo así pudiera sucederle a Irina. Sin embargo, el inspector lo había advertido seriamente, y no tendría por qué haberlo hecho. Irina era una mujer mayor de edad y actuaba en consecuencia. La Ojrana existía para defender al régimen, aunque fuese un sistema corrupto, despótico y anacrónico; ellos cumplían con su obligación, defender al zar y al imperio de sus enemigos. Unos se encontraban en un bando, otros en el otro, como enemigos mortales. La policía sabía lo que Irina y los suyos estaban tramando y no iba a permitirlo. Fiódor no se tomó tan a la ligera como Irina la advertencia de Semiónovich. Conocía al inspector pues cuando algún extranjero se metía en problemas, acudían a él por su conocimiento del inglés y el alemán.

—Ese tipo no es el peor, digamos que da la impresión de tener sentimientos. Está acostumbrado a un trato más diplomático, ya que siempre está visitando las embajadas y los consulados. El gobierno no desea tener problemas con los extranjeros, sobre todo con los súbditos franceses, ingleses y alemanes. Aquí, hasta la fecha, americanos vienen muy pocos, y los que llegan son normalmente banqueros, empresarios y gente así. Con ellos no suele haber problemas. La policía tiene orden de llevar las cosas por un cauce más dialogante, como te acaba de suceder a ti. Es mucho más fácil dialogar que tener que expulsarte, con todo lo que ello significa. Habrías llegado a Nueva York y arremetido contra el gobierno de Rusia. En cambio ahora casi les debes un favor. Pero cuando se trata de ciudadanos rusos, las cosas son muy diferentes, no abunda la misericordia. Simplemente los detienen en cualquier lugar, los interrogan y, dependiendo de lo que consideren, los hacen desaparecer. Me preocupa Irina Pávlova. Es demasiado arriesgada, convencida de que a ella no va a pasarle nada. ¡Uf! Si la están investigando, es muy peligroso seguir en lo suyo como si nada.

En aquel momento llegó Irina y pudo escuchar las últimas palabras de Fiódor.

—¡Llevan años amenazando a todos los ciudadanos, que intentamos hablar de democracia y libertad! ¡La alternativa que proponen es pasar por el aro y agachar la cabeza! ¡Y yo no estoy dispuesta! ¡Paul es un extranjero acreditado, y tú eres demasiado conocido en San Petersburgo! ¡Yo soy rusa, y estoy más que harta de este maldito régimen! ¡Pero no temáis, tendré más cuidado, aunque sea para no oíros!

Aquella era la faceta de la personalidad de Irina que más preocupaba a Paul. Era una mujer independiente, lo que no era muy normal, y temía que su marxismo militante la condujera a un serio problema. Era como si la rebelión

que mantenía contra el régimen zarista fuese lo primordial, quizás lo único importante de su vida. En algún momento llegó a dudar si estaría manipulándolo, pero pronto desechó aquellos pensamientos; percibía el profundo cariño que ella le daba. Por su parte, notaba una sensación de bienestar cuando se hallaba junto a ella y al pensar en lo que su existencia había cambiado. Su verdadero hogar ya no se hallaba en Nueva York sino en aquel piso alquilado de San Petersburgo, en un principio tan frío y vacío.

Si no fuese por la amenaza que se cernía sobre ella, hubiera podido considerarse totalmente feliz, pero la certeza de que no podría apartar a Irina de todo ello le preocupaba mucho. El inspector Semiónovich se lo había advertido seriamente, aunque Irina parecía hacer caso omiso de sus palabras. Incluso Fiódor terció en el asunto, pues conocía bien a lo que se exponía Irina. No iba a librarla el hecho de ser mujer, ni siquiera el de tratarse de la compañera sentimental de un periodista americano. Ambos sabían que no iban a convencer al otro con sus argumentos y prefirieron no profundizar en el tema.

Unos días más tarde, Irina le propuso viajar a Borok, la pequeña aldea situada a unas veinticinco verstas de Okulovka con un apeadero del ferrocarril de San Petersburgo a Moscú, casi a mitad del trayecto hacia el sureste, donde su madre, Ludmilla Valenskovna, poseía una buena casa señorial y tierras arrendadas a uno de los *kulaks* de la aldea. Era parte de lo poco que se había podido librar de la ruina de la familia. Ella le contó que iba de tarde en tarde, pero que conservaba hermosos recuerdos del lugar en el que había pasado los veranos y algunas vacaciones de niña. Lo recordaba como un pequeño paraíso.

Paul se entusiasmó con la idea. Llevaba algún tiempo queriendo visitar el campo y deseaba comprobar cómo vivía la gente allí. A Fiódor le pareció una buena idea, pero dijo que él no podría acompañarles pues tenía trabajo en la redacción. A finales de octubre subieron al expreso de Moscú a las siete de la mañana, y doce horas más tarde descendían en el apeadero de Okulovka. Había anochecido y soplaba un viento frío. Tuvieron que refugiarse en el hostal cercano al apeadero, ya que comenzó a nevar. El hostal tenía solo tres habitaciones y la cena se la sirvieron en la cocina que hacía las veces de sala de estar y de comedor. Era una casa típica sin pretensiones en la que el propietario alquilaba habitaciones a los que llegaban a horas intempestivas, pero su sobriedad y naturalidad le parecieron encantadoras. Irina conocía a un

hombre que siempre les había llevado en su carro desde el apeadero hasta su casa, y pensó que al día siguiente los acercaría. A la mañana siguiente se acercaron pero resultó que había muerto hacía unos meses. Su viuda dijo que lo que podía haber hecho él lo haría ella, que también tenía que vivir. Aprestó el carro con un caballo fuerte aunque ya viejo y se pusieron en marcha hacia Borok. Tardaron casi cinco horas en llegar, el animal se conocía el camino de memoria.

La finca que había pertenecido a la familia de su padre desde hacía siglos cubría unas colinas muy suaves en las que se cultivaba trigo y avena. Un riachuelo corría por la falda sur marcando la propiedad, un bosquecillo de olmos y tilos seguía el cauce, y algo más arriba quedaba la casa en el camino a Borok. La parte cultivable de la propiedad estaba arrendada, pero el resto, incluyendo un amplio jardín y un huerto, lo cuidaba una familia que estaba con ellos desde siempre. La casa tenía una parte más antigua en malas condiciones, pero el resto, separado por una galería acristalada, era perfectamente habitable. Encendieron dos chimeneas, una en la amplia cocina y otra en un salón. El dormitorio que utilizarían se caldeaba con el tiro de la chimenea del salón. A Paul le pareció una casa que había vivido mejores épocas, pero aun así con mucha personalidad, con aquellos suelos de madera que crujían al caminar sobre ellos, y aquellos viejos muebles, algunos de ellos muy antiguos. Apenas unas horas más tarde, la parte de la casa que iban a utilizar ya estaba templada, y era agradable ver nevar afuera. Aquel año la nieve se había adelantado. Él la abrazó diciéndole que por primera vez en su vida sabía lo que era tener un hogar, y ella le devolvió el abrazo confesándole entre sollozos de alegría que estaba enamorada como nunca lo hubiera creído. Le prometió que sería más prudente en sus actividades políticas ya que no deseaba tener problemas y arriesgarse a que pudieran separarla de él. Paul le dijo que a él le sucedía lo mismo y que ya nunca se separarían, ocurriera lo que ocurriera. La fuerza irresistible que le había hecho retornar a Rusia no podía ser fruto del azar. Irina estaba emocionada de encontrarse allí. Su madre, que solía ir un par de veces al año, había hecho construir hacía años un baño como el que tenía en su piso en San Petersburgo junto a los dormitorios, y aunque el agua había que traerla del pozo, aquello le había dado una gran comodidad, ya que las antiguas letrinas se encontraban en el exterior. Muy cerca estaban las cuadras de las caballerías, en las que solo quedaba una vieja yegua y un potro ya domado.

La hija de los caseros fue a echarles una mano y les llevó comida preparada por su madre. También les llevaron leche recién ordeñada de la

media docena de vacas con la que se fabricaba un sabroso queso y la mantequilla que se hacía todos los días, huevos, mermelada, miel y una cecina de carne con la que la gente se alimentaba en el largo invierno. Bajo la paja tenían patatas, cebollas y manzanas, y en la despensa una ristra de ajos, un saquito de azúcar, sal, remolachas y distintas conservas de frutas y verduras, además de algunas latas. Irina le dijo que para los días que iban a estar tenían comida de sobra. Allí todo era natural y algo rústico. La sopa de patata, la tarta de queso, exquisita, el pan que amasaba y horneaba todas las madrugadas la casera, los huevos que se recogían entre la paja, en el gallinero, las cerezas conservadas en licor, botes de cristal de conservas de frambuesas, arándanos y otras frutas, y por supuesto, vino. Ella le advirtió que sus caseros estaban sacando todo lo que tenían, no solo porque era la hija de la propietaria sino por la tradición hospitalaria rusa.

Las siguientes semanas nevó intensamente. Los campesinos se trasladaban en trineos y los más pudientes, como los *kulaks* y los propietarios de tierras, en troikas de caballos que hacían sonar sus cascabeles. Paul se sentía a gusto allí, a pesar del cambio radical con el ambiente de San Petersburgo. Quería aprovechar para poner en orden sus notas e instaló una mesa en una esquina del cuarto de estar, junto a una ventana desde la que veía el paisaje. Quería avanzar en su libro sobre lo que estaba sucediendo en Rusia, convencido de que la realidad le iría ayudando. Irina lo animaba a ello y le servía de guía ya que conocía bien la historia y las costumbres de su país. De vez en cuando, lo reclamaba para que la ayudase en alguna pequeña faena de reparación y limpieza de la casa, lo que no le molestaba, pues estaba descubriendo a una Irina desconocida, hogareña y dulce, que le contaba cosas de su niñez, cuando vivía su padre y el mundo era más amable y diferente. A Paul le gustaba aprender sobre todo aquello, y que ella le contara cosas de entonces. Él apenas había hablado con su madre de su vida en Rusia, mientras fue un niño y después un joven inquieto, se sentía un americano más. Su madre tampoco guardaba buenos recuerdos o no lo hizo partícipe de ellos, quiso mantener aquella difícil y dura etapa de su vida en un segundo plano.

Irina contrató a unos carpinteros de Borok para que arreglasen algunas de las vigas de la parte de la casa que tenía los tejados dañados. Su madre le había encomendado aquel encargo y quería llevarlo a cabo lo antes posible.

Por lo que Paul preguntaba a unos y a otros, iba formándose una idea de la situación de los campesinos. En general, se encontraban en una difícil

tesitura, al límite de la pura supervivencia. Los que habían adquirido tierras de acuerdo a los decretos de reforma agraria no eran capaces de generar la renta suficiente ni tan siquiera para pagar los intereses de la hipoteca, por lo que muchos no tenían otra opción que abandonar las tierras, sumidos en la desesperación de no saber cómo podrían alimentar a sus hijos, malvendiendo lo poco que tenían y que no se podrían llevar a las ciudades, como sus animales de labor o sus vacas lecheras. Se marchaban con un profundo dolor y con lo puesto a San Petersburgo o a Moscú, intentando encontrar allí un trabajo cualquiera que les permitiese sobrevivir. Ese era el cambio dramático que estaba viviendo el país: una transformación forzada y casi violenta de *mujiks* y campesinos pobres en masa ingente de obreros o parados que no tenía nada que perder. Al llegar a las grandes urbes, San Petersburgo, Moscú, Smolensko, Kiev, Novgorod, Kazán o cualquier otra, el ignorante, sumiso y tímido hombre del campo, hijo o nieto de siervos, prácticamente esclavos atados a la tierra, descubría sorprendido un universo en el que de pronto podía ubicarse. Algo similar había ocurrido con aquel servicio militar casi eterno tras el cual se obtenía la emancipación. Entonces aparecía la rebeldía, la indignación, al comprender el abuso al que todos ellos habían estado sometidos. Los que tenían más capacidad intelectual, o más interés por salir de la ignorancia, escuchaban los mítines, aprendían a leer por poder entender lo que Marx, Lenin, Plejánov y los demás profetas de la revolución les estaban manifestando. Todo ello en un terreno abonado por gentes como Pushkin, que ya había dado un sentido intelectual a sus novelas; Gogol, que venía a decir que Dios estaría en las iglesias pero que el diablo estaba en todas partes; Tolstoi, que hablaba de justicia social y de igualdad, o Chéjov, que las mataba callando y había hecho pensar a los afortunados que habían podido leer o asistir a sus obras, en aquella eslavofilia en la que el anarquismo y lo libertario era la base de su herencia. Otros, los que aún no se sentían preparados para el cambio, no tenían más salida que trabajar hasta altas horas de la noche, tallando cubiertos y vasijas de madera, cardando lana, tejiendo mantas rústicas, o lo que fuera, con el fin de intentar sacar algo más, sabiendo que al final no tendrían otra opción que irse también ellos.

Paul pensó que aquello era lo que había hecho emigrar a sus padres. Desconocía los motivos por los que el hombre que lo engendró tomó la decisión de abandonar a su madre y a su hijo recién nacido justo en el momento de llegar a los Estados Unidos, y nunca regresó para saber de ellos. Muchas veces había pensado en aquello, pero no tenía ninguna información, ni sabía de dónde sacarla.

La mayoría de los campesinos utilizaba herramientas muy primitivas comparadas con las que utilizaban los agricultores en los Estados Unidos: guadañas, rastrillos, azadones, palas, todas ellas fabricadas en la herrería del pueblo. Las insalubres condiciones de la gente podían considerarse de extrema pobreza. Intentaban sobrevivir con las conservas caseras de la temporada anterior, un milagro cotidiano. Aquella aldea, por otra parte similar a la mayoría de ellas, congelada en el tiempo con sus habitantes que seguían viviendo en el siglo XVII, era la imagen de una Rusia mínimamente industrializada, con absoluta dependencia de la agricultura, en la que los aristócratas se llevaban la parte del león mientras los campesinos apenas percibían una renta miserable. No era capaz de comprender cómo no se alzaban todos ellos en contra del sistema.

Cuando comentó aquello con Irina, ella le dio su punto de vista, aunque le hizo ver que no era el caso de su familia. Su padre había sido un importante terrateniente que se arruinó al invertir en negocios que no dominaba, durante la deplorable situación financiera del país en 1905.

—Mira, Paul. El campesino ruso considera enemigos naturales a los propietarios de las tierras, igual que a los recaudadores de impuestos y a los militares que llegan a los pueblos para hacer las levas y llevarse a sus hijos, lo que además significa que la familia se vea gravemente perjudicada. El Estado es un ente lejano, complejo y negativo que solo les ocasiona problemas. De ahí puedes deducir que el campesino es en el fondo un anarquista. Por otra parte, el campesinado se ve incapaz de iniciar una rebelión, tal es su situación límite, lo único importante es lograr sobrevivir un día más. Y, por encima de todo, está la opresión del vasallaje. A pesar de la emancipación de hace medio siglo, las maneras de los propietarios para con los campesinos siguen siendo anacrónicas. Hemos pasado de un sistema feudal al capitalismo, mientras que el sistema político permanece estático, inalterado. Las expectativas generadas han conseguido crear un ambiente de frustración. Sin embargo ahora parece que comienza a moverse algo. La relación de muchas familias con sus parientes más o menos cercanos que han emigrado a las ciudades, y que mal que bien se han transformado en proletarios, les ha hecho convencerse de que el lema hasta ahora utópico de «tierra y libertad» solo lo podrán conseguir a través de la revolución. Fíjate en este pueblo. Tal vez mil quinientos habitantes. Al menos un cinco por ciento, menos de cien, normalmente jóvenes, se encuentran en San Petersburgo o en Moscú. Ellos son los que han iniciado el cambio. Están allí, más que trabajando, aprendiendo los modos de los obreros que ya llevan tiempo en la ciudad, y desde allí pueden observar

sus aldeas con perspectiva. Los líderes, las cabezas pensantes, provienen de una minoría. La inteligencia. Ellos son los que crearon el movimiento narodnichestvo, un populismo revolucionario en el que cada uno ha ido aportando su criterio. Pero se equivocan los que creen que la revolución la podrá llevar a cabo la élite revolucionaria.

Mientras escuchaba a Irina, Paul se daba cuenta de que ella lo veía todo desde el punto de vista marxista. Para él, existían otros factores que no se podían valorar pero que, al final, inclinarían la balanza. Los campesinos eran gente apegada a su tierra, por lo que no resultaría fácil moverlos de ella. Eran desconfiados, no aceptaban con facilidad los cambios, mantenían sus tradiciones y cultura, y estaban acostumbrados a vivir sin dinero, ya que no dependían directamente del consumo.

Aquellas semanas en Borok le resultaron de gran interés. Pudo entender que el verdadero poder de Rusia se asentaba en una inmensa masa campesina, prácticamente analfabeta, muy tradicionalista bajo la influencia de la Iglesia ortodoxa, que a su vez difundía valores extremadamente conservadores. No tenía la misma fe que Irina en que el día que estallara la revolución, los campesinos y los trabajadores industriales fuesen a tomar el mismo camino. Irina estaba en contra de la tercera Duma, y convencida de que la muerte de Piotr Stolypin iba a cambiar las cosas. Creía que las reformas que se estaban llevando a cabo, en apariencia a favor de los campesinos, no eran más que un señuelo para apaciguarlos o, como ella decía, domesticarlos. Paul le dijo que en cualquier caso parecían caminar por la senda adecuada, aunque ella se negó a escucharle.

A pesar de sus diferencias ideológicas, Paul estaba convencido de que ella lo amaba, pero no podía evitar sentir celos cuando Irina hablaba de Trotsky con enorme fervor, pues lo tenía totalmente idealizado. Cuando intentó discutir con ella acerca del pensamiento de aquel carismático líder menchevique, se negó a escuchar sus argumentos. Fue la primera vez que notó que ella anteponía sus principios políticos a sus sentimientos.

VIII
1913

Volvieron a San Petersburgo a mediados de enero de 1913. Con la excusa de la pascua ortodoxa, Ludmilla Valenskovna, la madre de Irina, los invitó a cenar en su piso. Era una mujer alta y esbelta, todavía joven —apenas sobrepasaba la cuarentena—, sus facciones seguían siendo bellas, con unos grandes ojos de color violeta y un largo cabello rubio rematado en un moño.

Estaba al corriente de sus relaciones, aunque no quiso hacer ningún comentario. Sin embargo le hizo una serie de preguntas sobre los Estados Unidos, sentía una gran curiosidad por aquel remoto país al que pretendían equiparar a Rusia por sus enormes dimensiones, y por ser el destino de la mayoría de los rusos que se veían obligados a abandonar el país. Se interesó por sus reportajes.

Que Irina estuviera en relaciones con él era del agrado de Ludmilla, que tuviera una pareja estable la tranquilizaba. Conocía las aficiones políticas de su hija y que tuviera a alguien con ella, con pasaporte extranjero, viviendo en un buen piso, sin problemas económicos y sin vinculaciones políticas ni partidistas, le permitían pensar que Irina iba a darle en adelante menos disgustos.

A lo largo de la cena discutió un par de veces con ella, la advirtió de que la policía no se andaba por las ramas, y el ser mujer no iba a librarla de tener problemas, sino todo lo contrario. A Irina le disgustaba el sesgo de la conversación e intentaba cambiar de tema sin éxito, por lo que al rato, en la sobremesa, se levantó con brusquedad y se despidió de su madre.

Mientras volvían a casa a pie, aprovechando la noche menos fría, en la penumbra de la luna llena, Paul le recriminó el no haber tenido más paciencia con su madre y no haber derivado la conversación por otros derroteros. Pero Irina permaneció callada, contrariada por la situación. Ella había querido que Paul conociera a su madre y estaba preocupada por la imagen que se llevara de ella.

Durante el resto del invierno de 1913, Paul se dedicó en cuerpo y alma a sus reportajes. Los comentarios que le llegaban desde Nueva York eran elogiosos, le obligaban a superarse. Desde la redacción le exigían un mayor número de páginas, ya que los lectores, entusiasmados con los temas,

demandaban más información. Eso hacía que Fiódor Yegórovich buscase otros personajes y escenarios, en ocasiones bastante alejados de San Petersburgo. Estuvieron en Smolensko, Kiev, de nuevo en Moscú, en Novgorod y en Kazán. En todas partes encontraba un clima político y social en apariencia tranquilo pero en realidad cada vez más radicalizado, y respuestas más violentas de las autoridades, que percibían aquella oleada de protestas sociales como una gran amenaza para el país. La situación económica seguía deteriorándose y en algunos lugares se vivía la angustiosa situación del comienzo de la hambruna, con gente que no tenía donde refugiarse. También le permitió conocer más a fondo los sentimientos de los rusos en relación con su país. Lo que Fiódor llamaba «el alma rusa», para distinguirlos de otros. En efecto los rusos eran melancólicos, sentimentales, amplios de miras, familiares, creativos y filósofos de lo suyo, aunque en ocasiones podían llegar a ser rudos, cuando no violentos. Se trataba de gente oprimida que intentaba luchar contra las enormes dificultades que se estaban dando en el país. Todo era muy diferente a los Estados Unidos, le sorprendía la inteligencia de la gente común y el nivel cultural de los habitantes de las ciudades, que llenaban conferencias, obras de teatro, conciertos… cualquier manifestación cultural. También le llamaba la atención el sentido práctico y la resistencia a las adversidades de los campesinos.

Irina seguía con sus actividades políticas, asistiendo a todos los mítines que podía, colaborando en la edición de algunos documentos prohibidos que el partido le encargaba para transformarlos en panfletos, un riesgo evidente de intervención policial. Desde el primer momento se negó a que él participara en nada. No le permitía interferir. Ella no podía entender por qué él pretendía meterse en algo que consideraba suyo, y a la vez, él creía que ella no le otorgaba la confianza suficiente y quería mantenerlo al margen de su actividad política. Eso los condujo a un distanciamiento. Irina se levantaba temprano y se marchaba sin decirle nada. Paul quería creer que se comportaba así para no implicarlo, y eso le hacía ser comprensivo con la actitud de Irina, aunque en ocasiones pensaba que ella se reservaba la información, precisamente por su profesión de periodista extranjero, es decir, no digno de confianza en principio para el partido, que tal vez le habría prohibido hacerle partícipe de nada. Se sentía confuso. No sabía qué pensar.

Irina volvía al piso por la tarde a última hora, era raro el día en que llegaba para comer con él. En ocasiones parecía arrepentirse de su frialdad y se esforzaba en parecer cariñosa, actuando como si nada estuviera sucediendo. Luego las aguas volvían a su cauce ya que, a pesar de todo,

ambos se amaban y respetaban mutuamente. Para Paul aquel piso en Konjusennaya Ulitsa, cercano al Palacio de Invierno y al Hermitage, era ya su verdadero hogar, y no podía dejar de pensar que había llegado a aquel país sintiéndose muy orgulloso de su pasaporte norteamericano, y de su país, y de que en Rusia, un lugar que muchos tenían por atrasado e ignorante, estaba encontrando no solo mucha gente con una cultura sofisticada, un inmenso imperio con una increíble historia, y sobre todo el verdadero sentido de su vida. Nunca se había sentido tan feliz ni tan realizado, y cuando volvía al piso lo hacía sabiendo que cada día era distinto y que debía aprovecharlo. Recordaba Nueva York, con sus días monótonos, iguales, sin alicientes, mientras que tal vez por la novedad, en San Petersburgo, cada día era para él muy diferente al anterior.

Irina era en el fondo una mujer dulce y él notaba cómo lo cuidaba; su preocupación casi maternal hacía que se sintiera a gusto, que no pasara frío, y cómo lo aconsejaba en todo. Cuando se lo contó a Fiódor, su amigo le explicó que esa forma de ser era parte de la idiosincrasia de la mujer rusa, cariñosa, atenta, y sobre todo pendiente de su familia. Un carácter especial de las mujeres rusas, acostumbradas a salir adelante en un entorno hostil, entregándose a los suyos con total altruismo.

En el viaje que realizó solo a Moscú a principios de la primavera, volvió a buscar a Natalia Goncharova y a Mijaíl Lariónov, con los que seguía carteándose y manteniendo una buena relación de amistad. En su piso-estudio conoció a los hermanos David[79] y Vladimir Burliuk, que acababan de regresar de Múnich, donde habían trabajado con Kandinsky. Le contaron que habían expuesto en la librería y galería de arte Hans Goltz en marzo de 1912, con el grupo *Der Blaue Reiter*[80]. Sin embargo, al conocer a Natalia y a Mijaíl, ambos hermanos tomaron la decisión de permanecer cerca de ellos y compartir sus experiencias.

David Burliuk estaba muy influenciado por Kandinsky y trabajaba en encontrar su propio lenguaje vinculado al futurismo. Con treinta años tenía la ilusión de llevar a cabo un cambio transcendental en la pintura. Su hermano Vladimir lo observaba con admiración, aunque después de mostrarle lo último que estaba pintando, Paul pensó, sin hacer comentarios, que Vladimir iba muy por delante de su hermano.

Aquellas reuniones en el estudio de Natalia y Mijaíl, que ya lo consideraban alguien muy cercano, le permitieron aprender algunos conceptos

con los que no estaba familiarizado. Hasta allí llegaban no solo pintores como los hermanos Burliuk, sino poetas como Velemir Khlebnikov[81] y jóvenes estudiantes como Vladimir Maiakovski[82], que les enseñaba con cierta timidez lo que escribía. Allí se hablaba de todo con absoluta libertad. También se acercaban con frecuencia algunas jóvenes promesas como Liubov Popova[83], Olga Rozanova o Alexandra Exter[84].

Mientras, Natalia, que a pesar de todo echaba de menos su vida en el campo, pretendía imitar con sus últimas creaciones el arte popular, en una profunda búsqueda del primitivismo y de lo auténtico. Malevich y Tatlin tenían mucho que decir en todo ello, como ya lo habían demostrado en la exposición titulada *El rabo del burro*, a finales de 1912, después de que Lariónov comentara cínicamente que en París se había expuesto como una gran cosa un cuadro pintado atando un pincel a la cola de un asno, sin que por supuesto los espectadores lo supieran. Malevich estaba más cerca de encontrar una vía de asimilación del arte «fauve» a través de las raíces de lo popular, con una intensa búsqueda del origen mismo de ello y le mostró *El afilador*, una de sus últimas obras.

Para Paul todo era nuevo y estaba encantado de aprender de aquellos jóvenes sabios. Sin embargo, no lograba escapar de los conceptos políticos que aquel nuevo lenguaje incorporaba. Así se lo hizo ver una noche Malevich, quien sentía una gran admiración por los Estados Unidos y que le había preguntado cómo se vivía en América. Allí, en una amplia tertulia, sentados o tumbados entre cojines y caballetes, con pinturas a medio elaborar, rodeado de todos los amigos de Natalia, bebiendo café y vodka para entonarse, discutían acerca del simbolismo de *El afilador*, obra en la que Malevich había intentado encontrar la nueva relación entre el hombre y las máquinas. Según él, las máquinas lograrían finalmente liberar al hombre de sus tareas más duras y competitivas, mientras que la tesis de Natalia era que las máquinas llegarían a destruir a la humanidad, o al menos a perjudicar las relaciones humanas.

Paul les habló de los tractores que comenzaban a utilizarse en el Medio Oeste de Estados Unidos y de cómo la utilización de aquellas máquinas había conseguido incrementar la renta de los agricultores de una forma exponencial. Afirmó que su futura incorporación a la agricultura rusa colaboraría en mejorar el nivel de vida de la población. Algunos de los presentes disentían de ello, asegurando que mientras no se llevase previamente a cabo una

revolución liberadora que consiguiese dar la tierra a los que la trabajaban, sería imposible tal cosa.

Allí, entre la espesa nube del humo de los cigarrillos que todos fumaban uno tras otro, ellas más que ellos en expresión de la liberación femenina, mientras se discutía apasionadamente, Paul percibía cómo se fraguaban las nuevas ideas y se exponían las más audaces tesis. Entusiasmado, no se resistió a comentarlo en voz alta.

—¡Este maravilloso estudio de Natalia y Mijaíl es como un volcán en erupción! ¡Amigos míos, no sois conscientes de ello, pero creo que aun sin serlo estáis cambiando el mundo! Es cierto que Marinetti**[85]** ha influido algo desde Italia, pero creo que el verdadero pensamiento artístico del mundo se encuentra ahora entre Moscú y San Petersburgo. ¡Y una importante parte de ese pensamiento, no tengo la menor duda de ello, esta noche está aquí!

De inmediato todos los presentes, entusiasmados por sus palabras, brindaron por él, por el *New York Herald* y por los Estados Unidos, al tiempo que entraban Jlébnikov, Alekséi Kruchénij, Vladimir Maiakovski e Igor Severyanin**[86]**, que acababan de llegar de San Petersburgo en el Expreso y fueron recibidos con una gran ovación por los presentes. Natalia comentó riendo que si seguían así, tendrían que alquilar el piso de al lado, pues ya no cabía un alfiler. Le dijo que el portero protestaba por aquellas reuniones y que, para calmarlo, le bajaban una botella de vodka de vez en cuando.

Mijaíl Lariónov se puso en pie, bebió un vaso de vodka y replicó con pasión y cierta rudeza a las palabras de Paul:

—¡A mí no me hace falta Marinetti! Ese tipo es un burgués con ideas burguesas. Me basta con los incisivos poemas de nuestro joven Maiakovski para entonar mi sentido artístico. ¡O asomarme a tu obra, David Burliuk! La poesía es el arma que derribará este régimen, ya sea con palabras, con pinceladas o con ideas. ¡Pero no te equivoques, Paul! Lo mismo está sucediendo en Kiev, en Járkov, en Odesa, en Kazán, incluso en la mercantil y burguesa Novgorod. ¡En cualquier parte de Rusia! Esto es algo ya imparable. El anacrónico imperio de los zares se encuentra en su crepúsculo y la única política válida es la revolución. Lo demás son mentiras de los burgueses, terratenientes, aristócratas y altos funcionarios que pretenden conservar calientes sus sillones, y alargar la agonía de un sistema injusto.

También Natalia estaba sobrexcitada y eufórica, achispada por el alcohol, y apoyaba con aullidos de entusiasmo las palabras de su compañero.

—¡Bien por Mijaíl Lariónov! ¡Brindemos por él! ¡Brindemos por la revolución! ¡El arte no debe supeditarse al poder sino derribarlo! ¡Me da lo

mismo hablar de futurismo[87] y de sus variantes, o del rayonismo, el suprematismo, el cubismo o el constructivismo! ¡Me da lo mismo que los burgueses consideren que solo somos unos revolucionarios que no saben pintar como los clásicos! También Chéjov se rio del sistema. Hasta el abuelo Tolstoi estaría aquí aplaudiendo la idea. ¡A la mierda con el zar y su parentela! —Natalia ya no se mordía la lengua.

—¡Sí! ¡Al maldito infierno con todos esos explotadores y chupasangres! —David Burliuk no quería quedarse atrás—. ¡Viva la cultura proletaria! ¡Lenin tiene razón! ¡Incluso Trotsky! ¡Ya está bien de artistas que ven el mundo con los ojos de los señores y de cómo los príncipes les dicen que deben verlo! ¡El mundo es como lo ven los niños, los limpios de corazón y los campesinos! ¡Los campesinos luchan con la realidad todos los días y ellos son los que perciben y sienten el verdadero mundo! ¡Todo lo que nos han enseñado es falso, está hecho a su medida, como a ellos les interesa! ¡Los burgueses lo han corrompido todo: el arte, la ciencia, la literatura, pero nosotros les enseñaremos la verdad! ¡Brindemos por los proletarios! ¡Viva Lenin! ¡Tendría que volver cuanto antes!

—¡No seas ingenuo, David! ¡Para que la Ojrana pudiera eliminarlo en cuanto lo localizasen! Lenin vendrá en su momento y mientras, nosotros tendremos que prepararle el terreno.

Kazimir Malevich, que había permanecido en silencio hasta entonces, no estaba demasiado de acuerdo con aquellas teorías tan idealistas.

—¡No os equivoquéis, compañeros! Nuestra cultura surge de lo que poseemos. Ahora estamos intentando imitar el arte primitivo, encontrar el verdadero lenguaje, y solo lo podremos lograr si conocemos bien lo que tenemos. ¡No somos inventores sino evolucionistas, y no podemos renegar del pasado sino escoger las fuentes verdaderas! ¡Tenemos que renovarlo todo, todo, comenzando por el sistema! ¿O qué alternativas tenemos? ¿Volver todos al bosque vestidos de pieles y cazando con flechas de punta de pedernal? ¡Lo que sí es importante es lo que pretendemos construir sobre estos cimientos! ¡Tenemos que encontrar un lenguaje altruista, generoso, amplio, que impacte a los que lo contemplen, que les transmita todo esto! ¡Lo demás no importa… Llegará solo!

Paul asistía a aquellas reuniones todas las noches, estaba en el lugar donde se estaba cociendo la redoma de la revolución, no solo artística, sino sobre todo del orden social y económico. Tras una larga cena con Natalia y Mijaíl, llegaban al estudio normalmente alrededor de las nueve de la noche, y las veladas se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Casi todos los

asistentes, con la excepción de él y algún amigo curioso o interesado, eran verdaderos artistas que consideraban que las mañanas estaban hechas para dormir y las noches para pensar. Pintaban o creaban aprovechando las tardes.

Como ellos decían, más que pintar se peleaban con los lienzos o las cuartillas de papel, ya que intentar encontrar un nuevo camino no resultaba nada fácil.

Paul reflexionaba que la diferencia fundamental entre aquella tertulia y el grupo político en el que militaba Irina era que en aquel solo se hablaba de ideología, de pura política, de distribución de los cargos, de quién subía y quién bajaba, y en ocasiones contadas de filosofía política o de cómo negar el pan y la sal a los contrarios. Paul pensaba que las tertulias de artistas eran en general mucho más amplias conceptualmente y enriquecedoras.

Con todo aquel material, estaba intentando escribir un libro. Tras la reunión con el inspector Semiónovich, era consciente de que no podría emplearlo para redactar un reportaje, ya que en cuanto se publicase en Nueva York, la Ojrana tendría información de ello y todos los presentes saldrían perjudicados. Había aprendido en aquel encuentro que la Ojrana tenía espías en todas partes, y por supuesto en las principales ciudades del mundo, donde alguien leía los periódicos todos los días, intentando encontrar vinculaciones con los revolucionarios, los terroristas y los simples opositores al régimen. Y no era en balde, ya que en ocasiones los encontraban.

Podía imaginar lo que sucedería si en ese mismo momento entraran unos sicarios de la Ojrana con orden de acabar con un molesto grupo de disidentes que brindaban por acabar con el zar lo antes posible. Simplemente dispararían una y otra vez hasta liquidarlos a todos y después nadie habría visto nada. Nunca había testigos para asuntos así. ¿Quién iba a presentarse en la comisaría para atestiguar contra la propia policía? Algo así sería catastrófico para el futuro del arte ruso. Eso podía suceder, ya que el mismo odio que aquellos pintores idealistas sentían por el zarismo era recíproco por parte del gobierno, que intentaba frenar aquellos focos revolucionarios al costo que fuese. El atentado que había costado la vida a Piotr Stolypin mostró a los más radicales el camino para eliminar a los políticos más reaccionarios, pero al tiempo la autoridad se había convencido de que tendría que utilizar la misma estrategia para librarse de los que incordiaban.

En estas circunstancias, Mijaíl Lariónov había propuesto que cada noche uno de los asiduos a la tertulia se quedara de guardia en la calle, haciéndose pasar por otro más de los muchos pordioseros que dormían donde podían. Si veía algo sospechoso, o a varias personas entrar en el portal, encendían un

quinqué en un punto de la calle concertado anteriormente. Para ello uno de los presentes en la tertulia, por riguroso turno, debía estar pendiente de evitar una desagradable sorpresa, como ya habían sufrido en alguna ocasión.

Lariónov tenía una visión bastante pesimista. Había sufrido la pérdida de un amigo cercano a manos de la policía y eso lo había traumatizado. Cuando Natalia se retrasaba, comenzaba a hacer cábalas y a elucubrar, se desesperaba. Los que dominaban el país, ya fuesen jueces, fiscales, comisarios o políticos pertenecientes al ministerio del interior, no deseaban el más mínimo cambio, y empleaban a agentes provocadores y a espías para que se infiltraran entre los grupos radicales o entre los artistas de las nuevas generaciones, como los que allí se reunían, y denunciaran lo que se hablaba, a quién se mencionaba, lo que se planeaba. Cuando se señalaba a alguno, el que fuera, como enemigo del régimen, simplemente podía desaparecer sin más. El sistema policial encabezado por la Ojrana era una maquinaria engrasada, eficaz, sin sentimientos ni la menor concesión a la humanidad. Para Lariónov eso significaba una lucha desigual entre el sistema con todos sus ingentes recursos, y los pocos que se atrevían a denunciar los abusos, la enorme corrupción, y a poner en tela de juicio al propio régimen encabezado por el zar Nicolás II.

Paul pensaba que la visión que el inspector Konstantín Semiónovich le había dado era otra, pero eso era lógico, a fin de cuentas él era un corresponsal extranjero y por tanto debían ser muy cautelosos con la opinión que sacaba de unos y otros.

—Todo lo que hablamos, dónde se dice, y quién lo dice, lo sabe la policía a las pocas horas. Eso demuestra que consiguen infiltrar a un Judas en casi todas las reuniones. Tenemos que ser prudentes. ¿Escuchan lo que decimos desde algún lugar? Me contaron que utilizaban fonendos para escuchar detrás de los tabiques y artilugios así. Nadie se siente seguro, y es que la policía está fichando a muchísima gente, a los que luego coaccionan para que les pasen información o se conviertan en agentes provocadores que trabajen para ellos. Debemos ser prudentes. El sistema está enfermo, comenzando una larga agonía, pero esa situación lo hace cada vez más cruel y eficiente. Está en juego su propia supervivencia y la de los que lo apoyan: funcionarios, pequeños burgueses, terratenientes, mandos del ejército, incluso el clero, que comienza a pensar que si llegara a caer el sistema, podría llevarse por delante a la propia Iglesia. Si me preguntas cómo es posible que los que trabajan en la policía hayan vendido su alma al diablo, como si no fueran capaces de darse cuenta de dónde está Dios y dónde el diablo, tendré que decirte que muchos

empiezan a creer que si esto cambiara algún día, ellos serían los primeros en caer.

—Fíjate, Paul —continuó con ojos encendidos—, cuando discutimos por las noches lo hacemos en plena libertad. Eso pone a nuestros amigos eufóricos, como si creyeran que sus ideas se han transformado en realidad. Casi todos los que están aquí son artistas con todas las de la ley, no me cabe la menor duda, pero lo que creamos, ya sea pintura, escultura o poesía, no sirve para este sistema, ¡simplemente no lo pueden entender! Nosotros luchamos por conseguir un mundo nuevo con las armas que tenemos. Lápices, carboncillos, pinceles, oleos, papeles y lienzos. Hace poco descubrí que el arte es el más eficaz instrumento de propaganda, y el ministro del interior, que no es estúpido, también debe saberlo. Por eso nos tienen controlados, quieren saber quién viene, quién entra, quién sale, qué dice y qué piensa. Entran en los estudios, en los pisos donde vivimos y trabajamos, nos tienen vigilados noche y día. A Malevich, a Natalia, a Olga Rozanova… a todos y cada uno. ¡También a nuestras familias, ya vivan en Moscú, en San Petersburgo o en una aldea perdida! ¡Todos los pintores, los poetas, los literatos, los escultores, los periodistas, y no te equivoques, los corresponsales, incluso de la prensa extranjera, tienen su ángel de la guardia o su sombra demoniaca! ¡Todos! También los diputados de la Duma, ¡sean del partido que sean! ¡Todos y cada uno de los fotógrafos, los impresores, los editores, hasta los vendedores de libros! ¡Rusia es así y el zar el director de orquesta! ¡Ah, sí! ¡Los músicos! ¿O es que Igor Stravinski[88], o Serguéi Rachmaninov[89] o todos los demás se escapan de ello? ¡No! ¡No se fían ni de ellos mismos! ¡Les preguntan a sus hijos! ¡A sus amigos! ¿Qué dice tu padre, tu hermano, tu marido? ¿De qué habla? La Ojrana está en todas partes. ¡En los confesionarios, en las celdas de las cárceles, en la ópera! ¡Por eso resultaría tan difícil llevar a cabo la revolución! ¡O tal vez tan fácil! ¡Es un sistema insoportable, que se está pudriendo en vida! —dijo lanzando un puñetazo al aire—. ¡El zar Nicolás y su corte son anacronismos vivientes que están muy lejos del verdadero espíritu de la época! ¡Esa es nuestra ventaja! ¡No pueden entendernos! ¡Cuando ven un cuadro de Malevich no son capaces de saber si está boca arriba o boca abajo! ¡No entienden nada! ¡Les está superando la realidad! ¡Si escucharan hablar a Natalia Goncharova no sabrían de lo que habla! Necesitarían un traductor que no tienen. ¿Qué saben ellos de los nuevos conceptos? Están anclados en otros tiempos. En las paradas militares, los uniformes, las medallas, el exceso de vodka, ese lujo que tanto les gusta… en realidad miseria mental, locura, excesos, burocracia y mentiras. ¿Te has dado

cuenta de que su mundo es una estupidez? Les encantan las joyas sobrecargadas, los yates como el *Standart*, ese juguete carísimo y ostentoso de la casa real que ya ha embarrancado varias veces. También tener amantes, ellos y ellas. ¡Ahí tienes ese monje loco y borracho que se está pasando por la piedra desde la zarina hasta las criadas de palacio! ¡Y algunos aseguran que también a las princesas! ¡Podredumbre mental, falta de ideas, incapacidad manifiesta como se demostró en Tsushima, crueldad sin límites como se pudo ver el Domingo Sangriento, insensibilidad con su propio pueblo… Todo eso se volverá muy pronto en su contra! ¡Una zarina que no sabe hablar ruso y un zar que no entiende el mundo en el que vive! ¡Qué se puede esperar! ¡El problema no es cómo acabar con ellos! ¡Eso ya se ha hecho muchas veces a lo largo de la historia! ¡Sino que muchos inocentes caerán al mismo tiempo! ¿Qué hace un monarca inepto, sin espíritu, sin capacidad intelectual, manipulado por esa alemana que desprecia a todo el mundo, y por ese santón lujurioso, simulando que dirige este inmenso país? ¡Rusia, amigo mío, se merece otra cosa!

Y era cierto. Paul estaba totalmente convencido. Había visto lo suficiente para saber que su amigo Lariónov tenía razón. No era el futurismo o el rayonismo lo que aquellos artistas buscaban, sino un nuevo camino para su país.

Al día siguiente se despidió de Natalia y Mijaíl. Debía volver a San Petersburgo con urgencia, pues había recibido un telegrama de Fiódor Yegórovich en el que le explicaba que Irina llevaba tres días sin aparecer. Y aunque era un alma libre, podía haberle sucedido algo. Aquella misma tarde cogió el Expreso del Norte, como se conocía al tren de pasajeros con destino San Petersburgo. Sentía un nudo en el estómago aunque no quería pensar que sus intuiciones, las malas vibraciones que estaba percibiendo, pudieran haberse convertido en realidad. Se sentía culpable, ya que había prolongado en exceso su estancia en Moscú, por el interés que sentía por los movimientos artísticos y literarios, en los que ya se creía uno más gracias a su íntima relación con Natalia Goncharova y Mijaíl Lariónov. Malevich lo acompañó a la estación en su moto con sidecar y, al entrar, le presentó a un hombre delgado de unos cincuenta años de aspecto espiritual y ojos saltones, circunspecto y aparentemente poco hablador. Se trataba de Dmitri Serguéievich Merezhkovski[90]. El hombre le estrechó la mano y subió al mismo vagón, un coche cama, introduciéndose en su departamento.

Cuando se despidió de Malevich, subió al vagón, pensando por primera vez en mucho tiempo que no le gustaría conocer directamente el lado oscuro del imperio.

Una hora más tarde, a las ocho, le tocaba el último turno de cena en el vagón restaurante. Se dirigió hacia allí y volvió a coincidir con Merezhkovski. Se sentaron en la misma mesa y le explicó que se encontraba en Rusia cono corresponsal del *New York Herald,* lo que interesó a su compañero de mesa. Merezhkovski era amigo de Kazimir Malevich precisamente por ser un teórico del simbolismo. Paul había oído hablar de él y había leído algunos artículos de prensa, alabándolo o atacándolo. Merezhkovski había publicado un ensayo sobre las causas del declive y los nuevos rumbos de la literatura contemporánea en Rusia, que se había convertido en un éxito. Más tarde intentó promover una búsqueda de la conciencia religiosa a través del grupo Bogoiskáteli, es decir, «los buscadores de Dios», hasta que la Iglesia ortodoxa acusó al grupo de rozar la herejía y lo prohibió como secta. Merezhkovski era un místico, aunque lo que le había hecho famoso eran sus novelas históricas, como la célebre trilogía *La muerte de los dioses*.

Permanecieron hablando después de que hubiera cerrado el servicio en el vagón restaurante. No les obligaron a abandonarlo, y aunque no había nadie más en él, uno de los camareros buscador de propina les fue sirviendo té de tanto en tanto del samovar que humeaba en la esquina del traqueteante vagón.

Merezhkovski tenía fama de haber fundado el simbolismo. Sin embargo, por lo que pudo hablar con él, por su forma de expresarse, daba la impresión de ser un místico. Alguien que se hallaba por encima de lo puramente material. No pudo evitar pensar en las diferencias entre aquel hombre y Lenin, o incluso Stolypin.

Cuando le preguntó, Merezhkovski le contestó sin dudarlo:

—A mí no me interesa la realidad, al menos esta realidad que me ha tocado vivir —dijo con tono sereno—. Es más, me disgusta. ¿Ve usted? —Merezhkovski pasó el dedo por el borde interior de la ventanilla y le mostró la mancha oscura de hollín—. Esto es la realidad, y no me interesa. Creo que por debajo de la realidad visible existe otra diferente. ¡Esa es la que yo busco! Tal vez esa sea la causa por la que me centre en la historia. Si lee alguno de mis libros, lo entenderá. Estará usted conmigo en que el universo es un inmenso misterio por desvelar, y una forma de aproximarnos a él es intentar encontrar las referencias y las correspondencias ocultas. ¿Me comprende? Ahí están los

maestros: Stéphane Mallarmé, Paul Verlaine… Algunos dicen que se trata de un movimiento incomprensible, oscuro. ¡Pero ya está bien de realismo, de materialismo, de pragmatismo! ¿Y el espíritu? ¿Y los sueños? ¿Y la imaginación? ¿Ha leído a Baudelaire? *Las flores del mal*. El *spleen*, el hastío, yo también lo siento. Decía Baudelaire que en las regiones de la poesía no existe el bien ni el mal. ¡Condenado por ultraje a la moralidad pública! ¡Qué hipocresía! Se inspiró en Théophile Gautier, también en Maistre. ¡Pero sobre todos ellos en Edgar Allan Poe! Dicen que el simbolismo es el lado oscuro del romanticismo, que es pura decadencia. ¡El decadentismo! ¡Un «ismo» para cada nueva propuesta! Mire, querido amigo, la verdad intenta ocultarse. ¡Solo podemos hallarla a través de los símbolos! ¡En cuanto a la realidad! ¡Hoy en día predominan el materialismo, el pragmatismo, el marxismo! ¡Todo conduce a la misma cultura atea de los sin Dios! El simbolismo está muy cerca de la religión y de lo sobrenatural.

El poeta permaneció unos minutos ensimismado mientras el tren traqueteaba fatigosamente. Paul se mantenía en vilo, inmóvil, no quería interrumpir el monólogo.

—Me gustaría que aceptara venir una tarde a nuestra casa. Zinaída, mi esposa, estará encantada de conocerlo, pues ella siente una profunda atracción por todo lo que se refiera a los Estados Unidos. ¡Fíjese! ¡El país de los pragmáticos! ¿Cree usted que allí podrían comprender el simbolismo? Por cierto hay una velada en casa de Anna Andréyevna Ajmátova y me dijo que invitara a quién me pareciera oportuno. Usted me lo parece. ¿Le gustaría asistir? —Paul asintió con rapidez—. Bien, pues ya está invitado. El viernes próximo, a las seis de la tarde. Allí tendré el gusto de presentarle a una serie de personas que le interesarán. Y traiga a alguien con usted. Así es como vamos creando un círculo interesante. No se olvide, ¿de acuerdo? —el hombre bajó la voz—. ¿A usted le importa si proseguimos esta agradable conversación en mi compartimento? Temo que la Ojrana pueda estar escuchándonos y no crea que tengo obsesión porque me estén siguiendo. Simplemente lo sé.

Paul asintió. Quería que el hombre se explayara a su gusto. Caminaron por el pasillo lateral tambaleándose, el expreso había cogido velocidad. Fuera no había más que oscuridad y nieve y pensó en la gente que viviría en aquellos inmensos páramos, sintiendo un escalofrío. Entraron en el compartimento de Merezhkovski. El hombre cerró por dentro con la cadena de seguridad. Se sentó en la cama y él pudo hacerlo en un silloncito que se desplegaba desde la pared. No era demasiado cómodo pero se estaba bien.

Merezhkovski sacó una botellita forrada de cuero y llenó dos vasitos de plata con vodka.

—Mi joven amigo, es un placer poder cambiar impresiones con alguien como usted. Tal vez haya pensado que soy un viejo histérico. No es eso, lo que tengo es mucha experiencia y sé con quién me las gasto. La Iglesia ortodoxa no está de acuerdo con mis ideas. Konstantín Petrovich Pobedonóstsev[91] me odiaba, aunque es cierto que Dostoievski decía de él que era el único hombre capaz de salvar a Rusia. Convenció al zar de que mis escritos y yo mismo éramos perjudiciales para el imperio. El zar no siente ningún aprecio por mí… ni yo tampoco por él. Pero lo que está llegando me preocupa, casi aterra. Si esos socialistas marxistas se hicieran con el poder, liderados por esos pensadores radicales como ese Lenin, o ese jovenzuelo insolente, Trotsky, y todos los demás, sería preferible abandonar Rusia. Y eso en mi caso resultaría imposible. Mejor morir. Yo necesito el espíritu, lo material no me interesa, lo que percibo es trascendente, y lo otro lo rechazo. Estoy preocupado ya que creo que todo eso no está tan lejos. ¿No percibe usted cómo se acercan? ¿No se da cuenta nadie de que los tenemos encima? ¡Por Dios que me cuesta creerlo! —Merezhkovski se incorporó, rebuscó en su maleta y extrajo un libro—. Mire este libro, *Peter y Alexis*, lo publiqué hace unos años, intentando explicar esa época y el complejo carácter ruso. ¡Me gustaría que alguien como usted me explicara cómo nos perciben desde fuera! Se lo regalo… Aguarde, se lo voy a dedicar. ¿A quién? ¿A Paul Alexander, el norteamericano pragmático que nos observa sorprendido, o a Pablo Alexeivich que probablemente está intentando encontrar su alma rusa? Dígame usted a cual.

Paul no se sorprendió de la perspicaz visión de aquel hombre del que se comentaba que hablaba con los ángeles. Le agradeció la muestra de afecto y se dirigió a su compartimento apoyándose en el pasillo. Temía llegar a su destino y tener que enfrentarse con la realidad.

IX
Los conspiradores

En cuanto el tren se detuvo en la Estación de Moscú, situada en el mismo centro de San Petersburgo, subió a un coche de caballos y le dio al cochero la dirección de Ludmilla Valenskovna, la madre de Irina. A pesar de la avanzada primavera aún hacía frío y estaba lloviendo. No terminaba de acostumbrarse a la belleza de aquella ciudad. Estaba convencido de que no existiría otra igual en todo el mundo.

Subió los escalones de tres en tres y llamó al timbre. Ludmilla le abrió la puerta con los ojos llorosos. Lo abrazó sollozando como a un miembro más de la familia. Él le devolvió el abrazo sabiendo lo que aquella mujer estaría pasando. En aquellos momentos no había lugar para las formalidades.

—¡Lo sabía! ¡Se lo dije una y otra vez, pero ella no quería escucharme! ¡Lleva años con este asunto de la política, de los soviets, los comités, las reuniones intempestivas a cualquier hora! ¡Tenía que suceder! ¡Claro que tenía que suceder! —Ludmilla estaba fuera de sí, desahogándose con él—. ¡Y ya ve usted adónde la ha llevado todo esto! ¡Ha desaparecido! ¡Mi hija! ¡Por otra parte una mujer tan sensible! ¡Usted se habrá dado cuenta! ¡También tozuda, como su difunto padre! ¡De él heredó su tipo de vida! ¿Y ahora qué hacemos? ¡Estoy desesperada! —la mujer sollozaba sin poder contenerse—. ¿Qué puedo hacer? ¡No puede imaginarse los días que estoy pasando, aunque confío en que aparezca de un momento a otro! ¡Qué desesperación! Como ella siempre me mantuvo totalmente al margen, no sé dónde se hallaba, ni con quién, ni mucho menos dónde la habrán llevado. ¡Por Dios santo! ¡Tiene que ayudarme a encontrarla!

Paul la dejó descargar su ansiedad. Mientras, ella preparó un té hirviente, demasiado azucarado para su gusto, y sacó de una alacena unas galletas de nata recién hechas.

—¡Ah, Paul! ¡Ella lo quiere a usted mucho! ¡La verdad, estoy mucho más tranquila desde que lo he visto entrar! ¡Por Dios, qué disgusto! Estará usted pensando qué mujer más nerviosa, pero es que no puedo evitar pensar lo peor… ¡Suceden tantas cosas terribles!

—Tranquilícese, Ludmilla Valenskovna. A Irina no le habrá sucedido nada. Aparecerá en cualquier momento. Empiezo a conocerla yo también…

¡La política es así! No es a usted sola a quien no le cuenta adónde va ni con quién. Voy a acercarme a hablar con un conocido, un inspector de policía que me dejó su tarjeta hace poco para que lo llamase si lo necesitaba. ¡No, Ludmilla, iré yo solo! ¡Le prometo que luego vendré a informarla! Ese hombre sabe quién soy y creo que me ayudará. Le ruego que se tranquilice. Si no logro dar con él, mañana volveré, a ver si puedo traerle buenas noticias.

Se despidió muy preocupado. Aquella buena mujer estaba verdaderamente desolada. Por una parte entendía que sería mejor que fuera él solo a indagar acerca del paradero de Irina, pero al minuto siguiente insistía en que ella también debería acompañarle. De nuevo tuvo que prometerle que, ya fueran buenas o malas las noticias, volvería para decírselo en cuanto supiera algo. Ludmilla era incapaz de soportar la tensión. Daba la sensación de ser una mujer fuerte, capaz de hacer frente a las adversidades, pero solo era apariencia. El hecho de que su hija no diera señales de vida la había dejado anonadada.

Mientras caminaba bajo la fina lluvia, se arrepentía de no haber insistido con Irina. Ambos sabían que lo que ella estaba haciendo era jugar con fuego, y más, tras la seria advertencia del inspector Semiónovich.

Se dirigió a la comisaría central de la Ojrana, haciendo caso omiso de que Semiónovich le había dicho que no fuera nunca allí a buscarlo. No tenía tiempo que perder, y menos para enviarle una nota y aguardar a que le contestara. El policía de guardia en la puerta intentaba resguardarse de la lluvia, y lo miró con cierta sorpresa y desconfianza. Tuvo que explicarle que estaba buscando al inspector Semiónovich, al que conocía. El policía replicó malhumorado que no se encontraba allí, tampoco podía decirle cuándo volvería.

Paul asintió haciendo caso omiso del humor del policía. Replicó que estaría en la cafetería de la esquina, y que si lo veía llegar le dijera que Paul Alexander le estaba buscando. El policía se encogió de hombros, como queriendo hacerle entender que bastantes responsabilidades tenía para cargar con más, y encima estar pendiente de recados.

Tampoco estaba Paul de humor para discutir con un guardia. Cruzó la calle Fontanka y se dirigió a la cafetería que se encontraba en la misma esquina, donde probablemente tomarían café los inspectores. Entró y se sentó junto a la ventana desde la que podía ver la puerta de la comisaria. Pensó en lo que aquel hombre le había advertido. «¡Sobre todo no venga usted aquí personalmente!». Pero no le había quedado otra salida. Mientras no supiera lo que le había ocurrido a Irina no se quedaría tranquilo. A pesar de las penosas

circunstancias, se sentía enfadado con ella. Podía ser la mujer más dulce del mundo, pero anteponía a su vida personal, a cualquier cosa, lo que ella entendía como postura política. Su verdadero amor era la política. Cuántas veces quiso hacerle entender que estaba entrando en un terreno muy complicado y peligroso, pero nunca quiso escucharle. No disponía del más mínimo contacto.

Permaneció casi tres horas en la cafetería. Ya no se sentía capaz de tomar una sola taza más de té. Pidió unos emparedados de carne. En el momento en que el camarero se los traía, vio entrar al inspector. Se dirigió a él directamente con aspecto serio.

—Buenas tardes, señor Alexander. No debería haber venido aquí. ¡Esto no es América! ¡Usted no tiene idea de cómo funciona el asunto, ahora me obliga a abrir un expediente y a explicar minuciosamente la relación que tengo con usted! ¡Sobre todo siendo quién es! ¡Periodista y extranjero! ¡Nos prohíben hacer la más mínima declaración a la prensa! ¡En fin, ya que ha venido, le ruego que me explique qué quiere de mí! —el inspector hablaba con enfado, en un tono muy bajo y mirando de reojo, alguien podía estar escuchándole.

—Sí, tiene usted razón, inspector, y le pido disculpas por las molestias, pero comprenderá que el asunto que me trae no tiene espera.

—¿Y qué asunto es ese? —el inspector parecía interesado y sorprendido al tiempo—. ¿Se ha metido usted en algún lío?

Paul pensó que o bien el hombre era sincero y no sabía nada de lo de Irina, o disimulaba muy bien.

—No es un problema personal. No le habría molestado por eso. Se trata de Irina Pávlova, mi prometida, usted sabe muy bien quién es. Hace casi una semana que no sabemos nada de ella. Ha desaparecido. No sabemos dónde puede encontrarse y, naturalmente, su madre, Ludmilla Valenskovna, y yo mismo, estamos muy preocupados.

—¡Ah, sí, Irina Pávlova! Perdone que diga esto, pero hay una parte de la juventud que está convencida de que puede hacer lo que le venga en gana. ¡Se lo advertí! Esa muchacha está jugando con fuego y terminará por quemarse.

—Sí, tiene usted toda la razón, pero ahora lo único que me importa es encontrarla. ¡Tiene usted que ayudarme!

El inspector Semiónovich aguardó a que el camarero se alejase.

—Le ruego que hable más bajo. Aquí hasta las mesas tienen oídos. Mire, Alexander, puedo asegurarle que la policía, al menos la Ojrana, nada tiene

que ver en ese asunto. No sabemos nada acerca de la desaparición de Irina Pávlova. ¿Me entiende? ¿No estará escondida por algún asunto que usted desconoce? ¿No se habrá ido a la casa que su madre tiene en el campo? Usted sabe que una mujer puede cambiar de criterio de un día para otro. No quisiera parecer impertinente, pero ¿no se habrá cansado de usted? Nosotros, quiero decir la policía política, no tenemos nada que ver en este asunto, puede usted creerme… Ahora bien, sí nos interesa saber lo que puede haberle ocurrido. Tomo nota y si averiguamos algo, le prometo informarle, naturalmente dentro de la mayor discreción. ¿De acuerdo?

Paul no pretendía otra cosa.

—De acuerdo, aunque le voy a pedir un favor personal. ¿Podría darme alguna pista sobre con quién iba? ¿Dónde? Ella nunca quiso decirme nada, seguramente para evitarme problemas.

—¡Ah, señor Alexander! Siento decirle que esa es información reservada. ¿Cómo se atreve a pedírmela? Por cierto, ¿tiene fuego? —Semiónovich había sacado del bolsillo una cajetilla de cigarrillos; Paul extrajo de su chaqueta una cajetilla de fósforos y se la entregó—. ¡Toda esa información es confidencial, además me consta que no disponemos de ella! —mientras, el inspector sacó un lápiz y anotó algo en la parte posterior de la caja. Luego la depositó sobre la mesa—. Aquí tiene sus fósforos, gracias —el inspector se levantó—. Ya sabe dónde me tiene, cuídese, y permítame que le dé un consejo: no se meta en líos, en ocasiones las cosas no son lo que parecen. Buenas tardes.

Paul permaneció sentado mientras veía a través de la ventana cómo el inspector se dirigía a la Comisaria Central de la Ojrana, el lugar más temido de toda Rusia. Aquel hombre no le caía mal. No parecía un policía como tantos otros. Cogió la cajetilla de fósforos y se la metió en el bolsillo sin mirarla. Pagó la cuenta y se levantó. Caminó en dirección al piso. No quería pensar en lo que podría haber sucedido a Irina, aunque tampoco creía lo que el inspector le había contado.

Cuando estuvo dentro del portal, sacó del bolsillo la cajetilla. Se colocó bajó la bombilla y pudo leer lo que el inspector había escrito: «La Gaviota 48, Perspectiva Nevski». Al menos tenía un lugar por donde comenzar.

Salió del portal y caminó hacia la Perspectiva Nevski. El número 48 era una cervecería, entró y se sentó en una de las mesitas. Una camarera lo atendió con una sonrisa. Pidió una cerveza. El establecimiento se hallaba prácticamente vacío. Solo dos hombres de mediana edad sentados ante una mesita al otro lado, junto a la ventana. Sacó del bolsillo de su chaqueta la cajetilla de fósforos y volvió a leer el número. El 48. No había error posible.

Por intuición sacó su cartera, extrajo una tarjeta de visita, de las que se había hecho imprimir con su nombre y su cargo en ruso y la dejó sobre la mesa. La chica le trajo la cerveza mientras le decía.

—¡Es cerveza rusa fabricada en San Petersburgo! ¡Le gustará! —dijo mientras recogía la tarjeta con naturalidad.

Por los desenfadados comentarios de la camarera, a Paul le resultaba imposible creer que aquella cervecería pudiera ser uno de los centros de las conspiraciones bolcheviques en la ciudad. Aguardó un rato, entraron algunos clientes y otros se marcharon. Al final se quedó solo en la cervecería. Allí no parecía haber ninguna pista. Sin embargo, la muchacha se había llevado la tarjeta con total decisión. Pasó cerca de media hora sin que nada sucediera, no entendía nada.

Cuando la camarera se le acercó, le pidió la cuenta. Ella lo miró un momento, y él le devolvió la mirada. Luego ella murmuró:

—¿Puede seguirme, por favor?

Paul notó como se le aceleraba el corazón. La acompañó hasta una puerta en el que se leía «Privado», ella la abrió, y recorrieron un largo pasillo que terminaba en unas empinadas escaleras que olían a humedad. La muchacha comentó con tono de disculpa que el canal se hallaba muy cerca. Entraron en un sótano que tenía unos estrechos respiraderos al exterior por los que se colaba una exigua luz. Ella dio tres golpes con los nudillos en una puerta lateral, alguien contestó desde dentro y la puerta se abrió. Se trataba de un pequeño despacho envuelto en humo de tabaco. Cuatro hombres lo observaron sin disimular su curiosidad. Uno de ellos, el que parecía de más edad, alrededor de la cincuentena, se levantó y, dirigiéndose a él, le alargó la mano.

—¿El señor Paul Alexander, del *New York Herald*? —Paul asintió mientras estrechaba la mano de aquel desconocido.

—El mismo. ¿Tengo el honor de hablar con…?

—Eso ahora no tiene importancia —replicó—. Pero si lo desea, puede llamarme Iván. Estos son Peter, Mijaíl y Grigori. Podrá comprender nuestra discreción.

Los tres hombres se levantaron y le estrecharon la mano. Ninguno de los cuatro esbozó una sonrisa como gesto de bienvenida. No sabía qué pensar. Esperaba que aquello lo condujera a una pista concreta sobre la situación de Irina.

—¿Quiere tomar asiento, por favor?

Paul se sentó en una silla y los cuatro hombres hicieron lo mismo. La mesa solo tenía un cenicero del que rebosaban las colillas y la habitación olía a una mezcla de tabaco y humedad. Tenía una puerta por el lado contrario al que había entrado y supuso que se trataba de una salida de escape. Los cuatro hombres lo observaban sin disimulo. El hombre mayor que lo había saludado en primer lugar y parecía ser el líder se dirigió a él.

—Bueno. No sabemos cómo ha podido llegar hasta aquí, aunque podemos imaginarlo. Irina no se la ha dicho, por lo que deducimos que ha debido ser alguien bien informado. Por ejemplo alguien de la Ojrana. ¿Es así, señor Alexander? ¿O prefiere Paul a secas?

—Llámeme Paul. Si me permiten, les voy a explicar por qué he venido hasta aquí. Mi prometida, Irina Pávlova, desapareció hace una semana. Creemos que no lo ha hecho por su propia voluntad, es decir que alguien la tiene retenida. Como han podido comprobar por la tarjeta, pertenezco al *New York Herald,* soy su corresponsal acreditado en Rusia. Hace poco conocí a un inspector de la Ojrana, un tal Konstantín Semiónovich —Paul notó cómo los hombres se miraban entre sí— que me dijo que si alguna vez necesitaba algo de él no dudara en contactarlo. Ella desapareció mientras yo me hallaba en Moscú por motivos profesionales. Me avisó mi compañero del *Diario de San Petersburgo,* Fiódor Yegórovich —de nuevo los hombres se miraron, aquellos nombres no eran nuevos para ellos—. La cuestión es que Semiónovich me proporcionó esta dirección. He venido para ver si me pueden dar alguna pista acerca de ella. El inspector me anotó la dirección en esta cajetilla de fósforos. No hay más.

Iván asintió.

—Bien. Le hablaré con claridad. Sabemos que la Ojrana tiene esta dirección. San Petersburgo es poco más que un pañuelo, lo tienen trillado, y al final nos conocemos todos. Jugamos como niños a policías y ladrones. Ellos creen que así están mejor informados, y puede que tengan razón. Han venido aquí en alguna ocasión, estábamos jugando a las cartas cuando entraron y no pudieron encontrar nada sospechoso. Ellos saben que pertenecemos al partido bolchevique, igual que nosotros sabemos que ellos pertenecen a la Ojrana. Buscaron por todas partes. Nada. ¡No somos tan ingenuos como para tener aquí las listas de afiliados y las actas del partido! ¡Nos hemos acostumbrado a llevarlo todo en la cabeza! Confiamos en usted, ya sabíamos que se trataba del compañero de Irina Pávlova y que no nos traicionará. ¡No somos tan confiados con todo el mundo! Pero Irina es alguien especial para nosotros. Le diré algo que no podrá utilizar en sus reportajes. La policía tiene infiltrados

entre nosotros, y nosotros los tenemos dentro de la policía. ¡Así es la vida! Dentro de la Ojrana tenemos amigos y enemigos —Iván bajó la voz como si fuera a hacerle una confidencia—. Ese Semiónovich nos ha hecho más de un favor, ignoramos si no tiene la conciencia tranquila o siente una cierta simpatía por este movimiento. Algunos ya están tomando posiciones por si en el futuro ponemos el país patas arriba. Pero, naturalmente, no podemos confiar ciegamente en él. También hay agentes dobles, espías, nunca sabes la verdad. ¿No ha oído hablar de los provocadores? Es como un juego que siempre acaba en tragedia. Hay políticos que quieren echar al zar. ¡Sí! ¡Políticos de la izquierda y también de la derecha! ¡De la burguesía! ¡Y claro, necesitan alguien que les haga el trabajo sucio! ¡Bah! ¡Este mundo de la política es una verdadera porquería! —Iván cambió de tono—. Sabemos lo que estará pasando Irina, porque no nos cabe la menor duda de que ellos la han cogido. ¡Me apostaría la vida! Aunque, siendo objetivos, es posible que Semiónovich no sepa nada. La Ojrana funciona por compartimentos cerrados. Unos se encargan de una cosa y otros de otra, y no existe comunicación entre ellos. Mire, Alexander, le aconsejo que sea discreto en este asunto. Si sale a la luz pública que ella se encuentra detenida por la Ojrana, serían capaces de hacerla desaparecer y luego negarlo todo. Si hace usted algún movimiento, debería hacérnoslo saber antes y le daríamos nuestra opinión. ¡En este peligroso juego, el que pierde muere! ¿Me comprende?

Paul notaba que estaban dispuestos a todo, al igual que la propia Irina. En aquella lucha política no había lugar para el temor a lo que a uno pudiera sucederle.

—Mire, Alexander. Usted también se encuentra implicado por su relación con Irina. A ellos les es indiferente que ella le tenga al corriente o no de lo que hace. Basta con que esté con ella para que lo consideren cómplice, o al menos colaborador en el asunto. Funcionan así. Eso significa que si lo considerasen conveniente, podrían expulsarlo del país alegando actividades en contra del régimen, aunque creo que de momento no lo harán. No les interesa un escándalo diplomático con el corresponsal de un importante diario norteamericano. Debe usted ser muy discreto, al menos hasta que aparezca Irina, si es que aparece. Mire. No voy a engañarle, las cosas son así de duras y de difíciles. Esto es algo corriente en estos días. Estamos en una larga pugna por ver quién termina venciendo, ellos lo saben, y van a por todas. Y no se le ocurra publicar nada que tenga que ver con este tema, porque probablemente no volvería a ver a Irina.

Paul asintió.

—¡Ahora lo único que me importa es ella! ¡Para mí todo lo demás está en un segundo plano!

—¡Sí, lo comprendemos! ¿Cómo no íbamos a entender algo tan obvio? Pero le insisto… Si quiere mantener la esperanza debe ser muy discreto. ¡Hágame caso! Y ahora, vuelva a su casa. No puede usted enfrentarse a todo el sistema. Mire, desde 1905, el zar ya no es el que había sido hasta entonces para el pueblo ruso. Aquel «domingo sangriento» nos dimos cuenta de lo que haría con los que se entrometieran en sus propósitos. Ni el zar ni la camarilla que lo rodea quieren arriesgar nada. Entre nosotros, ese hombre demostró una gran pobreza intelectiva, convencido de que Dios lo designó para ser el emperador de los rusos. ¡En cuanto a la zarina, habría que preguntarle a ese Rasputín! Mire, Piotr Stolypin era un enemigo peligroso. ¡Tenía cabeza! ¡Al menos intentó reformar algunas cosas para mantener el sistema! ¡Dios lo tenga en su gloria! Insisto, váyase a su casa y permanezca tranquilo. No se implique. Si desea volver a conectar con nosotros, no vuelva por aquí. Envíe por correo una nota a esta dirección —Iván escribió una dirección en un papel y se lo entregó—. Le recomiendo que se lo aprenda de memoria y lo queme. Mande a alguien a echar la carta al buzón de correos, no lo haga usted mismo. Debe mentalizarse, usted también está vigilado. ¡Ellos saben que ahora está aquí! El correo dentro de la ciudad funciona bien, y en un par de días nos pondríamos en contacto con usted. ¡Si de verdad quiere ayudar a Irina, déjenos a nosotros! Sabemos movernos. Usted a lo suyo. Querrán sacarle toda la información que puedan, hasta intentarán extorsionarla para convertirla en un agente doble. ¡Lo hacen siempre! Y en ocasiones nos conviene que parezca que así es. Pero no tema. No sienta por ella sino orgullo, Irina es una mujer especial, entregada a la causa de los oprimidos. Esa joven está haciendo lo que cree que debe hacer. Si eso llega a costarle la vida, la lloraremos y la honraremos. Disculpe que sea tan franco. Esperemos que pueda contarlo. ¡Y ahora debe marcharse! Adiós y buena suerte.

Uno de los otros hombres lo acompañó en silencio hasta el bar. Allí la camarera se quedó observándole fijamente mientras se dirigía a la puerta. Era evidente que estaba al corriente de todo lo que pasaba. Paul salió a la avenida. Notó el helado viento del norte, aunque algo en el ambiente sugería que el invierno estaba acabando. Se dirigió a casa de Ludmilla. No pudo evitar mirar atrás un par de veces. Hasta entonces sospechaba que lo estaban siguiendo, pero ya no tenía la menor duda, su relación con Irina lo había convertido en

sospechoso. Era probable que la amistosa postura del inspector Semiónovich no fuese más que un intento de la Ojrana por acercarse a él. Se encogió de hombros. No se atreverían.

Subió al piso de Ludmilla. Era un edificio venido a menos. Probablemente vivían allí desde siempre. Las circunstancias habían cambiado para ellos como para mucha gente en San Petersburgo. Otros se estarían haciendo ricos. Pulsó el timbre y unos segundos después le abrió la propia Ludmilla. Daba la impresión de estar más tranquila. Le dio la mano y lo invitó a entrar. Observó que el piso mantenía el mobiliario de otra época, procedente probablemente de la familia paterna. Todo se encontraba limpio y ordenado. Una muchacha del pueblo la ayudaba, se asomó desde la puerta que daba a la cocina, vistiendo un uniforme de servicio y cofia. Pensó que Ludmilla no se conformaba con haber venido a menos. Era una mujer orgullosa, entrada en la cuarentena pero aún hermosa, con una figura esbelta y llena de dignidad. Tenía los mismos ojos de color violeta que Irina. La misma mirada llena de rebeldía ante el mundo.

Delante de una taza de té caliente, le explicó lo que estaba haciendo. De momento no podía decirle donde se encontraba Irina, pero sí que creía que seguía viva. Ludmilla suspiró al escucharle. No le ocultó nada ya que Ludmilla se merecía aquella confianza. Le explicó que ni siquiera sus compañeros del soviet al que pertenecía podían ayudarla en aquellos momentos. Terminó repitiéndole las palabras de Iván: que se sentían orgullosos de ella. La mujer no pudo impedir sollozar mientras grandes lagrimones surcaban sus mejillas.

—¡Estamos en manos de Dios! —dijo con voz entrecortada mientras vertía agua caliente en el samovar.

Ludmilla le pidió que se quedara a comer. Él le explicó que no podía quedarse pero que otro día lo haría con mucho gusto. Añadió que la mantendría informada y que si ella sabía algo que lo llamara o fuera a verlo. Le entregó su tarjeta. Ella la colocó sobre el buró.

Tendría que volver allí de vez en cuando para proporcionarle algo de consuelo y, por qué no, para recibirlo. Todo aquello le estaba haciendo comprender que sentía una inmensa ternura, una gran pasión por Irina, pero al tiempo que no podía llamarlo amor. En aquellos momentos, mientras caminaba bajo una fina lluvia hacia su casa, se sentía triste, desolado, incluso algo amargado. Recordaba cuando, siendo un niño, su madre le reprochaba su frialdad y le decía con cierta amargura: «¡No quieres ni a la camisa que llevas

puesta!». Siempre un carácter lejano, frío, manteniendo las distancias. Paul era consciente de que no iba a resultarle fácil cambiar esa forma de ser.

Una noche, en el estudio de Karl, este le confesó que sentía un profundo aprecio por él. Ambos habían bebido de más y Paul le tiró de la lengua. Karl le confesó que le hubiera gustado que también él fuera homosexual para hacer el amor con él. Paul notó que su amigo se había arrepentido de aquella confesión apenas un instante después. Le contestó que él lo apreciaba como amigo, y que sus preferencias sexuales no mermaban el cariño que sentía por él. Karl le aclaró, como si intentara disculparse, que también se sentía atraído por las mujeres. Después lo abrazó para hacerle entender que solo le importaba conservar su amistad. Era cierto que sentía una gran admiración por su trabajo, que perfeccionaba día tras día. Karl era un ser exquisito. Culto, amable, educado hasta el extremo, con una presencia física impresionante y un rostro perfecto que hacía que la gente se volviera a mirarlo cuando paseaban. Sin embargo no se le había subido a la cabeza y respondía con enorme sencillez ante ello. Últimamente estaba compartiendo el estudio con un joven poeta, un universitario, que llevaba unos meses viviendo allí, pero que estaba a punto de volver a Berlín. Paul era el único en tener llave del estudio de Karl, que viajaba con frecuencia a Alemania y a Suecia.

Aunque lo que estaba sucediendo con Irina lo tenía obsesionado y no le permitía pensar en otra cosa, decidió asistir a la velada en la casa de Anna Andréyevna Ajmátova, ya que la noche del tren se lo había prometido a Merezhkovski. Una velada así lo distraería y obligaría a pensar en otra cosa. Meditó en la larga conversación con aquel filósofo y escritor. En muchas cosas no coincidía con él, aunque había llegado a la conclusión de que se trataba de alguien muy especial a quien merecía la pena prestar atención. Por lo que había podido ver hasta aquel momento, el pueblo ruso tenía mucho de idealista, y le atraían los símbolos, la poesía, la historia y muchas otras cosas en las que Merezhkovski incidía.

Lo comentó con Karl von Lissberg, que se mostró encantado de poder asistir a una reunión en la casa de Ajmátova. No la conocía personalmente, ni tampoco a Merezhkovski, por lo que aceptó de inmediato. Le preguntó si sería prudente llevar la máquina fotográfica y Paul le dijo que la llevara y que luego, dependiendo del ambiente y las circunstancias, podría usarla o no; unas fotos de una reunión así podrían ser una oportunidad única. En aquellos días, en toda Rusia se experimentaba continuamente, y por otra parte sabía que si a

Ajmátova se le podía achacar algún defecto, era su excesivo protagonismo. Le gustaba ser el centro de cualquier reunión, a pesar de su temperamento casi místico, y era capaz de improvisar sobre la marcha y componer un poema sobre un tema que surgiera de improviso sin ningún esfuerzo.

La velada en la mansión de Anna Andréyevna Ajmátova reunió a los principales intelectuales de la ciudad y a algunos que incluso se desplazaron exprofeso desde Moscú. Se convirtió en el acontecimiento literario más importante de la ciudad de los últimos meses y Anna comentó que era como celebrar la consagración de la primavera en San Petersburgo. Los hielos de los canales se habían fundido aquel año antes que en otras temporadas y se respiraba un ambiente de optimismo en la ciudad, que se veía reflejada en los presentes. Anna Andréyevna Ajmátova iba vestida de princesa tártara, alegando que era un homenaje a su abuela, una princesa perteneciente a dicha etnia. Comentó que el vestido lo había hecho confeccionar a partir de los restos de uno que había sido de su abuela. Junto a ella, sonriente, se hallaba su marido, Nikolai Stepanovich Gumiliov**[92]**, considerado el más importante poeta simbólico del momento, que atendía a los invitados que iban llegando. Allí estaban Dmitri Serguéievich Merezhkovski con su esposa Zinaída Guippius, que saludaron a Paul y a Karl, satisfechos de que finalmente hubieran decidido asistir. Le presentaron a Ósip Mandelshtam**[93]**, a Mijaíl Bajtin**[94]**, a Pável Filónov**[95]**, al director de teatro Vsévolod Meyerhold**[96]**, a Fiódor Sologub**[97]**, que les confesó que había abandonado su voluntario retiro para pasar una temporada en San Petersburgo, y a unos cuantos más. Unos que comenzaban a brillar con luz propia y otros que por nada del mundo querían perderse la velada del año.

Zinaída Guippius, la hermosa y sofisticada esposa de Merezhkovski, gran amiga de Anna Ajmátova, no paraba de moverse de acá para allá, colaborando en que todo el mundo se sintiera atendido. Unos camareros contratados para el evento servían canapés, *champagne*, té de Ceylán, dulces recién hechos de la mejor pastelería de la ciudad, vinos de Crimea y de Hungría. Llegaron juntos Igor Stravinski y Serguéi Rachmaninov. Anna le ofreció de inmediato el piano, un instrumento magnifico que le había regalado su esposo, y Rachmaninov no se hizo de rogar, interpretando algunas composiciones e improvisando como solo él sabía hacerlo.

Paul no estaba acostumbrado a la brillantez de una velada de aquel nivel. Últimamente frecuentaba el estudio de Natalia Goncharova y Mijaíl Lariónov,

que poco o nada tenía que ver con aquella mansión, decorada con un gusto exquisito, con las paredes cargadas de pinturas de todos los artistas, admiradores de la obra de Ajmátova, esculturas de bronce o de piedras de calidad, lámparas déco, muebles de diseño, y abundantes ramos de preciosas flores traídas por los invitados procedentes de algunos invernaderos que proporcionaban adornos florales para los palacios de los zares, las iglesias y los eventos ya que, por mucho que insistiera la anfitriona, la primavera aún no se había consagrado.

El ambiente era abierto y de un gran nivel cultural. Karl propuso hacer unas fotografías y a Anna Andréyevna Ajmátova le pareció una gran idea, como a muchos de los presentes. Karl extrajo su cámara del maletín de cuero, colocó una placa y tomó su primera foto, intentando captar la mágica atmósfera de la velada, sin que nadie tuviera que posar, solo improvisando. Pronto se convirtió en el protagonista de la reunión ya que todos querían participar y no dejar pasar la oportunidad de inmortalizarse con algunos de los más famosos artistas del momento. Von Lissberg tenía una especial capacidad para captar la personalidad de los fotografiados.

Mientras, Paul cambiaba impresiones con los presentes, sabiendo que aquel momento era único y que le resultaría difícil encontrar tantos talentos reunidos.

Anna Andréyevna Ajmátova se subió a un sillón con total naturalidad para decir unas palabras de bienvenida.

—¡Queridos amigos y amigas! ¡Bienvenidos a esta casa! Hoy, primero de abril de 1913, queremos celebrar que nos encontremos juntos en esta casa que es la vuestra. Lo importante es que estemos reunidos, no voy a mencionar a nadie en particular. Cada uno sigue sus ideas, sus criterios, sus tendencias… Podéis ser conservadores, liberales, progresistas o radicales. ¡No digo desde el punto de vista político, sino artístico! ¡Pero de lo que estoy absolutamente segura es de que estamos siendo capaces de cambiar las cosas! ¡Lo más importante de la vida es el arte! ¡La influencia de lo artístico en la vida cotidiana es decisiva! ¡Y en Rusia, y aquí en Petersburgo, más que en ninguna otra parte del mundo!

De pronto, Anna, entusiasmada por el éxito de su reunión, comenzó a declamar y se hizo un absoluto silencio:

El viento, recordando o profetizando, murmura:
En el jardín de verano cantaban sutiles las veletas,
y la plateada luna creciente
iluminaba la edad de plata.

Paul la observaba sin poder apartar la mirada. Anna Andréyevna Ajmátova era una persona singular. No se podía decir que fuera hermosa aunque destacaba por su fuerte personalidad. Era alta y delgada, de porte noble y ojos melancólicos. Tenía el cabello negro y aseguraba que aquella era la única herencia de su bisabuela. Era generosa, impulsiva y sincera. Cuando sus miradas se cruzaron, ella le sonrió.

—La llamamos «La emperatriz» —Ósip Mandelshtam se había colocado junto a él—. Es una cariñosa alusión a la princesa tártara de la que desciende. ¿No percibe esa absoluta elegancia natural que es parte de ella? ¡Esa mujer me encanta pero Nikolai Stepanovich se me adelantó! —Mandelshtam se alejó discretamente mientras Anna se le acercaba.

—¡Estoy encantada de que haya podido venir! ¡Me han contado algunas cosas de usted y el enorme interés que tiene por nuestra tierra, que en realidad es la suya! ¿Pero no es usted también un verdadero ruso? ¡Qué importa lo que digan los documentos! ¡Bah! ¡Las circunstancias son solo eso! Me han hablado mucho y bien de su enorme interés por el arte, la literatura, las ciencias. Es usted un hombre muy interesante, y por lo que sé un extraordinario corresponsal.

Paul se sintió algo avergonzado al escuchar los piropos que aquella gran artista le dirigía.

—Gracias por sus amables palabras. Me siento muy satisfecho de esta nueva vida aquí. ¿Sabe?, de pronto comprendí que el centro del mundo no se hallaba en Manhattan. Si está en algún lugar es aquí, en San Petersburgo —las pupilas de su anfitriona brillaron—. Ahora estoy conociendo a mucha gente interesante, como esta tarde, aunque no siempre coincida con sus ideas. Pero lo que me tiene fascinado es comprobar cómo lo que ocurre aquí está colaborando en cambiar las cosas; y, como acaba usted de decir, la enorme importancia que el arte y la literatura tienen para liderar ese cambio. Como el observador que en realidad soy, veo que si no fuese por todos ustedes en mayor o menor medida, las cosas no estarían moviéndose. Nunca había pensado que el poder de la palabra tuviese tanta fuerza.

—¡Claro que sí! —Anna Andréyevna Ajmátova estaba encantada con la conversión de aquel nuevo «discípulo»—. Observe detenidamente a su alrededor. Aquí, en estos momentos, en esta hermosa y plácida tarde de Petersburgo, encontrará usted a representantes de todas las escuelas, o si prefiere, tendencias. Comenzaré por aquella a la que creo pertenecer. Los acmeístas, los que defendemos la sinceridad, la objetividad, la claridad del lenguaje. Pero ahí tiene a los simbolistas, los futuristas, los imaginistas, los

constructivistas, entre otros muchos. ¡Todos están entusiasmados! ¡Son conscientes de lo que está sucediendo! Y no solo en la poesía o en la literatura en general, también en la música. ¡Escuche a Rachmaninov o a Stravinski! ¿Puede notar la pasión que ponen en sus dedos? Es cierto, Rusia está cambiando con gran rapidez, y sin embargo los políticos no lo están entendiendo. Como casi siempre, se han quedado atrás. Ahí tiene usted al zar y su corte. ¡Platón sabía ya que para gobernar hay que hacer las cosas de otra manera! Lo que está llegando es como una marea, algo imposible de detener. En el fondo y en la forma, una exigencia de cambio. Si prefiere llamarlo una protesta, se lo admito. Pero dígame. ¿Sucede algo similar en los Estados Unidos en este momento?

Paul asintió.

—Sí, allí ocurrió antes un fenómeno muy parecido. La llamada Escuela de Boston, Hawthorne, Melville, Poe, Emerson, muchos otros escritores y artistas, arrastrados por aquel clima de creatividad y libertad. Aunque sinceramente creo que lo que está sucediendo en Rusia es otra cosa. Podríamos definirlo como la vanguardia. ¿Sabe lo que pienso? Nos encontramos en la punta de lanza, como una puerta mágica que se abre a lo desconocido…

—¡Sí, exactamente! —Ajmátova aplaudió sus palabras—. Muy bien expresado… ¡A ver si también tenemos aquí a un gran poeta! Así es, en efecto. Mire, no lo digo por mis poemas, pero se está dando el caso de que la juventud se aprende nuestros poemas de memoria, como si desafiara a las estructuras de poder. ¡No me diga que no es maravilloso!

Paul estaba convencido de que lo era. ¡Un increíble milagro! Algo que sucedía por la concatenación de una serie de circunstancias. Lo que ella había declamado. Aquella «edad de plata» del simbolismo o del acmeísmo. ¿Por qué no de oro, como sucedió durante el siglo de oro de las letras españolas? Anna le había explicado que la palabra acmeísta provenía del *ankh* egipcio, que más tarde se transformó en la llave de la vida. Mandelshtam acababa de escribir un manifiesto titulado *La mañana del acmeísmo* en el que mantenía que la creación poética tenía que ser forjada por una construcción armónica de palabras y sonidos, de razón y musicalidad. Todos los presentes querían romper con el realismo. Paul pensaba que en el horizonte, a pesar de todo, se vislumbraba el materialismo, decidido a borrar todo lo que se opusiera a él.

Más tarde algunos insistieron tanto que Ajmátova no pudo negarse a leer algunos de sus últimos poemas, y todos los presentes aplaudieron, entusiasmados. Paul estaba descubriendo el intimismo poético, el no

reservarse nada, el expresar todas las emociones y las frustraciones, vaciando el alma. Mijaíl Bajtin murmuró, emocionado, que Ajmátova era una digna sucesora de Pushkin.

Al terminar la velada, Paul se culpó por no haber recordado a Irina. Karl había conseguido que Igor Stravinski y Serguéi Rachmaninov posaran para él, además de muchos otros.

—¡Esta es la verdadera revolución! —exclamó Karl—. ¡La revolución del espíritu! Esta va por delante de la otra, abriendo camino, preparando las conciencias, desbrozando almas. ¡Qué cierto lo que siempre dices, que en ningún otro lugar se puede observar nada semejante! ¡Ni en Berlín, ni en Viena, ni siquiera en París! Allí se experimenta, las ideas están a flor de piel, el ambiente es propicio. Pero la diferencia está en que allí manda lo material, el dinero, los marchantes, el mercado… ¡Aquí, y acabamos de comprobarlo, manda el espíritu!

—Tienes toda la razón —Paul seguía sumergido en lo que acababa de presenciar—. Eso es lo que me asombra de Rusia, el espíritu, si quieres llámalo el alma rusa… ¿Has hablado con ellos? Están plenamente convencidos de que todo va a cambiar, y del protagonismo de las ideas. Tengo mucho interés en ver esa fotografía que me has hecho con Ajmátova. ¿Te has fijado en su mirada? Es como si pudiera ver lo que hay detrás de la realidad. Asusta un poco.

A lo largo de los siguientes días, compartió muchos momentos con Karl, que lo apoyaba tras la desaparición de Irina. La relación entre ambos se transformaba en una verdadera amistad. Karl procuraba no hablar de la situación de Irina, salvo que él lo mencionara expresamente. Sabía cómo se comportaba la policía zarista con aquellos a los que consideraba enemigos de Rusia y del zar.

Durante el resto del mes no tuvo ninguna noticia de Irina. No podía dejar de pensar en ella día y noche. En ocasiones, en sueños alargaba el brazo en la cama, y al encontrar el vacío se despertaba bruscamente, sudoroso, envuelto en una pesadilla que se transformaba en una durísima realidad.

Comenzó a tomar una cucharadita de láudano para intentar conciliar el sueño, pero no solo no le surtió efecto, sino que se despertaba con alucinaciones escuchando extraños ruidos, como murmullos y conversaciones ininteligibles que parecían proceder del fondo del pasillo, y no podía ser Nina ya que se encontraba en el pueblo con su madre enferma. Optó por dejarlo.

A primeros de mayo, una mañana al abrir el buzón encontró un sobre cerrado con una nota fechada del inspector Semiónovich en la que lo citaba a las seis de la tarde del día siguiente en la misma cafetería de la Perspectiva Nevski. Se hallaba muy cerca del Teatro Mariinski, por lo que solía llenarse las noches en que había función.

Media hora antes de la cita caminó hacia allí. Efectivamente se hallaba repleta de gente. Tuvo que hacerse un lugar en la barra y pidió un té. Entre la gente pudo ver a algunos de los que también habían asistido a la velada de Anna Andréyevna Ajmátova, pero o no lo reconocieron o solo hicieron una leve inclinación de cabeza. A las siete menos cuarto se vació el local ya que todo el público se dirigió al cercano teatro y pudo sentarse en una mesita al fondo. En aquel preciso momento vio entrar al inspector, que se dirigió hacia él con paso decidido y se sentó. Le sonrió y comenzó a hablar.

—¡Nadie quiere perderse la reposición de *La gaviota*! ¿Le gusta a usted Antón Chéjov?

Paul, sorprendido, le contestó con el mismo desenfadado tono, como si fueran dos amigos a punto de entrar en el teatro.

—Bueno, no es mi autor preferido pero le reconoceré que esa es una obra excepcional. Chéjov es un autor de primera línea, pero para mí excesivamente coloquial. ¿Quiere un té? ¡Este es magnífico! —Semiónovich asintió y el camarero tomó nota.

—Alexander, le ruego que no dude de mi voluntad de ayudarle. Seguimos sin saber nada de Irina Pávlova. ¿Tiene usted alguna noticia? Cualquier pequeño detalle o comentario podría ayudarnos. Nos preocupa el asunto, y no solo porque haya desaparecido una persona, sino porque si estuviera detenida, la Ojrana tendría que estar informada. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Perdone mi pregunta, pero ¿tuvieron ustedes alguna fuerte discusión? Quiero decir, ¿podría ella haber tomado la decisión de suicidarse? ¡No, por favor, no me malinterprete!

Paul negó con la cabeza. Lo que Semiónovich le estaba diciendo podía ser cierto o falso, aunque no esperaba más. A pesar de la complicidad que mantenía con el inspector, no parecía que por el momento fuera a decirle nada.

Aquel hombre quería convencerle de que podría contar con él si llegaba a necesitarlo, pero sabía que nunca podría confiar en él.

Uno de los pocos clientes que aún se encontraban en la cafetería se levantó y, al girarse para colocarse el abrigo, lo vio. A Paul también le pareció

reconocerlo. El hombre dudó un instante, pero se acercó. Se trataba de Vsévolod Emílievich Meyerhold, que también había asistido a la velada de Anna Andréyevna Ajmátova.

—¿Qué tal, querido amigo? —era evidente que Meyerhold no recordaba su nombre, y no quería equivocarse.

—Sí, apreciado Vsévolod Emílievich. Paul Alexander, corresponsal del *New York Herald*. Este es el señor Konstantín Semiónovich. Vsévolod Emílievich Meyerhold es un famoso productor y director teatral. Precisamente estábamos hablando de *La gaviota* y de Chéjov —Paul no había querido mencionar que se trataba de un inspector de la Ojrana, ya que probablemente no habría entendido qué estaba haciendo allí con él.

—¡Ah, sí! Encantado, Konstantín Semiónovich. En cuanto a Chéjov, ¡magnífico, siempre extraordinario Chéjov! Por cierto, ¡qué estupenda velada nos ofreció Anna Andréyevna Ajmátova! ¡Bueno, me voy, que llego tarde! ¡Encantado!

El hombre salió casi corriendo de la cafetería en dirección al teatro. El inspector Semiónovich era, lógicamente, un hombre muy observador.

—¿Meyerhold? Sí, me suena, aunque ese hombre no es un verdadero ruso. Me parece que ya conoce usted a más gente que yo en Petersburgo. Podría ofrecerle un puesto en la Ojrana.

Era evidente que Semiónovich pretendía ser cordial con él. ¿Lo había citado para saber si tenía noticias de Irina, o solo quería hacerle ver sutilmente que lo estaban controlando?

—Señor Alexander —continuó tras una pausa—, nos llevamos bien a pesar de las difíciles circunstancias. Si le parece bien, le propongo que hagamos un trato, un pequeño pacto entre caballeros. Si usted tiene noticias de Irina Pávlova, me lo hace saber cuanto antes, y yo le prometo lo mismo. Debe creerme si le digo que no tenemos ni idea de dónde puede haberse metido. Lo que si le aseguro es que si la policía la hubiese detenido, a estas alturas yo lo sabría. Mire, le ruego que no me malinterprete. No deseo ofenderlo, pero necesito descartar todas las posibilidades. Cuando una mujer así desaparece, el último en saberlo es su pareja. Es posible que se haya ido con otro hombre. ¿Está usted seguro de que no es el caso?

Paul no quería enfadarse con aquel hombre, podría llegar a necesitarlo en cualquier momento. Era su único contacto dentro de la hermética Ojrana. Intentó no parecer demasiado hosco cuando contestó a Semiónovich.

—¡Claro que estoy seguro! ¡No tengo la menor duda de que Irina ha desaparecido contra su voluntad, y lo que está usted insinuando me parece

ofensivo!

—¡No, por Dios, señor Alexander, nada más lejos de mi intención! Solo estoy agotando posibilidades, no poniendo a prueba su paciencia. Le ruego que me excuse, solo tenía que asegurarme.

Poco después se despidieron. No podía borrar de su cabeza que el inspector Semiónovich sabía mucho más de lo que le había contado. Sin embargo sabía que tenía que ser prudente o se arriesgaría a perder el único contacto que podía ayudarle a encontrarla.

Fueron pasando los días e Irina seguía sin aparecer. Visitó un par de veces a Ludmilla, incluso se quedó a comer con ella, en parte porque aquella mujer lo trataba como si fuera un familiar muy cercano. Luego dejó de ir ya que no sabía qué decirle y eso le hacía sentirse culpable.

A finales de junio los días se alargaron mucho, tanto que se podía pasear a medianoche por sus calles bajo una extraña luminosidad. Una mañana, mientras tomaban café con Fiódor Yegórovich en una esquina a la Perspectiva Nevski, le dijo que Serguéi Pávlovich Diáguilev no tendría inconveniente en recibirles. Quedaron para la entrevista en el mismo Teatro Mariinski. Encontraron a Karl von Lissberg departiendo con el empresario Diáguilev.

Fue Karl quién se lo presentó. Paul notó que entre ambos hombres existía una relación afectiva, lo que no le sorprendió, ya que Diáguilev, que también era homosexual, no dejaba de lanzar apasionadas miradas a Karl. Desde el primer momento pudo percibir la brillante inteligencia de aquel personaje, que le aseguró sonriendo que no tendría inconveniente en responder a todas sus preguntas, precisamente por ser un gran amigo de Karl, al que no deseaba defraudar. Paul sabía con quién estaba hablando, ya que Diáguilev tenía fama por su rapidez mental y por no morderse la lengua.

—Gracias, Serguéi Pávlovich, es usted muy amable —Paul no quería perder el tiempo en prolegómenos, pues sabía que era la clase de persona que de pronto se levantaría dando la entrevista por terminada—. Le agradezco mucho su deferencia hacia los lectores norteamericanos, que seguro estarán muy interesados en sus palabras. Usted es ahora un hombre famoso en toda Europa gracias en parte a sus ballets rusos. Siento curiosidad por saber cómo a un licenciado en derecho se le ocurrió crear una compañía de baile. ¿Qué está pasando en el mundo de la danza en estos años? ¿Qué está pasando en Rusia?

Diáguilev volvió a sonreír con seguridad, eran exactamente las preguntas que aguardaba.

—Paul —habían decidido tutearse—, nací en un pueblo de Novgorod en una familia burguesa. Apenas lo recuerdo, pues siendo un niño mi familia se trasladó a Perm. Mi padre era un hombre dominante con el que nunca me llevé bien. Me obligó a estudiar derecho. Decía que con ese bagaje no tendría problemas para salir adelante en mi vida. Siempre me ha interesado el arte. Cuando contemplo un cuadro bueno, me tiembla el pulso. Es una mezcla de entusiasmo y placer. Al final creo que he aprendido a interpretar el arte. Me encanta. Bien, terminé la universidad y lo primero que hice fue organizar una exposición de retratos de los mejores pintores rusos en esta misma ciudad. Un marchante francés que asistió me dio su tarjeta y me invitó a exponer en el Petit Palais, en París. Allí llevé una exposición de arte ruso. Desde pintura antigua a la de los últimos pintores, no solo lienzos, también iconos, esculturas, obras de arte en general… Todo excepcional y elegido por mí con sumo cuidado. Aquel era mi bautizo nada menos que en París. ¡No podía fallar! Fue un éxito que me abrió las puertas de aquella ciudad. En 1907 llevé cinco concertistas rusos con composiciones de maestros rusos. Borodin, Chaikovski… ¡Un enorme éxito! ¿Y sabes por qué? Por la calidad. La gente con clase y con dinero solo quiere vivir rodeada de lo mejor. A partir de ahí me encargaron la producción del *Boris Godunov* de Musorgski, basada en el drama de Pushkin, que se estrenó en 1874 en este mismo teatro. ¿La conoces? La importancia de esa obra es que habla de política, no de amores ni de fantasías. ¡Es curioso que no la censuraran! ¡Por eso tuvo aquel éxito! Contraté a Fiódor Ivánovich Shaliapin[98] como primera figura. ¡Un extraordinario interprete! ¡Un hombre genial! Con aquella obra salté a la fama. ¡Así es la vida! Entonces pude realizar el sueño de mi vida y fundé los Ballets Rusos. Sabía lo que tenía que hacer y volví a Petersburgo a buscar lo que yo necesitaba para garantizar el triunfo. Contraté a Anna Pávlova, a Vátslav Nijinsky, a Balanchine[99], a Karsávina. ¡El corazón del alma rusa! Dicen que Pávlova es judía… ¡Es posible, pero también es la mujer más rusa que conozco! Contraté a Mijaíl Fokin[100]. ¡Ah, qué malos son los celos! Ahora estoy trabajando con Claude Debussy, con Maurice Ravel, y voy a contratar a Serguéi Prokófiev, a Léonid Miasin[101], a Lev Nikoláyevich Bakst[102] como diseñador de mi escenografía y del vestuario. ¿Sabes de lo que te estoy hablando? ¡Del éxito! ¡Aquí, en Rusia, se encuentran los más grandes talentos! Podría asegurarte que solo hay una nación, pequeña por sus dimensiones, pero grande en espíritu y talento, que se nos puede comparar.

¡España! Allí han nacido muchos genios, como ese Pablo Picasso que asombrará al mundo. Falla, con esa música inmortal, y otros muchos como ellos. ¡Ah, sí, Rusia y España tienen mucho en común! ¿Has visto el retrato que me hizo Valentín Aleksándrovich Serov[103]? En él parezco un orgulloso hidalgo español retando al mundo. Pero ahora estoy aquí para contratar a los mejores. París, que es el centro del mundo, nos aguarda, y yo quiero colocar a Rusia en el lugar que se merece. ¡Y voy a conseguirlo! Cuando alguien tiene el privilegio de asistir a una representación de *Noche de mayo* o de *Daphne y Chloé* o de *Sherezade*, cree que ha visto el cielo. ¡Y todo eso lo hemos creado aquí! ¡Ida Rubinstein[104] en su papel de Salomé! ¡A Baskt, como a mí, nos gustan los cuerpos jóvenes y bellos! ¡No damos importancia sino a lo mejor! ¡A lo único! San Petersburgo es el París del norte. Y ahora te haré una profecía: En el futuro todos querrán conocer esta preciosa y única ciudad.

Por otra parte, tu pregunta sobre lo que está ocurriendo en Rusia con el arte es muy interesante. Ahí tienes a Igor Stravinski. ¿Has tenido la oportunidad de poder escuchar *El pájaro de fuego*, *Petrushka* o la maravilla que vamos a representar esta temporada, *La consagración de la primavera*? ¡Ah, qué grande es Rusia! ¡Sus escritores, sus pintores, sus poetas! ¡Y sus coreógrafos, arquitectos, músicos, compositores! ¡Es cierto! En estos tiempos, algo está sucediendo, aunque estoy convencido de que las musas han tocado a Rusia con sus varitas mágicas. Podemos sentirnos orgullosos. Ahora bien, seamos objetivos y sinceros. Si me hablaras de progreso, de política, de economía… ¡Entonces, no nos quepa duda, somos un completo desastre! Nadie puede decir a todos los demás cómo tienen que hacer las cosas. Nadie está libre de ser criticado. Nadie tiene siempre la razón. Así no funcionan las cosas y menos aún los países. ¡Y me acusan a mí de dictador! ¡Por Dios bendito! Pero no te confundas, tampoco tienen toda la razón Lenin ni Trotsky. ¡Ni el proletariado! ¡Ni mucho menos!

—Mira —prosiguió, ahora menos exaltado—, lo que necesitamos aquí es una república sobre el modelo de Francia, para mí el país modelo en el que todos deberían mirarse: *Liberté, égalité, fraternité*, ¿no te parece? Si me preguntas por qué me marché de Rusia te contestaré con claridad: porque aquí no podía respirar. Porque necesitaba libertad. No se puede vivir y mucho menos crear sin libertad. Te lo explicaré… Aquí seremos capaces de enseñar a bailar a figuras como Tamara Karsávina, podremos engendrar compositores como Stravinski, podremos crear a genios como Baskt. Pero si quieres ver *El pájaro de fuego*, no tendrás más remedio que ir a París. El vestido de plumaje multicolor de la Karsávina era verdaderamente espectacular. ¿Y sabes por

qué? La diferencia es que en Francia, la política es un asunto serio. Aquí, y siento vergüenza al decirlo, seguimos con Iván el Terrible[105]. ¡En toda Europa no se habla de otra cosa que de las hazañas de ese Rasputín! ¡Santones, curanderos, magia negra o blanca, da lo mismo! ¡Y todo eso rodeando nada menos que al zar de todas las Rusias! ¡Contaminando al imperio! ¡Claro que va a pasar algo! Y probablemente antes de lo que pensamos. Paul, lo primero que hay que hacer para poder trillar es limpiar la era. ¿No te parece? ¡Ya es hora de coger la escoba y barrer la porquería!

La publicación un mes más tarde en el dominical del *New York Herald* de la entrevista con Serguéi Pávlovich Diáguilev supuso un éxito para el periódico y naturalmente para Paul. La había acompañado de varias fotografías tomadas por Karl von Lissberg en el escenario del Mariinski que mostraban la potente y polifacética personalidad del entrevistado. Fiódor Yegórovich lo felicitó cuando se la pasó para que le diera su opinión.

Karl von Lissberg acompañó a Diáguilev a Berlín, ya que entre los dos se había establecido una fuerte relación. Karl no le ocultaba sus verdaderas tendencias y Paul, que hasta que lo conoció había tenido ciertos prejuicios contra los homosexuales, comenzó a comprender que las cosas eran en realidad de otra manera.

A principios de septiembre, un sábado por la mañana, cuando volvía de hacer la compra, Ludmilla Valenskovna encontró a su hija Irina sentada en el rellano con la cabeza metida entre los brazos. Tuvo que sentarse en el escalón, temblando sin control. Irina bajó las escaleras que le faltaban para llegar hasta su madre y se abrazó a ella. Solo al cabo de un rato pudieron incorporarse y entrar en el piso.

Ludmilla lloró durante horas sin poder contenerse. Irina se encerró en su habitación, que seguía exactamente igual que el día que desapareció, sin pronunciar una palabra.

Paul no lo supo hasta el día siguiente. Un vecino de Ludmilla se acercó hasta su casa y le entregó un sobre cerrado dirigido a él. La misiva decía escuetamente.

Estimado Paul Alexander:

Irina ha vuelto.
Le ruego venga en cuanto pueda.
Suya afectísima. Ludmilla Valenskovna

Paul se puso la gabardina ya que llevaban un par de días con una persistente lluvia en la ciudad, y caminó con rapidez hacia la casa de Ludmilla. Durante los últimos meses no había ido allí ni un solo día y se sentía algo avergonzado. No dejaba de pensar dónde podía haber estado Irina durante todo aquel tiempo. ¿Qué le había sucedido? Se daba cuenta de su propio nerviosismo, se sentía feliz de que hubiera por fin aparecido, pero las cosas no iban a resultar fáciles. Subió las escaleras de dos en dos. El ascensor era muy lento y se averiaba con facilidad.

Apenas apretó el timbre, le abrió la propia Ludmilla y se abrazó a él. Sollozaba y tenía los ojos hinchados. Supuso que Irina había llegado enferma o tal vez muy afectada. La mujer lo tomó de la mano y lo condujo por el pasillo hasta la puerta cerrada de una habitación. Le invitó a entrar solo, mientras ella seguía sollozando. Paul giró el pomo y entró. En la penumbra entrevió la silueta inconfundible de Irina tendida sobre la cama. Se acercó despacio sin decir nada y se arrodilló junto a ella, notando que respiraba como si estuviera dormida. La abrazó y notó cómo se movía entre sueños. Permaneció un largo rato junto a ella sin atreverse a despertarla. Después se incorporó y cerró tras él la puerta del dormitorio. Se dirigió al salón de recibir donde sabía que estaba Ludmilla y se sentó en el tresillo frente a ella, que lo observaba con sus ojos llorosos.

—No ha dicho una sola palabra desde que ha llegado. No sé lo que le habrán hecho a mi hija, pero ha debido ser algo muy malo —sollozó la mujer sin poder contener las lágrimas que intentaba ocultar tras un pañuelo—. La encontré sentada en el rellano ayer por la mañana. Aún no ha dicho una sola palabra. ¡Nada! ¡Dios mío, que le habrán hecho a mi hija! ¡Pobre Irina!

Paul intentó consolarla. Le dijo que Irina se encontraría agotada y que lo único que necesitaba era dormir y descansar para poder recuperarse, probablemente en pocos días volvería a ser la de antes. Lo importante era que hubiese vuelto, que estuviera allí. A medida que hablaba iba dándose cuenta de que no eran más que palabras de consuelo. Comenzó a pensar en lo que podía haber sucedido, pero mientras no supiesen dónde había estado, solo podían hacer conjeturas.

Sentía una profunda emoción, más por la alegría de volver a verla viva que por otro sentimiento que, a pesar de las dramáticas circunstancias, sabía que poco a poco se estaba extinguiendo. A lo largo de aquellos duros meses

había comprendido que no la amaba. Su forma de entender la vida, tan vinculada en todo a la política, le había poco a poco hecho desligarse afectivamente de ella. Sin embargo, el hecho de tenerla allí de vuelta era un verdadero milagro. Ludmilla intuía que algo iba mal.

—Paul, mi hija fue cambiando con la edad, pero cuando se afilió al soviet de los trabajadores de Petersburgo y fue elegida para el comité… se transformó en alguien diferente. En otra mujer que a mí, su propia madre, me resultó desconocida. Usted llegó a conocer a la primera. Cuando llegó aquella noche a casa y me dijo que se habían prometido, y más adelante pude conocerle, creí que la vida iba a darle una oportunidad, pero después… ¡Ah, Dios mío, esta juventud está envenenada por la política! No han tenido tiempo de ser jóvenes; antes era una niña que reía por todo, siempre lograba consolarme, y fíjese ahora…

Paul no quería marcharse sin hablar con Irina. Tuvo que aguardar tres horas hasta que ella entró en silencio en la sala donde se hallaban. La vio prematuramente envejecida. Sus ojos, antes tan bellos y brillantes, se habían apagado. Cuando lo vio, caminó hacia él sin aparentar sorpresa alguna. Paul se levantó, conmovido.

—¡Irina, qué alegría que estés de vuelta! ¿Qué ocurrió? ¿Quién te mantuvo prisionera?

La besó en la mejilla mientras ella tomaba asiento frente a su madre. Irina permaneció unos instantes en silencio, como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar.

—Nada. Simplemente he vuelto. No me preguntéis pues poco tengo que contar y ninguna gana de recordar lo que he pasado. Solo me siento infinitamente cansada, agotada, como si durante todo este tiempo no hubiera cesado de caminar por un lugar desierto y desconocido. Mamá, ahora no quiero hablar, solo descansar, aquí en mi casa. Y tú, Paul, deja de mirarme así. Estoy de vuelta y por ahora prefiero quedarme aquí. ¿De acuerdo?

Paul asintió con cierta amargura.

—De acuerdo. No te preocupes. Haré tus maletas y las traeré aquí. Me parece lógico. Voy a por ellas y las traigo… lo comprendo.

Bajó corriendo a la calle y subió a uno de los landós de alquiler que pasaba por allí. Lloviznaba pero no hacía frío, en pocos días el tiempo cambiaría y la nieve obligaría a sustituir los coches por trineos de un solo caballo, o las troikas más incómodas de guiar en la ciudad. Comenzaban a verse algunos

automóviles, casi todos particulares y algún que otro taxi. Cuando llegó al portal pidió al cochero que aguardara. Subió a su piso e hizo las dos maletas sin querer pensar. ¿Era así cómo terminaban tantas ilusiones y lo que creían tanto amor? Pensó que no tenía sentido. Al meter la ropa interior en la segunda, de entre ella cayó al suelo un pequeño cuaderno. Estaba en alemán. Contenía un listado con nombres y direcciones. Lo introdujo entre la ropa y cerró la maleta. Volvió a casa de Ludmilla Valenskovna. Apenas entró, ella le explicó que Irina se había vuelto a acostar. Dejó las dos maletas en el pasillo mientras la mujer seguía sollozando. Afirmó de nuevo que no se preocupara, Irina había vivido una dura experiencia y solo necesitaba reposo y tranquilidad. Se iría recuperando poco a poco, sin forzarse. Le aconsejó que la tratara con la máxima naturalidad. Luego, sin saber muy bien si debía marcharse o quedarse, besó a Ludmilla en la mejilla y bajó la escalera.

Fue paseando hacia su casa. En aquella ciudad los cambios radicales de tiempo eran muy frecuentes y la persistente llovizna había dejado paso a una tarde espléndida. Recordaba que la relación de Irina con él había cambiado pocos días antes de su desaparición. Por eso tomó la decisión de marcharse a Moscú, y luego prolongó su estancia allí.

En aquel momento tan dramático pensó que no creía amarla. Lo que había ocurrido era que aquella relación, que comenzó como una bella amistad, con mucha naturalidad, derivó en una especie de pasión que ambos confundieron con verdadero amor. Todo se debía a que estaban solos y necesitaban compañía. Él, lejos de su país, en un lugar desconocido, ella queriendo reencontrarse, apartarse de una vida excesivamente vinculada a la política, convencida de que había hallado al hombre de su vida. Alguien muy distinto a todos los que conocía. En el momento en que depositó las dos maletas en el pasillo del piso de Ludmilla, intuyó que aquel era el final. Suspiró, pensando que el tiempo que pasaron juntos fue maravilloso. Sabía que la echaría de menos, pues Irina no solo era preciosa, tenía en ocasiones una dulzura especial que la hacía única.

Los últimos meses de 1913, aquel otoño tan frío y ventoso en San Petersburgo, lo obligaron a permanecer en casa gran parte del tiempo. Decidió ponerse a escribir seriamente el libro en el que llevaba pensando desde que llegó a Rusia. Tenía mucho material recopilado y creía estar preparado para empezarlo. Fiódor siempre estaba disponible. Aparecía algunas mañanas con la prensa, un abrigo de piel y su gorro ruso, la nariz roja y los ojos lagrimosos.

Los habitantes de San Petersburgo se preciaban de no temer al frío ni a las ventiscas de nieve. «¡Somos osos y lobos! ¡Este es nuestro medio natural!», le decía. Luego Fiódor le contaba las novedades, los contactos que pensaba para las próximas entrevistas mientras se tomaba una taza tras otra de café con leche y fumaba aquel tabaco negro tan apreciado en la ciudad. En ocasiones, si podía, se quedaba a comer o subían ambos al ático de Karl para almorzar con él.

Paul se sentía en su ambiente y no habría cambiado aquello por Nueva York haciendo otro tipo de trabajo, quizás más sofisticado pero menos auténtico.

Cuando estaba solo en el piso aprovechaba para escribir hasta, en ocasiones, las tres de la mañana en que, agotado, se dejaba caer sobre la cama. A menudo se despertaba con la necesidad de hacer el amor con Irina, pero descubría que estaba solo. Había intentado verla, pero las tres últimas veces que fue a su casa, solo pudo hablar un momento con Ludmilla. Irina prefería no verlo, algo que no podía entender.

Entonces se marchaba a pasear sin rumbo por el centro, o se iba con Karl para acompañarlo mientras buscaba los escenarios para su nueva colección, en las fábricas abandonadas, los talleres antiguos, vacíos, los terrenos donde la ciudad se confundía con el campo, o lugares insólitos, como el manicomio de la ciudad, los cementerios con sus lápidas y panteones. Karl le explicaba que todo aquello iba a desaparecer y que él solo estaba levantando acta antes de que la modernidad y el progreso se lo llevaran todo por delante.

Comenzaba a comprender que una enorme ola iba a barrer no solo Rusia, sino el mundo entero, y que aquella casi inapreciable brisa que él estaba percibiendo iría creciendo, transformándose en un vendaval, una enorme tormenta que se lo llevaría todo por delante. Quería saber dónde comenzaban los mínimos indicios de todo ello, los signos apenas visibles pero evidentes del cambio. Era una dura y laboriosa tarea y se sentía algo fatigado a pesar de su entusiasmo, pero al tiempo satisfecho de estar cumpliendo su sueño y de haber vuelto a San Petersburgo, de encontrarse en el mismo ojo del huracán.

X
1914

El año 1914 entró con una tormenta de nieve que paralizó la ciudad. Unos días más tarde, recién finalizada la Pascua ortodoxa, de noche, demasiado tarde para las costumbres locales, Fiódor Yegórovich pasó a verlo a su casa. Tuvo que bajar a abrirle el portal.

—¡El zar te recibirá mañana a las diez! —exclamó Fiódor—. Más o menos a la hora en que termina su desayuno y antes de sus visitas, que comienzan a las once. Cuando a última hora de la tarde de hoy ha llegado a la redacción un coche con el escudo imperial y el director me ha entregado la carta, ¡no me lo he podido creer! No te puedes imaginar lo complicado que ha sido conseguir la entrevista. ¡No podemos perder esta oportunidad! Pero solo te mencionan a ti. ¡Cuánto habría dado por poder acompañarte! Este asunto, como es natural, tiene su protocolo: primero te recibirá el presidente de la Duma, Mijaíl Rodzyanko[106], que con toda seguridad te dará una pequeña charla para contarte que el gobierno del zar cumple con sus compromisos. Es un político astuto. Después el zar cambiará impresiones más personales y menos comprometidas contigo. Y si tienes suerte, tal vez entre a saludarte su familia, más por curiosidad que por otra cosa. ¡El *New York Herald* tiene la llave del mismísimo imperio ruso!

El sobre lacrado y con el escudo imperial iba dirigido a la dirección de El *Diario de San Petersburgo* por ser el periódico que tenía un acuerdo de colaboración con el *New York Herald*. Paul agradeció el detalle a su amigo, pues Fiódor lo ayudaba continuamente de un modo altruista y generoso que sobrepasaba las obligaciones que tenía encomendadas por la dirección. Cuando le dijo que no tendría más remedio que llevarle a América con él, Fiódor lo miró sonriendo mientras se tomaba una copa de vodka antes de volver a su casa.

—¡Prométeme que me llevarás, promételo! —Paul se colocó la mano en el pecho y sonrió.

—Está bien. Te prometo por lo más sagrado que, ocurra lo que ocurra, te llevaré a América.

Fiódor se terminó la copa de un trago.

—Me voy más tranquilo. Tú tendrás a tu zar y yo algún día iré a América. Hasta mañana, que tengas suerte. Igual te hace embajador o algo así. Ah, por cierto, te he alquilado una troika para que te lleve hasta Tsárskoye Seló[107]. Hay más de veinte verstas y no vas a ir esquiando… Estará aquí a las siete y media de la mañana. No lo hagas esperar, los cocheros de Petersburgo tienen malas pulgas.

Eran casi las once de la noche y la ciudad se hallaba en la oscuridad, salvo las principales avenidas iluminadas hasta media noche por farolas de gas bajo un manto de nieve de dos palmos de espesor y con todos los canales helados. Sin embargo, Fiódor no había dudado en ir hasta su casa, sabiendo que en caso contrario no tendría tiempo de llegar a la cita. Paul le propuso que se quedara y Fiódor se lo agradeció pero dijo que prefería irse a su casa donde tenía un artículo a medias, que estaba pasando en la Underwood que él le había traído de Nueva York. Volvió a desearle suerte y cerró la puerta tras él.

A la mañana siguiente, Paul se levantó muy temprano. Había puesto el despertador a las cinco. Se duchó con agua caliente y desayunó bien. Luego se puso su mejor camisa, un corbatín de seda negro y un traje oscuro. Cogió la maleta con la máquina de fotos de placas de gran formato con trípode por si le permitían hacer alguna placa, aunque no tenía demasiada esperanza en ello. Ya en la escalera se enfundó el abrigo de piel de lobo y el gorro con orejeras. En la calle hacía mucho frío pero allí estaba la troika. Tres robustos caballos y un cochero que lo miró con curiosidad al saber adónde iban.

Paul pensó que resultaba más seguro hacerlo en aquella troika tradicional que en alguno de los automóviles que comenzaban a circular por la ciudad. No podía permitirse el lujo de un pinchazo o una avería y no llegar a tiempo. Una troika siempre llegaba. Eso lo había aprendido leyendo *Miguel Strogoff, el correo del zar* de Julio Verne; en aquellos momentos se sentía como Blount, el periodista.

El rítmico cascabeleo de los arneses de los caballos era un agradable sonido que acompañaba al hermoso paisaje que estaba recorriendo. La nieve lo cubría todo con su manto inmaculado. No se apreciaba la suciedad, ni el polvo, ni el barro. Solo nieve mientras comenzaba a amanecer. Iba pensando en la entrevista, aunque sin querer obsesionarse. Fiódor le advirtió que el zar apenas le concedería media hora. Según decían se trataba de un hombre muy singular, con un carácter melifluo que intentaba siempre ganarse a su interlocutor. No sabía si tendría oportunidad de conocer al resto de la familia

imperial, pero ya que sabían que se trataba de una entrevista dirigida al público norteamericano, sobre todo del Este del país, intentarían ser lo más cercanos y agradables posible.

Dos horas más tarde entraron en el inmenso parque. Un puesto de guardia les dio el alto. Mostró su pasaporte y la invitación. No le hicieron esperar ni un minuto. Levantaron la barrera de seguridad. El cochero parecía haber estado allí anteriormente ya que conducía la troika con decisión. Cuando llegaron al parque delantero del palacio pudo admirar la preciosa columnata barroca del porche. Aquel edificio era una obra de arte, y aunque solo lejanamente, le recordó la Casa Blanca. La diferencia fundamental era que este tenía la fachada pintada de color ocre. Una obra maestra de finales del XVIII realizada por el arquitecto italiano Giacomo Quarenghi. Se lo había estudiado la noche anterior, antes de acostarse, para ir entrando en el reportaje. No le gustaba improvisar y siempre que podía se preparaba los temas a fondo. Eso se lo había enseñado el jefe de redacción del *New York Herald* cuando ingresó en la plantilla.

Quedó con el cochero en que lo aguardaría en el lugar más cercano donde le permitieran detenerse. Se apeó ante la misma puerta principal y un chambelán de aspecto serio y movimientos reposados, que caminaba con gran dignidad, le precedió hasta un impresionante salón situado en una de las esquinas de la planta baja, con grandes ventanales al parque. El chambelán le explicó que aquel era el conocido como Salón Carmesí, donde el zar solía recibir a sus visitas. Debía aguardar unos instantes, y tres minutos más tarde, exactamente a las diez menos un minuto, entró en el salón un hombre grueso de correctas facciones que rondaba los cincuenta años. Se trataba de Mijaíl Rodzyanko, presidente de la Duma, el hombre que había sustituido a Aleksandr Guchkov. Mientras se acercaba esbozó una tímida sonrisa.

—¿El señor Alexander, supongo? Soy Mijaíl Rodzyanko. Encantado de conocerle.

—Sí, señor presidente. Soy Paul Alexander, corresponsal en Rusia del *New York Herald*, el más influyente periódico de los Estados Unidos. Es un honor para nosotros que su majestad el zar haya aceptado la entrevista.

—Sí —Rodzyanko le estrechó la mano con naturalidad—, es un verdadero placer. Nunca he tenido la oportunidad de viajar allí. Me hubiera encantado. En fin, no sé si podré llegar a cumplir ese sueño. Pero le ruego que tome asiento. En ese rincón estaremos bien. Es la vista preferida de su majestad, por su orientación. ¿Le gusta este lugar? Permite a su majestad estar

muy cerca de San Petersburgo y al tiempo vivir en el campo. Bien, ¿qué quiere saber mientras tanto? ¿Le apetece un té o un café?

Un mayordomo se acercó cuando el presidente levantó su mano derecha.

—Sí. Café, por favor. Con una gota de leche y una cucharada de azúcar. Gracias.

—¡Lo mismo que yo! Bien, pregúnteme lo que quiera y yo le contestaré lo que pueda.

—De acuerdo. Es usted el presidente de la Duma del país más extenso de la tierra. Por lo que conozco hasta hoy, aquí vive mucha gente inteligente, culta y preparada. ¿Por qué Rusia no es uno de los países más adelantados y prósperos de la tierra?

Rodzyanko lo miró fijamente, como si no hubiera entendido la pregunta. Dio un sorbo a la taza de café con leche humeante que acababan de servirles. Finalmente contestó:

—Señor Alexander, no es una pregunta sencilla. Yo lo entiendo como una lucha entre el bien y el mal. Este es un país enorme, difícil, complejo, con infinidad de etnias y nacionalidades, poblado por más de ciento treinta millones de habitantes pertenecientes a varias religiones, incluso animistas con sus chamanes, como esas tribus indígenas de Siberia. Nuestro único interés es que prospere. Mejorar las comunicaciones, como el Transiberiano y las líneas que están programadas hacia el norte y hacia el Caspio. Pretendemos llegar a los recursos minerales, a los inmensos bosques, incrementar la renta de los campesinos, transformar este país en un sentido positivo, pragmático. Pero no nos está resultando fácil. Los marxistas, los soviets, los socialistas revolucionarios, el anarquismo, el terrorismo, las huelgas salvajes, los políticos que no dan de sí todo lo que uno espera. Usted me habla de gente inteligente, culta, preparada. ¿Cuánta? ¿El uno por ciento de la población? Aquí en Rusia hay mentes brillantísimas, excepcionales, lo sabemos bien. Nos enorgullece como rusos, pero también abundan los utópicos, los egoístas, los idealistas sin sentido práctico. Luego están esos que se resisten a ser rusos: los polacos, ucranianos, letones, lituanos, finlandeses, por no hablar de esos chechenos y los demás musulmanes del Imperio. ¡Ah, es difícil, una durísima empresa! Si me habla de lo sucedido en la guerra con Japón, le diré que se trató de una guerra contra dos imperios, el japonés y el británico. Los barcos se diseñaron y construyeron en Gran Bretaña. El *Mikado*, su buque insignia, fue construido en los astilleros Vickers de Barrow in Furness. Ellos prepararon a los mandos y oficiales japoneses, ellos les proporcionaron la estrategia. Sí, es cierto que nuestra armada era anacrónica,

pero ninguno de los almirantes nos advirtió de ello. También lo es que perdimos al comienzo de la guerra al almirante Stepán Makárov. Aquel desastre influyó directamente en la llamada Revolución de 1905, en el Domingo Sangriento. Le puedo asegurar que el zar nada tuvo que ver con la masacre que perpetraron los cosacos. Ni estaba en el Palacio de Invierno, ni dio ninguna orden en tal sentido. Se dice que huyó por temor a lo que les pudiera suceder a él y a su familia. ¡No es cierto! Aquella gente venía a entregar una petición de mejoras laborales y de condiciones de vida, pero al frente de la manifestación iba el padre Gapón, un revolucionario. Él y los que instigaron la revolución fueron los únicos responsables. En cualquier caso, fue algo terrible. Después, con el Manifiesto de Octubre se introdujeron muchos avances y libertades. Se creó la Duma, un parlamento avanzado que los socialistas boicotearon desde el primer momento. Ellos no quieren una evolución hacia el progreso. Pretenden una revolución, y si eso llegara, Dios no lo quiera, sería un verdadero desastre para Rusia. Mire, nuestra policía nos hace llegar los panfletos, las revistas bolcheviques, los diarios. Sabemos muy bien lo que está ocurriendo y de dónde parten esos movimientos que describen al zar como un malvado tirano alejado de su pueblo. ¡Nada más alejado de la realidad! Hablan de su familia sin respeto alguno, echan la culpa al monje Rasputín, a la zarina por ser de origen alemán. Y como pretenden una revolución, necesitan señalar a los responsables: según ellos el zar, su familia, este gobierno, los nobles, los burgueses… Si llegara la revolución, pagarían los inocentes. Sin duda habría saqueos, asesinatos, destrucción. Hemos tenido antes algún intento. Insurrecciones campesinas, el motín del acorazado *Potemkin*, rebeliones en Vladivostok, en Kronstadt, en Sebastopol. Culpan al zar de los pogromos contra la minoría judía. Le recuerdo que el asesinato del zar Alejandro II produjo una ola de violencia en todo el sur. Dicen que fue instigado desde palacio. Me apena escuchar tales infundios. ¿Ha oído usted hablar de las Centenas negras, popularmente conocidos como los Cien Negros? Antes eran movimientos como la Santa Brigada, o la llamada Asamblea Rusa. Este zar no ha instigado, financiado ni colaborado con tales organizaciones, por mucho que estas se denominen zaristas o tengan por símbolo el águila bicéfala. ¡Nos perjudican, dañan la imagen de Rusia! Existen algunos popes nacionalistas ignorantes que impulsan esas ideologías anacrónicas. Debe saber que nosotros las rechazamos. Mire, su majestad lo va a recibir, entre otros motivos, porque el New York Times… que por supuesto no es el Herald, acusó a miembros del gobierno ruso de impulsar los pogromos. Tanto que el propio presidente Theodore Roosevelt escribió una

nota de protesta diplomática. Le invitamos a venir a comprobarlo, a que enviase una comisión. Admito que hemos podido cometer errores, pero de ahí a que ataquemos a nuestros propios súbditos, como lo son los judíos… Me apenó lo sucedido en Kishinev, en Moldavia. Créame si le aseguro que no tuvimos conocimiento de lo sucedido hasta después.

El primer ministro se acercó a la ventana, pero mantenía una mirada diplomática.

—Nos hallamos en una época de cambios —prosiguió—, y somos conscientes de ello. En Rusia no todo el mundo es monárquico. Dirá usted que eso es una obviedad. Los pertenecientes a la burguesía europeizante son, en muchos casos, republicanos. Los que se llaman a sí mismos demócratas pretenden un gobierno de los soviets. ¡Eso es algo inviable! Todos ellos pretenden acabar con el Estado y sus instituciones, y se refieren al zar como a un dictador autocrático. En cuanto a los anarquistas de Bakunin**[108]**, quieren sin más destruir el Estado. De hecho acabaron con la vida del abuelo del zar mediante un atentado. Los liberales del partido constitucional-demócrata, es decir los intelectuales, algunos burgueses, los pequeños terratenientes, las profesiones liberales, piden más libertades, reformas inmediatas, una constitución, una reforma agraria. ¡Pero si estamos en ello! ¡Estamos en el camino del progreso, el problema es que lo quieren ya y eso es imposible! Esos kadetes son unos utópicos y no saben ni lo que quieren. En cuanto al partido socialdemócrata, son marxistas. Los mencheviques firmarían una alianza con los liberales, y finalmente los bolcheviques son unos radicales comunistas convencidos de que ese iluminado de Vladimir Ilich Ulianov, alias Lenin, cambiará el mundo. ¡Por Dios santo!

Rodzyanko bebió un sorbo de café, miró el reloj y respiró hondo antes de proseguir con su monólogo:

—Estamos en el camino adecuado. La producción agrícola ha crecido mucho desde principios de siglo. En diez años se ha más que doblado la producción. En cuanto a la industria, puede usted comprobar la cantidad de chimeneas humeantes que hay en la carretera a San Petersburgo. ¡Hasta hemos tenido que crear un cinturón de protección alrededor de Tsárskoye Seló para evitar que nos construyan las fábricas cerca de estos palacios! Cada mes se inaugura al menos una nueva en el extrarradio de San Petersburgo. En cuanto a las comunicaciones, como le decía antes, se han multiplicado. No solo el Transiberiano, también el Transaraliano, el Transcaspiano; enormes inversiones que nos permitirán acercar esos inmensos espacios. Todo está en marcha y este gobierno podrá demostrarlo si las circunstancias nos permiten

ejercer el gobierno. ¡En fin!… —Mijaíl Rodzyanko suspiró—. Usted es un hombre muy bien informado y sabe lo que está sucediendo en Europa. Me temo que pronto van a ocurrir cosas que cambiaran el mundo. Ha sido un verdadero placer.

Mijaíl Rodzyanko se incorporó al ver entrar al zar en el salón. Mientras Nicolás II se acercaba, el primer ministro se cuadró e hizo sonar los tacones de sus zapatos al tiempo que inclinaba la cabeza.

—Majestad, tengo el honor de presentaros al señor Paul Alexander, corresponsal del *New York Herald* en Rusia.

El zar alargó su mano mientras forzaba una sonrisa. Era un hombre maduro que aparentaba ser más joven de lo que en realidad era, alrededor de cuarenta y tantos años, esbelto, con un hermoso rostro que parecía esculpido en piedra. Vestía un impecable traje gris oscuro con un pequeño botón dorado con el águila bicéfala en la solapa. Aquel era el zar de la dinastía Romanov que venía a conocer.

El zar tomó asiento al tiempo que señalaba el sofá en el que habían estado sentados Rodzyanko y Paul.

—¡Por favor, caballeros! Señor Alexander, estoy a su completa disposición —el zar sonrió dejando ver una cuidada dentadura—. ¿Qué podemos contar que sea de interés para sus lectores de Nueva York? ¡Siento una gran simpatía por América!

Paul quería salir de dudas:

—Majestad, ¿podría tomar unas fotos? Son para la revista.

Rodzyanko le interrumpió.

—Perdone, señor Alexander. Al terminar le mostraremos unos álbumes de fotografías recientes, tomadas por el fotógrafo oficial. Comprobará que son muy adecuadas para completar una buena entrevista. Las que elija le serán entregadas mañana en su domicilio por un mensajero oficial. Es la norma. ¿De acuerdo?

Paul asintió. No tenía alternativa.

—Sí, gracias, señor presidente, me parece muy bien.

El zar intervino de nuevo, sonriendo amistosamente.

—Ah, los Estados Unidos… La emperatriz y yo estuvimos planeando un viaje oficial a ese gran país. Nos hubiera encantado visitarlo, poder ver la Casa Blanca, el Capitolio, hacer compras en Nueva York, en la Quinta Avenida. Incluso comprar algunos automóviles. Uno de esos Touring Car de veinte caballos. O tal vez uno de esos pequeños Ford T, un descapotable… Se lo hubiera regalado a la emperatriz para moverse por Tsárskoye Seló. ¡Una

verdadera preciosidad! También me hubiera encantado conocer Nueva Inglaterra, pero hasta el momento ha sido imposible. ¡En fin!… No se puede hacer todo. Bien, ¿desea hacerme alguna pregunta concreta? El presidente Rodzyanko le habrá hablado un poco de todo… tiene toda mi confianza. Mijaíl Rodzyanko es un gran patriota.

—Sí, Majestad. Los lectores americanos están entusiasmados con los reportajes sobre Rusia. ¡Están siendo un verdadero éxito! Mi director me cuenta que recibe centenares de cartas, algunas de emigrantes rusos que viven allí y que les emociona leer acerca de este gran país. Otros están asombrados, todos quieren saber más. Ahora sería realmente magnífico poder presentarles al zar de todas las Rusias y a su familia. ¿Qué pensáis de ello, Majestad?

—¡Ah, sí! Mi esposa, la emperatriz, las grandes duquesas y el zarévich Alexei vendrán dentro de un momento. Hemos podido leer algunos reportajes sobre los Estados Unidos y estarán encantados de poder saludarle personalmente. Por cierto, ¿qué automóvil tiene usted en Nueva York?

Paul estaba asombrado de la extravagante personalidad del zar. Lo mismo le hablaba de coches que de viajar a los Estados Unidos.

—No poseo todavía automóvil. El periódico pone a mí disposición un vehículo cuando lo necesito para algo relacionado con el trabajo. Pero cuando vuelva pienso comprar un Ford T. Es un buen coche, y barato, aunque no tengo intención de volver por el momento.

—¡Qué interesante! El primer ministro le invitará a la próxima recepción que se celebrará en el Palacio de Invierno. ¡Acuérdese, señor primer ministro! Un detalle con el corresponsal del *New York Herald*.

—Majestad, muchas gracias, me encantará asistir. Pero háblame de usted, de sus aficiones, de su vida cotidiana. Eso es lo que interesa a los lectores americanos.

—¡Sí, encantado! Mire, antes que zar soy padre de familia, ¿comprende? Mis preocupaciones son las de mi esposa y mis hijos. Quiero que sean felices. ¡Y la verdad, en este mundo tan revuelto!… ¡En fin!… ¿Le han hablado de mi parecido con el príncipe Jorge de Inglaterra? Cuando viajé allí nos intercambiábamos la ropa, yo me ponía su traje y él el mío, y no eran capaces de distinguirnos. Conozco Inglaterra, Alemania, incluso India y Japón. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Por cierto, en Alemania ese tal Gottleib Daimler está construyendo unos automóviles fantásticos! Creo que su socio se llama Karl Benz. ¡Qué maravilla! He encargado dos, uno cubierto y otro descapotable. Ya se los enseñaré… El primer ministro no estaba demasiado convencido, alegando que no es el mejor momento para traer unos automóviles tan lujosos.

Le repliqué qué al pueblo ruso le gusta que su zar no se prive de nada. ¿No fue así, Mijaíl Rodzyanko?

El primer ministro esbozó una sonrisa forzada. La conversación no iba por donde él había pensado, pero al menos eran temas intrascendentes y no tenía nada que objetar. Sabía que debía estar allí, escuchando e interviniendo cuando fuera preciso. Lo había alarmado la posibilidad de una entrevista privada entre el zar Nicolás y un periodista norteamericano. Por eso estaba allí, vigilante, cuando tenía tantas cosas que hacer. El carácter amistoso y espontáneo del zar era un verdadero quebradero de cabeza para el gobierno. Aquel hombre no conocía el significado de la palabra discreción. Por ello decidió cargar él con el peso político de la entrevista, después temas familiares y anécdotas con el zar, y al final aparecería el resto de la familia. Una imagen cercana y amistosa acorde con la idiosincrasia del pueblo americano.

—Majestad, aún no me habéis hablado de vos.

Paul seguía preocupado al ver como el minutero de un enorme reloj de pared inglés seguía avanzando, implacable, y él no lograba lo que pretendía. No le había conseguido sacar ni una sola palabra interesante.

—¿De mí? ¡Bah, mi vida no es nada apasionante! Solo soy un hombre pacífico que desea lo mejor para su pueblo, nada más. Cuando sucedió la triste aventura contra Japón, bien que lo sentí… Cierto es que esperaba un mejor trato de mis parientes ingleses. ¡Esos Battenberg! ¡Menudos barcos les vendieron a los japoneses! Estará usted conmigo en que nadie comercia como los británicos. ¡Y ahora mi primo Guillermo empieza a crearme problemas! Tendré que escribirles a los dos para invitarlos a cazar osos o lobos, y que descarguen sus ansias bélicas. ¡Ah, si la abuela Victoria levantara la cabeza! Pero mire, ahí llega mí amada familia —el zar se puso en pie mientras la zarina se acercaba sonriente seguida de las princesas y el pequeño zarévich—. Tengo el placer de presentarle a la emperatriz, mi amada esposa, Alexandra Fiódorovna. Querida, el señor Paul Alexander es el corresponsal del *New York Herald* en Rusia —la zarina se limitó a hacer una levísima inclinación de cabeza, que él le devolvió inclinándose algo más—. Estas son mis queridas hijas: la gran duquesa Olga Nikoláyevna, la gran duquesa Tatiana, la gran duquesa María, la gran duquesa Anastasia. Y este es el zarévich Alexei, heredero del trono. Paul fue inclinando la cabeza mientras las princesas saludaban con una graciosa genuflexión. El zarévich chocó sus tacones al estilo alemán al tiempo que hacía una leve inclinación de cabeza.

—¿No me hablabais de hacer un precioso viaje a Nueva York y Washington? Podríamos hacer que algunos de esos transatlánticos de lujo que tocan en Bremen o en Hamburgo se acercasen a San Petersburgo, y viajar hasta Nueva York, ¿qué os parece? ¡Ah, los Estados Unidos! Le diré que siento cierta envidia sana de los americanos. ¡Seguro que allí no tienen soviets, ni bolcheviques, ni socialistas! Bien, veamos, vamos a necesitar algunas fotos. ¿Por qué no ayudáis al señor Alexander a elegir unas cuantas para el reportaje que se publicará en Nueva York? Mire, le contaré algo curioso. ¿Sabe por qué mi hija menor se llama Anastasia? ¡Pero acercaos, hija mía! Debéis saber que en griego, Anastasia significa «resurrección», aunque también significa «liberación». Mi padre, el zar Alejandro III, liberó sin cargos a un grupo de estudiantes que habían provocado graves disturbios en la ciudad. Exactamente un año después nació la gran duquesa. En conmemoración le pusimos ese bello nombre, aunque os diré algo en confianza —la gran duquesa Anastasia, que tendría alrededor de trece años, observaba a su padre con una cierta desconfianza, pues no le gustaba nada ser centro de atención—, nosotros la llamamos *Shvibzik*, diablillo o duende, porque tiene la increíble habilidad de aparecer y desaparecer a su criterio. ¿No es cierto, hija mía? Estamos convencidos de que ha heredado el buen humor de Rusia.

Paul no quería parecer impertinente, pero necesitaba dar algo de profundidad a la entrevista que, como podía percibir, estaba acabando.

—Sí, Majestad. Una última pregunta: ¿Qué podéis decirme de los problemas en los Balcanes?

El presidente de la Duma se entrometió ya que no deseaba que se hiciera ese tipo de preguntas al zar.

—¡Perdonad, Majestad! Señor Alexander, ¿tiene alguna otra pregunta para su majestad la emperatriz, las grandes duquesas o el zarévich Alexei?

Paul no deseaba forzar las cosas. Sabía que se hallaba allí como invitado especial, por la buena voluntad del zar y su familia, que no tenían por qué haberle recibido. Por otra parte, podía comprender que en aquellos instantes, con sus hijos y su esposa observándole fijamente en aquel precioso salón, preguntar al zar sobre temas tan complejos y políticos era casi faltar a las normas de cortesía palaciega. El zar daba la impresión de ser un hombre exquisito, que intentaba ser agradable con su invitado, pero el presidente no iba a permitir que la entrevista fuese más allá de un amable intercambio de impresiones. ¿No deseaban los lectores americanos conocer la vida familiar del zar? Pues allí podía comprobar cómo eran, cómo vivían y lo encantadores

que podían llegar a ser. Además, el zar parecía interesado en hablar de cosas más triviales y de menor calado.

—¿Le gusta navegar, señor Alexander? —el zar observaba fijamente su reacción—. Dentro de un mes daremos una vuelta de dos días por el golfo de Finlandia. ¿Le gustaría conocerlo? ¡Pues le invitamos a acompañarnos! ¿No se mareará, verdad?

Paul negó con la cabeza.

—Quiero decir que no me mareo. Por supuesto que me encantaría ir.

Pudo notar que Rodzyanko estaba a punto de intervenir pero se contuvo. Después de todo, aquello era lo menos malo. Daba la impresión de estar resignado.

—El *Standart* es un magnífico barco. Un veloz *clipper* y un maravilloso juguete construido por mi querido padre. Pero ya lo verá… Estoy seguro de que la experiencia le encantará. Y me ocuparé personalmente de que pueda hacer fotos. Primer ministro, recuerde también que le enviemos la invitación al pequeño crucero.

El zar se levantó con agilidad.

—Bien, señor Alexander, ha sido un verdadero placer conocerlo y departir un rato con usted. Las grandes duquesas lo acompañarán hasta su troika, que le aguarda en el parque. La emperatriz y yo le deseamos una feliz estancia en Rusia. Buenos días.

El zar extendió su mano. La zarina volvió a hacer una levísima inclinación de cabeza. Paul se inclinó.

—Gracias, Majestad, ha sido un placer poder entrevistarlo.

Volvió a inclinarse hacia la zarina mientras notaba que aquella mujer no parecía sentir la menor simpatía por él. Luego ambos caminaron lentamente hacia la puerta.

El primer ministro sonrió con alivio al comprobar que todo había transcurrido como esperaba. No convenía desairar al corresponsal del periódico más influyente de los Estados Unidos, pero tampoco podía arriesgarse a una entrevista sin control, con asuntos tan delicados en el aire.

—Bien, señor Alexander, ha sido un verdadero placer. Se le enviarán oportunamente ambas invitaciones. Su majestad es muy generoso y gentil con las personas que le caen bien. ¡Enhorabuena! Será un verdadero placer volver a verle en la recepción de primavera. Ahora las grandes duquesas le mostrarán el álbum de fotografías oficiales para que elija y luego le acompañarán hasta

su troika. Nunca volverá a tener tan excelsa compañía. Adiós y hasta la próxima.

El primer ministro abandonó el salón. Las grandes duquesas lo observaban en silencio. Anastasia sonreía y, tras comprobar que el primer ministro había salido, repitió con voz de falsete sus últimas palabras, «Nunca volverá a tener tan excelsa compañía», haciendo una gran reverencia, mientras sus hermanas no podían evitar reír ante la ocurrencia. Paul se dio cuenta de que el zarévich se había marchado sin decir palabra.

Anastasia fue la primera en acercarse a él:

—¿Está usted casado en América, señor Alexander?

Paul sonrió sin poder evitarlo.

—No, alteza, soy un soltero empedernido. Creo que me casaré con una rusa. ¿Le parece bien a su alteza?

La muchacha asintió sonriendo.

—Se lo pregunto para buscarle pareja en el baile de la recepción a la que acaba de invitarle mi padre. Será dentro de dos meses, el primero de mayo. ¿Le parece bien?

Paul volvió a sonreír. Le caía bien aquella descarada princesita que no sentía la menor timidez al dirigirse a un desconocido.

—¡Claro que me parece bien! Su alteza me permitirá que le diga que me parece muy simpática.

No pudo evitar pensar que apenas subiera a la troika para volver a San Petersburgo, la gran duquesa Anastasia remedaría lo que estaba diciendo.

Eligió las fotos. Todas las que contenían los álbumes eran muy buenas, aunque algo estáticas, como si no quisieran mostrar el espíritu sino solo la forma. Le hubiera gustado algo más natural, como solía hacerlas Karl. De nuevo Anastasia se colocó junto a él para explicarle cuáles eran sus preferidas. Sus hermanas la contemplaban, asombradas por su descaro con el visitante. Finalmente eligió seis.

Después se dirigieron lentamente por el camino recién abierto en la nieve hasta donde aguardaba la troika, a unos diez minutos de allí. Las grandes duquesas perdieron la timidez y le hicieron algunas preguntas sobre los Estados Unidos. La única que no abrió la boca fue Olga, la mayor, que iba como abstraída. Anastasia no paró de hablar y de gastar bromas a sus hermanas, que debían de estar acostumbradas a aquel pequeño torbellino. Quería saberlo todo y no dejó de hacerle preguntas.

Se despidió al modo americano, estrechando la mano de las cuatro, que no parecían acostumbradas a aquella forma de despedirse pero le alargaron la mano con naturalidad. Luego subió a la troika y el cochero fustigó a los caballos. Saludó con la mano. Ellas le devolvieron el saludo. Anastasia gritó:

—¡Adiós, señor Alexander! ¡Hasta pronto!

La troika tardó casi tres horas en dejarlo ante la puerta del edificio, el cochero pensaría que ya no les aguardaba nadie y no deseaba agotar a sus caballos. Efectivamente, las fábricas se estaban acercando a Tsárskoye Seló. Todo era blanco inmaculado en el paisaje, lo único oscuro era el humo cargado de hollín que salía de las altas chimeneas.

No había tenido la oportunidad de hacer al zar las preguntas que realmente le hubieran interesado. En cualquier caso había sido una experiencia única. Podría escribir un magnífico reportaje sin que el inspector Semiónovich tuviera nada que decir.

XI
Música, danza y política

Tal como pensaba, el reportaje titulado *El zar y su familia* resultó todo un éxito. Los republicanos y los demócratas se volvían locos con las historias sobre monarcas. Para un lector medio de la Costa Este, el zar era un personaje casi mítico. No quiso hacer ninguna valoración política. Él tenía su propio criterio, pero diferenciaba entre lo que podía publicar en sus reportajes y lo que estaba comenzando a escribir para su libro, que no se publicaría hasta que hubiera vuelto definitivamente a los Estados Unidos. Si los lectores del dominical del *New York Herald* deseaban leer un determinado tipo de reportaje, él no iba a complicarse la vida, y menos conociendo la situación política en Rusia. No iba a ser tan ingenuo. Una cosa era el idílico mundo de palacio, la caprichosa y voluntariosa personalidad del zar Nicolás II, la lejana frialdad de la emperatriz, sobre la que no hizo el menor comentario, y otra cosa el mundo hostil y complejo que había podido percibir. Prueba de ello era lo sucedido a Irina Pávlova, que había sufrido un durísimo castigo, una advertencia.

Se acercó a visitarla en varias ocasiones, al principio iba casi todos los días, pero se encontraba con otra persona que nada tenía que ver con la Irina que él había amado. La notaba lejana y fría, la confianza que habían llegado a tenerse se había disipado. Recordaba aquellos días como los más hermosos de su vida, pero tenía la impresión de que habían acabado para siempre.

No podía entender lo que había sucedido. Qué sufrimientos y qué traumas había tenido que pasar Irina durante su cautiverio, de los que no había querido contar nada. Ni siquiera a su propia madre. Ni una sola palabra. Una mañana encontró a Ludmilla en la calle, cerca de su casa, y la mujer se echó a llorar, incapaz de comprender lo que le estaba sucediendo a su hija. Le dijo que la actual Irina era muy distinta a la anterior, como si le hubieran cambiado el alma, y la prueba la tenía él mismo. El profundo amor que había sentido por él ya no parecía existir, a pesar de los esfuerzos que estaba haciendo por recuperarla.

Se despidió de Ludmilla con emoción. No podía ser franco con ella y decirle que tampoco él creía seguir enamorado de su hija. Tenía la sensación de que la llama se había extinguido para siempre y no se creía capaz de poder

convivir y amar a una mujer que anteponía todo en su vida a la política, que no le permitía saber lo que hacía, para quién trabajaba, con quién se reunía, dónde y ni siquiera cuándo, cómo desaparecía sin decir nada durante dos o tres días. Por aquel motivo, al principio no se había sentido muy preocupado. Era, o al menos así lo veía, una total falta de confianza. Nunca había tenido la certeza de que ella regresara por la noche, ni podía prever cuando iba a marcharse. Entonces creía estar profundamente enamorado, pero aun así no podía comprender aquella forma de ser.

Desde que Irina había vuelto tenía la sensación, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, de que lo culpaba de lo sucedido. Suspiró al pensarlo. Hubo un tiempo en el que entrevió otra Irina, una joven de carácter dulce y muy distinto. Pero todo aquello había acabado para siempre.

Paul intentó centrarse en su trabajo. Estaban sucediendo muchas cosas y no quería que se le escaparan. Por el momento no deseaba volver a los Estados Unidos, pero tenía decidido que cuando se marchara, intentaría llevarse a Fiódor y asociarse con él para montar su propia agencia de noticias. Sabía que cuando llevara unos meses allí, actuaría con la misma soltura que en Rusia.

A mediados de abril le llegó un sobre con la prometida invitación a la recepción de la Casa Imperial para la fiesta de primavera. Por consejo de Fiódor, se había encargado un esmoquin y un elegante abrigo ligero. La fiesta se celebraría el primero de mayo y daría comienzo a las seis de la tarde. De seis a nueve y media. El programa oficial sería un besamanos seguido de un refrigerio, y finalizaría con un baile. Previamente habría un saludo real en el que el zar haría una pequeña alocución. El baile se celebraría en el gran salón.

Paul podría encontrar a lo más selecto de la alta sociedad, no solo de San Petersburgo, también a los representantes de los cuerpos diplomáticos.

Encargó un coche de alquiler que lo recogería en el interior del pasaje de carruajes, dentro del edificio, que tenía un portal a cada lado. A la hora señalada se encontró allí con Karl von Lissberg, asimismo trajeado con un elegante esmoquin, y, tal y como habían quedado subieron, al automóvil que ya les aguardaba.

Karl comentó sonriendo:

—Si nos viera ahora Irina Pávlova, no sé qué pensaría de nosotros.

Paul se encogió de hombros. No deseaba pensar en eso en aquel momento.

Karl estaba invitado ya que había realizado una serie de fotografías a las grandes duquesas que habían sido un verdadero éxito. Fotos montando a caballo, paseando por los jardines de Tsárskoye Seló, en los salones, formando distintas composiciones. En definitiva, una preciosa colección de los hijos del zar que le habían hecho entablar una buena relación con la familia imperial. Karl era un hombre exquisito y eso le encantaba al zar. Le contó a Paul que cuando la emperatriz vio las placas decidió nombrarlo fotógrafo oficial de sus hijas. Además, el aspecto aristocrático y la exquisita cortesía del artista la subyugaron. Algunos comentaron que lo que en realidad había convencido a la zarina era su homosexualidad, lo que le daba una absoluta confianza para que fuera con ellas a cualquier lugar. Además del hecho de pertenecer a la clase alta, el prototipo de Karl como alemán perfecto la había terminado de convencer.

Karl y Paul entraron en el Palacio de Invierno a la hora exacta. Un chambelán les preguntó sus nombres. El hombre ni siquiera tuvo que buscarlos en la lista ya que se la había aprendido de memoria. Asintió y los condujo a la planta principal subiendo la impresionante escalinata, mientras los invitados iban llegando y el palacio se iba animando con el ir y venir de todos ellos. Ante la pregunta de Karl, el chambelán comentó que iban a asistir mil doscientos invitados.

Ya en el salón, se toparon con Serguéi Diáguilev, que saludó a Karl con un abrazo y tres besos en las mejillas al estilo ruso. Luego estrechó la mano de Paul mientras le decía que si no fuera por la cantidad de compromisos que tenía en Europa, sobre todo en París, le encantaría viajar a los Estados Unidos, donde lo habían invitado algunos de los más importantes empresarios de Nueva York y de Los Ángeles.

—Pero me resulta imposible, aunque le puedo asegurar que no es por falta de ganas. ¡Ah, América! ¡El futuro del mundo! Además, allí entienden lo que significa un espectáculo.

Paul quería aprovechar aquel encuentro para que Diáguilev le expusiera sus últimas teorías, y caminaron hacia el ambigú donde les sirvieron una copa de champán. Diáguilev iba saludando aquí y allá, pero el casual encuentro con su amigo von Lissberg hizo que ya no quisiera separarse de ellos. Paul deseaba aprovechar la situación. Encontraron unos sillones sin ocupar en un punto desde el que se dominaba el gran salón y tomaron asiento.

—Serguéi, cuéntenos lo que está sucediendo en el mundo de la danza. Mis lectores de los Estados Unidos agradecerán tener una información desde el mismo manantial.

Diáguilev hizo una leve inclinación de cabeza en señal de sentirse muy honrado. Era un hombre al que le gustaban los halagos y lo apasionaba todo lo que se refería a su profesión. Mientras acababan de llegar los invitados, Diáguilev comenzó a exponerle su teoría:

—Queridos amigos, si hay un pueblo que se siente identificado con la danza es el ruso. En efecto, no se puede entender a los rusos sin el baile. ¡Una expresión total, completa, que brota del espíritu! En Francia, en Inglaterra, interpretan la danza de otra manera. ¡Si me hablaran de los españoles, insisto siempre en que somos pueblos hermanos en espíritu! En las últimas décadas, cuando se ejecutaba un baile en escena, cuando se interpretaba una danza, se hacía al modo tradicional. Cuando Iván el Terrible ganaba una batalla, sus cosacos, ellos y ellas, mostraban su alegría cantando, bebiendo y bailando. Eran danzas tradicionales transmitidas de padres a hijos. Los mismos pasos, sin ningún cambio, sin evolución. Danzas primitivas que expresaban alegría en una boda, en una victoria, en la recogida de las cosechas, en los momentos álgidos de un pueblo. Claro que existían infinitas variantes, y que cada región, cada nacionalidad las interpretaba a su manera. En el suroeste, en la zona de los Cárpatos, con influencias turcas y orientales, danzas muy esquemáticas y repetitivas, con la misma monotonía de su música. También los bailes tártaros, por supuesto de origen turcomano, poseen esa misma fuerza, aunque con cierta pobreza de estilos. ¡Pero, y los cosacos! ¡Qué enorme fuerza! Nosotros, los verdaderos rusos, hemos tomado del norte, del sur, del este y del oeste, tanto influencias orientales como europeas. Luego fueron evolucionando con el ritmo y la fuerza que nuestra gente pone a todo lo que exprese sentimientos. Sin embargo, cuando se representaban en la corte, en los teatros, eran manifestaciones apagadas, artificiosas, oscuras, que no inspiraban nada. Tristes remedos de las auténticas. ¿Y saben por qué? Porque no había imaginación en la coreografía. No comprendían que los referentes podían enriquecer todo aquello.

»Hace veinte años aquí, en San Petersburgo comenzaron a cambiar las cosas. No me malinterpreten si les digo que yo fui uno de los profetas de la danza. No podré negar que existía algo en el ambiente que nos afectaba a todos. ¡Sigue estando ahí! ¡En la literatura, sobre todo en la poesía, en la pintura, en el arte en general! Muchos comprendimos entonces que los objetos también funcionaban mejor cuanto más bellos eran. Eso hizo

comprender que los objetos cotidianos debían ser más bellos. Por ejemplo la manija de una puerta, un azucarero, una jarra, ¡lo que fuera! Fue entonces cuando comprendí la importancia del color, de la forma, de la luz y, por qué no, de la sublimación, de la exageración, de los arquetipos, los referentes, los simbolismos. ¡Como quieran llamarlo! No solo en la vida real, sobre todo en los escenarios. Ser capaces de transformar aquellos telones oscuros con reminiscencias historicistas, apagados, de tonalidades mortecinas, negras, marrones, grises… ¿Pero, y la luz? ¿Dónde estaba la luz? ¡Ah! Ese fue el verdadero descubrimiento. De repente, también se hizo la luz dentro de mí. Comprendí que el cambio se podía aplicar a todo, pero muy especialmente a la danza, con la música de Rimsky-Korsakov, de Mussorgsky, de Chaikovski, de Stravinski, de Prokófiev, de Borodin, ¡de tantos otros! —Diáguilev bajó la voz como si fuera a contarles un importante secreto—. Miren este país, con genios como Michel Fokine… aunque tengamos nuestras diferencias… ¿quién no las tiene? La Pávlova, Ida Rubinstein, la Kschessinska[109], que por cierto también se encuentra en esta recepción. Ya saben que es una acérrima partidaria de la dinastía Romanov. ¡Por no hablar de ese bailarín maravilloso, Nijinsky! Ese hombre vuela en el escenario. ¡O la Karsávina! ¿Han podido ver su interpretación en *El pájaro de fuego*? Sí, amigos míos, algo se está moviendo en Rusia y no tardaremos mucho en saber de qué se trata.

Paul dejó a Diáguilev y a Karl enfrascados en su conversación y se dispuso a observar el ambiente. En el mismo momento en que llegaron el zar y la emperatriz, los presentes rompieron en estruendosos e interminables aplausos. ¿Realmente eran aquellos los sentimientos de los súbditos rusos hacia su soberano? El ambiente del gran salón era impresionante. Un gran número de lámparas eléctricas proporcionaban una fantástica iluminación, haciendo brillar los preciosos vestidos de las damas, los uniformes de los militares y diplomáticos, y la enorme sala por entero. El zar y la zarina se habían colocado bajo un dosel y los invitados iban pasando en una larga fila, lentamente, ya que el zar parecía conocerlos a todos, y con todos departía unos momentos. Él también se colocó en la fila hasta que le tocó. El zar lo saludó por su nombre, haciendo gala de una increíble memoria, para agradecerle que hubiera asistido. Se le notaba un esfuerzo personal por ser afable con todos y cada uno, mientras que la emperatriz, como casi siempre, parecía distante, como si estuviera pensando en otra cosa y apenas le dedicó una fría y forzada sonrisa. Tuvo la impresión que se trataba de una frialdad

calculada. Pensó que hasta cierto punto era lógico que el pueblo no se sintiera identificado con ella, incluso que la odiase.

Al terminar el besamanos, una legión de camareros uniformados de gran gala aparecieron con sus bandejas de plata para servir el *buffet* frío. No hubo un fallo. Era como una gigantesca coreografía de las que hablaba Diáguilev. Todo perfectamente orquestado, impecablemente servido. No lo hubieran podido mejorar ni en Berlín, ni en París. La gente departía por toda la sala mientras los mayores tomaban asiento en los muchos sillones y sofás lujosamente tapizados, colocados estratégicamente por todo el gran salón.

Después la orquesta comenzó a tocar una polka y se hizo un gran vacío en el centro del salón. El zar y la zarina abrieron el baile, al que pronto se fueron añadiendo invitados, primero los miembros más cercanos de la familia real, tras ellos el cuerpo diplomático y del gobierno, al final casi todos los presentes intentaban hacerse un hueco, mientras el zar y su esposa se retiraban y tomaban asiento en sus tronos colocados en el estrado bajo un baldaquín.

Paul no pensaba participar en el baile. Entre otras cosas, porque no tenía ningún compromiso. Solo quería observar, absorber aquel precioso ambiente, la atmósfera de lujo y placer para después redactar un reportaje sobre todo ello. Desde que era un niño había soñado con transformarse en otro, olvidar su pobreza, participar de las cosas buenas de la vida sin tener que pensar solo en sobrevivir. Estar allí, en la galería superior, contemplando el baile que el zar daba anualmente a la élite de la sociedad rusa y a los miembros del cuerpo diplomático acreditado era un momento único para él. Apoyó sus brazos en la barandilla y se dispuso a observar con detalle. En aquel momento, la orquesta iniciaba un vals y los más jóvenes de entre los invitados comenzaban a evolucionar por el salón de manera sincronizada, siguiendo esos compases que expresaban alegría y belleza.

Se hallaba algo abstraído sin notar que un oficial de gala carraspeaba a su lado, intentando llamar su atención.

—¿Tengo el placer de saludar al señor Paul Alexander? Teniente Kalinin. ¿Le importaría acompañarme?

Paul asintió, sorprendido. ¿Adónde quería llevarle aquel apuesto oficial de caballería? Al instante salió de dudas.

—Por favor, le ruego que me siga. Las grandes duquesas desean saludarle.

Paul se sentía algo azorado, pero comprendió lo que sucedía. ¡Anastasia! Aquella muchacha tendría trece o catorce años y, por lo que había podido comprobar, le encantaban las travesuras y reírse de todo el mundo. El oficial caminaba dos pasos delante de él, guiándole hasta el otro extremo del salón,

donde se hallaba una veintena de jóvenes, entre las que pudo reconocer a las grandes duquesas. Algunas se cubrían la boca con sus abanicos de baile, seguramente riéndose de lo que la pequeña Anastasia tramaba. Pensó que después de todo era parte de la anécdota y que también le podría servir para su reportaje. Ese tipo de vivencias personales eran las que conferían a sus artículos el estilo vibrante y directo que tanto apreciaban sus lectores norteamericanos.

Al acercarse, Anastasia se levantó impulsivamente, saltándose la etiqueta, y corrió hacia él. Notó que algunas de las jóvenes no podían evitar reír a carcajadas ante las malévolas ocurrencias de la gran duquesa. Paul estaba de buen humor y más que dispuesto a prestarse al juego. Sonrió pensando que la suerte estaba echada.

—¡Señor Alexander! ¡Qué gran alegría que haya aceptado la invitación! ¡Estábamos convencidas de que su cargada agenda le impediría asistir! ¡Pero venga, acompáñeme se lo ruego, quiero presentarle a mi hermana Olga! ¡Bueno, presentarle no, ya que la conoce del otro día! ¿Le gustaría bailar con ella? —la muchacha bajó la voz haciéndole un guiño de complicidad—. Verá… la verdad es que he hecho una apuesta y no pienso perderla.

Mientras, lo iba llevando de la mano al lugar donde se hallaban sus primas y hermanas sin atender a nada. Aquella niña le caía bien por su naturalidad y simpatía. Sabía que se hallaba en manos del destino y se encogió de hombros. Se inclinó ceremoniosamente ante las grandes duquesas y sus primas y amigas más cercanas. La gran duquesa Olga Romanova, que apenas tendría veinte años, miraba a su hermana menor con furia contenida.

Paul volvió a sonreír para expresarle que las circunstancias y no él lo habían llevado hasta allí mismo. Se dirigió a ella.

—Alteza, ¿me haríais el honor de apuntarme en vuestro carnet de baile?

En aquel momento se preguntó si las princesas de tan elevado rango bailaban con cualquiera o si se estaba saltando alguna desconocida regla del complejo universo de la etiqueta palaciega. El caso era que el oficial lo había conducido hasta allí, y tenía la certeza de que si lograba bailar con la gran duquesa, el reportaje que comenzaba a dar vueltas en su cabeza se podría convertir en un verdadero éxito.

Notó como la gran duquesa Olga Romanova intentaba devolverle la sonrisa mientras seguía fulminando con la mirada a su hermana pequeña, como queriendo decirle que más tarde ajustarían cuentas. Pero las grandes duquesas sabían comportarse, habían sido educadas para salir siempre airosas

de cualquier contingencia. Anastasia se hallaba junto a él. La miró un momento y vio que sonreía beatíficamente, como ajena a todo el asunto.

—Encantada, señor Alexander. Con sumo placer lo anotaré aunque, como comprenderá, tengo delante varios compromisos ineludibles. Cuatro y usted, el quinto. Le ruego aguarde por aquí cerca. Por supuesto que me encantará bailar con usted.

Paul se inclinó. Admiraba el saber estar y la exquisita educación de aquella joven princesa, aunque pensó que no le gustaría estar en el pellejo de la pícara Anastasia. Sus hermanas se lo harían saber más tarde. Si la adusta emperatriz, su madre, se enteraba de la travesura, la castigaría sin duda alguna.

Mientras llegaba su turno, se acordó de las clases de baile que había tomado en aquella desvencijada academia de la Tercera Avenida. Allí iba la gente a aprender todo tipo de danza, precisamente para evitar hacer el ridículo en un momento dado, aunque también y sobre todo para poder abrazar a las hermosas y ardientes muchachas que hacían de pareja. Él había salido unas semanas con una de ellas, y no solo aprendió a bailar. Se acordó de ella con una sonrisa agridulce, pues el día que la dejó, la chica, una preciosa italiana que vivía en Little Italy, le confesó entre lágrimas que estaba enamorada de él.

Al acabar el cuarto baile de la princesa, la orquesta hizo una pausa. Se acercó para no hacer esperar cuando reanudase la música. Miró a Anastasia, que le devolvió descaradamente la mirada. Sonrió de nuevo mientras le adjudicaba un calificativo: Anastasia I La Terrible o, más apropiado aún, *shvibzik*, diablillo, como había murmurado su hermana mientras le pedía el baile.

La orquesta permaneció en silencio unos instantes y él caminó hacia la gran duquesa Olga. Ella hizo una leve inclinación de cabeza. Se acercó a ella justo cuando la orquesta arrancaba con una vibrante polka. Comenzaron a bailar y respiró al comprobar que podía seguir aquellos rápidos compases.

Olga Romanova era una joven verdaderamente preciosa. Se había perfumado y no pudo evitar reconocer que, princesa o no, le atraía mucho. Ella mantenía su papel, digna y lejana, aunque le sonrió en varias ocasiones cuando se cruzaron sus miradas. No pudo evitar sonreír sin disimulo cuando él murmuró «la pequeña Anastasia». Tenía una piel perfecta, sin una macula, y pensó que a fin de cuentas para ella también sería una curiosa anécdota cuando alguna vez recordara que había bailado con el corresponsal del *New York Herald*. Desde luego, él lo recordaría toda su vida.

Finalizada la polka, la acompañó ceremoniosamente a su lugar, saludó inclinándose y se retiró mientras las jóvenes se agrupaban y hacían sus comentarios. Buscó a Karl, que también sonrió al verlo acercarse.

—¡No creas que es tan fácil conseguir bailar con una de la grandes duquesas! ¡Ya tienes el artículo del año!: «Mi baile con la hija del zar». ¡O conozco poco a tus lectores, o es exactamente lo que les gusta leer! ¡Enhorabuena!

Paul le explicó lo sucedido durante su visita al palacio de Tsárskoye Seló, y las travesuras de la gran duquesa Anastasia. Al escucharlo, Karl sonrió.

—Es la misma impresión que tuve mientras les hacia las fotos. ¡No hay manera de que esa niña permanezca quieta un instante! Pero estoy convencido de que es la más natural de toda la familia. Lo cierto es que no parece que vengan buenos tiempos para la familia imperial. Lo hemos comentado muchas veces. A pesar de esta increíble exhibición de poder y riqueza, la tormenta se está acercando y no he podido evitar pensar en la caída de los dioses cuando te he visto bailando con la princesa. No quiero ser agorero, pero este podría ser el canto del cisne de la familia imperial rusa. Esta forma de entender la vida es absolutamente anacrónica. ¡No te das cuenta de que esta recepción parece salida de las páginas de *Guerra y paz* de tu amigo Tolstoi! ¿Comprendes? Aquí podemos contemplar una Rusia completamente diferente a la real. ¡Fuera hay otras Rusias! Por una parte, ahí tienes otra forma bien distinta de pensamiento: Kandinsky, Malevich, Trotsky, Lenin, Plejánov, Ajmátova, Blok, Gorki**[110]**, ¡qué sé yo! Por otra, la miseria infinita, la verdadera situación de la economía y cuatro familias sojuzgando a este país. La verdadera Rusia es muy diferente, con aspiraciones muy distintas. Esta se ha quedado anclada en el tiempo y no quiere aceptar que pronto llegará una enorme ola con intención de barrerla. Están tan ciegos que no quieren ver la realidad.

—Tienes parte de razón, Karl —Paul tenía su propio punto de vista sobre ello—. No es que no quieran ver la realidad. ¡Es que esta les aterra! No es posible que no se den cuenta de lo que está sucediendo. ¡No puedo creerlo! ¿O crees que el zar es ajeno a lo que se habla de él en la calle? ¿Acaso desconoce lo que se dice acerca de las relaciones de su esposa con ese Rasputín? La Ojrana requisa todos los días nuevos panfletos sobre las morbosas y lujuriosas intenciones de ese monje loco, y seguro que el ministro del interior se las envía al zar para su información por su expresa voluntad. Y sin embargo, tienen que aparentar que la normalidad es esta. ¡No existe más realidad que la que les conviene! Hasta hace apenas unos años no existía la

crítica a la corona. Era algo inadmisible, un delito por el que podían condenarte al destierro en Siberia. Después de perder la guerra con Japón, del domingo sangriento, de la primera huelga general en octubre de 1905, de la creación del soviet de los trabajadores, Serguéi Witte no tuvo más remedio que intentar transformar la autocracia para convertirla en algo parecido a una monarquía constitucional. Como puedes comprobar, con pocas intenciones de llevar a cabo una verdadera reforma. Ya sabes, libertades civiles y todo lo demás, que parece algo obvio aunque en Rusia nunca antes había existido. No se podía entender la libertad de pensamiento o de reunión, y mucho menos el derecho a la democracia. Recuerdo que la mayoría estaba convencida de que la Duma pondría a Rusia a la altura del resto de Europa. Muchos se entusiasmaron con el Manifiesto de Octubre. Todo llegaba con signos positivos. El Tratado de Portsmouth, acuerdo de paz con Japón, era muy favorable a los intereses rusos. Se tuvo la impresión de que la revolución que demandaban los bolcheviques ya no sería necesaria. ¡Simplemente había dejado de tener sentido! Recuerdo el Soviet de San Petersburgo fracasando estrepitosamente. Si las reformas hubieran sido serias y los gobiernos del zar hubieran actuado de otra manera, no existiría la situación actual de frustración.

Paul opinaba que Karl era un hombre con mucho sentido común, que analizaba la situación en profundidad y sacaba conclusiones que merecía la pena tener en consideración. A fin de cuentas lo estaba viviendo en primera persona. A pesar de los estruendosos aplausos cuando hizo su aparición el zar, unos y otros sabían que todo aquello no era más que una representación. Pensó que, a lo largo de la historia, siempre había sido así con los que imponían su poder por la fuerza. El de arriba quería mantener su posición al precio que fuera. Los de abajo anhelaban la libertad, aunque ello les costara la vida. Un equilibrio inestable que probablemente terminaría con el dictador derribado y los súbditos luchando por el poder. Ya había comenzado a suceder.

Aquella noche se quedó trabajando en su nuevo reportaje. Intentaba escribir algo que no fuera político, solo descriptivo de la brillantez del salón de baile del Palacio de Invierno. Pero no le estaba resultando fácil redactarlo. Cuando lo que escribía le salía demasiado real, lo reservaba para el libro que estaba

pergeñando, en el que no se reprimía. Desde el mismo día que conoció al inspector Semiónovich, comprendió que debía actuar con mucha prudencia. No podía correr el riesgo de que lo expulsaran de Rusia, y sabía que quién leía más atentamente sus artículos era la Ojrana.

Eran casi las once de la noche cuando sonó el timbre del piso. Pensó que se trataría de Karl, que necesitaría café o algo por el estilo. No podía tratarse de otra cosa. Observó el rellano por la mirilla. ¡Era Irina Pávlova! Corrió el cerrojo de seguridad y abrió la puerta. Esta entró precipitadamente.

—¡Paul, no puedo volver a mi casa! ¡La Ojrana estuvo esta tarde allí! ¡Yo estaba fuera pero mi madre pudo avisarme! ¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Paul pensó que si se trataba de la Ojrana, aquel no era el mejor sitio para que Irina se quedase. Aunque creía que los sentimientos que una vez había sentido por ella ya no existían, seguía teniéndole un profundo cariño por todo lo que habían vivido juntos.

—Creo que sería un error que te quedaras aquí. La Ojrana está al tanto de la relación que mantuvimos, y es muy probable que vengan aquí. En casa de Karl tampoco estarías segura. Ellos deben de conocer nuestra amistad. Recuerda lo que te conté del inspector Semiónovich. Lo mejor sería ir a la casa de Fiódor Yegórovich. Estoy convencido de que no tendrá inconveniente en ello.

—¡A casa de Fiódor Yegórovich! ¡No lo sé! —Irina parecía dudar de la propuesta—. Es cierto que es muy amigo tuyo, ¿pero has pensado alguna vez que Fiódor podría ser un agente de la Ojrana?

—¡Irina, por Dios santo, Fiódor es una persona íntegra! De todas maneras, aquí corres peligro. ¡Claro que puedes quedarte, casi me ofende que me lo preguntes! Conoces bien el piso y, como sabes, sobra espacio pero estoy convencido de que si en verdad quieren volver a detenerte, si no te encuentran en tu casa el siguiente lugar donde te buscarán será aquí. ¿Es que no te das cuenta?

Irina lo observaba fijamente.

—¡Está bien, Paul Alexander! ¡Me voy! ¡Estaba equivocada!

Paul se dio cuenta de que Irina se encontraba al borde del llanto. Le temblaba el labio inferior, tenía el rostro muy pálido y la mirada perdida.

—¡Irina! ¡No me has entendido! ¡Quédate, te lo ruego!

Ella no atendió a sus razones. Se hallaba enormemente excitada, casi histérica, fuera de sí, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Paul se sintió mal por el sesgo que estaba tomando la situación. Aquella mujer había

sido su prometida y su amante. En modo alguno podía permitir que se fuera de allí de aquella forma. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para cambiar su tono de voz.

—¡Irina! ¡No he sabido explicarme! ¡Te ruego que me perdones! —mientras, cerró la puerta con el llavín—. No voy a dejar que te vayas con una idea equivocada. O sea que, por las buenas o por las malas, vas a quedarte aquí. Si llegara la policía, cosa que puede suceder en cualquier momento, ya veremos cómo salimos de la situación. ¡Perdóname! Te ruego que olvides lo que te he dicho. ¡Quiero que te quedes, por favor!

Irina dudó un instante. Pensaría que no le quedaba otra alternativa, pues aceptó. En la calle hacía mucho frío por la noche y no quería aparecer en casa de unos parientes lejanos que siempre la habían criticado por su postura política. San Petersburgo era una gran ciudad, pero para algunas cosas era como un pueblo grande, y nadie se libraba de la maledicencia.

—¡De acuerdo! Perdóname tú a mí. Estoy muy nerviosa y preocupada. Si te parece, utilizaré la habitación pequeña del fondo, la que arreglamos para la muchacha. Tiene un aseo al lado y me bastará. Si no ocurre nada, me iré temprano. ¡No te molestes! Conozco bien la casa. Gracias por acogerme, Paul, no deseo comprometerte pero la verdad es que no sabía a dónde ir.

Irina caminó por el largo pasillo hacia la habitación que ella misma había hecho pintar y amueblar para Nina, que seguía asistiendo a su madre enferma. Paul pensó que era mejor no darle vueltas a la cabeza. Lo hecho, hecho estaba. Si llegaba la Ojrana, nada podrían tener en su contra, ya que por el momento no se trataba de una fugitiva. Siempre tendría la coartada de mantener que era su prometida. Nadie le había advertido de que la estuvieran buscando.

Ya no sería capaz de concentrarse en lo que estaba haciendo y decidió irse a dormir. Se acostó pensando en Irina, en que hacía pocos meses había estado convencido de que se trataba de la mujer de su vida. Entonces creía estar profundamente enamorado. Sin embargo, todo se había enfriado entre ellos y lo único que parecía quedar era un sentimiento de nostalgia mezclada con pena y temor ante lo que pudiera sucederle. Estaba convencido de que la Ojrana no se andaba con miramientos, y que si la detenían la esperaba la deportación a Siberia en el mejor de los casos.

La policía no apareció aquella noche. Cuando se levantó a las siete de la mañana, Irina ya se había marchado. Entre sueños pudo escuchar cómo se cerraba la puerta. Había dormido mal, y cuando quiso levantarse para hablar con ella más tranquilamente, ya no estaba. Tendría que ir a verla. En modo

alguno podía dejarla con la sensación de que no había querido darle cobijo. Podía comprender que Irina estuviera pasando muy malos momentos en todos los sentidos, aunque no podía culparla por ello. Él intentó advertirla entonces, pero ella no quiso saber nada ni atendió a sus razones. Luego los acontecimientos se fueron complicando para ella, tal y como el inspector Semiónovich le advirtió en su día.

Unos días más tarde se enteró por Fiódor que Irina había vuelto a desaparecer y llegó a imaginarse lo peor. Localizó a Semiónovich, aunque aquella vez no fue a buscarle a la comisaría central de la calle Fontanka. Se vieron en la misma cafetería cercana al Teatro Mariinski. El inspector reiteró lo que le dijo la primera vez, asegurándole que la Ojrana no tenía nada que ver en aquel asunto. Era cierto que habían intentado infructuosamente hablar con Irina a lo largo de los últimos días. Pero no pudieron dar con ella, hasta que alguien denunció anónimamente que Irina Pávlova había desaparecido sin dejar rastro.

Paul no sabía qué pensar. Fue a ver a Ludmilla y la encontró entre resignada y casi enfadada con su hija. Le explicó que Irina no había querido cambiar de vida, que había seguido con sus asuntos políticos sin atender a sus súplicas y advertencias, y que le replicó que no temía lo que pudiera ocurrirle y que la dejara vivir su vida. Ella volvió a reiterarle que era su hija y que no iba a dejar que le ocurriera nada malo, pero debía ser prudente ya que estaba fichada por la Ojrana. Incluso le recriminó que no tuviera la menor consideración con su propia madre. Pero ningún argumento la había hecho cambiar de actitud, y de nuevo se estaban cumpliendo sus peores pesadillas. Durante las siguientes semanas nadie sabía nada de Irina. Semiónovich se enfadó un día con él cuando le aguardaba cerca de la Ojrana. Aseguró que la policía no tenía nada que ver con aquello y le pidió que no insistiera más.

A mediados de junio viajó a Moscú. Había recibido una invitación para la inauguración de una exposición de un conjunto de pintores vanguardistas. En la estación le aguardaba Mijaíl Lariónov. Lo notó entusiasmado en cuanto a los temas artísticos, aunque muy negativo en lo que se refería a la situación política. Lariónov estaba al frente de la vanguardia en la ciudad que tenía más peso específico junto con San Petersburgo. Moscú dominaba en escultura, pintura y arquitectura, San Petersburgo en literatura, teatro, danza y música.

Le explicó que era una pugna positiva y que ello beneficiaba a la vanguardia artística en su conjunto.

—¡Qué alegría volver a verte! ¡Estábamos convencidos de que tal y como se están poniendo las cosas, cualquier día cogías la maleta y te marchabas de vuelta a Nueva York sin que pudiésemos volver a verte!

—¡Imposible! ¡Precisamente ahora, cuando el asunto se está poniendo interesante! ¡Qué va! ¡Muy al contrario! Ahora es cuando tengo que estar aquí. Mira Mijaíl, no te puedes imaginar lo que estoy aprendiendo. Estar aquí hablando de todo esto contigo, poder asistir a vuestra exposición… Por cierto, ¿qué estáis preparando ahora?

Mijaíl Lariónov sonrió.

—Lo expresas como si estuviésemos haciendo algo único. Y en realidad a veces lo pienso. Muchas veces, se lo digo a Natalia y ella se ríe de mí. ¡Algo dentro de mí me dice que estamos haciendo historia! Mira Paul, no podemos negar la importancia que tiene París en la revolución artística, pero te aseguro que entre San Petersburgo y Moscú estamos empujando para cambiar las cosas. En París mandan los marchantes, que dirigen las operaciones, pagan a los artistas y fijan los precios del mercado. Hasta hoy, aquí en Moscú al menos, para bien o para mal, los que mandamos somos los propios artistas. Aquí todo está convergiendo. La revolución artística, la situación política, la intelectual, la espiritual; y, por qué ocultarlo, la material. En Rusia tenemos ahora a gente como Piotr Ouspenski[111], o como George Gurdjieff[112], el fundador del cuarto camino, que imparten una espiritualidad basada en los orígenes del sufismo, el budismo tibetano. Y en el otro extremo tenemos a los representantes del materialismo dialéctico de Engels y Marx, como es el caso de Vladimir Ilich Ulianov, Georgi Plejánov y demás representantes del comunismo marxista. Nos movemos en un equilibrio inestable entre lo material y lo ideal. Nosotros, los que nos llamamos vanguardistas, estamos percibiendo otra realidad muy distinta de la que se empeñaban en hacernos ver, y eso lo vas a poder comprobar en esta exposición.

Llegaron a la galería en la que se celebraba la exposición titulada La Vanguardia Rusa. No había nadie ya que los artistas eran en general gente que se acostaba muy tarde, prácticamente de madrugada, y solía dormir hasta bien entrado el día. Alexandra Exter era una excepción y llegó a los pocos minutos. Lo tomó de la mano y lo llevó hasta su última pintura, de la que se mostraba muy orgullosa, *Ciudad de noche,* que Paul elogió ya que sin duda suponía una evolución positiva de su obra. Lariónov le explicó que cada artista podía aportar a la exposición hasta cinco obras, y que en ella estaban

representadas todas las tendencias, así el futurismo de Natalia Goncharova, con dos cuadros que le llamaron la atención, *Aeroplano y tren* y *El ciclista*, que Mijaíl Lariónov le mostró con emoción.

—Fíjate Paul, ese sutil movimiento expresa una ingenuidad popular; sin embargo, como contraste nos habla de una gran calma espiritual.

Le explicó que estaban estudiando el arte popular ruso, convencidos de que la inspiración les vendría de las raíces.

—Lo popular está enraizado con lo primitivo, con la forma de interpretar la naturaleza, aunque no resulta fácil si tienes la mente contaminada por otros conceptos. ¡Tenemos que aprender a liberarnos! Deberíamos volver a la ingenuidad con que un niño capta su entorno, pues solo así podremos extraer los conceptos puros. Solo un artista *mujik* sería capaz de pintar así. ¡Es que Natalia es en el fondo una campesina! Los otros tres cuadros de Natalia, ya pudiste verlos en la exposición anterior, *El rabo del burro*. ¡No es tan fácil entroncar el primitivismo con el futurismo! Ahí tienes a Malevich, con su cubo-futurismo y su suprematismo. Él dice que ha metido los brazos en una nube que en ocasiones ve delante y que tiene en su interior el futuro; de ella dice extraer cosas como esta. Fíjate en este cuadro, *El afilador*, y podrás percibir el movimiento. Para mí es el orden en el caos, el hombre y la máquina. Eso es importante pues es el hombre el que se tiene que servir de la máquina y no al contrario. Y en esta nueva Rusia que apenas está naciendo, la máquina tendrá mucho que decir. Será la liberadora de una atroz tiranía que comenzó cuando apareció el hombre. ¿Lo comprendes? Por ese motivo estamos convencidos de la importancia de esta exposición. Mira, todos los que nos consideran portavoces de los bolcheviques no quieren venir. ¡Nos temen! Tienen un miedo atroz de que el futuro que les proponemos no sea el que ellos esperan.

Paul estaba percibiendo una clara politización de Lariónov, que evidentemente se había decantado por los que pregonaban una revolución inmediata y radical. A media mañana aparecieron los hermanos Burliuk, David y Vladimir. Cuando los saludó los notó muy excitados y comprometidos con la exposición.

—¡El arte debe estar al servicio de la política! Por eso el artista tiene que tener muy clara su postura, debe estar al servicio de la revolución, debe saber en qué clase de mundo está viviendo, y debe aportar todo lo que pueda al cambio. Estamos convencidos de la importancia de estas obras. Son claramente una ruptura con las preexistentes. De pronto un día tomamos conciencia de ser una parte fundamental en el proceso, hasta el punto de que

ahora tenemos la certeza de que sin nosotros no podría existir la revolución. Por ese motivo la Ojrana la tiene tomada con los artistas que representamos la vanguardia. ¡Claro, los burgueses se encontraban muy cómodos en su burguesa vida y su estático universo, y de pronto aparecen unos «proletarios del pincel» para echarlo todo a perder! ¡Nos odian! Echan de menos las plácidas tardes en sus propiedades en el campo, con sus *mujiks* esclavizados que hacían todo lo que se les mandaba sin rechistar. Si fuera por ellos, volveríamos a la situación anterior a la liberación de los siervos. ¡Ah, amigo! Pero ahora está llamando a la puerta una entelequia llamada modernidad que nosotros estamos transformando en realidad ineludible, y eso les inquieta, les llena de pavor. Ya no pueden estar tranquilos, ni siquiera delante de una obra de arte. Antes era muy diferente, pues solo tenían que contemplarla. ¡Todo estaba dicho! ¡Como en Tolstoi! ¡Solo una cómoda digestión! Ahora no solo tienen que pensar sino que les obligarnos a tomar partido. Tienen que darle vueltas a la cabeza. ¡Qué gran incomodidad sienten al ver estos cuadros! ¡No, no se sienten cómodos! ¡Ja, ja, ja! ¡Ellos, los burgueses, los aristócratas, los popes, los capitalistas, los altos funcionarios de este régimen autocrático, los militares de carrera, los monjes, todos ellos representantes de un mundo caduco que va a ser sustituido! ¿Por qué? ¿Qué ocurrirá ahora? Sienten vértigo ante lo que consideran el precipicio de la modernidad y se aferran como pueden a lo de antes. Ahora, de pronto y sin avisar, llega la ética, el compromiso, la ciencia, los valores revolucionarios, la democracia, los derechos humanos. ¡Y están aquí, en estos lienzos! Y se preguntan de dónde ha salido todo esto que viene a pervertir, incluso a destruir el mundo que conocemos. Ellos pretenden continuar con el espíritu, la tradición, la religión, las jerarquías, el poder, y sobre todo con el sancta sanctórum de su mundo: el registro de la propiedad. ¡Esto es mío, mío, mío y de nadie más! ¡Así se lo repartieron todo! Cuando se cruzan contigo piensan: «¡Nada es tuyo, nada, nada! ¡Ve al registro y comprobarás como la ley, los bancos, el capital, la policía, incluso el ejército si fuera preciso, me da la razón! ¿Lo comprendes?». ¡Y ahora llegamos nosotros con el rabo de burro, con el simultaneísmo, el rayonismo, el suprematismo, el constructivismo, el orfismo! ¡No lo entienden! ¡No son capaces de comprender lo que está sucediendo! Por eso nos envían a los inspectores, a los ujieres del juzgado, a la policía, porque esto es casi un desorden público. ¡Incluso a los popes para que nos exorcicen! ¡Esto debe ser cosa del diablo! ¡No tiene otra explicación! ¡Ja, ja, ja! Lo que no alcanzan a comprender es que esto ya no lo podrá detener nadie, ni el mismísimo padrecito zar. Ese es el primero que va a tener

que abandonar sus enormes palacios, el de invierno, el de primavera, el de verano y el de otoño. ¡Todos! ¡Ja, ja, ja!

»¿Y el pueblo?, me preguntarás. ¿Dónde queda el pueblo en todo este asunto? Somos nosotros quienes tendremos que mostrarles el camino. Nunca más deberán conformarse con una burda copia de la realidad, tendrán que interpretarla y pronto llegará la cultura proletaria. ¡Que se lo pregunten a Bogdánov[113]! Fíjate, la burguesía ha impedido aflorar esta cultura nueva. Eso ya lo dijo Marx: aprovechar todo el conocimiento burgués y reelaborarlo críticamente.

Luego David Burliuk le habló de Vladimir Maiakovski, apenas un muchacho que comenzaba a destacar por sus brillantes poemas. Un joven impulsivo procedente de Georgia que había llegado a Moscú creyéndose pintor y al que el propio David encauzó como poeta. El año anterior se había atrevido a firmar un manifiesto futurista que causó impacto: *Bofetada al gusto público*. Para él el amor se transformaba en revolución, y esta en poesía. «Ese muchacho es la vanguardia de la vanguardia», le había dicho, convencido.

Paul abandonó la exposición a última hora. Decidió ir al Hotel Metropol donde Fiódor le había reservado habitación, y redactar un primer borrador con todas las notas recogidas a lo largo del día. Poseía una excelente memoria pero prefería anotarlo todo a vuela pluma. Así el reportaje poseería la frescura de la realidad. Para todos los integrantes de la vanguardia rusa que estaba conociendo, la revolución no solo era algo inevitable, sino casi inminente. El propio David Burliuk le dijo con absoluta convicción que faltaba muy poco para la revolución definitiva. Para desbaratar el sistema policíaco y burocrático ruso haría falta algo más que una declaración de intenciones, para que las ideas materialistas de todos aquellos jóvenes idealistas pudieran tener alguna oportunidad de implantarse y triunfar. Sin embargo, todos lo daban por hecho. 1905 no había sido más que una prueba de fuerza, un ensayo.

Fiódor, que estaba aproximándose cada vez más al marxismo radical, y así se lo había dicho, tenía su propia teoría sobre lo que estaba sucediendo dentro del propio sistema: «¡Son como las ratas, les ha invadido el síndrome de las ratas!». Dentro del ejército, incluso dentro de la Ojrana, se estaba creando una oposición a las tesis oficiales del gobierno. Algunos miembros de la policía política, cuya labor debía ser de control, represión y provocación para mantener el sistema, se estaban convirtiendo en simpatizantes de los socialistas, mencheviques o bolcheviques, y se encargaban de avisar a estos

partidos de cuándo y dónde pensaba actuar la policía contra ellos. Posteriormente, otros se hicieron miembros secretos de los partidos que pretendían la revolución.

Y lo mismo estaba sucediendo en el ejército. En principio, todos los mandos y oficiales que por apellido pertenecían a la aristocracia o a la alta burguesía eran ultraconservadores, pero algunos oficiales de las últimas promociones formaban parte del grupo de infiltrados. Eso ya había sucedido hacía noventa años con los decembristas, durante la revuelta de 1825, cuando llegaron a tomar la Plaza del Senado en San Petersburgo.

Fiódor le recordaba que los jóvenes aristócratas que habían vencido a Napoleón en 1812, y que llegaron hasta Paris persiguiéndole, de repente conocieron allí las enseñanzas liberales, los derechos humanos y la democracia. Para la mayoría, una sorpresa inesperada. Asistieron a conferencias, compraron libros revolucionarios, escucharon en las calles, se dieron cuenta de cómo en pocos años la revolución francesa, con sus pros y sus contras, había transformado un país como Francia. Algunos no pudieron evitar entusiasmarse y volvieron a Rusia cantando o silbando *La marsellesa*, pero al llegar a San Petersburgo se dieron de bruces con el régimen autocrático de Alejandro I. Fue Pável Iványovich Pestel**[114]** el primero en hablar de eliminar físicamente al zar y a su familia, en la *Russkaya Pravda*, donde manifestó su criterio de democratizar el país, emancipar a los siervos, repartir las tierras, eliminar los privilegios de clase y aplicar los derechos políticos.

Fiódor terminó su explicación diciendo que, naturalmente, Pável Iványovich fue ahorcado junto a sus principales seguidores en la fortaleza de Pedro y Pablo. Algo en el ambiente estaba moviendo los cimientos del país. Recordó al viejo y sabio profesor de Novgorod. Él le había hablado por primera vez del viento de la estepa.

SEGUNDA PARTE

LA TORMENTA
(1914-1916)

XII
Comienza el drama

Durante los últimos días de junio de 1914, Paul permaneció en Moscú. Deseaba alejarse durante un tiempo de San Petersburgo para analizar fríamente lo sucedido con Irina. Se dedicó a escribir, a dar largos paseos por la ciudad y a volver a visitar la exposición cuando podía. Siempre le presentaban allí a artistas, críticos, expertos o curiosos con quienes hablar e intercambiar impresiones. Se sentía bien entre aquellos artistas de vanguardia que estaban aportando una nueva forma de entender la realidad y de hacer arte. Eran gente muy diferente a la que podía encontrar en Nueva York, probablemente con Paris la ciudad más interesada en los temas artísticos, a las que tanto Moscú como San Petersburgo no les iban a la zaga en cuanto a creación artística. Tal vez tendrían menos movimiento comercial alrededor de los artistas, pero eso era todo.

Se encontraba exactamente en el núcleo de la revolución artística y cultural, y probablemente política, aunque no creía que las cosas fueran a cambiar con la celeridad de la que hablaba Mijaíl Lariónov, que daba por hecho que el régimen autocrático del zar estaba viviendo sus últimos días, certeza que había logrado contagiar al grupo de artistas que lo rodeaban, tanto pintores como poetas, literatos, arquitectos y demás. Cuando por las noches se reunían, casi siempre en el estudio que compartía con Natalia Goncharova, hablaban como si ya todo hubiera sucedido. En realidad todos ellos se mantenían expectantes, aguardando la señal que indicaría el comienzo de una nueva época. La exposición se clausuraba el último día de junio y algunos de ellos comenzaban a sentirse frustrados al comprobar que no sucedía nada, tal era la fe que tenían depositada en Lariónov.

El 28 de junio, cuando llegó a media tarde a la exposición para despedirse de todos ellos, se topó con David Burliuk que salía corriendo de la sala hacia la calle con la faz demudada.

—¡Ha sucedido! ¡Ha sucedido!

Cuando le preguntó qué había sucedido, le contestó que aquella misma mañana habían asesinado en Sarajevo al heredero del imperio austro-húngaro, el archiduque Francisco Fernando de Austria, y a su esposa. Las primeras noticias decían que el autor material era un anarquista de la Mano Negra[115].

La información acababa de llegar por telegrama a uno de los diarios de la ciudad y un amigo le había telefoneado a la galería desde la redacción. David Burliuk estaba pálido de la emoción.

En los primeros momentos las noticias que comenzaron a correr como la pólvora por Moscú eran contradictorias. Mijaíl Lariónov llegó al rato con Natalia. Ya se habían enterado. «¡Este asunto traerá cola, Paul! ¡Me apuesto lo que quieras que Austria no se quedará impávida!», le comentó, preocupado.

Luego se supo que el archiduque había ido a Sarajevo en visita de inspección con motivo de unas maniobras militares. Precisamente el 28 de junio era para los serbios el aniversario de la derrota ante los turcos en la batalla de Kosovo. Aquel viaje había sido considerado una gran provocación. Uno de los amigos de Lariónov era, paradójicamente, uno de los inspectores de la policía que tenían que controlar la exposición. Su misión era informar a la Ojrana de quién entraba y salía. El hombre, Iván Ivánovich Tatlin, era primo hermano de Vladimir Tatlin, uno de los participantes en la exposición, considerado una figura en ciernes y afiliado al partido socialista. Lariónov le pidió su opinión y el inspector le respondió que podía asegurar que detrás del atentado estaba la organización terrorista Mano Negra. Añadió bajando la voz que tras ella podrían estar los servicios de seguridad zaristas. Toda una demostración de confianza con Lariónov.

El inspector aceptó la invitación de Paul en un café cercano. Iván Tatlin le rogó que no utilizara su nombre. Paul comprendió que se trataba de esa clase de personas incapaces de mantener la discreción. Tras un café y varias copas de vodka, el hombre se distendió bastante. Le contó que había estado destinado un año en Belgrado en 1909, y que por tanto sabía muy bien de lo que estaba hablando. «Unificación o Muerte», también conocida como «La Mano Negra», era un grupo terrorista serbio ultranacionalista empeñado en reunificar todos los territorios de Serbia en una sola nación, por las buenas o por las malas, como se estaba demostrando. Estaba amparado y financiado por la División de Servicios Especiales de la Ojrana, ya que a Rusia le interesaba sobremanera que se constituyera un gran estado eslavo en los Balcanes, y para ello estaba poniendo mucho en juego. El inspector le advirtió que todo aquello era secreto de estado y que por tanto ningún político, ni ruso ni serbio, iba a aceptar que tal cosa existiera. Añadió que muy poca gente conocía el tratado secreto que, en definitiva, significaba presionar al imperio austro-húngaro desde el este y desde el oeste. ¡La pinza eslava! Estaba convencido de que el atentado se había cometido con la avenencia de los

responsables de la Ojrana ya que, de no ser así, no hubieran sido capaces de llevarlo a cabo. Ni siquiera el propio asesino tenía por qué estar informado de ello.

Paul sospechó que aquel hombre tenía mucha imaginación. Aunque, por otra parte, el asunto tenía su lógica. Lo cierto era que se había creado una peligrosa situación de la que no iba a ser fácil salir. Recibió un cable del director del *New York Herald* para que le informara del clima político y ciudadano que se estaba viviendo en Rusia por aquella causa.

Las siguientes semanas se vieron marcadas por una escalada de la tensión entre Serbia y Austria. En Moscú ya se hablaba sin tapujos de guerra, pues Rusia no iba a abandonar a su aliada y hermana Serbia, ni tampoco Alemania permitiría que el imperio austríaco se enfrentara solo al problema. Se dio cuenta de que, aunque sus amigos eran antibelicistas, en aquellos momentos podían más la madre patria y los sentimientos que la razón. Rusia, decían todos ellos, era la protectora y defensora de la raza eslava. ¿Cómo iba a permitir que Austria-Hungría avasallase a los serbios? Por otra parte, la Iglesia ortodoxa también se movía. El telón de fondo, o al menos así lo percibía, era la tradicional enemistad con el imperio otomano y el imperio alemán. Mijaíl Lariónov le comentó que los rusos estaban además bastante hartos de la superioridad con que los alemanes los trataban.

En las tertulias se hablaba con alarma de que el ministro de Exteriores, Serguéi Dmitrievich Sazonov**[116]**, había convencido al comandante en jefe del alto mando, el general Nikolai Yanushkevich**[117]**, de estar preparado para un eventual conflicto bélico. Unos comentaban que antes o después sería preciso hacerlo, otros que solo se trataba de una argucia para intimidar a los austriacos. Todo el mundo parecía dar por descontado que ambas ciudades, Moscú y San Petersburgo, estaban llenas de espías prusianos.

Fiódor le envió un telegrama para que entrevistara al ministro de la guerra antes de volver a San Petersburgo. Aquella noche le puso una conferencia para explicarle que en un principio la petición de entrevista había sido denegada, pero que al explicar que se trataba del *New York Herald*, el Estado Mayor se lo había pensado mejor ya que querían ganar para su causa a los Estados Unidos. Lo habían vuelto a llamar fijando el 27 de julio, mencionando que lo recibiría el ministro Vladimir Aleksándrovich Sukhomlinov**[118]** en el Ministerio de la Guerra.

Decidió por tanto permanecer en Moscú hasta el señalado día. Aprovechó para centrarse en el libro y escribir un par de reportajes. Aunque la exposición se había clausurado, seguía viendo a Natalia y a Mijaíl cotidianamente.

Cuando llegó el día de la entrevista, Paul se dirigió al Kremlin, donde se encontraba el ministerio. Sentía una fuerte curiosidad por lo que podía suceder. En la calle, la guerra contra Austria y por extensión contra Alemania se daba como inminente. El ministro Sukhomlinov se hallaba reunido con el general Dobrovolsky. Le advirtieron que el general estaría presente durante la entrevista ya que disponía de información de primera mano. Un teniente lo acompañó hasta la puerta del despacho y lo anunció. El ministro salió a recibirle y le estrechó la mano, señal evidente de que aquel hombre intentaba ser afable con su invitado. El general Dobrovolsky lo saludó con frialdad. Paul pensó que probablemente no estaba muy de acuerdo en contar nada a los americanos.

—Bien, señor Alexander. Estoy encantado de cambiar impresiones con usted. Rusia es una amiga leal y una aliada de los Estados Unidos pero, como comprenderá, puede que no podamos contestar a todas sus preguntas. Estamos a su disposición.

—Gracias, señor ministro. ¿Qué hay de cierto en que se ha iniciado el reclutamiento en toda Rusia?

—A eso le contestaré que es cierto. Se ha iniciado hace una semana. Estamos llamando a filas a los hombres de edad comprendida entre veinte y cuarenta años. Claro está que se trata de la primera llamada. Si es necesario, ampliaremos desde los dieciocho a los cuarenta y cinco. Si usted, en vez de ser Paul Alexander, con pasaporte de los Estados Unidos, fuese el ciudadano ruso Pablo Aleksándrovich, mañana estaría en un cuartel haciendo instrucción. En realidad, aun así le podríamos ofrecer un empleo en el servicio de comunicación del ejército. ¿Le gustaría defender a la patria de sus mayores? ¡Claro que no podríamos pagarle tanto como su periódico!

Paul devolvió la sonrisa.

—Usted sabe muy bien que un ciudadano americano no puede enrolarse en el ejército de otro país. Pero le diré que siento una gran simpatía por Rusia, y como bien dice usted, mi pasaporte es norteamericano pero mi sangre es rusa. En todo caso, le propongo que si llegara a declararse la guerra, me invite a realizar una visita al frente. Ahora lo que les agradecería es que me hablasen de lo que puede llegar a suceder. ¿Piensa Rusia hacer una declaración de guerra?

El ministro Sukhomlinov y el general Dobrovolsky se miraron un instante, como si ambos supieran algo que él aún ignoraba.

—Sí, señor Alexander. No estamos revelando nada que no se pueda difundir. Pero no es Rusia, ni tampoco Serbia las que desean la guerra, sino el

imperio austro-húngaro, y por supuesto el alemán. Lo que está sucediendo es que Viena amenaza a Serbia con el beneplácito de Berlín. ¿Qué otra cosa podemos hacer los rusos? ¿Quedarnos de brazos cruzados viendo cómo agreden a uno de nuestros más cercanos aliados? Sepa que no permitiremos que Serbia sea atacada. Ya debe conocer por la prensa que Austria ha enviado un ultimátum a Serbia con unas exigencias muy duras, imposibles de cumplir, absurdas y deshonrosas. Nuestro embajador en Viena ya ha advertido a los austriacos que si atacan o agreden de cualquier forma a Serbia, los rusos nos veremos obligados a responder de inmediato. Pero véalo de esta manera: el archiduque y su esposa han muerto en un atentado terrorista. Aunque se comenta que el responsable pertenece a La Mano Negra, yo no lo aseguraría. Tal vez serían más prudentes los austriacos si buscaran entre los suyos. Muchos odiaban a la condesa por motivos dinásticos y otros muchos al archiduque. ¡Claro! ¡Lo más fácil es culpar a La Mano Negra! E incluso, como se ha difundido en los últimos días, afirmar imprudentemente que tras el atentado existía una conspiración dirigida por Rusia. ¡Sandeces malintencionadas! Eso es una terrible falsedad, lo cierto es que quien está detrás de todo esto es nada menos que el káiser Guillermo II, un imperialista convencido de que Alemania debe dominar el mundo. De momento lo que están consiguiendo es lo contrario de lo que pensaban, pues todos los rusos se han unido como una piña tras el zar Nicolás II. ¿Ha notado usted la ola de patriotismo que sacude el país? Lo que nosotros creemos es que Alemania y Austria están jugando con fuego… y terminarán quemándose. Francia y Gran Bretaña se unirán a Rusia. Incluso los Estados Unidos. Señor Alexander, en la vida no se puede ir contra la razón, el derecho y la ética. Rusia no desea esta guerra, pero no podemos dejar que nuestros hermanos eslavos sean masacrados por dos potencias ambiciosas, expansionistas y militaristas. Rusia es una nación que no necesita expansionarse. ¡Somos demasiado grandes para ambicionar más territorios! Hace poco escuché a uno de esos ideólogos alemanes en Berlín durante una conferencia a la que asistí para saber por dónde iban las cosas. Se habló de un nuevo concepto que expresa la ambición de Alemania: *Lebensraum*, el espacio vital. Alemania pretende crecer a costa de lo que sea, pero terminará estrellándose contra un muro. Perderán la guerra que están provocando. Si usted viaja ahora a Berlín, encontrará una atmósfera de pasión por la guerra. Allí todo el mundo quiere la guerra. Los banqueros, los militares, los grandes empresarios alemanes solo ven un gran negocio en la guerra. ¡Ah! ¡Cuánta ambición y que poco sentido común! No comprenden que es imposible vencer a Rusia. Podrán herir al oso, pero no podrán con él.

Fíjese, Gran Bretaña es imbatible en el mar y los franceses son esa clase de gente que no se rinde jamás. Los americanos son capaces de fabricar más coches, barcos y cañones que diez Alemania juntas. Señor Alexander, dígalo así si lo estima oportuno, ya que eso podría ayudar a Rusia.

Paul salió del ministerio con la duda de si Rusia estaba preparada para entrar en guerra. Conocía muy bien los defectos del país. Excesiva burocratización, desorganización, corrupción, anacronismos, falta de tecnología y muchas cosas más. Sin embargo, los argumentos del ministro Sukhomlinov lo habían convencido. En cualquier caso era algo inminente, ya no había vuelta atrás.

El día siguiente, 28 de julio, amaneció soleado y radiante en Moscú. A media mañana los periódicos anunciaban en una tirada extraordinaria que Austria había declarado la guerra a Serbia. De inmediato, Rusia movilizó oficialmente a sus soldados y Alemania exigió a Rusia que depusiera su actitud, a lo que Rusia se negó. Tres días después, el primero de agosto, Alemania declaraba la guerra a Rusia. Francia respondió movilizando sus tropas y Alemania tardó veinticuatro horas en declararle la guerra. Los alemanes informaron al gobierno belga de que sus tropas cruzarían Bélgica con destino a Francia, lo que en modo alguno los belgas podían permitir, por lo que pidieron ayuda a los países firmantes del tratado de 1839, en el que se garantizaba que en caso de que Alemania no respetara la neutralidad, se la obligaría a ello. El tratado implicaba, además de Francia, a Gran Bretaña y Rusia. Después una lista interminable de países fueron colocándose en cascada en uno u otro bando.

Paul recibió desde Nueva York un cable urgente del director del periódico. Se le designaba como corresponsal para cubrir el conflicto en Rusia y el este de Europa. Pensó que no era exactamente lo que quería hacer pero no podía negarse. La parte positiva sería lo mucho que podría aprender desde aquel puesto. Tendría que recoger un pasaporte diplomático con el que poder moverse en aquellas circunstancias.

Dos días más tarde tomó el tren a San Petersburgo. Lo primero que hizo fue hablar con Karl von Lissberg, que le dijo que había recibido una citación de la Ojrana para que abandonara el país en veinticuatro horas debido a su nacionalidad alemana. Pero Karl no deseaba volver a Alemania, entre otras cosas porque no estaba de acuerdo con la política que estaba llevando su país

y porque sabía que allí podría tener serios problemas. Sin pérdida de tiempo, llamó al secretario de la zarina, con el que solía coordinar las sesiones de fotografía que desde palacio le encargaban, y consiguió que le extendieran un permiso para quedarse. Satisfecho, le mostró su pasaporte con dicho escrito sellado. Aun así, le habían advertido de que, a pesar de ello, cualquier sospecha en su contra podría ocasionarle serios problemas.

Paul se dirigió a la embajada de los Estados Unidos y el embajador lo recibió personalmente en su despacho para entregarle el nuevo pasaporte.

—Señor Alexander, le felicito cordialmente. ¡Está usted creando escuela! En Nueva York todo el mundo celebra sus artículos. Ha logrado que la gente se interese por Rusia. Los que leo cuando recibo la prensa de nuestro país, aunque con retraso, me parecen magníficos. Creo que hasta su llegada, Rusia era una gran desconocida. Ahora, en cambio, la gente sigue con gran interés los acontecimientos que se producen en este país. ¡Mis más sinceras felicitaciones! Aquí tiene su nuevo pasaporte diplomático, y si necesita cualquier cosa de la embajada, hágamelo saber. A partir de ahora queda vinculado a esta legación y posee la inmunidad y derechos de los miembros del servicio diplomático. De hecho, está usted invitado a asistir a la recepción de pasado mañana. Queremos demostrar que los Estados Unidos no van a modificar su programa a causa de esta guerra.

Al abandonar la embajada, tuvo la sensación de que el embajador sabía mucho más que él sobre lo que estaba sucediendo entre bambalinas acerca de la guerra. Fue a visitar a Ludmilla Valenskovna. La mujer estaba resignada. La notó más entera, como si estuviera convencida de que, antes o después, Irina volvería a aparecer. Lo invitó a quedarse a comer y aceptó. Ludmilla era una mujer atractiva y simpática que parecía tenerle un gran aprecio a pesar de la situación. Quedó en tenerla al corriente si le llegaba alguna noticia y ella le dijo que esperaba que fuera por allí cuando pudiera.

Al día siguiente asistió a la recepción en la embajada. Entre las casi cincuenta personas encontró al general Dobrovolsky. Lo notó más distendido y amable que durante la reunión en Moscú, en el ministerio. El general lo saludó como si se conocieran de toda la vida, aunque parecía preocupado. Paul lo achacó a la situación. El general lo invitó a compartir una mesita algo apartada.

—Señor Alexander, es un placer volver a verle. Voy a ser sincero con usted, pero como no puedo olvidar que es periodista, tendrá que darme su

palabra de caballero de que lo que voy a contarle solo podrá utilizarse con dos condiciones. La primera, no citará la fuente ni mencionará mi nombre bajo ninguna circunstancia. La segunda, no podrá utilizar esta información hasta pasados tres meses como mínimo. ¿Está de acuerdo?

Paul asintió. No entendía los motivos que lo llevaban a hacerle partícipe, precisamente a él, de un asunto en apariencia secreto. El general parecía algo abstraído, como si observara al resto de invitados que departían en el amplio salón de la embajada.

—Perdone que le insista, señor Alexander. Mi nombre no podrá salir a relucir en ningún caso. Este es un secreto de estado. Se trata de las relaciones entre el ministerio de la guerra de nuestro país y el coronel serbio Dmitrievich, jefe de los servicios de inteligencia del ejército serbio a la vez que jefe de la organización secreta La Mano Negra. ¿Se sorprende? Pues así es. Para su conocimiento, esa organización depende logísticamente del ejército serbio. Y, como es natural, los servicios de inteligencia austríacos lo saben.

Paul interrumpió a su interlocutor.

—General Dobrovolsky, eso que me está contando, al menos parte de ello, ya lo sabía. En determinados ambientes es casi *vox populi*. Quiero decir que ya tenía alguna información por varias fuentes.

Dobrovolsky lo miró con asombro.

—¿Me está diciendo que ya conocía usted esa relación? ¿Y quizás también la segunda parte?

—¿A qué segunda parte se refiere, general?

—¡Ah! ¡Entonces eso no lo sabe! ¡Esa es la parte que debe mantener en secreto! ¡Aunque a usted le creerían! Verá, el agregado militar ruso en Belgrado es el coronel Artamonov. ¿Le suena? No creo… Pues bien, el coronel se reunió con el coronel serbio Dmitrievich a fin de garantizarle el apoyo de Rusia en caso de un ataque por parte de Austria. ¿Qué cree usted que eso significaba? Se lo diré sin ambages. La Mano Negra ha actuado con el visto bueno del gobierno serbio ante la seguridad de que nosotros los respaldaríamos, sucediera lo que sucediera. Ese es el motivo por el que la guerra es inevitable. Los servicios de inteligencia austríacos están informados de la situación y también los alemanes. El káiser tiene ya lo que deseaba, la excusa perfecta para declarar la guerra a Rusia.

Aquello contradecía la versión de que la culpable de la guerra era Alemania. No acababa de entender lo que Dobrovolsky pretendía con aquella confesión.

—General, ¿significa eso que si hay una guerra, Rusia y Serbia serán las culpables de haberla propiciado? ¿O al menos de no haberla evitado?

El general negó con la cabeza.

—No, querido amigo, no he acabado mi exposición. Algunos miembros del Estado Mayor de nuestro ejército están muy influenciados por Alemania, por el modelo prusiano, al que en el fondo admiran. Naturalmente no le voy a dar nombres. Los que han propiciado la situación son los servicios de inteligencia alemanes en cumplimiento de los deseos del káiser. Guillermo II quiere arrebatarnos Polonia y parte de las provincias rusas limítrofes. La Grodneskaia, la Brestskaia, la Volinskaia, la Luovskaia, lo más fértil de Bielorrusia y de Ucrania. Necesitan espacio. Recuerde lo que le contó el ministro Sukhomlinov: el *lebensraum*, el espacio vital. ¿Comprende? No voy a hablarle de la zarina como princesa alemana de Hesse, ni de sus pretensiones en todo este asunto. Pero verá, estuve hace unos meses en Berlín asistiendo a una reunión de estado mayor, supuestamente entre dos países vecinos y en aquellos momentos, al menos sobre el papel, «aliados». No hay que olvidar que el zar es primo hermano del káiser. Se sabe que ambos se cartean amistosamente con frecuencia, tal vez recordando otros momentos. Incluso han cazado juntos en varias ocasiones. El káiser sabe bien lo que quiere y empleará todos los medios para conseguirlo. Nuestro zar, no. ¿Comprende? En Berlín se habla de expansión territorial, del tren que deberá unir Berlín con Constantinopla y más adelante con Bagdad, de nuevas armas, de los tratados secretos con el sultán turco, y sobre todo de la superioridad de los germanos frente a los eslavos. ¡Menuda estupidez! Ellos tienen la absoluta convicción de que si hubiera un conflicto entre ambas partes, los rusos no tendríamos nada que hacer. Como es natural, nuestros servicios secretos nos tienen al día. Desde la derrota de Tsushima, en la guerra de 1905 con Japón, los alemanes creen que podrían llevar a cabo una campaña muy rápida contra nosotros con total garantía de éxito. Es posible que nuestro armamento pesado se haya quedado obsoleto, que se comente por ahí que no tenemos siquiera un fusil para cada soldado, que los soldados alemanes sean más disciplinados, incluso le admitiré que el ejército alemán está muy bien organizado. Pero no se equivoque. Como bien decía el otro día el ministro Sukhomlinov, nadie puede con Rusia. Imagine un águila pretendiendo matar un oso. Esa águila dorada del casco del káiser, la vi refulgir en una parada militar y comprendí que ese hombre está convencido de la superioridad germana y de su capacidad para acabar con todos sus enemigos… juntos. Ellos son los que quieren la guerra, nosotros estamos movilizando a nuestra gente. La perfecta

excusa para los alemanes. Fíjese que Yanushkevich y Sazonov, nuestro ministro de Asuntos Exteriores, son los que más han trabajado por convencer al zar de que era necesario prepararse. *Si vis pax, para bellum*. Esa es toda la excusa que necesita Alemania para declararnos la guerra. ¿A que le suena todo ello? Existe un plan para arrastrar a Europa a la guerra. Ya sabe, a río revuelto ganancia de pescadores. ¿Acaso es ese plan Schieffen de los alemanes una improvisación? Alfred Graf von Schieffen explicó al káiser antes de morir que para poder hacer la guerra contra Francia y al tiempo contra nosotros, debían atacar como el rayo a Francia por el norte, atravesando Bélgica, para más tarde, reducido este país, lanzar todo su potencial contra Rusia.

»Como militar, dudo mucho de que ese plan funcione. Los alemanes no cederán, aunque para ello tengan que aplastar a un país neutral y casi indefenso como Bélgica. Ese Helmut von Moltke no le llega a los talones a su tío, y eso es bueno para nosotros. Mire, Gran Bretaña ya ha declarado la guerra a los alemanes. ¿Cómo iban a abandonar a Bélgica? Bien, querido amigo, es cierto que Serbia y Rusia son leales aliados. También lo es que nuestros servicios de inteligencia colaboran con los serbios. Pero como le he explicado, los verdaderamente interesados en el conflicto son los alemanes. Ellos han incitado a los austriacos a declarar la guerra y a bombardear Belgrado. A partir de ahí ya no será posible detenerla. Alemania acabará perdiendo la guerra y el imperio austriaco nunca volverá a ser el que era. ¡No es fácil cazar un oso, y menos cuando el que pretende cazarlo cree ser más listo y más astuto! Pero los alemanes no aprenderán nunca, lo llevan en la sangre.

»Y ahora, querido amigo, recuerde lo que le comenté al principio. Discreción por el momento. Le deseo una buena tarde. Ya sabe dónde me tiene si me necesita, pero no mencione jamás mi nombre. ¿De acuerdo?

Ya en su piso, Paul seguía dándole vueltas a la información que el general Dobrovolsky le había proporcionado. Le costaba entender por qué le había contado todo aquello. Quizás fuera un acto de coherencia. La guerra era ya inevitable y probablemente asolaría Europa. Llegó a la conclusión de que aquel hombre no se fiaba de sus colaboradores más cercanos y quería compartir sus opiniones con alguien ajeno a su entorno para cubrirse las espaldas en caso de que le ocurriese algo. A fin de cuentas, él estaba

intentando algo parecido al escribir un libro para explicar lo sucedido y que nadie ignorara las responsabilidades de unos y otros.

Unos días más tarde, durante la primera semana de agosto, mientras la guerra se desarrollaba en la frontera con Alemania, recibió una invitación de Aleksandr Benois[119]. Se trataba de una reunión en su casa y la misiva mencionaba escuetamente que agradecería su asistencia. Benois era el líder del movimiento Mir Iskusstva, El Mundo del Arte, que plasmaba sus ideas en la revista más influyente en Rusia en relación con el mundo artístico, incluyendo las artes escénicas, y era considerada como la universidad artística de San Petersburgo. Por su parte, Aleksandr Benois era tenido por alguien cargado de visión de futuro y sentido común. Estaba tan interesado que contestó con una nota de agradecimiento y su compromiso de asistir.

Llegó a la mansión de Benois a la hora en punto. En la puerta del jardín encontró a Konstantín Alexeivich Korovin, al que ya conocía por haber coincidido con él en otras ocasiones. Korovin era un hombre de cincuenta y tantos años, de mirada profunda e inteligente, aunque algo melancólica, natural en aquellos difíciles días en que muchas familias tenían algunos de sus miembros luchando en el frente. Se saludaron con afecto. Korovin se hallaba en San Petersburgo invitado por el Teatro Mariinski, que pretendía imitar lo que aquel artista había conseguido en el Bolshoi con el enorme éxito de los decorados para el *Don Quijote*, que habían revelado hasta qué punto la escenografía y las técnicas teatrales podían contribuir al éxito de una obra.

Aleksandr Benois lo saludó efusivamente. Hacía tiempo que quería conocer al hombre que estaba dando a conocer Rusia en los Estados Unidos. Tenía amigos allí que le habían escrito hablándole del éxito de los reportajes del *New York Herald* titulados *Corresponsal en Rusia*. Le presentó a Lev Bakst, pintor y diseñador escenográfico y creador de los nuevos y atrevidos vestuarios de ballets, al polifacético Nikolai Roerich[120], pintor, filósofo, escritor, arqueólogo y viajero, y a Konstantín Stanislavski, cofundador del Teatro de Arte de Moscú.

Cuando se incorporó a la reunión, Stanislavski estaba recordando a Mijaíl Aleksándrovich Vrúbel, fallecido cuatro años antes y recordado como uno de los más grandes artistas simbolistas.

—¡Aquel hombre poseía la magia de los sentidos! ¿Han tenido la oportunidad de admirar alguno de sus cuadros? Deberían contemplar detenidamente *La princesa cisne*, esa hipnotizadora obra de arte. Personalmente lo considero fabuloso. ¿Y *El demonio sentado*? ¡La primera

vez que alguien utiliza esa curiosa técnica de las facetas cristalinas! ¡Ah, viejo Vrúbel! ¿Por qué tuviste que morir? ¡Qué gran desgracia para el arte!

Paul se sentó junto a Nikolai Roerich, del que ya le habían advertido que podía ser bastante excéntrico. Le preguntó qué opinión tenía sobre los nuevos movimientos artísticos en Rusia. Roerich se quedó mirándolo con media sonrisa y una taza de té en la mano. Paul supuso que no lo había oído, o que no quería contestarle. De pronto le soltó:

—A mí lo que me importa y lo que estoy buscando es el lucero del alba. ¡Todo lo demás ha dejado de interesarme! Esta guerra será el anticipo de un cambio brutal en nuestro país. Pero le adelanto que no gustará a nadie hacia dónde nos dirigimos. ¡Estamos cruzando la laguna Estigia! Si muero, ya tengo encargado que me coloquen una moneda sobre cada ojo y otra en la boca para pagar a Caronte.

Aleksandr Benois le comentó en un aparte que no hiciera mucho caso a Nikolai Roerich.

—Ese hombre está convencido de que las fuerzas del mal van a apoderarse del mundo. No sabe usted lo que llega a sufrir por culpa de sus presentimientos. No sé si sucederá lo que él cree, pero si es así, que Dios nos coja confesados.

En aquella reunión se encontraban los genios de la ópera y el teatro. Se daba cuenta de que lo observaban con simpatía. En un momento dado, el anfitrión se subió al rellano de la escalera y dio unas palmadas para llamar la atención. Todos los presentes se volvieron hacia él.

—¡Amigos míos, qué gran satisfacción teneros aquí y qué gran desgracia lo que está ocurriendo! Os contaré algo ilustrativo para que conozcáis la realidad en la que nos movemos. Como sabéis, hace unos días me encontraba en Varsovia, de donde regresé en uno de los trenes nocturnos. ¡Tal vez el último que pueda circular normalmente en mucho tiempo! No me resultó fácil cogerlo, pero me advirtieron de que si no lo hacía, podía llegar a quedarme en Varsovia por mucho tiempo. Me encontraba en la estación a punto de subir al tren cuando entró un tren militar arrastrado por dos locomotoras pues era muy largo, tanto que no se alcanzaba a ver el final desde donde me hallaba. En él llegaron más de cinco mil soldados de nuestro ejército. Los últimos vagones eran de los que se utilizan para el transporte de ganado. Hablé con algunos de ellos. Eran de Járkov y llevaban varios días de viaje. Los muchachos se quejaban del trato que estaban recibiendo. Me aseguraron que no habían

comido, que solo habían entregado uniformes a unos cuantos, tal vez a no más de tres o cuatro mil. Era cierto, me fijé que solo algunos vestían el uniforme completo, y que muy pocos llevaban el fusil reglamentario. Así y todo, los que lo llevaban me explicaron que no tenían municiones. Gastaban sus últimos rublos en comer en las cantinas de la estación. Nadie les informaba, deambulaban como corderos camino del matadero. No sabían dónde los iban a acuartelar. Se quejaban amargamente del despiadado trato al que les sometían los oficiales. ¡Un desastre de organización! Yo me pregunté entonces cómo íbamos a ganar la guerra a los alemanes. Había estado en Berlín una semana antes de que se declarara la guerra. Allí reinaba un ambiente totalmente distinto. La gente aguardaba algo con euforia. Ya conocéis a los prusianos: disciplina y más disciplina, rigor, eficacia, orden. Por toda la ciudad se veían militares. Cierto que ya habían asesinado al archiduque, pero aún eran momentos de «*impasse*» en los que podía haberse buscado una solución diplomática. ¡No la deseaban! Pude contemplar en todas las ventanas, todos los balcones, en todas partes la bandera de Alemania. Vi oradores en muchas esquinas calentando el ambiente, y tuve la convicción de que no estaban allí por casualidad… Era como si hubieran asignado a cada uno su esquina. Ya me entendéis… Oí cómo insultaban al zar y a Rusia. No repetiré las afrentas, podéis imaginarlas. Estaban absolutamente convencidos de que si había guerra, arrasarían a sus enemigos. Los oradores hablaban de la superioridad racial germana, de su magnífico y potente ejército, de cómo invadirían Ucrania, Polonia, Bielorrusia. De la *Gemeinschaft*, la voluntad común de un pueblo para alcanzar sus fines; para el caso, la comunidad de intereses alemanes con un destino común: la victoria. ¡Ah, qué distintos somos los rusos! Más tarde, mientras el tren recorría de noche las inmensas llanuras hacia el noreste, nos cruzamos con varios trenes militares que iban en dirección a Varsovia. El mío se detuvo en Bialistok, en Grodno, en Vilnius, en Daugavpils y vi por doquier miles de reclutas aguardando los trenes que debían conducirlos a sus puntos de concentración. ¡Sentí una profunda emoción! ¡Una inmensa pena! ¡Muchos de ellos no volverían nunca con sus familias! Estaban agrupados, silenciosos, resignados a su suerte, sin saber dónde serían conducidos ni lo que se esperaba de ellos.

»Amigos míos, Rusia ha sido empujada a una guerra en la que van a ser sacrificados millones de sus jóvenes. No hablo de ambición territorial, ni de militarismo, ni siquiera de ansias de dominio de los rusos sobre otras razas. Todo eso se lo dejamos a los alemanes. En nuestro caso solo existe incapacidad de sus gobernantes, falta de personalidad, estulticia, una supina

ignorancia de cómo es en realidad el mundo. ¡Siento pena por nuestro país! Pensad que nuestros generalísimos no son ni siquiera capaces de llegar a un acuerdo sobre cómo dirigir la guerra. Rennenkampf[121] y Samsonov[122] deberían haber sido destituidos. Rusia no debería haber entrado en el juego de los militaristas prusianos. Nunca debimos participar en esta guerra. Deberían retirar todos los soldados rusos de la frontera. Y en ese caso ¿qué podría haber hecho Alemania? ¿Invadir Polonia y luego adentrarse en las interminables llanuras? ¡Eso ya lo intentó el mismísimo Napoleón! ¡No a la guerra! Solo nos conducirá a la ruina, al hambre y a la desaparición de millones de rusos inocentes. ¡Amigos míos, perdonad esta inapropiada manera de recibiros!

Todos aplaudieron la inesperada intervención de Benois, que estaba rojo y exaltado. Paul pudo comprobar que ninguno de los presentes estaba a favor de la guerra. Era lógico. Todos ellos, hombres y mujeres, representaban a la inteligencia rusa, a la cultura, la sensibilidad poética, musical, pictórica, literaria, teatral. En modo alguno podían aplaudir la entrada en un conflicto bélico. Todos opinaban que ninguno de los altos mandos militares rusos, empezando por el propio zar, estaba capacitado para llevar a sus tropas a la victoria.

Al terminar la reunión, salió acompañado de Korovin. El pintor tenía un coche aguardándole para llevarlo a la estación, pues debía volver a Moscú en el expreso nocturno. Paul lo acompañó hasta la estación y se quedó con él en un café cercano hasta la hora de la salida.

—¿Qué le ha parecido la disertación de Benois?

Korovin estaba interesado en la opinión de un extranjero pero Paul no deseaba hablar de su opinión sino de las ideas de aquel famoso personaje.

—¡Oh, yo no soy ruso, pero estoy muy de acuerdo con lo que ha dicho! No creo que este país esté en condiciones de guerrear con Alemania, pero tal vez sea algo inevitable, quiero decir que efectivamente Rusia no puede olvidar sus compromisos con Serbia, con Francia y con Gran Bretaña; pero, por lo que se me ha informado, las tropas rusas no están suficientemente equipadas ni poseen la instrucción necesaria. Eso puede significar una catástrofe. Por mucho valor que se suponga a los soldados rusos, eso es como enviarlos al matadero. Siento una profunda repugnancia hacia la guerra. Y usted, Konstantín Alexeivich, ¿qué está llevando a cabo en estos tiempos tan duros?

—¡Ah, querido amigo, no me considero un gran patriota! Solo un ciudadano del mundo… solo eso. ¿Sabe?, desde que colaboré en el *Don Quijote* del Bolshoi creo que el hombre solo debería luchar contra los molinos

de viento. Tendremos que asumir que Alemania es un incómodo vecino. Tal vez debería decir Prusia. Esos germanos del norte son calvinistas rigurosos, duros, exigentes, enérgicos, disciplinados, industriosos, imperialistas, racistas, y algunos de ellos profundamente estúpidos. Si emplearan su energía en cosas más positivas, podrían llegar a ser un pueblo extraordinario, pero me temo que el problema de fondo es que se consideran superiores a los demás. Una raza señalada por los dioses germánicos para conquistar el mundo… ¡Qué teoría tan absurda! ¡Y su acomplejado káiser los anima a la lucha! ¡Qué equivocados están! Nuestro zar Alexander es un hombre inepto para el cargo que ocupa, y creo que es consciente de ello. En fin, usted lleva sangre rusa y por tanto debe de conocer nuestras escasas virtudes y nuestros grandes defectos. Somos gente sensible hasta un grado insoportable, también somos familiares, amistosos, desorganizados, bebedores, pero buenos para las matemáticas, la música y el baile. Creo que Benois tiene razón. Es mejor no sacarnos de nuestras casillas, como ese oso ruso de aspecto inofensivo que baila en las aldeas para regocijo de los niños y al que más vale dejar tranquilo. Los alemanes y los austriacos han cometido la equivocación de su vida, aunque posiblemente hayamos colaborado en proporcionarles la coartada perfecta. Para colmo, tampoco están los mejores al frente de nuestro ejército. ¡Ah, qué gran drama para este desdichado país!

»Pero usted me pregunta por lo que estoy haciendo. La verdad es que no mucho, soy demasiado vago. Ahora, pasear por Moscú y admirar esos nuevos movimientos artísticos que lo inundan todo. En San Petersburgo sucede lo mismo y, por supuesto, en muchos lugares de Rusia. No todo ocurre entre San Petersburgo y Moscú. Fijase que Lev Nikoláyevich Tolstoi lo escribió casi todo en su casa de Yasnaia Poliana, Pushkin y Dostoievski en el destierro, y Chéjov en un balneario del Mar Negro. ¡Y así tantos otros!

»En mi caso, comprendí siendo muy joven que la pintura lo era todo para mí. Cuando veo un cuadro bueno de verdad lo considero un verdadero festín para los ojos. Creo que usted puede entenderme. Después, casi por casualidad encontré el camino de los decorados teatrales. ¡Es algo que me apasiona! He aprendido mucho gracias a esa nueva visión, y ahora pinto con mucha más soltura. Además, esa ocupación me permite asistir a los ensayos entre tramoyas, entender lo que el director pretende de cada caso, empaparme de ese especial y maravilloso ambiente entre bambalinas, y escuchar desde allí el solo del primer violín, imaginar lo que el compositor quería expresar con sus acordes. ¡Qué grandes músicos tenemos y qué grandes artistas de todo tipo! Estará usted de acuerdo conmigo en que ese Diáguilev es el mismísimo

Lucifer. ¡Qué tipo tan excéntrico por otra parte! ¡Vrúbel también era maravilloso! ¡Polenov! ¡Tantos otros! De pronto comprendimos que Chaikovski, Borodin, Mussorgsky, Rimsky-Korsakov, todos ellos expresaban el alma de Rusia. ¡Qué tremenda belleza!

Paul regresó a su casa paseando y meditando sobre lo que Benois había descrito tan vívidamente. Al entrar en su piso, no pudo evitar pensar en Irina. Le hubiera gustado que siguiera allí, como en los primeros días, cuando todo era puro amor y lo demás no importaba. ¿Dónde estaría? Sentía una enorme pena por ella y, aunque creyera no amarla, siempre recordaría aquellos preciosos momentos vividos con ella.

Estaba con el batín puesto sobre el pijama, ya a punto de acostarse cuando sonó el timbre. Observó por la mirilla. Era Karl von Lissberg. Abrió la puerta y Karl le sonrió mientras pasaba.

—Paul, te ruego que me excuses, sé bien la hora que es, pero verás, como a las seis de la mañana salgo para el frente, no quería irme sin despedirme de ti. Increíblemente, he conseguido un visado del Estado Mayor como fotógrafo de guerra, y no pienso desaprovechar esta oportunidad. He escrito esta carta por si me sucediera algo y quiero que la guardes tú. A fin de cuentas, eres el mejor amigo que tengo en San Petersburgo. En fin, que vengo a decirte adiós —Karl le tendió la mano pero Paul lo abrazó.

—¡Por Dios santo, Karl, no seas tan tímido! ¡Un hombre como tú! — ambos rieron a carcajadas.

Paul no fue capaz de conciliar el sueño. Al fin y al cabo se trataba de su país. Había comprendido en los últimos años que su mentalidad coincidía mucho más con la rusa que con la de sus compatriotas americanos. ¡Ah, Rusia! ¡Qué país tan enorme y complejo! No podía dormirse y sabía que cuando eso le sucedía todo era inútil. De pronto se incorporó en la cama. Él también tenía que ir al frente. No a combatir sino a contar al mundo lo que estaba sucediendo. Puso el despertador a las cuatro y media. Luego intentó dormir.

XIII
Primera línea

El 20 de agosto de 1914, en su primer día en Könisberg, Paul tomó la decisión de que, mientras se hallara en el frente, su nombre de guerra sería el mismo con el que su madre lo bautizó en la iglesia rusa del Bronx: Pablo Alexeivich.

Könisberg estaba en poder de los alemanes. No le resultó fácil atravesar las líneas, pero finalmente consiguió entrar en la ciudad gracias a su pasaporte diplomático. Tuvo que convencer a un tozudo coronel alemán del ejército mandado por Von Hindenberg que, como poseedor de aquel pasaporte, tenía derecho a estar allí, siendo su única pretensión como corresponsal del *New York Herald* escribir una crónica objetiva de lo que estaba sucediendo. El coronel debió pensar que, a fin de cuentas, no estaban en guerra con los americanos y que, por el contrario, les interesaba que se hablara bien de ellos en los Estados Unidos, por lo que se avino a sus argumentos. Además, aquel militar tampoco podía entretenerse demasiado con él, por lo que Paul obtuvo rápidamente un pase sellado y firmado por el propio coronel además de una identificación visible para llevarla cosida en el abrigo.

La ciudad se hallaba totalmente fortificada con varios cinturones de artillería, y el VIII Ejército alemán distribuido en las franjas intermedias, pues al entrar pudo ver como miríadas de soldados cavaban interminables trincheras en anillos concéntricos alrededor de la ciudad. Pudo apreciar la euforia que se desató entre las tropas alemanas cuando llegó a Könisberg la noticia de la victoria en la batalla de Stallupönen, cuyo vencedor era el general alemán Von François. Le contaron que, a pesar de las órdenes recibidas de retirarse a la segunda línea, la contestación a su superior fue: «¡El general Von François solo se retirará cuando lo hayan derrotado los rusos!». Una increíble falta de disciplina en un ejército para el cual aquella era su mejor arma, pero que sin embargo les dio la victoria.

Se hablaba de cerca de diez mil rusos entre los caídos y los prisioneros. Sabía que la perdida de esos miles de soldados no iba a preocupar lo más mínimo a los generales rusos, una gota en el mar. El problema del ejército ruso no era el número de hombres, sino su equipamiento y preparación. No podía dejar de pensar en lo que Benois había contado, en todos aquellos pobres muchachos arrancados de un día para otro de sus lejanas aldeas, sin

saber a donde los llevaban, obligados, atosigados, mal alimentados, desorientados. Y, para colmo, muchos de ellos incluso desarmados. Carne de cañón y despojo de ametralladoras para los alemanes. No pretendía ejercer de espía y contar luego lo que había visto en primera línea, pero tenía una enorme curiosidad por saber cómo funcionaban aquellos prusianos, que poco o nada tenían que ver con las tropas rusas. En Könisberg, a pesar de la fuerte tensión inherente al comienzo de una batalla, se respiraba disciplina. Los militares tenían prohibido beber alcohol, al menos hasta que acabara la contienda. Todo era orden, eficacia, control. Parecían estar allí de maniobras. Los oficiales bromeaban entre ellos por las calles. El general Ludendorff estaba al mando del VIII Ejército. Un bando obligaba a los comercios a permanecer abiertos durante el horario establecido, pues los alemanes intentaban que el ambiente fuera lo más normal posible. Entró en un restaurante y, como hacía buen tiempo, le sugirieron que se sentase en la terraza. Pidió pastel de carne y un café. Mientras comía pasaron por la calle varios batallones marcando el paso. No iba a resultar fácil derrotar a aquel ejército.

Tras la batalla de Gumbinnen, el general Ludendorff cambió de opinión y autorizó la presencia de observadores en primera línea. Apenas se enteró de ello se dirigió al cuartel general, donde rellenó una ficha y le entregaron un carnet especial como observador internacional. Aquella misma tarde pudo subir al tren militar en el que las tropas alemanas de Hermann von François se dirigirían hacia el sudoeste. Debido a las continuas paradas, y a que el tren circulaba muy despacio para poder controlar la presencia de minas, tardaron casi dos días en llegar a Tannenberg, su destino. Se sentía agotado antes de bajar del tren. Apenas había podido comer ni dormir y los aseos estaban en un estado calamitoso. No podía quejarse pues él se lo había buscado. Cada batallón ocupaba su lugar ordenadamente o marchaba hacia el punto programado. Era como la coreografía de un gigantesco ballet, del que von François sería el director.

El coronel Von Lesky, que tenía a su cargo la media docena de observadores, proporcionó a cada uno una mochila, una manta enrollada y unas botas de agua. Después, los hizo subir a un camión cubierto con una lona verdosa que los llevó hasta donde acababa el camino rodado. Cuando el terreno se hizo impracticable, tuvieron que caminar bajo la lluvia hasta un altozano desde el que se dominaba una extensa zona. Allí habían previsto una

tienda de campaña camuflada. Paul podía divisar a lo lejos la posición de las tropas rusas. El coronel les explicó lo que, según él, iba a suceder. En aquellos momentos el grueso del 2.º Ejército de Samsonov se divisaba al fondo, avanzando hacia la primera línea de las tropas alemanas. Von Lesky, que los estaba siguiendo con unos prismáticos de campaña, sonrió sin poder evitar hacerles un comentario: «¡Esos rusos están convencidos de que las tropas rusas de Rennenkampf llegarán por el noreste, pero por ahí no vendrán nunca!». Mientras, la artillería comenzó a tronar en la lejanía y los ecos multiplicaban las explosiones a un ritmo infernal. Observó la maniobra de retirada de los alemanes y comprendió que la estratagema consistía en coger al ejército ruso entre dos pinzas que se irían cerrando por el norte y el sur.

Transcurrieron las horas. Les habían entregado en el camión sendas bolsas de comida y una cantimplora. Fue cayendo la oscuridad, rota en ocasiones por lo relámpagos de la artillería. Permaneció fuera hasta que comprendió que necesitaba dormir algo pues ya no se tenía en pie por el cansancio acumulado. Se tendió en la litera que quedaba libre, pues las otras cinco ya estaban ocupadas por sus compañeros, pero no era capaz de conciliar el sueño pensando en los soldaditos rusos recién llegados al frente sin instrucción ni equipamiento y que, como en una pesadilla interminable, se encontrarían en unas trincheras convertidas en barrizales, acordándose de sus familias, sabiendo que iban a morir. Habían pasado del silencio de sus aldeas, roto solo por la campana de la iglesia o el canto de un gallo, a verse sumergidos en el horrísono interior de las explosiones, en pleno infierno, como si el mismísimo Satanás estuviera machacándolos en un almirez gigantesco.

Al amanecer apareció de improviso un asistente con una mochila. Pudieron tomar un café aguado pero al menos caliente y un bocadillo mientras el sol salía por el horizonte. Por un instante pensó que, de no ser por el continuo sonido de los obuses que caían apenas a dos millas de donde se encontraban, habrían podido creer que se encontraban de pícnic. Después volvieron a la trinchera de observación, en la que podían sentarse en unos bancos de madera.

Las tropas rusas habían entrado en una gigantesca bolsa y estaban siendo bombardeadas por ambos costados. La artillería alemana redoblaba el bombardeo, machacando literalmente a la infantería rusa. A lo lejos, las nubecillas de las bocas de los cañones aparecían y desaparecían en un instante al ser arrastradas por la brisa. ¿Podía ser aquello una batalla real en la que

cada minuto morían decenas de hombres? ¿Era así la guerra? El ordenanza les llevó más café caliente a la trinchera. Ninguno de los observadores, austríacos, alemanes, y dos oficiales otomanos, demostraba la menor emoción. Solo estaba sucediendo lo que debía suceder. Lo programado. Cada uno disponía de unos prismáticos colocados sobre trípodes para visualizar mejor el área de combate. Aquella enorme matanza estaba teniendo lugar como si aquello fuese lo adecuado. Los oficiales de observación sonreían y cambiaban impresiones mientras fumaban. Todo transcurría según lo esperado.

Era evidente que el general Samsonov y sus cerca de cien mil hombres tenían muy pocas posibilidades de sobrevivir. La artillería seguía atronando sin cesar, decidida a borrarlos a todos de la faz de la tierra. Entre trescientos y cuatrocientos cañones se relevaban para no dar respiro al enemigo.

Todo aquello se le hizo insoportable. Sintió náuseas y vomitó en la misma trinchera. En aquel momento el ordenanza se marchaba de vuelta y él lo siguió ladera abajo hacia el lugar donde los alemanes habían dispuesto las tiendas para el Estado Mayor y el campamento general. Los rusos no tenían ninguna oportunidad. El ordenanza lo condujo hasta una tienda en la que un oficial explicaba a otro grupo de observadores y periodistas autorizados el transcurso de la batalla, todos ellos muy satisfechos de los resultados.

Tuvo que permanecer en aquel lugar hasta el 2 de septiembre, prácticamente una semana que se le hizo eterna. Aquel día hubo una declaración del propio Von François. Los rusos se habían retirado, perdiendo gran parte de sus tropas. Cuatrocientos ochenta cañones se habían tomado al enemigo a lo largo de la batalla, y hecho veinte mil prisioneros, estimándose las bajas rusas en cincuenta o sesenta mil hombres. Los oficiales alemanes brindaron por primera vez en semanas con cerveza de Baviera a la salud del káiser. Todo eran felicitaciones y cánticos.

Observó la interminable fila de ambulancias que llegaban, cargaban y se marchaban, llevándose los heridos y los cadáveres de los soldados alemanes. De eso nadie hablaba, era parte del trabajo. Pudo hablar en inglés con un capitán médico alemán recién regresado del campo de batalla. Llevaba una bata rosa con manchas de sangre y de barro y tenía el rostro pálido y los ojos enrojecidos.

—¡No desearía a nadie tener que bajar a ese infierno! —se refería al valle donde se había librado la batalla—. ¡No pude contenerme y vomité! ¡Ah! ¡Qué horror! No se le ocurra ir allí, hay restos humanos por todas partes y el

barro es rojo oscuro. —El hombre se cubría la cara con las manos entre sollozos.

Paul ya había tenido bastante. De todos modos, no permitían a los observadores bajar hasta allí. Él había podido comer todos los días, dormir envuelto en una manta y a cubierto, y no estaba expuesto, al menos directamente, al fuego cruzado. Aun así, estaba convencido de que no podría aguantar un minuto más allí. Los soldados habían luchado, muchos de ellos hasta la extenuación; otros muchos ya no volverían a ver amanecer.

A mediodía una camioneta militar lo llevó junto a otros observadores en dirección oeste, hacia Cherniajovsk. Luego tuvieron que caminar hasta Gusev, donde había un apeadero al que llegaba la línea férrea rusa con distinto ancho de vía. Era una zona neutral. Hacia Prusia habían dispuesto defensas de alambre de espino, soldados de vigilancia fronteriza, ametralladoras, torres de observación y un punto de control.

Tuvo que presentar su documentación. Lo trataron con desdén, pero al presentar el pasaporte diplomático todo cambió y lo llevaron de inmediato hasta un comedor de campaña donde estaban sirviendo comida a los oficiales. Pudo descansar y recuperar energías con una sopa caliente y un estofado de ternera. Comía con ansiedad y se esforzó en tranquilizarse. Luego, ya más repuesto, pudo cruzar a pie la tierra de nadie, una franja de una milla de anchura, acompañando a un grupo de camilleros rusos con chalecos blancos en los que destacaba la enseña de la Cruz Roja, que se dirigían al lado ruso con algunos heridos. Todos los heridos eran oficiales. Nadie se ocupaba de los soldados rasos. Carne de cañón. Caminaban en silencio entre el barro hacia la lejana alambrada en la que se divisaba la bandera del imperio ruso. Comenzó a llover torrencialmente. El tiempo tampoco daba tregua en aquellos días. No resultaba fácil caminar por el resbaladizo y pegajoso barro, pero finalmente pudieron llegar al puesto de control ruso. Aquella era la frontera provisional, ya que la verdadera se encontraba a unas veinticinco millas hacia el este. Los alemanes les permitirían conservar la posición hasta que acabaran de recoger los restos de los caídos en Tannenberg.

Cuando llegó, un taciturno sargento le selló el pasaporte sin hacerle preguntas. Nadie estaba de humor para abrir la boca. Entró en una plaza formada por grandes tiendas de campaña militares dispuestas circularmente. Se trataba de un hospital de campaña en el que se habían improvisado media docena de quirófanos de campaña. Los camilleros llevaban a los heridos recién traídos a la primera tienda. Los siguió. Era lo que llamaban el control de evaluación. Los que aparentaban tener alguna posibilidad de sobrevivir

eran llevados a las siguientes tiendas, donde se habían instalado los quirófanos de campaña. En realidad, unas mesas colocadas sobre el suelo de tierra, cubiertas con un paño blanco que servía para varias operaciones, hasta que no tenían más remedio que cambiarlo por otro. En la mayoría de los casos, los cirujanos se mostraban impotentes. De cada diez que entraban podían salvar como máximo a uno o dos, le comentó un camillero que aguardaba cerca. El hombre fumaba un cigarrillo tras otro con manos temblorosas. A los demás los llevaban a unas grandes tiendas colocadas en segunda línea, donde los dejaban agonizando hasta que morían. No se les hacía ningún caso, desahuciados por los médicos del control de evaluación. Condenados a una muerte más rápida o más lenta. Se atrevió a entrar en una de aquellas tiendas. Apestaba. La gangrena devoraba a algunos de aquellos muchachos. Tuvo que salir de allí por faltarle la respiración.

Se sentó para recobrar el aliento junto a la alambrada, en un banco de madera muy cerca del puesto de control. Habían tendido unas lonas después de la lluvia y algunos soldados y camilleros descansaban sobre ellas. Pensaba con amargura que no había allí el mismo orden y control que en el lado alemán. Notaba una sorda rabia interior que le advertía que, lo quisiera o no, su corazón era ruso. Pero aquello no se debía a la diferente idiosincrasia de los dos pueblos, el alemán y el ruso, como uno de los observadores le quiso hacer ver en Könisberg, sino a la tremenda corrupción existente en el ejército del zar. A la equivocada y clasista elección de los mandos militares. En los ejércitos del zar, el nacimiento colocaba a unos abajo y a otros arriba. El hecho de ser aristócrata, conde, barón o príncipe, era decisivo. No había más que hablar. Con lágrimas corriéndole por las mejillas, veía cómo llevaban una camilla tras otra a las tiendas de los moribundos, apilados como animales en un matadero.

Después se enteró de que el general ruso, Alexander Samsonov, se había suicidado, incapaz de asumir la derrota. Todo aquello era incomprensible. ¿Por qué extraño capricho del destino miles y miles de muchachos saludables, que hacía pocas semanas creían tener toda la vida por delante, habían muerto de aquella espantosa manera? De nuevo tuvo náuseas y volvió a vomitar todo lo que había comido. Comenzó a sollozar. Era superior a su voluntad, una terrible sensación de impotencia, de incapacidad para asimilar lo que estaba viendo. Tuvo que enjugarse las lágrimas con la áspera manga de la chaqueta de campaña que le habían proporcionado en Könisberg. Seguía lloviendo y eso le tranquilizó, pensando que al menos sus lágrimas se confundirían con las gotas de lluvia. Luego se fue poco a poco calmando.

Seguía allí, incapaz de levantarse ni de hacer nada, cuando vio pasar una camilla con un oficial herido, un joven casi albino. Se parecía a Karl. Se levantó de un bote y corrió hacia ella. Los camilleros se detuvieron. ¡Era Karl von Lissberg! ¡Estaba vivo! Karl le devolvió la mirada con sus ojos azules, y vio en ellos el alivio de encontrar a alguien cercano. Musitó «¡Paul! ¡Paul! ¡Me han herido, creo que he perdido una pierna, pero estoy vivo!». Se agachó junto a él y lo abrazó sin poder contener las lágrimas.

El estado de Karl era preocupante. Un obús había estallado en la trinchera donde se encontraba, y había perdido la pierna derecha justo por debajo de la rodilla, además de tener una fuerte conmoción y varias heridas superficiales en la mitad derecha del cuerpo. El médico de evaluación que le tocó le dio el visto bueno. El problema era la posible infección, ya que más del ochenta por ciento de los heridos traumáticos no podían evitarla, en cuyo caso las posibilidades se reducían mucho. Karl tuvo la suerte de que el auxiliar que le realizó la primera cura empleara gasas asépticas, y de que la herida era bastante limpia, como hecha con un cuchillo afilado.

La situación en el hospital de campaña era desastrosa. Ocho médicos para atender a miles de heridos que ya no cabían en las tiendas provisionales. No se podían realizar las curas ni existía la asepsia requerida. El material quirúrgico de primera necesidad se estaba agotando y no llegaba el aprovisionamiento necesario. Paul comprobó que estaban desbordados e hizo lo poco que podía hacer para intentar salvar la vida de Karl. Curarlo él. Tuvo la precaución de hervir el agua cada vez que limpiaba la herida y empleó sus camisas, también hervidas en un cubo que limpió previamente. Karl lo dejaba hacer en silencio, sin quejarse, ya que podía observar lo que estaba sucediendo a su alrededor y sabía que estaba en manos de Paul. Karl, en cualquier caso, llevaba un pase que lo acreditaba como fotógrafo oficial de la Casa Imperial, lo que le confería automáticamente el estatus de oficial de alta graduación, es decir, acceso a la cantina de oficiales, mucho mejor surtida que la de los soldados, que sanos o enfermos no tenían otra salida que comer sin rechistar el deficiente rancho que les daban, y un chusco de pan duro y florecido. Mientras que para los oficiales, un panadero se cuidaba de hacer pan cada mañana, y de que pudieran comer los mejores bistecs de carne de caballo que se podían encontrar. Los oficiales, además, eran enviados hacia los hospitales en los trenes militares con preferencia. Las diferencias entre

una clase y otra eran ofensivas para cualquier observador, aquello era como una espoleta cargada que acabaría explotando.

Paul estaba cuidando de Karl y de algunos soldados, muchachos de dieciocho años o poco más, a los que atendía por su cuenta y riesgo. Encontró un almacén lleno de mantas y material sin utilizar y de allí comenzó a surtir a los que las necesitaban. Un sargento se le encaró, recriminándole que estuviera utilizando la reserva destinada a los oficiales y mandos, pero él le replicó que se quejaría directamente al general en jefe al que dijo conocer, aunque por supuesto no era cierto. Su pasaporte diplomático le proporcionó inmunidad cuando un coronel le pidió explicaciones. Le replicó que escribiría en la prensa lo que estaba sucediendo, además de una carta personal al jefe del Estado Mayor en el que mencionaría su nombre si se oponía a ello.

Apenas unas horas después, lo vinieron a buscar dos oficiales para llevarlo hasta al tren que estaba a punto de salir. Se negó a irse si no le acompañaba Karl y, tras una tensa discusión y firmar una declaración de responsabilidad, los camilleros subieron a Karl al tren y lo dejaron en una de las plataformas posteriores. Paul se quedó allí con él y el tren se puso en marcha con destino a San Petersburgo. Cuando vio desaparecer el campamento de Gusev, pensó que Karl se había salvado. El tren militar iba cargado de heridos, naturalmente casi todos oficiales, y tres vagones se habían destinado a los féretros de oficiales. Aquel espacio se podía haber destinado a transportar soldados a los hospitales de San Petersburgo, mejor que dejarlos condenados a una muerte lenta y dolorosa en la mayoría de los casos. Prefería no pensar en ello y tampoco quería hablar del asunto con Karl, ya que se hubiera sentido inmediatamente responsable.

Dieciocho horas más tarde, con la ayuda de Mark Gavrilovich, el portero del edificio, subieron a Karl a su piso en la última planta. El solo hecho de encontrarse allí pareció revivirlo. Mark fue a avisar al médico que vivía en el principal, el doctor Salomón Levinsohn, que tenía fama de ser uno de los mejores médicos de la ciudad. No se encontraba en casa pero subió a media tarde, cuando volvió de su trabajo. El doctor Levinsohn observó la herida que estaba comenzando a cicatrizar y dijo sonriendo:

—¿Quiere usted trabajar conmigo, señor Alexander? Sus cuidados han evitado la infección. Lo que usted ha hecho por Von Lissberg probablemente le ha salvado la vida. La elevadísima mortalidad que tenemos en los hospitales de primeros auxilios en el frente se debe a las infecciones producidas por la falta de asepsia, que llevan a la gangrena y la septicemia generalizada, y entonces adiós.

Luego el doctor subió de nuevo con emplastos, gasas y vendas esterilizadas, curó y vendó a Karl, que observaba con agradecimiento a uno y otro.

—¡Karl, es usted un hombre afortunado! Es cierto que ha perdido la parte inferior de la pierna derecha, pero está ya en proceso de cicatrización. A estas alturas es difícil que se infecte ya que presenta buen aspecto. ¡Saldrá de esta! Es usted un hombre joven, fuerte y sano, que pronto se habituará a vivir sin esa pierna. Hoy en día podremos diseñar una prótesis que le facilitará el caminar. ¡Se ha salvado usted gracias a su amigo Alexander! —pero no era necesario que se lo dijera, Karl lo sabía.

Dos días más tarde, cuando salía del portal encontró a Ludmilla Valenskovna, que venía a verlo. La invitó a subir y a tomar un té acompañado con las exquisitas pastas de mantequilla que compraba en una confitería cercana. Ludmilla se desahogó con él. Irina no daba señales de vida. La Ojrana estaba llevando a cabo una operación de limpieza de los que tildaban de «enemigos de Rusia», entre los que colocaban a los espías a favor de Alemania, a los miembros de los soviets, socialistas y demás. Aprovechaban el tirón nacionalista para llevarla a cabo sin miramientos, ya que los jueces y fiscales no ponían la más mínima objeción a la campaña que la Ojrana llevaba a cabo con el beneplácito de todas las instituciones. El gobierno del zar la había impulsado y estaban pagando justos por pecadores, desapareciendo aquellas personas que no eran afectas al régimen. ¿No estaban muriendo y desapareciendo miles de soldados y oficiales todos los días? Muchas madres estaban perdiendo a sus hijos a causa de la guerra, de las terribles circunstancias, y le dijeron que ella no iba a quejarse. Esa era la gran coartada. Irina solo era un número más y Ludmilla era consciente de que solo una gran suerte podría librarla de aparecer un día ahogada en las aguas del Neva. Era como si la gente se hubiera insensibilizado a causa de la guerra, y lo que hasta hacía poco tenía importancia ahora había dejado de tenerla.

A pesar de ello, Ludmilla confiaba en que volviera a aparecer cualquier día, aunque estaba comenzando a resignarse a la suerte que le había tocado en la vida.

—¡Pero ella está viva! ¡Lo intuyo! ¡Ah, qué lástima que no siguiera con usted, Paul! ¡La maldita política se la ha llevado!

A raíz de aquel encuentro, tomó la decisión de ir a ver al inspector Semiónovich. Por medio de Fiódor Yegórovich, supo que lo acababan de ascender a subcomisario y que estaba al cargo de la vigilancia y control del soviet de San Petersburgo. El inspector le dijo a Fiódor, casi enfadado con él,

que su amigo Paul Alexander estaba rematadamente loco por haber ido al frente. Quedaron en verse por la tarde en la misma cafetería.

Cuando él llegó, el inspector se levantó para saludarlo. Hablaba con sinceridad cuando le dijo que sabía que acababa de volver de la batalla de Tannenberg, y que se alegraba de que tanto él como Karl von Lissberg hubieran regresado con vida. Paul se asombró de la información que aquel hombre tenía, pero no hizo ningún comentario.

El inspector volvió a asegurarle que no sabía nada de Irina Pávlova.

—Mire usted, mi querido Alexander. Ya le he explicado en otras ocasiones que si estuviera detenida por la Ojrana yo lo sabría, pero lo cierto es que no sé nada acerca de ella. Pensamos que se encuentra en Finlandia. Hemos hablado con nuestra gente allí, pero hasta ahora no nos han dado ninguna pista. Los finlandeses son herméticos y tenemos que enviar a nuestra propia gente. Allí nadie colabora con nosotros. ¡Me recuerdan a los turcos! Sabemos que Irina pertenece desde hace un tiempo al grupo de los seguidores de Lenin y juraría que está trabajando para él. En su ficha está catalogada como bolchevique, pero curiosamente también sabemos que colaboró en varias ocasiones con ese Lev Davidovich Bronstein, conocido también como Lev Trotsky, que como debe saber fue uno de los principales dirigentes de la revolución de 1905. Fue juzgado y deportado a Siberia. Ahora está enfrentado a Lenin, por lo que no sería lógico que Irina trabajara para él, pero por otra parte, si pienso como policía, a lo mejor está con él precisamente por ello. ¿A quién podría enviar Lenin para controlar a su adversario político? A alguien de su entera confianza, e Irina lo es. ¡Una pelea de perros entre bolcheviques! Al final, como casi siempre, ganará la mayoría. Mire, Alexander, usted perdió a esa mujer porque su verdadero amante es la política. No se haga ilusiones, el que es político lo es para siempre, lo lleva en la sangre y todo lo demás en su vida es accesorio. Si averiguo algo se lo diré. Me da pena la gente compasiva, y usted lo es. Con esa forma de ser sufrirá mucho en la vida.

Paul sabía que aquel inspector solo le contaba lo que le convenía, y decidió investigar por su cuenta a Trotsky.

Una mañana caminó por la Perspectiva Nevski, se tomó un café, paseó mirando los escaparates y luego se metió en la cervecería La Gaviota. Se sentó en un rincón junto a la ventana que daba al canal. Cuando se acercó la camarera dudó un instante, le pidió una cerveza rusa y, cuando ella asintió, añadió mirándola a los ojos que quería ver a Iván. La mujer no se inmutó pero

supo que lo había reconocido. Al cabo de unos minutos, le trajo la cerveza y le murmuró que se dirigiera a los aseos. Entró en ellos y se lavó las manos. La camarera entró tras él, le abrió la puerta lateral con una llave y le susurró que bajara al mismo lugar que la vez anterior. Descendió la tortuosa y estrecha escalera y volvió a recorrer el pasillo que olía a humedad. Golpeó levemente con los nudillos la puerta del fondo y aguardó. Al instante, alguien corrió un cerrojo y la puerta se abrió.

El rostro de Iván apareció. Debió de haberlo avisado la mujer ya que no mostró ninguna sorpresa. Abrió del todo y le dijo que pasara. Estaba solo. La habitación estaba algo cambiada, ahora tenía una mesa alargada y diez sillas iguales que las del bar.

—Buenos días, señor ¿Alexander? —Paul asintió—. Quedamos en que no vendría por aquí, ya que eso nos compromete, y por supuesto a usted también. Si viene a preguntar por Irina Pávlova, ha hecho el viaje en balde pues tampoco nosotros sabemos dónde se encuentra. La policía tampoco parece saber nada, y además ahora están agobiados con asuntos más urgentes. ¿Su amigo el inspector no le ha dicho nada? Pues así estamos nosotros. Irina es muy discreta. Aunque es cierto que podría estar muerta, ya que sabe muchas cosas y la policía quiere atraparla. Tampoco descartamos que se halle en poder de un nuevo cuerpo de la policía, la MVD, que depende directamente del ministro. Esos no son como los otros y por ahora no hemos podido tener acceso a nada de lo que les compete. Pero en fin, la esperanza es lo último que se pierde. A pesar de ser ella quien es, la alternativa podría ser que nos estuviera traicionando, y tampoco pondríamos la mano en el fuego de que eso no esté sucediendo. No por ella sino por los métodos que emplea la Ojrana para «convencer» a los más remisos. Solo es cuestión de tiempo, hasta que la persona se derrumba. Podría ser…

Paul levantó la mano para interrumpir a Iván.

—Perdone, pero en esta ocasión no he venido para preguntarle por Irina Pávlova, aunque me gustaría tener noticias suyas, sobre todo por su madre, que lo está pasando bastante mal. Si en algún momento tiene noticias de ella, le agradecería que me informara. Pero hoy estoy aquí por otro motivo. Como sabe, soy periodista, y mi periódico, el *New York Herald*, me ha pedido que intente hacer una entrevista a Lev Davidovich Bronstein, conocido como Trotsky, y he pensado que usted podría ayudarme.

Iván lo observó unos instantes mientras una leve sonrisa afloraba a sus labios.

—¡Tal vez! Trotsky es un hombre muy especial. He conocido a pocos como él. Inteligente, culto, entregado a… su causa, ahora menchevique, y alguien con un afán de protagonismo absoluto. ¡Ese hombre querría ser el muerto en el entierro! Creo que estaría dispuesto a esa entrevista, el problema es dar con él. Es impredecible, astuto y desconfiado. ¡Pero una entrevista para el *New York Herald*! Estoy seguro de que querrá hacerla ya que siempre asegura que le gustaría vivir en Nueva York. Intentaré conectar con él, aunque el problema es que la Ojrana y otra mucha gente también quieren verle, algunos tienen con él cuentas pendientes, otros simplemente le odian ya que Trotsky jamás se muerde la lengua. Para la Ojrana sería un trofeo de caza mayor y les encantaría llevar su cabeza disecada al zar. ¡Muchos enemigos! Mire, si tienes la conciencia de Trotsky, el alma, el corazón y la cabeza de Trotsky, entonces los poderosos, los autócratas, los perros del sistema, los que creen actuar en nombre de los dioses, los que trafican con la vida de los demás, todos esos quieren matarte, aniquilarte. Por eso no es fácil localizarle. Como comprenderá, no puedo descolgar el teléfono y llamarle para decirle: «Señor Trotsky, ¿le importaría acercarse? Es que quieren hacerle una entrevista». Bueno, de todas maneras veré lo que puedo hacer. Ya le avisaré. Trotsky es además un tipo valiente y osado. En más de una ocasión se ha paseado disfrazado por la Perspectiva Nevski. ¡Ante las mismas barbas de la policía! ¡Cuentan que hasta llegó a preguntar a un policía por una dirección! Está algo loco, pero es así y nadie va a cambiarlo. Es judío como yo, y a los judíos nos gusta reírnos de nosotros mismos. Y ahora le ruego que no vuelva a presentarse aquí. Si necesita hablar conmigo, envíeme una carta a la dirección que le di y nos veremos en otro lugar más discreto. Es cierto que la Ojrana conoce este escondite, pero no debemos ponérselo tan fácil. Ahora ellos pueden pensar con motivos que usted trabaja para nosotros —Iván elevó las manos al cielo—. ¡Estamos en manos de Dios! ¡Y los ateos más! Ahora váyase. Si tenemos suerte, Trotsky hablará pronto con usted. ¡Adiós!

Paul se incorporó, estrechó la mano de Iván y la puerta se cerró tras él. Subió la escalera pensando en que los judíos eran pocos en número pero presentes en todas partes. Cruzó el salón de la cervecería y salió a la Perspectiva Nevski. Seguía lloviendo. Abrió el paraguas y respiró la brisa marina procedente del Báltico. A mediados de septiembre el tiempo cambiaba con rapidez. Pensó en Tannenberg y sintió un escalofrío.

Al caer la tarde, después de comer con Fiódor Yegórovich en un restaurante económico húngaro donde servían sopa *borsch* y unos *varéniki* que les gustaban a los dos, con buen pan recién hecho y un vino Tokay que

entraba solo, escuchó a su amigo quejarse amargamente del aumento de los precios de los alimentos a causa de la guerra y regresó a su piso.

Se recriminaba no trabajar más, pues tenía muchas notas y apuntes que pasar a limpio. Una parte era para sus reportajes y otra selección de temas más delicados para su libro. Al menos había podido encontrar a alguien de confianza para atender a Karl. Él solo podía subir de vez en cuando, y Karl le decía que podía valerse solo, pero la realidad demostraba que todavía no era posible. Se le ocurrió de repente recurrir a Ludmilla Valenskovna. La llamó y ella aceptó de inmediato. Desde el primer momento pudo ver que se caían bien mutuamente. Ella necesitaba a alguien en quién volcar su instinto maternal, aunque sabía comportarse, y no lo agobiaba. Desde aquel día notó que Karl mejoraba mucho. El doctor Salomón Levinsohn le había tomado medidas para construirle una prótesis metálica.

—¡Una pata de palo como las de los piratas! —protestó Karl de buen humor.

—¡Nada de eso, amigo mío! —replicó el médico a su paciente—. ¡Nada de piratas! ¡Esos están todos en el gobierno! Con lo que le voy a hacer construir, podrá caminar casi con normalidad, y cómo quedará bajo el pantalón, nadie podrá saber si le falta la pierna derecha o la izquierda o ninguna. Tal vez al principio necesite un bastón de apoyo como los que llevan todos los conservadores.

Tuvieron que reírse, porque al menos en San Petersburgo, desde hacía muy poco Petrogrado por expresa voluntad del zar, que había rebautizado la ciudad para darle una connotación más rusa, solo los de la derecha portaban bastones para pasear. Karl replicó sonriendo que mientras pudiera caminar, le daba igual el partido en que lo encasillaran. El doctor Levinsohn, un hombre sabio que se entregaba a sus pacientes en cuerpo y alma, le vaticinó que pronto podría caminar sin muletas. Solo dependía de su voluntad.

Paul se sentó ante la Underwood pero no se sentía inspirado. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y eso llegaba a distraerle al pasar sin transición de un pensamiento a otro. Irina, Karl, la guerra, Trotsky, Iván, Semiónovich… Necesitaba ordenar sus ideas, valorarlas y luego aguardar a que llegasen las musas. Pero aquella noche era inútil y decidió acostarse.

Sonó el timbre de la puerta. Pensó que sería Ludmilla, pues dos noches atrás Karl se había resbalado al salir de la bañera, golpeándose la cabeza y casi quedando sin conocimiento. Ludmilla se había asustado y había bajado a avisarle muy tarde.

Salió a abrir. Un rostro conocido y unos ojos enmarcados en los aros dorados de unas gafas lo observaron, inquisitivos. Al principio no fue capaz de poner nombre a aquel rostro. De pronto lo reconoció.

—¡Trotsky! —exclamó esbozando una sonrisa.

—Sí, Trotsky. O, si lo prefiere, Lev Davidovich Bronstein. Ya sabe usted, si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma.

Paul asintió sonriendo.

—Creo que Mahoma no sabe en este caso donde está la montaña. Bienvenido. ¿Cómo ha entrado en el portal?

—¡Ah, sí! Ese Mark Gavrilovich es un viejo amigo. No hay problema. Los mencheviques tenemos muchos amigos. Aquí estoy, le ruego que disculpe lo inoportuno de la hora. Mañana salgo de San Petrogrado, como ahora empiezan a llamar a esta ciudad, y probablemente tardaré algún tiempo en volver. No quería dejarle con la sensación de que no deseaba hablar con usted, así que aquí me tiene. ¿Quiere que hablemos? ¿Me invita a café?

Paul asintió, algo abrumado. Trotsky había entrado en el vestíbulo y él cerró la puerta. Lo condujo a la cocina. Señaló la mesa que utilizaba solo para los desayunos. Trotsky tomó asiento en silencio, quizás preguntándose si había alguien más en aquel enorme piso.

—Estamos solos. Este es un piso demasiado grande para mí, pero únicamente utilizo una parte. ¿Lo quiere solo? Es café hecho al modo americano, no tan cargado. No sé si le gustará. ¿Azúcar?

—No, gracias. La leche no me gusta, y no le pongo azúcar. El café americano me parece bien, tomo demasiado café y además quiero acostumbrarme. Así está bien. Gracias.

—¿Va usted a los Estados Unidos? Vaya a Nueva York. Si va allí alguna vez, acérquese a la redacción del *New York Herald*, pregunte por el director y dígale que va de mi parte. Aquí tiene mi tarjeta. Esa es la dirección. Le atenderán bien.

—Sí, muchas gracias. Tal vez logre llegar allí. No está mal un contacto en un periódico. En cierto modo, también yo soy periodista. A lo mejor ocupo su puesto mientras usted sigue por aquí.

—¡De acuerdo! ¡Sería un honor! Nueva York le gustará. No tiene nada que ver con esta ciudad. ¡Nada! Pero como sé por referencias que es usted un

hombre inquieto, puedo asegurarle que Manhattan es el lugar más inquieto del mundo. Le confieso que no lo echo de menos. San Petrogrado, como dice usted, me encanta.

—¡Sí, es cierto! —dijo Trotsky—. Esta ciudad es lo mejor que un zar ha hecho por Rusia. Ya no se podría concebir Rusia sin San Petersburgo, ni viceversa. Tengo que reconocer a mi pesar que en la elección del lugar acertó plenamente. ¡La verdad es que es bella! Pero está llena de sinsentidos, de incoherencias formales. Ostentosos palacios de la aristocracia construidos con el sudor y la sangre del pueblo. Decenas y decenas de iglesias, conventos, monasterios, ciertamente hermosos con sus cúpulas doradas, pero en realidad manteniendo al pueblo en la superstición y la ignorancia. Lujosas viviendas burguesas, como esta en la que usted reside, y conste que no lo hago responsable de nada, de cuya superficie utilizará una décima parte o menos mientras hoy mismo habrán llegado al menos cien personas nuevas a la ciudad. *Mujiks* y campesinos hambrientos, que esta noche no tendrán donde cobijarse. Ya le digo que usted no es responsable. En realidad lo somos todos. Pronto llegará el crudo invierno, y entonces o buscan refugio o morirán helados a la intemperie. Pero le decía: Edificios, palacios, museos repletos de objetos lujosísimos, exponentes de los caprichos de los aristócratas, que tiran el dinero en tonterías antes que alimentar y dar educación a sus siervos, a los que tratan como animales de carga, sin ninguna consideración. Grandes edificios repletos de funcionarios designados a dedo, sin formación suficiente o nula para ocupar sus puestos, nepotismo, o lo que es lo mismo, corrupción, estulticia y falta de cultura de los mismos dirigentes, que hablan de ética sin conocerla, sin emplearla, y de humanidad cuando no saben lo que significa esa palabra. Funcionarios intentando mantener a flote un sistema inerte. Todos esos enormes y bellos edificios que evocan la nostalgia de otros tiempos y que se reflejan en los canales como cascarones vacíos de verdadero contenido. Así es el mundo, o así lo vemos algunos que no estamos conformes con él.

—¡No podrá negarme que, a pesar de todo ello, está ciudad es impresionante! —lo interrumpió Paul.

—¡Cómo voy a negarlo, si soy el primer convencido! Pero hace muchos años que me juré no dejarme subyugar por las apariencias. Aunque le reconozco que eso en San Petersburgo resulta imposible —Trotsky bebió un sorbo del café—. ¡Auténtico café americano! ¡Me gusta! Bien, ahora dígame qué quiere saber de mí.

Paul se lo quedó mirando.

—¡Se dicen tantas cosas de usted! Creo que en realidad muy poca gente lo conoce. Se lo preguntaré directamente, ¿podría aclararme quién es Trotsky?

—¡Ah, sí, ese Lev Trotsky! —seguía jugando a hablar en tercera persona —. En realidad, dentro de él sigue estando aquel muchacho judío que no soportaba más pogromos, más violencia gratuita, más humillaciones. Un tal Lev Davidovich Bronstein, estudiante en Odesa, que de pronto comprendió que tenía algo que decir a los demás, y que quería decirlo alto y claro. Naturalmente eso era ir en contra de las normas. Lo detuvieron, le dieron unas cuantas palizas, lo juzgaron y lo deportaron a Siberia. A un lugar llamado Ustkut. Pero el joven Bronstein no estaba dispuesto a permanecer allí. La vida pasa muy deprisa y sabía que le quedaban muchas cosas por hacer. Pudo evadirse, y casi de milagro logró llegar a Londres. ¡Los ateos también creemos en los milagros! Fue allí donde Bronstein se transformó en Trotsky. La primera novela en ingles que leyó en Londres fue *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, de Stevenson. Naturalmente, pensó en *The strange case of Bronstein and Trotsky*. Allí conoció al hombre que cambiaría su vida. Lenin. Ahora van por caminos distintos, aunque creo que más bien paralelos. *Vidas paralelas* de Plutarco. Aunque los matemáticos aseguran que las líneas paralelas no se encuentran nunca, creo que Vladimir Ilich Ulianov y Lev Davidovich Bronstein terminarán por encontrarse. Cuando un día, en la Biblioteca Británica, Trotsky le contó a Lenin lo que pretendía llevar a cabo a lo largo de su vida, y Lenin le dio su opinión, comprendió que tenía razón. ¡Había llegado el momento! Desde Londres, el corazón del mundo capitalista y al tiempo el lugar donde Marx escribió *El capital*, viajó a todas partes, Viena, Kiev, Járkov, Zúrich, París. Se sentía un apóstol más de aquel evangelio del que Lenin era el profeta. Pronto se dio cuenta de que los capitalistas, los burgueses, los aristócratas los temían, y comprendió que toda esa gente no era más que carcasa vacía. Pretenden aparentar lo que no son. Solo saben explotar a los demás, ganar todo el dinero que puedan aprovechándose de las circunstancias, especulando con lo que no es suyo, engañando a todos los demás. Si mañana se acercase al Marsovo Polie, el Campo de Marte, podría ver un desfile de tropas, una gran parada militar. Todos saben que ya se han perdido tres importantes batallas y que han muerto más de cien mil jóvenes rusos. ¡Pues bien! Allí eso será lo de menos, solo verá hermosos caballos, militares con uniformes de botones dorados cargados de medallas, un disciplinado regimiento siguiendo una cuidada coreografía. ¡Todo falso! ¡Pura tramoya! La realidad se hallaba en Tannenberg. El zar, general en jefe de nuestros ejércitos, es un verdadero inútil. Y el káiser tres

cuartos de lo mismo. Por esa razón ese tal Trotsky tiene la misión de desenmascararlos. Dicen de él que solo es un agitador comunista, un revolucionario, alguien a quién habría que quitar de en medio. Bien, pues que sepan todos que ahora intentará explicar lo que pronto ocurrirá a los que tienen oídos y quieren escuchar. ¡Ellos saben que no podrán escapar! —Trotsky seguía hablando en tercera persona, como si se viera a sí mismo en un escenario histórico, sabiéndose uno de los protagonistas—. Mire, tal vez ese Trotsky-Bronstein caiga en la batalla. Pero si eso ocurre, aparecerá otro, y otro más. Pronto este indigno y malvado sistema será sustituido por otro en el que las decisiones las tomarán los proletarios, en el que los bienes materiales, y sobre todo la tierra será de todos. Donde ya no valdrán los títulos y los nombres, sino los méritos personales de cada uno.

Paul no perdía una sola palabra de aquel inspirado y apasionado discurso. Un verdadero torrente que surgía de la boca de Trotsky. Vio cómo sorbía el resto del café y observaba la reacción que sus palabras le producían. Paul tenía sus dudas. Necesitaba algo más y no se resistió a preguntarle.

—¿No será todo eso una utopía? ¿Una utopía proletaria? ¿No será solo un sueño? Por lo que he podido intuir, usted cree en el ser humano. Lo veo convencido de que una vez que derroquen este sistema autocrático, llegará una democracia popular. ¿No es pecar de ingenuo pensar que cada uno de los líderes que supuestamente la dirigirán cumplirá con su cometido? ¿No tienen duda Trotsky, Lenin y todos los demás de que luego se impondrá la dura realidad? ¿No cambiarán ustedes un zar de brillante uniforme por otro zar más gris, pero en el fondo igual de déspota?

—Podría ser —admitió Trotsky—, no se lo puedo rebatir, pero verá, nos arriesgaremos. El sistema que tenemos, que nos rodea y nos oprime, es perverso y lleva demasiado tiempo siéndolo. Ha demostrado que nunca va a evolucionar. Hay que cambiarlo, pues no solo es injusto sino que pervierte y contamina a los que lo padecen, esto es al noventa y cinco por ciento de la población rusa, que acaba creyendo que no puede ser de otra manera. ¡Y sí puede serlo, pero el pueblo no lo sabe! Ellos han intentado hacerles creer que ese orden, según ellos impuesto por el creador, es inamovible, que el zar actúa por mandato divino, que las cosas son como deben ser, y por tanto no pueden ser de otra manera, que el patriarca de San Petersburgo es el que tiene que ser y no otro, qué la dialéctica de la historia, de su historia, es inalterable… ¡Y todo eso es falso! ¡No hay nada escrito! ¡Los dueños del destino son los hombres! ¡Dios no es más que la perfecta coartada! ¡Solo eso!

Eran ya cerca de las dos de la madrugada. Paul, sin decir palabra, cortó unas rebanadas del pan de pueblo que había comprado por la tarde en la panadería cercana, y sacó de la fresquera un poco de queso. Después abrió una botella de vino blanco de Odesa. Lo hizo todo con total naturalidad, como si aquel hombre fuera un viejo amigo que se estaba desahogando con otro amigo cercano. Colocó la tabla con el queso y un cuchillo, y dos vasos que llenó de vino. Bebió un sorbo mientras Trotsky bebía del suyo.

Trotsky se quitó la chaqueta y se estiró.

—¿Usted tampoco duerme?

—Hay ocasiones en que dormir es absurdo. Siga, me encanta oírle. Tome un poco de queso. A esta hora le sentará bien. *Primum vivere, deinde filosophare*.

Trotsky sonrió y terminó de beber el vino de su vaso. Escanció otros dos rellenando el de Paul.

—¡Muy bueno este vino! Me recuerda el sol del sur, mis años en Odesa. ¡Ah, qué extraño sentimiento es la nostalgia! Duele, ¿sabe? Ahora mismo me siento como en casa de David Bronstein, y hace mucho que no tenía esas sensaciones. Bueno, Paul Alexander, o como le llaman los que lo conocen, «el americano», ahora debo irme. Mañana me marcho por una temporada mientras vemos qué ocurre con esta maldita guerra. Todas lo son, pero esta en particular. Intentaré llegar a Nueva York. Volveremos a vernos. Adiós y gracias.

Se estrecharon la mano en la escalera. Trotsky prefirió bajar andando. Luego Paul escuchó el golpe al cerrarse la puerta de la calle. Volvió a su despacho y tomó de nuevo asiento delante de la máquina de escribir. A las cinco menos cuarto de la mañana terminó el artículo, *Una madrugada con Trotsky*. Decidió reservarlo para el libro. Sentía un gran respeto por aquel hombre. Cuanto más aprendía sobre Rusia, más cercano se sentía a ella.

Al día siguiente se notaba algo somnoliento. Normalmente no se acostaba tan tarde. La inesperada visita de Trotsky era otro sueño cumplido. Aquel hombre le había hablado sin tapujos, como lo habría hecho alguien muy cercano. Subió a ver a Karl. Le abrió la puerta Ludmilla sonriente por primera vez en mucho tiempo. Le explicó que el paciente había dado sus primeros pasos y se encontraba animado. Él la felicitó, diciéndole que todo se debía a sus esfuerzos, y ella volvió a sonreír. Entró en el estudio. Karl se hallaba sentado

con una muleta en cada mano. Al verlo entrar se levantó y dio una vuelta en círculo sobre sí mismo, demostrándole de lo que era capaz.

Ludmilla entró con una bandeja y unos vasos de té. Paul se atrevió a preguntar a Karl cómo le había sucedido aquel accidente en el frente. Hasta entonces no le había parecido prudente, pero Karl ya parecía dispuesto a hablar. Ludmilla tenía mucho que ver con aquel estado de ánimo.

Karl suspiró, como si los recuerdos fueran aún demasiado dolorosos.

—Mira Paul, pienso que los dos hemos tenido experiencias similares. A mí me ha costado una pierna y creo que a ti un trozo del corazón. Me di cuenta desde el momento en que nos encontramos. ¡Maldita guerra! Cuando decidí ir, solo pensaba en hacer fotos que describieran algunos aspectos de una batalla. Pocas veces se han podido hacer con la suficiente solvencia. ¡No sabía dónde iba a meterme! Así que cuando obtuve el permiso para colocarme en primera línea, no imaginé que podía sucederme algo así. Monté el trípode con la cámara de placas de doce por doce, y un pequeño sistema de cable para manejar el obturador a distancia. Hasta tres metros me permitía. Luego la cubrí con una lona embreada de colores verdosos y marrones para camuflarla, dejando solo el objetivo a la vista. El problema era que debía cambiar la placa tras cada disparo. Ocurrió en Tannenberg. Yo no tenía ni idea de que habías decidido ir hasta Könisberg para observarlo todo desde las líneas alemanas. Cuando comenzó el fuego de artillería me di cuenta de que aquello no era lo que había imaginado. Hasta aquel momento, para mí una batalla era otra cosa, mucho más cercana, sangrienta y heroica. Así transcurrieron dos días. Se me hacía insoportable encontrarme bajo aquella lluvia de fuego, convencido de que no iba a salir vivo de allí, aunque lo extraordinario es que no sentí miedo en ningún momento. Era otra sensación, obsesionante, espantosa, pero no era miedo. Después intenté convencerme de que yo no tenía nada que ver, aquello no iba conmigo, no podía sucederme nada. ¡Intentar escamotear la realidad es una estupidez! Al tercer día vimos movimientos de tropas, los alemanes iniciaban una carga de infantería. A pesar de que los soldados rusos los mantenían a raya con sus ametralladoras, cada vez estaban más cerca. Una de las veces que salí a cambiar la placa de la máquina, los tenía encima, apenas a cien metros. Escuché disparos de fusiles, pero no me alcanzaron. De pronto vimos caer en unas trincheras cercanas unas latas humeantes, de las que surgía un humo denso amarillento. Tuvimos suerte de que la brisa corría en otra dirección, pero así y todo nos llegó un olor repugnante que nos produjo arcadas. ¡No podíamos respirar! Los alemanes estaban probando un nuevo gas venenoso de acción instantánea. Vi cómo intentaban escapar algunos

soldados. Apenas fueron capaces de dar una docena de pasos antes de caer fulminados. Los que nos hallábamos a sotavento salimos de la trinchera y corrimos hacia atrás. Fue cuando noté que algo me golpeaba brutalmente. Una ráfaga de ametralladora me alcanzó justo por debajo de la rodilla. Caí desplomado y entonces me di cuenta de que llevaba la pierna colgando y chorreando sangre. ¡No tuve tiempo ni de asustarme! Increíblemente, no me dolía, era como si le hubiese sucedido a otro. En aquellos momentos tenía una extraña sensación de irrealidad. Después, creo que me desmayé.

Por lo que pude averiguar más adelante, un soldado tuvo las agallas de recoger la cámara, aunque una bala perdida había destrozado el objetivo. En cuanto a las placas que había hecho hasta aquel momento, aún no me las han devuelto. Creo que las tiene el Estado Mayor. No es seguro que me las devuelvan.

Lo que está claro es que mi experiencia como fotógrafo de guerra ha sido muy corta. Ya no sería capaz de volver a primera línea. Ahora todo lo que hice me parece una insensatez. En cuanto a lo que vi, me llena de indignación el recuerdo de esos muchachos mal armados combatiendo contra un ejército que parecía una industria de la muerte. No puedo entender para qué llevaban a esos muchachos a primera línea para que sean masacrados sin remisión. ¡Un matadero! Deberían responder por ello algunos generales y algunos políticos. Sentí asco y vergüenza. Tuve la sensación de que para ellos no son sino carne de cañón. A la mayoría los enterraban aún calientes en fosas comunes. Los que lo hacían no sabían ni a quiénes estaban enterrando ni dónde exactamente para poder localizarlos en el futuro. Y yo me pregunto: ¿Y ahora qué va a pasar con los campesinos? ¿Cómo van a poder sustituir a toda esa gente? ¿Quién va a recoger las cosechas? También me enteré de que el ganado estaba siendo requisado en muchas aldeas. Se lo llevan por las buenas o por las malas. Les entregan como recibo un papel que pone «dos vacas, una ternera. El nombre del campesino. El lugar y la fecha». Una ruina que ya tenían encima, pero ahora que les están quitando los hijos varones en la flor de la edad, el ganado y, en muchas ocasiones, el grano que tenían de reserva para el invierno, este próximo invierno muchas familias morirán de hambre, aniquiladas por una lejana guerra que se lo ha quitado todo.

¿Recuerdas cuando hace tres meses, a principios de julio, vino el presidente Poincaré a San Petersburgo y pasó revista a las tropas? Quería comprobar personalmente que los tratados se cumplirían en caso de conflicto bélico. ¡Qué extraño! ¡Cuántas coincidencias poco antes del asesinato en Sarajevo! Recuerdo que empezaba a notarse una gran tensión en el ambiente,

pero nadie hablaba de una guerra de todos contra todos. Sin embargo, ya se estaban produciendo movimientos de tropas. Ahora, el ministro de la guerra dice que hay que movilizar a quince millones de hombres. ¡Quince millones! ¡Qué barbaridad! No te he contado que muchos de los soldados recién llegados desertaban el mismo día. Algunos lo hacían apenas se apeaban de los trenes militares. Otros, en el mismo frente. ¡Cómo no, si muchos iban desarmados! A los desertores los cogían enseguida y los fusilaban sobre la marcha para hacer escarmiento. Paul, creo que a Rusia le aguarda una enorme catástrofe. Aquí vamos a tener dos guerras. Una contra los imperios centrales, otra de rusos contra rusos.

Se despidió de Karl y de Ludmilla sin contarles la reunión que había tenido con «Iván». Había encontrado a Ludmilla mucho mejor de ánimo desde que cuidaba a Karl. Se había llevado una pequeña maleta y dormía en una de las habitaciones del piso de Karl, al que cuidaba como si fuera su propio marido. Ludmilla tenía unos cuarenta y dos años y Karl treinta y ocho. Intuyó que allí había algo más de lo que mostraban, pero mantuvo la discreción. Fue Ludmilla la que les advirtió que debían pensar en aprovisionarse, pues comenzaban a escasear algunos productos en los mercados. Karl le dijo que se encargara ella de comprar lo necesario, y Paul le pidió que cuando comprara para ellos, encargara lo mismo para él. Dos días más tarde, uno de los muchachos de reparto de la tienda de ultramarinos trajo un verdadero cargamento: latas de mantequilla, tocino, embutidos, carne seca, manteca, patatas, sal, té, café, azúcar, latas de pescado y de carne, tarros de diferentes mermeladas, arroz, y seis docenas de huevos. Llenó la despensa pensando que solo con las cenas y los desayunos difícilmente podría consumir todo aquello. Ludmilla subió más tarde para comprobar que todo estaba en orden y dio su visto bueno. «¡Es mejor andar prevenido! ¡Van a suceder muchas cosas!», comentó. Nadie sabía lo que iba a durar la guerra. ¿Y si tenía razón Karl y luego venía otra entre rusos? No era la primera vez que lo oía.

Durante las primeras semanas, la guerra pareció estancarse en Verdún. Los alemanes habían basado su estrategia en una campaña corta, una guerra rápida que el Estado Mayor germano había llamado «guerra relámpago», pero de pronto se encontraban empantanados en Verdún.

Petrogrado, el nuevo nombre de la ciudad impuesto por el zar, que no gustaba a nadie, pretendía mantener una vida normal. Seguían abiertos el Teatro Mariinski y todos los demás, los restaurantes estaban llenos todas las noches y se hacía la misma vida social de siempre. Pero se percibía que era más un deseo que una realidad. De pronto, como había predicho Ludmilla,

comenzaron a escasear algunos alimentos básicos. Los que más se notaban eran el café, el té y el azúcar. Mucha gente, temiendo quedarse desabastecida, había acaparado sin medida. Faltaba la confianza y eso se notaba en los mercados. Se habían visto camiones y carros de provisiones dirigiéndose tanto al Palacio de Invierno como al de Tsárskoye Seló, y la nobleza y los ministros imitaron de inmediato a la casa real. Si el zar no quería quedarse sin provisiones, ellos tampoco. Los pudientes llegaban a una tienda de ultramarinos y acaparaban casi todas las existencias, cuando no pedían al propietario que cerrase para llevarse todo lo que contuviera. El gobierno publicó un decreto para evitarlo, pero llegó tarde. La sensación de pánico se impuso a la realidad.

XIV
1915

El año 1915 hizo su entrada con una tremenda nevada, la mayor de los últimos cincuenta años según los habitantes de Petrogrado. Las temperaturas gélidas mantenían las calles vacías y los canales helados.

En Europa la guerra seguía igual y se había perdido la esperanza de que se tratara de un conflicto corto. Se había enquistado en una guerra de trincheras enlodadas y el número de bajas resultaba insoportable para unos y otros. Ya no se podían ocultar las numerosas ambulancias y en ocasiones los camiones atestados de féretros que llegaban a París, pues solo los franceses estaban teniendo una media de cuatro mil bajas al día entre muertos y heridos. Menos se hablaba de los que se desembarcaban en Dover, ni siquiera en Berlín, donde el hermetismo era riguroso para ocultar lo que estaba sucediendo.

Se sabía que los alemanes estaban empleando el venenoso gas mostaza sin piedad. En muchos casos, las máscaras no lograban evitar la muerte y seguían muriendo no solo soldados sino también civiles por dicha causa. Francia e Inglaterra advirtieron a Berlín de que aquello era un crimen de guerra, y de que los responsables serían juzgados cuando terminara el conflicto. Berlín hizo oídos sordos y siguió recurriendo al gas mostaza inicialmente probado en Tannenberg, como muy bien sabían Karl y Paul.

A mediados de marzo, Paul viajó a Moscú y fue a ver a Natalia Goncharova. La encontró muy pesimista sobre la situación. En Moscú se notaba todavía más la escasez de alimentos. El Hotel Metropol era como una isla para unos pocos privilegiados donde no faltaba de nada. Invitó a desayunar a Natalia una mañana y ella le contó que no estaban exponiendo. La mayoría de los artistas que en su día firmaron el manifiesto *El rabo del burro* se habían marchado de la ciudad. Muchos de ellos para evitar que los llamaran a filas, aunque no todos lo habían conseguido. Algunos se refugiaron en sus casas de otras ciudades, otros andaban dispersos por Europa, sobre todo en París y en Londres. Algunos habían incluso emigrado temporalmente a los Estados Unidos. Natalia le explicó que esto no era lo que habían creído antes de la guerra, y que la situación había cambiado muchas cosas.

A pesar de ello, Natalia y Mijaíl seguían manteniendo la tertulia en su piso-estudio. Paul iba siempre que podía pero la atmósfera no era la misma,

no existía la ilusión anterior, apenas se hablaba de arte. La guerra lo ocupaba todo y ya nadie ocultaba su deseo de que el zar fuera derrocado y que cambiara el devenir de Rusia con la contienda.

Las noticias que llegaban de París venían a decir que en aquella ciudad existían dos caras bien diferentes. Como Paul ya sabía, la llegada de centenares de ambulancias desde el frente con su macabro o lastimoso cargamento tenía a la población deprimida y, al tiempo, furiosa tanto con los *boches* como con el gobierno, al que acusaban de no estar actuando como debiera y de ocultar la verdad de la situación. Según las cartas que Natalia leía en la reunión, por las calles de París se veían muchos inválidos de guerra, hombres cegados por los gases, otros sin piernas, algunos ocultando lo que les quedaba de rostro tras un pañuelo. La otra cara era intentar mantener la normalidad: los teatros, los *cabaret* de *variétés* cada vez más atrevidos y, por supuesto, brillando como una estrella rutilante en las noches de París, Diáguilev y sus ballets rusos. En París seguían abriendo las galerías de arte y la mayoría de los nuevos pintores eran rusos. De pronto el mundo, aun en momentos tan dramáticos, parecía apreciar los movimientos surgidos de la Vanguardia rusa, y los marchantes de París, incluso los de la enemiga Viena, querían que les enviasen más cuadros de las jóvenes promesas rusas.

Natalia Goncharova mantenía que la emancipación de las mujeres era ya un hecho. Ponía como ejemplo lo que estaba sucediendo en Gran Bretaña, donde la escasez de varones estaba demostrando que las mujeres eran capaces de hacer cualquier tipo de trabajo, por duro que fuera, con la misma calidad o incluso mejor que los hombres. Si eso era consecuencia del gran número de varones movilizados, significaba que las mujeres eran tan aptas como los hombres para cualquier trabajo. ¿Dónde quedaban pues las diferencias?

Unas semanas después volvió a Petrogrado. Mientras el taxi, una de las últimas innovaciones en la ciudad, lo conducía a su casa, vio en el ambiente que aquella ciudad pretendía mantener la normalidad, lo cual era prácticamente imposible en tan dramáticas circunstancias. El propio chófer le soltó un par de chistes de tono subido y algunas procacidades sobre la zarina y Rasputín. Le contó que la Ojrana no podía detener a todo el mundo, aunque intentaba confiscar los numerosos folletos que mostraban a ambos realizando el acto sexual en todas sus variantes. Aquella extraña relación, sin ningún sentido, estaba contribuyendo a minar el respeto y a desacreditar la institución imperial. Se debía en gran parte al comportamiento casi público de Rasputín,

que para complicar más las cosas, hacia ostentación de sus relaciones con algunas de las damas cercanas a la zarina, a las que llevaba a su casa a horas intempestivas sin la menor discreción, como si quisiera retar a la alta sociedad de San Petersburgo, a ver quién tenía más fuerza en aquel descarado envite. El zar se hallaba en una violenta y ridícula posición, lo que acabó redundando en un absoluto desprecio por parte de la mayoría de los ciudadanos. Era una situación indefendible, motivo de continuos ataques directos e indirectos. Los enemigos políticos del zar, como el soviet de Petrogrado y muy especialmente los mencheviques y bolcheviques, colaboraban en su descrédito. Se decía que muchos de los panfletos, los rumores y los chistes procaces en relación con la familia real se redactaban con la avenencia de sus líderes, o promovidos por ellos.

El gobierno y el ejército se encontraban en una mala posición. La gente hablaba mal de los ministros, menospreciaba a los generales y a los mandos. Del lado ruso solo se habían ganado unas cuantas batallas al principio de la contienda en el frente austríaco, y desde entonces todo eran descalabros y terribles pérdidas humanas.

Se hablaba de la pavorosa situación de los centenares de miles de prisioneros rusos en poder de Alemania y del Imperio Austríaco. La toma de Przemsyl el 3 de junio, y posteriormente de Lemberg, el 22, habían supuesto la captura de cerca de tres cuartos de millón de hombres prácticamente abandonados a su suerte ya que muchos de ellos podían morir incluso a causa de pequeñas heridas infectadas, y la mayoría de hambre ya que los alemanes apenas les proporcionaban provisiones. En cuanto a los serbios, su heroica resistencia no fue capaz de detener el arrollador avance de los ejércitos alemanes, cruzando el Danubio al mando de Von Mac Kensen y de Von Seeckt, jefe del Estado Mayor. La cabeza de puente de los aliados en Salónica no fue capaz de evitar el desastre.

Fue por aquellas fechas cuando recibió un telegrama de un tal Jacob Goldstein, que se dirigía a él en nombre de Natasha Teliéguina, preguntándole si podría viajar a verla por un asunto grave y urgente que no podía comentar ni siquiera por carta. Con el pasaporte diplomático tendría menos problemas así que decidió viajar a Berlín a pesar de las dificultades añadidas.

Gracias a unas gestiones del propio embajador de los Estados Unidos, pudo embarcar en un paquebote fletado por la Cruz Roja con destino Copenhague. Su pasaporte le sirvió para cruzar la frontera entre Dinamarca y Alemania. En aquella frontera no le pusieron ninguna dificultad, ni le preguntaron cuál era el motivo de su visita. Pensó que ello se debía a la

inmunidad diplomática además del intento de Alemania por aquellos días de conseguir que los Estados Unidos no entraran en la guerra.

En Rostock tomó un tren para Berlín. Aquel país no parecía hallarse implicado en una brutal contienda nada menos que contra tres grandes potencias: Rusia, Francia y Gran Bretaña. Pudo cenar en el vagón restaurante y no faltaba de nada. Cuando llegó a Berlín a primera hora de la mañana, encontró una ciudad tranquila en la que lo único que denotaba el estado de guerra era la cantidad de hombres uniformados por todas partes. Tomó un taxi y dio la dirección que figuraba en la carta. Lo recibió Jacob Goldstein, que se presentó como uno de los administradores y secretario personal de Natalia Teliéguina. Por él supo que Amalia Teliéguina se encontraba en Moscú, detenida por la policía política acusada de varios cargos graves, entre otros y de mayor gravedad el de espionaje a favor del imperio alemán. No acababa de entender por qué lo habían llamado y Goldstein tampoco quiso darle mayores explicaciones. Se limitó a acompañarlo a la mansión Teliéguina, un palacete neoclásico situado en uno de los barrios más exclusivos al norte de Berlín. Fueron hasta allí en silencio. Goldstein parecía arrepentido de haberle comentado la penosa situación de Amalia Teliéguina.

Un mayordomo les abrió la puerta. Goldstein había llamado por teléfono y les estaban aguardando. Entraron en un vestíbulo decorado a la última, un precioso *jugendstil* de extraordinaria factura. Hermosas vidrieras daban a un patio cubierto lleno de kentias y otras plantas tropicales, una impresionante colección de cuadros colgaba de las paredes y algunas bellísimas esculturas adornaban los vastos salones. Nunca antes había estado Paul en un lugar tan exquisito. Goldstein le susurró que probablemente fuera una de las mejores colecciones de Europa. Señaló algunos al azar. Estaban firmados por las nuevas promesas, Kirchner, Kandinsky, Kokoscha, Munch, Beckmann, Mueller, Pechstein.

Unos instantes después entró Natasha Teliéguina, se la veía pálida y con ojeras que demostraban su preocupación; aun así intentó sonreírle.

—¡Veo con placer que aprecia el arte de vanguardia! Esos son algunos de los últimos que he adquirido a pesar de que muchos no son capaces de entenderlos —comentó señalando unos situados frente a ella—. Esos concretamente son del grupo autodenominado El Puente, pues su meta era conducir a la gente de una orilla a otra. Es decir, del arte conocido o clásico al que ellos intentaban expresar. Esos otros son del grupo El Jinete Azul… Pero no le he hecho venir hasta aquí para hablar de arte, pase por favor… ¡Herr Goldstein, nos veremos mañana! ¡Gracias!

Paul acompañó a Natasha a un salón más privado. Se sentía impresionado y algo intimidado por el lujo y el poder que todo aquello denotaba. Sabía que ambas hermanas pertenecían a la élite económica y social, pero no hasta aquel punto, y eso le hacía mantenerse en guardia. Tomaron asiento y ella le ofreció un té. Pulsó un timbre y pocos minutos más tarde apareció un mayordomo con una bandeja. Ella parecía dudar mientras le observaba en silencio. Paul no quería interrumpir sus pensamientos.

—Le llamaré Paul, ¿de acuerdo? —él le devolvió la sonrisa asintiendo—. Y, por favor, llámeme Natasha, se lo ruego. Paul, este es un asunto tremendamente delicado. Supongo que Goldstein le habrá adelantado algo. Mi hermana Amalia se encuentra detenida en Moscú. Permítame una mera introducción. Mi padre tenía, y aún fallecido parece seguir teniendo, enemigos entre la clase política de Moscú. Ese fue el motivo de su exilio en Berlín. Ella viajó hace unos días allí para vender unas importantes participaciones en unas sociedades mineras en Rusia. Parte de los pagos los recibió en efectivo. La detuvieron al salir de la notaría donde se realizó la venta. La Ojrana la acusó de espionaje a favor de Alemania. ¡De intentar sacar aquel dinero para entregarlo en Berlín, a favor de continuar la guerra! Naturalmente, todo es una pura falsedad, un montaje con el que además alguien se ha hecho con una importante cantidad de dinero en efectivo. Y cuando digo mucho puede creerme, aunque ahora eso es lo de menos. Ella iba a viajar a San Petersburgo para entregarlo en un bufete de abogados que nos lleva allí las sociedades que seguimos teniendo radicadas en Rusia. Nunca hasta ahora nos había ocurrido algo así. Debe ser, sin duda, la guerra. Por ese motivo lo llamé. ¿Está usted dispuesto a ayudarme a intentar sacar a Amalia de Rusia?

Paul no vaciló.

—¡Naturalmente! ¡Claro que las ayudaré! Usted sabe que ambas tienen todo mi afecto personal. Le ruego que me explique lo que ha pensado.

Natasha sonrió.

—¡Esa es la cuestión! Lo que he pensado tal vez le sorprenda, aunque creo que sería lo más convincente. Usted vuelve a Moscú con estos documentos —Natasha extrajo unos papeles de una carpeta— y reclama que su esposa, Amalia Teliéguina, con la que contrajo matrimonio en Copenhague hace unos meses, cuando estuvo usted allí, tiene derecho a gozar de los mismos privilegios diplomáticos que usted. Le diré que el embajador de los Estados Unidos en Rusia conoce la operación y la apoya, no me pregunte cómo ni por qué. Si eso resulta y fuese liberada, la lleva con usted a San

Petersburgo y, a la primera ocasión, intentan viajar a Dinamarca o a Holanda. Una vez allí, Amalia estaría a salvo y podría viajar a Inglaterra.

Paul escuchó con asombro todo aquello. ¡Natasha lo había programado todo! Asintió.

—No sé si esa es la mejor alternativa, pero por supuesto me siento comprometido con ustedes. No hay que correr riegos. Tengo contactos en el gobierno y, si toco los resortes adecuados, puede haber otras soluciones. En cualquier caso, las ayudaré en la medida de mis posibilidades.

Natasha se levantó y lo besó en ambas mejillas.

—¡Gracias Paul, no olvidaré esta muestra de generosidad! ¡Qué Dios lo bendiga! En otra situación nada de esto habría sucedido… son las circunstancias, estos tiempos turbulentos y sobre todo esta guerra que está desquiciando a todo el mundo. Pero podrá comprenderme, Amalia, más que una hermana menor, es como una hija para mí, y mientras no la vea a salvo no podré dormir tranquila. ¡Gracias de nuevo! Me gustaría que se quedara a cenar con nosotros, pues vendrán algunas personas interesantes. ¿De acuerdo?

Mientras llegaban los invitados, Natasha le explicó una serie de detalles sobre lo que sabía en relación con Amalia. Le explicó que su banco de Moscú tenía órdenes de proporcionarle las cantidades que considerase oportunas. Paul le dijo que no creía que hiciera falta. Después Natasha le dijo que deseaba que se quedara allí como su huésped. Paul aceptó y el mayordomo lo condujo a su habitación en la primera planta. La mansión era como un pequeño museo. Mientras llegaban los invitados a la cena, se aseó y se vistió. Sentía una gran curiosidad por conocer la situación de la cultura y el arte en Alemania en aquellos momentos.

Mientras descansaba en su habitación, reflexionó sobre el encargo que acababa de aceptar y leyó los documentos que Natasha acababa de entregarle. Uno de ellos era un certificado de matrimonio expedido en Copenhague. La fecha coincidía con su visita, cuando entrevistó a Lenin de vuelta de los Estados Unidos, y se encontró casualmente con Amalia Teliéguina. Tal vez fuera el modo más sencillo de obtener su liberación. Ambas hermanas no eran judías creyentes, pero eso no las libraba del antisemitismo existente tanto en Alemania como en Rusia, donde los pogromos seguían siendo un instrumento político del gobierno, aunque no reconocieran su vinculación con ellos. Haría lo que tuviera que hacer para liberarla.

Se vistió para la cena y bajó al salón principal. Natasha le presentó a Yevgueni Ivánovich Zamyatin**[123]**. Un joven escritor que, según ella explicó, acababa de terminar una novela *En el quinto infierno* censurada y prohibida

por las autoridades zaristas. Zamyatin le dijo que había huido de San Petersburgo al saber que la policía pretendía detenerlo y que quería llegar a París. Cuando huía de Finlandia a Dinamarca, había sido apresado por los alemanes. En Alemania solo conocía a Natasha Teliéguina, y les dio su nombre. Unos días más tarde lo pusieron en libertad tras pagar Natasha la fianza. Le advirtieron que sería expulsado a Dinamarca en cuanto acabara la vista, siempre que no aparecieran nuevas pruebas.

Unos minutos más tarde llegó el dramaturgo Frank Wedekind[124] acompañado del novelista Ludwig Heinrich Mann[125]. Hacía muy poco que su última novela *El súbdito* se había convertido en un éxito en toda Alemania, aunque con muchas reticencias y críticas por parte del gobierno y de los militares, que la consideraban un ultraje a la patria.

Paul empezaba a entender la dimensión de las actividades culturales de las hermanas Teliéguina, aunque aquella cena le demostró que no se trataba de una mera pose para obtener el título de «musas de los artistas». Era algo mucho más profundo.

Wedekind abrió el debate apenas comenzada la cena, en una sorprendente mezcla de inglés y ruso para lograr que Paul no se perdiera nada, aunque este le advirtió que podía seguirle sin problemas en alemán.

—Natasha Teliéguina, gracias por la invitación. Según se comenta, este es un lugar en el que se puede hablar libremente. ¿Podemos hablar sin tapujos? ¿No le molestará si lo hacemos?

Natasha negó con la cabeza.

—No, Herr Wedekind, la libertad no puede molestar a nadie, así que hable sin preocupación cuanto guste, como si estuviera en su casa, con plena libertad de expresión, cosa que hoy en día no abunda en este país. ¿Y a usted, Herr Mann? ¡Seguro que tampoco le molesta! Y con seguridad plena tampoco a nuestro amigo el señor Alexander, un ciudadano de los Estados Unidos que ama la libertad. En cuanto a mí… a fin de cuentas los he invitado porque solo entiendo la vida en total libertad.

Frank Wedekind, que parecía tener una gran confianza con ella, la interrumpió.

—¡A mí me censuran las obras! Les debo dar miedo. ¡Bah! Los burgueses son unos miedosos. Bueno, algunos burgueses, no todos. ¡Aquí tenemos a Frau Teliéguina! Es extraño, pero también ama la libertad.

—¡No, no es nada extraño, Frank! Usted sabe que soy judía y, por cierto, no me considero una burguesa. Soy una mujer judía que cree en la libertad como principio vital y que solo tiene una fe: ¡la libertad! Y una pasión: ¡el

arte! En cuanto a usted, Frank, no se haga la víctima porque gracias a la censura se ha hecho famoso. Sin discutir sus muchos méritos, ya que en otro caso tal vez hubiera usted pasado inadvertido, como tantos extraordinarios dramaturgos que no tienen la suerte de que los periódicos mencionen que la censura ha denegado la representación de su obra, motivo sobrado para convertirla en un éxito de público. Díganos la verdad. ¿Provoca usted a la censura? ¿No es *Lulú*[126] un producto hecho a la medida? Todos quieren conocerla. ¿No es así, Frank?

Frank Wedekind la observó sonriendo.

—¡Ah, Natasha, no se muerde usted la lengua! Debería trabajar en mi última obra.

En aquel momento intervino Mann:

—Sí, Frank, para qué vamos a negarlo, tanto a usted como a mí nos viene bien la censura. Consigue que la gente se fije en nosotros, aunque nuestro problema es que nos hemos creado feroces e importantes enemigos. La Iglesia, la burguesía, el ejército. Vivimos en el país más ordenado de la tierra, probablemente el más pulcro y reflexivo del mundo, uno de los más ricos, que ama la música, los niños… alemanes, la raza germana, los caballos, los perros dachshund, las tradiciones, la lógica, los uniformes, la música militar y los cañones de Krupp. *Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt*… ya sabe… —Mann se dirigió directamente a Paul— Alemania, Alemania sobre todo, sobre todo en el mundo. En este país molestan los que no son alemanes, los extranjeros, las personas de piel más oscura, por las que se siente un desprecio innato, a los alemanes nos repele el ruido de la gente que habla en voz alta, los italianos, los españoles, los griegos… y, por supuesto, bien lo sabe usted, Natasha, los judíos. En eso no nos parecemos a los conservadores rusos. Somos leales súbditos del káiser y del sistema. *Der Untertan!* No nos interesan los derechos humanos de los que no son leales alemanes. Y es que en el fondo tenemos una duda transcendental. ¿Son iguales que nosotros? Frau Teliéguina conoce muy bien Alemania. No se escandalice, señor Alexander. ¿No comentaba hace un momento nuestro querido amigo Frank que hay que hablar sin tapujos? A los alemanes, lo que realmente nos encanta son los domingos por la mañana, la ceremonia religiosa, mejor luterana, calvinista, pero incluso la católica, una ceremonia que solo podría ser alemana. Después el paseo, con la banda de la ciudad o del regimiento más cercano, interpretando marchas militares, y si por casualidad podemos asistir a un desfile, una parada militar, incluso a un simple cambio de guardia, mejor todavía. Más tarde, una comida en familia,

eso sí, al estilo alemán. Es indiferente que se trate de la aristocracia, la alta burguesía o el pueblo llano. Riesling o cerveza sería la única diferencia. Una larga sobremesa criticando los defectos de los demás. ¡Los alemanes no tienen defectos! Una tarde con la familia. ¡Los alemanes adoramos a la familia! Por último, un largo paseo si el tiempo lo permite, y a las cinco ya no queda nadie en la calle. Si no, un rato de lectura, todo queda en casa, y los demás estorban. Nuestro bienamado káiser es el símbolo de lo que quisiéramos ser. Autoritario, amante de la jerarquía y los disfraces. Siempre portando un arma, una espada, un puñal al cinto, ¡lo que sea! ¡Por Dios santo, hemos tenido a Goethe, a Schopenhauer, a Nietzsche y no hemos aprendido nada! Usted, frau Teliéguina, tuvo que refugiarse hace muchos años en Berlín, la ciudad más liberal y por tanto menos alemana de Alemania, huyendo de los pogromos en Rusia. Le vaticino que llegará el día en que tendrá que salir de Alemania huyendo del antisemitismo. ¡Y yo también! ¡Y por supuesto nuestro querido amigo Frank Wedekind, y muchos más! Como mi amigo Max Beckmann[127], del grupo Berliner Secession[128]. También Emil Nolde[129], que ahora está viajando por el lejano Oriente. Erich Heckel[130], Fritz Bleyl[131], Max Pechstein[132], Otto Müller[133], Karl Schmidt-Rottluff[134]… ¡Qué sé yo! Llegará el día en que todos ellos sobrarán y tendrán que marcharse de este país. Cuando el galerista Herwarth Walden[135] les dio el nombre de «expresionistas», acertó plenamente pues aseguran que representan la «realidad real», es decir la esencia de las cosas, lo que no podemos percibir. Pero tal vez por ser novelista, yo percibo lo que existe debajo de la apariencia. Intuyo la violencia, la tensión, la fealdad que ocultamos, el egoísmo. ¿Es eso expresionismo? Yo creo que sí.

—¡Sí! ¡Sí! —Frank Wedekind no podía reprimir su entusiasmo—. ¡Bien dicho y mejor expresado!

Natasha intervino sonriendo, dirigiéndose a Paul.

—No se asuste, Paul, los dos están hablando en serio. ¿Y usted qué opina de todo esto?

—Bueno, Natasha, usted empieza a conocerme. En San Petersburgo me llaman «el americano» cuando en realidad soy tan ruso como cualquiera de allí. Es cierto, me interesa mucho el arte. Dicen que el simbolismo nació en Francia, con Mallarmé, Verlaine, Baudelaire, sobre todo con este último. Yo creo que los que mejor lo entendieron fueron los rusos, por su idiosincrasia, su aguda sensibilidad, su espiritualidad, ensoñación, imaginación, llámenlo como quieran. Por eso prefiero a los expresionistas de *El jinete azul*, porque abundan los rusos. Por ejemplo Vasili Kandinsky o Alexei Yawlensky[136],

aunque se haya formado en Múnich. En ese simbolismo importan más los sentimientos, la sensibilidad, la emotividad, la exquisitez. La relación entre el artista y el que lo observa es muy directa, mientras que en el expresionismo que comentaba nuestro amigo Mann, más que otra cosa percibo violencia, y no me interesa la violencia. Pude vivirla hace muy poco tiempo en Tannenberg, desde el lado alemán. Era como contemplar la representación a escala gigantesca de un terrible drama humano. Unos y otros están totalmente equivocados. Algo falla, porque las cosas no deberían ser como son. No es posible que sigamos así después de obras como *El joven Werther*. Si les soy sincero, siento cierta repugnancia.

Natasha no se contuvo.

—¡Estoy totalmente de acuerdo con usted, Paul! Por ese motivo les adelanto que mi hermana Amalia y yo hemos tomado la decisión de irnos a vivir a los Estados Unidos. Tengo la sensación de que Europa se está pudriendo, y no aguanto más. ¡No lo soporto! No nos compensa este extraño orden que oculta el caos.

Tras la cena se reunieron un rato en el salón. Paul escuchaba a Mann y a Wedekind mientras Yevgueni Iványovich Zamyatin permanecía en silencio como si, consciente de su juventud y su falta de experiencia, no se atreviese a intervenir. Al rato, los invitados abandonaron la casa. Paul dijo a Natasha que pensaba volver a Rusia al día siguiente ya que no quería demorar la situación de Amalia. Le comentó que tal vez no resultara fácil obtener su liberación y que no se quedaría tranquilo hasta conseguirla. Natasha le agradeció su decisión y le confesó que ella pensaba lo mismo.

A pesar de la guerra o tal vez por esa causa, se mantenía una línea de ferrocarril militar de Berlín a Varsovia, en poder de los alemanes. Desde allí tendría que cruzar la tierra de nadie para llegar a Siedlce, hasta donde llegaba el ferrocarril desde Moscú. En aquel lugar se intercambiaban prisioneros, féretros de prisioneros fallecidos, el correo, las valijas diplomáticas y hasta algunas mercancías. La guerra podía seguir su sangriento curso pero el caviar ruso o iraní tenía que llegar a sus mercados, siendo mercancía marcada con el sello rojo «Prioritaria». ¿A quién se le hubiera ocurrido impedir su paso? Además, era abonada en marcos alemanes, o permutada por medicamentos que no se encontraban en Rusia. Todo ello se realizaba con el aval de la Cruz

Roja, que estaba al corriente de que algunos se aprovechaban de su función, pero lo daba por bueno para conseguir salvar vidas. Era un acuerdo tácito entre rusos y alemanes basado en el sentido común; si bien nadie quería ver lo que sucedía, aquello permitía vivir a muchos y satisfacer a los poderosos. Cada cual intentaba hacer su pequeño o gran negocio. En Siedlce se traficaba con cualquier cosa: joyas, divisas, armas, instrumentos de precisión como balanzas, microscopios o relojes, y por supuesto latas de caviar, vodka, salmón ahumado y demás. Por supuesto, la ambulancia transportaba en su interior desde féretros hasta prisioneros que se intercambiaban como cromos en un colegio. Un general por dos coroneles o cuatro capitanes. Así de sencillo.

En la estación central de Varsovia, Paul se apeó del tren militar que lo había llevado hasta allí desde Berlín. Su pasaporte diplomático obraba milagros ya que ninguno de los oficiales al mando de los distintos controles quería llevarse una bronca. Cruzó dos andenes y entró en la oficina de control y salvoconductos. Llevaba una carta a su nombre expedida por el general al mando del sector, y no solo le proporcionaron el salvoconducto de inmediato para cruzar la tierra de nadie hasta Siedlce, a unos sesenta kilómetros, sino que le buscaron una camioneta que iba allí con frecuencia.

Ya en Siedlce subió al tren para Moscú. Llevaba dos lujosos vagones camas de la Wagon-Lits, embarrados y polvorientos por fuera, para que los altos mandos pudieran viajar con toda comodidad. Un viaje que tardaba quince horas se hacía ahora en dos días. Era un larguísimo tren con dos máquinas que se detenía con mucha frecuencia por temor a los sabotajes. Además, en algunos puntos del territorio ruso, las vías habían sido voladas o bombardeadas por los alemanes.

Llegó a Moscú el 15 de julio con un tiempo veraniego y una excelente temperatura, la gente se bañaba en el Moscova o en las escasas fuentes de la ciudad. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que las apariencias eran engañosas, pues Moscú se encontraba bastante desabastecido. Naturalmente, los hoteles de lujo como el Metropol no tenían problema. Natasha le había reservado habitación allí y lo primero que hizo fue enviar toda su ropa a lavar y a planchar antes de darse un largo baño. Luego, cenó en el lujoso comedor sin querer pensar en la cantidad de gente que no tendría nada que comer

aquella noche, ni en los soldados del frente, abandonados a su suerte. No iba a conseguir nada recriminándose.

A la mañana siguiente se citó por teléfono con Andrei Ivanov, uno de los hombres de confianza de Mijaíl Rodzyanko, presidente de la Duma. En la reunión que había mantenido con él en el Palacio de Verano con motivo de su entrevista al zar, Rodzyanko le entregó una tarjeta personal y le dijo que, si alguna vez tenía necesidad de llamarlo, no dudara en hacerlo y que en Moscú se dirigiera a Andrei Ivanov. Quedaron en verse en uno de los salones privados de la primera planta de su hotel. Andrei Ivanov era miembro de la Duma, pertenecía al Partido Octubrista y también se dedicaba a las finanzas. Lo saludó atentamente y Paul le explicó la situación, muy molesto por todo el asunto, y expresó la enorme sorpresa que le había ocasionado aquella situación, ya que estaba convencido de que tenía que existir un grave error. Su esposa, de soltera Amalia Teliéguina, no tenía nada que ver con el espionaje alemán, ni falta que le hacía.

Cuando Ivanov escuchó lo de «mi esposa», lo observó con atención.

—¿Su esposa? ¿Madame Amalia Teliéguina es su mujer?

Paul asintió manteniendo el enfado:

—¡Pues claro que es mi esposa! ¿Quiere ver la partida de casamiento? Precisamente llevo conmigo documentos para realizar unas gestiones en la notaría.

Paul extrajo de la cartera de mano varios documentos y escrituras, entre ellos la partida original, sellada y protocolizada en Copenhague.

—¡Esto sí que es una sorpresa, señor Alexander! He hablado esta misma mañana con el fiscal general y no tenía ni idea de esta situación. Naturalmente, estoy al tanto de la detención de… su esposa y de los hombres de negocios, por cierto dos de ellos también con pasaporte alemán. Sinceramente, creo que alguien ha cometido una estupidez, y si es así lo va a pagar. ¡A quién se le ocurre pensar que esa dama es una espía alemana! Sabemos por el notario que portaba al salir de la notaria una importante cantidad de dinero en efectivo. Le seré sincero. La Ojrana es un organismo independiente y el director de la policía política solo rinde cuentas al ministro del Interior. El asunto se está investigando, pero en fin, existen otras circunstancias ya que, como usted sabe muy bien, madame Amalia Teliéguina es… digamos de ascendencia hebrea y eso complica las cosas. Es cierto que ella y su hermana siguen manteniendo importantes intereses en Rusia, pero tienen la nacionalidad alemana, y no le voy a explicar cómo están las relaciones. Sin embargo, lo que acaba de explicarme es un factor nuevo.

Madame Teliéguina… perdón, madame Alexander podría considerarse ciudadana norteamericana por su matrimonio. Es algo que voy a comprobar en los tratados bilaterales, pero si en efecto está casada con un diplomático, y usted lo es al poseer ese pasaporte, entonces creo que se podrían agilizar las cosas. Quiero que sepa que es deseo y voluntad personal del presidente de la Duma que madame Alexander sea puesta en libertad cuanto antes, y ya se están dando los pasos para ello. Volveré a hablar hoy con el fiscal general, así que esté tranquilo. Este asunto tiene prioridad, le llamaré cuando tenga algo concreto.

Dos horas más tarde, cuando estaba a punto de salir para ir a saludar a Natalia Goncharova y a Mijaíl Lariónov, sus mejores amigos en Moscú, sonó el teléfono interno que lo comunicaba con recepción.

—¿Señor Alexander? ¿Sería tan amable de bajar al teléfono exterior aquí en la planta baja? Tiene usted una llamada del señor Ivanov.

Paul descendió en el amplio ascensor mientras pensaba en el largo brazo de Mijaíl Rodzyanko. Ivanov se mostraba algo nervioso por teléfono.

—Señor Alexander… ¿podría venir usted a mi oficina? Tiene usted la dirección en la tarjeta que le he entregado, no estoy muy lejos del Metropol.

Paul tardó quince minutos en llegar a un edificio del bulevar sobre el Moscova. Ivanov le invitó a sentarse.

—Se nos ha complicado algo el asunto. Madame Teliéguina… perdón, madame Alexander fue trasladada ayer noche de Moscú a Petrogrado en el expreso de las siete de la tarde. Según se nos ha informado, debe estar prestando declaración en la sede central de la Ojrana, en la calle Fontanka 16, aunque ya se están dando los pasos para su inmediata liberación. En Petrogrado le será más fácil aclararlo todo, y tenemos la certeza de que ya se ha dado orden de liberarla. Pero ya sabe usted en qué país vivimos: burocracia, tramites… si se da usted prisa aún está a tiempo de coger el expreso. Yo seguiré las gestiones desde aquí, y ya sabe dónde me tiene.

Volvió al hotel, subió a la habitación, hizo la maleta en cinco minutos y se dirigió en uno de los automóviles del hotel a la Estación del Norte. No tuvo ninguna dificultad para encontrar billete, aunque no en Wagon-Lits ya que estaban completos. Le aguardaba una noche en blanco pero no tenía otra opción. Se dirigió corriendo al vagón de primera clase y logró subir al tren justo cuando se ponía en marcha. Se sentó frente a un hombre joven con gafas y aspecto intelectual, que le sonrió y le dijo:

—¿No me recuerda, señor Alexander? Soy Piotr Demiánovich Ouspenski. Nos presentó Mijaíl Lariónov en su galería. He estudiado con Gurdjieff, al

que también conoció allí.

Paul asintió amablemente. De aquello sabía algo, aprendido en tiempos en que realizaba su tesis doctoral.

—Sí, naturalmente, le recuerdo muy bien. ¡Qué casualidad!, precisamente he terminado de leer hace poco su obra *Tertium Organum*, y convendrá conmigo en que algo tuvo que ver en todo ello el *Utrisque Cosmi* de Robert Fludd. ¿No le parece? —Paul recordaba su doctorado en Letras sobre Bacon y Fludd por la Universidad de Nueva York.

Ouspenski lo observaba con una enorme sorpresa.

—¡Vaya, vaya! Me habían hablado de usted, señor Alexander, y el que lo hizo lo puso por las nubes, aunque entonces pensé que no sería para tanto. Reconozco que me equivoqué. ¡Le felicito! No tenía ni idea de que las universidades americanas fueran tan exigentes como las rusas.

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Solo se trata de una casualidad. Leí su obra precisamente por estar inspirada en Bacon, y es que casualmente realicé mi tesis doctoral sobre ese tema, Bacon y la lógica. Me interesó al comprender que fue entonces cuando pasamos de la superstición a la ciencia, a la lógica, a la metodología experimental, a la mejora de las hipótesis científicas, y cuando tuve que investigar sobre ello me sorprendió la obra de Fludd. Después leí a John Dee, a todos ellos. Solo una casualidad…

—Reconozco que me ha dejado usted muy sorprendido. ¡Lo que son las cosas! Como ha podido comprobar, en mi obra hablo de muchas cosas. Le dedicaré un ejemplar ya que es usted un iniciado. ¿Le interesan las otras dimensiones?

Paul tuvo que hacer un esfuerzo para no reír a carcajadas.

—¡Claro que me interesan! ¡Pero si no somos capaces de entender ni las tres dimensiones que habitamos! ¡Fíjese en lo que está pasando, un verdadero desastre! Por ello creo que primero debemos entender este mundo y la realidad que nos rodea, ya entraremos luego en otras dimensiones.

—Si lo dice por esta espantosa guerra, estoy de acuerdo. Precisamente hoy he estado en el estudio de Kazimir Malevich, con quien he disertado sobre suprematismo. Me ha mostrado lo que está preparando para su nueva exposición, que ha titulado *Cero-Diez*[137], y me ha hablado de un sistema completo de construcción del mundo. Yo le he replicado que el káiser, el zar y el emperador de Austria han inventado un sistema completo de destrucción del mundo, y me ha dado la razón. Gente como él está intentando encontrar nuevas claves, un lenguaje cósmico que afirme el orden global y las leyes generales del universo. ¿No le parece que eso tiene mucho que ver con ese

Utrisque Cosmi del que me hablaba? Pero no es solo Malevich, ahí tiene a músicos como Stravinski, que basan su obra en la mitología rusa. El príncipe Iván, el tenebroso y maléfico brujo Kastchei y el pájaro mítico de oro y llamas, con enormes poderes: *El pájaro de fuego*. Cuando escucho esa música y veo a los bailarines ante los telones de Lev Bakst, no puedo evitar sollozar de placer. Mire, el zarévich Alexis es ahora el príncipe Iván, el brujo Kastchei es ese tal Rasputín, que tiene escondida el alma del príncipe en un huevo dorado, y el pájaro de fuego se llama Lenin. ¿Es que nadie lo entiende? Yo pude ver el estreno cuando bailó la Karsávina con coreografía de Fokine, haciendo pareja con Vátslav Nijinsky. ¡En Rusia hay muchos genios por descubrir! Ahí tiene a ese muchacho, Vladimir Tatlin, que dice haber inventado el Constructivismo. Es arquitecto, escultor, inventor, pintor, diseñador… ¡Un tipo capaz de hacer cualquier cosa, como Leonardo da Vinci! El otro día, sin ir más lejos, me hablaba de un aparato volador sin motor, lo llamaba «Letatlin». Ahora está enfrentado a Malevich por esa exposición, *Cero-Diez*. ¡Me parece tan evidente que Rusia está a punto de mostrar al mundo su genio! ¡Y esos tipos de la Ojrana, tan ridículos, intentando mantener su orden! ¡Qué estúpidos! Aunque algunos de ellos se han dado cuenta de la verdadera situación y han comprendido que el cambio es imparable. No quieren hundirse con el barco y colaboran con los artistas y los revolucionarios —Ouspenski lo miró a los ojos—. ¿Le gustaría asistir a una reunión en San Petersburgo? ¡No voy a llamarla Petrogrado porque sería avalar un capricho del zar!

Paul asintió.

—Por supuesto. Iré con mucho gusto.

Paul sacó una tarjeta del bolsillo.

—Aquí tiene mi dirección, y gracias por su invitación.

Ouspenski se levantó en señal de despedida.

—Bueno, voy a procurar dormir un poco. Ha sido un verdadero placer, creo que es usted una persona muy interesante. Adiós, que tenga un buen viaje.

No tuvo un buen viaje porque las butacas de primera no tenían nada que ver en confort con un coche-cama, y llegó con mal cuerpo, sin haber podido dormir. Cogió uno de los taxis cada vez más numerosos en la ciudad, sustituyendo poco a poco los antiguos coches de punto, que seguían siendo muy abundantes, y en pleno invierno seguían funcionando las troikas con trineos tirados por caballos. La modernidad se imponía, al menos en la capital de Rusia.

Se dirigió directamente a la central de la Ojrana, en la calle Fontanka. Preguntó por el subcomisario Semiónovich. El funcionario de la ventanilla le contestó con desdén que Konstantín Semiónovich ya no trabajaba allí. Preguntó por el comisario jefe. El hombre lo miró de arriba abajo. Paul añadió que le enviaba Andrei Ivanov, miembro de la Duma, que a su vez representaba al presidente Mijaíl Rodzyanko. La expresión del funcionario cambió. Le pidió que aguardara unos instantes y entró en la estancia contigua. Unos minutos más tarde regresó, su expresión se había dulcificado.

—El comisario Nikolai Ivánovich Suzov le recibirá de inmediato. Haga el favor de acompañarme.

Paul caminó tras el hombre, cruzando pasillos y salas donde una multitud de funcionarios levantaban la vista para observarlo de reojo. Llegaron a una puerta que el hombre tocó levemente con los nudillos y abrió sin esperar contestación.

—Señor comisario, el señor Paul Alexander quiere verle.

—¡Sí! ¡Sí! Buenos días, señor Alexander, ¿cómo está usted? —El comisario alargó su mano y Paul se la estrechó—. Usted es el corresponsal de ese periódico americano…

—Sí, el *New York Herald*. Encantado de conocerle. Creo que ya sabe a lo que vengo. Mi esposa fue detenida en Moscú y…

—¿Madame Teliéguina es su esposa? —el comisario le interrumpió, sorprendido—. ¡Eso sí que es algo nuevo! ¿Y cómo no se me ha advertido? Bueno, creo que puedo darle una buena noticia. Como sabe, ingresó aquí por traslado desde la comisaría central de la Ojrana en Moscú. De momento, el fiscal dio orden de que madame Teliéguina fuera liberada de inmediato. Así que debe encontrarse en su hotel. Habrá sido víctima de un exceso de celo de los de la MVD, ya sabe, la policía militar en su negociado del Servicio de Inteligencia, pero lo cierto es que, aunque no se han retirado aún los cargos, se ha entendido que podía ser puesta en libertad mientras se aclara el asunto. La verdad es, y a usted se lo puedo decir, que recibimos una llamada interesándose por ella desde el despacho del presidente de la Duma. Poco después llamó el fiscal general recomendando su libertad provisional. No hay nada como tener amigos en las altas esferas. ¡No me malinterprete! Creo que madame… Alexander se ha alojado en el Hotel Astoria. Ya sabe, frente a la catedral de San Isaac.

—Sí, gracias, conozco muy bien esta ciudad, señor comisario. Le agradezco la explicación. Mejor así, ya que estoy seguro de que se trata de un

grave error.

—Bueno, eso es adelantarse. Madame Teliéguina… quiero decir su esposa no tenía antecedentes pero tendrá que investigarse lo ocurrido. Por cierto, creo que usted conoce a Konstantín Semiónovich, el subcomisario. Le comunico que ya no pertenece al cuerpo de policía. Ha sido expulsado tras un expediente disciplinario. Así que si se lo encuentra alguna vez, o él acude a usted, sepa que ya no tiene nada que ver con la Ojrana.

Paul no hizo ningún comentario. Se despidió del comisario y salió del despacho. Había dejado el taxi aguardando, de modo que le pidió que lo llevara al Hotel Astoria. Sentía un cierto nerviosismo al recordar la última vez que estuvo con Amalia en Copenhague. No podía negar que le atraía, aunque Amalia lo trataba con cierta frialdad, lo que le impedía ir más allá.

Preguntó por ella en la recepción del hotel y le dijeron que madame Teliéguina acababa de registrarse allí. Llamó a la habitación por el teléfono interior y quedaron en verse a los pocos minutos en uno de los reservados de la primera planta. Tuvo que aguardar algo más. Amalia entró mirándolo a los ojos, la encontró tan bella como siempre, aunque más pálida y delgada, y algo ojerosa. Ella se acercó y lo besó tres veces en ambas mejillas.

—¡Paul! He podido hablar con mi hermana y me lo ha explicado todo, Quiero agradecerle lo que está haciendo por mí. ¿No deberíamos hablarnos de tú? ¡A fin de cuentas, estamos casados! —le soltó con humor— Paul, quiero hacerte una pregunta: ¿Te casarías conmigo de verdad? ¿Quiero decir si no estuviéramos en esta situación?

Paul sonrió, algo sorprendido por el cariz que estaba tomando la conversación.

—Creo que sí… si tú también quisieras. ¿Pero acaso querrías casarte con un pobre reportero neoyorquino?

—¡Por supuesto! ¿No me casé contigo en Copenhague? Volvería a hacerlo cuando me lo pidieras.

Amalia se acercó a él y le dio un beso en los labios que Paul le devolvió mientras la abrazaba.

Después ella le explicó todo lo sucedido desde que abandonó la notaría tras firmar la escritura de venta de un importante paquete de acciones de una importante compañía minera en los Urales.

—Era preciso hacer esa operación dentro de plazo porque nos estábamos jugando la continuidad de la concesión. Tenía que haberla firmado Natasha, pero está con algunos problemas de salud y yo no quería que se arriesgara. Al final la convencí y me alegro de ello. No te he dicho que tiene diagnosticado

un serio problema de corazón y que debe cuidarse. Me acompañaban dos de nuestros altos ejecutivos alemanes. Los tres habíamos entrado en el país por el puerto de San Petersburgo procedentes de Estocolmo, con un visado obtenido en la embajada rusa en aquella ciudad, y de aquí nos trasladamos a Moscú. Cuando firmamos las acciones, se pagaron en efectivo ya que el rublo se estaba devaluando por días y habíamos exigido que la operación se realizara en divisas fuertes, marcos y libras británicas. Llevaba el dinero en un maletín cuando unos desconocidos nos asaltaron en la calle al abandonar la notaría. Aseguraron que pertenecían a la policía y exigieron que no ofreciéramos resistencia. Nos introdujeron en un coche y, precedidos y seguidos por otros coches, fuimos conducidos a la sede de la Ojrana en Moscú. Allí todo lo que llevábamos encima nos fue requisado, incluyendo joyas y relojes. ¡Podrás imaginar cómo me sentía! A mis dos abogados los trataban como si fueran delincuentes, y a mí con una enorme brusquedad y desprecio. ¡No podía entenderlo! Cuando les dije que quería hablar con un abogado se rieron de mí. Comprendí que me estaban acusando de algo muy grave. Después comenzaron a interrogarme. Al principio no entendía nada. Me indigné cuando me preguntaron por qué espiaba para Alemania, siendo rusa de nacimiento. Otro dijo: «¿No ves que es judía? ¡Esos se venden siempre al mejor postor!». Le grité que era un desgraciado y el hombre me golpeó con el revés de la mano y me rompió el labio. Debía ser prudente y no dije nada más. Así permanecí dos días. Al tercero me llevaron a la estación y dos policías me acompañaron a San Petersburgo. Me condujeron a la sede principal de la Ojrana en la calle Fontanka 16. Después, cuando creía que iban a continuar los interrogatorios, aparecieron otros policías, mucho más suaves, y me explicaron que de momento iban a ponerme en libertad provisional, lo que no significaba que hubieran retirado los cargos contra mí. Ahora me preocupa el fiscal general militar. Por lo que me ha explicado hace un momento nuestro abogado aquí, Aleksandr Kérensky, ese fiscal es todo un personaje. Kérensky me ha dicho que de momento no me preocupe, pero ha insistido en que debería intentar salir de Rusia lo antes posible.

Paul asintió.

—Sí, tal vez sea eso lo más prudente. No estamos viviendo una situación normal. Por una parte estoy convencido de que nada puede sucederte, pero en estos días están buscando cabezas de turco para aplacar a la prensa. El hecho de ser tú una mujer rusa luego nacionalizada alemana no te hace muy popular en estos tiempos.

Quedaron en cenar allí mismo, en la *suite*. Mientras ella descansaba, Paul aprovecharía para pasar por su piso, pues desde su marcha a Moscú no había vuelto allí y quería comprobar que todo estaba en orden, así como cambiarse de ropa. Aquella noche se quedaría a dormir en la *suite* para acompañarla, ya que tenía dos dormitorios, cada uno con su baño y un salón. Era la más lujosa del Hotel Astoria.

Encontró en el buzón una carta del periódico. Le sugerían que, en vista de la situación enquistada de la guerra, volviera a Nueva York, donde le aguardaba el nombramiento de director editorial. Era una oferta tentadora para alguien que, apenas unos años antes, no imaginaba tener tanta suerte en la vida. Pero negó con la cabeza. No pensaba abandonar Rusia en aquellos momentos. Quería asistir a lo que iba a llegar arrastrado por el frio y duro viento de la estepa.

Mientras recogía algunas cosas, tomó la decisión de volver a los Estados Unidos pero para volver a Rusia de inmediato. Aquel era ahora su hogar. Subió al piso de Karl, donde no encontró a nadie. Mark Gavrilovich, el portero, le explicó la situación. Hacía unos días, Ludmilla Valenskovna sufrió una agresión en la calle cuando salió para hacer unas compras. Los dos individuos que la acosaron le reprochaban que estuviera cuidando a un alemán. «¡Un espía alemán! ¡Un amigo de la zarina!». Era cierto que Karl seguía yendo al palacio para tomar las fotos de las grandes duquesas que la zarina le iba encargando. Quería demostrarse que podía seguir trabajando con normalidad utilizando una prótesis metálica, sin ayuda de muletas ni bastones.

Al día siguiente de la agresión a Ludmilla, alguien intentó entrar en la casa. Hubo un tiroteo en la escalera, ante lo cual Karl optó por marcharse una temporada a Novgorod, donde tenía un amigo, y Ludmilla decidió volver a su casa, al menos hasta que Karl volviera. Los alemanes, culpables o inocentes, estaban comprobando en muchos lugares que su política ultranacionalista y racista se volvía contra ellos.

El portero le entregó un sobre que acababan de traer para él. Era un pasaporte de los Estados Unidos a nombre de Amalia Teliéguina. Incluía un visado para poder abandonar Rusia. En el remite de la carta solo se leía «Bufete Kérensky - Abogados - San Petersburgo». El dinero facilitaba mucho la vida de los poderosos. Natasha estaría moviendo sus importantes influencias para evitar problemas a su hermana.

Volvió al Hotel Astoria a la hora prevista. Amalia lo recibió con mejor aspecto, maquillada y peinada, luciendo un precioso vestido déco, como si nada hubiera ocurrido. Poco después llegaron dos camareros con la cena en

bandejas de plata y dos botellas de Riesling, el vino alemán que, a pesar de todo, se seguía bebiendo en Rusia. Amalia les dijo que no hacía falta que sirviesen la cena, que lo harían ellos mismos, y se retiraron con una reverencia.

Hablaron de todo lo sucedido y del modo en que los alemanes se habían creado un clima de hostilidad en toda Europa. No solo por la guerra en sí, en la que los gases venenosos, el trato inhumano que estaban recibiendo los prisioneros, y no solo los rusos, habían fomentado una enorme animadversión hacia ellos. Amalia dijo que entendía bien los sentimientos generalizados de rechazo. En Berlín era raro el día sin una manifestación en contra de los extranjeros en general y últimamente contra los rusos, y las más virulentas en contra de los judíos rusos que se habían refugiado en Alemania.

—Nosotras, por nuestro aspecto, podemos pasar por alemanas o austriacas, pero cada vez más ensalzan la raza alemana. ¡Están convencidos de que van a conquistar el mundo! La verdad es que se está haciendo incomodo vivir allí, y eso es lo que nos ha hecho trasladar gran parte de nuestras inversiones a los Estados Unidos. Allí vamos a meternos en el negocio del cine y en el del petróleo. Aquí en Rusia, estamos liquidando los activos y en Alemania lo haremos muy pronto. Los alemanes tienen muchas virtudes, son ordenados, educados, pulcros y cultos. ¡Pero de pronto se les enciende el espíritu militarista, racista y excluyente! Es nuestro sino, quiero decir el de los judíos, tener que emigrar más allá cada cierto tiempo… ¡En fin, no quiero que hablemos de eso! Hablemos de nosotros y de todos esos amigos artistas de aquí y de Moscú.

Paul le contó la cena que había tenido en la casa de Natasha con Wedekind y Mann.

—¡Natasha siempre quiere estar a la última! —comentó ella—. ¡Creo que después de hablar un día con ellos, decidió meterse en el negocio del cine! Por lo que me dijo, quiere producir uno de los dramas de Heinrich Mann, el que se titula *Profesor Unrat*[138]. Mann le había dicho que si se llevaba al cine le gustaría cambiar el título a «El ángel azul».

Luego hablaron de su situación. Paul comenzó:

—Oficialmente estamos casados. Aquí tienes tu nuevo pasaporte con el visado para poder abandonar Rusia. Lo han llevado esta mañana a mi casa. Creo que ese es el «regalo de boda» del embajador de los Estados Unidos. Tu hermana sabe lo que hace. En la actual situación no es conveniente que sigas aquí, ya que existe una germanofobia que puede crear situaciones desagradables y extremas. Y tú, para ellos, eres alemana, una alemana

acusada nada menos que de espionaje. No podemos adivinar lo que va a suceder en el futuro, pero ahora debes salir de aquí, y yo te acompañaré hasta que estés en un lugar seguro.

—Paul —Amalia parecía emocionada—, te estás portando maravillosamente con nosotras y nunca podré olvidar lo que estás haciendo por mí —se acercó y lo besó en la mejilla—. ¡Nunca!

Paul sonrió, satisfecho.

—Querida Amalia, haría cualquier cosa por ti. Tampoco olvides eso. No pensaba precipitar las cosas, pero debes saberlo. Te quiero desde el primer momento en que te vi. Me enamoré de ti el día que pasamos juntos en Moscú, cuando apenas nos conocíamos. Espero que en un futuro consideres la opción de casarte conmigo.

—¿Y por qué en el futuro? —replicó Amalia sonriendo—. ¡No debemos esperar el futuro! ¡*Carpe diem*! Eso me lo enseñó mi padre. ¡Quiero casarme contigo ahora! ¡Creo que te quiero como no he querido a nadie antes!

Dos días más tarde, el 20 de julio, el embajador de los Estados Unidos en San Petersburgo, en aquellos momentos Petrogrado, los recibió en su despacho. Les aconsejó que abandonaran el país mientras estaban a tiempo. Al menos ella. Le mostraron sus pasaportes. Después procedió a la ceremonia oficial, en la que dos funcionarios de la embajada obraron como testigos. Cinco minutos después los declaró marido y mujer.

—¡Ya están casados… de verdad! ¡Les deseo que sean felices! En adelante, será usted oficialmente Amalia Alexander. Estoy seguro de que hará honor a este pasaporte. Desde este mismo momento, por las prerrogativas que ostento, la declaro ciudadana de los Estados Unidos de América. ¡Mis felicitaciones! Ahora, si me lo permiten, les aconsejaría que se fueran de luna de miel a los Estados Unidos. En este gran país van a suceder muchas cosas, pero algunas serán muy duras.

Increíblemente, el servicio de telegramas con Alemania seguía funcionando, aunque era preciso que un inspector de la MVD los sometiera a una especie de censura. En lugar de los dos rublos por línea, el coste se había multiplicado por diez, lo que los convertía en inaccesibles para la mayoría de la población. Amalia deseaba enviar la noticia a Natasha: *Te has salido con la tuya. Nos hemos casado de nuevo en la Embajada USA. Besos. Amalia y Paul*.

Aquella misma mañana se trasladaron del Hotel Astoria al piso de Paul, y al cruzar el umbral pensó en Irina Pávlova y se alegró de que Ludmilla no estuviera en el piso de Karl por el momento. Aunque no tenía nada que ocultar, tendría que darle una explicación.

Sentía una mezcla de alegría y amargura. Irina no había pasado por su vida fútilmente.

Quería preparar su marcha a Nueva York cuanto antes. Amalia debía abandonar Rusia para no correr riesgos. Naturalmente, él la acompañaría hasta Nueva York y luego volvería a Rusia por una temporada. Ella no puso objeción cuando le explicó que deseaba terminar el libro sobre Rusia y la revolución artística.

La familia Teliéguina llevaba sus asuntos legales a través de un importante bufete de San Petersburgo, el mismo que había gestionado lo del pasaporte, cuyo socio principal era un joven y brillante abogado, Aleksandr Kérensky, miembro de la Duma y del partido Social-Revolucionario, uno de los que más se estaban significando en la vida política. Fueron caminando hacia el bufete aprovechando el buen tiempo, la gente paseaba o tomaba el sol en los parques. Amalia le confesó que había soñado alguna vez con ir caminando cogida de su mano. Añadió que soñaba frecuentemente con él desde que se habían encontrado en Copenhague. Paul le contó que a él le sucedía lo mismo, y que tuvo entonces la intuición de que ella sería parte de su vida. Le contó cómo lo había impresionado la mansión de Natasha en Berlín. Amalia le contó que ella vivía muy cerca en una casa parecida, pero que ambas las tenían en venta para liquidar todos sus bienes en Alemania.

—A mí me interesa más conocer a los artistas que adquirir sus obras, aunque no te negaré que tengo una buena colección. Eso es algo que nos inspiró nuestro padre. ¡Aquel hombre se volvía loco por un buen cuadro!

Llegaron al despacho situado en uno de los mejores edificios de la Perspectiva Alexander Nevski. En la placa de metal bruñido se leía Bufete Kérensky - Abogados. Subieron al piso principal. Los atendió un secretario que los hizo pasar a una de las salas de reunión. Unos minutos más tarde entró un hombre aún joven, elegantemente trajeado a la última moda de París. Los saludó con una inclinación de cabeza y luego se acercó a darles la mano.

—¿Madame Alexander, supongo? ¿El señor Alexander? Estoy encantado de conocerles. Soy Aleksandr Kérensky. Ante todo, felicitaciones por su enlace. Este bufete ya trabajaba para el grupo Teliéguina casi antes de que yo

decidiera hacerme abogado. La verdad es que ahora la política no me permite dedicarme al bufete como antes, aunque aquí trabajan casi treinta personas. Pero no deseamos olvidar a nuestros clientes más distinguidos. Imagino que recibieron el pasaporte a su nombre que gestioné por orden de su hermana, la señora Natasha Teliéguina, ante la embajada de los Estados Unidos. No tuve la menor dificultad en conseguirlo. El embajador estaba perfectamente informado y me atendió muy bien.

Amalia le contó con detalle lo sucedido desde su detención en Moscú, los cargos que le imputaban, su traslado a la central de la Ojrana en Petrogrado, la decisiva intervención de Paul ante el presidente de la Duma y su libertad condicional.

—Aunque estoy en libertad, me pueden llamar o detener en cualquier momento. No puedo olvidar que mi pasaporte era alemán aunque sea desde hoy ciudadana de los Estados Unidos, lo que indudablemente es una garantía para mí. Ahora tampoco deseo volver a Alemania, ya que no me gustaría que las cosas se complicasen y me interrogasen también allí. Para los rusos soy alemana, y para los alemanes judía rusa.

Kérensky suspiró asintiendo con la cabeza.

—Comprendo muy bien su punto de vista. Creo que las cosas se van a complicar mucho más, y se lo digo con conocimiento de causa como miembro de la Duma y de la comisión de relaciones exteriores. Esta guerra va a ser mucho más larga de lo que la gente se imagina, y se va a llevar por delante no solo la vida de millones de personas sino probablemente a este país tal como lo conocemos. Rusia se encuentra en una gravísima situación política, social y sobre todo económica. Podríamos decir sin exagerar que arruinada. El zar no está pasando por sus mejores momentos y no creo que sobreviva políticamente a la revolución que está comenzando a moverse bajo la falsa apariencia de estabilidad.

»Seré sincero con ustedes. Váyanse a un lugar seguro y aguarden a que pase la tormenta, que tal vez tarde mucho tiempo en amainar. Rusia va a sufrir un gran cambio antes de lo que la gente se imagina. Como bien saben, la guerra se ha enquistado en toda Europa. Naturalmente, no afectará solo a Rusia, ya que después nada volverá a ser lo mismo. Por otra parte, en tiempos de guerra, como nos encontramos ahora, la jurisdicción de los tribunales militares es totalmente independiente de los tribunales civiles. Quiero decir, y no pretendo ser alarmista, que el fiscal general militar al que llegue el caso, aunque esté cerrado por lo civil, puede reabrirlo por lo militar e iniciar un proceso con un consejo de guerra en el que las cosas ya no podrían evaluarse

de la misma manera. Mire madame, usted puede permitírselo. Creo que lo más prudente sería embarcar en el paquebote de la Cruz Roja con destino a Copenhague lo antes posible.

Paul le dio la razón. Apenas hacía unos días que él mismo se había servido de aquel medio.

—Recoja sus cosas y váyase a Copenhague, pues desde allí no tendrá dificultad en viajar a cualquier lugar. Con el pasaporte diplomático, el visado de salida y el certificado de matrimonio que acaban de mostrarme, no tiene por qué tener ningún problema. No termino de fiarme del fiscal general militar. Necesitan dar un escarmiento sonado, y una judía alemana rica y acusada de espionaje podría ser el objetivo perfecto. Esta misma mañana hemos tenido una larga reunión en la Duma. Parece ser que el zar pretende ponerse al frente de los ejércitos rusos personalmente, relevando del cargo a su tío, el gran duque Nicolás Nikoláyevich. Creemos que no es una buena idea, pero la Duma no es más que un cero a la izquierda para el zar y su corte. Ellos están convencidos de que se puede seguir gobernando con el zar montando un caballo blanco y un impecable uniforme cargado de medallas, con la certeza de que esa es la voluntad de Dios. Nosotros creemos que la voluntad de los hombres es que hubiera una votación de la que saliera una verdadera cámara representativa, como ocurre en Francia, Gran Bretaña o los Estados Unidos; y, en todo caso, aunque tengo serias dudas sobre ello, que existiera un monarca con funciones puramente representativas e institucionales. ¡Pero no voy a convencerles a ustedes! ¡Aquí el único súbdito del zar soy yo!

—Señor Kérensky, voy a seguir sus consejos —interrumpió Amalia al abogado—. Paul piensa lo mismo que usted y, aunque tenga mis dudas, pecaré de prudente.

—Me alegro por usted, madame, de todas maneras seguiremos defendiendo los intereses que nos han confiado. Aunque nadie sabe lo que va a suceder con este país, les adelanto que lo que venga nos va a arrollar a todos.

Se despidieron de Aleksandr Kérensky. Amalia seguía opinando que no era algo tan urgente, pero Paul prefería no correr riesgos, por eso debían irse ya. Volvieron caminando al piso. Paul hizo su equipaje, convencido de que su destino final sería Nueva York, por lo que tardaría algún tiempo en volver. Le dijo a Mark Gavrilovich que cuidara del piso y que no sabía cuándo

regresaría. Llamaron un taxi, pasaron por el hotel para abonar la cuenta, recoger el equipaje que Amalia había dejado en consigna y se dirigieron al puerto en el Gran Neva, donde atracaba el paquebote de la Cruz Roja con bandera danesa. Era uno de los pocos barcos que, de acuerdo con lo pactado, podían ir y venir, saliendo del cerco que los alemanes imponían en el Báltico, ya que aquella línea entre San Petersburgo, Helsinki, Estocolmo, Tallin, Riga y Copenhague estaba considerada como humanitaria. No tuvieron dificultad en embarcar gracias al pasaporte diplomático de ambos, al visado de salida, y a la jugosa donación en metálico que Amalia hizo al representante de la Cruz Roja que se encontraba en el barco. El primer oficial les cedió su propio camarote ya que de esa manera se sacaba un sobresueldo, y él dormiría en el camarote del segundo, que estaría de guardia aquella noche. Al rato estaban instalados en el diminuto camarote y se inició la maniobra de desatraque pues habían llegado cuando el barco estaba a punto de zarpar. Amalia le preguntó si siempre conseguía lo que se proponía, y él contestó que habían acertado por azar, pero que había que intentarlo siempre. Mientras el pequeño paquebote salía del puerto de San Petersburgo siguiendo el curso del Neva para llegar a alta mar antes de que oscureciera.

—No estoy seguro de que estemos haciendo lo correcto, pero sí tengo la certeza de que es lo más seguro para ti.

Una hora más tarde cenaron con el capitán en el pequeño salón y comedor de oficiales, que les explicó que había dos barcos prácticamente idénticos realizando aquella labor humanitaria. Después se refugiaron en el camarote, mientras el barco comenzaba a balancearse por el mal tiempo. Amalia lo abrazó sollozando por la tensión pasada, mientras Paul, recordando el tropezón en el teatro, pensaba que todo llega en la vida.

El viaje a Copenhague duraba diez días contando las escalas en los distintos puertos. El barco llevaba heridos y oficiales canjeados por otros. Con aquel barco la Cruz Roja llevaba a cabo una misión fundamental de mediación y socorro de manera altruista y sin atender a nacionalidades, lo cual estaba ayudando a muchas personas. Permanecían un máximo de doce horas en cada puerto para embarcar o desembarcar y llevar a cabo las gestiones oportunas.

Uno de los médicos que iban a bordo, el doctor André Bernard, un suizo de Berna, les habló de los siete principios fundamentales de la Cruz Roja. Humanidad, imparcialidad, neutralidad, independencia, voluntariedad, unidad y universalidad. Les contó que llevaban varios heridos alemanes y austriacos que por una u otra razón habían terminado en Petrogrado y que serían

repatriados a través de Dinamarca. En el barco llevaban un pequeño quirófano para las curas y las urgencias, y Amalia se puso a disposición del doctor Bernard para colaborar en lo que hiciera falta.

—¡Debería usted trabajar de enfermera para mí! —le comentó Bernard al acabar la primera sesión—. ¡Tiene usted unas manos de oro, madame Alexander!

Finalmente llegaron a Copenhague. Se despidieron del doctor y Amalia, que se había concienciado de la importancia de lo que la Cruz Roja estaba llevando a cabo, y muy impresionada por lo que había vivido aquellos días, le prometió realizar una importante donación. En Copenhague intentaron encontrar un barco mercante o de pasajeros que los trasladara a Inglaterra. Pronto comprendieron que la situación de bloqueo que los alemanes habían impuesto impedía a todo barco salir con rumbo a las islas, ya que los submarinos alemanes habían cortado todas las rutas comerciales en el Mar del Norte. Desde el hundimiento del *Lusitania*[139] en mayo, las cosas se habían ido complicando y ni siquiera los barcos con pabellón de un país neutral como Dinamarca podían considerarse a salvo.

Hablaron de la posibilidad de entrar en Alemania utilizando ambos los pasaportes diplomáticos, o que Amalia, que poseía la nacionalidad alemana, empleara el suyo. Intentarían pasar a Suiza y desde allí tomar alguna decisión. De pronto se sintieron desconcertados. ¿Qué riesgo asumían si viajaban a Berlín? Amalia envió un telegrama a su hermana. Aquella misma tarde recibió una contestación lacónica: *No vengáis a Berlín. Dirigíos a Suiza utilizando pasaporte diplomático. N*.

Dos días más tarde cruzaron la frontera de Dinamarca con Alemania. El tren tardó dos días en el recorrido Hamburgo, Hannover, Dortmund, Dusseldorf, Colonia, Bonn, Frankfurt y Friburgo, antes de cruzar la frontera suiza y llegar a Zúrich. No tuvieron problema aunque les pidieron la documentación varias veces. Alemania era un país en guerra y el pasaporte diplomático obraba milagros, lo que no impedía un trato frío, incluso algo hostil. Amalia no necesitó utilizar su pasaporte alemán, que llevaba oculto en la maleta.

En Zúrich se dirigieron al hotel Bellevue au Lac, a orillas del lago. Cogieron una *suite* en la planta superior con unas hermosas vistas. Allí descansaron durante dos días, reflexionando sobre el mejor modo de llegar a los Estados Unidos. Pasearon por la orilla del lago. Suiza era un universo aparte, nada parecía capaz de alterar el silencio, el orden y la paz de aquel país. Paul sugirió que intentaran visitar a Lenin, ya que estaba seguro de que

los recibiría si lograba dar con él. A fin de cuentas ya eran como viejos conocidos, además de la especial relación de las hermanas Teliéguina con aquel hombre, pues una de sus fundaciones colaboraba en la financiación del partido bolchevique.

A mediados de agosto pudieron localizarlo en la casa que tenía alquilada en Ginebra. Viajaron hasta allí en tren, y un coche los llevó desde la estación hasta la apartada casa de Lenin. Era un lugar bucólico y silencioso, roto solo por el mugido de las vacas que pastaban en los prados que rodeaban la pequeña casa de madera al estilo tradicional suizo. No vieron a nadie fuera, empujaron la cancela de madera, entraron en el cercado y tocaron la campanilla que colgaba junto a la puerta. Les abrió una mujer de cabello oscuro y ojos marrones escrutadores. Se quedó observándolos en silencio, manteniendo la puerta sin terminar de abrirla, sujetándola con la mano, como queriéndoles decir que no eran bienvenidos.

Paul se presentó en ruso como Paul Alexander, corresponsal del *New York Herald*. Le explicó que había conocido a Vladimir Ilich Ulianov en Copenhague y que residía en San Petersburgo, y que además su esposa formaba parte de la junta directiva de la Fundación Teliéguina. Añadió que les habían informado de que vivía en Ginebra, y que habían decidido pasar a saludarlo. La mujer se tranquilizó y contestó con naturalidad en ruso terminando de abrir la puerta.

—Sí. Un momento, por favor. Soy Nadezhda Konstantinovna Krúpskaya**[140]**, su esposa, pasen por favor. Siéntense un momento. Voy a llamarle.

Entraron en un pequeño vestíbulo mientras ella se dirigía al interior de la casa. Paul comenzaba a arrepentirse de haber ido hasta allí sin avisar. Pudieron oír a la mujer hablando con alguien. Un instante más tarde entraba Lenin en el vestíbulo.

—¡Sí, lo recuerdo muy bien a usted! Me entrevistó en Copenhague —dijo Lenin con afabilidad—. Bueno, entonces solo hablé yo y luego me di cuenta de que hablo demasiado. Pero ya que están aquí no voy a permitir que hayan hecho su viaje en balde. ¿Y usted es…? —preguntó a Amalia.

—Sí, Vladimir Ilich, soy la esposa de Paul Alexander. Usted no me conoce personalmente pero sí a mi hermana, Natasha Teliéguina. Ella colaboró en la financiación del congreso de Copenhague a través de la Fundación Teliéguina. Digamos que se considera simpatizante.

—¡Ah, sí, la Fundación Teliéguina! ¡Claro! ¡Qué casualidad! ¡Pasen por favor!

Entraron en una estancia que hacía las veces de cuarto de estar, comedor y despacho. Estaba abarrotada de libros, con la mesa llena de papeles, periódicos y revistas, y otros muchos amontonados en el suelo. Daba la impresión de un ordenado desorden. Paul se fijó en una pequeña máquina de escribir suiza y la observó con interés ya que era algo más pequeña que su Underwood. En toda la casa no se podía apreciar un solo detalle de lujo o inútil. No existía decoración en el sentido literal de la palabra. Nada fútil o que no tuviera un sentido práctico. Pensó que reflejaba la forma de ser y de pensar de aquella pareja, personas acostumbradas a ir por el mundo sin saber nunca cuál sería su siguiente destino, sin conocer el sentido de la palabra hogar, preparados siempre para abandonar de inmediato el que tenían.

Lenin les rogó que tomaran asiento y pidió a su mujer que preparase café. Después él también se sentó en un sillón de orejas con una gastada tapicería y se quedó observándolos, expectante.

—Bien, señor Alexander. ¿Y qué les ha traído a Suiza? Nadie viene a este país por casualidad, todos tenemos motivos para estar aquí, y ahora muchos más motivos. Eso ha sido siempre así, desde Voltaire hasta mí mismo.

—Sí, Vladimir Ilich, tiene usted razón. Mi esposa Amalia no podía seguir en Rusia… pero ella se lo contará.

Amalia les contó lo sucedido. Cuando le dijo que era judía, Lenin asintió:

—Sí, puedo entenderla muy bien. Mi abuelo era judío de nacimiento aunque se convirtió al cristianismo ortodoxo. Sin embargo, creo que esa parte de sangre de mi abuelo es la que me proporciona ese fuego interior, esa inquietud política, esa sensación de no poder parar jamás… ¡Ah, los judíos! ¡No hay quién pueda con ellos, y mira que lo han intentado! Bien, volvamos al asunto. Creo recordar que lo último que le dije en Copenhague era que teníamos que librarnos de los burgueses. ¿Una falsa tramoya? Sí. Eso es lo que son.

Mientras retomaba el hilo de su argumentación, Paul se dijo que, equivocado o no, aquel hombre poseía una mente privilegiada. Era capaz de proseguir una conversación mantenida meses atrás con total normalidad y sin esfuerzo alguno.

—Le decía entonces que todo va a cambiar en la lucha de clases. Aquí tenemos esta atroz guerra en la que se está derramando la sangre de millones de inocentes. ¡Es una lástima y una estupidez bárbara! Pero ya les adelanto que no será en vano. Muchos creen que esta es una guerra más, pero no es así. Se van a acabar los privilegios de clase, el imperio austríaco se va a disolver como un azucarillo y el imperio alemán dará paso a otra cosa, aunque no

puedo asegurar qué cosa. En cuanto a Gran Bretaña, el imperio más extenso y potente que ha existido, tampoco saldrá indemne de esta. Tal vez sea Rusia la señalada por la historia para marcar el cambio. ¡Estoy convencido de que será allí donde ocurrirá el gran cambio! ¡Ya lo verán! Las cosas nunca ocurren solas. ¡Ha llegado el momento! Observen las cínicas posturas de los partidos socialdemócratas en Europa, que han frustrado mis esperanzas en la segunda internacional. ¡Sus líderes son unos inconsecuentes! Aunque, como dicen los creyentes, Dios escribe derecho con renglones torcidos. ¿Saben lo que pienso? Los comunistas, los herederos de Marx, somos la planilla de ese dios cristiano. ¡Nosotros vamos a enderezar la historia! ¡La dialéctica de la historia! A partir de ese cambio, el que no trabaje no comerá. ¡Todos, desde el primero hasta el último, tendrán la obligación de colaborar! Ellos han comenzado una guerra imperialista y se van a encontrar con algo muy distinto de lo que pensaban. Tendremos que cambiar el rumbo, al menos en Rusia de momento, y hacer de esta estúpida guerra un conflicto de clases. Sería absurdo no aprovechar esta gran oportunidad que nos brinda la historia.

Lenin detuvo unos instantes su discurso.

—¡Pero prueben el café de Nadezhda Konstantinovna! Es muy bueno, y más aún acompañado de estas exquisitas galletas de mantequilla suiza. Todos tendríamos que ser suizos: exactos, cabales, discretos, ciudadanos ejemplares, republicanos, limpios, cultos y políglotas. Un paraíso ordenado, exacto, pulcro y aburrido. El único problema es que rezuman conservadurismo, son unos burgueses como no he conocido otros, y miran con absoluto menosprecio a los que no son suizos. ¡No son perfectos! Aunque yo no quiero colaborar en crear al hombre perfecto, eso se lo dejaremos a los alemanes. ¡Ese ambicioso racista de Guillermo II y su imperialista corte de los milagros! Von Gwinner, del Deutsche Bank, Rathenau, el dueño de la energía eléctrica, Von Siemens y sus fábricas, Krupp y sus cañones de acero, Thyssen y sus máquinas, Ballin, por cierto también judío, y sus barcos, Von Schwabach, Fürstenberg… ¡Se creen dueños del mundo, y de alguna manera tienen razón! Sus fábricas producen los mejores cañones, barcos, armas de todo tipo. ¡Ah, pero los alemanes también se equivocan! Ahí está Rosa Luxemburgo[141] sacándoles los colores. Están convencidos de que su imperialismo les proporcionará sumisos mercados donde colocar sus producciones industriales. Se creen los mejores, señalados por el destino, como una raza privilegiada. ¡No han entendido nada!

»Señor y señora Alexander, han tenido la voluntad personal de viajar hasta aquí y de llamar a mí puerta. Yo solo soy, hasta ahora, un teórico del

marxismo. Hace tiempo, cuando me hallaba en Londres, en el barrio de Bloomsbury, junto al Museo Británico, solicité un carnet para acceder a la biblioteca. Cuando tuve en mis manos los originales de Carlos Marx, me di cuenta de que tenemos que cambiar la historia entre todos. ¡Ahí están los borradores para conseguirlo! —Lenin señaló hacia su mesa cubierta de papeles plagados de tachaduras—. ¡Es una pugna sin fin entre voluntad y razón! Ya lo he dicho antes. Hasta ahora, los filósofos solo han interpretado el mundo; sin embargo, se trata de cambiarlo. Podríamos pensar que los suizos han encontrado la piedra filosofal, pero no es cierto. Ellos han llevado el egoísmo al límite, y para que cada suizo pueda vivir como vive, en algún lugar del mundo cien seres humanos malviven o mueren en la más completa miseria. ¿Es entonces el comunismo la solución? Eso es solo una utopía de Marx, me podrán argumentar. ¿Entonces quién sería el gran administrador? ¿Quién vigilaría al vigilante? La Primera Internacional la destruyeron los anarquistas, la Segunda mis camaradas socialdemócratas, votando sí, como han hecho, a una guerra imperialista. Tendremos que fundar la Tercera Internacional para dar una oportunidad al viejo Marx.

Amalia interrumpió el soliloquio de Lenin:

—¿Y no será eso otra utopía? Quiero decir, ¿no es el hombre un animal predador y por tanto egoísta? ¿Será capaz de sacrificarse por el bien común?

Lenin permaneció unos instantes en silencio. Esbozó una sonrisa mientras se dirigía a Paul.

—Amigo mío, no tenga la menor duda de que las mujeres dominarán el mundo. Son perseverantes, voluntariosas, menos pasionales y más inteligentes que los hombres. Mientras dominaba la fuerza bruta, ellas no tenían posibilidad de demostrar sus aptitudes, pero a partir de ahora… ¡Sí, querida amiga, sus dudas son más que razonables! Pero sigamos intentando dar un paso tras otro. Ahora lo primordial es la justicia histórica, acabar con la desigualdad y la opresión que permiten que personajes inanes se consideren designados por Dios todopoderoso, por lo que solo a él tienen que rendir cuentas. La religión es su coartada. Por tanto se transciende la reflexión y se entra en la fe. La religión es mucho más que el opio del pueblo, es la cadena que lo ata, la palabra que lo envuelve en disquisiciones metafísicas que no conducen a ninguna parte, la sinrazón que impide discutir sobre los misterios de la propia realidad. Es asombroso que hoy en día se sigan aceptando tales argumentaciones. Esas discusiones entre rabinos o popes ortodoxos, curas católicos o mulás musulmanes acerca del sexo de los ángeles… Todos ellos saben bien lo que existe detrás de las tramoyas, y sin embargo ninguno de

ellos lo pone en tela de juicio. Pero usted me pregunta si los seres humanos serán capaces de transcender sus propias miserias, si el altruismo podrá vencer al egoísmo, si el sentido ético superará a la corrupción, si el ansia de poder no acabará creando otro déspota, otro dictador que eche a perder el esfuerzo de todos los demás. Se dice con razón que el poder corrompe. ¿Qué sucedería si cualquiera de nosotros se convirtiera en un nuevo zar civil? Reconozco que eso sería muy peligroso. ¿Quién llega al poder? Están las circunstancias, tan mutables, tan caprichosas. El mismo azar, que juega con los hombres a cada instante. Luego están las voluntades, el querer ser más que los demás. Y, por fin, podríamos hablar del destino. Ese hombre que al final logra alcanzar la cumbre subiendo peldaños colocados por el azar, otros por la necesidad, otros más por los intereses creados, la ambición, el ansia de poder, la ayuda de los que lo rodean y que quieren siempre su parte del pastel, ¿será el mejor de entre todos? ¿No cambiará su criterio cuando el propio poder lo abrume? ¿Somos al fin lo que pretendemos ser o lo que aparentamos en un drama que durará mientras sigamos siendo lo que somos? ¡No lo sé! Pero sí sé que hay que cambiar el sistema, en eso estarán ustedes de acuerdo. ¿Cómo puede ser que Rusia tenga esos gobernantes? ¡Yo tengo mi criterio! ¡Esos «stárets» impiden al pueblo ver la realidad!

Nadezhda Konstantinovna se había unido a la reunión. Paul notó que la mujer también deseaba dar su opinión, por lo que acabó relevando a su marido y compañero:

—¡Todo eso está muy bien! Lo que cambiará las cosas será la educación. Sin una correcta educación, no hay nada. El problema actual en Rusia es que no se ha educado al pueblo, y los que presumen de educación no poseen la adecuada, salvo en contadas excepciones. La educación socialista marxista inculcará al pueblo unos valores proletarios muy diferentes. Estarán de acuerdo conmigo en que solo somos aquello en lo que nos han educado. La decisiva intervención de la religión en la educación ha sido nefasta, y eso tendrá que cambiar con la revolución —Nadezhda hablaba como si viera el futuro—. Educaremos al pueblo según las exigencias socialistas y entonces, solo entonces, todo cambiará.

Lenin dio con una sonrisa el visto bueno a las palabras de su mujer y retomó la palabra:

—No crean que aquí nos pasamos el día discutiendo de filosofía. Nadezhda hace la compra y luego cocina para la familia, y muy bien por cierto. Yo arreglo el jardín, juego al ajedrez con los vecinos o paseo un rato para estirar las piernas. Somos una feliz familia burguesa, y para nada lo que

dicen los periódicos de París, Berlín o Londres, convencidos de que esta casa es una célula revolucionaria en la que se conspira a todas horas para destruir el orden mundial. ¡Qué solemne estupidez!

—Vladimir Ilich y Nadezhda Konstantinovna, queremos agradecerles su hospitalidad. Por supuesto, escribiré un artículo sobre esta acogida. Es importante que la gente sepa quién es en realidad ese mito llamado Lenin. Y espero que alguna vez podamos encontrarnos en paz y tranquilidad en Rusia —dijo Paul levantándose a la vez que Amalia—. Vladimir Ilich, usted tendrá mucho que decir en todo lo que está por venir.

Lenin lo miró con simpatía.

—No confunda usted los deseos con la realidad… A mí también me gustaría encontrarles en San Petersburgo. ¡Qué estupidez intentar cambiar el nombre a las ciudades! Bueno, adiós y suerte.

Nadezhda los acompañó hasta la cancela del jardín, solícita como si quisiera hacerse perdonar su hosco recibimiento.

—Verán, Vladimir Ilich tiene muchos admiradores… y algunos enemigos. El prefecto de policía de Ginebra nos advirtió que tuviéramos mucho cuidado. También llegan hasta aquí muchos curiosos que solo vienen para poder contar que una vez estuvieron con Lenin. Ustedes han sido muy amables. Adiós.

Amalia y Paul volvieron al Hotel de la Paix, que habían escogido para su estancia en el centro de Ginebra. Una habitación con vistas al lago Leman. Allí encontraron un telegrama de Natasha que les avisaba de que la policía se había presentado en su casa de Berlín preguntando por Amalia y les pedía que no volvieran a pisar Alemania. Añadía que no le explicaron el motivo de la visita pero que parecían tener mucho interés en saber dónde se hallaba Amalia Teliéguina.

Paul comentó que lo más prudente era cruzar desde Ginebra a Francia. Irían a París y una vez allí decidirían.

XV
La consagración de la primavera

En la frontera el pasaporte diplomático volvió a surtir efecto. Una pareja de diplomáticos americanos siempre era bienvenida en Francia, donde el gobierno intentaba desesperadamente que los Estados Unidos entraran en la guerra. Permanecieron una semana en Lyon. Paul quería terminar un artículo sobre la entrevista con Lenin y escribir otro sobre la situación en la Suiza neutral. Amalia aprovechó para visitar la ciudad y contactar con un artista joven del que le habían hablado, pero después de mucho indagar resultó que acababa de marcharse a España.

Una noche cogieron el expreso nocturno con dirección a París. Francia intentaba aparentar normalidad, pero la situación de guerra era evidente en el pesado ambiente tan falto de alegría que se percibía por doquier, especialmente en las estaciones abarrotadas de militares que iban y venían. Llegaron a París tras un cansado viaje, con paradas intempestivas a media noche e interminables esperas en vías muertas para dejar paso a los convoyes militares. El tren llevaba las luces de emergencia y las ventanillas pintadas por precaución.

Les sorprendió el ambiente de París, donde las numerosas bajas en el frente, las continuas ambulancias que llegaban en largas filas en dirección a los hospitales, se intentaba compensar con una imagen de forzada normalidad. Sabían que allí seguía Diáguilev con sus ballets rusos, y las galerías de arte exponían nuevas colecciones de la pintura más actual, entre ellas la de artistas rusos que ambos conocían.

El mismo día de su llegada se acercaron por la tarde a la Opera Garnier para saludar a Diáguilev, que se mostró muy cordial con ellos y les dijo que Stravinski se encontraba en París. Quería que cenaran con ellos. Aquel hombre tenía una personalidad arrolladora y una mente ágil que siempre veía mucho más allá que los que lo rodeaban. Cuando vio a Amalia la saludó en francés por su apellido, y eso que solo la había visto una vez en Berlín dos años antes. Sabía que las hermanas Teliéguina siempre habían demostrado un gran altruismo y un enorme interés por todo lo que tuviera que ver con el arte.

Paul se dio cuenta de cómo lo observaba fijamente con su penetrante mirada. Los brillantes ojos negros de Serguéi Diáguilev escrutaban a todos los

que se le acercaban. Si se trataba de muchachos jóvenes y apuestos, era evidente su interés por ellos. Su rostro cetrino, su cabello negro y su aspecto general delataban al hombre con sangre del sur. Allí todos lo conocían por Serge, y para todos tenía una frase amable. Paul notó que intentaba aparentar una elegancia natural que resultaba algo amanerada. Le preguntó por Karl von Lissberg casi suspirando, y Paul recordó la intensa relación que ambos hombres habían mantenido durante el último viaje de Diáguilev a San Petersburgo.

Quedaron para la cena con Stravinski en el restaurante del Hotel de la Paix, junto a la Ópera. A pesar de la situación en la ciudad, de la escasez de víveres, de que no se veía el final de la guerra y de que los alemanes la estaban ganando, los parisienses intentaban seguir divirtiéndose, pasarlo lo mejor posible mientras pudieran, sin pensar demasiado en el mañana.

París no se rendía nunca, y seguía habiendo el buen pan de siempre y los exquisitos *croissant*, las tiendas de ultramarinos despachaban casi de todo al que pudiera pagar, y los restaurantes del centro mantenían sus menús y hasta ofrecían nuevas especialidades acordes con las nuevas tendencias artísticas, como la ternera Stroganoff y otras recetas rusas, polacas o griegas. El exotismo del Este se había impuesto en la moda y también en la cocina.

Pasearon por los bulevares. Encontraron una galería abierta y entraron a curiosear. Efectivamente, allí estaban expuestos lienzos de Malevich, de Tatlin, de Filónov, incluso de Natalia Goncharova y de Lariónov, entre otros pintores que estaban triunfando en toda Europa, con o sin guerra. Los acompañaban pinturas y grabados de Picasso, Léger y otros. Era una palpable demostración del interés por la vanguardia rusa y sus novedosos conceptos.

El galerista que los atendió, Antoine Duschamps, admiraba a los artistas rusos.

—La vanguardia rusa tiene en vilo al mundo del arte, y no solo en París. Es como si de pronto lo nuevo estuviera imponiéndose en todas partes. ¡Qué interesante! Sinceramente, hace pocos años nadie habría apostado por ello, pero ahora el cubismo, el futurismo, el orfismo, todos esos movimientos de vanguardia nos demuestran que algo muy importante se está gestando en toda Rusia. ¡Kandinsky, Gabo[142], Rodchenko[143]! ¡Decenas de pintores que están experimentando continuamente! El verdadero valor de todo ello lo conocen los marchantes, como es el caso del propietario de esta galería, Ambroise Vollard[144], o Paul Guillaume[145], o ese joven de origen alemán, Daniel Henry Kahnweiler[146], que está encumbrando a Pablo Picasso, a Georges Braque, a André Derain, a Juan Gris… ¡a tantos otros! También ese

extraordinario «connaisseur», Paul Durand-Ruel. Lo que sí puedo garantizarles es que sin esa magnífica vanguardia rusa, el arte actual sería otra cosa.

Al salir de la galería se dirigieron al restaurante donde les aguardaban Serguéi Diáguilev e Igor Stravinski en la misma puerta. Diáguilev les presentó al compositor de moda, al genio de la música que estaba triunfando en París.

Igor Stravinski recordó a Paul la tarde en que coincidieron de la casa de Anna Ajmátova en San Petersburgo. Era un hombre pequeño, enjuto, dotado de una prominente nariz, un poblado bigote y ojos negros penetrantes tras unas gafas con montura de carey. Entre ambos hombres existía una gran complicidad. Tanto uno como otro vestían a la última, elegantes trajes cortados por los mejores sastres de la ciudad. Diáguilev era muy campechano y cordial. Sonreía permanentemente y se notaba que era un hombre de mundo.

—Bueno, queridos amigos —fue él quien abrió la conversación—, aquí estamos tres rusos y una rusa que, por una razón u otra, parecen no querer serlo aunque todos aman a la madre patria más que a nada en el mundo. Los cuatro soñamos cada noche y no dejamos de pensar en ese hermoso y dramático país —señaló a Paul—. Usted es americano según su pasaporte pero, por lo que me contó, su sangre es rusa cien por cien, y usted mismo me ha contado que muchos rusos le dicen que tiene aspecto de noble ruso. Usted, madame Alexander, tiene pasaporte alemán y vive en Berlín, al menos hasta hace poco; su sangre es medio rusa por su madre y medio israelí por su padre, que también nació en Rusia. En cuanto a mi amigo Stravinski, ¿quién hay más ruso que él? *El pájaro de fuego*, *Petrushka* y no digamos esa maravilla de *La consagración de la primavera* son extraordinarias obras maestras que lo han consagrado, valga la reiteración, como el ruso más universal. ¡Ah, esa barahúnda y salvaje disonancia polifónica de la Consagración! ¡Como un batallón de cosacos galopando por la estepa! Que no salga de aquí que acaba de llegar de Suiza, donde reside y compone, y ya quiere regresar a la paz y tranquilidad suizas mañana mismo. ¡Igor, eres un genio!

Paul preguntó a Stravinski la razón de su éxito mundial. Aquel joven que acababa de cumplir treinta y tres años se había revelado como el mejor compositor ruso desde Chaikovski. Stravinski parecía algo tímido. Le contestó sin mirarle a los ojos. Paul se percató de que la belleza de Amalia lo había turbado pues parecía incapaz de apartar los ojos de ella. Se decía de él que era un mujeriego impenitente a pesar de su poco agraciado físico.

—No hay mucho que contar. Nací en Oranienbaum, aunque siempre me he sentido de San Petersburgo. ¡No pienso aceptar eso de Petrogrado! Esa ciudad ha tenido compositores como Mussorgsky, como Rimsky-Korsakov o como mi querido amigo Serguéi Prokófiev, al que todos tendríamos que prestar más atención. Pero le decía… Rimsky-Korsakov fue el mejor de mis maestros, me influyó mucho y me sigue influyendo. Aquel hombre amaba Rusia. Me lo dijo él, y lo demostró con su música. Sus composiciones expresan lo que Rusia significa para sus músicos. Me preguntará usted si es lo mismo San Petersburgo que la región del Volga o del Don. ¿No? Evidentemente, hay muchas clases de rusos, pero lo singular es que todos ellos, ya sean de Vladivostok o de Crimea, se sienten profundamente rusos. Eso me lo explicó él. Esos ritmos abruptos, salvajes, agresivos, de la historia de Rusia que contrastan con una armonía politonal. El que escucha por primera vez *La consagración* se queda de pronto sin saber a qué atenerse. ¿Una armonía llena de desorden? ¿Una improvisación inesperada? ¿Un impulso irrefrenable? ¿Una brutalidad que casi lo abruma? ¡Es que todo ello es parte de nuestra idiosincrasia! ¡Somos rusos! ¡Así es el alma rusa! Se me acusa de efectos excesivamente violentos, agresivos, de una percusión al límite. Le contestaré. ¡Así es Rusia! Imaginen el Don, la placidez de una hermosa tarde de verano; de pronto aparece tras una loma un grupo de cosacos al galope. La llanura retumba, resuena, vibra. La propia tierra se convierte en un enorme tambor. ¡Y solo por unos instantes! Después vuelve la tranquila soledad. No estamos hablando de esos compases románticos, tampoco hay nada de clasicismo en ello. ¡Surgió así! ¡Esos cambios de compás! ¡Ah, Rusia! ¿Sabe quién la entendió desde el mismo momento en que la toqué para él? Nikolai Konstantinovich Roerich. ¡Pregúntenle a él! ¡Ese sí que es un hombre espiritual! ¡Un espíritu ruso! Él, como Dostoievski, sostiene que la conciencia de la belleza salvará al mundo.

Diáguilev golpeó la mesa con ambas manos, entusiasmado al escuchar a su amigo.

—¡Ah, mi buen Igor! Si os cruzáis con él por la calle no lo veréis, es menudo, discreto, silencioso como esos duendecillos del bosque, pero si escucháis sus obras os parecerá un gigante y el corazón os palpitará como si quisiera escapar de vuestro pecho —Diáguilev no podía contener su entusiasmo—. ¡Él me ha devuelto la ilusión! ¡Y apenas es un muchacho! ¿Qué no será capaz de componer este hombre cuando posea la experiencia de la vida? Quisiera vivir hasta entonces solo para poder presenciarlo y escucharlo.

Amalia, contagiada por las vibrantes palabras de Diáguilev, aplaudió sin poder contenerse. También aplaudieron los comensales de la mesa de al lado, que no habían podido evitar escuchar su sonora voz y habían reconocido al compositor de moda.

—¡Paul, quiero ir esta misma tarde a ver *La consagración de la primavera*! ¡Yo también me siento muy rusa en estos momentos! ¡No quiero seguir siendo alemana! Mi padre debió instalarse en París, ahora seríamos francesas y rusas al tiempo. Nos entenderemos siempre, pero con los alemanes es imposible.

Diáguilev les cedió su palco en el teatro de los Campos Elíseos donde se estaba representando el ballet. Paul leyó el resumen de aquella bellísima historia de la Rusia ancestral, en la que una doncella debía ser raptada y sacrificada al inicio de la primavera para bailar hasta morir, pues solo así los dioses respetarían la cosecha, y consiguió hacer llorar a Amalia, tal vez demasiado sensible para la indescriptible belleza plástica de la obra. Los instrumentos de percusión y los de viento evocaban escenas de un primitivismo salvaje.

Paul se sentía tranquilo por primera vez en muchas semanas. Ella vio en un momento dado resbalar una lágrima por su rostro y, extrañada, le preguntó qué le sucedía.

—Estoy recordando la batalla de Tannenberg. Cuando resuenan esos tambores, veo a lo lejos caer los jóvenes soldados rusos. ¡Stravinski es un verdadero genio!

A finales de septiembre de 1915, embarcaron en el Havre, en el buque Horace de la compañía Lamport & Holt, con destino a Nueva York. La tragedia del *Lusitania*, apenas cinco meses antes, había demostrado que ningún buque estaba a salvo de los submarinos alemanes. Los U-Boots de la flota del káiser eran famosos por sus ataques casi suicidas, a pesar de que el propio canciller Bethmann Hollweg intentaba inútilmente moderarlos por temor a la posible entrada de los Estados Unidos en la contienda. Durante la travesía tuvieron mal tiempo y apenas pudieron abandonar el camarote. Sin embargo, ni una sola vez sonó la alarma que advertía de la cercanía de algún submarino. Llegaron a Nueva York el 4 de octubre. Amalia tuvo que reunirse con los abogados que la aguardaban para organizar y dar el visto bueno a las inversiones de capital procedente de la venta de varias de sus empresas en Europa. Intentó que Paul se implicara en todo ello, pero él se negó arguyendo

que no entendía ni una palabra de finanzas y que confiaba en que ella lo llevaría todo adelante con éxito. Paul notó que ella esperaba otra respuesta y que, por primera vez, parecía defraudada con él, pero ni así cedió a sus presiones.

Unos días después tuvo una reunión en la redacción del *New York Herald*. El director le propuso que se quedara en Nueva York como subdirector, pero Paul no aceptó la oferta. Le explicó, empleando toda su mano izquierda, que pensaba volver a Europa para seguir con sus reportajes desde allí, tal y como había estado haciendo durante los últimos años. Alegó que tenía compromisos que cumplir, entre ellos terminar el libro sobre Rusia en el que había puesto muchas esperanzas. El director se resignó al comprender que la alternativa sería perder definitivamente a alguien que tanto había colaborado en el éxito del periódico en su última etapa. Paul le prometió que cuando acabase el conflicto volvería y aceptaría el cargo que entonces le propusiese. Era cuestión de meses.

Aquella decisión podía afectar incluso a su matrimonio. Él la había advertido de ello antes de casarse, y Amalia entonces lo aceptó. Pero todo aquello se veía desde otra perspectiva en Manhattan. Hablaron de las distintas posibilidades. Ella debía permanecer en Nueva York al menos hasta que Natasha acabara de liquidar sus asuntos en Alemania y se hiciera cargo de las nuevas empresas en los Estados Unidos. Era una arriesgada apuesta ya que se trataba de una especie de salto al vacío al cambiar de escenario jurídico y financiero y tratarse de nuevos negocios de los que ninguna de las dos tenía experiencia. Nada sabían de cine, de petróleo ni de otras oportunidades que se les estaban presentando.

Desde el primer momento, Paul quiso dejar muy clara su situación. Aquel complejo mundo de continuas reuniones de negocios, de estar pendiente del transcurrir cotidiano de las bolsas, en aquellos momentos tan afectadas por los avatares de la guerra en Europa, de tener que viajar para controlar lo que se hacía o se dejaba de hacer en lugares tan alejados como California o Texas, no le motivaba lo más mínimo. Le explicó a Amalia que la amaba pero que no podía sacrificar su vida en aras de algo que no le interesaba, y que desde luego no pensaba cambiar de oficio. Ella comprendió que si deseaba preservar su matrimonio, tendría que aceptar de buen grado la libertad de acción de su esposo.

Convinieron en que Paul volvería a San Petersburgo por un tiempo, hasta la culminación del libro, aunque intentaría acortar en lo posible su estancia. Amalia permanecería en los Estados Unidos, confiando en que las cosas se verían de otra manera una vez acabada la guerra. Natasha estaba liquidando las empresas familiares en Alemania a la vez que preparando el traslado de su colección de arte y de todo aquello de lo que no quería desprenderse. La decisión de abandonar Alemania era irrevocable desde la muerte de su madre. Nada las unía a aquel país en el que habían llegado a creer que vivirían siempre, dado que el ambiente era cada vez más hostil a los no alemanes. No se trataba de algo provisional sino de establecerse definitivamente en los Estados Unidos, y, en el caso de Natasha, de solicitar la nacionalidad en cuanto pudiera hacerlo legalmente. Ambas estaban convencidas de que si en algún lugar existía una verdadera democracia, era en los Estados Unidos. Además, en Nueva York vivía el hermano menor de su padre, Benjamín Teliéguina, y en Los Ángeles su tía segunda, Raquel Salomón y parte de su familia de ascendencia judía.

Paul era consciente de que la sangre judía de Amalia y Natasha les hacía ver el mundo de otra manera. Para ellas era como si no existieran las fronteras, ni siquiera los países, ni los idiomas, ya que hablaban a la perfección varios idiomas: ruso, alemán, francés, inglés, italiano, incluso algo de español, y en una reunión saltaban de uno a otro con total naturalidad. Amalia se reía cuando él le decía algo en yiddish, que paradójicamente ella no hablaba aunque entendía algunas cosas. Por supuesto, Natasha se movía como pez en el agua en el mundo de los negocios, y Amalia no le iba a la zaga, naturalmente con menos experiencia. Comenzar una nueva vida no les asustaba.

Sabían que tendrían que buscar a las personas más adecuadas para poder moverse con facilidad en aquel laberinto financiero, a los agentes más capaces, a los mejores abogados, a los agentes de bolsa más acreditados, a los financieros más solventes. Lo que para otros hubiera supuesto una barrera infranqueable solo eran pequeños escollos perfectamente asumibles para ellas.

En cuanto a tener que permanecer separados, ambos lo veían como algo temporal. Le prometió que cuando hubiese terminado de preparar la información que necesitaba para el libro, volvería para establecerse definitivamente donde ella eligiera. No sabía cuánto tiempo iba a necesitar, dependía de factores que no podía controlar, como el desarrollo de la guerra y lo que podía suceder en Rusia.

Tenía pensado ir abandonando poco a poco el periodismo para dedicarse a la literatura, y comprobar si aquella larga y rica experiencia que le había hecho ver el mundo de otra manera podría repetirla en diferentes lugares. Se sentía muy interesado por otros lugares pero no quería discutir con Amalia hasta llegado el momento.

Programó su viaje a Rusia para principios de 1916, que ya estaba a la vuelta de la esquina. Ambos deseaban pasar la Navidad juntos en el apartamento que Natasha había adquirido hacía tiempo en Manhattan, un precioso ático en la Quinta Avenida que Amalia estaba decorando en espera de que llegaran los mejores cuadros de su colección. La idea de Natasha era adquirir más adelante una mansión en alguna zona residencial cercana a Manhattan. Amalia prefería vivir en el centro y había decidido quedarse con aquel apartamento frente a Central Park. Paul no deseaba interferir, se amoldaba a las circunstancias.

Mientras, la guerra seguía su curso en Europa. Desde su dura experiencia en Tannenberg, la veía como algo brutal y sin sentido. Aquella era una guerra absurda, estúpida y mortífera, y Amalia compartía su punto de vista. Ella solo le pidió que no volviera al frente ni que pusiera en peligro su vida. El 15 de enero de 1916 embarcó en Nueva York con destino a Southampton. Hubiera preferido que Amalia no tuviera tantas complicaciones en su vida a causa de su fortuna. Tampoco podía dejar de pensar en Irina Pávlova. Ambas se distanciaban de él, una por el dinero, la otra por la política. Tenía que reconocer que Amalia, además de ser muy bella, tenía todo lo que él hubiera pedido a una mujer. Era comprensiva, encantadora, culta y compasiva con las desgracias ajenas. El único problema era que sus múltiples negocios la absorbían demasiado. Apenas le quedaba tiempo para otra cosa y él comenzaba a captar la verdadera dimensión de la fortuna de ambas hermanas. Recordaba con nostalgia y algo de amargura los primeros días pasados con Irina, cuando ella llegaba a su piso con el rostro y las manos heladas, y desayunaban juntos mientras él comenzaba a chapurrear el alemán. Reconocía que no tenía la menor ambición material. No quería llegar a ser el hombre más rico del cementerio sino aprovechar su tiempo lo mejor posible, aunque en aquellos momentos sentía tener que separarse de Amalia, de la que creía estar profundamente enamorado.

A finales de enero desembarcó tras un largo viaje motivado por la necesidad de viajar en un enorme convoy que navegaba con grandes

precauciones ante la posibilidad de ataques de los submarinos alemanes, que dominaban el Atlántico norte y cada mes enviaban al fondo del mar decenas de barcos. Tuvieron suerte y ninguno de los navíos que componían el convoy resultó atacado en aquella travesía. Cuando arribó a Southampton, viajó esa misma tarde a Londres y se hospedó en un hotel junto a Marble Arch. La prensa londinense traía aquella tarde la noticia de la renuncia del primer ministro ruso, Iván Goremykin, alegando razones de edad y salud para dejar su cargo. Se hablaba de Boris Shtiúrmer como posible sustituto. Recordó de este último lo que se decía en San Petersburgo acerca de su extraña relación con Rasputín. La clave de la situación era la regencia en que se encontraba el imperio al haber dejado el zar el poder en manos de la emperatriz para ponerse al frente de las tropas. Se decía de Boris Shtiúrmer que era germanófilo, un reaccionario que despreciaba a todos los que no pensaban como él. Paul pensaba que aquella elección era una estupidez que no ayudaría a mejorar la situación de Rusia.

Dos días más tarde recibió en el hotel un telegrama rogándole que acudiera a la embajada de los Estados Unidos en Londres. No sabía de qué se trataba pero acudió. Había estado en la embajada para conseguir un nuevo pasaporte diplomático ya que el suyo caducaba en un par de meses, y prefería renovarlo en Londres. Lo recibió el propio embajador, Walter Hines Page. Le pidió sin rodeos que enviara informes confidenciales a la embajada americana cuando volviera a San Petersburgo. Paul le preguntó con la misma franqueza si lo estaban contratando como espía. El embajador sonrió diciéndole:

—¡No exactamente, querido amigo! Rusia no es una nación enemiga de los Estados Unidos sino más bien aliada, pero no sabemos lo que sucederá en el futuro. Como usted comprenderá, no pretendemos espiar un país que muy probablemente terminará siendo nuestro aliado, sino saber lo que se está cociendo allí. En San Petersburgo, o cómo demonios se llame ahora, y también en Moscú. Necesitamos saber qué están planeando esos mencheviques, bolcheviques y socialistas. ¡Eso es lo que pretendemos entender! Y, por lo que sabemos, es usted un experto en ese país y conoce personalmente a algunos de sus líderes. Además, su actual estatus diplomático le puede favorecer mucho en esta misión. Mire, Alexander, solo le pedimos que ayude a su país. Nuestros enemigos son las potencias centrales, y entre otras cosas queremos saber si los alemanes mantienen alguna relación con esos bolcheviques y demás. Por ejemplo, quiénes en la Duma desean que los

Estados Unidos intervengan en el conflicto, ya que por ahora el único que se ha definido es ese tal Kérensky. ¿De acuerdo?

Aceptó con cierta resignación, consciente de que no podía negarse. El embajador conocía su origen ruso. Le había venido a decir que no podía anteponer su sangre a su país, también estaría al tanto de lo sucedido con Amalia, y cómo el embajador en San Petersburgo le había conseguido el pasaporte norteamericano y colaborado en que ella pudiera salir de Rusia.

El embajador Page le mostró su satisfacción por su decisión. Le dijo que era muy importante para los Estados Unidos saber lo que estaba sucediendo y contar con gente preparada, pues eso facilitaría sus decisiones ante lo que pudiera ocurrir.

Quiso presentarle el embajador americano en Constantinopla, que se encontraba en Londres asistiendo a una importante reunión. Henry Morgenthau[147] había oído hablar de la familia Teliéguina. También judío, era un importante hombre de negocios de Nueva York. Mientras el embajador Page les servía un café, Paul oyó por primera vez hablar de las matanzas de cristianos armenios instigadas por el propio gobierno turco. Parecía algo difícil de creer, pero Morgenthau tenía evidencias de lo que estaba sucediendo en Turquía con la complicidad de los alemanes. Lo que estaba oyendo era una historia terrible en la que el gobierno de un país había tomado la increíble decisión de aniquilar a parte de sus súbditos por el solo hecho de ser cristianos y de pertenecer a una raza diferente, la armenia, que era la originaria de aquellas tierras. Pretendían borrar las huellas de la historia para hacer creer que aquello era territorio turco desde el principio de los tiempos.

—Lo que está sucediendo es algo espantoso —Morgenthau hablaba con tranquilidad, pero se notaba que contenía su indignación—. Los armenios se encuentran inermes y están siendo aniquilados sin la menor consideración. El gobierno del Ittihad, de los «Jóvenes Turcos»[148], ha tomado la decisión de acabar con las huellas de Armenia. Hasta sus iglesias, monasterios, cementerios, antiguas ruinas y vestigios históricos. ¡Todo debe desaparecer! Nunca antes en la historia de la humanidad se había dado un caso de maldad semejante… aunque por otra parte no lo conseguirán. ¡Es como si no conocieran a los armenios! ¡Aunque solo quedara uno, su testimonio sería imposible de callar!

Les explicó que había enviado informes a Washington por valija diplomática y que el gobierno estaba informado. Cuando Paul le preguntó cuáles eran las medidas que estaban tomando para intentar detener la situación, Morgenthau le contestó con toda claridad.

—No, Paul, no… A fin de cuentas, ¿quién conoce a los armenios? ¿Un pueblo cristiano en Turquía? No, eso no le importa a nadie, aunque sean más de tres millones de personas dispersas desde el Cáucaso hasta el Mediterráneo, un pueblo de gran relevancia cultural, histórica y sobre todo humana. Fueron los primeros habitantes de la región y los romanos los tenían por un pueblo irreductible. Después fueron sojuzgados por los turcos otomanos, que llegaron en imparables oleadas desde Asia central. Ahora se ha hecho con el poder un triunvirato. Talaat Pashá, el presidente del consejo de ministros, Enver Pashá, ministro de la guerra, y Djemal Bey, actual ministro de Marina. Ellos tres son responsables de lo que pueda suceder al pueblo armenio. Me encuentro en Londres en una reunión de altos representantes de los gobiernos de Gran Bretaña, Francia y nuestro país para discutir una serie de temas relacionados con nuestra posición en el actual conflicto. ¿Sabe quién pretende añadir más problemas a los ya existentes? Llega el embajador americano ante la Sublime Puerta a denunciar una matanza de armenios. Me observan como si no tuvieran suficientes problemas y nadie atiende a mis llamamientos. Y le diré una cosa más. En estos días se está cometiendo un terrible crimen contra la humanidad, y siento una enorme vergüenza al saber que cuando vuelva a Constantinopla no podré dar esperanzas a los armenios. ¡Si usted viera con qué cinismo me trata el primer ministro Talaat, convencido de su impunidad y animado por el embajador alemán! ¡No puedo soportarlo!

Aquel hombre estaba presenciando algo atroz y se sentía frustrado al ver que sus denuncias no eran atendidas por nadie.

—Nadie atiende a mis denuncias de que allí se está cometiendo un crimen contra la humanidad. ¡Ver morir a gente inocente de aquella atroz manera y cómo los gobiernos de occidente se encogen de hombros!…

Morgenthau le explicó que existía una gran complicidad por parte de Alemania que, a pesar de tratarse de un país cristiano y moderno, colaboraba con el gobierno de Turquía para afianzar su posición política en la región.

Salió pensativo de la embajada. Sabía que se estaba complicando la vida al aceptar redactar aquellos informes. Recordó las dos reuniones con Lenin, en las que pudo mantener una total objetividad, y pensó que en adelante no podría hacerlo sin avergonzarse. No era lo mismo escribir un artículo para el periódico que un informe para los servicios de inteligencia. En Rusia se hablaba mucho de los espías que trabajaban para Alemania, y se decía que hasta la emperatriz apoyaba a los alemanes por su nacimiento y su fuerte

acento alemán, también por ser casi todos alemanes sus consejeros, sus damas y sus camareras.

A Londres llegaban continuas noticias del deterioro de la situación en Rusia. Se sabía que los alimentos de primera necesidad comenzaban a escasear y que la inseguridad aumentaba de día en día. A pesar de ello, no pensó en renunciar a viajar allí pese a las dificultades para llegar. No quería seguir en Londres, necesitaba volver. Seguía considerando su piso en San Petersburgo como su refugio, aunque tampoco podía olvidar a Amalia en Nueva York.

Unos días más tarde le sugirieron que embarcara en Ipswich en un pequeño paquebote de bandera noruega que zarpaba con destino a Kristiansand, seiscientas millas al nordeste. Una vez allí no tendría problemas para llegar a Copenhague, y luego a San Petersburgo en el barquito de la Cruz Roja. Fue a Ipswich en tren, allí caminó hasta el puerto y buscó la taberna donde lo conducirían hasta el barco. El tabernero lo escuchó en silencio, luego le señaló a alguien sentado en una mesa del fondo. Se trataba de Gustav Johannson, el patrón, un hombre de pocas palabras al que solo pudo sacarle que zarparían esa misma noche. Cuando le preguntó sí creía que era algo arriesgado, el patrón se encogió de hombros y masculló que todo era peligroso en aquellos tiempos, pues aunque el barco ostentaba pabellón noruego, es decir neutral, zarparían de un puerto inglés. Luego soltó con sarcasmo que de los alemanes se podía esperar cualquier cosa.

El viejo paquebote zarpó de Ipswich al anochecer. El mar estaba como una balsa y la luna en cuarto creciente apenas permitía distinguir un horizonte gris acerado. Hacía mucho frío y, cuando el contramaestre inició la guardia, no se podía permanecer impunemente en el exterior del puente. Dos marineros situados a popa y a proa completaban la vigilancia.

Johannson le ofreció una taza de café caliente, que aceptó. Aquel hombre no tenía muy buen concepto de los alemanes, cuyo empecinado militarismo había desencadenado la guerra. Estuvieron conversando mientras tomaban el café en el puente cubierto que hacía las veces de comedor y de sala de oficiales, un pequeño espacio de doce por quince pies.

—Yo trabajaba para una naviera alemana, entonces era primer oficial de un *ferry* que hacía la línea entre Bremerhaven y Kristiansand. El armador era un hombre que sentía un absoluto desprecio por todos los no alemanes. Resultaba muy difícil trabajar con él. ¡Siempre con la misma historia! Era miembro de una asociación de defensa de la raza alemana y odiaba por igual a polacos, judíos y rusos. Esa es la atmósfera que se respira hoy en toda

Alemania. Al final tuve que marcharme, y aquí estoy, teniendo que pintar la bandera noruega en los costados para evitar que un submarino alemán nos torpedee. Aunque ni así podemos navegar tranquilos, con la certeza de que no sucederá nada.

Cuando pisó tierra en Kristiansand dos días después, suspiró aliviado. Al menos aquella amenaza había quedado atrás. El paso siguiente era llegar a Petrogrado. No pudo encontrar ningún barco que se dirigiera a aquel puerto, y tras unos días de incertidumbre decidió ir hasta Estocolmo. Una vez allí buscaría el modo de dar el siguiente salto. Johannson le presentó un patrón de pesquero con base en Goteborg que le permitió embarcar por apenas cincuenta dólares americanos. A los cuatro días se hallaba en Goteborg. En aquel idílico puerto era difícil hacerse a la idea de que Europa ardía por los cuatro costados.

Tuvo la suerte de que el paquebote de la Cruz Roja atracaba en aquel puerto porque los hospitales daneses estaban saturados y los suecos habían decidido colaborar por motivos humanitarios. El único inconveniente era que debía aguardar casi dos semanas por reparación, ya que había que sustituir la hélice. Cualquier otra opción sería más arriesgada. Esperaría hasta poder embarcar para Petrogrado. Aprovecharía para poner en orden sus notas y redactar un capítulo sobre la actual situación de la guerra, enquistada en Verdún sin visos de cambios, como si todos se hubieran hecho a la idea de que la guerra era el estado natural del hombre.

El ambiente de Goteborg era parecido al de Suiza. Una ciudad laboriosa y tranquila. Alquiló una habitación en una casa particular junto al puerto y localizó un restaurante igual de cercano cuyo saloncito era un lugar apacible y caliente donde podía escribir tras la cristalera. Los suecos no querían saber nada de lo que estaba ocurriendo en el resto de Europa. Como luteranos se sentían escandalizados por tanta masacre.

Una tarde coincidió con Grigori Herzen, un ruso. Una vez que se presentaron, el hombre se declaró ferviente bolchevique. Le aseguró que la única solución para Rusia era aprovechar las circunstancias de la guerra para llevar a cabo una revolución, y que el único capaz de encabezarla era Lenin. Paul le contó las reuniones que había mantenido con él, en Copenhague y en su casa de Ginebra, y Herzen lo miraba con admiración y le preguntaba su opinión sobre las circunstancias. Después le explicó que por el momento no

podía volver a Rusia por temor a que lo detuvieran y enviaran a Siberia, o algo peor.

La reparación del barco de la Cruz Roja se demoró hasta finales de febrero. Mientras, los periódicos traían terribles noticias de Verdún. Los alemanes estaban llevando a cabo una gran ofensiva empleando una enorme cantidad de artillería pesada, y las bajas por ambos lados eran descomunales mientras se esfumaban las expectativas de lograr una paz a medio plazo. El jefe del Estado Mayor francés, Joffre, había creído que los alemanes atacarían por el norte, y eso le había hecho descuidar Verdún.

Paul ya no se podía quitar de encima a Grigori Herzen. Aquel hombre desconfiaba de Trotsky y de los que llamaba su «camarilla». Era de Novgorod y una vez que se le metía algo en la cabeza, era imposible hacerle cambiar de opinión. Cuando comenzó a tenerle confianza, le permitió que lo acompañara a una reunión en una casa a las afueras de Goteborg donde se reunían los bolcheviques exiliados o los que, por alguna razón, no podían volver a Rusia.

Herzen lo recogió en un coche de caballos en el puerto y se dirigió hacia el norte hasta una antigua casa de campo de madera pintada de rojo. Herzen le dijo bromeando que así no había duda alguna sobre quiénes se reunían en ella. La casa pertenecía a un sueco casado con una mujer de San Petersburgo que simpatizaba con los socialistas radicales. Entraron y Herzen le presentó a algunos de los más buscados por la Ojrana, todos ellos entusiasmados con la idea de iniciar ya algún movimiento subversivo en distintos lugares de Rusia. Fue la primera vez que escuchó la expresión «comunismo de guerra». Todos los presentes estaban muy al tanto de las circunstancias actuales del país, de la presión económica y social, de las tremendas bajas humanas, del caos en que se estaba desarrollando la guerra, y de cómo todo aquello afectaba a la vida diaria en San Petersburgo y Moscú, que comenzaban a sufrir desabastecimiento y problemas cotidianos que dificultaban aún más la vida de sus habitantes. Hablaron del enorme número de desertores, no tanto debido a la propaganda bolchevique para que se abandonara la guerra como al deficiente aprovisionamiento del ejército, tanto en vituallas como en repuestos, municiones y armamento.

Tampoco la intendencia militar parecía capaz de suministrar equipamiento a la enorme cantidad de reclutas necesarios para cubrir las bajas. Gran parte del problema era la corrupción, ya que algunos se estaban haciendo millonarios a expensas del caos en el frente, donde los soldados morían literalmente de hambre y sin ser atendidos por falta de medicinas y ambulancias. El gobierno no era capaz de dar respuesta a aquella caótica

situación y el malestar de las tropas crecía por días. Pero no solo allí. Las tremendas levas en el campo habían provocado grandes desequilibrios y comenzaba a notarse la escasez de mano de obra, lo que estaba resultando en una cosecha muy inferior a la de años anteriores.

Las principales ciudades estaban creciendo desmesuradamente a costa de la población de pueblos y aldeas, justo cuando su aprovisionamiento se veía gravemente comprometido. Ni Moscú ni Petrogrado, ni Smolensko, ni Novgorod, ni Odesa, ni Kiev ni ninguna otra de las grandes ciudades rusas recibía suficientes alimentos, medicinas o combustible para cubrir las necesidades del número de habitantes que aumentaba día a día.

De todo ello se hablaba en la reunión del Comité Bolchevique en Goteborg como de una verdadera oportunidad. El caldo de cultivo para la propaganda bolchevique y la revolución lo estaba provocando el propio gobierno ruso para gran satisfacción de los miembros del partido, que veían cómo cada paso que daban sus enemigos les servía a ellos para afianzarse.

Paul pensaba que aquello ya no tenía vuelta a atrás, y que la revolución de la que Lenin le había hablado no era ninguna entelequia, sino algo muy real que se estaba aproximando por momentos, y que las circunstancias de la guerra significaban mucho más que ganar o perder una batalla. Era la estabilidad de todo el sistema lo que estaba en juego. El zar Nicolás era una anacrónica figura, alejada de la realidad, incapaz de liderar aquel gigantesco país en una época tan turbulenta en la que los cambios eran casi impredecibles de un día para otro.

En Goteborg supo de la retirada de los ejércitos rusos en la región de los lagos Masurianos. Muchos de los soldados estaban desertando e integrándose en los partidos de izquierdas que propugnaban una revolución inmediata, a pesar de los esfuerzos de generales como Brusilov, del que ya se hablaba para el mando de los ejércitos del suroeste tras sus éxitos militares contra los austríacos.

Hasta mediados de marzo no consiguió embarcar y llegar a Petrogrado. El Neva se encontraba helado, y llegó un momento en que el barco en el que viajaba no pudo seguir avanzando. Tuvo que llegar a la ciudad en trineo. Después caminó hasta su casa. Hacía un frio glacial y en el termómetro de una tienda pudo leer −34 °C.

Cuando entraba en el portal se tropezó con Ludmilla Valenskovna, que salía a la calle. La mujer le abrazó emocionada de verle de nuevo allí.

Vacilaba, pero con palabras rápidas le dijo que Irina había aparecido de nuevo, y, al igual que en la ocasión anterior, sin explicar dónde había estado durante todo aquel tiempo. No había sido capaz de sonsacarle una sola palabra. Él mostró su satisfacción porque hubiera aparecido sana y salva, pero Ludmilla mantenía un rictus de preocupación y tristeza en su rostro. No pudo lograr saber más. Subió con ella hasta el ático de Karl, que se hallaba en el cuarto oscuro revelando fotos. Al cabo de un momento salió y, cuando lo vio, caminó cojeando levemente hacia él y lo abrazó.

—¡Paul! ¡Estábamos convencidos de que no ibas a volver tal como están las cosas! ¡Con lo tranquilo que podrías estar viviendo en Nueva York! ¡Aquí ya no hay ni café!

Ludmilla lo interrumpió para reprocharle que fuera tan exagerado, asegurando que muchos de los productos que comenzaban a escasear se podían seguir encontrando en el mercado negro.

—¡Si en Rusia existe una ciudad segura para vivir, esa es San Petersburgo! —dijo recalcando las palabras ya que, al igual que muchos habitantes de la ciudad, se negaba a llamarla Petrogrado.

Karl seguía teniendo acceso a palacio ya que la emperatriz no había cambiado de opinión, y deseaba que fuera él quien llevara a cabo la colección de fotos oficiales de las grandes duquesas y de la familia real al completo. Después, Karl le ofreció algunas de las fotos por si le hacían falta para ilustrar sus reportajes.

—¡Les encanta verse en los principales diarios y revistas internacionales! Esa gente no tiene conciencia de la gravedad de la situación, es como si vivieran en un mundo aparte, al que nada pudiera afectar.

Su amigo había recuperado las ganas de vivir, como si hubiera olvidado que le faltaba una pierna, ya que apenas se le notaba una leve cojera. Para su sorpresa, se dio cuenta de que la relación de Ludmilla con Karl trascendía la de una persona cercana, pues lo besaba o lo cogía de la mano a cada instante. Mientras ella se hallaba en la cocina preparando un té, le preguntó por ello. Karl sonrió y le explicó que efectivamente vivían como pareja. Ella era solo seis años mayor que él y seguía siendo una mujer bella. Luego, riendo ya francamente, bajó la voz añadiendo que por supuesto también le gustaban las mujeres, y que creía haberse enamorado de Ludmilla no solo por su belleza, sino por su carácter abierto y generoso.

Más tarde bajó a su piso. Todo seguía igual, pues la mujer del portero lo mantenía impecable, y tuvo la sensación de haber estado fuera solo un fin de semana. Pensó entonces que debía explicarles la situación y contarles su boda

con Amalia Teliéguina, aunque le seguía preocupando pensar cómo se lo tomaría Irina.

A la mañana siguiente fue a visitar a Fiódor Yegórovich y lo encontró saliendo de la redacción. Tras saludarse con afecto, tuvo que escuchar de nuevo la misma cantinela.

—¿Por qué has vuelto? Aquí las cosas están cada vez peor, y hubiera sido mejor que te quedaras en Nueva York o en Londres.

Después Fiódor le puso al corriente. Desde que el zar Nicolás se había puesto al frente de los ejércitos, los comentarios sobre la zarina y sus relaciones con Rasputín, y la extraña gente que este llevaba a palacio se habían disparado. En la calle todo el mundo hacía sus cábalas sobre lo que estaría ocurriendo entre el lúbrico monje y la esposa del zar, cuando no con sus hijas.

La situación en los frentes era mucho peor de lo que comentaban los periódicos, desastrosa. El número de desertores era enorme y los suministros no llegaban, ni siquiera las armas y municiones. A pesar de ello, parecía difícil que Rusia llegase a perder la guerra, con aquel territorio sin límites y una inmensa población de la que saldrían todos los ejércitos necesarios. Sin embargo, Fiódor se sentía desanimado. El gobierno no resolvía nada mientras día a día se degradaba la vida de sus súbditos. El primer ministro Boris Shtiúrmer**[149]** estaba demostrando ser un verdadero inútil, un cortesano pendiente exclusivamente de obsequiar a la emperatriz y, lo que era peor, manteniendo una relación de clara sumisión ante Rasputín, que movía los hilos del poder.

—¡Este país se va a deshacer como un azucarillo! ¡Algo muy serio va a suceder!

Fiódor había entrevistado a Pável Nikoláyevich Miliukov**[150]**, que demandaba ya el sufragio universal y una asamblea constituyente; o sea, un revolucionario para el entorno de palacio.

Petrogrado se encontraba en un estado cercano al colapso ya que no quedaban reservas de combustible y los productos de primera necesidad como la harina, el azúcar o la carne eran un lujo, al igual que el café y las medicinas. El soviet de la ciudad controlaba muchas de las funciones esenciales, como el correo, telégrafos y el ferrocarril, en manos de funcionarios cada día más agresivos.

El gobierno no podra hacer nada sin la Duma, y esta a su vez dependía de las circunstancias.

Como había comenzado a llover, cogieron el tranvía para acercarse a la casa de Fiódor, y este le confesó que colaboraba con los bolcheviques.

—Mira Paul, sinceramente no veo otro futuro que una revolución que lo cambie todo. Lenin tiene razón, este sistema está acabado. Y mucho menos futuro veo en las peticiones del Partido Constitucional Demócrata. Esos «kadetes» siguen creyendo en un tránsito en el marco del estado. ¿De qué estado? ¿El de la Ojrana? ¿El de los militares? ¿Los burgueses? ¿Los aristócratas como hasta ahora? ¿Los tradicionalistas, como la Iglesia? Ya no hay estado en Rusia. Si camináseмos en cualquier dirección durante unas horas, encontraríamos un país atrasado, sumergido en el siglo pasado, o incluso en la época medieval. Solo Petrogrado y Moscú pueden presumir de un cierto barniz de modernidad. ¡Qué desastre! La guerra ha puesto de manifiesto lo que ya sabíamos muchos. ¡Claro, ni la Iglesia, ni la nobleza, ni los burgueses quieren perder sus prerrogativas! ¿Recuerdas cuando estuvimos en Yasnaia Poliana? Lo recuerdo como si hubiera sucedido hace un siglo. Bueno, en cualquier caso, ya que estás aquí pongámonos a trabajar. Voy a presentarte a alguien muy interesante y vas a darte cuenta de cómo están cambiando las cosas.

Aquella misma tarde se acercaron a una sombrerería del centro. El propietario, un judío de nombre Salomón Abramovich, les hizo pasar a un pequeño despacho de la parte trasera. A través de una puerta accedieron a un almacén repleto de trastos viejos, y en el extremo opuesto encontraron una puerta disimulada por una estantería. Abramovich repiqueteó con los nudillos y alguien abrió desde el interior. Se trataba de un hombre joven, de apenas treinta y tantos años. Fiódor le estrechó la mano y lo saludó como si entre ellos existiera una gran confianza. Después se lo presentó a Paul.

—Paul, este es mi amigo Lev Borisovich Kámenev[151]. Lev, te presento a Paul Alexander, del que te hablé hace poco. Es alguien de total confianza, estuvo hace poco con Vladimir Ilich Ulianov en su casa de Ginebra.

—Si, en efecto, y por cierto nos atendió muy bien —asintió Paul—. También venía Amalia, mi esposa, que está ahora en los Estados Unidos.

Kámenev lo observaba con curiosidad. Lucía perilla y un gran bigote, probablemente para aparentar más edad de la que realmente tenía. Sus ojos marrones lo observaban con cierta miopía. No sonrió en ningún momento aunque hizo un leve gesto invitándoles a entrar. Fiódor seguía hablando como si intentara demostrar su relación de gran confianza con Kámenev, aunque la

situación parecía algo forzada. No debía resultar fácil hacerse amigo de aquel hombre. Entraron en un despacho lleno de papeles que le recordó el de Lenin. Fue Fiódor quien explicó el motivo de la visita.

—Lev Borisovich, mi amigo Paul Alexander, como periodista americano, está sumamente interesado en conocer el trasfondo de la situación, ya conoce a mucha gente aquí, incluso, como te he explicado, a Lenin y a Trotsky. Me gustaría que nos dieras tu opinión, ya que a fin de cuentas alguien tendrá que escribir la historia. Cuéntale cómo te metiste en este asunto, y tu criterio, si te parece oportuno.

Kámenev reflexionaba. Los cristales de sus gafas eran como espejuelos bajo la lámpara del techo. Finalmente habló:

—Bueno, no sé si hay mucho que contar. Podríamos decir que esto aún no ha empezado, y no sabemos si lo hará.

—¡Pero Lev Borisovich, tú mismo me pediste que trajera al periodista americano! No me dejes ahora en mal lugar.

—¡No, no! ¡No tengo inconveniente en hablar con el señor Alexander! ¡Pero cuando no hay, no hay!

—¡Bien! ¡Pues cuéntale cuándo empezaste, lo mismo que me contaste a mí! ¡El señor Alexander es periodista!

Kámenev asintió.

—Sí. No habrá venido de tan lejos para escuchar silencios. ¡De acuerdo! ¿Quieren un té? ¿Sí? No sé si habrá llegado Irina Pávlova. ¿Me permiten?

Kámenev salió de la habitación. Unos minutos más tarde volvió. Tras él apareció Irina. Miró a Paul mientras su rostro palidecía.

—¡Paul, qué sorpresa! —notó cómo intentaba contener un sollozo.

—¡Irina! —Paul se acercó a ella la abrazó y la besó en ambas mejillas—. ¡Irina, llegué a creer que te había sucedido algo! ¡Qué alegría! He visto a tu madre esta mañana.

Ella parecía otra mujer. Se había teñido el cabello y se peinaba de otra manera. Kámenev los observaba con asombro.

—¡Vaya, se conocen! ¡No tenía ni idea! ¡Irina, no me has hablado de esta relación! —dijo con tono de reproche.

Irina se sentó. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos. Contó su antigua amistad, desde el día que lo conoció para darle clases de alemán. Paul la escuchaba como si aquello fuera parte de la vida de otro mientras Fiódor asentía. No había advertido a Paul de que Kámenev tenía a Irina como alguien de su entera confianza.

Irina les contó cómo la Ojrana la había detenido sin más en la calle. La habían llevado a una prisión de las afueras de San Petersburgo. Un lugar discreto donde aplicaban tratamiento especial a algunos de los que les daban problemas.

—¡Estuve a punto de perder la cabeza! ¡No me pegaron, pero fue mucho peor! ¡Amenazaron con matar a mi madre! ¡A ti también! ¡Querían doblegarme como fuera! Un día, hace dos meses, unos policías desertaron, pero antes de marcharse soltaron a algunos presos. Los liberados abrieron las restantes celdas, después nos subimos en varios camiones cubiertos y vinimos a Petrogrado, donde nos dispersamos. Unos días más tarde hubo un tiroteo en el centro de la ciudad. Sus propios compañeros acorralaron a los desertores y los mataron. Por lo que sé, a algunos de los presos también los han cogido. Yo permanecí escondida en casa de una amiga por temor a que me buscaran en casa de mi madre. Le envíe un recado y nos vimos un momento en un almacén del centro, donde le expliqué que no podía ir a casa por el momento. Después los de mi partido me ayudaron y aquí estoy, colaborando con Lev Borisovich. Fui amiga de su esposa, Olga Kámeneva, hermana de Lev Trotsky y camarada del partido. Ellos me están cobijando en esta etapa.

Paul no quiso explicarle que estaba casado en aquel momento, pues no sabía cómo se lo iba a tomar ella. Lo hablaría cuando no tuvieran testigos. Sin embargo pudo notar la aparente confianza entre Fiódor Yegórovich y Kámenev, que se trataban como viejos camaradas. En aquel Petrogrado era preciso que alguien te presentara, como Fiódor estaba haciendo con él, para poder ser recibido sin desconfianzas. Nadie se fiaba de la Ojrana y muchos jóvenes desertores temían ser arrestados, entregados a las autoridades militares y fusilados tras un consejo de guerra. Además, el odio partidista afectaba a todo el mundo.

Kámenev pidió a Irina que siguiese con su tarea para no mezclar asuntos personales en la conversación. La joven se levantó sin objetar nada, dijo a Paul que se verían pronto y abandonó el despacho. Abramovich había vuelto a su tienda y Fiódor, que conocía su papel y no quería interferir, se despidió. Paul se quedó solo frente a Kámenev.

—Lev Borisovich, gracias por recibirme. Para ser sincero, le diré que yo también he ido evolucionando desde mi llegada a Rusia hace casi cinco años. Las conversaciones mantenidas con líderes como Lenin o Trotsky han ido cambiando mi punto de vista. Quiero llegar a entender cómo ha ido surgiendo todo este movimiento hasta el momento actual. Usted es uno de los principales protagonistas. ¿Por qué ahora? ¿Qué sucederá después?

—Sí, comprendo sus dudas, todos las tenemos. La realidad es mucho más sencilla que las elucubraciones. Simplemente lo que ocurre es que el vaso de la paciencia se ha llenado. ¡Este país y sus gentes se merecen otra cosa! No puede ser que individuos de la calaña de Boris Shtiúrmer, o ese desgraciado de Rasputín, influyan en personajes como Nicolás Romanov, la zarina alemana y su séquito de sanguijuelas, y sean los que marquen el futuro de los pueblos de Rusia. ¡Ni un minuto más! ¡Ni un solo instante más! En el congreso de la segunda internacional en Copenhague, uno de los principales acuerdos fue que los socialistas de cada país votarían en sus respectivos parlamentos en contra de los créditos de guerra. Dos años después, en el Congreso Mundial de Basilea, cuando ya había comenzado la guerra de los Balcanes, se votó que los obreros de cualquier país considerarían un crimen disparar contra los obreros de cualquier otro para incrementar los beneficios de los burgueses y los capitalistas. ¿Lo recuerda? Pues bien, los jefes de los partidos socialistas votaron a favor de los créditos de guerra apenas comenzó. ¡Traidores a la causa! Ellos destruyeron la segunda internacional. Solo el partido bolchevique se mantuvo leal a los acuerdos. Entre esos traidores se encuentran los mencheviques y los social revolucionarios. Los centristas son traidores al proletariado. La realidad nos ha puesto a cada uno en su lugar.

Me pregunta qué va a ocurrir ahora. Estamos comenzando a crear la Tercera Internacional. Los socialistas no pueden compartir el gobierno de cualquier país con los representantes de la burguesía. ¿Recuerda que el año pasado se reunió en Zimmerwald la Conferencia de los internacionalistas? De nuevo en ella los bolcheviques nos desmarcamos. La gente está equivocada con respecto a nosotros. No somos unos pacifistas utópicos, no predicamos la paz como esos popes… ¡Somos partidarios de luchar activamente por la paz! Queremos derrocar a la burguesía imperialista, pues ella es la causante de las guerras, y solo cuando sea derrotada y triunfe la revolución proletaria comenzará una nueva época. ¿Me comprende?

Paul asintió. Era el mismo discurso que había podido escuchar a Lenin. Kámenev era sin duda un discípulo aventajado. Tanto Lenin como Trotsky o Kámenev mantenían una posición de fe en el triunfo del proletariado. De los tres, Lenin era sin duda el más profundo y Trotsky el más brillante. Kámenev era otra cosa. Empleaba un discurso menos convincente, tal vez por ser el más joven o porque se trataba de las ideas de los otros.

—Bien, Lev Borisovich, ¿qué ocurrirá a partir de ahora? ¿Podrán los bolcheviques iniciar su revolución, o será de nuevo como en 1905 y se conformarán con nuevas promesas del zar?

Era consciente de que aquellas preguntas podrían irritar a Kámenev, pero pretendía obtener una contestación menos reflexiva y más directa.

—Mire, Alexander —por primera vez Kámenev esbozó una sonrisa— aún no puedo llamarle camarada, pero si desea tirarme de la lengua tendrá que emplear otros métodos. Yo he vuelto para consolidar la opinión de los trabajadores. Poner en marcha el *Pravda*. Ese es el motivo por el que tengo que permanecer oculto, aunque eso en esta ciudad, donde uno de cada diez ciudadanos es policía o colabora con ella, es muy complicado. La Ojrana tendría un gran éxito si pudiera dar conmigo y desmantelar el periódico. No habría detención, ni juicio, solo dos tiros en la nuca. Esa es su forma de proceder ahora. Por ese motivo tenemos que cambiar de imprenta cada semana, repartir el periódico gracias al esfuerzo de los obreros. Pero eso mismo es lo que está consiguiendo atraer al partido bolchevique a miles de obreros. Tienen fe en lo que publicamos, lo consideran su periódico, que no es otro más de esos diarios burgueses cargados de mentiras. ¡Si usted viera como lo leen, igual que los rabinos el Talmud, o los popes el Nuevo Testamento! Lo pasan de mano en mano cuidadosamente para no romperlo, se lo leen a aquellos que no saben leer, reconocen en él su propia voz, sus pensamientos, su voluntad, sus deseos, sus esperanzas. ¡*Pravda*! ¡La verdad! Por una vez, por primera vez en la historia, alguien intenta contarles la verdad, y eso los enerva, los emociona, los hace llorar de alegría. En sus páginas se cuenta sin tapujos la brutalidad de los terratenientes y de los *kulaks*, la inane y vacía vida de los señoritos de la aristocracia, que apalean a sus campesinos, violan a las muchachas, los mantienen muertos de hambre, sometidos por el temor, la violencia y la coacción. ¿Sabe usted que muchísimos campesinos, *mujiks* recién llegados, obreros, han aprendido a leer solo para poder entender el *Pravda*? En el encuentran las convocatorias de huelga, él los organiza, los llena de dignidad, los hace personas, los solidariza entre sí, les habla de clase, de solidaridad proletaria, de conciencia de unidad. Sí, me siento orgulloso de coordinar *Pravda*. Cuando llegue el momento, volverá a Rusia Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, pero antes debemos preparar el terreno.

»Alexander —prosiguió alzando el puño con fuerza—, los socialdemócratas, los mencheviques, por supuesto los octubristas y los restantes partidos se verán doblegados por los bolcheviques. Sí, nos hacemos llamar «la mayoría» y queremos el derrocamiento del zarismo, pero también una república socialista de soviets democráticos. Queremos que cambie el sistema. No habrá propiedad privada, la tierra será confiscada y distribuida

entre los campesinos para que la trabajen. No habrá jornadas de catorce o quince horas. Implantaremos la educación gratuita para los niños…

—¿Y el zar? ¿Y su gobierno? ¿Y los aristócratas?

Paul interrumpió el discurso de Kámenev que, para entonces, se había incorporado y gesticulaba apasionadamente.

—Todos esos tendrán lo que se merecen —Kámenev entornó los ojos y contestó sin reflexionar—. ¿Qué se hace con los parásitos, con los chupadores de sangre, con los que han abusado históricamente del pueblo? ¿Qué les ocurrió a Luis XVI y a María Antonieta? ¡El pueblo tendrá que hacer justicia! Y lo mismo les ocurrirá a los ministros, a los fiscales que instruyen falsos procesos, a los jueces que manipulan las sentencias, a los políticos que torturan al pueblo, a los terratenientes convencidos de que su dios los eligió para esquilmar a los campesinos… Todo eso va a cambiar muy pronto y usted será testigo de cargo de todo ello.

Fiódor lo estaba aguardando en la sombrerería charlando con el hombre.

—¿Qué tal con Lev Borisovich? ¡Un tipo impulsivo! Por cierto, no tenía ni idea de que Irina estuviera ahí. ¡Menuda sorpresa! Me alegro de ver que sigue como siempre. ¡Para ella la política es lo primero!

Paul también se había alegrado de ver que estaba bien, pero debía explicarle que había contraído matrimonio con Amalia Teliéguina. No sabía cómo se lo tomaría, tal vez con naturalidad, aceptando la situación, o en el peor de los casos se enfadaría con él, aunque no tuviera motivos. No iba a resultarle fácil.

El problema latente era el empeoramiento de las condiciones de vida. Petrogrado era el centro político y económico de Rusia. Allí las continuas huelgas de los sindicatos, los graves problemas políticos, la nefasta situación del ejército, todo lo negativo que estaba sucediendo en la sociedad se magnificaba. La guerra lo había distorsionado todo y ya ni siquiera los conservadores veían el final cercano ni los opositores podían prever cómo terminaría por afectarles. La única verdad era que Rusia no estaba preparada para ella al carecer de recursos económicos y de industria para fabricar el armamento adecuado.

Petrogrado se resentía de ello. En las tiendas de ultramarinos apenas quedaban existencias. En las panaderías, lecherías y pescaderías se formaban

larguísimas colas hasta que los tenderos cerraban las puertas dejando al resto de la gente protestando airadamente, sin saber dónde acudir para llevar lo más necesario a sus hogares. En la mayoría de las cafeterías solo servían malta, té o algún sucedáneo como achicoria. El café era cosa del pasado y, naturalmente, de los hoteles de lujo, donde una taza costaba cinco veces más que antes del comienzo de la guerra. Aun así, el mayor descontento era motivado por la política. La Duma no daba respuesta a ninguna de las necesidades del pueblo mientras el zar, al frente de sus tropas, seguía jugando a la guerra como si temiera retornar a su palacio. La gente se preguntaba quién gobernaba. ¿El primer ministro Shtiúrmer? ¿La emperatriz? ¿El gobierno o el ministro del interior y su policía política, la Ojrana? Reinaba el desconcierto. Los bolcheviques seguían empeñados en transformar la guerra contra los imperios centrales en una guerra civil contra el poder instituido.

A pesar de todo, la vida cultural de Rusia seguía manteniéndose. Los artistas del grupo Hylaea, Velimir Jlébnikov, David Burliuk, Vladimir Maiakovski —apenas un muchacho—, Alekséi Kruchénij, o los de los otros grupos futuristas, como Igor Severyanin, seguían exponiendo, manteniendo sus tertulias, desafiando a la policía política con su interpretación de una realidad que ridiculizaban, oponiéndose frontalmente a la guerra. En todo ello mantenían una absoluta coherencia con los artistas de Moscú. Cuando asistió a la inauguración de una exposición privada celebrada para demostrar al poder que no sería posible anular su influencia, Jlébnikov lo atendió para explicarle las últimas tendencias y su voluntad de seguir allí contra viento y marea.

—Paul, hace años nos dimos cuenta de que el sentido artístico de la ruptura con la tradición, es decir las vanguardias, eran útiles a la causa. A fin de cuentas son también un lenguaje, aunque más o menos críptico, y para entenderlo era preciso establecer una coherencia con la revolución popular. El futurismo es revolucionario bajo cualquier punto de vista. Su comprensión denota un sentido de progreso que la burguesía no puede comprender. Tampoco los que se encuentran anclados en el pasado. ¿Cómo va a entender el rayonismo un pope? Bueno, no quiero particularizar… tampoco un cura católico, un rabino o un imam. ¡Simplemente, no son capaces de entender lo que se les muestra! Sin embargo, un *mujik*, que no ha pasado por la escuela ni por el seminario lo entiende. ¿Sabe por qué? Porque el arte posee un sentido primario de expresión sobre lo que es justo o injusto, bueno o malo, es una rebelión que abre los ojos y que muestra el camino. Cuando llega la policía a una de nuestras exposiciones no entienden nada… ¡Es como si estuvieran

cegados! Y eso no ocurre solo con la vanguardia abstracta, también con el neoprimitivismo, en ese retorno a las raíces culturales del alma rusa. ¡Nos sentimos muy satisfechos! La guerra ya no es cosa nuestra, lo que nos importa es la revolución que se está gestando. ¡Eso ya no lo va a poder parar nadie!

Paul asintió. De eso estaba convencido. Hacía tiempo, desde sus primeras reuniones en Moscú con Natalia Goncharova, Lariónov y todos los que se reunían en su estudio, que había comprendido el inmenso poder del arte para impulsar el cambio.

Durante largos meses, Paul intentó amoldarse a las circunstancias. No resultaba cómodo vivir en un país en guerra, y menos en una ciudad en la que el gobierno debía enfrentarse cada día a una protesta, una huelga o un atentado. Ni siquiera el correo funcionaba bien. Recibió una carta de Amalia a mediados de junio en la que le decía que estaba muy preocupada por él y que debería volver a Nueva York, pues lo echaba mucho de menos.

Paul también deseaba volver a estar con ella, pero en modo alguno deseaba verse implicado en sus asuntos económicos. No compartía su ambición por atesorar más y más dinero y consolidar un imperio económico. Deseaba seguir en San Petersburgo, amaba aquella ciudad, en aquellos tiempos escondida tras la gris y amarga Petrogrado. Cuando acabara aquel interminable conflicto volvería a resurgir, esplendorosa.

De vez en cuando pensaba en Irina. No tenía ninguna noticia de ella. Le sorprendía que no lo llamara o que no se dejara caer por el piso. Pero no hizo nada por cambiar las cosas. Si ella aparecía, todo se podría complicar para peor.

En julio los periódicos trajeron en las portadas la ofensiva del Somme, al norte de Francia. Decenas de miles de soldados, sobre todo franceses y británicos, habían caído en un ataque general a las líneas alemanas, barridos por las ametralladoras. El mariscal Haig había fracasado en su estrategia, convencido de que tras un bombardeo masivo, las fortificaciones alemanas se habrían debilitado, y aquel error hacía que miles y miles de madres estuvieran pendientes de saber si sus hijos iban a regresar a casa. No eran buenas noticias para Rusia saber que sus principales aliados sufrían una sangrienta derrota que recordaba mucho la de Tannenberg.

Fiódor Yegórovich le contó que, en el frente, algunas unidades se negaban a atacar. Los bolcheviques llegaban hasta allí y conseguían establecer conexiones entre las tropas de ambos lados para demostrarles que el enemigo común era otro. La burguesía y el imperialismo sacaban jugosas tajadas del conflicto mientras ellos, los soldados, se convertían en carne de cañón.

Fiódor intentó convencer a Paul de que hicieran una visita al frente, pero no lo consiguió. Este ya había visto en Tannenberg lo que era la guerra y se daba por enterado. Fiódor tuvo que ir, ya que el periódico lo envió como reportero. Estuvo cerca de mes y medio en primera línea. Volvió más demacrado y convencido de que, por encima de cualquier otra cosa, la guerra era la mayor estupidez humana. Contó a Paul lo que había visto: la importante influencia de los bolcheviques, a los que ya se había afiliado sin ocultarlo a sus amigos más cercanos, la dantesca situación de desmoronamiento del ejército ruso, la falta de víveres que obligaba a la tropa a comerse sus propios caballos o a ir de rapiña por las cercanías como si fueran salteadores y facinerosos. La intendencia militar no tenía capacidad para asistir a la tropa, se desmoronaba el sistema jerárquico militar. Fiódor había presenciado cómo fusilaban a algunos soldados en el mismo frente, cosa que habían tenido que llevar a cabo los oficiales ya que los soldados se negaban a ejecutar a sus camaradas. Fiódor estaba indignado. Subieron al estudio de Karl.

—Podéis imaginar la situación —comenzó Fiódor con voz tranquila—. Muchos de nuestros soldados van prácticamente descalzos, otros vistiendo una extraña mezcla de ropas de paisano y restos de uniformes, no hay prendas militares suficientes para los nuevos reclutas. Solo hay fusiles para los veteranos. Tampoco hay suficientes municiones o son de otros calibres. Los oficiales están desmoralizados y algunos de ellos, sobre todo de las últimas promociones, aprueban las ideas revolucionarias, mencheviques, bolcheviques o socialdemócratas. Al haberse desmoronado la escala jerárquica, ninguna iniciativa resulta posible. Es como si los del estado mayor dieran la guerra por perdida. Saben que enfrente tienen un ejército disciplinado, aunque algunos soldados alemanes, los menos, son seguidores de Rosa Luxemburgo y son internacionalistas de verdad. Naturalmente, en el frente alemán, a los sospechosos les pegan un tiro sin más explicaciones. De momento los alemanes se han apoderado de Polonia y de las zonas estratégicas del Báltico.

»¡El día que aquí se declare la revolución, el sistema se va a desmoronar en cuatro días! —Fiódor se iba excitando y su cara enrojeciendo—. ¡Es como

si estuviera vacío! ¡La justicia, la burocracia, las administraciones públicas serán incapaces de resistir el más mínimo embate! ¡Ya lo veréis!

Karl, que había conseguido quedarse en Petrogrado, había optado por rusificar su nombre como medida de prudencia. En sus nuevas tarjetas, en la placa de su piso, en la del portal se podía leer «Carl Lissbergov - Fotógrafo», un acierto en unos momentos en que se repudiaba todo lo que sonara a alemán. Les pidió que se quedaran ya que aquella misma tarde iba a ofrecer un té a un grupo de amigos, entre los que se hallaban Aleksandr Benois, Sómov, Serov, Roerich, Polenov, Repin y la princesa Tenísheva, todos ellos habituales de las tertulias en casa de Benois, que últimamente se había hecho muy amigo de Karl. Este deseaba mostrarles sus últimos trabajos fotográficos, tomados con una nueva cámara de placas de doce por doce centímetros y un objetivo de cien milímetros, entre los cuales varias fotos de la zarina y de las grandes duquesas. Sin embargo, de las que se sentía más orgulloso era de las de Rasputín, que no solo no se negaba a que lo fotografiase sino que miraba al objetivo retándolo con sus profundos ojos. Aquellas fotos conseguían poner en evidencia el alma del falso monje. Se podía adivinar una personalidad compleja, viciosa, ávida de poder y de influencia. No le resultaba difícil convencerle para que posara, en el fondo era un exhibicionista. Seguía allí, en el Palacio de Invierno, entrando y saliendo con total libertad, y mucho más en ausencia del zar. La colección mostraba el ambiente del palacio en los últimos meses. La emperatriz parecía una mujer envejecida, de ojos apagados, algo miopes, y una mirada perdida que dejaba intuir unos sueños rotos para siempre. Las princesas de bellos y graves rostros tampoco eran capaces de disimular sus sentimientos aunque Anastasia siempre mostraba una mirada un tanto burlona. En aquellas fotografías reveladas en ampliaciones de gran formato, pegadas en tableros sin marco, se apreciaba el opresivo ambiente, la decadencia de un sistema que nada tenía que ver con lo que estaba sucediendo en el resto del país.

Fiódor señaló una de las fotografías de Rasputín y comentó:

—¡Ese individuo nos dará el poder!

Se refería a la labor de zapa que estaba consiguiendo Rasputín a costa del prestigio de la casa imperial.

—Su sola presencia me asquea —intervino Karl—. Huele cien veces peor que esos monjes trashumantes que jamás se cambian de hábito y nunca se lavan. No puedo comprender cómo una persona tan exigente y en apariencia

tan exquisita como la zarina, no solo lo tolera sino que le permite acceder a sus aposentos. Hay algo muy extraño en todo este asunto. Se comenta que el zar es un hombre con pocas necesidades carnales, en cambio Rasputín necesita varias amantes cada día. En su casa siempre tiene visita de damas con la excusa de que es un curandero sanador tocado por la gracia divina. Luego resulta que los comentarios se transforman en una historia de procacidades sexuales de un *mujik* borracho y drogado que posee un órgano reproductor como un caballo en celo. ¡Lo que es la vida! Algunos hombres permiten que sus esposas lo visiten y hacen la vista gorda. No quiero insinuar que algo así suceda en palacio, aunque todo el asunto apesta… ¡no solo el propio Rasputín!

La presentación de las fotografías de Karl resultó un éxito. Todos los presentes sintieron el morbo de acceder a un reino prohibido. Nadie dudaba de que el régimen zarista estuviera viviendo sus últimos días. La inevitable pregunta era qué vendría después.

La princesa Tenísheva se preciaba de su franqueza y de no andarse por las ramas, por pertenecer a esa aristocracia que podía hablar sin morderse la lengua y decir lo que pensaba.

—¡Ustedes no hacen más que personalizar, que si la emperatriz, que si Rasputín, que si el zar en los cuarteles de Mohilev, que si la Duma caerá en cualquier momento…! Yo lo veo de otra manera. Tengo la sensación desde hace tiempo de que estamos subidos sobre una gran ola que nos arrastra, queramos o no, sin contar con vuestra voluntad hacia adelante, hacia un gran cambio que no hemos buscado, ni preparado, ni creído en él. ¡Los mencheviques, los kadetes, esos bolcheviques, todos ellos! ¡Todos nosotros! No hemos sido conscientes cuando nos subíamos a la ola y, de pronto, nos hemos dado cuenta de que nos lleva en su cresta hacia un lugar desconocido, cada vez más deprisa, cada vez más arriba, hasta que nos revuelque en algún lugar y entonces nos diremos: «¿Qué hacemos aquí, cómo hemos llegado a este lugar?». Ustedes lo saben tan bien como yo… Seguimos jugando como cuando éramos niños. ¡No pasa nada! Algunos de ustedes, los más a la izquierda, los que se consideran revolucionarios o incluso bolcheviques, están convencidos de que las circunstancias juegan a su favor y que por fin llegará el cambio. ¡Ingenuos! ¡El cambio también se los llevará por delante! ¡Todos nosotros nos quedaremos en el camino! Queridos amigos, lo que se nos viene encima es algo que no tiene precedentes en la historia. ¿Saben lo que pienso?

Esta vez ganaran el envite los burócratas sin corazón. ¡Llegará un sistema en el que la vida de las personas no valdrá un mísero copec!

Todos permanecieron en silencio ante las palabras de la princesa Tenísheva. Fue Fiódor Yegórovich el que respondió.

—Ciudadana Tenísheva, dado el cambio que estamos sufriendo y la relación que mantenemos, me permitirá que le apee el título. Acabo de cumplir cuarenta y cinco años, ya que nací exactamente el primer día de mayo de 1870. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Siempre he creído en el progreso! En mi juventud estaba convencido de que Aleksandr Herzen[152] tenía mucha razón cuando aseguró que «el hombre del futuro en Rusia será el *mujik*, como en Francia es el obrero». Los jóvenes idealistas, equivocados o no, creíamos que el «mir», la comunidad rural, y la «obshchina», la forma colectiva de reparto de tierras, permitirían al país llegar al socialismo sin tener que pasar por el capitalismo. Creíamos, ahora veo que erróneamente, que el campesinado no tendría que transformarse en un proletariado industrial para acceder al socialismo. Ahora y aquí, puedo decir que siendo muy joven, pertenecí a Voluntad del Pueblo. Uno de sus miembros asesinó al zar Alejandro II, y los autores fueron ahorcados a pesar de la carta de Tolstoi. Después surgió la Ojrana, que se infiltró en todas partes, provocando y desmantelando los grupos revolucionarios. Usted, ciudadana Tenísheva, sabe bien que el acceso a los liceos era imposible para los pobres, es decir para el noventa por ciento de la población. Por no decir a la universidad. ¿Recuerda cuando colgaron a los muchachos que preparaban un atentado contra Alejandro III? Yo los conocía… ¡tenía solo diecisiete años! Entre ellos se hallaba Aleksandr Ulianov, hermano de Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, del que tanto se habla en estos días. El gobierno, que necesitaba divisas, tomó la decisión de exportar cereales a precios por debajo del costo, ¿y quién pagó la cuenta? ¡Los de siempre, los pobres! ¡Los campesinos! ¡No sé si recordarán la hambruna! ¡Centenares de miles de muertos! Toda mi familia murió con excepción de mi hermana Elisa, mi madre y yo —los ojos de Fiódor se llenaban de lágrimas—. Mi hermana y yo tuvimos que marcharnos y llegamos aquí. Tuvimos que trabajar en una fábrica para sobrevivir. ¡Dieciséis horas diarias! Ella murió al cabo de un año de tuberculosis. No voy a contarles mi vida pero, ciudadana Tenísheva, me siento ahora en la cresta de la ola. A diferencia de usted, creo saber a dónde me lleva. Todo lo que cambie este régimen de opresión me parece más justo que como está. Ahí tiene las magníficas fotografías de Karl… Yo veo claramente en ellas un sistema injusto, degenerado, inmoral. Tenemos que colaborar en el cambio. Usted, aunque forme parte de esa clase

que ha mantenido un sistema injusto durante siglos, al menos ha comprendido cuál es el camino correcto, lo que la honra. Creo que los bolcheviques lo conseguiremos. Tal vez se quede gente en el camino, tal vez paguen justos por pecadores, pero en eso tiene usted razón. ¡Nadie podrá detener la ola! Y todos sabemos ya que el cambio es inminente.

Nunca había visto Paul a su amigo Fiódor tan exaltado. A medida que pasaban los días, la gente iba tomando posiciones sin ocultarlo. Algo impensable apenas un año atrás. El temor a la policía política se estaba diluyendo, incluso se decía que dentro de ella también estaban tomando partido unos y otros.

Paul recordaba al inspector y luego subcomisario Semiónovich, que también había abandonado el barco antes de que se hundiera. Y se trataba de alguien que debía tener información de primera mano sobre la situación.

Aquellas reuniones de intelectuales en las que hasta hacía relativamente poco se hablaba de arte, de literatura, de historia, de poesía y de tendencias artísticas, habían cambiado radicalmente. Ahora lo que estaba en boca de todos era el inminente cambio. El país se encontraba en un difícil equilibrio. Todo aquello se había transformado al tomar conciencia de que el artista tenía mucho que decir en el cambio y podía prestar un importante servicio a los ideales revolucionarios.

Al terminar la reunión, una vez que todos se despidieron, Paul se quedó un rato más con Karl, al que cada día admiraba más, que no aceptaba la idea de convertirse en un minusválido y seguía estando en primera línea entre los mejores artistas, mostrándoles cómo la fotografía podía convertirse en un arte fundamental en el siglo XX y, por qué no, en un instrumento revolucionario.

A pesar de la situación, intentaba mantener un hilo de conexión con Amalia. Pero Nueva York no solo se hallaba muy lejos, era otro mundo en el que muchos de los conceptos que se utilizaban en Petrogrado allí no tendrían sentido. La mentalidad en los Estados Unidos era el individualismo feroz, una dura competencia por llegar a ser diferente, llegar a la cúspide, a triunfar, a la fama, al éxito económico a través del arte. En Rusia era muy diferente. El principal objeto del arte de vanguardia era mostrar el camino hacia una sociedad diferente, una nueva sociedad ideal basada en las ideas socialistas. Si la sociedad debía articularse a través de las nuevas ideas, el arte debía encontrar una nueva estética. Las ideas, los conceptos, la ciencia, y por

supuesto el arte de vanguardia, serían la base para una sociedad más democrática y más justa.

De todo ello discutieron aquellos días mientras el ambiente en las calles se iba deteriorando. Los soviets obreros de Petrogrado surgidos en 1905 se habían ido transformando durante aquellos años en instrumentos de la lucha obrera mucho más coordinados. Eso había sucedido en todas partes, desde Kiev a Rostov, Novorosisk, Libau, Moscú. Al principio, exclusivamente en comités de huelga, después en organizaciones obreras, evitando caer bajo el control burgués y optando por un control del proletariado.

Fiódor Yegórovich había cambiado mucho en los últimos tiempos. Mantenía su relación de amistad con Karl y por supuesto con él, pero ya no se supeditaba tanto al interés del periódico. Ya no lo consideraba como a alguien por encima de él, a una jerarquía a la que inevitablemente tendría que someterse y proporcionarle todo lo que necesitara. Desde su llegada del último viaje, Fiódor era otro. Comentaba las cosas con él con total libertad, sin cortapisas. Notaba que eso era algo general en Petrogrado. Algo imposible pocos años antes, cuando el dominio de una clase sobre las demás era inapelable, y la jerarquía en cualquier aspecto de la vida era la norma. Pero aquel sistema se estaba diluyendo con rapidez, como si la revolución de la que tanto se hablaba y se esperaba ya hubiese llegado.

En los frentes se había deteriorado la disciplina. Los reclutas movilizados traían con ellos no solo la rabia y el despecho por haber sido prácticamente arrancados de sus hogares y conducidos violentamente al frente, sino que en muchos casos se impregnaban con rapidez de las ideas revolucionarias y, sobre todo, de las que impartían los comisarios bolcheviques, que les hacían ver que aquella no era su guerra. Los oficiales eran sus enemigos y no los soldados del otro lado del frente, y no solo por nacimiento sino porque pertenecían a la clase dominante, por lo que cada acto de indisciplina, cada rebelión manifiesta era un acto de fe en el triunfo de la revolución que anticipaban. Fiódor había creado su propio soviet de la prensa y colaboraba con Kámenev en impedir que la policía política llegara a detener la impresión de *Pravda*. Si se clausuraba una imprenta tenían preparada otra de repuesto, o la tomaban por la fuerza para imprimir el periódico, o robaban la maquinaria si era preciso. Ante ello, la Ojrana tomaba crueles represalias, pero cada día iba perdiendo la fe en llegar a acabar con aquella rebelión proletaria que no reconocía ninguna ley instituida ni parecía temer las consecuencias.

No valían las amenazas, las detenciones, la fuerza bruta, los procesos instruidos por fiscales afectos al régimen, para quienes el único concepto válido de justicia era defender las instituciones tal como las conocían. Todo iba calando día a día. No habría café, ni azúcar, ni combustible, y el que llegaba lo controlaban los que podían pagarlo al precio que fuera, los propietarios de las fábricas, los hoteles de lujo, los aristócratas adinerados… pero sí había tinta para imprimir el *Pravda*. Sin embargo, de pronto comenzaron a desaparecer los carros, los camiones de suministros, hasta los vagones en los que llegaban. El comité de huelga de los ferroviarios estaba convencido de su fuerza, conscientes como eran de que podrían movilizar Petrogrado cuando se les antojara. Y no resultaría tan fácil sustituirlos. De pronto, el pueblo comprendió cuál era su verdadera fuerza.

Fiódor le explicó que los primeros en entender ese inmenso poder habían sido ellos, los bolcheviques. Si pretendían llevar a cabo la revolución, necesitaban estar al frente de los soviets. Era una nueva organización para la clase obrera, de ahí que los miembros pertenecientes a ellos no se dejaran achantar. El sistema de poder había cambiado para los trabajadores, que mantenían que solo obedecerían a los soviets.

Karl explicó a Paul que Fiódor se había convertido en alguien muy importante en la organización del soviet de Petrogrado. A fin de cuentas, aquella seguía siendo la capital, vinculada administrativamente con el resto del país, y cualquier nueva iniciativa llegaba hasta allí de inmediato. También la política a seguir partía del soviet de Petrogrado. El comité que lo dirigía venía a ser en la práctica el comité directivo de todo el país. La relación privilegiada y de necesidad entre Kámenev y Fiódor Yegórovich había hecho el resto.

Una tarde llegó Fiódor a verlo. Estaba pasando a limpio y ordenando una serie de notas en la biblioteca, el lugar más confortable e iluminado de todo el piso. Tenía tanta confianza en su amigo que siguió en lo suyo, ya que en numerosas ocasiones Fiódor venía a su casa, se servía un té caliente, se sentaba en el otro extremo de la mesa y leían o hablaban tranquilamente.

Notó que Fiódor se removía inquieto. Se quedó mirándolo, a la espera. Empezaba a entender la sutil idiosincrasia de los rusos.

—Paul, tengo que hablarte de un tema delicado que nos afecta a los dos. Pensaba dejarlo para más adelante, pero no puedo. Te aprecio demasiado y

tengo que ser sincero contigo. Cuando pienso en la situación… ¡En fin, prefiero decírtelo!

Paul sonrió.

—No es lo que piensas —Fiódor parecía haber leído sus pensamientos—. Además, ya no quiero irme a América, por lo menos ahora. No me perdería lo que va a llegar por nada del mundo.

—Bien, Fiódor, dime lo que te preocupa. Si depende de mí, deseo concedido, como en los cuentos infantiles.

Fiódor intentó esbozar una sonrisa.

—¡Mejor así! Aunque no sé si cuando lo sepas serás tan generoso. Irina Pávlova y yo estamos viviendo juntos desde hace un tiempo. No queremos ocultártelo.

Paul levantó la cabeza de sus papeles. Aquella inesperada noticia había conseguido sorprenderle. Notó un nudo en el estómago, aunque no tenía nada que reprochar a ninguno de los dos. Tuvo que hacer un esfuerzo por aparentar normalidad.

—¡Por Dios santo, querido Fiódor Yegórovich! ¿Qué quieres que te diga? ¡Por mí está bien! Yo no soy musulmán, y tengo bastante con una mujer, aunque ella esté en Nueva York y yo aquí, en Petrogrado. Así que recibe mis bendiciones. Irina es una preciosa y excelente mujer demasiado metida en política, aunque creo que ahora ha dado con la horma de su zapato. Así que transmítele mis congratulaciones por el hombre que ha escogido. ¡Os felicito a los dos! —Paul se levantó y se dirigió a Fiódor para estrecharle la mano—. ¡Te lo estoy diciendo de corazón, os aprecio mucho a ambos y deseo que sigamos siendo amigos de verdad!

Fiódor hizo una mueca que remedaba una sonrisa.

—Te agradezco cómo te lo has tomado. Irina está preocupada por este asunto. Tuvisteis una relación muy profunda, pero al final las cosas son muy diferentes.

—Mira, Fiódor, querido amigo, lo pasado, pasado está. Así es la vida. En los Estados Unidos la gente se divorcia con mucha facilidad y nadie le guarda rencor al otro… Bueno, es un decir, pero no es nuestro caso. Sí puedo decirte que has elegido bien.

Cuando Fiódor se marchó, sintió que después de todo acababa de quitarse un peso de encima. Irina era preciosa, inteligente y dispuesta pero con un carácter excesivamente tenaz, y en los últimos tiempos que estuvo con él, de

difícil trato. Siempre vivía situaciones complicadas y enervantes y eso le impedía mostrarse tal como era. Tal vez con Fiódor fuera feliz ya que ambos vivían inmersos en la política. Aquel asunto lo había tenido preocupado desde que se separó de ella, aunque algo dentro de él le decía que todo pudo haber sido de otra manera.

El otoño llegó trayendo de un día para otro un frío invernal. Los canales se helaron a últimos de octubre. Una mañana recibió un telegrama urgente de Amalia. Lo abrió intuyendo una desgracia. Decía escuetamente que Natasha acababa de fallecer de un derrame cerebral. Sintió un profundo dolor. Amalia le pedía que se pusiera en contacto con ella. Recordó a Natasha, en lo poco que la había tratado pudo comprobar que se trataba de una persona excepcional. Respondió con otro telegrama de pésame y le envió por correo urgente una carta manuscrita en la que intentaba expresarle su afecto y cariño. Terminaba prometiéndole que regresaría en cuanto pudiera, pero sin darle una fecha fija.

Un mes y medio más tarde, el quince de noviembre, recibió una carta de Amalia. Se mostraba algo airada con él, como si hubiera esperado que, una vez recibida la noticia, hubiese embarcado sin demora para Nueva York. Por otra parte, le pedía que hablara con Kérensky para solventar el asunto de la herencia en Rusia. Amalia pasaba a ocupar el cargo de presidenta de los consejos de administración de las empresas que le quedaban en Rusia, aunque todas ellas se encontraban en venta o liquidación. La decisión de Paul de quedarse sin más no le había sentado bien y se despedía con manifiesta frialdad.

Respondió con una larga carta, intentando explicarle que no era el momento de volver a los Estados Unidos, que el fallecimiento de Natasha había sido una fatalidad inesperada y que, desgraciadamente, no resolvería nada realizando un viaje precipitado en aquellos complicados momentos. Intentó mantener la serenidad en el texto, aunque no podía aceptar que su esposa lo culpara y llamara egoísta. Se despidió asegurando que la seguía queriendo y que volvería cuando pudiera.

Apenas echó la carta al buzón, se arrepintió del tono en que la había escrito. Ya no había vuelta atrás y se encogió de hombros. Su cariño por Amalia no había disminuido un ápice, pero no pensaba dejarse manipular. El dinero había pasado a ser para él algo necesario, pero secundario. Quería

seguir en Rusia. Ya llegaría el tiempo de volver a Nueva York, y entonces contemplar todo aquello como un tiempo pasado en el que el mundo cambió.

TERCERA PARTE

LA REVOLUCIÓN
(1917 - 1918)

XVI
El alma rusa

Desde hacía algunos meses no resultaba fácil vivir en Petrogrado. Cada día se producían más desórdenes en las calles. La gente había decidido que era preferible morir con dignidad que seguir inclinándose ante el poder. A pesar de la situación, Ludmilla Valenskovna tenía la habilidad de encontrar las provisiones necesarias, incluso algún pequeño lujo extraordinario, como el tabaco de pipa que fumaba Karl. Sin embargo, reconocía que cada día le resultaba más difícil dar con lo necesario. El rublo ya no valía ni la décima parte de lo que antes de la guerra, y un kilo de harina blanca costaba quince veces más, con lo que resultaba imposible garantizar el aprovisionamiento de una ciudad como Petrogrado, que seguía creciendo día a día mientras que el campo se despoblaba. Encontrar trabajo en los complejos industriales, en los talleres o en cualquier tipo de negocio era una tarea imposible para quienes llegaban, la mayoría sin formación. Además, muchas fábricas estaban cerrando por falta de suministro de materias primas.

Un día, Paul se dirigió al despacho de Aleksandr Fiódorovich Kérensky para gestionar los trámites precisos tras la muerte de Natasha Teliéguina. Pudo hablar de nuevo con él y le sorprendió la inteligencia privilegiada de aquel joven abogado de aspecto elegante y exquisitas formas.

Era ya mediodía y Kérensky lo invitó a comer. Le sugirió que fueran a un piso donde una conocida familia de aristócratas daba comidas a los que podían permitirse pagar el precio. Le dijo que consideraba aquel lugar como el mejor de Petrogrado en aquellos momentos. Un piso situado en la plaza principal de un gran edificio neoclásico, a espaldas del Palacio Yusúpov, en la Perspectiva Pirogova, muy cerca del bufete, por lo que decidieron ir caminando. Era un día frío aunque soleado, y el único problema era el barro helado que se acumulaba en las aceras. La propietaria, una elegante dama, los recibió con toda naturalidad como a dos viejos amigos, y los condujo a una salita en la que una chimenea de cerámica esmaltada proporcionaba una agradable temperatura. Sabía que Kérensky era diputado de la cuarta Duma por el partido laborista de los Trudoviks, que se habían escorado a la izquierda, aunque más moderados en sus planteamientos que los bolcheviques.

—Bien, Alexander. Le propongo que hablemos en inglés, rogándole que disculpe mis muchos fallos. Tengo la esperanza de visitar en algún momento los Estados Unidos y debo practicar un poco.

Kérensky lo hablaba con fluidez aunque con un fuerte acento ruso. Paul se lo hizo notar y Kérensky le pidió que le repitiera algunas frases para hacerle ver dónde más se notaba su acento. Era sin duda un alumno aventajado, capaz de corregirse sobre la marcha. Kérensky le habló con mucha sinceridad de la crítica situación política que se estaba viviendo. Le explicó que en aquellos momentos era diputado por el partido Social Revolucionario, un nombre que podía prestarse a equívoco ya que su ideología era socialdemócrata. La primera diferencia con los bolcheviques era que estos pretendían nacionalizar la tierra mientras que ellos querían socializarla. Ambos coincidían en la necesidad de acabar con la autocracia zarista.

—Mire, Alexander, el zar debería abdicar cuanto antes y marcharse a vivir a la Riviera francesa para disfrutar el resto de su existencia de la enorme cantidad de dinero que los zares han expoliado al pueblo ruso. ¡Desaparecer! Ellos, los zares, viven el gran drama ruso en una especie de teatro independiente. No se enteran de nada. Por esa razón deben marcharse ya. No comprenden que no van a ser capaces de salir de esta crisis, ni que este país nunca volverá a ser el mismo. ¿Sabe por qué estamos comiendo aquí? Los restaurantes no funcionan bien, ni los hoteles, no pueden adquirir provisiones. La inflación es galopante y existe un verdadero caos en los suministros. En los pueblos y aldeas se recurre al trueque, algo más difícil de realizar en una ciudad como Petrogrado. Mientras, los bolcheviques, los mencheviques y los soviets se frotan las manos, y Lenin está preparando las maletas para volver, aunque es hombre prudente y sabe que aún debe dejar madurar esto un poco más.

»Como sabe, el zar vive desde hace unos meses aislado en un vagón en el frente, aunque rodeado de lujos, como siempre. En otros vagones del mismo tren viven sus mayordomos, cocineros, cocheros, *chauffeurs* y demás. Ese hombre no puede comprender que se está convirtiendo en un rehén mientras el país corre hacia un precipicio. Hasta que comenzó la guerra, este era un país ideal para los inversores ya que en ningún otro lugar la deuda nacional les procuraba tantos dividendos. Aún recuerdo cuando, hace dos años, llegó de visita a San Petersburgo el presidente de la República Francesa, Poincaré, que venía a comprobar si el tratado entre Rusia y Francia seguía vigente y a hablar con el ministro de Economía del zar. ¿Sabe cuánto dinero le ha costado la guerra a Rusia hasta el momento? ¡Más de treinta mil millones de rublos!

La mayoría en préstamos exteriores… y muchos de ellos de capital francés. Todo ello acompañado de una enorme inflación. El dinero actualmente en circulación sextuplica el de hace dos años mientras que el coste de la vida se ha multiplicado por cinco. ¡Insoportable! Mientras tanto, la zarina regente está rodeada de un gobierno inútil y con ese Rasputín haciendo cábalas y predicciones en extrañas ceremonias esotéricas. No quiero que piense que soy un agorero, pero estamos al borde del caos financiero, político y social. Me dirá usted, que a fin de cuentas se ha educado en Nueva York, que nuestra economía es muy atrasada, que nuestra estructura social es primitiva, que tenemos muchas taras como país, y no tendré más remedio que darle la razón.

—Abogado Kérensky, su alegato es impecable pero estará conmigo en que, a pesar de todo, tienen ustedes algunas cosas sorprendentes. Le pondré ejemplos: el arte, la música, la danza. La vanguardia rusa de pintura es excepcional. No le enumeraré la lista de sus creadores, pero es impresionante. No solo en pintura, también en grabado, escultura, arquitectura, fotografía, música y tantas otras cosas más. Aquí han nacido muchos de los mejores intérpretes, compositores y directores de los últimos tiempos. En cuanto a la danza, usted los conoce tan bien como yo. Y en la ciencia, las matemáticas, la física, incluso en la medicina… ¿Cómo se explica esa extraña paradoja?

—¡Exactamente! Eso nos demuestra que el pueblo ruso no ha tenido la opción de educarse, salvo una pequeña minoría. Tenemos un potencial inmenso que debemos aprovechar por puro sentido ético. Es cierto que este país produce oro, platino, petróleo… el problema es que son empresas inglesas, capitales franceses, financieros belgas, tecnología alemana. ¿Y los campesinos? Compraron sus tierras con hipotecas que no son capaces de amortizar. Le daré algunas cifras: en Rusia existen ciento cuarenta mil familias nobles, terratenientes que poseen el veinticinco por ciento de la tierra cultivable o apta. Es cierto que durante los últimos años han malvendido parte de ella a los *kulaks*, esos campesinos ricos y ambiciosos, ya que son incapaces de administrarlas, y cuando llegan a sus predios para pasar unos días del verano, el *kulak* de turno se acerca a sus mansiones y les dice: «¿Por cuánto me vende esa loma? ¿Y ese prado cerca del río? ¿Y el bosquecillo de abedules y lo que queda detrás? ¡Nadie va a pagarle lo que yo! ¡Aquí traigo este saco de billetes!». Y claro, el aristócrata, que hace más de un siglo que no empuña un sable, que tiene que arreglar el tejado y prefiere hacerse una casa nueva, o cuya amante le pide una joya, o su mujer un piano de cola, le vende lo que sea, tal vez para un capricho como comprar un automóvil británico o alemán. Solo le dice: «¡De acuerdo, Iván Ivánovich! ¡Qué listo eres! ¡Te

llevas lo mejor de mi finca! ¡Lo mejor de la herencia de mi padre! ¡Ah, que bandido eres!», pero al fin coge el saquito de rublos y el otro se queda con las tierras. Aun así, les quedan miles y miles de deciatinas por vender. Por otra parte, los *mujiks* creen que su suerte está echada. ¡Es la voluntad de Dios, así se lo han hecho creer generaciones de popes! ¡Ah, los popes! ¡Cuánta superstición y cuánto cuento! ¿Pero qué está ocurriendo? Le contaré el cuento del primo del *mujik* que se fue a la ciudad. Al cabo de unos años, sus hijos sabían mal que bien leer y escribir… y ahí estaban las nuevas escrituras: el nuevo testamento de Carlos Marx, el evangelio según Engels, la biblia de Hegel. ¡Ah, aquel nieto del rabino de Tréveris, Merier Halevi Marx! ¡Cómo iba a imaginar que su nieto iba a cambiar el mundo! Le decía que el primo del *mujik* le preguntó un día a otro pariente listo: «Oye, ¿qué es eso de la transformación de la plusvalía en ganancia?». Luego, cuando regresó a la aldea, se le revolvieron las tripas. Allí seguía su familia, sus tíos, sus padres, sus primos, sus sobrinos, todos ellos viviendo en la más absoluta ignorancia. Eso sí, el pope continuaba controlando sus mentes y sus actos… Pero, volviendo a Marx, usted sabe como yo que detestaba la filosofía hegeliana pero que adoptó su método dialéctico, tan apto para la crítica social. Por cierto, cuando Marx conoció a Feuerbach**[153]** se le abrieron los ojos. «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». Ese es el fundamento del materialismo histórico; el mundo no se cambia solo por las ideas, hay que llevarlas a la acción… Pero permítame que prosiga con la historia del *mujik*. Transformado en obrero, cambiaba impresiones todos los días ya que, a diferencia de los solitarios campesinos, los obreros están agrupados en enormes fábricas, en grandes talleres, habitan en populosas barriadas, hablan mucho todos los días unos con otros, intercambian sus ideas, se sindican. Ahora tienen los soviets. De pronto el malvado, egoísta y codicioso capital, sin saberlo ni quererlo, ha creado el proletariado obrero, un grupo de gente fuerte, sin nada que perder, que no cree en los cuentos de viejas de los popes y comienza a comprender la realidad. Observe a su alrededor. En el barrio del centro se agrupan los mejores hoteles, restaurantes, las tiendas de lujo, la moda francesa, y los bancos. ¡El Deutsche Bank, Le Crédit Lyonnais, La Société Générale! Alemanes, franceses, belgas, británicos… Los Krupp, los Schneider, los Rosthchild… y de aquí los Putílov y compañía, testaferros en su mayor parte de los Romanov y de la aristocracia rusa, salvo honrosas excepciones —Paul se dio cuenta de que no quería meter a la familia Teliéguina en el mismo saco —. ¡Ellos dirigen la orquesta! Ahora los buenos negocios son el armamento,

las municiones, los uniformes, los aprovisionamientos, el acero, el carbón. No importa que no lleguen al frente, no importa si los *mujiks* que han sido enrolados a la fuerza desfallecen de hambre, o se les congelan los pies y las manos, o carecen de un mal fusil con el que defenderse de un ataque. ¡Ellos fabrican, fabrican, fabrican! Fusiles mal acabados, munición de calibre equivocado, uniformes que no abrigan, botas mal cosidas, ¡qué más da!… ¡Pero sí que da! Tanto da, que aquí está comenzando otra era y es imposible volver atrás. Eso lo comienza a barruntar el zar Nicolás Romanov. Mientras, su mujer, la emperatriz de todas las Rusias, reza el rosario con el monje Rasputín. Están convencidos de que la Ojrana los defenderá de los subversivos que pretenden atentar contra ellos. Mire, es cierto que esa policía política se ha infiltrado en todas partes, que espían, que informan, que provocan y aniquilan cuando pueden, pero ahora todo es distinto. Ya no pueden. Algunos de los suyos se han pasado al enemigo. Llega alguien al soviet respectivo y cuenta que aquel y aquel otro son provocadores contratados por la Ojrana.

¿Existe un remedio, cuál es la posible solución, o ya no se puede hacer nada? Le seré sincero. Desde hace tiempo, más que abogado soy político. Pretendo estar en el mundo, conocer lo que está pasando. Nuestro partido pretende cambiar el sistema aunque para ello sea precisa una revolución. ¿Una revolución burguesa? Mire, Rusia es una enorme excepción. Hemos llegado tarde, y sin embargo aún es demasiado pronto. ¿Una paradoja? Modernizar un país tan inmenso requeriría decenios de duro trabajo. ¿Lo industrializamos siguiendo el modelo europeo? ¡Pero si aquí no existe un mercado interior! ¡No hay poder adquisitivo! ¿Y la agricultura? Para ello tendríamos previamente que cambiar la sociedad. Ahora lo que tenemos es un mercado más cercano al medieval. No hay valor añadido, pero hay que comer todos los días. El trueque parece la mejor solución. ¿Y los impuestos? ¡Bah, ya están repartidos! Le haré la cuenta: tanto para el recaudador, tanto para las autoridades locales, tanto para el gobernador, tanto para los propietarios… y el resto para la casa del zar. ¡Imposible! ¿Entonces por dónde empezamos? Mire, el otro día un amigo bolchevique me dio su opinión, algo radical por cierto. Para arreglar este país, me dijo fríamente, habría que cortar la cabeza a todos los aristócratas y tomar el Palacio de Invierno. ¡Eso, ciento veintiséis años después de la toma de la Bastilla! Me habló del paralelismo entre aquella revolución que cambió el mundo tal como se concebía hasta entonces, y la que tendrá que llegar aquí, si realmente queremos cambiarlo. ¡Lo mismo! ¡La expansión de las ideas liberales, los problemas económicos del Estado, el

descontento de los campesinos! ¡Los *sans-culottes* de París, aquí los proletarios de Petrogrado! El surgimiento de una burguesía ilustrada que empieza a comprender la necesidad del cambio. Amigo mío, la historia se repite. Allí tenían los Estados Generales, aquí la Duma, allí estaba Necker, y aquí me tiene a mí. ¡No haga caso, hay que distender el ambiente! Robespierre, Marat, Dantón, ahora se llaman Lenin, Trotsky, Plejánov… y son sorprendentemente parecidos. ¡Veremos cuándo comenzará aquí el terror!

Kérensky se quedó observando la reacción a sus palabras en Paul, al que comenzaba a tratar como a un amigo, alguien capaz de comprenderlo. Cuando terminaron de comer, este pensó que efectivamente aquel lugar era uno de los mejores de Petrogrado en aquellos momentos. Un menú excelente y perfectamente surtido. No pudo saber lo que había costado, ni quiso preguntarlo a su anfitrión, pero tomó nota para volver. Tenía la ventaja de la discreción y la tranquilidad. Ya en la calle, se despidieron.

—Alexander, sabe dónde me tiene. Con respecto a los poderes para las firmas necesarias, para los cambios en las sociedades, utilizaremos los que se dejaron firmados el día en que estuvo en el bufete con su esposa. Lo prepararemos de inmediato y lo enviaremos a la notaría de Lev Ivánovich Medvédev. Yo llevaré los poderes y le acompañaré. Mientras, me tiene a su disposición, ha sido un placer compartir este rato con usted. Ya le avisaré para una reunión en privado.

En noviembre entró un viento polar que hizo bajar las temperaturas hasta los treinta y cinco grados bajo cero. Era imposible salir a la calle y, para ahorrar leña y carbón, Karl y Paul decidieron compartir el piso de Karl durante el día. Se instaló en una esquina del estudio, donde colocó su máquina de escribir. Ludmilla, gran cocinera, preparaba la comida. Con los dólares de Paul y las coronas suecas de Karl, ya que su editor tenía la sede en Estocolmo, podían adquirir casi de todo, incluso lujos como chocolate, excelente café, carne de calidad, conservas, leche y mantequilla del día. Algo inimaginable en aquel austero Petrogrado donde la gente de a pie tenía que buscarse la vida para conseguir algo de comer para su familia. Algunos días llegaba Fiódor y se quedaba a comer con ellos. Ludmilla, perfectamente informada de que Irina vivía con él, lo trataba con naturalidad aunque mantenía las distancias como queriendo demostrar que lo hubiera preferido a él como yerno. Las circunstancias de la vida… ¿No estaba ella misma viviendo una segunda

juventud con Karl? Se la veía intentando darle todos los caprichos y probablemente Karl nunca se había sentido tan mimado.

En cuanto a Irina, por el momento no quería aparecer por allí. Paul estaba convencido de que era para evitar encontrarse con él. Según Fiódor, seguía inmersa en la política y tenía un trato muy directo con Kámenev, lo que confería una posición de poder dentro del partido bolchevique.

Fiódor iba a hacer una nueva entrevista al poeta y pensador Aleksandr Blok para publicarla en *Pravda*. El propio Kámenev había intervenido para conseguirla. Paul recordaba la que mantuvieron en su casa en Solnechnaya Gora, y la amabilidad con que los trataron en aquella «colina soleada». La que Fiódor le solicitaba para *Pravda* era algo muy diferente, con un componente mucho más político. Blok era un poeta extraordinario, pero su pequeña debilidad era que le encantaba verse en las portadas de los diarios. Cuando le comentaron que el periodista norteamericano al que ya conocía deseaba estar presente, no puso la menor objeción. Quedaron en verse en el estudio de Karl el primer viernes de diciembre por la tarde.

Aquel día cayó sobre la ciudad una nevada de las llamadas históricas, y para desplazarse la gente sacó los trineos, las raquetas y las troikas para transportar mercancías. Fiódor fue a buscar a Blok; mientras, Ludmilla preparó una merienda-cena y ordenó algo el estudio. Karl la dejaba hacer. Ludmilla estaba consiguiendo hacerle feliz por primera vez en su vida. Preparó emparedados de salmón con mantequilla, crema de patatas, salchichas al estilo alemán y pasteles de carne. Un verdadero festín en aquellos días de escasez. La gran chimenea de cerámica del estudio, que Karl había hecho colocar en una esquina, mantenía una agradable atmósfera. Luego, Ludmilla insistió en que sería mejor que ella no estuviera presente ya que no dejaba de ser para Blok la madre de la persona más cercana a Kámenev. Añadió que tenía que dar una vuelta por su piso y se despidió.

A las cuatro en punto apareció Fiódor acompañando a Aleksandr Blok. Tras las presentaciones, ya que el poeta no conocía a Karl, y recordar la agradable entrevista en su casa en el pueblo, tomaron asiento en el estudio junto a la cristalera desde la que se divisaban el río Neva y los principales edificios de la ciudad. Karl, ordenado hasta el límite, exquisito en sus maneras, elegante, siempre a la última, había sabido transformar el viejo ático en un espacio luminoso y moderno. Los viejos muebles habían desaparecido, también casi todos los tabiques, creando así un gran espacio pintado de

blanco. Así mismo eliminó los cortinajes de terciopelo y las molduras de escayola clásicas, respetando solo algunas de mérito que casaban con el ambiente que pretendía conseguir. Hizo restaurar y cepillar todos los suelos de madera para dejarlos en su color natural, y solo dejó los muebles indispensables, importados de Suecia, Dinamarca y Alemania. Decoraban los muros unas ampliaciones de sus mejores fotos y escogidas obras de Kandinsky, Goncharova, Exter, Lariónov, Malevich y algunos otros. No había ninguna lámpara de techo. Solo algunos globos de cristal y unos apliques «art nouveau». Los pesados tresillos habían sido sustituidos por ligeros canapés tapizados en colores neutros. El resultado final denotaba una fuerte personalidad empeñada en mirar hacia delante.

Para entonces apenas se le notaba una inapreciable cojera. Su atuendo cotidiano era más cercano al de un *mujik* por su sencillez, aunque elegante. Siempre llevaba botas altas y en la derecha ocultaba su prótesis. Paul sabía que gran parte de la superación de aquel hombre se debía a Ludmilla, que lo había hecho reaccionar con su cariño y dedicación. Notó cómo Aleksandr Blok observaba aquel moderno estudio con los ojos bien abiertos. Confesó que tenía treinta y cinco años aunque, como ocurría con Kámenev y Trotsky, pretendía aparentar más edad de la que tenía.

Karl le hizo la pregunta trascendental mientras Fiódor servía el té.

—Aleksandr Aleksándrovich, ¿qué va a pasar en el alma de los rusos ante este enorme cambio?

El poeta, con su rostro alargado, gran nariz y carnosos labios, era la viva imagen de la sensibilidad y la eterna duda. Contestó con estas palabras:

—¿Por qué han buscado a un poeta? Ahora es tiempo de generales, de políticos, de revolucionarios. Tiempo de batallas y de mítines. Hoy en día da la impresión de que los poetas no tenemos nada que decir. Pregúntenle al zar, a sus ministros, a los políticos de la Duma y a los que están fuera de ella. A los que en estos mismos momentos están tramando para seguir en el poder y a los que quieren alcanzarlo cuanto antes. ¡No pregunten a un poeta! ¿De qué sirven ahora mismo las palabras de un poeta? ¿Acaso se podrán oír por encima de las explosiones de los obuses, por encima de los gritos de unos y otros? Este poeta, como la mayoría de los suyos, vive de los símbolos, de todo lo que envuelve las ideas y las exterioriza. También está, ¿por qué ocultarlo?, la forma en que nos han impuesto una visión del mundo. Entonces pregúntenle a la Iglesia, pregúntenle al zar. Yo, por mi parte, le preguntaría a

Rimbaud. ¿Han leído *Una temporada en el infierno*? Ahora no nos haría falta opio ni láudano. Los cadáveres de los malvados caerán sobre el corazón de los demás. ¡Eso no bastará, se lo aseguro! Díganme, ¿para qué quieren las palabras de un poeta? Pesan menos que las plumas del demonio de Vrúbel. ¡Ah, sí! ¡El alma rusa! ¿Pero cuál de ellas? ¿La de un *mujik* segando al final del verano? ¿La de un pope caminando en la nieve? ¿La de un trampero siberiano? ¿La de un pescador del Caspio? ¿La de los armenios rusos intentando defender su tierra ancestral de esos feroces turcos? ¿La del librero judío de la calle Korsakova que me busca los ejemplares antiguos y al que la malvada ignorancia señala como el culpable de todos sus males? ¿La de esos uniformados generales patéticamente ridículos que pretenden ser distintos tras sus filas de medallas? ¿La del zar Nicolás?, ese hombre inane y soberbio atormentando por temor a perderlo todo. ¿Cuál de ellas? ¿La de un poeta perdido en su laberinto de palabras? ¿Qué es el alma rusa? ¿Una mezcla de bravura y temor por el mañana o la pesada melancolía del atardecer? ¿Qué pesa más, el corazón o la razón? ¿La alegría de un instante en el baile de la aldea o la interminable nostalgia que envuelve nuestras vidas? Díganme, ¿por qué preguntan a un poeta? Los poetas apenas sabemos nada de la realidad. ¿Qué somos los rusos? ¿Almas atormentadas, ascéticas, con un deje de locura? ¿Qué somos? ¿Primitivos o modernos? ¿Espontáneos o excesivamente rebuscados? ¿Hospitalarios, familiares, amistosos o lobos esteparios? Díganmelo, pues yo no soy capaz de comprenderlo. ¿Por cuáles de ellas me preguntan? ¿Por las almas místicas, lejanas, misteriosas, o por las rudas, cercanas y agresivas? ¡Pregúntenle a Mirbeau[154]! Él llegó a Rusia y la encontró. Vio un pueblo oprimido, avasallado, desgraciado, una administración corrompida que lo mantiene en una bárbara y anacrónica ignorancia, sojuzgado y castigado por abyectos verdugos. ¡Pregúntenle a la Ojrana! ¡Tal vez a los poetas! Es cierto que los censores tachan lo que no conviene que aparezca. ¡Y seguimos igual! En Rusia el tiempo transcurre muy lentamente, como la corriente del Volga antes de verterse en el Caspio. Mirbeau lo expresó bien. Quizás seamos el pueblo que más piensa, acostumbrados como estamos a tener que contestarnos nosotros mismos en esos inmensos espacios vacíos. Por eso aún cuentan los poetas.

Mientras, Paul, Karl y Fiódor permanecían absortos, escuchando a Blok en absoluto silencio. Bebió un sorbo de té y se quedó observando las impresionantes fotografías de Karl, que había tomado asiento frente al poeta y

no deseaba que aquello terminara tan pronto, por lo que dispuso su cámara de gran formato para tomar toda la escena. Fiódor fumaba apoyado en la puerta. La luz lo invadía todo, un rojo atardecer se colaba hasta el fondo de la estancia por los grandes ventanales.

Hacía falta muy poco para tirar de la lengua a alguien como Blok. Paul no había tomado notas, convencido de que podría repetir hasta la última palabra. Pero necesitaba más y, viendo que el poeta les estaba hablando con el corazón en la mano sobre su amargura sin esperanza, se atrevió a preguntarle:

—¿Y las almas muertas?

La pregunta suponía todo un reto y Blok lo sabía.

—¡Ah, sí! Chichikov, su cochero y su criado. Tal vez Fiódor Yegórovich sepa más de esto que nosotros. Me contó mientras veníamos cómo están muriendo nuestros jóvenes en el frente. Esas son ahora nuestras almas muertas. Se borran de las listas de caídos, como si jamás hubieran existido, cuando el sargento lleva la lista al capitán. Una docena muertos por el enemigo, dos docenas fallecidos por inanición, tres docenas por congelamiento, dos fusilados por intento de deserción, uno por indisciplina, tres por actividades políticas prohibidas o inapropiadas en tiempo de guerra. Quieren decir bolcheviques, anarquistas o similares. ¿Para qué se necesitan tantas almas muertas? Al final dejan solo los muertos en combate con la cifra que les conviene. ¡Esa es nuestra guerra! Aunque tal vez nuestro corresponsal americano se refiera a *Padres e hijos*, la mejor obra de Iván Serguéievich Turgueniev. Al alma raptada de nuestro pueblo, a esa sensación de ser incapaces de avanzar, como si todos estuviéramos muertos y enterrados… ¡pero no es verdad, no es verdad! —Blok, entusiasmado, alzaba el tono de voz—. ¿Quién ama como un ruso?… Solo otro ruso. ¿No lo decía Chadaiev cuando se preguntaba si llegaría Rusia a ser otro pueblo europeo? Lo achacaba a que los nobles, ¡jamás entenderé por qué los llaman así!, solo querían imitar los modales y la cultura francesa. ¡Renegaban de lo ruso! ¡Les avergonzaría que los llamaran *mujiks*, siendo tal vez el *mujik* el más noble de los rusos! Ahora en este país las únicas almas muertas son las de los poderosos. ¿Qué han hecho para redimirse? ¡Nada! ¡Ninguno de ellos! Pero tendré que ser justo y exceptuar a algunos como Tolstoi, o Turgueniev, o Dostoievski, a unos cuantos contados con los dedos de una mano. Ya no nos conformaremos con promesas falsas de una burguesía hipócrita, que teme la revolución y no quiere indisponerse con el zar y los aristócratas. Ya no nos callarán conformándonos con las migajas de la mesa. Ahora el pueblo querrá

encontrar su verdadero poder. Lo que comenzó en la fábrica Putílov tendrá que acabar de otra manera.

El idealista poeta, que había llegado tímido y tranquilo, se iba transformando a medida que la tarde avanzaba en un revolucionario, un hombre indignado por la situación. De pronto, sin más, miró su reloj, pidió disculpas, se levantó, se colocó el abrigo, tomó su sombrero, hizo una leve inclinación de cabeza y se despidió. A pesar de la insistencia de Fiódor y de Karl para que se quedara un rato más, no pudieron convencerlo. Se excusó con que alguien lo estaba aguardando y salió erguido, pensando en sus cosas.

Fiódor dijo que si había alguien que encarnase el alma rusa, era aquel poeta que acaba de salir por la puerta.

XVII
El asesinato de Rasputín

El mes de diciembre transcurrió con muchos problemas en Petrogrado. Cada día cerraban nuevas fábricas y talleres mientras los obreros en paro se manifestaban por las calles en medio de grandes algaradas, aunque la policía debía de tener orden expresa de intervenir lo menos posible, pues solo lo hacía cuando las cosas pasaban a mayores. Tampoco el ejército, aunque se sabía que muchos de los manifestantes eran desertores. Era como si el estado hubiera tomado la decisión de no forzar el enfrentamiento, lo que a su vez generaba nuevas protestas. El principal problema seguía siendo el desabastecimiento. No había manera de encontrar determinados productos, ni pagándolos diez veces su valor en el mercado negro. La situación generaba interminables colas y continuas protestas contra la Duma, el zar y el gobierno. Era una demostración de impotencia al quedar claro que nadie estaba en condiciones de arreglar el país.

Por Petrogrado corrían todo tipo de rumores, incluso que el zar había muerto en la última batalla, o asesinado por sus generales, y que el poder iría a parar a su hijo o a algún miembro de su familia. Tales rumores eran desmentidos de inmediato con mayor o menor éxito. Cada día seguían llegando numerosos campesinos procedentes de los lugares más remotos del país, que preferían buscarse como fuera la vida allí antes que morir de hambre en sus aldeas.

El 29 de diciembre corrió por todo Petrogrado la noticia de que Rasputín había sido asesinado. Al parecer, se necesitaron varias personas para acabar con él. Paul se enteró por Ludmilla, que llegaba de la calle y se detuvo un momento en su piso para contárselo. Estaba acabando de desayunar y no daba crédito a lo que estaba oyendo. Telefoneó a Fiódor Yegórovich, quién se lo confirmó. Fiódor le explicó que acababa de volver de la calle Fontanka, y allí uno de los subinspectores que había intervenido en el caso le permitió leer algunos de los pliegos con las declaraciones de las personas presuntamente implicadas. Se trataba de personajes importantes, todos ellos conocidos en la vida social de Petrogrado, y por dicha razón se pretendía mantener el asunto

bajo control hasta que el juez de guardia decidiera si levantaba o no el secreto de sumario. El príncipe Félix Yusúpov[155] parecía ser el principal sospechoso, aunque se negó a declarar sin la presencia de su abogado. También el gran duque Demetrio Romanov[156], un joven de apenas veinticinco años. Otro de los implicados era un diputado de la Duma cuyo nombre aún no se conocía. Fiódor le dijo que lo aguardara, que iba hacia su casa.

Media hora más tarde, Fiódor subió las escaleras de tres en tres. Paul lo vio llegar en el coche de la redacción desde la ventana y lo esperó en la puerta.

—¡Por Dios bendito, Paul! ¡No te puedes imaginar la que se está armando en la ciudad! ¡Vamos! Acaban de avisarme de que han dado con el cuerpo en uno de los canales cercanos al Palacio Moika. Si vamos ahora, puede que lleguemos mientras lo sacan.

Fueron en el coche, que los dejó lo más cerca posible. Una multitud se asomaba a los pretiles del canal mientras unos hombres armados con picos hacían un agujero en el hielo. Fiódor, que conocía a todo el mundo, consiguió que el policía los dejara pasar mediante una pequeña propina. «¡Cinco rublos por una butaca de primera fila! ¡Este país se ha vuelto loco!», soltó Fiódor cuando el policía los dejó pasar. Ambos caminaron con rapidez sobre el hielo, intentando no resbalar. Junto al hueco circular en la gruesa capa de hielo se hallaban al menos veinte personas. El propio príncipe Yusúpov, pálido, elegante e indiferente, fumaba un cigarro en su larga boquilla. Como principal sospechoso, había indicado a la policía la ubicación del cadáver. Allí también se encontraban dos enfermeros, un médico del juzgado, otros periodistas conocidos, varios altos cargos de la policía y algunos diputados de la Duma.

Bajo el hielo se apreciaba una leve sombra. El príncipe comentaba algo con el juez. Mientras uno de los policías introdujo un bichero y enganchó la ropa del ahogado en el tercer intento. Luego tiró, ayudado por el otro. Dijo que lo habían cogido por los pantalones. Tuvieron que tirar con fuerza hasta conseguir que una de las botas apareciera por el agujero. Engancharon las dos piernas con una cuerda y tuvieron que hacer un gran esfuerzo para sacarlo del agua helada y colocar el cuerpo rígido sobre el hielo. Cuando dieron la vuelta al cadáver no hubo la menor duda. Se trataba del mismísimo Rasputín. Tenía los ojos abiertos y parecía mirar fijamente el cielo gris claro de Petrogrado. Un pequeño agujero en la frente y otro en la mejilla evidenciaban la causa de la muerte. Uno de los policías de paisano fotografió el cadáver. El juez miró el reloj para fijar la hora del levantamiento. Los sospechosos presentes se

negaron a contestar a las preguntas. Los enfermeros envolvieron el cuerpo en una lona y, tras ponerlo sobre una camilla, se dirigieron a la escalinata que subía a la calle desde el canal. El príncipe entró en uno de los vehículos de la Ojrana y una ambulancia se llevó el cuerpo de Rasputín, poniendo fin así al segundo acto del drama.

Paul acompañó a Fiódor a la cafetería de un hotel cercano. Mostrando las divisas previamente, podrían conseguir un buen café para calentarse un poco. Dos inspectores entraron a la vez que ellos, echaron una ojeada a la lista de precios y se dirigieron a la salida. Fiódor, que conocía a uno de ellos, los llamó y les preguntó si les aceptaban un trozo de tarta y un café recién hecho. Una oferta imposible de rechazar, de modo que ambos policías se sentaron con ellos junto al ventanal. Fiódor les presentó a Paul, aunque los dos dijeron que sabían quién era. Se trataba del inspector jefe Lev Shaliapin y del subinspector Mijaíl Andreivich, encargados del caso. Pidieron café y tuvo que venir el jefe de sala, que solo cuando le enseñaron los dólares autorizó que les sirvieran, en vez del sucedáneo a base de malta de aquellos tiempos, el verdadero café negro y cargado de antes de la guerra, además de cuatro trozos de tarta de limón. ¡Un festín en Petrogrado!

—Inspector Shaliapin —Fiódor tenía con él la confianza suficiente—, ¿podrían ponernos al corriente de lo que ha ocurrido? ¿Cómo consiguieron dar con el cuerpo de Grigori Yefímovich Rasputín a las pocas horas de haberse cometido el asesinato? ¿Quién ha hablado?

El inspector esbozó una sonrisa con cara de circunstancias y le soltó:

—¡Ah, Fiódor Yegórovich, es usted tremendo! Vladimir Purishkévich, el diputado de la Duma, se presentó esta misma mañana en la central de la calle Fontanka hacia las seis de la mañana. Llegó acompañado de su abogado y de dos diputados, y se le tomó declaración voluntaria ya que está amparado por su acta de diputado. Aseguró impertérrito que el príncipe Yusúpov, el gran duque Demetrio Romanov, y él mismo habían dado muerte al tal Rasputín por considerarlo el hombre más peligroso de Rusia. Esas fueron sus palabras textuales. «¡El hombre más peligroso de Rusia!». Inmediatamente, el oficial de guardia acudió al despacho del subinspector jefe para exponerle la situación. ¡Pero cuéntelo usted mismo, Mijaíl Andreivich! ¡Cuéntelo tal como sucedió! Mi amigo Fiódor Yegórovich es de confianza, al igual que el señor Alexander.

Mijaíl Andreivich bebió un largo trago del humeante café que acababan de servirles.

—¡Ah! ¡Qué delicioso café! ¡Como lo echo de menos! ¡Es como el de los viejos tiempos! ¡Y esta exquisita tarta recién hecha! ¡A ver cuándo podremos volver al viejo San Petersburgo! Perdonen, pero no he podido contenerme… Bueno, con su permiso, señor inspector jefe. Efectivamente, desde el primer momento me di cuenta de que se trataba de un asunto muy delicado políticamente. ¡Cómo no iba a serlo si el propio diputado de la Duma proclamaba su colaboración en el caso, inculpándose claramente, y hasta lo acompañaban dos diputados de su partido en la Duma y su abogado! —El subinspector bajó la voz hasta hacerla casi inaudible—. Sepan, señores, que les estamos hablando de algo que se encuentra bajo secreto de sumario… Bueno, lo que esté en el sumario… lo demás se puede contar, rogándoles discreción hasta que pasen unos días. ¿De acuerdo?

—¡Por supuesto, Mijaíl Andreivich! —El inspector jefe saltó impaciente ante las vueltas y revueltas de su compañero—. ¡Pero cuéntalo ya, por Cristo Salvador! ¡Eres aún más prudente que yo! ¿No te he autorizado a hacerlo? Estamos ante dos personas discretas.

—Se trata de un asunto de estado, así que de lo que no se pueda hablar, no se hablará. El resto son pormenores, solo la narración de cómo suponemos que sucedieron los hechos.

—Eso lo ha contemplado la mitad de Petrogrado desde ambos lados del canal, y hasta viene en los periódicos, que acaban de lanzar una segunda edición… ¡Rasputín asesinado por el príncipe Yusúpov! Así que no me hable usted de secreto de sumario, porque la noticia ya habrá llegado a París y a Londres, y me atrevería a jurar que también a Nueva York por cable.

—Sí. Así es.

El subinspector le pidió al camarero un segundo café con crema mientras se metía un terrón de azúcar tras otro en la boca. Allí, en el salón reservado del hotel se estaba caliente y confortable en aquellos mullidos sillones de terciopelo. En la calle, la nieve llegaba casi a los corvejones de los caballos de tiro. Comenzaba a nevar de nuevo y parecía prudente seguir allí un rato más, lejos de la central en la calle Fontanka, de los expedientes y los atestados que no paraban de entrar.

Un camarero les llevó la última edición que unos vendedores repartían por la calle y que la gente se quitaba de las manos. Fiódor le dio un rublo de propina. En la portada del *Diario de Petrogrado* se leía con letras de seis centímetros. ¡RASPUTÍN ASESINADO POR EL PRÍNCIPE YUSÚPOV!

No merecía la pena andarse con demasiados miramientos legales, así que el subinspector continuó su exposición.

—Pues sí. Pasaron a mí despacho mientras yo avisaba al juez de guardia. Tardó unos minutos ya que el hombre estaba durmiendo. Les diré que el diputado Purishkévich no daba la impresión de encontrarse nervioso ni preocupado. Estaría convencido de que tendrían que darle un homenaje por lo sucedido. Delante del juez Nikolai Zaitsev y del secretario, declaró que el príncipe Félix Yusúpov, el gran duque Demetrio Romanov y él mismo, junto con otra serie de personas cuya lista entregó, habían tomado la determinación de librar a Rusia de aquel nefasto individuo que tanto daño estaba haciendo al Imperio, a la persona del zar y a su familia, y que determinaron asesinarle ya que tenía tantos protectores en las altas esferas que no cabía ninguna otra posibilidad. Estoy leyendo el artículo del periódico, que cuenta literalmente lo sucedido. Así que, si me lo permite, inspector jefe Shaliapin, creo que podemos ahorrarnos las advertencias. Esa gente ha creído que su mejor defensa es hacerlo todo público y aparecer como héroes populares a fin de que sea el pueblo el que dictamine. Pues bien. Contó que citaron a Grigori Yefímovich en el sótano del Palacio Moika, propiedad de la esposa del príncipe Yusúpov, diciéndole que más tarde se incorporaría la princesa. Allí se había preparado una sala con un banquete por todo lo alto, y parte del vino, así como las pastas y pasteles, estaban envenenados con cianuro. Comenzaron a cenar muy tarde y Rasputín pareció recelar a medida que avanzaba la cena, aunque disimularon para hacerle ver lo mucho que lo apreciaban y pareció tranquilizarse. Cantaron al son de una balalaika que el propio Rasputín tocaba, y comieron y bebieron en cantidad. Naturalmente, ellos sabían de qué botellas tenían que beber y cuáles eran los pasteles envenenados. Según contó el diputado Purishkévich, el monje se bebió más de una botella con cianuro suficiente para matar un caballo, pero no dio señales de malestar por ello. Seguía entonando viejas canciones como si el veneno no le surtiera efecto, por lo que ya no sabían qué camino tomar. El príncipe salió con la excusa de hablar con su esposa y el gran duque se quedó con Rasputín, que seguía bebiendo.

Purishkévich animó a Yusúpov a seguir con el asunto hasta el final, pues comenzaban a creer que aquel hombre endiablado era inmortal. En un aparte decidieron dispararle por la espalda si fuese preciso, y volvieron a descender al sótano. El monje seguía en lo suyo, cantando viejas canciones de su aldea mientras el gran duque abandonaba la estancia con la excusa de ir a orinar.

A la vista y en presencia del propio Purishkévich, el príncipe Yusúpov sacó de su chaqueta un revólver Browning del 7,65 y disparó varias veces al monje, que se desplomó como si hubiera muerto. Daba la impresión de que el asunto estaba terminado y, de acuerdo con el plan, debían llevar el cuerpo a la casa de Rasputín para hacer creer que allí había sucedido todo, y por obra de desconocidos. Pero al intentar el príncipe mover el cuerpo, este revivió y atacó a su agresor, cogiéndole por los hombros con intención de derribarlo al tiempo que lo maldecía. Purishkévich explicó que él aguardaba detrás de la puerta, preparando una lona para envolver el cadáver, cuando vio con espanto lo que sucedía. Increíblemente, Rasputín se incorporó y salió corriendo por la misma salida directa del sótano a la calle. Entonces él, armado con otro revolver, volvió a disparar al monje, al que debió alcanzar en varias ocasiones, aunque los proyectiles no parecieron hacer mella en él ya que siguió corriendo hacia el exterior.

»Allí, sobre la nieve, Purishkévich confesó haberle rematado de un tiro en la frente. Volvieron a introducirlo en el sótano, aunque con gran recelo al no estar del todo seguros de que hubiese muerto. A las cinco de la mañana decidieron arrojarlo por un agujero en el hielo al fondo del Neva, debajo del puente Petovsky, muy cerca del palacio, el lugar de donde lo hemos sacado hace un par de horas en presencia de ustedes y de todos los que han querido acercarse a comprobar que ese hombre o demonio o lo que sea, había muerto realmente. Y eso es todo lo que hay hasta el momento. Esta vez lo han conseguido. ¡Si supieran la de veces que nos han avisado personas de todas las clases sociales que aseguraban haber atentado contra Rasputín!

—Bueno, hay algo más, y ya que estamos en confianza les contaré algo muy importante —el inspector jefe Shaliapin no quería ceder todo el protagonismo a su subalterno—. Aproximadamente a las ocho de la mañana, antes de ir a recuperar el cuerpo de Rasputín y comprobar que la historia era cierta, llegó de palacio uno de los hombres de confianza de la zarina. Permítanme que por el momento me reserve el nombre. Vino a decirme que la zarina no quería creer las noticias que acababan de llegarle y que esperaba que Grigori Yefímovich siguiese con vida. El emisario estuvo presente en el momento de la recuperación del cuerpo, que en estos momentos se encuentra en el hospital del ejército, donde deben estar a punto de practicarle la autopsia. En palacio aún confían en un milagro del santón. Así están las cosas. Y ahora, señores, agradeciendo su amable invitación, nosotros volvemos a lo nuestro. De este secreto a voces, les ruego que mantengan la discreción de la fuente. A fin de cuentas, es la noticia de hoy en toda Europa.

Mucho más que las bajas de la guerra o los avances de unos y otros. Rasputín ha conseguido dañar de manera importante la imagen de la corona. Si fuese mía la responsabilidad de juzgar a los autores del asesinato, tengan por seguro que los absolvería con honores. En la Ojrana hemos estado atados de pies y manos mientras ese monje depravado cometía sus repugnantes fechorías. ¡A Yusúpov habría que levantarle un monumento! Y ahora, con el permiso de ustedes, nos retiramos.

Apenas habían salido, Fiódor pidió la cuenta que, por supuesto, cargaría como gastos de representación al periódico. Se levantó y pidió a Paul que lo acompañase, como si se le acabara de ocurrir una idea. Caminaron en silencio hasta el coche que los aguardaba y, una vez en su interior, Fiódor dio al chofer una dirección. Se trataba del Hospital Militar, cercano al Almirantazgo. El automóvil los llevó hasta la misma puerta gracias a los pelotones de obreros que apartaban la nieve de las calzadas. Fiódor pidió al chofer que los condujese hasta la puerta de atrás para evitar encontrarse con otros periodistas que buscaban la misma noticia. Por allí se accedía al pabellón de Anatomía Patológica, donde se llevaban a cabo las autopsias por orden judicial. Fiódor se dirigió a una pequeña puerta situada en un lateral. Conocía bien el lugar. Tocó con los nudillos y abrió un enfermero con una bata blanca manchada, que asintió al verlo. Fiódor sacó un puñado de monedas del bolsillo y contó diez rublos. El hombre los cogió y se apartó para que entraran, cerrando tras ellos. Luego los condujo por un largo pasillo sucio y mal iluminado que daba a la sala de autopsias. Dos forenses se hallaban en plena faena en una sala sucia que apestaba a una mezcla de formol, sangre y otras sustancias. Un olor acre e intenso a muerte lo envolvía todo. Paul creyó que iba a vomitar. Sobre un tablero de mármol yacía un cadáver abierto en canal, con el pecho y el abdomen separados mediante unas grapas metálicas, y el cráneo aserrado para permitir acceder al cerebro. Junto a él, dos doctores estaban enfrascados en su tarea. Se volvieron un instante pero no se molestaron en pedirles que salieran de allí. Estaban acostumbrados a que la policía judicial estuviera presente en las autopsias. Luego supo que, de los diez rublos, dos eran para el encargado que les abrió la puerta y cuatro para cada médico. Era el precio por asistir a una autopsia sin ninguna orden ni autorización. Fiódor le pidió con un gesto que permaneciera en silencio. Se escuchaba la sierra cortando. Sobre una mesa auxiliar habían colocado los despojos: los pulmones, el corazón, los testículos, el pene, aquel instrumento viril que se había hecho famoso en Petrogrado. Paul murmuró al oído de Fiódor que no aguantaba más y que se iba fuera. Fiódor le pidió que esperara

unos minutos pues quería que escuchara los resultados de la autopsia de primera mano. Aguantó haciendo de tripas corazón. Unos minutos más tarde, uno de los forenses se despojó de los guantes y se lavó las manos en una pileta situada en una esquina, mientras el ayudante vaciaba una jarra de agua para enjuagarle. Sin decir palabra salió al pasillo y encendió un cigarrillo. Fiódor y Paul salieron tras él.

—Doctor Radishchev, ¿Rasputín murió a causa de las balas o envenenado? —inquirió.

El forense negó varia veces con la cabeza mientras aspiraba con fruición el humo de su cigarrillo.

—No. ¡Ese hombre parecía inmune al veneno! ¡Qué personaje tan extraordinario! A pesar de la bala que le entró por la frente y que se alojó en su cerebro, seguía vivo cuando lo arrojaron al Neva. Falleció ahogado, pues hemos encontrado agua en sus pulmones… señal de que respiraba cuando cayó al agua. ¡Dios bendito! ¡Eso es algo científicamente imposible! ¡Absolutamente imposible! Creemos que al caer al agua helada intentó salir, pero la bala alojada en el cerebro debió afectar sus funciones motrices. Aun así, tardó en morir más de diez minutos. Tal vez consiguiera respirar en ese mínimo espacio que queda entre el agua y el hielo si cayó boca arriba. ¿Han visto su corazón? El doble que el de una persona normal. Se han dicho muchas cosas de Rasputín, pero ahora se entienden algunas de ellas, como la cantidad de damas de alcurnia que iban a verle —el forense señaló la mesita auxiliar donde reposaban los órganos e hizo un guiño a Fiódor—. ¡Qué barbaridad! ¿Se han dado cuenta? ¡Unos tanto y otros tan poco! ¡Así es la vida!

Salieron casi corriendo ya que Paul no era capaz de resistir un segundo más allí dentro. Vomitó sobre la nieve. Luego cogió un puñado de nieve limpia y se limpió los labios antes de meterse en el coche.

—¡Por Dios bendito, Fiódor! ¿Cómo se te ha ocurrido traerme aquí? Aunque creo que debería agradecértelo.

—¡No te quepa la menor duda, Paul! ¡Esto es historia, pura historia!

XVIII
La revolución

A lo largo de enero de 1917, los conjurados y cómplices del asesinato de Rasputín fueron juzgados por el Tribunal de lo Criminal de Petrogrado. El príncipe Yusúpov fue desterrado y se refugió en París, donde se convirtió en una celebridad al que todo el mundo quería conocer. El gran duque Demetrio Romanov fue desterrado a una provincia limítrofe con Persia. En cambio, el diputado Purishkévich se libró del destierro. Las malas lenguas aseguraban que el zar aplaudió el asesinato en el vagón en el que residía desde hacía unos meses. Incluso se afirmó que lo había instigado al hacérsele insoportable la extraña y morbosa relación de su esposa con el monje.

Según Fiódor, el zar tenía que saber muy bien que su imperio se tambaleaba. Eso ya se lo advirtió la Duma en noviembre. Si no se daban señales inequívocas al país, como decretar medidas, elegir un verdadero parlamento constitucional, y por supuesto tomar una postura definida en la caótica situación bélica, Rusia estaba perdiendo toda una generación, pues las levas indiscriminadas de reclutas destinados al frente sin instrucción alguna proseguían sin cesar, el número de fallecidos, los heridos de gravedad, muchos de ellos con amputaciones en brazos o piernas y ciegos permanentes en los distintos frentes abiertos… aquello era insoportable.

Paul se encontró con Aleksandr Kérensky en una de las más importantes notarías de Petrogrado. El abogado le sugirió que abandonara el país cuanto antes ya que vaticinaba una situación como no se había conocido en siglos.

—Mire, Paul, Rusia se encuentra al límite y es posible que esa revolución de la que tanto se viene hablando termine por estallar. Si eso sucediera, nadie es capaz de predecir cómo acabará todo esto. Hay demasiado odio, demasiada ignorancia y demasiada ambición por parte de algunos. Váyase ahora a través de Finlandia o inténtelo de nuevo en el paquebote de la Cruz Roja. Pero hágame caso y no permanezca aquí. Hace tiempo que veo llegar una guerra civil, y en ese caso nadie estará a salvo, aunque posea un pasaporte diplomático.

Las palabras de Kérensky coincidieron con una crisis de escasez de alimentos. Las manifestaciones eran diarias y gran parte de la población no podía alimentarse. Continuas huelgas, intentos de saqueo en los almacenes y comercios, aunque permanecieran cerrados, disparos, heridos, carreras por las calles y muchas detenciones, Petrogrado se encontraba a las puertas de una insurrección civil, como la que bolcheviques y anarquistas intentaron el julio pasado y que había acabado entonces en un estrepitoso fracaso.

El primero de febrero los alemanes lanzaron al mundo una advertencia, dirigida en particular a los Estados Unidos. Cualquier barco que navegara en aguas aliadas sería hundido sin previo aviso. Washington rompió sus relaciones diplomáticas con Berlín. Dos días más tarde Paul fue a visitar al embajador Page en la embajada en Petrogrado. El diplomático estaba preparando un conjunto de medidas para el caso en que finalmente se entrara en guerra con los imperios centrales.

—Nuestro problema es que no sabemos con quién tendremos que negociarlas aquí. A pesar de sus informes —se refería a los que Paul le enviaba con frecuencia—, la situación en este país nos indica que puede llegar a reinar el caos más absoluto.

El embajador Page tenía razón en sus predicciones. Pocos días más tarde las manifestaciones se tornaron violentas. El diario *Pravda* se expresaba ya como si el régimen zarista hubiese caído. Los ciudadanos se enfrentaban abiertamente a la policía, y la Ojrana comenzó a comprender que no podría presentarse impunemente en cualquier barrio de la capital, ya que les atacaban y perseguían. El ejército tomó posiciones levantando barricadas frente al Palacio de Invierno y otros edificios institucionales. Los presagios de unos y otros se estaban transformando en una dura y amarga realidad.

Karl von Lissberg, Lissbergov según su nuevo apellido rusificado, se empeñó en salir a la calle con sus cámaras de fotos. Ludmilla le advirtió que sin ella no iba a ninguna parte y lo siguió. Aunque al principio Karl dudó e incluso se enfadó con ella, al poco tiempo se transformó en un ayudante indispensable para él. Ludmilla era una mujer infatigable, endurecida por las circunstancias, que jamás se quejaba, que hacía las cosas lo mejor que sabía y procuraba ayudarle en todo. Por otra parte, no temía las consecuencias. Conocía al dedillo la ciudad, y aunque Karl caminaba ya con mucha soltura a pesar de su prótesis, pronto comprendió que si pretendía ir arriba y abajo por la ciudad, Ludmilla sería su mejor y más fiel colaboradora. Conocía a todo el

mundo, podía entenderse con cualquiera, y se empeñó en aprender a conducir el pequeño Renault fabricado en Petrogrado que Karl había adquirido pensando en que las largas caminatas lo agotarían.

En aquella ciudad había mucho que fotografiar, y mucho que contar. Lo realmente difícil era estar allí y sobrevivir. Ludmilla consiguió a través de Irina un documento firmado por el mismo Kámenev, sellada con los sellos oficiales del *Pravda*, en el que se manifestaba que *El camarada Karl Lissbergov, fotógrafo, pertenece como miembro a la plantilla oficial de Pravda*, además de otro en el que a lo anterior se añadía: *siendo un miembro activo del partido bolchevique, por lo que deberá ser respetado en el ejercicio de su función como fotógrafo de este periódico*. Esos documentos les protegían en caso de encontrarse con los huelguistas y manifestantes, ya que las principales eran promovidas y dirigidas por el partido bolchevique, a pesar de su aún escasa representatividad en la ciudad. La Ojrana intentaba reprimir al partido sin conseguirlo, por muchos esfuerzos que hiciera el general Kurlov, el jefe de la policía que tan vinculado había estado a Rasputín.

El diario *Pravda* difundía las tesis de Lenin, «Paz, pan y tierra». Los comités bolcheviques adoptaron el lema, y en la madrugada del 22 de febrero ya se habían repartido los carteles de lona pintada por las principales fábricas. Fiódor Yegórovich le acompañó por algunas de las más importantes. Se veía mucha policía y el ejército había tomado los accesos al centro de la ciudad. Motivos había más que suficientes. Los obreros, o proletarios como prefería llamarlos Fiódor, no tenían ni paz, ni pan, ni trabajo, ni tierra, ni siquiera unos políticos que los representaran, salvo aquel pequeño partido bolchevique que, sin embargo, por su propio nombre pretendía ser el de la mayoría. Para Fiódor, los mencheviques navegaban entre dos aguas y los partidos de la burguesía no eran fiables.

El 23, la manifestación llevaba tras de sí más de ochenta mil personas a pesar del mal tiempo y del intenso frío. Una masa de gente dispuesta a todo, muchos de ellos recordando «el domingo sangriento» de 1905… Todo dependería de la postura de las tropas. Fiódor le contó que en algunos batallones se había pactado una postura de desobediencia pasiva con los representantes bolcheviques dentro de las tropas. Eso no era nuevo, ya que durante largos meses la falta de disciplina en algunos regimientos no era sino el resultado de un trabajo de zapa bolchevique para evitar que la guerra

prosiguiera con normalidad. En el frente ello había costado consejos de guerra sumarísimos y fusilamientos, pero en Petrogrado la cosa era bien distinta hasta mediados de febrero. Los altos mandos eran conscientes de la situación y temían llegar a un punto crítico. Fiódor había podido hablar con Kámenev a través de Irina y tenía la seguridad de que la crisis política se generaría cualquier día. Vieron cómo la policía se enfrentaba en un cuerpo a cuerpo en algunos puntos con los obreros, aunque las cosas no pasaron a mayores. Era una prueba. La ordalía para demostrar quién tendría al final la fuerza.

Karl pudo tomar varias fotografías pero, una vez reveladas, comprobó que no era exactamente lo que pretendía. Se veía a una muchedumbre amenazadora, pero las había tomado desde el nivel de la calle y no poseían el efecto dramático que él buscaba.

El 24 de febrero se reunieron en el estudio de Karl para analizar las fotos cuando llegó inesperadamente Irina. Fue Paul quien abrió la puerta y, cuando la vio frente a frente, se quedó sin saber qué decir. La saludó con cierta frialdad, como viejos amigos que hubieran olvidado sus sentimientos. En aquel momento salió Fiódor y, al ver a Irina, la besó y sonrió. Era consciente de que se encontraba en medio.

No quiso hacer ningún comentario sobre Irina ni ella tampoco se dirigió a él sobre lo sucedido. Sabía que con una mujer como Irina eran mejor los silencios. Ludmilla preparó un bizcocho y sirvió el té muy caliente. Aquella merienda era un privilegio de los burgueses ricos en tiempos como los que estaban viviendo, y ninguno de ellos hizo comentario alguno, ya que tanto Fiódor como Irina eran bolcheviques declarados. Ludmilla y Karl simpatizaban más con los socialdemócratas de Kérensky, mientras que él mantenía en reserva sus preferencias. No podía evitar sentir una gran admiración personal por Lenin y una cierta empatía con Trotsky. Estaba seguro de que incluso Fiódor analizaba sus reacciones, ya que después de todo él no era más que un «capitalista» para cualquier ruso. Cobraba un sueldo en divisas cinco veces mayor que el de Fiódor, y encima le pagaban las dietas como el alquiler del piso y los viajes. Su poder adquisitivo no se podía comparar, y eso sin mencionar que después de todo estaba casado con una mujer multimillonaria, aunque hasta el momento no había percibido un solo dólar de ella, ni regalo alguno.

Karl pertenecía a una familia adinerada, aunque nunca lo comentara; además, su editor le pagaba muy bien las fotos que le enviaba a Estocolmo. Procuraba que a Ludmilla no le faltara dinero para adquirir provisiones suficientes, ya que ella tenía buenos contactos y sabía dónde encontrar lo

necesario. Irina tenía otro punto de vista al respecto, aunque se tomó su té muy azucarado y dio buena cuenta de su parte de bizcocho. Otro dulce privilegio burgués…

La idea era escoger algunas de las fotos de Karl para la portada del *Pravda*. El periódico Izvestia, órgano oficial del partido menchevique, no le había pedido nunca que colaborara con ellos, así que no se trataba de un problema de ideología. Fiódor escribía los artículos de relleno, Kámenev y otros líderes se encargaban de editoriales y portadas. En principio, Vladimir Ilich Ulianov llevaba la dirección desde Suiza, aunque eso no era más que cara a la galería.

Irina sorprendió a todos al ofrecer una entrevista de Paul al mismísimo zar, que se hallaba en una extraña situación en el tren imperial desde que se decidió a ponerse al frente de las tropas en un intento de hacer ver que el título de generalísimo de todos los ejércitos era algo más que honorario. El tren se encontraba detenido en una vida muerta en Mohilev, en el cuartel general desde el que supuestamente se dirigía la estrategia de los ejércitos imperiales rusos, el movimiento de las tropas, la intendencia, además de la política rusa, aunque mucha gente dudaba de que la zarina hiciera caso de las órdenes de su esposo.

Al final, quienes llevaran el control de los trenes eran los miembros del Comité de Ferroviarios del Imperio, en su aplastante mayoría miembros de los partidos de izquierdas, en su mayor parte simpatizantes o seguidores de mencheviques y bolcheviques. Eran los que engrasaban las ruedas, reparaban los frenos, mantenían las máquinas y los vagones, la señalización y las vías. Sin ellos no podía circular un solo tren, y eran muy conscientes de ello. Se hallaban al tanto de quién subía o bajaba del tren imperial. Hasta los telegrafistas les contaban todo lo que se enviaba o recibía. A pesar de la brigada de la Ojrana destacada para velar por la seguridad del zar, sabían en todo momento hasta de lo que se hablaba.

El zar Nicolás seguía convencido de que sus aliados, sobre todo Francia, Gran Bretaña y Bélgica, lo apoyaban como el zar de todas las Rusias, el imperio más grande de la tierra, aún capaz de movilizar a millones de soldados. Creía estar al tanto de todo, convencido de que muy pronto los Estados Unidos entrarían en la guerra, así que tuvo una idea. No contó al general Debenski lo que pensaba sino a su ordenanza. Pretendía que el corresponsal del *New York Herald*, que según sus noticias seguía en Petrogrado, se presentase en

Mohilev para que lo entrevistase. Un reportaje al propio zar para el periódico de mayor tirada de Nueva York, justo cuando los Estados Unidos se sentían más amenazados por los alemanes y sus U-boots, tendría un efecto decisivo en la entrada de aquel país amigo en el conflicto.

En realidad, quien en verdad se sentía amenazado era el propio zar. ¿De quién podría fiarse? Solo de los consejos de su querida esposa y de sus más allegados. Ya le habían hecho ver que tal vez abdicar fuera una de las posibles soluciones. Pero deseaba ante todo decir al periodista americano algunas cosas sorprendentes. Quería el mundo supiera que tenía muchas bazas por jugar, y que ni las numerosas huelgas, manifestaciones, motines, disturbios y demás iban a amedrentarlo lo más mínimo.

El secretario de Nicolás II en Mohilev, Frederichs Vasilievich, a pesar de su posición, de su título nobiliario y sus continuas reverencias al zar, simpatizaba con los bolcheviques, y la noticia de que el zar pretendía tener una entrevista con el periodista americano llegó a los oídos de Kámenev. Irina solo fue la mensajera. Quedaron en que Fiódor lo acompañaría como ayudante, así el partido tendría una idea más clara de los pensamientos del zar, y que luego se aconsejaría al corresponsal lo que debería hacer con la entrevista.

Paul iría con mucho gusto, aunque no sabía por dónde ni cuándo, pero de eso se encargaría Fiódor. Sabía ya lo bastante sobre Rusia como para no golpearse inútilmente contra un muro. En aquel país uno podía llegar hasta donde los demás le permitieran. Unas horas más tarde, Fiódor tendría trazada una ruta de ida y vuelta. Siempre había pensado que nadie podía competir con sus compatriotas estadounidenses en capacidad organizativa, pero para él fue una gran sorpresa comprobar que los rusos podían hacerlo de modo más eficiente y en menos tiempo. Un amigo se lo explicó en una recepción. Vino a decirle que los rusos eran muy buenos con el ajedrez y las matemáticas y que, al fin y al cabo, la vida era algo parecido. Dependía de cuándo debía hacerse un movimiento y cuál de ellos.

Fiódor dijo que irían unos días más tarde, el 28, pues por motivos profesionales no podía ir antes. No daba la impresión de que fueran a precipitarse los acontecimientos. Mientras, seguirían pendientes de los sucesos de Petrogrado. El 28 amaneció gris y nevado. No era nada especial en Petrogrado, y ninguno de sus ciudadanos dejaba de cumplir con su programa por causa del mal tiempo. Desde primera hora comenzaron los disturbios. Los promotores pretendían llevar la provocación al límite. De nuevo, una prueba de fuerza. Se convocó una huelga general para que la ciudad quedara

totalmente paralizada. Para los bolcheviques, un pequeño partido con mucha ambición, estaba en juego su prestigio como movilizador de los trabajadores. Durante todo el día hubo detenciones masivas, carreras, tiros. La policía no daba abasto. En cuanto al ejército, se mantenía en sus puestos pero no daba la impresión de mantener la estricta disciplina que le exigían sus oficiales.

Karl hizo un comentario desde la cristalera que daba a parte de la plaza del Palacio de Invierno entre las cubiertas de los edificios más cercanos.

—¡Este no es el ejército alemán! ¡Si a sus soldados les ordenaran tirarse por un precipicio, lo harían sin dudarlo! ¡Los rusos medirían antes la altura!

Luego anocheció y pudieron escuchar detonaciones lejanas en distintos barrios. Las cosas no parecían ir a mejor. La población de Petrogrado estaba verdaderamente indignada, hambrienta e insegura, sin esperanza, con la certeza de que aún debía pasar mucho tiempo antes de que las cosas mejoraran. ¿Llegarían a hacerlo? Ludmilla aseguraba que años atrás, cuando ella era joven, se vivía mucho mejor. Nunca se había visto tal escasez de alimentos en San Petersburgo.

—¡Un lugar tan hermoso! —afirmaba con nostalgia—. ¡Los rusos son buena gente! ¡Inteligentes, fuertes, capaces!

Entonces, ¿qué estaba sucediendo? ¿Qué iban a arreglar los bolcheviques?

El domingo 26, toda la ciudad se alzó como si se tratara de un único organismo. Burgueses, comerciantes, funcionarios, soldados, oficiales, la propia policía, todos lo estaban pasando mal. Nunca antes se había pasado hambre en la ciudad. Esa era una enfermedad crónica de los *mujiks*, de los miserables, de los campesinos que llegaban para convertirse en obreros sin un copec en el bolsillo. ¿Cuándo había pasado hambre un funcionario de justicia o de lo que fuera? ¡Nunca! Pero ahora todo el país se estaba yendo por un sumidero gigantesco. Los marinos noruegos hablaban del «maelstrom», ese torbellino gigantesco que surgía en un instante para tragarse naves enteras. ¿Qué espantoso ente iba a tragarse a Rusia entera? Petrogrado no podía más, había llegado al límite de su paciencia. Ya era todos contra todos.

El lunes 27, cuando los obreros debían haberse reincorporado al trabajo, Fiódor llegó con la noticia de que se estaban produciendo motines en los cuarteles. ¡Esa era la prueba de fuego! Los oficiales intentaban reprimir los motines pero estaban siendo desarmados por sus propios soldados. A media

mañana, las tropas se negaron a disparar contra los huelguistas. Poco después los obreros se mezclaban con los soldados amotinados, abrazándolos y gritando: «¡Paz! ¡Pan! ¡Trabajo! ¡Tierra!». Se había creado el nuevo Soviet de Petrogrado. Unos primero, otros poco más tarde y otros cuando les llegaban las noticias. Pero las autoridades comprendieron que ya no había vuelta atrás cuando algunos oficiales fueron fusilados en los patios de armas de sus cuarteles. Los soldados sublevados corrían de un cuartel a otro llevando noticias. Los obreros tomaban las armerías sin apenas oposición o con el claro apoyo de los amotinados.

Él y Fiódor intentaron llegar al Palacio de Táuride[157], pero les resultó imposible. La ciudad era un caos. Algunos soldados disparaban desde azoteas y tejados. La gente corría sin rumbo gritando consignas. Se supo que los regimientos de Preobrajenski, de Litvoski y de Volinski se habían sublevado. Volvieron al piso de Paul porque era demasiado peligroso permanecer en la calle.

—¡Algunos dicen en la Duma que las revueltas se deben a la falta de pan! —Fiódor hablaba por teléfono con su redacción, que contra todo pronóstico seguía funcionando—. ¡Qué cretinos y qué embusteros! ¡Saben muy bien que esta revuelta no se detendría aunque nevara maná!

Pasado el mediodía, alguien del periódico llamó al teléfono del piso. Dos de los principales dirigentes mencheviques, Gvozlez y Bogdánov, que llevaban un mes detenidos, habían sido liberados y conducidos al Palacio Táuride para reunirse con Jrustalev-Nosar, que en 1905 había sido elegido presidente del Soviet de San Petersburgo junto con Skóbelev y Kérensky. Más tarde se les unió Chjeídze[158], y tras dos horas de deliberación salieron al pórtico principal para anunciar, una vez conseguido que la multitud guardara silencio, la constitución de un Comité Ejecutivo Provisional. Kérensky pidió con su potente voz de barítono que se eligieran de inmediato representantes para organizar el soviet. Paul sugirió a Fiódor que fueran corriendo al Palacio Táuride, pero no les permitieron entrar. Volvieron al piso, inquietos e impacientes.

A las seis de la tarde sonó el teléfono. Era un milagro que siguiera funcionando. Se trataba de una conferencia de larga distancia y la telefonista preguntó si la aceptaba. Aceptó sin saber de quién se trataba. Al otro lado de la línea, una voz masculina que se escuchaba con dificultad le explicó que el conde Frederichs llamaba de la casa del zar preguntando por el señor Paul Alexander. Tragó saliva. ¡Era sin duda la entrevista que Irina le había anunciado! El conde se disculpó repetidas veces, hasta que de improviso la

línea se cortó. Volvieron a llamar diez minutos después, pero no se escuchaba nada. A la tercera, la voz insistió en que se trataba del secretario personal del zar Nicolás II. Dijo que la entrevista se realizaría cuando el zar se hallara en su palacio de Petrogrado y que razones de tipo técnico impedían mantenerla el día prefijado. Añadió que el zar tenía un gran interés en transmitir sus opiniones a alguien de la calidad personal del señor Alexander.

Fiódor, que había escuchado la conversación por el auricular supletorio del salón, comentó después de que se cortara la comunicación.

—Aunque el zar ya no sea el zar, siempre será una entrevista interesante. Lo que no puedo asegurarte es cuándo podrá volver por aquí. Como has podido comprobar personalmente, el pueblo, el verdadero pueblo no lo quiere. ¡Ni siquiera sus propios soldados!

Al anochecer, Fiódor le pidió que le acompañara. Era arriesgado circular por las calles prácticamente a oscuras, pero ambos estaban tan excitados que no tuvieron en cuenta las advertencias de Karl y Ludmilla. Volvieron al Palacio Táuride y les permitieron acceder ya que habían tomado el relevo otros soldados y obreros que, al escuchar que pertenecían al *Pravda*, les permitieron entrar. Kérensky acababa de marcharse pero pudieron hablar con Skóbelev, el diputado menchevique que ejercía de portavoz de su partido. Les confirmó que habían mantenido una reunión y que la asamblea acababa de elegir un comité ejecutivo de mayoría menchevique. El presidente elegido era Nikolai Chjeídze, con Kérensky y él mismo como vicepresidentes. Otro de los acuerdos era editar el diario Izvestia como órgano oficial. Tendrían su sede en el ala izquierda del Palacio Táuride, ya que el ala derecha se la habían adjudicado los diputados de la Duma, en el denominado Comité Provisional para la Restauración del Orden, tal y como se leía en una pancarta sobre ellos.

Mientras Skóbelev les explicaba todo aquello, no cesaban de entrar soldados, civiles, estudiantes y obreros. Todos mostraban su satisfacción al enterarse de la creación del Soviet de Petrogrado. Ya en la calle se despidieron. Fiódor volvió a su casa y él al piso. Pudo ver camiones con ametralladoras y otros cargados de soldados y obreros. También grupos construyendo barricadas frente a algún edificio oficial. Una revolución que ya no tendría vuelta atrás.

El *Pravda* del 29 daba la noticia de que el tren del zar se encontraba detenido en la estación de Vischera, y que por tanto el zar no podía volver a Petrogrado. Dejaba entrever que el comité ferroviario estaba buscando soluciones. Aquella noticia demostraba quién mandaba en el país.

Fiódor volvió a buscarle para que le acompañase de nuevo al Palacio Táuride, a la Duma. Fueron caminando aunque había aumentado algo la temperatura y las calles estaban cubiertas de una mezcla de nieve, barro y charcos medio helados, por lo que resultaba muy peligroso caminar. Una vez ante la cancela exterior, no tuvieron dificultad para entrar. Un escuadrón de soldados vigilaba la puerta al mando de dos sargentos, uno de los cuales conocía a Fiódor y lo saludó haciéndole un gesto con la mano para que pasaran. Una vez dentro vieron a soldados, a miembros de diferentes comités obreros, a toda clase de gente, muchos de ellos dialogando con los parlamentarios en los pasillos, las escaleras y los salones. El ambiente era de una absoluta falta de orden, muchos hablaban a gritos, otros daban sin más mítines en los rellanos de las escaleras. Rusia estaba cambiando de la noche a la mañana. Fiódor fue a hablar con los miembros del partido bolchevique.

En aquel momento, Paul vio pasar a Kérensky. Lo llamó y el hombre se volvió con asombro y le dijo en inglés.

—¡Paul! ¿Usted aquí? ¡Tiene que tener cuidado! ¡A pesar de las apariencias, Petrogrado es ahora un lugar peligroso! ¡Acompáñeme, por favor!

Kérensky le condujo por una galería, luego recorrieron otro largo pasillo hasta el que debía ser su despacho o el del grupo al que representaba.

—Aquí estaremos mejor. ¿Necesita usted algo, Alexander? Ahora la Duma se está transformando en una especie de gobierno provisional. ¡El del zar ya no sirve para nada! Rodzyanko permanecerá de momento al frente, y yo voy a estar también. Ahora me quieren elegir como vicedirector del Soviet de Petrogrado. ¡Resulta que el partido Social Revolucionario no está tan mal visto! Nosotros pretendemos socializar la tierra mientras que los bolcheviques hablan de nacionalizarla y, claro está, los campesinos prefieren que siga siendo suya… o que se les reparta a ellos. Pero ahora es importante estar pendiente de lo que va a ocurrir. Desde luego, el zar va a tener que abdicar de inmediato. ¡Por las buenas o por las malas! No le he dicho que esta tarde se nombraran los ministros del nuevo gobierno provisional. ¡Y no va a creerme, pero quieren que yo acepte la cartera de justicia! ¿Qué hago, Alexander? ¿Me quedo o me voy con usted a Nueva York?

Kérensky parecía de buen humor a pesar de la tensión de aquellos días y de encontrarse en el ojo del huracán.

—De todas maneras aquí le dejo dos teléfonos —continuó—. Este es el de mi despacho en la Duma, y este otro el de mi casa, el privado. No tenga problemas en llamarme si me necesita, tal vez pueda echarle una mano ya que las cosas se van a complicar mucho. Soy un hombre práctico, y tal vez mañana sea yo el que tenga que llamarle si tengo que salir corriendo. Hoy por ti, mañana por mí. *Quid pro quo*. Creo que deberíamos vernos con la frecuencia que nos permitan nuestras obligaciones. De tanto en tanto, vaya a comer al piso donde fuimos aquel día. Normalmente, cuando puedo, almuerzo allí. De esa manera, no solo comeríamos bien sino que podríamos cambiar impresiones acerca de cómo va a desarrollarse esto. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —También él se tenía por un pragmático y lo que le estaba proponiendo Kérensky tenía mucha lógica—. Tengo la intuición de que en un futuro usted y yo seremos vecinos en Nueva York. Como sabe, mi esposa Amalia vive ahora en Manhattan, así que le devuelvo la sugerencia. Le seré franco. Usted me cae bien. Tengo una relación privilegiada con el embajador Page, al que por cierto tengo que ver muy pronto. Voy a hacer algo por usted para devolverle la cortesía. Sé que el embajador no me lo negará si se lo pido. Prepare dos fotografías de carnet, voy a pedirle un visado a su nombre. Ya le diré cuándo debe pasarse o si se lo harán llegar donde usted me diga. En casos excepcionales, los embajadores lo suelen hacer, y desde que lo conozco tengo la certeza de que es usted un caso excepcional.

Kérensky rio abiertamente, aunque con un rictus de amargura al final.

—Sí. No crea que no lo haya pensado muchas veces, aunque tengo la certeza de que no seré yo solo. Muchos tendrán que salir de aquí como puedan. Lo que viene es algo impredecible, pues en este país se está preparando algo muy serio. El zar tendrá problemas, pero todos los que estemos en primera línea también. Y yo, para bien y para mal, soy alguien muy señalado. Hoy pretenden nombrarme ministro de justicia y mañana tal vez fusilarme. ¡Así de complicada está la situación! ¡Pero esto es una revolución, no un baile de disfraces! Y es hoy cuando cada uno está eligiendo su rol. Ya ha podido comprobar el ambiente que se respira aquí, en la Duma, por no decir lo que está sucediendo en toda la ciudad. Una vez que parte del ejército y de la policía se subleva, ya puede suceder cualquier cosa. Ningún regimiento ha permanecido afecto al régimen, solo algunos batallones aislados… los cosacos y casi todos los oficiales del Estado Mayor, aunque muchos de ellos han tenido que desaparecer por el momento. ¡Les va la vida

en ello! En cuanto al zar, se encuentra en Mohilev, con destino a Pskov, y está muy claro que los ferroviarios no van a permitirle volver a Petrogrado por ahora. Mire, Paul, este asunto ya no tiene vuelta atrás, es algo que se veía venir hace tiempo, aunque no de esta manera. Lo que está claro es que, a partir de ahora, las posiciones se van a endurecer. Esta mañana hemos estado debatiendo la posible abdicación del zar. Algunos demandan que abdique de manera inmediata en su hijo, el zarévich Alexei, bajo la regencia de Miguel Aleksándrovich, y yo me he opuesto. Creo que el zar debe marcharse mientras pueda, y que la primera solución debería ser instaurar la república. Rodzyanko aún está convencido de que esto se puede arreglar y no quiere quemar todas sus naves. Yo he disentido y he quemado las mías. El zar está en su tren, a la expectativa, con la convicción de que no es más que una revuelta callejera y que en cualquier momento lo llamarán para decirle que todo se ha arreglado. ¡Pobre hombre! No es consciente de que los ferroviarios lo tienen secuestrado en su tren… en su noche de Varennes. Y ahora, Alexander, le dejo. Lo dicho, quedamos a comer el día que guste. ¡Y cuídese, que aún tenemos que ver muchas cosas!

Fiódor se empeñó en ir a ver a Kámenev. Si alguien estaba bien informado en Petrogrado era aquel hombre. Se dirigieron a la sombrerería. El propietario los reconoció y tocó un timbre situado bajo el mostrador. Unos instantes después se abrió la puerta del almacén. Era Irina. Abrazó a Fiódor y dio la mano ceremoniosamente a Paul sin mirarle a los ojos. Él se lo agradeció para sus adentros; mejor una situación de normalidad siendo Irina en aquellos momentos la prometida de uno de sus mejores amigos. Lo pasado, pasado estaba.

Kámenev les comentó que pronto volvería Lenin a Rusia, aunque de momento *Pravda* no iba a hacer comentario sobre ello. Insistió mucho en que mantuviesen la discreción, se arrepentía de su exceso de confianza. Kámenev, nervioso, insistía que todo estaba rodando como si la fortuna se hubiera propuesto favorecer a los bolcheviques. Dijo que ni el general Ivanov, ni el gobernador militar de Petrogrado, Jabalov, podrían reducir a los rebeldes ya que todos los puntos estratégicos se hallaban en su poder. Tuvo que reconocer que el mayor problema iba a ser el aprovisionamiento ya que, salvo lo poco que las familias tuvieran en sus despensas, los almacenes generales se hallaban vacíos. Quedaba algo de harina, aunque insuficiente para abastecer a la población a medio plazo.

En cuanto a la sublevación de Kronstadt, toda la guarnición estaba en poder de los sublevados, lo que significaba que la escuadra del Báltico, a quien obedecería, sería al comité provisional de la Duma.

—¡Esto ya no tiene vuelta atrás! De momento hemos conseguido quitarle el *knut* al déspota, y su temor será ahora que no lo empleemos con él y los suyos. El comité ferroviario nos asegura que se encuentra entre Mohilev y Pskov, y que de momento es ahí donde se va a quedar. El ciudadano Nicolás II está convencido de que esto no es más que una tormenta de verano. ¡Qué sorpresa se va a llevar! Rodzyanko sí que lo ha comprendido. Ahí en la Duma, no hacen más que discutir tonterías, que si el zar debe abdicar en su hijo Alexis o en Miguel Aleksándrovich… ¡Es como si no quisieran aceptar que su tiempo se ha acabado! Mis noticias son que la revolución se ha extendido por toda Rusia, por todos los frentes, y que las tropas no van a mover un dedo por el zar. ¡Ninguno de los regimientos! Esto se ha acabado, y lo que ahora tenemos que hacer es elegir un gobierno provisional que elabore las bases para una nueva constitución en la que los obreros y campesinos tengan mucho que decir. ¡Y ahora me tendrán que disculpar, pero es que en estos días las ediciones del *Pravda* se agotan! ¡El pueblo está ávido de noticias!

Al salir de allí, Fiódor Yegórovich comentó con un cierto enfado que Kámenev estaba demasiado ensoberbecido y que ya no era el mismo de antes.

—Bueno, ¡qué quieres! ¡Esto es una revolución, pero no como yo pensaba! Estos idiotas se creen que han hecho algo, y lo único que han conseguido ha sido pasarles el poder a los burgueses. ¡No puedo entenderlo! ¡Todos ellos están convencidos de que son los nuevos Dantón, Marat, Mirabeau y Robespierre! ¡Y ese Kérensky se debe creer Bonaparte! ¿Es que no lo ves? Nosotros los bolcheviques debemos ser los jacobinos y los burgueses, los girondinos. Así que veremos cómo acabará esto, aunque de momento y siguiendo con las comparaciones, nuestro Luis XVI anda suelto todavía, los jacobinos parecen muy despistados, y Robespierre sigue en Suiza. ¡De entrada, lo único claro es que ya todos somos ciudadanos! ¡Aquí el ciudadano Paul Alexander! ¡Aquí el ciudadano Fiódor Yegórovich! ¡Venga, vamos a visitar a Karl, nos disfrazamos con los trajes que encontraste en el cuarto ropero que hay al fondo de tu piso y que nos haga unas fotografías de época! ¡Dentro de poco este país será tan distinto que todo esto nos parecerá un mal sueño! ¿Qué te parece?

Fiódor se refería a que Ludmilla había estado rebuscando todo lo que pudiera ser útil para organizar una cocina completa, y que Paul la había

invitado a ver lo que podría encontrar en el trastero de su piso. Allí, en el llamado «cuarto oscuro», encontró varios baúles, cajones, trajes colgados protegidos por guardapolvos, uniformes de la primera mitad del siglo pasado, utensilios antiguos. ¡Hasta un precioso microscopio de principios del diecinueve! Aunque le pareció una buena idea, las circunstancias no parecían las más adecuadas.

La madre de Fiódor vivía cerca de Vyborg, el mayor y más radical barrio proletario de Petrogrado. El comité bolchevique de Vyborg, el de mayor peso específico desde el punto de vista político, determinó que era preciso abolir el comité provisional de la Duma, pues estaban bien informados de que pretendían crear un gobierno provisional, y temían que la burguesía estuviese jugando a dos barajas para terminar devolviendo el poder a los Romanov.

Al día siguiente, 2 de marzo, Fiódor trajo nuevas noticias. Se había constituido finalmente el gobierno provisional. El comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado había prohibido a los suyos aceptar ningún cargo en dicho gobierno. De hecho, Nikolai Chjeídze, ni más ni menos que el presidente del soviet, acababa de rechazar uno de los ministerios. Kérensky había sido designado ministro de justicia.

—¡Tendrías que haberlo visto! ¡Ese Kérensky es un extraordinario actor! De momento los convenció de que alguien tenía que hacerse cargo de ese ministerio, y que él intentaba demostrar que su elección no había sido fruto del azar. ¿Sabes cuál ha sido su primer decreto? ¡Soltar a todos los presos políticos! Los llamó héroes anónimos y dijo que se merecían el reconocimiento del pueblo. Mira, si no fuera porque lo conozco, lo invitaría a entrar en el partido bolchevique. ¡Ese hombre sería capaz de quitarle el puesto al mismísimo Lenin! Cuando les preguntó gritando si aprobaban su cargo, todos gritaron que lo aceptaban por aclamación. ¡Estaban eufóricos! Acababan de sustituir a los perros fieles al zar por unos demócratas… provisionales. ¡No comprenden que son los mismos perros con distintos collares! Fíjate en Kérensky. Acaba de cambiar su cargo de vicepresidente del Soviet de Petrogrado por el cargo de ministro con el mayor poder ejecutivo de toda Rusia, y además con el visto bueno del Ispolkom. ¡Por eso quería que lo aclamaran! ¡Qué hombre tan astuto! Tiene a los campesinos a su lado, y ahora ha conseguido que los obreros proletarios lo acepten por aclamación.

Con esas noticias se dirigieron de nuevo a la Duma. Paul deseaba estar en el mismo lugar y en el mismo momento en que se estaba fraguando el cambio.

Su amigo Fiódor parecía capaz de meterse en todas partes. Había decidido invitarlo a irse con él a Nueva York cuando volviera definitivamente. Se trataba de una decisión meditada, hasta que de pronto se encontró con alguien muy diferente, transformado en un verdadero bolchevique. No estaba seguro de que esa nueva personalidad fuera la idónea para residir en los Estados Unidos.

El gobierno provisional se había constituido con el acuerdo a regañadientes del Soviet de Petrogrado, que no terminaba de ver claro que el presidente del gobierno y primer ministro fuese nada menos que el príncipe Lvov[159], aunque fuese alguien reconocido como demócrata, ya que pertenecía al Partido Constitucional Democrático desde 1905. De él decían que era un león ucraniano, que rugía pero no era capaz de morder. «¡Hemos cambiado un zar por un príncipe!». Eran momentos dulces aunque inciertos, y todo parecía bueno comparado con lo anterior. Escuchó a alguien en la calle decir que se sentía como si todo el día estuviera amaneciendo.

Los recibió el profesor Pável Nikoláyevich Miliukov, famoso historiador, presidente de los kadetes y activo miembro de la Duma. Alguien coherente con fama de incorruptible, y que acababa de ser nombrado ministro de Asuntos Extranjeros a pesar de la oposición.

—Pero profesor, ¿cómo se ha dejado liar por todos estos? —Fiódor Yegórovich lo había tenido un año de profesor en la universidad en Moscú—. ¿Es que va a impartir clases en el palacio Táuride? ¡Si los examina uno a uno no aprueba a ninguno!

—¡Bueno, bueno! ¡A usted terminé por aprobarle! ¡No se queje! Ya que en caso contrario me exponía a tenerle como alumno otro año más, así que decidí aprobarle. ¿Y usted es el famoso corresponsal del *New York Herald*? Pues bien, es cierto, ya tenemos gobierno, aunque lo califiquen de provisional. ¡Pero si todos los gobiernos son provisionales! Todos los ministros se creen el centro del mundo, y al poco tiempo llegan otros. ¿Qué quieren saber? Aleksandr Kérensky es el ministro de Justicia, y él se lo contará mucho mejor que yo. De todas maneras, usted, Fiódor Yegórovich, como bolchevique sabe muy bien que nos tachan de representantes de la burguesía y del capital… como si fuéramos los delegados de los terratenientes y de los nobles. ¡Capitalistas! ¡Pero si todo el dinero que gano me lo gasto en poder comer todos los días, y, si sobra algo, en libros! Ahora los ministros ya no somos nada. Ni señoría, ni excelencia, nada más que camaradas. Viene

uno cualquiera y me dice «Camarada ministro», y la verdad es que tiene razón; en cambio usted, Alexander, es un señor. Los rusos somos desde antes de ayer camaradas, pero los extranjeros siguen siendo señores. ¡Tampoco quieren ver ya la bandera nacional, dicen que es un símbolo zarista e imperialista! ¡Ahora tenemos la bandera roja de la revolución! ¡Y todos a cantar *La Internacional* y *La Marsellesa*! A mí particularmente me gusta más la primera.

—Miren por dónde van las cosas —continuó—, ayer mismo me presentó el soviet una propuesta para que los soldados eligieran por votación a sus oficiales. Yo les expliqué mi punto de vista. De momento algo así es inviable, y podría suceder que se volviera en contra de la propia revolución. ¡La anarquía no entiende de revoluciones y al final nadie haría caso a nadie! Eso sí, se ha decidido amnistiar a todos los presos políticos, total libertad de expresión, reunión y asociación, abolir los privilegios de cualquier tipo, preparar la asamblea constituyente, elegida por votación secreta… ¡Y, asómbrense, disolver la policía y reemplazarla por milicias populares! También los órganos de autogobierno deberán ser elegidos por voto universal y secreto. Las unidades militares que han participado en la revolución… es decir todas las de Petrogrado, podrán seguir manteniendo sus armas. ¡Y no serán enviadas al frente! ¿Qué les parece? ¡Cuántas madres agradecidas a la revolución! ¿No es una alegoría de la maternidad *La Libertad guiando al pueblo* de Delacroix, con sus hermosos senos al aire y el pequeño revolucionario junto a ella? ¡La verdad, quedarse embarazada, parir con dolor, amamantar, cuidar y sacar adelante a unos hijos para que luego llegue una desastrosa guerra y se los lleve por delante! ¡Qué sinsentido! ¿Qué les decía? ¡Ah, sí! Los soldados tendrán los mismos derechos que los civiles cuando se encuentren fuera de servicio. ¡Cuántas novedades! ¡Y eso que apenas acabamos de comenzar! ¡Tenemos que cambiarlo todo! ¡Todo! ¡De arriba abajo! Pero si apenas llevamos unos días y ahora todos somos conscientes de que vivíamos en un sistema anacrónico y medieval, gobernado, si es que se puede emplear ese verbo, por un autócrata… ¡Es exactamente la misma administración que la de Iván el Terrible! ¡Sus Oprichnik**[160]** se llaman hoy día Ojrana! Por lo demás, es lo mismo. Detenciones, prisiones siniestras, torturas, asesinatos y, en el mejor de los casos, deportaciones a Siberia.

Mientras hablaba, Miliukov no cesaba de firmar documentos que le traían los ordenanzas en grandes carpetas. En un primer momento habían pensado suprimirlos, pero luego comprendieron que los únicos que sabían los

procedimientos y encontrar las cosas en los archivos eran los funcionarios que llevaban allí toda la vida.

—¡Todos estos acuerdos son de esta misma mañana, y ya estamos preparando la sesión de esta tarde y noche! ¡No tenemos tiempo que perder! En el ala izquierda de este mismo palacio tenemos el comité ejecutivo del Soviet de Diputados de Obreros y Soldados, cuyo presidente es Chjeídze, menchevique. Ahora serán los bolcheviques los que querrán mover ficha. ¡Lenin volverá cuando pueda, aunque sinceramente no creo que se demore mucho! ¡Y con él llegará la verdadera revolución! Así que, al menos yo, tengo la convicción de que este gobierno es verdaderamente provisional. Nos aguarda un largo camino a todos.

Lo dejaron firmando decretos, órdenes y nombramientos. Miliukov era de esa clase de personas que podían hacer varias cosas al tiempo. Salieron del palacio Táuride y volvieron al piso caminando. El ambiente parecía tranquilo, de día festivo. Las calles estaban llenas de gente, muchos obreros que deberían encontrarse en los talleres o las fábricas, y soldados yendo y viniendo sin rumbo fijo, como si no terminaran de acostumbrarse a la nueva situación, en la que los oficiales habían perdido de pronto la jerarquía. La temperatura había aumentado algo, lo suficiente para transformar la nieve en un barro grisáceo que tenderos y porteros intentaban quitar de delante de sus tiendas y portales.

Así era la historia… De pronto, el Imperio quedaba atrás y se inauguraba una nueva época. Fiódor se despidió de él en el portal diciéndole que debía asistir al comité bolchevique, ya que tenían que volver a realizar algunos nombramientos. Varios líderes habían sido liberados, por lo que el nuevo comité tendría carácter temporal hasta que llegaran los de Achinsk, el campo de trabajo donde se encontraban deportados la mayoría de ellos.

Ya en su estudio, Paul se puso a trabajar sobre la entrevista que habían tenido con el profesor Miliukov. A pesar de todo, no eran los mejores momentos para los bolcheviques. El posible retorno de Lenin y el Estado Mayor del Partido Bolchevique no parecía inminente ya que la situación de la guerra le impediría el paso desde Suiza hasta Rusia. En cuanto a los aliados de Rusia, Francia y Gran Bretaña, no daba la impresión de que desearan que Lenin pudiera volver. Era alguien con demasiado peso específico, que se oponía a la guerra, por lo que ni Francia ni Inglaterra le dejarían volver cruzando sus fronteras, ni darían su consentimiento para que el grupo fuerte del partido bolchevique lo hiciera, ya que su vuelta podría llegar a desequilibrar el frente oriental. Por otro lado, al menos por el momento, el

control del Soviet de Petrogrado lo tenían lo mencheviques, menos radicales y tal vez más ambiguos, con ánimo de dialogar con el gobierno provisional, al menos hasta cierto punto ya que les habían enviado una clara advertencia: *No se opone al gobierno provisional en tanto sus políticas sean consistentes con los intereses del pueblo, pero declara su intención de dirigir la más incansable lucha contra cualquier intento del gobierno provisional por restablecer la monarquía en la forma que sea.…*

Al día siguiente, 3 de marzo, el gobierno provisional ordenó el arresto de la familia imperial. La orden había partido del comité ejecutivo del soviet, el Ispolkom, que mantenía un pulso con el gobierno provisional. No era suficiente con la abdicación del zar Nicolás II, ya que eso en todo caso no era más que el traspaso de poder a otro miembro de la familia imperial, al gran duque Mijaíl**[161]**. En las calles las manifestaciones en contra de la monarquía eran continuas. Muy pocos seguían creyendo que sería una solución. Sin embargo, dentro del propio gobierno provisional, Miliukov, o Guchkov, el ministro de la Guerra, seguían defendiendo la vuelta del zar, aunque fuese mediante una regencia del zarévich Alexei. El palacio Táuride permanecía rodeado por una multitud de soldados gritando consignas en contra del zar, la zarina y el imperio. Todos ellos armados. Sin una policía efectiva que controlara el orden, nada se podía hacer.

Pudo hablar con Kérensky en el piso donde solían comer. Aquel 3 de marzo, a pesar de la tensa situación, Kérensky entró en el comedor donde Paul y Karl ya se habían sentado, y se sentó con ellos mostrando un rictus de cansancio. Entre ambos se había creado una confianza, el principio de una amistad, aunque todo aquello quedaba al margen de su relación humana.

Paul le había conseguido el visado de entrada a los Estados Unidos y se lo entregó a Kérensky, quien mostró su satisfacción y gratitud hacia él. Aquel hombre no se llevaba a engaños. Le dijo que sabía muy bien el terreno que pisaba y que no se hacía ilusiones en que aquel cargo durase mucho tiempo.

—¿Qué tal les va? Paul, quiero agradecerle el detalle. En muchas ocasiones, gente que no tiene nada que ver a nivel familiar hace por uno lo que nadie haría por la familia. Gracias, y sepa que siempre estaré en deuda con usted. Usted, Karl, tiene la oportunidad de tomar las mejores fotografías de la historia de Rusia. Imaginen lo que sería poder ver hoy en día lo que

sucedió cuando la conjura de los boyardos. Pronto todo esto será historia y usted la está preservando —Karl sonrió. Kérensky conocía su relación con la familia imperial por algunas fotografías publicadas en los diarios rusos—. ¿Qué hay hoy para comer? Podrán creerme si les digo que este es el único momento del día en que puedo relajarme un rato. Para mí, la mayor diferencia ha sido cargarme de responsabilidad y tener que moverme con dos escoltas. Tengo a uno abajo en el portal y a otro ahí detrás, en la escalera. ¡El precio del poder! Ahora la gente me señala por la calle y les aseguro que no me hace ninguna gracia.

—¿Y qué va a suceder a corto plazo? —Karl no quería desaprovechar la oportunidad de que alguien que estaba en el meollo del asunto le diera su opinión.

Kérensky estaba sirviéndose una copa de vino francés. Un vino sin pretensiones, pero en cualquier caso vino francés en aquellos tiempos. Bebió un sorbo y sonrió antes de contestar.

—¡Querido amigo, a mí también me gustaría saberlo! La situación ya no tiene vuelta atrás. Cuando uno abre la caja de Pandora, es muy difícil cerrarla sin dejar fuera muchas cosas. Les puedo decir, pues ya no es ningún secreto, que hemos pedido al gran duque Mijaíl que se niegue a convertirse en el siguiente zar. ¡Hay que acabar con la monarquía! ¡Quién lo iba a decir! ¡Hasta hace apenas unos días, este régimen parecía eterno! ¡Y fíjense! ¡Eso que llaman el equilibrio de poder es la cosa más inestable que existe! ¡De pronto, adiós a los Romanov! ¿Saben lo que ha contestado el gran duque? ¡Que por supuesto! ¡En modo alguno quiere convertirse en el siguiente zar! Es un hombre prudente y sueña con un dorado retiro en la Costa Azul. Cierto que el presidente de la Duma, Rodzyanko, le advirtió que no podía garantizar su seguridad y el gran duque ha debido pensar que el mejor lugar para su cabeza está encima de sus hombros, pues ha aceptado no entrar en el juego, por lo que esta misma tarde deberá firmar la abdicación. ¡El final de trescientos años de dominio implacable de los Romanov! En cuanto terminemos de comer, debo volver al palacio Táuride, pero mientras saborearé esta deliciosa sopa de patata y remolacha, y ese salmón con mantequilla. *Primum vivere!* Así que esta noche escucharán La Internacional, y La Marsellesa por todos los barrios de Petrogrado. ¡Así se escribe la historia!

»Hace unos días telegrafié a Achinsk, en Siberia —prosiguió Kérensky bajando la voz— para explicar la situación y ordenar que los diputados exiliados de las anteriores dumas fuesen liberados, además de todos los presos encarcelados y deportados por razones políticas. Deseo dejar las prisiones

políticas vacías, a los miembros del gobierno del zar bajo arresto mientras se depuran sus responsabilidades, y a la familia imperial vigilada por el pueblo. ¿Comprenden por qué puedo asegurarles que ya no hay vuelta atrás? Por cierto, Karl, ya no podrá volver a hacerles fotos a la emperatriz ni a las grandes duquesas. En cuanto al zar, pretenderemos traerlo de Mohilev vigilado, y que se reúna con su esposa y sus hijos lo antes posible. Mientras ande en libertad, sigue siendo una amenaza para la revolución y, aunque sabemos que el pueblo no lo quiere, siempre se podría dar una situación de guerra civil, algo a evitar».

—¿Y qué van a hacer con ellos? ¿Cortarles la cabeza en una guillotina instalada frente al Palacio de Invierno? —Karl lo expresó con un cierto cinismo, aunque se le notaba su disconformidad—. Yo he tratado a esas niñas y al zarévich en momentos muy diferentes. Sinceramente, no creo que signifiquen una amenaza. Pero no tengo muchas esperanzas de que las pongan en libertad. Usted, Kérensky, podría conseguir que las enviaran fuera, al exilio, pues temo que pueda suceder algo irreparable. ¡No solo por ellas, sino por lo que significaría para la revolución cara al resto de países!

Kérensky había dejado de comer mientras observaba a Karl unos instantes. Luego asintió:

—Camarada Karl Lissbergov —lo remarcó con ironía—, tiene usted razón. Y créame si le aseguro que estoy muy cerca de usted en este asunto, pero acaba de comenzar la función… un drama ruso, oscuro, pesimista, tremendo, envuelto, eso sí, en retórica, donde se dicen muchas cosas aunque en realidad nadie dice lo que piensa. ¿Qué quiere? ¡Es nuestra idiosincrasia! ¡Palabras, palabras y más palabras! Cuando el asunto es mucho más sencillo. ¡El zarismo es algo anacrónico, desfasado, casi absurdo! ¡No sirve! ¡Adiós! Cojamos a la familia imperial y enviémosla por ejemplo a Hampton Court, en Londres. Cierto que el Támesis no es el Neva, pero allí están sus parientes. ¡Y que tramen lo que quieran! ¡No se puede ir atrás en el tiempo! ¿Para qué otra cosa? ¿Tal vez un sonoro juicio de Estado y acabar con ellos? Tampoco se puede acabar con la historia de un plumazo, y en tal caso podría aparecer un primo lejano que se convertiría en el nuevo Romanov. ¿Pero saben lo que ocurre? ¡Nadie se atreve a decir algo así! Ahora la moda en Petrogrado es gritar «¡Muerte al zar! ¡Muerte a la alemana!». No les he contado que, como ministro de Justicia, debo ir a visitarlo. El gobierno provisional está preocupado por el destino del zar y su familia, mientras en el ala opuesta del palacio Táuride, el Soviet de Petrogrado exige un juicio ejemplar al zarismo. ¡Sobre todo los bolcheviques! ¡Quieren la revancha al Domingo Sangriento

en la misma plaza donde sucedió el de 1905! Eso sería un grave error histórico. Ya están hablando de confiscar sus propiedades, de retirarles la ciudadanía. Como hay que contarlo todo, ustedes saben que existe una enorme desconfianza entre el soviet y el gobierno. ¡Nos consideran enemigos ancestrales, representantes de la burguesía, del continuismo, dicen que esto no es una verdadera revolución, sino un mero paripé, y que pretendemos calmar las cosas y volver a la situación anterior en cuanto podamos! ¡Por Dios bendito! ¡Si dejamos que Lenin y los suyos tomen el poder tendremos un baño de sangre! ¡Y con los de Trotsky, tres cuartos de lo mismo! ¡Mire, Karl, las circunstancias son las que son y tenemos que bregar con ellas! Todos tendremos algo que decir.

Tras el aromático café, una de las cosas que más se echaban de menos en los últimos tiempos, Kérensky comentó que debía volver al palacio Táuride y que le quedaba aún mucho trabajo por delante aquella tarde. Poseía una mente privilegiada, era alguien acostumbrado a trabajar en muchos asuntos distintos al mismo tiempo de forma directa y valiente, sabiendo lo que estaba arriesgando en el envite. ¿Pretendía hacerse con el poder, como algunos afirmaban a sus espaldas, o solo tenía la ambición de llevar a cabo el cambio transcendental en Rusia? En cualquier caso, no le iba a resultar nada fácil. Solo miraban al futuro algunas ciudades como Petrogrado, Moscú, Novgorod, Smolensko, Kiev y algunas pequeñas ciudades de la costa del Mar Negro. El resto era un inmenso páramo intelectual sumergido aún en el siglo pasado.

—¿Y tú qué crees que va a suceder con ellos? ¿Temes que peligre la vida de la familia imperial? —Paul deseaba conocer la opinión íntima de Karl, alguien que parecía vivir en la vanguardia más avanzada en cada momento, marcando las tendencias, intuyendo por donde iban a ir las cosas.

Karl le devolvió la mirada. Con sus intensos ojos azules en ocasiones parecía taladrar lo que observaba. Notó tristeza, como si no tuviera ninguna esperanza sobre lo que le había preguntado.

—Esa es una pregunta muy difícil. Cuando en política algo puede suceder, termina por ocurrir lo peor. Si quieres que te diga lo que pienso, el zar y su familia pueden darse por muertos. ¡No estás viendo que reclaman su sangre a gritos por las calles! Otra cosa será después el juicio de la Historia, acerca de si se lo merecieron o no. Pero no tengo la menor duda de que el reloj ha comenzado la cuenta atrás, y verás, tal vez no haya sabido gobernar, tal vez las circunstancias no le hayan permitido otra cosa, y además probablemente no dé más de sí. Podríamos incluso calificarlo de incapaz para el puesto que ha ocupado. La emperatriz no debería haberle complicado tanto las cosas, con

toda la truculenta historia de Rasputín. La guerra ha hecho que la sangre alemana de la zarina la señale como cómplice de una situación. ¿Pero y sus hijos? Esas bellas y melancólicas princesas, ese pequeño príncipe enfermo. ¿De qué son responsables? Yo he sido testigo de la gentileza y simpatía de unas muchachas que no han conocido la libertad, solo una jaula de oro, con una madre manipuladora y absorbente que no las ha permitido vivir su propia vida en ningún momento. ¿Crees que la revolución va a distinguir a unos de otros? ¿No son esas muchachas, ese niño, los herederos de un trono imperial? ¿No creerán los que ahora se han hecho con el poder que será mejor acabar de una vez con la esperanza? Yo te digo que eso sucederá, y siento una profunda pena. Podrás argüir que detrás han quedado cientos de miles de muchachos y muchachas tan inocentes o más que ellos, solo por el capricho de ese zar, soldaditos movilizados sin criterio ni misericordia alguna, solo para utilizarlos como carne de cañón. Es cierto, aunque no creo que tenga que ver nada una cosa con la otra.

Volvieron al piso en un coche de caballos. La mayoría de los automóviles habían sido requisados por los revolucionarios, siendo gran parte de ellos propiedad de terratenientes, nobles y especuladores. Sin embargo algunos ciudadanos habían encontrado la manera de subsistir alquilando sus servicios como chóferes o como cocheros. Las líneas de tranvía seguían funcionando, pero eran insuficientes para la numerosa población de la ciudad. El cochero les explicó que salía cada mañana antes del amanecer para recorrer las granjas cercanas a la ciudad en busca de leche, huevos, mantequilla o lo que pudiera encontrar, ya que en Petrogrado la mayoría de la población se encontraba totalmente desabastecida y hambrienta.

Cerca del edificio, un grupo obligó a detener el coche, apostrofándolos, gritándoles burgueses y explotadores. Karl no perdió la compostura. Descendió del coche mientras lo rodeaban y, con gran serenidad, se subió la pernera del pantalón, mostró su prótesis metálica y dijo solamente: ¡Tannenberg! Avergonzados, les permitieron seguir.

Unos días más tarde, el 10 de marzo, Paul tuvo una llamada del presidente del soviet, Nikolai Sesnenovich Chjeídze. Se acercó al palacio Táuride y se identificó, explicando que el presidente del soviet le había citado. Notó que en unos días la seguridad de los accesos se había incrementado. Un soldado le acompañó hasta el despacho, pero lo encontraron en el pasillo. Lo saludó como a un viejo amigo y le explicó que tenía que coger unos papeles y volver

al consejo. Luego le dijo que lo acompañara. Señaló una puerta lateral y le pidió que entrase y permaneciese en silencio. Entró y accedió a una galería en penumbra desde la que se dominaba la sala donde se encontraba debatiendo el comité, pudo ver que otras personas también asistían como espectadores y se sentó en silencio. Vio entrar en la sala a Chjeídze, que tomó asiento en la cabecera de la gran mesa ovalada. Aquel era el Ispolkom, el comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado. Era una oportunidad única de poder asistir como testigo. Algunos de sus compañeros de galería tomaban notas en sus cuadernos.

Chjeídze bebió un vaso de agua y tomó la palabra después de ojear sus papeles.

—Camaradas, como saben por los comentarios que han corrido por la ciudad, el ciudadano Nicolás Romanov llegó ayer en un tren especial a Tsárskoye Seló, procedente de Mohilev. Se le condujo al palacio de Alejandro, donde toda la familia Romanov se encuentra recluida y custodiada. Se ha reforzado la vigilancia de la zona, enviando un destacamento de trescientos soldados de infantería y un regimiento de ametralladoras. Así que estén tranquilos. Ni la familia Romanov puede escapar, ni nadie… que creo es lo que más preocupa a este comité, podría intentar sacarlos por la fuerza. Los Romanov no podrán abandonar el lugar sin la autorización de este comité. Tampoco pueden enviar telegramas, ni hablar por teléfono, ni enviar mensajes orales ni cartas. Digamos que están controlados. Quiero decirles que somos conscientes de la importancia de todo ello para el futuro de la revolución. Ustedes deben tener noticia de que la derecha —Chjeídze se refería al gobierno provisional que ocupaba el ala derecha del palacio— ha enviado una carta secreta al gobierno británico para saber si estarían dispuestos a proporcionar asilo político a los Romanov. Recuerden que el ciudadano Nicolás es primo hermano del káiser y del rey de Inglaterra. Nosotros estamos convencidos de que si eso sucediera, y los Romanov se afincaran en Inglaterra o en Francia, serían un foco permanente de conflictos y un verdadero peligro para la Rusia a que aspiramos. También deben saber que este comité, en su sesión de ayer, aprobó el arresto de Nicolás Romanov. Por expresarlo con propiedad, se encuentra en situación de procesado y a la espera de ser enjuiciado. Ahora bien, el ministro de Justicia del gobierno provisional aún no ha abierto la causa. Este comité expresa su más profunda desaprobación por ello. No es lo que esta revolución ha prometido al pueblo, ni lo que se espera de ella. En cuanto a la confiscación de todas las propiedades de la familia imperial, ya se ha iniciado. Se va a realizar una completa indagación de su

patrimonio: fincas urbanas y rústicas, obras de arte, joyas, oro y platino en lingotes, efectivo en diversas divisas, incluyendo todas las propiedades y bienes en el extranjero. Este comité pretende llevar a cabo una confiscación de todo, hasta el último rublo. Sus bienes deben ser devueltos a su legítimo dueño, que es el pueblo ruso —en aquel momento los austeros miembros del comité ejecutivo iniciaron un tímido aplauso—. ¡Sí, todo debe ser restituido de lo arrebatado a este país en los últimos tres siglos! ¡Es un acto de justicia! Y para cerrar este punto, los Romanov han sido privados de la ciudadanía rusa. Es un acto de desagravio al pueblo. ¡No merecen ser rusos! De hecho, gran parte de su sangre no lo es, lo que facilitará algunos procedimientos. Quiero que sepan que el presidente de la Duma, antes de presentar su dimisión, encargó al general Kornilov que se presentara en Tsárskoye Seló y comunicara a los Romanov su situación, por lo que podemos decir que se encuentran informados de la misma. Este comité, el Ispolkom, va a crear de inmediato un buró permanente. Se procederá a su elección en el próximo comité. Y ahora, si no tienen preguntas, se levanta la sesión.

Chjeídze se reunió con Paul en su despacho unos minutos más tarde. Le preguntó si quería tomar una taza de té y, sin darle opción, se lo sirvió de un humeante samovar que se hallaba sobre una estufa.

—Señor Alexander… no sé si debería llamarle camarada, ya que me han contado que sus padres eran rusos. En cualquier caso para mí lo es. Demuestra usted un gran sentido del deber permaneciendo aquí en Petrogrado en estos momentos. Podría estar en América, sin problemas.

Paul interrumpió a Chjeídze:

—Bueno. Verá, Nikolai Sesnenovich, creo que lo que está ocurriendo aquí es historia. En realidad, la primera línea de la historia, por lo que me siento un privilegiado. Además —intentó bromear—, ahora estoy mejor que hace unos meses. No era capaz de quitarme peso y con la dieta forzosa a que nos obliga la situación, he adelgazado bastante. Pienso permanecer aquí por el momento.

—Sí, Alexander. Esto acaba de comenzar. Nos hallamos apenas en el primer acto del drama, pero le puedo asegurar que las últimas dos semanas han sido las más largas de mi vida. Esto que está sucediendo es un milagro. ¡Rusia va a cambiar de arriba abajo! ¡Llevo toda mi vida soñando con que esto sucediera, y creía que iba a morirme sin verlo! Yo no creo en Dios… al menos en ese dios de cera e incienso cuyos representantes son esos popes que han sido cómplices de la situación. Para mí, si existiera un ser supremo,

omnipotente, tendría que empezar de nuevo, porque hasta ahora no lo ha podido hacer peor… y perdone la disquisición. Bueno, ya me ha podido escuchar en el comité. No se engañe. Quien lleva ahora la voz cantante es el Ispolkom. Y dentro de unos días, el Buró. Podrá usted decirme que pronto tendremos un nuevo amo en Rusia: el presidente del Soviet… que por ahora soy yo. Pues le contestaré que no creo que eso suceda. Y le prometo que si llegara a suceder, renegaré de esta revolución. Le he hecho llamar por dos motivos. Usted es americano y también ruso. Dígale discretamente al embajador de los Estados Unidos que no se meta en camisa de once varas, ya que no deseamos tener ningún problema con ellos.

»Le explicaré lo que creemos que está sucediendo para que pueda entender mi razonamiento. Tenemos información confidencial de que están intentando que los Romanov se refugien en los Estados Unidos, y no deseamos que algo así ocurra. No podemos permitir que un país extranjero se inmiscuya. Se lo hemos advertido a Kérensky, que parece ser la cabeza pensante de ese gobierno provisional. Pero nos tememos que él cree lo contrario. Estamos convencidos en el comité de que, si fuera por el gobierno provisional, ya los habrían puesto a salvo. Quiero decir que ya estarían de camino hacia algún país extranjero. El ciudadano Romanov debe ser juzgado aquí, y si la sentencia fuera el destierro, que se marcharan con Dios, pero si fuese otra cosa, debería cumplirse. ¿O es que vamos a continuar con las relaciones bajo cuerda y los tratados secretos? ¡No debe ser así! Hemos prometido al pueblo que a partir de ahora las cosas van a cambiar, y tendremos que cumplirlo. Nos estamos jugando nada menos que el prestigio de la revolución. El segundo favor que necesito de usted es pedir a los Estados Unidos que nos envíen ayuda. Si, ya sé que podrían decirnos que primero debemos cumplir con los aliados. Ellos aún no han entrado en guerra con las potencias centrales… pero no tardarán mucho en hacerlo. Mientras podrían echarnos una mano enviándonos ayuda de primera necesidad, usted sabe muy bien cómo están las cosas aquí en Petrogrado, y se puede imaginar en el resto del país. Hablamos de esto con el gobierno provisional, y no podemos pedir ayuda oficialmente. Tiene que ser una decisión de los americanos. ¡Yo no puedo ir a hablar con el embajador Page! Ellos todavía no reconocen oficialmente el soviet, ni siquiera al gobierno provisional. Ven las cosas de otra manera y lo mismo piensan que la revolución puede dar marcha atrás. ¿Me comprende? Usted, en cambio, puede entrar y salir sin problemas de su embajada. Para su información, y le ruego que no se ofenda ni se

preocupe, en los archivos de la Ojrana, a los que hemos podido acceder, figura usted como un informador del gobierno de los Estados Unidos».

—¿Cómo dice? ¿Yo, un informador? ¿Un espía? —no podía comprender como se sabía aquello.

—¡Sí, mi querido amigo! Eso es lo que figura en su ficha policíaca, aunque también es cierto que la Ojrana nos tenía a todos fichados. Lo que sucede es que ya conocemos sus métodos, para ellos cualquiera que no fuese de su cuerda estaba contra el régimen y por tanto era su enemigo. ¡Bah, no haga caso! ¡Sabemos discernir quién es amigo y quién enemigo de la revolución, y ya ve con qué claridad le estoy hablando y pidiendo que nos eche una mano! En esos archivos existe tanta información que apenas estamos comenzando a expurgarla. Pero en fin, creo que no está mal que lo sepa. ¿No se habrá quedado preocupado por esa tontería? Mire, usted es americano, y si ha entrado un par de veces en su embajada, para ellos automáticamente se convierte en un informador. No eran capaces de discernir y entender que en América las cosas son muy diferentes. Bueno, de lo que le he pedido, ¿nos hará ese favor?

Asintió, aunque seguía muy sorprendido al saber que la Ojrana conocía su relación con el embajador. Algo que creía que había quedado entre él y Page. Probablemente el embajador había elaborado algún informe interno que habría terminado por llegar a las manos de la Ojrana que, como se decía en Petrogrado, tenía ojos en todas partes. Era asombroso que algo que creía tan privado se lo estuviese comentando el mismo presidente del Soviet.

Se despidió de él pensando que al menos se habían aclarado algunas cosas. Por otra parte, haber tenido la oportunidad de asistir personalmente a una reunión del comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado era algo inesperado que le vendría muy bien para entender cómo se estaban desarrollando las cosas en aquellos días. Karl tenía razón, el zar podía considerarse reo de muerte a menos que las cosas cambiasen mucho o sucediera algo inesperado. El paso de los días, la llegada de los deportados políticos que volverían a la escena política mucho más radicalizados, deseando vengar los años de sufrimiento y de tortura psicológica en Achinsk y otras muchas prisiones, impedirían que las cosas se vieran con la serenidad suficiente para evitar confundir justicia y venganza, aunque probablemente habría sido así a lo largo de toda la historia.

Como si Chjeídze hubiera podido escuchar sus pensamientos, este corrió tras él por el largo pasillo llamándolo a voces:

—¡Perdone, señor Alexander! Tal vez le interese saber que dentro de unos días van a llegar a Petrogrado los exiliados de Siberia. Kámenev, que fue enviado allí hace poco, apenas habrá llegado cuando vuelva aquí de nuevo. Pero sobre todo Stalin, Sverdlov y los demás. Por otra parte, se comenta que Lenin está intentando volver desde Suiza, aunque no lo va a tener tan fácil. Le adelanto pues que la llegada de todos ellos va a cambiar el panorama. ¡Y si no, ya lo verá!

Unos días más tarde supo por Fiódor que llegaban Kámenev, Stalin y Matvei Muránov[162], considerados como los lugartenientes de Lenin. Procedían de Achinsk y se habían apeado en la estación más cercana del transiberiano. En cuanto a Kámenev, muchos miembros de su propio partido recelaban de él tras su comportamiento en el juicio contra los diputados bolcheviques. En cuanto a Stalin y Muránov, los aceptaban como miembros consultivos del Buró mientras Lenin no dispusiera otra cosa. Fiódor, que era un ferviente bolchevique pero al tiempo alguien con criterio y muy crítico con los comportamientos que no consideraba «democráticos», le explicó que estaba comenzando la lucha por el poder. Un poder que aún no tenían pero que, según confiaban, caería en sus manos antes o después como fruta madura.

El Ispolkom temía las interferencias del gobierno provisional. El general Kornilov fue invitado por el comité a explicar la situación de la guerra. Informó que los alemanes estaban perfectamente informados de todo lo que estaba sucediendo, incluso que tenían informadores y espías en todas partes. Según el general estaban preparando una importante ofensiva, aprovechando las circunstancias por las que pasaba el ejército ruso, sobre todo en cuanto a la falta de disciplina. Fiódor le comentó que en el soviet no se habían dejado impresionar por el informe ya que estaban convencidos de que los antiguos mandos, y sobre todo los del Estado Mayor, querían volver a imponer sus criterios.

Se lo explicaba Fiódor con inquietud ya que su posición dentro del partido también se hacía más fuerte día a día, y eso le hacía perder objetividad.

—Naturalmente, Kornilov también declaró delante del gobierno provisional. El resultado fue que Rodzyanko y Guchkov decidieron llamar al ejército y advertir a la población. Era preciso llevar la guerra hasta el final. «¡La libertad se encuentra en peligro, viva la guerra!». Como comprenderás, eso ha supuesto que la gente no sepa a qué atenerse. Los bolcheviques hemos puesto el grito en el cielo. Al final el Soviet hizo un llamamiento a los

pueblos del mundo entero, invitándolos a obligar a sus gobiernos a acabar con la guerra. Se decidió presionar al gobierno provisional para iniciar negociaciones de paz. Tuvo mucho que ver ese recién llegado, Stalin, que apenas lleva aquí unos días y ya se está imponiendo.

El domingo siguiente, Fiódor le dijo que estaban esperando a Alexandra Mijailovna Kollontai, que llegaría procedente de Estocolmo.

—¡Vuelven todos ahora! ¡Y Lenin no tardará en hacerlo! ¡No sé como lo conseguirá, pero pronto estará en Petrogrado!

Karl los invitó a quedarse a comer. Ludmilla era una mujer capaz de hacer milagros con cualquier cosa y aceptaron gustosos. Pero en el último momento, Fiódor alegó que tenía cosas que hacer y se marchó. Karl insistió en que él se quedara mientras le decía:

—No te he dicho antes que alguien va hoy a acompañarnos… merecerá la pena. Así que comeremos los cuatro. ¿De acuerdo?

Era la forma de ser de Karl y aceptó. Si alguien tan exquisito y culto como Karl decía que merecía la pena, no dudaba de que así fuera. Además hacía un día extraño, entre brumoso y soleado, y el ático tan blanco y moderno estaba envuelto en una atmósfera luminosa e irresistiblemente confortable. Aquel lugar parecía encontrarse fuera del opresivo y gris ambiente de guerra y revolución que se vivía en el resto de la ciudad. Karl había comprado un gramófono que sonaba apreciablemente bien y los compases de *El cascanueces* llenaban el amplio estudio. Tomó asiento frente a la cristalera con una copa de jerez en la mano, pensando que la personalidad de Karl compensaba los sinsabores de la guerra, y aguardando a ver quién sería la anunciada sorpresa.

A las doce y media sonó el timbre de la puerta. Karl, que prefería no depender de nadie, se dirigió a abrir caminando sin que apenas se le notara una leve cojera.

Anna Andréyevna Ajmátova entró en el estudio, tan esbelta y decidida como siempre, con su personal rostro y una luminosa sonrisa al verlo allí.

—¡Paul Alexander, nos vimos hace tiempo en mi casa! Lo creía en América. ¿Cuatro años ya? ¡Por Dios, cómo pasa el tiempo! ¿Qué tal está? —saludó a Ludmilla con un abrazo de vieja amiga—. ¡Qué hermoso estudio! Me habían hablado de este lugar, pero hay que verlo para entenderlo. ¡Tú sí que estás en la vanguardia, Karl, eres un poeta de la imagen! Tendrías que venir a casa y ayudarme a desprenderme de al menos la mitad de los trastos

que la llenan. Se sentaron a la mesa y pudieron deleitarse con lo que Ludmilla había preparado: crema de remolacha y patata, salmón al horno y una exquisita tarta de manzana.

—¡Por Dios, Ludmilla Valenskovna! ¿De dónde has sacado las manzanas? ¡Es imposible encontrar manzanas como estas en Petrogrado en esta época!

—El secreto está en guardarlas entre paja en un lugar seco… lo importante es el sabor. Son de mi dacha de Borok, y si así están tan buenas, recién cogidas tienen un aroma inigualable —contestó Ludmilla, complacida.

Después les preparó un café mientras Karl hablaba de fotografía. Anna Andréyevna Ajmátovales recitó algunos de sus últimos poemas. Nadie en ese momento quería romper el encanto hablando de política o de revolución.

Ajmátova tomó una copa de *brandy*, se colocó junto a la ventana y comenzó a declamar mientras los demás la escuchaban con atención y respeto.

Llegué a visitar al poeta
exactamente al mediodía, un domingo.
En el cuarto espacioso reinaba el silencio.
Afuera, en la calle, hacía frío.
Un sol agradable se paseaba
sobre el tupido humo gris azul…
El poeta me miraba fijamente
en silencio, como un gran anfitrión.
Es mejor ser cuidadosa
y no mirar nunca a sus ojos;
Son ojos tan extraños
que jamás se pueden olvidar.
No olvidaré ese encuentro
aquel brumoso mediodía
a las orillas del Neva
en una casa grande y gris.

Cuando Anna acabó de recitar, Ludmilla aplaudió sin poder contenerse.

—¡Bien por Anna! ¡Mi tarta de manzana de Borok ha inspirado tu poema!

Karl suspiró.

—Es cierto. Lo importante son los pequeños momentos que inspiran a los grandes poetas. Y tú, mi querida Anna Andréyevna, eres una de las más grandes de Rusia. Así que brindemos por momentos como este.

Luego Karl les mostró su álbum privado. En él pudieron ver a Rasputín, a la zarina, al zarévich Alexis, a las grandes duquesas. Ninguno de los fotografiados posaba, todos parecían ir a lo suyo, sin fijarse en el fotógrafo. También lugares desconocidos de la ciudad, gentes anónimas, el interior de los talleres, incluso escenas de los primeros días de la revolución. Unas nostálgicas imágenes de la casa y la propiedad de Ludmilla en Borok cerraban el álbum.

A Ludmilla se le humedecieron los ojos sin poder evitarlo.

—¡Fui tan feliz en ese lugar con mi esposo y mi hija! Es mi tierra natal y la llevo en el corazón. Karl ha sido capaz de expresarla como nunca antes la había podido ver.

Anna asintió.

—¡Es cierto! Karl, no solo has captado la esencia de aquel lugar… has conseguido mostrarnos lo que todos añoramos, ese lugar que ya solo permanece a nuestros sueños y que de tanto en tanto, sin que se sepa por qué, regresa cargado de nostalgias y recuerdos. Esa parte de nuestra alma a la que solo podemos acceder cuando un poema, una bella imagen, un vívido recuerdo nos permite entreabrir la puerta de lo que ya creemos perdido. Cuando ya todo lo demás, eso que llamamos realidad, ha dejado de tener importancia. ¡Ah, la tierra natal!

No la llevamos en oscuros amuletos
ni escribimos arrebatados suspiros sobre ella,
no perturba nuestro amargo sueño
ni nos parece el paraíso prometido.
En nuestra alma no la convertimos
en objeto que se compra o se vende.
Por ella, enfermos, indigentes, errantes,
ni siquiera la recordamos.

Sí, para nosotros es tierra en los zapatos.
Sí, para nosotros es piedra entre los dientes,
y molemos, arrancamos, aplastamos
esa tierra que con nada se mezcla.
Pero en ella yacemos y somos ella,
por eso, dichosos, la llamamos nuestra.

Afuera, en las frías calles de la ciudad, el mundo era diferente, hostil y amenazador, pero la atmósfera creada en el estudio de Karl por Ajmátova

conseguía evadirles de la dura realidad.

Paul acompañó a Anna a su casa. No quiso preguntarle por Nikolai Stepanovich Gumiliov, su marido, pues era notorio que mantenían grandes diferencias y estaban a un paso de separarse. Entre otras cosas, Gumiliov decía a quien quisiera escucharle que los bolcheviques, mencheviques, social revolucionarios y demás partidos vinculados a la revolución acabarían dañando irremisiblemente a Rusia. Esa opinión no lo hacía muy popular entre la gente común. También los separaban otras cosas, como la intención de Gumiliov de volver a África en cuanto terminara la guerra para proseguir sus exploraciones, lo que a Ajmátova le parecía una postura egoísta y absurda en aquellas circunstancias.

Mientras caminaban, podían apreciar que la ciudad estaba cambiando con rapidez. Se veían muchos soldados y milicianos vigilando puntos estratégicos como puentes y edificios oficiales en los que, por cierto, habían desaparecido los escudos imperiales y cualquier cosa que recordara al zar. Era el domingo más tranquilo desde que había comenzado la revolución, como si la gente quisiera olvidar por unas horas lo que estaba sucediendo a su alrededor, aprovechar la tarde, ya gris y fría, para permanecer en sus casas con los suyos, pensando tal vez en cuándo volvería a haber pan en las panaderías, pescado, carne y leche en los mercados, así como lo indispensable para vivir. Muchos comenzaban a asociar la revolución con el ruido de sus tripas vacías.

—Me gustaría poder ir a esa América tuya y permanecer un tiempo allá hasta que todo esto haya acabado. La verdad es que estoy cansada y triste, por eso me ha encantado compartir este domingo con vosotros. ¿Crees que esta situación va a durar mucho todavía?

No deseaba desanimarla, pero tampoco engañarla. Sabía bien que era una mujer sensible e inteligente.

—No lo sé, Anna. Me pasa como a ti. Por una parte me siento en casa y no quiero marcharme. En ocasiones me pregunto qué estoy haciendo aquí, pues me temo que esto se va a alargar mucho. Incluso aunque mañana se firmara un armisticio en toda Europa, aquí las cosas son muy complicadas por otra serie de motivos. No sé lo que puede llegar a suceder, pero no va a ser fácil volver a la normalidad. Se acerca una lucha por el poder, pero eso no es nada nuevo. El imperio tiene muchos enemigos, pero otros prefieren seguir como estaban. Tal vez no sean muchos, pero son poderosos. Del otro lado, ya sabes: mencheviques, bolcheviques, socialistas radicales, anarquistas… todo un espectro de seres con intereses y ambiciones muy diferentes. Y ninguno va a ceder, por lo que esto podría desembocar en una guerra civil. Hay mucho en

juego. ¡Todo! Ahí tienes un gobierno provisional con las alas cortadas, y unos bolcheviques reforzándose por días, aunque aún están muy lejos del poder. Hoy me han asegurado que llega Aleksandra Kollontai[163]. Pronto regresarán Lenin y los suyos. También Trotsky. Hace unos días volvieron Stalin, Kámenev y los que estaban desterrados en Achinsk. Ninguno de ellos va a conformarse con ser el segundo en la carrera.

—¡Es cierto! —Ajmátova se cubrió el rostro con las manos—. ¡Temo por mi hijo! ¡Intuyo un futuro complicado! ¡Cambiarlo todo de arriba abajo! ¡Sueño con catástrofes, muertes, guerra, cosas terribles! ¡Me despierto atemorizada!

Paul asintió.

—Anna, ya sabes dónde me tienes. Si necesitaras un visado, creo que podría conseguírtelo. Me une una buena relación con el embajador. Yo creo que te aguarda un brillante futuro. Aún eres muy joven y tienes toda la vida por delante. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintisiete, veintiocho, treinta tal vez? Acabamos de comprobar que alguien como Karl hace lo que sabe hacer, extraordinarias fotografías. Tú, sigue haciendo lo que haces tan bien, escribir maravillosos poemas. Lo que el mundo necesita en estos momentos son más palabras y menos cañonazos.

Habían llegado a la puerta del edificio donde residía Anna. Sin decir palabra, ella lo besó en ambas mejillas y se introdujo en el portal.

Volvió a su piso. Estaba oscureciendo y apretó el paso. Petrogrado no era la amable ciudad de hacía unos meses y las mal iluminadas calles se habían vuelto peligrosas. De tanto en tanto se escuchaba un disparo, y se podían ver grupos de individuos patrullando a la caza de «enemigos de la revolución» o de simples salteadores. A partir de determinada hora, lo más seguro era encerrarse en casa.

A finales de marzo volvió a coincidir con Kérensky en el piso restaurante. Le gustaba el ambiente y sobre todo la comida que servían allí, aunque no resultaba barato, pero comer bien era por entonces más que un capricho, una necesidad para conservar la salud. Kérensky ya había comenzado pero lo invitó a sentarse con él.

—Este es el lugar de todo Petrogrado donde me siento mejor. No sé si sabe que el gobierno provisional se ha trasladado al palacio Mariinski. Resultaba francamente difícil convivir con el Soviet. Existe una absoluta incompatibilidad entre su forma de entender la revolución y la nuestra. Es

como si estuviéramos hablando de cosas diferentes, y eso me preocupa, porque Rusia necesita que todos rememos en el mismo sentido. Y ahora permítame contarle la reunión que mantuve ayer con el ciudadano Nicolás II. Me envió una nota pidiendo verme, y no podía negarle ese derecho. Lo tenemos prisionero junto a su familia, aunque se estén empleando eufemismos como «recluido». Así que me acerqué a verle con la autorización del gobierno provisional. Ya sabe que se encuentran en el Palacio de Alejandro, en Tsárskoye Seló. Cuando llegué, vi que muchas cosas han cambiado. El regimiento de la Guardia Imperial ha sido sustituido por soldados fieles a la revolución. Me enteré de que entre ellos hay algunos comisarios políticos del partido bolchevique, y tengo que hablar de ese asunto con el actual ministro de la guerra, Guchkov. ¡No tiene sentido! Si se tratase de comisarios del Soviet de Petrogrado, aún podría entenderlo. ¡Pero bolcheviques! Eso está sucediendo por la fuerza que están cobrando desde que han regresado algunos de sus líderes.

»Perdone, me estoy yendo del asunto. Le decía que me recibió el propio exzar, rodeado de su familia. Me encontré a un padre de familia preocupado por los suyos. Me acerqué a él con la mano tendida. Él intentó esbozar una sonrisa, aunque se le notaba la gran preocupación. Me estrechó la mano y comprendí lo que debió sentir Carlos I Estuardo cuando tuvo que saludar a Oliverio Cromwell. ¡Salvando las diferencias, claro está! Fíjese lo subjetiva que puede ser la historia. Para David Hume, Cromwell no fue más que un dictador y un regicida. Para Thomas Carlyle, en cambio, un héroe que luchaba por la libertad de su pueblo. Bien, que digan lo que quieran. ¡Después de mí, el diluvio! Nicolás II me presentó a su familia. La exzarina Alexandra Feodorovna me devolvió el saludo de una manera fría, displicente, lejana, manteniendo las distancias. Esa mujer sigue convencida de que aún es la emperatriz y de que sigue existiendo una distancia infinita entre su persona y el pueblo. También saludé a las hijas y al pequeño Alexis: unas pobres muchachas asustadas y un niño enfermo.

»Nicolás II me preguntó qué iba a ser de ellos. Le comenté que se habían iniciado unas gestiones previas para ver si Gran Bretaña los acogería. Cuando le hice ese comentario, su rostro se distendió. Están muy preocupados por su destino, mucho más de lo que la gente cree».

Kérensky bebió un sorbo de vino y observó la reacción que le causaban sus palabras. Después de unos instantes de silencio, lanzó una pregunta directa.

—Paul, ¿cree usted que sería factible que los Estados Unidos los acogieran?… Quiero decir, ¿se podría obtener un visado de entrada para la familia Romanov, tal como lo consiguió para mí? Permítame explicarle. Tengo el temor fundado de que si permanecen aquí, pueda llegar a suceder cualquier cosa. ¿Me entiende?

—Sé lo que quiere decirme pues yo también lo he pensado. Pero permítame explicarle algo. Hace unos días, el presidente del Soviet, Chjeídze, vino a decirme exactamente lo contrario. Me pidió que advirtiera al embajador Page que ni se le ocurriera meterse en este asunto.

—¡Ese Chjeídze, y los demás! —Kérensky frunció el ceño, contrariado—. ¡Este es un país imposible! ¡En ocasiones me dan ganas de abandonar y marcharme! ¿Qué pretenden? ¿Un juicio ejemplar? ¿Un Nicolás Capeto al que llevar a la guillotina? ¿Conducir al ciudadano Nicolás y a su familia al Temple? ¿Recuerda usted lo sucedido cuando la ceremonia de boda de Nicolás y Alejandra Feodorovna? Murieron centenares de personas aplastadas por las avalanchas humanas. Pues bien, cuando en París se celebraron los esponsales de Luis XVI y María Antonieta, ocurrió también una gran desgracia. Se lanzaron fuegos artificiales y la gente ignorante corrió asustada a la desbandada. Una coincidencia histórica, de acuerdo, solo eso… ¡Así que Chjeídze pretende un proceso al zarismo y castigar al ciudadano Nicolás para escarmiento de todos! Estaba convencido de que eso solo lo pretendían los bolcheviques. Es posible que ocurra, pues no me hago ilusiones. También querrán mi sangre, y luego la de los miembros del Soviet de Petrogrado, y después la de los mencheviques, y más tarde la de todos los bolcheviques que no asientan a sus teorías. ¡Una vez que el terror comienza es casi imposible detenerlo!

»Paul, ¿entonces hablará usted con el embajador? ¿Con la tesis del soviet o con la del gobierno provisional? Expóngale las dos. Londres ya se ha negado a recibirlos. No quiere estar en medio, y por tanto el zar y su familia no serían bienvenidos en Gran Bretaña. Pero Estados Unidos es diferente. Es un lugar muy alejado y podrían acogerlo con algunos compromisos, como prohibirle las actividades políticas, no hacer proselitismo a favor del zarismo, no intervenir en las futuras relaciones con Rusia. ¡Fíjese lo que es la vida! ¡Hace apenas unas semanas el zar era el señor todopoderoso del país más grande de la tierra! Hoy es un padre de familia asustado… Aunque tal vez yo debería tomar nota. Nadie escarmienta en cabeza ajena…».

Cuando acabaron la comida quedaron en volver a encontrarse allí otro día. Kérensky no actuaba por ambición económica personal, ni por hacerse con el

poder. Solo pretendía lo mejor para Rusia. Había luchado por derrocar al régimen del autócrata pero, en el momento de la verdad, sentía una profunda compasión por el zar derrocado, como ser humano.

La decisión de los Estados Unidos para entrar en la guerra se demoró hasta el 23 de marzo. No era una buena noticia para los que hablaban de la paz mundial. Por el contrario, la gran guerra europea acababa de transformarse en guerra mundial, aunque en Francia y Gran Bretaña la declaración significó un enorme alivio.

Fue el mismo día en que se celebraron los funerales por las víctimas de la revolución. Los cañones de la fortaleza de Pedro y Pablo resonaron en toda la ciudad. En el Campo de Marte de Petrogrado se celebró una solemne ceremonia, con banderas, estandartes, marchas militares, aunque se incluyó *La marsellesa* y *La internacional*. Los miembros del gobierno provisional no parecían estar muy de acuerdo, pero era algo inevitable ya que se habían transformado en símbolos de la revolución.

Estuvo allí con Karl, que colocó el trípode de su cámara en el pedestal de una estatua para obtener perspectiva. Nadie se lo impidió. Pudo capturar en sus placas los distintos momentos del funeral, captar el sentido que los revolucionarios pretendían darle a todo aquello: hacer entender al resto del mundo que la revolución no tenía por qué asociarse necesariamente con tumultos, disturbios e incendios. Cuando aquella misma madrugada Karl salió de su cuarto de revelado, pudo contemplar las impresionantes fotografías y entendió mejor el mensaje de la ceremonia que había presenciado el día anterior.

En Petrogrado, el mayor problema era suministrar alimentos a todos los habitantes. Eso estaba sucediendo en cualquier lugar de Rusia, aunque daba la impresión de que en las pequeñas aldeas y pueblos resultaría más fácil procurarse subsistencia. Un corral con gallinas, una vaca, unas ovejas, un trozo de tierra fértil en donde sembrar algo… Un día volvió Antonina Sergéyevna, «Nina», la sirvienta que había estado unos meses fuera por la enfermedad de su madre a la que acababa de enterrar, y que ya había estado allí cuando compartió su piso con Irina. Regresaba de Demidov, su pueblo natal al norte de Smolensko, y le contó lo que allí había presenciado.

—¡Señor Alexander, qué alegría volver a verle! En Demidov, en Surarzh, en Velizh, en Usuiati están ocurriendo cosas terribles… ¡En toda Rusia! Muchas propiedades han ardido, quemadas por la multitud. En algunos lugares, cuando vuelven los señores los persiguen para matarlos. ¿Qué va a suceder? ¡Tengo mucho miedo!

Aquello estaba sucediendo en todo el país y ya no había manera de controlarlo. Algunos campesinos aguardarían a que madurasen las cosechas para después quemar no solo los rastrojos. En los pueblos y aldeas alrededor de Petrogrado habían ardido casi todas las grandes mansiones con todo lo que contenían: mobiliario, obras de arte, valiosas pinturas, bibliotecas irremplazables. Era la cara amarga de la revolución y nadie podría contener el odio y la rabia acumulados por siglos de humillaciones, hambre, abusos de todo tipo. Pagarían justos por pecadores, pero era imposible evitarlo.

Al igual que Antonina Sergéyevna, otra mucha gente se sentía confundida, sin saber qué camino tomar, convencida de que cuando pasara la tormenta todo volvería a ser como antes, y que cuando eso sucediera, las ciudades, los pueblos y los campos se llenarían de horcas con la terrible represión que inevitablemente seguiría a la revolución. Muchos no terminaban de entender que ya no había vuelta atrás, que una época había acabado para siempre.

Algo parecido estaba sucediendo en las ciudades, donde muchos aristócratas intentaban huir al extranjero. También la burguesía, los funcionarios que se habían destacado durante el zarismo, la policía, los altos oficiales del ejército que habían podido escapar y que en muchos casos asistieron impotentes al fusilamiento o a la muerte violenta de los mandos, los campesinos ricos, los *kulaks*, los comerciantes que aún pretendían especular con sus mercancías, mucho más valiosas en aquella situación de absoluta escasez, los financieros, los catedráticos y profesores a los que se señalaba por su apoyo intelectual al zarismo, todos los grandes señores que habitaban en las mansiones de los canales, los notarios, jueces y fiscales, todos ellos veían amenazadas no solo sus vidas sino también las de sus familias, asistiendo impotentes al final de una época, quedando en muchos casos desamparados, en la oscura incertidumbre que se barruntaba en el horizonte.

Las turbas habían destrozado muchas mansiones, llevándose lo que podían y dejando tras ellos una situación de ruina y pánico. La oscuridad de muchas calles de la ciudad, sin farolas de gas a causa de los destrozos, colaboraba en el caos favoreciendo a una gran cantidad de gente armada e incontrolada sin nada que perder, por lo demás convencida de su razón en los

continuos mítines, y sabedora de que en las mansiones había objetos y obras de arte muy valiosas, además de joyas, dinero, oro. La policía, desprestigiada y desorganizada, se había quitado de en medio y la poca que quedaba no tenía ya disciplina ni freno moral.

Aquella situación apenas había comenzado y si en algún momento las tremendas fuerzas que se adivinaban terminaban por liberarse, lo que llegaría sumiría al país en un absoluto caos antes de que alguna de las fuerzas, de derechas o de izquierdas, blancos o rojos, como ya empezaban a llamarlos los periódicos, lucharan a muerte entre sí. El gobierno provisional, conformado por los herederos naturales de las anteriores dumas, intentaba mantener una cierta normalidad administrativa. Un gobierno constituido por las fuerzas liberales, los conservadores moderados, gentes que habían luchado contra el zarismo y ahora desbordados por el alcance de la revolución. Pero lo que los tenía inquietos y malhumorados era ver cómo el Soviet de Petrogrado se estaba transformando en un gobierno paralelo que hacía caso omiso de los decretos y leyes que permitirían al país salir adelante en momentos tan críticos. El gobierno provisional incorporaba a las clases ilustradas y a los comerciantes. El Soviet formaba su base con los obreros y campesinos, cuyo universo había sido modificado radicalmente en pocos meses.

Sin embargo, una gran cantidad de artistas, sobre todo pintores y creadores, poetas, dramaturgos, se inclinaban naturalmente hacia la extrema izquierda. Una cosa eran las clases ilustradas y otra muy diferente la vanguardia. Imaginaba que el país se encontraba en el interior de una caldera de vapor, sometido a una presión inimaginable. Las ideas habían perforado la caldera, y ahora el vapor se escapaba por cualquier grieta.

Paul asistió durante varios días a las sesiones del gobierno provisional. El Ispolkom había cerrado sus puertas y las sesiones se mantenían en riguroso secreto desde que los deportados y liberados habían vuelto y formaban parte de ellas. Ya no pudo volver a entrar, aunque a través de Fiódor Yegórovich, tan vinculado en los últimos tiempos al partido bolchevique y al *Pravda*, le iba dando su versión de lo que estaba sucediendo. Pero Fiódor se radicalizaba, solo daba por bueno lo que partía de ellos; lo demás era parcial, falso o simplemente traición a los ideales del pueblo.

A medida que pasaban los días, la distancia entre el conjunto formado por la clase media, la burguesía, los terratenientes, los oficiales y mandos del ejército, que apoyaban al gobierno provisional, sobre todo el triunvirato

formado por Guchkov, Miliukov y Kérensky, que parecía llevar la iniciativa, y el resto de la población, obreros, campesinos y soldados, iba creciendo, creando una profunda brecha que demostraba que no existía una sola revolución sino dos bien diferentes.

Paul sabía que Karl mantenía correspondencia con Rosa Luxemburgo y que por ello estaba al corriente de muchas cosas, ya que se había afiliado al Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, fundado por Karl Kautsky[164], del que formaban parte Karl Liebknecht[165], Franz Mehring[166], Clara Zetkin[167] y Rosa Luxemburgo, ya que los espartaquistas se habían pasado en bloque a ese partido. Karl se sentía muy cercano a las tesis de la espartaquista Rosa Luxemburgo. A pesar de su invalidez, Karl se consideraba muy cercano a los esclavos gladiadores que se rebelaron contra un imperio. Rosa Luxemburgo, al igual que él, también sufría una cojera permanente, y ambos odiaban el militarismo alemán, el imperialismo que había ocasionado la guerra. Y, como ella, Karl no podía entender que el sentimiento patriótico de los partidos obreros fuese mucho más fuerte que su conciencia de clase. Escribía sus cartas al apartado postal de Rosa en Berlín, dirigidas a Lucius Junius Brutus, su apodo. Todo tenía sentido, ya que Lucio Junio Bruto, considerado el fundador de Roma, sufrió una gran persecución política, y su capacidad de simular una cierta invalidez le libró de ser asesinado, por lo que pudo derrocar a Sexto Tarquinio y ocupar el trono. A través de Rosa, que a su vez mantenía una fluida relación postal con Lenin, Karl estaba informado de que el líder bolchevique pensaba volver de inmediato a Petrogrado. También le enviaba sus fotos y los negativos que elegía para el periódico que, contra viento y marea, editaban los marxistas en Berlín.

La relación de Paul con Karl von Lissberg se había ido profundizando. Incluso tenía una llave del piso de Karl, y este la del suyo. Mark Gavrilovich, el portero, había sido encarcelado por el gobierno provisional como agente provocador de la Ojrana, y aunque su mujer seguía al cargo de la portería, eran los mismos vecinos los encargados de abrir y cerrar el portón por la mañana y al anochecer, y llevaban consigo la llave del portal si salían de noche. Las condiciones de seguridad eran cada día más precarias y la existencia de merodeadores que se fijaban el objetivo de asaltar pisos de la burguesía era un motivo más de preocupación, aunque todo ello no lo intimidaba, ni tampoco a Karl. Ni siquiera a Ludmilla Valenskovna, que había tomado la decisión de no preocuparse más por el porvenir de su hija. Irina seguía viviendo cada vez más en el filo de la navaja, radical, marxista,

bolchevique, en el fondo una mujer anárquica que tomaba sus decisiones en el día a día. Sin embargo, Fiódor parecía encantado con su situación. Iba como a remolque, dependía de ella, de sus caprichos, de su radicalismo, pues sin duda habría sido un hombre bastante más moderado con otra compañera.

Aquella tarde cenaron juntos. Karl estaba más serio. Le explicó que Ludmilla había decidido marcharse a su finca de Borok, pensando que encontraría allí un desastre. Antes de partir le confesó que temía llegar y llevarse un enorme disgusto, a pesar de que Karl la aconsejó que no fuera y que se olvidara por el momento del asunto. No era un problema personal de ella sino algo que estaba sucediendo en todas partes. Al final Ludmilla le dijo que estaba decidida y que no iba a cambiar de opinión. Karl estaba arrepentido de no haberse mostrado más comprensivo y de no haberla acompañado.

—¡Esa mujer es más tozuda que una mula! Es verdad que me siento muy ligado a ella, pero en ocasiones me saca de quicio.

Paul intentó comprenderle. Al fin y al cabo, a él le había sucedido algo parecido con Irina, que probablemente tenía a quién parecerse. Además comprendía los sentimientos de nostalgia y cariño de Ludmilla hacia aquel lugar donde había sido tan feliz.

—¿Has oído hoy lo del Soviet? —Karl parecía muy inquieto—. Han emitido un llamamiento a los pueblos del mundo en el que pretenden la unión de todos los partidos socialistas y obreros de Europa para lograr la paz. ¡Esos son Sujánov, Chjeídze y Steklov! Mantienen que es el pueblo el que debe tomar la iniciativa, no los diplomáticos. El pueblo es quien debe decidir, y me han contado que aunque los soldados no parecían muy de acuerdo, ya que lo veían como una especie de rendición ante los alemanes, al final aceptaron.

—Por ahora el Soviet es un grupo de personas que han decidido transformarse en una alternativa de poder —explicó Paul—. No tienen reglas de juego, ni responsabilidades institucionales, ni una jurisdicción que marque sus límites. ¡Nos guste o no, ellos son los verdaderos revolucionarios! El gobierno provisional intenta mantener un puente legal entre lo que había y lo que está por venir, pero los del Soviet son una asamblea amorfa con representantes elegidos a mano alzada por aclamación popular, por las buenas, digamos que un movimiento asambleario, y ya sabes lo fácil que resulta manipular a un grupo de personas en un momento dado. Unos cuantos se han abrogado el poder y lo ejercen por las bravas. La mayoría de las reuniones acaban en caos y cada uno dice lo que se le ocurre, sin orden del día ni control alguno. Su pretensión es crear un orden socialista y al tiempo

desgastar al gobierno provisional lo antes posible. Eso sí, solo pueden pertenecer a él los socialistas radicales, incluyendo mencheviques y bolcheviques. No representan a todo el espectro social, ni mucho menos… Ahora bien, ¿hasta dónde pueden llegar? ¿Qué surgirá de todo esto? La guerra civil. Podrás rebatirme y decir que el sistema está tan podrido que no hay otra solución, y que para regenerarlo habrá que limpiarlo a fondo. Por lo que escriben Lenin, Trotsky, Stalin, Kámenev, Chjeídze y los demás, lo que proponen para el futuro son teorías experimentales, como si nada de lo que ha habido hasta ahora contara. Mantienen que hay que volver a empezar, y me temo que eso puede significar que una gran parte de la gente que no piensa como ellos, estorba, sobra, no puede aportar nada. ¿Qué crees que sucederá? Los social revolucionarios son radicales con fuertes vinculaciones con el campesinado. Los socialdemócratas, mencheviques y bolcheviques parecen mejor organizados intelectualmente. ¡Estamos en plena lucha por el poder!

—Tienes razón, Paul —Karl asintió—. El gobierno provisional es ahora el responsable de proseguir con la guerra, de impedir que los campesinos puedan hacerse con la tierra, de recaudar los impuestos, mientras que el concepto de soviet puede aparecer en cualquier lugar, aquí en Petrogrado o en la aldea más pequeña de Rusia. De ello se deduce que serán los mencheviques o los bolcheviques los que se harán con el poder. Y aunque estos últimos son inferiores en número, sus líderes son más fuertes y parecen mucho más preparados intelectualmente. Como es el caso de Lenin. La verdad es que todo este asunto es apasionante. Nos hallamos en el mismo centro del volcán y podremos salir chamuscados, pero lo cierto es que a pesar de todo no me iría de aquí por nada del mundo.

Terminaba marzo cuando una tarde recibió una llamada telefónica del nuevo embajador de los Estados Unidos en Rusia, David R. Francis[168]. Le preguntaba cuándo podrían tener una reunión. Decidió sobre la marcha que el mejor lugar sería su propio piso. No deseaba tener que ir a la embajada, y Francis podría acercarse discretamente hasta su domicilio. El embajador aceptó de inmediato y quedaron para el día siguiente, último día de marzo, a las once. No era nada raro ya que tenía todo el derecho del mundo a invitar a un compatriota a su casa.

El embajador Francis fue puntual y se escuchó el timbre de la puerta mientras sonaba el reloj de pared de la biblioteca. Invitó a entrar a un hombre alto de mediana edad, cabello rubio algo canoso y penetrantes ojos azules que

le sonrió como si se conocieran de toda la vida. Lo hizo pasar a la biblioteca. Le ofreció un café americano, que Francis aceptó con entusiasmo. En cuanto cambiaron impresiones, se dio cuenta de que tenía delante a un hombre luchador, pragmático, experimentado, pero sobre todo a un cosmopolita muy informado. Estaba al corriente de la situación hasta el menor detalle. Sabía muy bien que la embajada tenía informadores en muchos lugares, incluso entre los miembros del gobierno provisional y los del Soviet de Petrogrado. Gente que no solo lo hacía por dinero o por ideología, sino que deseaban vivir al límite.

—Realmente, vive usted en un oasis, Alexander. Debo decirle que no creía que fuera usted tan joven. ¡Pero si es usted un muchacho! Bien, encantado de estar aquí. Este lugar parece uno de los más tranquilos y confortables de la ciudad. ¿Cómo consigue mantener la calefacción? Le envidio. Nuestra embajada es en estos tiempos una casa de locos. En Washington quieren estar al corriente de lo que sucede cada día. Es difícil hacerles entender que el guion no está escrito, y que cada nuevo día es como si todo comenzara de nuevo. Dentro de pocos días llegará Lenin. Sí. Ese viejo zorro ha conseguido volver al gallinero, ya sabremos cómo, y en cuanto llegue las cosas volverán a agitarse. Me han contado que hace poco, cuando regresaron Kámenev y Stalin, los bolcheviques cobraron mucha fuerza. Bueno, quiero agradecerle personalmente los informes que nos hace llegar, no tanto por las novedades que nos indica, ya que en general estamos informados, sino también por su criterio. Usted lo tiene y yo lo comparto. Ahora el dilema es quién terminará imponiéndose. Permítame que le haga una pequeña síntesis de cómo vemos la situación. Trotsky, ahora ausente, es una cabeza pensante, un tipo culto, extremadamente perspicaz, buen organizador aunque excesivamente radical, que tiene muchos enemigos que temen su forma de entender el marxismo, y al que algunos acusan de pertenecer a los servicios de inteligencia alemanes, lo que creemos es falso. Por otra parte, veremos si Lenin puede regresar sin problemas, aunque a los alemanes les interesa mucho que vuelva cuanto antes para que se impongan sus tesis de que hay que acabar con la guerra imperialista contra las potencias centrales, y luchar en una contienda civil contra el enemigo interior, es decir los conservadores, la burguesía y el régimen zarista que aún no ha dicho la última palabra. Lo cierto es que Alemania no puede ir mucho más allá, y por ese motivo le conviene que Lenin regrese, por todo ello estamos convencidos de que no le pondrán muchos impedimentos. En cuanto a Miliukov y demás líderes del gobierno provisional, no llegarán muy lejos. El único con cabeza y

apoyos, por ahora, es Kérensky, aunque su mayor problema es evidentemente la falta de experiencia política. Está convencido de que la política se fundamenta en la lógica, y con esa forma de pensar no llegará demasiado lejos. Mire usted, la política es una mezcla de ambición, pasiones incontroladas, oportunidad, fuerza y deslealtades. No hay la más mínima lógica… solo apariencia para dar una impresión de seriedad ante la gente. ¡Bah! Perdone si mis palabras le suenan a cinismo, yo tampoco debería estar aquí, sino atendiendo mis negocios. La amistad y la lealtad personal hacia el presidente me han traído aquí. Pero para mí, hasta ahora esto ha sido una miserable demostración de cómo somos en realidad los seres humanos. Ya sucedió en Mesopotamia, en Egipto y en Grecia. Basta con leer el Antiguo Testamento entre líneas… ¡Y a estas alturas, el brillante letrado Kérensky cree que podrá aplicar la razón para gobernar! ¡Qué ingenuo! Aunque es una lástima porque es proamericano, como ambos sabemos. De hecho estamos intentando ayudarle, aunque con poca fe en sus posibilidades.

El embajador Francis permaneció unos instantes en silencio, observando la hermosa vista desde el ventanal del balcón que daba al Neva, antes de proseguir:

—No voy a revelarle nada que usted no sepa. Fue precisamente Kérensky quien nos pidió hace unos días que les buscásemos una salida al zar y a su familia. Sabemos que los ingleses no quieren inmiscuirse, ya que Gran Bretaña tiene demasiados intereses en Rusia, como para permitir que los Romanov se conviertan en una amenaza para sus futuras relaciones con este país. A Francia le ocurre lo mismo. Además, intelectualmente su gobierno cree en la revolución. ¿No escucha a los obreros cantando *La Marsellesa* todos los días? Nosotros somos la alternativa. Con nuestra idiosincrasia, en los Estados Unidos la familia imperial rusa se transformaría con el paso del tiempo en una atracción de feria. Pero nadie sabe lo que nos traerá el futuro. Ahora llega la revolución, triunfante y democrática, pero dentro de unos años las cosas se verán de otra manera. ¿Me comprende? En definitiva, estaríamos dispuestos a reflexionar si debemos hacernos cargo del zar, pero no podemos decirlo, ni queremos actuar directamente. Sabemos que el gobierno provisional se encuentra en una posición similar. Preferirían que hubiera escapado *motu proprio* y que se hubiera refugiado en Copenhague o en Estocolmo. No tener una patata caliente, ¡ardiendo!, en Tsárskoye Seló. Como usted comprenderá, tampoco queremos enfrentarnos al Soviet de Petrogrado, que pretende llevar a cabo un juicio histórico ejemplar. Una demostración de cómo el pueblo pone las cosas en su sitio, de que existe una

venganza del proletariado, como ellos dicen, a la que nadie puede escapar. Por la información que tenemos, y es de primera calidad, un tal Yákov Mijáilovich Sverdlov, uno de los liberados, hombre de gran influencia ahora en el Soviet, aboga por un juicio sumarísimo y la pena de muerte para toda la familia Romanov. Mantiene, hasta el momento en privado, que dejar un solo heredero sería una gran amenaza para una futura república democrática, una espada de Damocles. Sacar adelante un proceso revolucionario requiere el respaldo de la inevitabilidad. Según Sverdlov, formaría parte de los principios sobre la filosofía de la historia… una consumación hegeliana que reafirmaría sus tesis. Además, la verdad es que muchos odian al zar y a la zarina, así que una de las hipótesis es que el zar sea procesado, condenado y ejecutado. Por otra parte, a los Estados Unidos no les vendría mal ser los guardianes de un proceso en el país más grande y uno de los más poderosos del mundo. ¡Claro que no somos hermanitas de la caridad! En definitiva, Alexander, estamos informados de su posición con el zar por un lado y con Kérensky por otro, y le seré sincero, conocemos sus conversaciones con él. También las advertencias de Chjeídze… Esta es una revolución que apenas acaba de empezar y solo queremos que sepa directamente cuál es la posición del gobierno de los Estados Unidos, y tener la certeza de que podremos contar con usted en su caso, aun sabiendo que las oportunidades de llevar a cabo un plan de rescate son prácticamente nulas. Pero no es tanto hacer las cosas por la fuerza como intentar convencer a unos y a otros de cuál sería la solución que demanda la historia. Mientras, seguiremos en contacto. Es usted un hombre muy curioso, alguien que está arriesgando mucho solo por ser testigo presencial de la historia. En mi caso, se trata de mi trabajo y no tengo mérito alguno. Aunque ahora, aquí, en este lugar, en este ambiente que usted ha sabido crear, puedo entender que no quiera volver a la redacción del *New York Herald*. Para eso siempre habrá tiempo.

El embajador se incorporó y añadió antes de despedirse:

—Gracias por este agradable rato. Ha sido un placer conocerle personalmente, aunque ya Page me había hablado muy bien de usted. Si en algún momento considera que nuestra embajada puede ayudar en casos concretos, le agradecería que nos lo hiciera saber. Siempre podremos hacer algo. En cualquier caso, nos veremos pronto. Adiós.

Tras cerrar la puerta, Paul se quedó pensativo. Aquel hombre no le había ocultado que poseía una información muy directa sobre él, y eso le

preocupaba. Por otra parte, los razonamientos que le había hecho trascendían cualquier sentimiento humano. No le interesaban las personas sino las consecuencias de sus actos, sobre todo en lo que pudieran afectar a la política de los Estados Unidos en Rusia. En cuanto a los miembros del gobierno provisional, tampoco deseaban cargar con una responsabilidad histórica, una visión bien distinta de la del Soviet, cuyos miembros deseaban llevar a cabo una justicia ejemplar que, desde su punto de vista, les ayudase en sus pretensiones de gobernar. Por esas circunstancias de la vida, él se había quedado en medio, y eso le preocupaba. Recordaba sus primeros días en San Petersburgo, también en Moscú, en cómo todo estaba evolucionando con gran rapidez, empujado por unas implacables fuerzas, que afectaban no solo a la política… también a la vanguardia artística, la literatura, la ciencia, sacudiendo los cimientos del país, los propios conceptos de las cosas, fuerzas ocultas ante las que nadie podía intentar oponerse, como si de pronto la historia, las tradiciones, los sucesos, hubieran confluido para bajar el telón de un larguísimo drama, cerrando una época que de pronto había quedado obsoleta.

No podía olvidar aquel lejano día en Yasnaia Poliana, cuando tuvieron la oportunidad de saludar al mismísimo Tolstoi. Aquel hombre había sido de los pocos en comprender la inminencia de los cambios cuando hablaba de la necesidad de una justicia histórica. Muchas cosas iban a desaparecer, y solo permanecería la nostalgia, esa sensación amarga y dolorosa de que una parte de nosotros mismos se había ido para siempre. Era mucho más que la implacabilidad del proceso dialéctico-materialista del que tanto se hablaba en los últimos tiempos. Suspiró.

XIX
El regreso de Lenin

La vuelta de Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, se transformó en un acontecimiento histórico. Karl había tenido una amistad juvenil con uno de los que habían vuelto con él, Karl Berngárdovich Rádek[169], al que invitó a permanecer unos días en su piso hasta que encontrase un lugar a su gusto.

El 3 de abril, el mismo día en que el tren que traía a Lenin y a los suyos realizó su entrada en la Estación de Finlandia de Petrogrado, Karl y él se encontraban entre la multitud, por ver qué sucedería.

El tren entró con quince minutos de retraso, los suficientes para que la gente se agitase con inquietud al no saber qué estaba sucediendo. Para mucha gente en Petrogrado, el regreso del líder carismático de los bolcheviques iba a marcar un antes y un después. Aquel hombre tenía la consideración de profeta. El *Pravda* de los últimos días había publicado sus *Cartas desde lejos*, en las que exponía claramente sus criterios. En la estación no solo se encontraban los bolcheviques, también muchos curiosos, soldados que querían conocerlo, el comité del Soviet de Petrogrado presidido por Nikolai Chjeídze, marineros de la base de Kronstadt de permiso, y, naturalmente sus más fervientes partidarios. Era un acontecimiento histórico, como si unos y otros, incluyendo sus detractores, estuvieran convencidos de que el retorno del gran Lenin a Petrogrado marcaría el punto de inflexión.

Cuando el tren se detuvo soltando vapor con un agudo chirrido de los frenos, se abrió la puerta del penúltimo vagón y allí apareció Lenin con los brazos extendidos y un gesto de sorpresa al encontrar tal multitud aguardándolo. Se habían colgado unos arcos triunfales rojos con ribetes dorados a lo largo de la estación. Lenin levantó varias veces los brazos y gritó algo que fue imposible escuchar a causa de las estruendosas ovaciones de la gente.

Karl gritó al oído de Paul:

—¡Ahí lo tienes, el profeta del marxismo! ¡Tendría que haber mostrado en su mano sus célebres tesis como un nuevo Moisés! Aquel que saluda tras él es Rádek. Las cosas van a cambiar mucho. Ha venido a recibirle todo el barrio de Viborg. Es como si estuvieran aguardando al jefe del Estado. Fíjate, guardia de honor, marineros, curiosos, soldados, y los guardias rojos del

Soviet formados con una disciplina que no veíamos desde antes de la revolución.

Mientras, intentando mantener la compostura entre tantos abrazos y empujones, Lenin saludaba a unos y a otros. Tras él se hallaban su esposa, Nadezhda Konstantinovna Krúpskaya, Zinoviev[170], Rádek y cerca de treinta personas que lo habían acompañado desde Suiza, incluidos algunos niños. Todos ellos parecían agotados tras el larguísimo y arriesgado viaje, con excepción de Lenin. En un momento dado, Nikolai Chjeídze se acercó a hablar con él. Vieron cómo se daban la mano y le presentaban a los demás miembros del comité. La multitud enardecida cantaba *La Marsellesa* con gran emoción. De nuevo los jacobinos, la revolución contra el poder. Imaginó que si el ciudadano Vladimir Ilich Ulianov gritaba a pleno pulmón «¡Muerte a la tiranía!», todos los presentes correrían a Tsárskoye Seló a aniquilar al exzar. Cuando el líder pasó delante de los guardias rojos, estos le presentaron armas, tal vez sin la meticulosa exactitud de otros tiempos pero cargados de emoción. Se volvió hacia Karl.

—¡Tienes razón, ha llegado el profeta!

Luego Karl pudo saludar a Rádek, con grandes ojeras tras sus redondas gafas de concha, que le pidió la dirección de su casa ya que tendría que permanecer junto a Lenin el resto del día. Paradójicamente, Karl no era un bolchevique, ni siquiera sentía afinidad hacia ellos, aunque admiraba a las personas que se entregaban a una causa en cuerpo y alma, y los bolcheviques eran así.

Después, el presidente del soviet inició un discurso un tanto desvaído, como si lo estuviera improvisando y al tiempo no quisiera tener que morderse la lengua. Mencionó que lo más importante era la defensa de la revolución y que confiaban que Lenin persiguiera el mismo objetivo. Mientras, el gran líder parecía distraído, como si estuviera contando a las personas que se habían acercado hasta le Estación de Finlandia para recibirle. Se hizo el silencio y Lenin tomó la palabra. Para él los presentes eran la vanguardia del ejército proletario mundial. Señaló que había llegado la hora de volver a las armas contra los explotadores capitalistas, divagó y acabó su escueto discurso con un «¡Viva la revolución socialista mundial!».

Paul notó que Nikolai Chjeídze se rebullía con incomodidad. Lenin daba la impresión de tener prisa, como si le aguardaran otras muchas cosas que hacer. No estaba de nuevo en Rusia para escuchar aplausos y ovaciones sino para poner en marcha sus ideas. Unos minutos más tarde, Lenin se dirigió al exterior, donde le aguardaban los coches para él y su séquito. Subió al

primero junto a su esposa. Dejaron atrás a Chjeídze y a los demás, sin aparentar demasiado interés en ellos. No se entretuvieron en el protocolo de dar la mano a los presentes, como si tuvieran un apretado programa que cumplir. Luego la gente fue abandonando poco a poco la estación.

Subieron al automóvil de Karl, que había podido recuperar después de que se lo requisaran, alegando su invalidez. Lo conducía casi siempre un hombre de su confianza, ya que la pérdida de la pierna le impedía hacerlo con seguridad, aunque mantenía que podría conducir perfectamente si se lo proponía. Volvieron a casa. Lloviznaba y la calle estaba llena de charcos helados, por lo que resultaba arriesgado caminar. Más de uno resbalaba y daba con sus huesos en el suelo.

Paul dedicó el resto del día a escribir. En la cocina encontró un puchero con caldo recién hecho, aún humeante. A pesar de todo, Ludmilla, que tenía un aguzado instinto maternal, lo trataba como a alguien muy cercano. Lo cuidaba y él se lo agradecía con detalles. Nina ya había vuelto a trabajar para él, pero Ludmilla aseguraba que ella cocinaba mucho mejor. No quería tener una relación de dependencia, como era el caso de Karl, pero el *statu quo* al que habían llegado le satisfacía.

A media tarde, cerca de las seis, bajó Ludmilla para pedirle que subiera. Rádek acababa de llegar y Karl quería que estuviera presente para escuchar cómo habían conseguido volver y que les contara el viaje desde Suiza. Subieron mientras ella le comentaba que apenas veía a Irina, pero que ya no podía hacer mucho más por ella. Karl estaba clasificando unas fotografías mientras Rádek tomaba una larga ducha de agua caliente, un lujo tras aquellos duros días. Al cabo de un rato entró en el estudio y pidió permiso para encender su pipa.

—¡Bueno, al fin en casa! Aunque los judíos no tenemos un hogar concreto, ya que supuestamente se encuentra en Jerusalén. Tal vez me veas muy cambiado, y es cierto que, desde aquel Karol Sobelsohn que conociste en nuestra juventud al Karl Berngárdovich Rádek en el que me he convertido, existe un largo trecho. Aunque veo que tú también te llamas ahora Lissbergov —Rádek charlaba animadamente—. Tendría que encontrarme en estos precisos momentos en la sede del partido bolchevique, la mansión Kshesinskaya, ya que están cenando allí en homenaje a su vuelta. Le he contado a Vladimir Ilich que tenía algo de fiebre y me he disculpado, pero fíjate cómo es que, cuando ya me iba, me volvió a llamar y me tocó la frente con sus dedos. ¡No se fía de nadie! Y eso que si ha conseguido volver a Petrogrado es gracias a unos cuantos, entre los que me encuentro. En su casa

en la Spiegelgasse, en Zúrich, Lenin no hacía más que leer y escribir, y estoy convencido de que utilizaba las noches para pensar. Cuando le advertimos que había llegado la revolución, no entendía lo que queríamos decirle. Solo cuando lo vio escrito en la prensa comenzó a dar saltos de emoción. A partir de aquel instante ya solo pensó en volver. Pero ni los ingleses ni los franceses estaban por la labor, ya que para ellos solo es un peligroso revolucionario que atenta contra sus intereses. ¿No a la guerra? ¡Imposible! Y se negaron en redondo a permitirle cruzar sus territorios. Por tanto comprendimos que no podría ir a Rusia ni a través de Francia ni del Mar del Norte, ya que Gran Bretaña tampoco lo permitiría. Nos pareció demasiado arriesgado intentarlo cruzando el Mediterráneo y Turquía. De los turcos, tal como se encuentra la guerra, se puede esperar cualquier cosa. A la vista de la situación, Lenin meditó seriamente cruzar Alemania disfrazado, pero eso le podría llevar a una situación sin salida. ¡Podrían incluso fusilarlo en cualquier lugar aplicando la ley marcial! Así que estaba encerrado en Suiza. ¡Un revolucionario radical en el paraíso de los burgueses! Tenía que escapar como fuera, pues no podía consentir lo que estaba sucediendo en Petrogrado y seguir allí sentado en su mesa escribiendo carta tras carta que nadie parecía tener en cuenta. Se quejaba amargamente de que nadie siguiera sus consejos, órdenes, ni nada. Era como si todos estuvieran haciéndole el boicot. ¡Todos contra él! Ni Kámenev, ni Stalin, ni nadie del partido parecían hacer caso de sus órdenes. El líder de un partido como el bolchevique, en minoría en todas partes, sin poder ejecutivo… ¡Él, alguien que se sabe tocado por el destino! Era tal su estado de nervios que se puso insoportable. Solo lo comprendía Nadezhda Konstantinovna, su esposa, la única persona capaz de controlarlo hoy en día. Estuvimos buscando una salida ya que, en otro caso, parecía dispuesto a cometer una imprudencia. Solo repetía que tenía que volver cuanto antes.

En aquel momento sonó el teléfono. Era una llamada para Rádek. Habló desde el aparato del pasillo. Cuando volvió al estudio cambió de conversación, pretendiendo que quería saber lo que estaba sucediendo en Petrogrado. Tal vez creía haber hablado demasiado. Luego dijo que debía ir al partido, ya que no sabía cómo se tomaría Lenin su ausencia, y que el motivo de la llamada era que Lenin había preguntado un par de veces por él, como si no hubiera creído que se encontrara enfermo. Se fue a su cuarto y, unos minutos más tarde, con el abrigo puesto y el sombrero en la mano, se despidió

diciéndole a Karl que volvería tarde pero que se llevaba las llaves que le había dejado.

Al día siguiente, Karl bajó a ver a Paul con unas cuartillas escritas a máquina.

—¡No te puedes imaginar lo que me contó luego! Volvió como a las dos de la madrugada, yo seguía en pie revelando fotos. Se notaba que el hombre había bebido algo en la reunión del partido y tenía ganas de hablar. Así que cuando me lo contó, siguiendo tú ejemplo, antes de irme a dormir lo escribí todo para no olvidarlo. Aquí te lo dejo, aunque te ruego que no lo utilices en ningún reportaje por el momento, luego será historia que podrás incluir en ese famoso libro que andas escribiendo. ¡Me debes una!

Cuando Karl subió a su piso, se puso a leer las páginas mecanografiadas. Se notaba que había hecho un esfuerzo por no olvidar nada de lo que Rádek le contó de madrugada:

> Me puse en contacto con Alexander Helphand[171], en realidad Aleksandr Izráil Lázarevich Helphand. Aquel hombre había colaborado con Lenin cuando lo del periódico Iskra, ¿recuerdas? Lo hice a través de Jacob Furstenberg, conocido en el partido como Ganetsky[172] que, por esas casualidades de la vida, era el administrador de Helphand. Tendré que aclarar que Ganetsky era alguien de entera confianza de Lenin. Si conseguía algo, no existiría la menor duda. Entre los contactos que debía mantener el canciller alemán en Copenhague, el conde Brockdorff-Rantzau[173], uno de ellos era con Helphand. ¿Casualidad? Creo que no. Ganetsky supo maniobrar para intentar sacar a Lenin de Suiza. A fin de cuentas, permitir el retorno parecía apoyar los intereses de Alemania, pues si se consiguiera cerrar el frente oriental, Alemania podría centrar todo su esfuerzo bélico contra Francia. Por eso accedieron, convencidos de que el regreso del máximo líder bolchevique colaboraría en disolver el sistema en Rusia. Los alemanes son posibilistas y creyeron que se trataba de una jugada maestra. ¡No conocen a Lenin!
>
> Helphand, alias Parvus, es un hombre muy inteligente y astuto, y mantenía una buena relación con el conde Brockdorff-Rantzau, quien se puso en contacto con Arthur Zimmermann, el ministro de Asuntos Exteriores, y después de deliberar con el canciller Bethmann-Hollweg, nos hizo la siguiente propuesta:

● Primero, detener los combates en todo el frente ruso.

● Segundo, que se volviera a las líneas fronterizas anteriores a la guerra.

● Tercero, llegar a un acuerdo sobre Polonia, Lituania y Curlandia.

● Cuarto, colaborar con Rusia para su reconstrucción y desarrollo.

● Quinto —lo que en realidad nos importaba—, permitir el paso de Lenin y otros líderes bolcheviques a través de Alemania en tren, garantizando que no tendríamos ningún problema.

No voy a comentar que Vladimir Ilich Ulianov consideraba todo el acuerdo papel mojado, ya que a él solo le importaba volver a Petrogrado lo antes posible, y me dijo que una vez que estuviera en Rusia, el acuerdo se anularía. No he contado que ni a Fritz Platten ni a mí se nos permitió la entrada en Rusia. Solo dijeron que aquellas dos personas tenían prohibida la entrada en Rusia. Hablé con Lenin sobre ello en un aparte y me dijo que emplearía el otro pasaporte. Así que ahora soy oficialmente Karl Ivánovich Bieleg. Permaneceré unos días aquí y luego volveré a Suecia hasta el momento oportuno.

En modo alguno podía Lenin seguir en Suiza. Era extremadamente importante que pudiera volver a Petrogrado, pues es aquí donde se está creando el futuro de Rusia y de la revolución. Tuvimos noticias de que el ministro de Asuntos Exteriores, Pável Miliukov, no quería ni oír hablar del regreso de Lenin, por lo que tomamos la decisión de prescindir de la opinión del gobierno provisional. ¡No nos hacían falta para nada! A través de Zinoviev se cerró el trato con los alemanes. Se pagarían los billetes, pues Lenin no podía aceptar que los alemanes pudieran decir que le habían costeado el viaje. El tren mantendría el estatuto de extraterritorialidad durante el viaje. Tampoco quiso entrar en el juego del intercambio de prisioneros. A pesar de estas condiciones, los alemanes aceptaron. ¡Ellos solo veían que iba a llegar a Rusia el hombre que quería detener la guerra lo antes posible!

El día convenido, Lenin, su familia y los más íntimos nos reunimos en el *volkshaus* en Berna y tomamos el tren con destino a Zúrich. Una vez allí nos reunimos todos a comer y Lenin improvisó un discurso, o quiso dar la sensación de que lo improvisaba, aunque ese hombre jamás improvisa nada. Eso fue después de reunirnos con el resto de los viajeros en el Hotel Zahringerhof de Zúrich. También

vendrían mujeres y niños, no todos serían líderes bolcheviques. Tampoco se había podido mantener en secreto la operación y, al llegar a la estación, hubo quien nos abucheó mientras otros nos deseaban un feliz viaje. Ya no había vuelta atrás. El primer tren nos llevó hasta Schaffhausen, en la frontera con Alemania. Allí, en la estación, tuvimos que caminar hasta el tren alemán y mostrar los pasaportes con el visado que dos funcionarios alemanes nos habían sellado antes de partir. Pasamos una larga y tediosa formalidad aduanera en Thayngen. ¡Ya sabes cómo son los alemanes! Por la noche estábamos en Gottmadingen. En aquel lugar separaron a los hombres de las mujeres. Dos oficiales dijeron que debíamos rellenar unos formularios. No lo vimos claro y rodeamos a Lenin, convencidos de que nos habían conducido a una trampa. ¡Pero no! Solo eran nuestros nervios. Los alemanes solo hacían lo que les habían ordenado, controlarnos, que nadie del grupo se despistara, que ninguno se quedara en Alemania y que nadie pudiera sumarse al grupo. ¡Para controlar y organizar, los alemanes son únicos! Desde Gottmadingen los dos oficiales viajaron con nosotros. Al tratarse de unos vagones extraterritoriales, podíamos decir que en el tren existía un espacio oficialmente ruso, y otro alemán. Como se sellaron las puertas de acceso a los vagones donde nos encontramos, solo existía una puerta hábil para subir o bajar del tren, a través del vagón en el que viajaban los dos oficiales alemanes, por lo que tenían controlado el acceso. Sin embargo, aquello había dejado de ser un secreto y la gente sabía muy bien quién viajaba en el famoso tren. Platten quiso descender en Frankfurt ya que Lenin deseaba saber lo que decían los periódicos. Otros querían tomar algo, bocadillos, una cerveza. No le permitieron descender, pero unos soldados tomaron nota y trajeron lo que se les pidió de la cantina de la estación. Incluso cambié impresiones con algunos soldados que preguntaron por el famoso Lenin, hasta que los dos oficiales me obligaron a subir el cristal de la ventanilla alegando que el acuerdo prohibía toda comunicación con toda persona ajena al tren. Lenin me dijo que no discutiera y que obedeciera, ya que no se trataba de ponernos a mal con los oficiales que nos custodiaban. Después, ya en Stuttgart, el secretario general de los sindicatos alemanes quiso subir para hablar con Lenin. Ese Wilhelm Janson se dice socialista y demócrata, pero no es más que un perro fiel del

káiser, que traicionó la Segunda Internacional. ¡Lenin no quiso ni escucharle!

Eran muchas paradas y muchas esperas. Comprendimos que la situación de la guerra está afectando mucho más a Alemania de lo que ellos mismos reconocen. Lógicamente, los trenes militares tienen prioridad de paso. Cuando entramos en la estación central de Berlín, imaginé lo peor. Vimos cómo la policía acordonaba el tren, cómo los soldados tomaban posiciones en los andenes, y pensé que nos habían conducido a su guarida. Lenin estaba pálido y Zinoviev a punto de perder la serenidad. Sabíamos que los alemanes serían capaces de detenernos con cualquier excusa y que, en tal caso, nadie haría nada por nosotros. ¡Un problema que le quitaban a ingleses y franceses! Pero no. Falsa alarma. Lo único que pretendían era evitar el menor contacto entre ellos y nosotros. Éramos apestados, infectados por los microbios de esa extraña y mortal fiebre marxista, ¡el comunismo!

Permanecimos unas horas en Berlín antes de volver a partir. Suspiramos al abandonar la estación. No podíamos creerlo… Seis días tardamos en llegar a Sassnitz, el puerto situado al norte de Alemania. Allí nos obligaron a rellenar otros documentos y formularios. Todo era burocracia, controles, listados, continuos conteos. Lenin estaba harto, y los que lo acompañábamos no podíamos más. Me susurró que sería muy difícil convertir en bolcheviques a los alemanes ya que siempre preferirían ser dominados por alguien, y que difícilmente entenderían lo de «proletarios al poder». Estaba muy harto de tanta historia y de su interminable burocracia. Lenin nos indicó que pusiéramos otros nombres y así lo hicimos. Nos reíamos de aquellos burócratas cuando vimos que aceptaban los documentos sin rechistar. ¡Esa gente no podía comprender el alma rusa! Cada ruso tiene su propia alma, pero es un alma rusa…

Cuando el trasbordador salió del puerto de Sassnitz con destino a Trelleborg, todos suspiramos de alivio El propio Lenin me confesó luego que había pasado el momento más difícil de toda su vida. Ya había oscurecido y las luces de Alemania se veían atrás en el horizonte. Comenzábamos a comprender que la pesadilla iba quedando atrás, que no se trataba de un sueño sino de una realidad. Al amanecer llegamos a la costa sueca y Lenin subió conmigo a cubierta. Las gaviotas chillaban sobre nosotros, y por primera vez en mucho tiempo lo vi sonreír.

Mientras entrábamos en el puerto vi que se frotaba las manos, ya nada ni nadie podría detenerlo. ¡Era la vuelta definitiva! Con una mezcla de amargura y alivio, me habló de lo que había pasado todos aquellos años. De Londres, de Ginebra, de Zúrich, de Austria, de tantas idas y venidas por Europa, clamando en el desierto cuando mucha gente lo trataba como si fuese un iluminado, un radical fanático de Marx que jamás podría transformar unas espesas teorías en realidades. ¡Y allí estábamos! ¡En Suecia! Un país neutral, el último paso de su vía crucis antes de llegar a Rusia, a Petrogrado, al palacio Táuride, a su partido bolchevique en la mansión de la Kshesinskaya. Me dijo que en cuanto viera a Kámenev le iba a cantar las cuarenta, y comentó enfadado: «¡Es que ya ni los más cercanos me entienden!». Esa incomprensión lo tenía algo amargado.

En Trelleborg nos aguardaba Jacob Furstenberg, alias Ganetsky. Cuando vio a Lenin corrió a abrazarlo. Después de pasar las formalidades aduaneras le acompañamos a unas oficinas de consignación vacías, y nos dijo que allí podríamos descansar tranquilamente. Por la tarde nos invitó a cenar, antes de la partida. A las once de la noche cogimos el tren que nos llevaría a Estocolmo. ¡Ya éramos ciudadanos libres y no terminábamos de creerlo! A pesar de eso, la fama de Lenin le precedía y llegó a saludarlo el alcalde de la ciudad. Más por curiosidad que por otra cosa, pues ya se habían terminado los formularios, los recuentos, los continuos controles. ¡Ah, los alemanes! No comprenden que la vida puede ser mucho más sencilla. Tendrían que educarse en colegios suecos. Viajamos toda la noche y por la mañana llegamos a la estación de Estocolmo. Se hallaba llena de gente, curiosos, fotógrafos, periodistas, políticos… Todos querían ver al famoso Vladimir Ilich Ulianov, alias Lenin. El doctor Karleson, uno de los nuestros, se adelantó a saludar. Con él estaba el alcalde de Estocolmo. El ayuntamiento nos invitó a desayunar. Después de escuchar las bienvenidas, tuvimos tiempo de ir a unos almacenes junto a la estación. Lenin llevaba unas botas claveteadas para la nieve e iba armando un ruido terrible. Su esposa quería que se comprara unos zapatos y algo de ropa, aunque él insistía en que no era preciso y que solo sería un gasto y una pérdida de tiempo. Pero lo notábamos satisfecho, contento, al darse cuenta de que la suerte le sonreía después de tantos problemas y disgustos. Fuimos a descansar al Hotel Regina.

Tendré que explicar que Alexander Helphand, alias Parvus, que nos aguardaba allí, quiso saludarlo en privado, a lo que Lenin se negó en redondo. ¡Temía que lo relacionaran con los alemanes, dadas las ambiguas relaciones que Parvus mantenía con ellos!

Un ruso residente en Estocolmo inició un discurso improvisado, pero Lenin no quería escuchar elogios y loas a su persona, así que lo dejó con la palabra en la boca. Subimos al tren hacia la frontera entre Suecia y Finlandia. Era un largo trayecto y Lenin no paró de escribir en un cuaderno. Nos pidió que no le interrumpiésemos ya que quería pulir sus tesis, preparar el discurso que pretendía dar en el Palacio Táuride. Fue un viaje tedioso, pero no podíamos dejar de pensar en que habíamos conseguido lo imposible. Lenin nos advirtió de que nos atacarían por haber negociado su vuelta con los alemanes, y que debíamos ser muy claros, no ocultar el modo y manera en que se consiguió lograr cruzar Alemania, pues según él era mejor mantener la verdad que lo que pudieran pensar unos y otros.

Llegamos a Harapanda, en la frontera. Para cruzar a Tornio alquilamos trineos, pues el río Torniojoki aún estaba helado. ¡Ya estábamos en Rusia! Me llevé una sorpresa cuando los guardias fronterizos dijeron que ni Fritz Platten ni Karl Rádek podían entrar en Rusia. Pude cruzar gracias a mi segundo pasaporte. Finalmente abordamos el tren que nos llevaría hasta Petrogrado. Cuando arrancó, todos, incluido el propio Lenin, comenzamos a cantar a pleno pulmón *La Internacional* y *La Marsellesa*. ¡Estábamos eufóricos! Él había podido comprar los últimos ejemplares del *Pravda*, y mientras los ojeaba volvió a repetirme que se las vería con Kámenev, y que tampoco Stalin escribía lo que debía en sus últimos artículos. Estaban colaborando con el gobierno provisional, y eso le puso muy nervioso. En aquellos momentos, si le hubiera dejado, habría ido a ayudar a los fogoneros a echar carbón a la máquina para llegar antes. Después me enseñó otra noticia. ¡Se había demostrado que Malinovsky**[174]** era un agente de la Ojrana! ¡Lenin no podía creerlo!

Cuando llegamos a Helsinki, allí nos aguardaba una multitud de bolcheviques y los inevitables curiosos. Lenin, muy molesto con las noticias, casi no quiso saludarlos, y los que le aguardaban creía que era con ellos. Al final tuvo que darles una explicación. Aquel tren viajaba muy lentamente. El revisor nos contó que se controlaban las vías ya que habían tenido intentos de sabotaje para descarrilar los

trenes. En Zeleno Gorsk, la última estación antes de Petrogrado, subió al tren Lev Kámenev acompañado de otros miembros del partido. Lenin lo apostrofó en cuanto lo tuvo a la vista: «¿Pero que estáis escribiendo en *Pravda*? ¿Es que os habéis vuelto locos?». Ante aquella inesperada acogida, Kámenev le replicó con acritud que una cosa era la teoría y otra muy distinta la práctica. Después de aquello no volvieron a dirigirse la palabra, y Kámenev vino a buscarme para decirme: «¿Pero qué le pasa a Vladimir Ilich? ¿A estas alturas va a descubrir la puta realidad?». No quise replicarle, pues bastante teníamos así. Después se produjo la llegada triunfal. Cuando se asomó a la puerta del vagón y vio a la gente aclamándole enfervorecida, pude adivinar lo que pasaba por su mente. Ahora nada ni nadie podrían detenerlo.

Allí terminaba el dictado de Rádek. Paul subió al estudio para agradecer la confianza de Karl, prometiéndole que aquella información no aparecería en el *New York Herald* y que la reservaría para el libro. No tenía prisa. Lo importante era hacerse con aquellos testimonios de carácter histórico.

Un rato más tarde llegó Fiódor pidiéndole que lo acompañase al Palacio Táuride. Traía un pase para él, ya que se trataba de una reunión del partido. Caminaron con dificultad, intentando sortear la gruesa capa de barro y las salpicaduras de los coches. Al final subieron a un tranvía repleto de gente que los dejaría en la puerta. Antes de poder entrar en el palacio tuvieron que eliminar el pegajoso barro de sus zapatos. Accedieron a la gran sala donde se había convocado la reunión, ya que en la mansión Kshesinskaya no hubieran cabido. Eran las doce cuando se cerraron las puertas. Allí se encontraban tanto bolcheviques como mencheviques, que se observaban con desconfianza, en un último intento para la posible unificación del partido. Presidía la sesión Nikolai Chjeídze, que tras unas breves frases de bienvenida cedió de inmediato la palabra a Lenin. Este subió a la tribuna con semblante serio. En la sala se podía escuchar el vuelo de una mosca.

—¡Camaradas! ¡Obreros, soldados, campesinos! ¡Proletarios! Vosotros queréis salir de dudas. Lo intentaré, aunque todos las tenemos. Os expondré en diez tesis mi programa. ¡No son los mandamientos de la ley de Dios, os lo aseguro! —Lenin había visto la viñeta satírica del *Diario de Petrogrado* en la que se le veía como a Moisés, con las tablas abiertas, conduciendo a un rebaño de ovejas—. Os agradezco la confianza que me otorgáis viniendo hasta aquí para escucharme.

Lenin desgranó sus tesis con su brillante retórica. Habló de la guerra imperialista, de que el gobierno provisional, que aseguraba mantener la defensa de la patria al proseguir la guerra, en realidad traicionaba a la revolución. Añadió que era el momento de dar el poder al proletariado, y que no se debería apoyar ni un instante más al gobierno provisional. Insistió en que el partido debía trabajar en aclarar sus propuestas, ya que las masas estaban cayendo en el engaño de la burguesía y los oportunistas. Era preciso crear una república de los soviets y abolir la república parlamentaria. Había que confiscar las tierras, nacionalizarlas, crear el soviet de los campesinos para que las explotasen. Los bancos debían expropiarse y unirse en un solo banco nacional controlado por el soviet. Enumeró las tareas más urgentes y terminó proponiendo la creación de una Tercera Internacional para los partidos marxistas que no deseaban hacerles el juego a los oportunistas.

Cuando Lenin tocó el tema de la guerra, y sobre todo su negativa a apoyar el gobierno provisional, algunos de los presentes, los mencheviques más alterados, silbaron o abuchearon sus palabras. En aquellos momentos se podía notar la enorme tensión en la sala, pues cada vez parecían más numerosos los que demostraban su oposición al líder bolchevique, y se oían preguntas irónicas sobre lo que a muchos les parecía una inesperada postura.

—¡Pero bueno, Vladimir Ilich! ¿Para esto has vuelto? ¡Pues por nosotros ya puedes volver a Suiza en el tren de esta misma noche! ¿Es qué te has vendido a los alemanes? ¡A fin de cuentas, los boches te han enviado hasta aquí! ¡Llévate tus tesis y léeselas a las vacas suizas!

Lenin, que estaba en lo suyo, no parecía escuchar estos y otros exabruptos de similar tono. Seguía hablando con precisión, diciendo a todos los presentes lo que llevaba reflexionando durante las últimas semanas y, como decían los diarios satíricamente, exponiendo sus tesis como un nuevo Moisés que quisiera conducir a su tribu hacia la verdad y la libertad.

Paul pudo darse cuenta de que ni Chjeídze ni otros líderes del soviet estaban de acuerdo con él, aunque ninguno de ellos se hubiera atrevido a detener su apasionada y al tiempo racional reflexión en aquellos instantes. Notó cómo Fiódor Yegórovich asentía, al igual que la mayoría de los considerados bolcheviques. Pudo ver algo más lejos a Irina Pávlova, ensimismada, arrebatada ante la poderosa presencia de aquel líder carismático, amiga personal del menchevique Trotsky, que se había manifestado últimamente a favor de Lenin. Paul sabía mejor que nadie que tras la imagen dulce y femenina de Irina se escondía una férrea personalidad y que la política lo era todo para ella.

Se dio cuenta de que Fiódor notaba cómo él observaba a Irina, pero no le hizo ningún comentario y siguió las palabras de Lenin, que proseguía su intervención proponiendo un congreso del partido y asegurando que era preciso cambiar su nombre de socialdemócrata a comunista. Terminó diciendo que había que cambiar una camisa sucia por una limpia, y que no era adecuada la unificación con los defensistas, pues eso sería una traición al socialismo. Mientras abandonaban la sala, pudo escuchar a algunos líderes mencheviques despotricar duramente contra Lenin y sus tesis. No era aquel discurso el que habían aguardado tanto tiempo. No era el líder que necesitaban. Algunos se llevaban el índice a la sien girándolo, como si Lenin se hubiera vuelto loco.

Fiódor, junto al resto de los bolcheviques, se mostraba muy disgustado con la reacción de los mencheviques.

—¡Esos tipos no han entendido nada! Lenin ha marcado el camino claramente y estos idiotas pretenden volver atrás. Con el gobierno provisional no vamos a ninguna parte, es solo un intento de los zaristas de mantener el sistema.

Luego se calmó y entraron en una taberna que también servía bebidas calientes. Solo podían ofrecerles té sin azúcar. Aceptaron y el camarero trajo un pequeño samovar y dos vasos de vidrio. Un té amargo, mezclado con otras hierbas, aunque al menos estaba caliente. En aquel momento entraron Irina y Kámenev. La saludó con una inclinación de cabeza mientras ella besaba en la mejilla a Fiódor y tomaba asiento. Casi de inmediato, Kámenev murmuró que tenía cosas que hacer y se marchó. Irina parecía obnubilada por lo sucedido.

—¡A estos cabrones de mencheviques habría que fusilarlos! ¡Desgraciados! ¡Aunque Lenin podrá con todos ellos! Un imbécil a mi lado comentaba que ya no era más que una vieja gloria. Al menos los del gobierno provisional mantienen sus posturas con cierta dignidad, ¡pero estos mencheviques y sus secuaces!… ¡No son más que unos oportunistas y unos vendidos! ¡Hay que limpiar el partido!

En aquel momento entraron unos que parecían conocerla y la saludaron con la mano. Irina se levantó y se fue con ellos sin despedirse. Fiódor intentó disculparla.

—¡Irina es como es! Ya sabes, el partido está por encima de todo.

Paul asintió sonriendo a su amigo. Lo sabía muy bien. Por delante de todo. Se despidió de Fiódor sin decirle que había quedado para comer con el embajador americano. Francis lo había llamado aquella mañana por teléfono para decirle que deseaba presentarle a alguien. Quedaron en el piso

restaurante, el lugar más discreto para reunirse. No deseaba tener otra reunión con el embajador en su casa, ya que sabía que lo estaban vigilando.

Cuando llegó, ya estaba allí con un desconocido. Ambos se incorporaron al verlo entrar. El embajador le presentó a un hombre corpulento, con gafas doradas y un gran bigote, también norteamericano, William Boyce Thompson[175], diciéndole que se trataba del nuevo encargado de la misión de la Cruz Roja Americana en Rusia. Thompson se identificó como coronel del ejército. Cuando le preguntó si era médico, Thompson negó con la cabeza entre sonrisas. Les explicó que esperaba poder traer la misión de la Cruz Roja después del verano. Se compondría de médicos, cirujanos, enfermeras y auxiliares, así como de ambulancias, quirófanos ambulantes y las medicinas necesarias. El embajador intervino para mencionar que la financiación de todo ello iría a cargo de la firma J. P. Morgan, y que llevaban recaudado un buen montón de dinero. ¡Dos millones de dólares! Ambos se intercambiaron una mirada de complicidad.

Después hablaron de la llegada de Lenin. Tanto el embajador como Thompson comentaron que se trataba de algo muy positivo para Rusia, y se mostraron muy interesados cuando les comentó lo que acababa de presenciar aquella misma mañana en el palacio Táuride.

—Tendrían que haberle escuchado cuando expuso sus famosas tesis de las que ya habla todo el mundo. Aunque los mencheviques mostraron su total desacuerdo, Lenin no parece necesitarlos para nada.

El embajador asintió.

—Sí. Yo creo lo mismo. ¿Y usted, William?

William Boyce Thompson afirmó que coincidía con dicha opinión, aunque añadió que no poseía aún información suficiente como para poder analizar la situación.

—Sin embargo, por lo que me dijeron en Washington, creo que Lenin es caballo ganador —subrayó el embajador.

Paul sonrió al escuchar una expresión tan norteamericana para definir el éxito, y se fijó en la mirada de reproche de su invitado Thompson, que era director del Banco de la Reserva Federal en Nueva York entre otras muchas cosas. Debió tratarse de un lapsus del embajador, ya que de inmediato cambió de tema. Estaban tanteando a Paul para saber hasta qué punto podrían confiar en él, a pesar de que en los archivos de la embajada figuraría cuándo y cómo comenzó a colaborar con el gobierno de los Estados Unidos. Le sorprendía que un banquero tan vinculado al gobierno fuese el encargado de la misión supuestamente altruista de una agencia neutral como la Cruz Roja.

Solo al final, el embajador Francis hizo un comentario aclaratorio:

—Le he explicado a Thompson sus buenas relaciones con Kérensky y el hecho de que usted conoce a Lenin… incluso a Trotsky. Usted ha tenido la habilidad de mantenerse al margen de los conflictos políticos y estar a bien con las distintas ideas.

—No, embajador, ellos me ven como a alguien que no significa ninguna amenaza para sus intereses. La opinión de un periodista siempre puede ayudarles o perjudicarles. Es cierto, suelo comer con Kérensky en este mismo restaurante una o dos veces al mes. Es un hombre culto y agradable y mantenemos una buena relación. Con Lenin es diferente, ya que solo he tenido dos largas charlas con él. Una vez en Copenhague, durante el congreso de la Segunda Internacional, y la otra en su casa de Ginebra y en presencia de nuestras respectivas esposas. En ese caso, más que una buena relación lo que existe es una gran admiración por mi parte, ya que con independencia de sus ideas políticas, que les aseguro que por el momento no comparto, ese hombre posee una mente privilegiada. Aunque es cierto que sabe quién soy, y que me dijo que siempre tendría la puerta abierta para mí. En cuanto a Trotsky, la verdad es que solo estuvo una noche en mi casa, aunque mi antigua compañera Irina Pávlova mantiene una relación de amistad personal con él desde hace años. Trotsky es todo un personaje, y al igual que Lenin posee una capacidad intelectual extraordinaria, aunque es bastante más apasionado. Me cae bien. No hay nada de particular, solo que el sentido de la amistad para los rusos es más profundo que para nosotros. Nunca olvidan a un amigo, pero tampoco una afrenta.

—¡Lo ve, Thompson, este es nuestro hombre! Paul Alexander, si yo fuera el presidente de los Estados Unidos, le nombraría a usted embajador aquí. Se lo estoy diciendo muy en serio, entre otras cosas porque quisiera volver a Washington —el embajador bajó el tono de voz—. Oiga, Alexander, ¿podría usted presentar a nuestro amigo Kérensky al coronel Thompson? Yo no debo hacerlo, mi posición diplomática me obliga a permanecer neutral. Para nosotros el gobierno oficial sigue siendo hoy el anterior a la revolución, y no queremos que parezca una iniciativa oficial. El coronel Thompson vuelve a los Estados Unidos en un par de semanas. Se trata solo de que se conozcan, solo eso. ¿De acuerdo?

No podía negarse. A fin de cuentas no había nada malo en que el representante de la comisión de la Cruz Roja Americana conociera a uno de los ministros del gobierno provisional.

—De acuerdo. Quedaré con él y creo que no tendrá ningún inconveniente. Kérensky siempre me dice de broma que probablemente tendrá que terminar retirándose en los Estados Unidos. El embajador Page le preparó incluso un visado. Es un hombre proamericano y demócrata con un cargo complejo y en medio de una revolución que nadie sabe cómo acabará.

—¡Bien! Se lo agradezco, Alexander. Si es tan amable, cuando lo sepa me llama a la embajada; y ahora vámonos, que tengo muchas cosas pendientes. Ha sido un verdadero placer.

Mientras volvía al piso paseando a pesar de la fría tarde, reflexionó sobre las posiciones que estaba tomando el gobierno de su país. No era el representante de la Cruz Roja quien quería conocer al ministro de Justicia del gobierno provisional, sino el director del Banco de la Reserva Federal en Nueva York. Wall Street pretendía pulsar el tema muy de cerca.

Intentó varias veces hablar con Kérensky pero no logró comunicar con él. Dejó su nombre y recibió una llamada al día siguiente. Una secretaria tomó nota y le dijo que el ministro le llamaría aquella misma mañana. Dos horas más tarde volvió a sonar el teléfono. Era el propio Kérensky. Quedaron para el siguiente viernes en el mismo restaurante.

Llamó al embajador Francis. No terminaba de gustarle eso de estar mediando entre el gobierno provisional y un representante de Wall Street. Era evidente que lo de la Cruz Roja era una pantalla, y pensó que tenía que andarse con cuidado. A pesar de la situación, en Petrogrado las cosas terminaban por saberse, aunque no funcionara la Ojrana, al menos oficialmente. Según algunos, en aquellos momentos la antigua policía, o lo que quedaba de ella, trabajaba para el gobierno provisional, lo cual tenía cierta lógica. No deseaba tener problemas. Siempre había mantenido una imagen de objetividad que no quería perder.

El viernes, media hora antes de la cita, recogió al coronel William Boyce Thompson en el Hotel Astoria, el que seguía funcionando mejor en Petrogrado con diferencia. Aquel lugar seguía como si no ocurriera nada. Quería presentarle personalmente al ministro Kérensky. Thompson estaba aguardándole en el vestíbulo. Se dieron la mano y luego caminaron como viejos amigos, hablando de trivialidades hasta el cercano restaurante, apenas a diez minutos. Kérensky aún no había llegado y lo esperaron en un saloncito aparte. Thompson hacía comentarios sobre el tiempo. Cuando llegó Kérensky, los presentó y se disculpó. Intentaron convencerle para que se quedara, aunque sin demasiada insistencia. Se despidió con una sonrisa algo forzada, sabiendo que era mejor no implicarse más de lo que ya estaba. ¿Tendrían las

grandes corporaciones financieras más información de lo que parecía? La embajada de los Estados Unidos en Petrogrado poseía una extensa red de informadores y, por lo que sabía, estaba muy al tanto de lo que cada partido intentaba llevar a cabo. Al menos eso era lo que se comentaba. Se decía con sorna que cuando el gobierno provisional iba a hacer un movimiento, primero pedía permiso al embajador americano. Era una prueba más del desgaste político impulsado por los bolcheviques.

De camino hacia la Perspectiva Nevski, se encontró de frente con Irina Pávlova. Dudó un instante, pero aquella vez fue ella la que se acercó para saludarle, sonriéndole, lo que lo puso en guardia. Se dirigió a él como si se estuvieran viendo todos los días. No terminaba de sorprenderse de la flexible idiosincrasia de los rusos, pero sí de cómo funcionaba la mente de aquella hermosa mujer, por la que no podía evitar sentir cierta nostalgia. Le sugirió tomar un té en un local cercano y él aceptó. Quería saber lo que estaba pasando. Por otra parte, desde su separación nunca había tenido la ocasión de hablar con ella a solas sobre lo sucedido.

Se sentaron en una de esas pequeñas teterías que estaban abriendo algunos para ganar unos rublos, pequeños kioscos improvisados de madera pintada en los que solo servían té, solo o con leche, pastas caseras de mantequilla y, por supuesto, vodka casero. Un loable intento de ir volviendo a la normalidad poco a poco.

Irina comentó la situación con una cierta indignación:

—Mucha lucha de clases… pero ¿cómo puede costar un té y dos pastas cincuenta copecs? Estar sentados aquí un rato, un rublo. ¡Un rublo, un verdadero robo! —lo comentaba como algo inevitable por el momento—. Cuando lleguemos al poder, impediremos estos abusos. Bueno, Paul, te veo muy bien. Yo no lo estoy tanto. Verás, quiero que sepas que Fiódor y yo hemos terminado. Se acabó. Sigo pensando que es un buen periodista, pero hasta aquí hemos llegado. La relación ya no daba para más.

Permaneció en silencio pues prefería dejarla hablar, no interferir en algo que le era ajeno, por el momento. Irina continuó su explicación:

—Sí, ha sido por la política. ¡Maldita política! Sabes bien que Fiódor también mantiene cierta relación con Trotsky, del que es amigo desde hace tiempo. Hasta se cartean. Bien, pues hace unos días recibió un cable de Nueva York advirtiéndole de que Trotsky está de camino hacía aquí. Estos últimos días, Fiódor ha estado hablando mucho con Kámenev, y por algún motivo

creo que ha perdido su fe en Lenin. Conoces mi punto de vista. Me considero bolchevique, pero sobre todo soy leninista a pesar de mi antigua amistad con Trotsky. Pero no temas, no quiero cansarte de nuevo con mis problemas políticos. La cuestión es que ayer por la noche nos dijimos cosas muy duras y, como sabes mejor que nadie, al final lo que importan son las palabras. Mi relación sentimental con Fiódor Yegórovich ha acabado para siempre. Solo quería que supieras mi versión. Nada más.

Mientras ella hablaba, Paul no podía dejar de pensar en lo bella que era, en la apasionada relación que habían mantenido, en que las cosas tal vez podrían haber sido de otra manera.

—Mira Irina —pensó que debía medir bien sus palabras—, no sé si decirte que lo siento. En cualquier caso agradezco esta muestra de confianza. Creía que los rusos eran menos apasionados, pero la realidad me ha mostrado algo muy diferente. ¡Parecéis hispanos, como esos portorriqueños de Nueva York! ¡Es solo una broma! Lo siento. A pesar de esta difícil situación, sigo creyendo que Fiódor Yegórovich es una excelente persona, y que tú eres una mujer maravillosa… cuando no estás absorbida por la política. ¿Quieres que hable con él?

Irina negó con la cabeza.

—¡No! ¡Jamás volveré con él! No ha sido solo por esto, hay otras cosas. Mira, quiero que te quede algo muy claro. No he venido a buscarte, nos hemos encontrado por casualidad, aunque me alegro de esta circunstancia. En cualquier caso, para ser totalmente sincera, pensaba ir luego a tu casa y contártelo. Ahora debo irme.

Irina se levantó y él la imitó. Se miraron un instante e Irina añadió:

—No sé si es el momento apropiado para decirte que a veces te echo de menos.

Lo besó en la mejilla y se alejó corriendo hasta mezclarse con la gente que iba y venía por la avenida.

Volvió a sentarse. La tarde estaba cayendo con rapidez. Pensó que Fiódor y Karl eran ahora mismo sus dos mejores amigos, y no solo en Rusia. Ambos eran personas con calidad humana, generosas, profundas. En aquel caso, Irina se encontraba en medio. Suspiró. Notaba que dentro de él seguía encendido el rescoldo que había intentado apagar. En aquellos momentos, la fría brisa procedente del Báltico parecía querer avivarlo. Pero no deseaba tener problemas con ninguno. Debía intentar permanecer al margen y mantener la máxima objetividad.

Luego caminó por la Perspectiva Nevski. Muchos de sus antiguos comercios estaban cerrados y sus puertas atrancadas. Dadas las circunstancias solo se encendía una de cada tres farolas de gas. Aquella hermosa ciudad había conocido mejores épocas, aunque seguía siendo impresionante.

Durante los días siguientes, Lenin demostró que era un líder nato y que podía conducir al partido bolchevique hacia sus tesis. Era cierto que el Soviet se había desmarcado, que incluso lo atacaban en la prensa y en los mítines, pero Lenin tenía las ideas muy claras y, contra viento y marea, sin mostrar fatiga alguna, no dejaba de explicarlas allá donde tuviera oportunidad.

Mientras, Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, conocido como Stalin, recién llegado desde Siberia pero que ya dominaba el *Pravda*, escribió una serie de artículos que pretendían mantener la cohesión ideológica del partido bolchevique frente al resto, aunque sus propios correligionarios hablaban en privado de la falta de consistencia de sus escritos, y más comparándolo con Lenin, al que pretendía imitar sin conseguirlo. Fiódor no compartía las ideas de Stalin, ni tampoco Irina. Al menos en aquello coincidían. Kámenev, en cambio, daba la impresión de ir por libre. Su artículo *Bala por bala* apoyaba claramente el criterio del gobierno provisional de que era preciso mantener la guerra, lo que no solo disgustó a Lenin sino también al resto del comité ejecutivo, que no entendía las salidas de tono de uno de sus más cercanos colaboradores desde siempre.

Fiódor fue a verlo a mediados de abril, pero no le hizo ningún comentario sobre Irina, y él tampoco sacó el tema a relucir. Pensó que su amigo tendría la esperanza de recuperarla, y además estaban sucediendo tantas cosas que no había tiempo material para distraerse. Comentaron lo que estaba sucediendo. Con la llegada de la primavera, los campesinos decidieron tomar posiciones. Debían plantar la cosecha, pero para ello era preciso saber lo que iba a suceder con el campo. Kérensky recibió a una representación de las organizaciones campesinas y les explicó que el gobierno provisional decretaría leyes para distribuir las tierras entre los campesinos. El ministro aprovechó la reunión para advertirles de que, a diferencia de lo que pensaba llevar a cabo el gobierno provisional, los bolcheviques tenían la idea de nacionalizarlas, y que si eso era así, jamás serían propietarios de las tierras sino simples arrendados. Aquel comentario suscitó la indignación de las

organizaciones contra los bolcheviques. Por otro lado, Shingariov se oponía a Kérensky. Los leninistas agitaban a los campesinos diciéndoles que labraran los campos como si fueran suyos mientras se aprobaban los decretos, y que las propuestas del gobierno provisional no eran más que argucias, en espera de que se aplacara la revolución, para devolver las tierras a sus antiguos propietarios.

Entre tanto, Guchkov, el ministro de la Guerra, mantenía que la revolución debía servir para ganarla, y que las ideas pacifistas de los bolcheviques conducirían al desastre. El verdadero problema, según él, eran los comisarios políticos que el partido bolchevique había infiltrado en el ejército, y que en realidad eran los que mandaban ya que no existía disciplina ni un mínimo respeto a la jerarquía. Era sin duda una pugna a muerte entre liberales y conservadores moderados, de una parte, y socialistas revolucionarios de otra. De estos últimos, los bolcheviques mantenían que el soviet debía hacerse inmediatamente con el poder, lo que mantenía una gran tensión en el ambiente. Paradójicamente, el gobierno provisional daba la impresión de gobernar solo en Petrogrado mientras que el soviet, como institución, se extendía por toda Rusia. La autoridad del gobierno provisional sobre los «zemstvos», o gobiernos locales de las áreas rurales, era nula.

A últimos de abril, Paul recibió un telegrama desde Nueva York. Sin más preámbulos, Amalia le pedía el divorcio. En un primer momento llegó a pensar que una vez que ella había obtenido la residencia oficialmente en los Estados Unidos, y dado que se habían casado para que ella pudiera obtener el visado y escapar de Rusia, aquello tenía su lógica. Eran casi unos extraños entre sí, pues apenas se conocían. Por otra parte, la larga separación les había impedido mantener una relación normal. Amalia habría pensado que él tampoco parecía muy interesado en mantener el matrimonio, y que se había casado solo para ayudarla. El divorcio llevaría consigo una compensación económica para la parte más débil, es decir para él, con lo que quedaría saldada la deuda moral de ella. Por supuesto, no estaba dispuesto a recibir un centavo. Si en su día quiso ayudarla fue por voluntad propia y no por interés.

En una de sus frecuentes comidas, habló de ello con Kérensky y este le dio su opinión profesional. Siguiendo sus consejos, fue a un conocido notario de la ciudad y realizó una manifestación en la que daba por sabida la petición de divorcio, que aceptaba sin compensación alguna. Prefería dejar clara su posición desde el primer momento. Luego llevó una copia en sobre cerrado a

la embajada, donde solicitó que, dadas las circunstancias, se enviara aquella documentación por valija diplomática, un derecho que tenía por su *status* diplomático. El embajador no se hallaba en el edificio, por lo que no pudo hablar con él. Al abandonar la embajada respiró profundamente. Hacía tiempo que no se sentía tan libre, sin ninguna atadura. Probablemente en otros momentos hubieran podido mantener un largo y feliz matrimonio de conveniencia, como tantos otros. A pesar de todo, seguía sintiendo un profundo cariño por Amalia Teliéguina, pero no creía que aquel sentimiento pudiera llamarse amor. Tampoco sabía lo que iba a ser de su futuro, y pensó que aquella era la solución más pragmática. Si ella no se lo hubiera pedido, tal vez él no se habría atrevido a solicitar el divorcio. Después de todo volvía a la libertad, aunque aún debía aguardar la resolución oficial.

XX
Todo el poder para los bolcheviques

A primeros de mayo Miliukov, primer ministro del gobierno provisional, redactó una nota oficial acerca de la posición de su gobierno y de Rusia en relación con la guerra. En ella expresaba que el país debía cumplir sus compromisos con los aliados. El texto decía entre otras cosas:

> *Estamos ligados a nuestros aliados. Generalmente se nos considera como una fuerza útil o inútil para lograr determinados fines. En cuanto mostremos debilidad, la actitud hacia nosotros empeorará. Por ese motivo, renunciar a las anexiones es peligroso. Necesitamos vuestra confianza, otorgádnosla; solo entonces habrá entusiasmo en el ejército y emprenderemos una ofensiva en interés de la unidad del frente. Entonces presionaremos a los alemanes y los distraeremos de los franceses y de los ingleses. Así lo exigen nuestros compromisos con los aliados*.

Lejos estaba Miliukov de pensar que aquella escueta y, según él, patriótica nota iba a generar una profunda crisis apenas unos minutos más tarde, cuando Kámenev, que se hallaba presente, rebatió todos sus puntos. Stalin gritó: «¡En ese caso, tomad el poder!».

Aunque Paul no pudo asistir, Fiódor Yegórovich sí estuvo presente. Había quedado para verse más tarde con Karl y los tres se reunieron en el estudio de este. Fiódor estaba tenso.

—¡Me temo que nos encontramos a las puertas de la guerra civil! —exclamó Fiódor—. Ese gobierno provisional actúa como si el zar siguiese en el poder. Por el otro lado, el comité ejecutivo del soviet de Petrogrado ha aprobado una protesta contra el gobierno. No sé cómo podrá pararse todo esto. ¡Y mientras, tu amigo Kérensky aguardando en la sombra su oportunidad!

Paul negó con la cabeza.

—¡Estás viendo fantasmas, Fiódor! ¿Qué habría que hacer, abandonar las trincheras, dejar que los alemanes consoliden todo lo que han invadido? Sabes bien que no es posible. ¡Los bolcheviques están jugando a ser la oposición!

Karl intervino para aplacar los ánimos:

—¡Bueno, dejad que se tiren los trastos a la cabeza! ¿No os parece?

—Sí —Fiódor asintió—. Nos encontramos en una situación crítica. Ese Kornilov no es el general que ahora necesitamos. Me voy. Solo quería que supierais como están las cosas.

Karl y Paul continuaron la conversación. Las cosas se estaban complicando por días. No se trataba solo de un problema de subsistencia, sino de que la propia administración se desmoronaba. No funcionaba prácticamente ningún organismo oficial. El ejército, al menos en Petrogrado, se había transformado en bandas sueltas por las calles, o se manifestaban impulsadas por los comisarios políticos. La crisis se profundizaba sin poder detenerse. Miliukov mantenía que la causa de la crisis era el movimiento revolucionario y que, por un simple silogismo, la solución era controlar la revolución y continuar la guerra. Kámenev insistía en la tesis contraria.

Las circunstancias los mantenían atados a su situación, simplemente no tenían libertad. Incluso viajar a cualquier otra ciudad se convertía en algo casi imposible. El viaje más seguro era por tren a Moscú ya que el trayecto se encontraba muy vigilado por la cantidad de misiones oficiales que tenían que ir de una ciudad a otra. Karl le dijo que estaba pensando en acompañar a Ludmilla a Borok. Cuando Paul le contó que en muchos lugares los campesinos se encontraban en franca rebelión, con las armas en la mano, prendiendo fuego a las mansiones de los terratenientes, Karl le dijo que eso era exactamente lo que quería: fotografiar la revuelta desde el lugar más cercano a los sucesos. Imaginaba los rostros de los campesinos en rebelión iluminados por las llamaradas de los incendios, empuñando sus horcas y sus guadañas. «¡Ahora no busco la tranquilidad campestre sino el verdadero rostro de la revolución!», le dijo. Aquel hombre tomó la decisión sin arredrarse por su cojera, imaginando las buenas placas que podría conseguir de la situación antes de que acabara. ¿Pero terminaría alguna vez o se extendería desde Petrogrado al resto del mundo? No era capaz de imaginar una Nueva York revolucionaria. Allí la gente solo se volvía loca por un puñado de dólares y lo demás no importaba. El mismo Trotsky se encontraba de vuelta, harto de escribir artículos en *Novy Mir*, el periódico socialista en ruso de Nueva York, probablemente muy parecidos a los que antes había escrito tiempo atrás para el *Nashe Slovo* de París. Aquellas dos ciudades serían muy distintas, pero el socialismo era igual en todas partes. El embajador Francis le comentó que el presidente Woodrow Wilson había proporcionado un pasaporte USA a Lev Trotsky, de profesión periodista. La duda era si lo había hecho para librarse de él o, como le echaban en cara una

parte de su propio partido, para favorecer la expansión del socialismo trotskista. En la redacción del *New York Herald* se comentaba que Wilson temía a los socialistas, pero que odiaba a los anarquistas.

Mientras, los bolcheviques calentaban el ambiente como podían. La nota de Miliukov sobre la guerra daba para mucho. Eso ocasionó revueltas, disparos por las calles, enardecidos discursos en cualquier esquina. Intentaban montar una campaña en la que todo el pueblo de Petrogrado se manifestara contra el gobierno provisional. Aun así, la acción de piquetes mencheviques y eseristas, enviados por el Ispolkom, neutralizaban algo la acción bolchevique. El general Kornilov[176] quería imponer el orden a la fuerza, al estilo zarista, pero el Ispolkom pudo convencerlo de que era mejor dialogar que disparar.

Fue Miliukov a quién se le ocurrió organizar un desfile de los inválidos por causa de la guerra. Una visión dantesca de miles de hombres que mostraban lo que la guerra les había hecho y quería demostrar que no se podía hablar de paz sino de guerra. ¿O es que eran inútiles todos aquellos sacrificios? Karl se podía considerar un inválido ya que le faltaba parte de la pierna derecha, pero gracias a su prótesis apenas se le notaba. Sin embargo, allí desfilaron miles de hombres, muchos de ellos jóvenes, cegados totalmente a causa de la acción de los gases venenosos lanzados por los alemanes, conducidos a duras penas por lazarillos, otros muchos con las dos piernas amputadas, sentados en carritos construidos con cajones soportados por cojinetes de camión, tirados por otros minusválidos; otros sin brazos, o con los rostros horriblemente desfigurados. Incluso algunos con las caras tapadas, dejando solo unos pequeños agujeros para los ojos. Los espectadores permanecían en completo silencio, abrumados, espantados, sin saber qué hacer ni qué decir ante aquel desfile que mostraba la espantosa crueldad de la guerra.

Karl lo comentó en voz baja:

—Ese Miliukov se ha equivocado de estrategia. Todo esto recuerda los desastres de la guerra, como en los lienzos de Goya. Esta galería de horrores se volverá en su contra. Todas las madres de Petrogrado votarían esta misma tarde por la paz inmediata a costa de lo que fuera, y nunca más por la continuación de la guerra.

Al día siguiente, alguien prácticamente desconocido hasta aquel momento, el teniente Theodore Linde[177], consiguió sacar a la calle su regimiento, la Guardia de la Reserva Finlandesa. Tras ellos se fueron sumando otros regimientos. Los obreros abandonaron los talleres y las fábricas. Lloviznaba, era casi aguanieve, pero eso en Petrogrado no detenía a

nadie. Miles y miles de hombres airados que se rebelaban contra su destino de luchar en las trincheras llenas de fango, en una guerra que no deseaban tener contra otros muchachos como ellos, solo que alemanes o austríacos. El grito resonaba unánime en la noche por toda la ciudad, como la voz de la conciencia de los que nunca antes se habían atrevido a levantar la voz contra sus amos. De una esquina a otra de Petrogrado, desde Viborg a los muelles del Neva. Repitiendo incansablemente: «¡Todo el poder para los soviets! ¡Todo el poder para los soviets!». En la esquina del teatro Mariinski se encontraron con otra manifestación probolchevique que gritaba: «¡Viva Lenin!». Más allá, otra de menor tamaño lanzando consignas a favor del gobierno provisional. Faltó muy poco para retornar a los días más duros de febrero.

Al día siguiente, 25 de mayo, Paul se acercó a la mansión Kshesinskaya, sede del partido bolchevique. No había podido hablar con Lenin desde su visita en Ginebra y quería intentar cambiar impresiones con él. Era una preciosa mañana, el primer día soleado del año, y fue caminando hasta allí. Frente a él pasó una bandada de cisnes en vuelo rasante sobre el Neva, y al fondo se divisaban las fachadas clásicas de los edificios, como un mágico decorado reflejado en el río. Faltaban pocas semanas para el comienzo del verano y confiaba que el buen tiempo ayudara a cambiar la situación. A pesar de la apariencia, en la lejanía se escucharon los truenos de una tormenta que se acercaba.

Cuando cruzó la puerta se sorprendió de que nadie le preguntara adónde iba. Simplemente entró. Preguntó a un secretario sentado en el gran vestíbulo dónde podía encontrar a Vladimir Ilich Ulianov. El hombre le señaló una puesta entreabierta. Se dirigió a ella pero, cuando se disponía a entrar, una mujer salió. Era Anna Andréyevna Ajmátova.

—¡Anna! ¿Tú aquí? ¡Qué agradable sorpresa!

—¡Paul Alexander, qué alegría verte! He venido a ver a Vladimir Ilich Ulianov. Imagino que lo mismo que tú. Un día de estos te espero en casa. Si vienes te invitaré a un té con tarta de chocolate —Anna le besó en la mejilla —. ¡Adiós!

Tocó con los nudillos la puerta entreabierta. Respondió la profunda voz de Lenin.

—¡Adelante!

Entró en un amplio despacho. Unas ventanas al sur dejaban entrar los rayos de sol. El suelo de madera comenzaba a cubrirse de montones de libros y carpetas. Aquel hombre siempre necesitaba un ordenado desorden a su alrededor. Estaba inclinado sobre la mesa escribiendo. Cuando se acercó levantó el rostro.

—¡Ah! ¡Usted, Alexander! ¿Qué tal? La última vez hablamos en mi casa en Ginebra. ¡Ya estamos aquí! ¿Ha visto qué día más hermoso hace?

Se dirigió hacia él y se estrecharon la mano con afabilidad.

—¡Vladimir Ilich, al final lo consiguió! —Lenin lo observaba con simpatía—. ¡Me alegro!

—Sí. Ya habrá oído la historia. Al final los alemanes nos dejaron pasar, creyeron que les convenía. ¿Recuerda ese dicho? Dios escribe derecho con renglones torcidos. ¿De qué se ríe?

—¡Es que me hace gracia oírle hablar de Dios! ¿No es usted ateo?

Lenin volvió a tomar asiento.

—Sí. Dios es para mí el azar, el destino, lo inexorable,…incluso las circunstancias. Todo lo que el hombre no puede llegar a controlar. ¿No cree?

—Sí. Coincido bastante con usted, tengo una forma de verlo muy parecida. Se preguntará que para qué estoy aquí. He venido para hacerle una sola pregunta.

—Dígame.

—Vladimir Ilich. ¿Qué va a suceder ahora?

Lenin extendió ambos brazos con las palmas hacia arriba.

—Yo estoy haciendo lo que puedo, en estos días intento explicar mis tesis. Lo que llamo la línea proletaria. La vía correcta para terminar de una vez con esta estúpida guerra. Tenemos un gobierno provisional que pretende que todo esto no es más que una pesadilla que terminará pronto, y que todo volverá a ser como antes. Ya nada volverá a ser como antes. ¡Nunca! Si Kérensky cree que llegará el día en que pueda reponer al zar en su trono… ¡está muy equivocado! Él lo debe ver en su fantasía, con la misma parafernalia. Trompetas, banderas, estandartes, la guardia imperial formada, medallas, homenajes. Poder contarlo después como un momento crítico, asegurando que gracias a él y a otros pequeños burgueses, la revolución no fue más que una pesadilla que llegará a olvidarse. ¿Pues sabe una cosa? ¡No vamos a permitírselo! Y para eso tenemos que trabajar de una manera organizada. Ir de grupo en grupo, de fábrica en fábrica, de regimiento en regimiento. ¡Tenemos que organizar, organizar y organizar! ¡No hay otra vía! Lo primero es acabar con esta guerra. Y no solo nosotros los rusos. Debemos

luchar por la paz universal, y para eso lo primero es que todo el poder del estado pase al Soviet de Diputados de Obreros, Soldados y Campesinos. Así podríamos transformar Rusia en una república democrática. Pero para conseguirlo es preciso cambiar la policía, la jerarquía del ejército, la burocracia. El poder debe pertenecer a los soviets, no a la burocracia. Ahora nuestros principales enemigos son los en apariencia más cercanos, mencheviques y *narodnikis*. En eso estamos.

En aquel preciso momento, las nubes cubrieron el sol que llevaba brillando toda la mañana, y el soleado despacho de Lenin se oscureció, mientras se escuchaba un fortísimo trueno sobre Petrogrado. Lenin sonreía:

—Usted se ha cruzado con Anna Andréyevna Ajmátova —continuó—. Una excelente poetisa. ¿Sabe lo que me ha recitado hace unos minutos? «Cuando escuches el trueno me recordarás y tal vez pienses que amaba la tormenta…». ¿Sabe? Hay gente que cree que yo atraigo las tormentas. ¡Esta revolución es fruto de las circunstancias! De una infame… ¡No es fácil! Nuestro pueblo tiene muchas virtudes. Es capaz, valiente, decidido. Es sensible y amante de su tierra. Es inteligente y humano. ¡Pero es imposible de organizar!

Antes de irse, Lenin le firmó un pase para poder acudir a los congresos del partido como observador.

—¡Venga un día a casa! ¿Está su esposa en Petrogrado? A Nadezhda Krúpskaya le gustará volver a verles.

—No. Ahora no tengo esposa. Me he divorciado, pero iré con mucho gusto un día de estos.

Lenin asintió mientras le entregaba una tarjeta con la dirección de su casa.

—Mejor el mes que viene. Estamos intentando organizar una casa y es casi tan difícil como hacerlo con un país. Gracias por su visita, y no dude en llamarme si necesita verme.

Salió de allí convencido de que aquel hombre, el verdadero jefe de los bolcheviques, se encontraba bastante solo, en un difícil equilibrio dentro de su propio partido. A pesar de ello no dudaba de que podría llegar a convertirse en la más influyente personalidad de la izquierda revolucionaria en Rusia, aunque Kérensky no iba a ponérselo fácil. Reflexionó unos instantes sobre la intuición de Anna Andréyevna Ajmátova. De aquella singular mujer ya no le asombraba nada.

Unos días más tarde, las aguas que Miliukov había removido imprudentemente terminaron por transformarse en una tormenta que lo arrastró, ya que la célebre nota sobre la continuación de la guerra, la mención

a Constantinopla y a los Dardanelos, lo obligó a dimitir y, con él, el general Kornilov tuvo que abandonar el mando.

Fiódor Yegórovich le comentó que el gobierno provisional estaba agonizando. Cuando le preguntó si creía que el relevo sería el Soviet, Fiódor negó que ello pudiera suceder.

—¿A qué soviet te refieres? ¿Al de la derecha o al de la izquierda?

Se refería a si Sujánov, Stieklov, Tsereteli y los que los seguían se harían con el poder o si, por el contrario, serían los de Lenin los que triunfarían. Nadie se atrevía a apostar en aquellos momentos.

A primeros de mayo, Trotsky por fin llegó a Petrogrado y, aunque no le hicieron un recibimiento como a Lenin, todo el mundo lo supo de inmediato. Lev Davidovich Bronstein estaba de vuelta. En cuanto llegó, la misma tarde se incorporó al Soviet de Petrogrado y al Ispolkom. Desde su primera intervención mantuvo una diatriba con los bolcheviques, sobre todo con Stalin y Kámenev. Era evidente que no deseaba polemizar directamente con Lenin, al que respetaba, pero sus continuos ataques verbales a la figura de Stalin, que dirigía el *Pravda*, comenzaron a convertirse en la comidilla política de la ciudad. Nada estaba más claro que el odio que aquellos dos personajes se profesaban. *Pravda* mencionó en varios editoriales que Trotsky había recibido una importante cantidad de dinero de los americanos y que confraternizó con los alemanes durante su retención en Halifax. También habló largo y tendido sobre las muchas dudas que existían sobre su ya larga trayectoria revolucionaria.

Unos días más tarde supo a través de Fiódor Yegórovich que Trotsky mantuvo una larga conversación telefónica con Lenin, y que a partir de ese instante los ataques directos del *Pravda* contra él cesaron. Fiódor le explicó que Lenin había prohibido a Stalin que siguiera atacando a Trotsky, ya que probablemente necesitaría una alianza con él a corto plazo, y que los que se reunieron en la conferencia de Zimmerwald debían centrar su política en atacar a sus verdaderos enemigos. Le sentó muy mal a Stalin. «Son celos», sentenció Fiódor.

Ludmilla bajó a avisar a Paul de que Karl tenía visita y quería que subiera. La acompañó, y Karl le presentó a dos hombres que se levantaron cuando entró en el estudio. Se trataba de Mijaíl Chukov y de Aleksandr Mártov, ambos altos oficiales aunque vestían de paisano, y viejos amigos de Karl.

—El comandante Chukov pertenece al regimiento del zar. El comandante Mártov formaba parte de la seguridad interior de la casa del zar. Los conozco bien y han tenido la confianza de venir aquí, sabiendo la relación que nos une,

aunque los dos habían oído hablar de ti y de la reunión que mantuviste con el zar. Pero ellos te van a explicar la situación así que, comandante Chukov, le ruego que prosiga.

—Sí, por supuesto. Agradecemos su presencia, señor Alexander. Le diré que el zar tiene un gran concepto de usted. Estábamos comentando que la situación en la que se encuentra la familia imperial es denigrante. Cierto que siguen viviendo en el Palacio de Alejandro, en Tsárskoye Seló, pero en unas condiciones que deberían ser conocidas. Se han desmantelado todos los servicios de seguridad privada, de secretaría, de apoyo, de logística, incluso el servicio doméstico se ha reducido drásticamente. No es una situación de control y seguridad, como me informó hace un mes el ministro Kérensky, sino algo muy distinto. Podríamos llamarlo el inicio de una venganza que no sabemos hasta dónde podrá llegar. Sabemos que el comité del Soviet de Petrogrado ha forzado al gobierno provisional a llegar a esta situación, ya que el verdadero poder político lo ostentan ellos. Cada día es más evidente quién manda en Rusia. El gobierno provisional no ha sido capaz de gestionar el poder, que en estas últimas semanas se ha ido diluyendo entre sus manos. Pero a nosotros, a la gente que representamos, lo que ahora nos importa es el bienestar del zar y su familia, mientras la jauría aúlla y enseña los dientes para hacerse con el poder. Esta situación debe saberse en el mundo, y por ello nos satisface que usted pueda saberlo. Deben conocer que la guardia que custodia al zar no posee la capacidad, ni la formación, ni mucho menos la educación para ello. Ahora los que mandan en el ejército no somos los oficiales ni los mandos superiores, sino los comisarios políticos del Soviet, y hemos detectado con gran preocupación que los que comienzan a dominar los regimientos son los bolcheviques comunistas de Lenin. ¡Ya no existen disciplina ni moral en el ejército ruso!

Paul aguardó a que el comandante Chukov se desahogara.

—Siento mucho las circunstancias por las que están pasando el zar y su familia. ¿Debo entender que ustedes pretenden que se publique en los Estados Unidos? Con el debido respeto, para poder publicarlo yo debería contrastar la noticia. Se trata de una exigencia ética del *New York Herald*. Lo que no significa que tenga la menor duda de que lo que usted me ha contado es cierto, pero tengo el deber profesional de advertírselo. ¿Comprende?

El comandante Chukov asintió.

—Lo comprendo, ¡naturalmente! Y usted puede comprender que por mi honor de oficial yo no le estoy mintiendo. No sé cómo podríamos conseguir que usted visitara aquel lugar, aunque sin lugar a dudas sería muy interesante.

Al menos ya lo sabe. El problema es que tenemos un gobierno «provisional», sin capacidad ejecutiva. Esto es sin duda una revolución, pero contra los intereses de Rusia, y algunos lo pagarán muy caro. Si encontramos una posibilidad de que usted pueda visitar al zar, le avisaremos. Es importante que haya personas como usted en Petrogrado, testigos objetivos de la situación. Karl, le agradecemos esta reunión. Señor Alexander, gracias por escucharnos. Si Dios quiere nos veremos pronto.

Ambos oficiales saludaron chocando los tacones y se dirigieron a la puerta acompañados por Ludmilla.

—¿Tú crees que el zar se encuentra en una situación tan precaria? —Karl dudaba de lo que acababa de escuchar—. Por lo que nos han contado, es prácticamente un prisionero político. Me resulta difícil de creer.

—Yo estoy convencido de ello. El Soviet pretende juzgarlo y creo que si eso llegase a ocurrir, la sentencia sería la última pena. No sé lo que podría ocurrir en tal caso al resto de la familia, pero me temo lo peor ya que el soviet y sobre todo los bolcheviques pretenden conseguir un juicio de Estado, en el que la revolución del siglo XX demuestre que nadie se encuentra por encima de la ley. ¿Recuerdas a Platón? En *La república*, que tienes en tu biblioteca —Paul sacó el libro de la estantería—. Mira, en efecto, aquí está. Permíteme que te lo lea: *¿Y no tendría yo razón al advertir lo mismo en el juicio acerca de los hombres, exigiendo que juzgue sobre ellos aquel que pueda penetrar y ver con su mente en el carácter de ellos y no se deslumbre, mirando hacia afuera como un niño, por la superioridad que afectan los tiranos ante los extraños, sino distinga como debe?* Me acuerdo de este párrafo porque el profesor de filosofía se empeñó en que nos lo aprendiéramos de memoria.

Karl le devolvió la sonrisa.

—¡Claro que lo recuerdo! ¡Pero es que lo estoy hojeando estos días! ¡Jamás he aceptado la tiranía! ¡Sigue el párrafo hasta el final!

Paul continuó la lectura: *Y si yo pensara que todos debíamos oír a ese sujeto capaz de juzgar y que, por otra parte, ha vivido en la misma casa del tirano, ha estado a su lado en los casos de la vida doméstica, en sus relaciones con las personas de su propio hogar, en las que ha podido vérsele más desnudo de su indumento teatral, y también en los azares públicos, y si después que él ha visto todo esto, le requiriera yo a que nos comunicase cuál es el estado de dicha o infelicidad del tirano en relación con los demás?*

—¡Estarías muy en razón al pedir eso! —contestó Karl riendo a carcajadas—. ¡Podrías habérselo leído a los comandantes! ¡Hasta el final!: *La*

cuestión es que debo verlo pasar para poder juzgarlo, aunque estoy convencido de lo que nos ha costado.

Paul y Karl se abrazaron. Compartían una cultura similar y unas ideas muy cercanas. Ambos eran conscientes de que se trataba de una admiración mutua. Paul recordaba que una noche, cuando los dos habían bebido más vodka del habitual, Karl, sin poder evitarlo, murmuró: «¡Tendría que haberte seducido aquel día en la playa, cuando apenas nos conocíamos! ¡En ocasiones lo inesperado conduce al éxito!».

Dos días más tarde, Fiódor, que los mantenía informados, comentó que el Soviet había decidido entrar en un próximo gobierno de coalición.

—¡Lenin se ha frotado las manos al enterarse! ¡Ahora lo tiene mucho más fácil para acercarse al poder! —les dijo.

El 5 de mayo se hizo pública la lista del nuevo gobierno. Lenin comentó en privado que aquello iba a ser el empujón que necesitaban los bolcheviques. En cuanto a Trotsky, apenas recién llegado, dijo públicamente que el único y verdadero poder sería cuando se trasladara a los diputados obreros, soldados y campesinos.

Paul preguntó a Fiódor cómo podría encontrar a Trotsky. Recordaba la noche en que se presentó en su casa antes de partir para el exilio. Fiódor le contestó con cierta amargura que se lo preguntara a Irina. Había sido durante un tiempo menchevique, como Trotsky, y a pesar de todo se seguían apreciando. Era casi la única excepción, pero las palabras de Fiódor se basaban en que cuando llegó Trotsky estuvo unos días viviendo en el piso de ella, y era a través de ella como se relacionaba con Lenin.

—Así que si quieres entrar en contacto con Lev Davidovich, *cherchez la femme*. Ahora ella va a dormir al piso de Ludmilla, y allí tuvo escondido a su viejo amigo Trotsky hasta ver cómo reaccionaban los del gobierno provisional, y por supuesto Stalin.

Lo habló con Ludmilla, ya que ella solía encontrarse con su hija en el piso, o le dejaba algo en la despensa. No mantenían una relación muy fluida, pero a fin de cuentas era su madre y pasaba por todo con tal de verla. Le dijo que por supuesto se lo diría a Irina.

El 10 de mayo tuvo una llamada de un tal Volodarsky, que le preguntó si estaba interesado en reunirse con Trotsky. Se trataba del contacto que había

solicitado a través de Irina. Cuando asintió, Volodarsky le preguntó si podría ir aquella misma noche a un apartamento en el barrio de Viborg. El único problema era que tendría que ser a las diez de la noche, y que debía ir solo. Pensó que no era muy prudente salir de casa a esas horas, pero en cualquier caso eran las exigencias para poder mantener la cita, así que aceptó y entonces su interlocutor le proporcionó la dirección.

Pensó ir antes de la hora a una cervecería que conocía en Viborg, uno de los escasos lugares de Petrogrado donde se podía beber cerveza casera, de sabor más fuerte y algo distinta a la que se bebía antes de la revolución; las circunstancias hacían que la gente fuese hasta allí a buscarla. En Viborg se encontraba el principal bastión bolchevique. Según Fiódor, alrededor de diez mil obreros de las fábricas del metal: Fénix, Trabajos de Metal, Nobel, Renault, Karlson, Puzyrev, entre otras muchas. Los trabajadores metalúrgicos eran los que poseían mayor instrucción, muchos de ellos llegados desde lejanos lugares, inmigrantes endurecidos por las circunstancias, personas que no temían los enfrentamientos verbales ni físicos.

En Viborg se encontraba también el Primer Regimiento de Ametralladoras, con cerca de diez mil hombres equipados con cerca de mil ametralladoras Maxim. Un arma mortífera que convertía al regimiento en estratégico a todos los efectos dada su potencia de fuego. La población de Viborg se consideraba la guardiana de la revolución ya que durante los primeros días habían sido sus principales impulsores. Por otra parte, Viborg era el reducto obrero bolchevique, como los llegados de Oranienbaum eran el reducto militar bolchevique. Paradójicamente, se había asentado allí Lev Davidovich Bronstein, Trotsky, considerado hasta entonces menchevique, tras pasar tres noches en el piso de Irina Pávlova, como si quisiera expresar sus verdaderos sentimientos políticos aun antes de tomar oficialmente partido.

Una hora antes de la cita se acercó a Viborg en tranvía. Era el sistema de transporte más popular y, a las horas de entrada y salida de los talleres y fábricas que seguían funcionando, los tranvías iban siempre de bote en bote. Cuando subió apenas si viajaban dos o tres personas más. Los tranviarios eran la más palpable demostración de que la clase obrera se apoyaba entre sí, y de hecho los revisores no solicitaban el billete, por lo que desde la revolución se viajaba gratis. Llegó hasta el final de la línea. Desde allí se desviaban a las cocheras nocturnas y a los talleres de reparación. Preguntó por la cervecería y tuvo que caminar un rato. Había intentado no parecer un burgués, alguien acomodado. Vestía unos viejos pantalones, remetidos en botas de media caña, al estilo proletario, un jersey grueso gris y una chaqueta larga de cuero negro.

Se cubría la cabeza con una gorra también de cuero, regalo de Irina cuando solían pasear por todos los barrios de Petrogrado. Ella prefería la gorra antes que el elegante sombrero que trajo de Nueva York. Finalmente llegó hasta la cervecería. Desde allí quedaba muy poco hasta la dirección que llevaba en el bolsillo, y le pareció una buena idea aguardar la hora allí. El problema sería volver hacia el centro, ya que los tranvías paraban a las once y media de la noche, y no sabía si le daría tiempo.

Entró en el local y pidió una cerveza. Un viejo almacén transformado en bar, decorado con afiches de Lenin y de la revolución. Vio menos gente de la que esperaba, pero era cierto que entre la guerra y la revolución la gente tenía lo justo para seguir viviendo. Un muchacho le trajo una botella de vidrio marrón sin marca y le preguntó si deseaba un vaso para escanciarla. Asintió. Era una cerveza turbia del mismo tono que la botella, aunque al probar el primer sorbo le pareció que no estaba mal del todo, con un sabor amargo y casero, pero cerveza después de todo. A medida que la bebía le iba gustando más. El hombre que servía detrás de la barra observaba su reacción.

—Me están pidiendo que fabrique más para distribuirla por la ciudad —le explicó el tabernero—, pero yo les contesto que el que quiera cerveza que venga a mi casa a beberla. ¿Qué, le gusta?

—¡Sí, es una buena cerveza! Y más ahora que no se encuentra en ninguna parte. Me habían hablado de este lugar y he querido venir personalmente a comprobarlo. Ahora es imposible como no vayas a un hotel de esos de lujo y pagues lo que te pidan.

Al final se tomó dos botellas. Se sentía bien, relajado, pensando que después de todo, Petrogrado era probablemente el mejor lugar del mundo. Pagó medio rublo por las dos botellas, un precio más que justo. Proletario. Salió a la calle y preguntó de nuevo por la dirección. Tuvo que preguntar en tres ocasiones. Viborg era un barrio en el que todo el mundo se tuteaba. Un cuarto de hora más tarde se encontraba frente a un edificio de viviendas baratas. Aquella era la dirección que Volodarsky le dictó por teléfono. Entró en el pequeño portal empujando la puerta, subió a la segunda planta, puerta F. Caminó por una larga galería en penumbra. Llamó con los nudillos a la puerta F. Se escuchaba llorar a un niño en alguno de los pisos cercanos.

No se sorprendió cuando al abrirse la puerta se encontró con Trotsky frente a frente. Notó que lo recordaba de inmediato. Se hablaba de la prodigiosa memoria de aquel hombre.

—¡Mi viejo amigo Paul Alexander, el corresponsal americano! Parece que fue ayer cuando me recibió en su elegante piso del centro. Ahora ha llegado la

revolución y yo le recibo en este modesto piso de proletario. Hay que dar ejemplo, pero pase, se lo ruego. Cuando me dijeron que era usted quien quería verme, acepté de inmediato. Siéntese ahí, por favor. Ya sabe que vengo de su país. ¡Qué azaroso viaje! Pero ya estoy aquí, dispuesto a dar guerra… ¿Sabe qué le digo? Nueva York es sin duda alguna una increíble ciudad, pero me quedo con San Petersburgo, o San Petrogrado, ¡o cómo demonios se llame ahora!

—Yo también me alegro de volver a verle, Lev Davidovich. Efectivamente ha conseguido llegar, aunque muchos lo dudaban. Iré directo al grano. ¿Qué le parece el gobierno provisional?

—¡Vaya, no pierde usted el tiempo! De acuerdo pues, vayamos al grano. Mire, cuando el primer ministro de un gobierno revolucionario es un príncipe, hay algo que no funciona. Yo ya no me atrevería a llamarlo un gobierno para el pueblo, ni obrero y mucho menos proletario. Aunque usted y yo, y al menos medio Petrogrado, sabemos que el que en verdad manda es ese astuto picapleitos de Kérensky. No me llevo bien con él, pero de entrada da la impresión de ser el más brillante de todos ellos. ¡Aunque se está convirtiendo en el pim-pam-pum de los socialistas, mencheviques, bolcheviques y del resto! ¡Haga lo que haga, lo hará mal! Yo sería mejor ministro de la Guerra que ese Kérensky. ¡No se ría, se lo estoy diciendo en serio!

—No me cabe la menor duda, Lev Davidovich. Tengo la certeza de que usted será algún día un buen ministro. ¿Pero y ahora?

—Ahora solo soy un recién llegado con antecedentes. Todos, y digo todos, desconfían de mí. Me piropean con entrañables frases como «¡Es un espía alemán! ¡Es un espía de los americanos! ¡Lo financia Wall-Street! ¡Es un menchevique que no sabe a qué carta quedarse!», entre otras lindezas. No siento la menor envidia de Vladimir Ilich Ulianov. ¡Cada cual es cada cual! Él es como es y yo como me engendró mi madre. Él con sus bolcheviques y yo con la Mezhrayonka. ¡No queremos formar un nuevo partido, estamos hartos de nuevos partidos! Ahí están conmigo Lunacharski[178], Riazánov[179], Volodarsky[180], Joffe[181], Pokrovski[182], Uritski[183], Manuilsky[184], Karajan[185], Yureniev… ¡Todos ellos hartos de partidos y de partidismos! ¡Si alguna vez fuimos mencheviques, le puedo garantizar que ya no lo somos! Si me pregunta que por qué no nos unimos entonces a los bolcheviques, le contestaré que aún deben cambiar algunas cosas. Aunque eso podría ocurrir pronto o tarde. Alguien le preguntó hace poco a Lenin por lo mismo. Contestó: «¡Ambición, ambición y más ambición!». Bien. Todos tenemos nuestras ambiciones. ¿O no? ¿No las tiene usted? ¡Seguro que sí! ¡Llegar a

ser el director del *New York Herald*! ¡Por cierto que sus lectores no tienen nada de bolcheviques! ¡Si Lenin fuese ahora con sus historias a Nueva York! ¡Ja, ja, ja! Creo que solo los judíos más locos de allí le seguirían. Todo es relativo. El hombre ha nacido para ser burgués, para no pensar demasiado. ¡Una buena mujer, un buen sueldo, una buena casa! Creo sinceramente que los comunistas tenemos muy poco que hacer en América. Para que los Estados Unidos abrazaran el comunismo, primero el presidente tendría que ser negro. ¡Ja, ja, ja! Ahora estamos editando un nuevo periódico, *Vperiod*. ¿Pero sabe lo que le digo? La gente prefiere actuar antes que leer, y entonces, cuando les preguntas: «¿Pero qué pretendéis conseguir? ¿Hasta dónde queréis llegar? ¿Cómo lo vais a organizar?», se encogen de hombros. ¡No lo saben! ¡Pero Lunacharski y yo queremos enseñarles a leer! ¡Los de Kérensky nos acusan de provocadores de la ultraizquierda! ¡Y todo en la vida es un regateo! ¡Para quedarnos algo a la izquierda, necesitamos presentar las ideas más izquierdistas! ¿Si no, qué?

Trotsky se quedó observándolo en silencio.

—Bueno, querido amigo Lev Davidovich. Veo con satisfacción que la estancia en Nueva York le ha sentado bien. ¿Y ahora qué? Me gustaría saber qué camino va a tomar usted a partir de ahora.

—Los mencheviques, que hasta hace poco eran parte de mi familia política, ahora parecen desorientados. De momento estoy en el comité del Soviet, aunque sin derecho a voto. Por ahora prefiero poder hablar que votar. Es suficiente. Es señal de que me temen. Aquí todo es una contradicción. Los socialistas que se proclaman moderados pretenden mantener un gobierno provisional que quiere mantener la guerra para satisfacer la petición de paz que el pueblo les hace. ¿Qué pretendían en realidad? ¿La paz del pueblo o conquistar Constantinopla? ¿Proseguir la guerra del zar o una paz democrática y justa? ¿Mantener el aparato funcionarial heredado del imperio o establecer un nuevo modelo con los soviets? ¿Mantener la disciplina entre las tropas o que los soldados obedezcan a sus comisarios políticos? Le diré algo obvio. Sin disciplina no puede haber ejército, y sin ejército no hay orden posible. Esos socialistas moderados ayudan con una mano a restaurar la disciplina y con la otra ayudan a la tropa a defender sus nuevos derechos. Esa Orden N.º 1 del Soviet, que ataca a los mandos y oficiales zaristas. Ahora, con este nuevo gobierno provisional, las cosas han empeorado. Les he dicho que todo el poder debe pasar a los soviets. El social patriotismo, el nacionalismo y el defensismo no nos llevarán a ninguna parte. Por eso, la única solución es la que he propuesto a mi cuñado Kámenev. Por cierto, a través de él pude

conectar con Irina Pávlovna, y ella me echó una mano cuando volví, recordando viejos tiempos, cuando ella no era más que una chiquilla a la que le interesaba la política. Me contó la relación que mantuvo con usted, y le tiene en un alto concepto. Eso, viniendo de alguien tan exigente como ella… Bien. Le he propuesto a Kámenev que los internacionalistas revolucionarios debemos tomar otra vía. Mientras Lenin, que no para de darle vueltas a la cabeza, se ha abierto a la internacionalización, yo he comprendido que ahora debemos centrarnos en este país. Así pues, estamos ya muy cerca.

—Lev Davidovich, tengo una gran curiosidad por saber cómo se harán con el poder. Eso podría alargarse mucho en el tiempo, mientras el gobierno provisional mantenga esa filosofía.

—¡Bah! —Trotsky sonrió mientras sus ojos centelleaban tras las gafas doradas—. Para instaurar la dictadura del proletariado, tendremos que emplear la fuerza. ¿O es que cree usted que los burgueses van a permanecer quietos? ¡Para llegar a la meta nos harán falta los cañones! Tome algo caliente —mientras hablaba, Trotsky había preparado un té—. Las ideas calientan las cabezas pero enfrían los estómagos. Este es el mejor té que puedo ofrecerle por ahora. Usted es bienvenido. A fin de cuentas, esta va a ser una operación de envergadura y será preciso un notario que levante acta. Por lo que me contó Irina, usted tiene la rara habilidad de llevarse bien con todo el mundo. Eso no es muy revolucionario, pero es pragmático. Es usted amigo de Kérensky, de Lenin, mío, ¡y hasta del zar! Debería contarme cómo lo consigue. Yo no consigo estar en paz ni conmigo mismo. ¡Qué nadie pueda decir después que las cartas estaban marcadas!

Se incorporó. No quería abusar de la hospitalidad de Trotsky. Sabía que dormía poco pues dedicaba todo su tiempo a escribir y preparar sus conferencias. Eran las once y diez. Intentaría llegar corriendo a la parada para tomar el último tranvía. Caminando deprisa tardaría al menos un cuarto de hora. Debía marcharse.

—Bien, Lev Davidovich, gracias por su tiempo. Cuando necesite un notario me llama, iré con gusto. Y ahora adiós, no quiero dormir en la calle.

Trotsky asintió, sonriendo cínicamente.

—¡No, ni se le ocurra! ¡Eso solo lo hacen los proletarios! En una buena cama caliente todos soñamos con ser héroes. ¡Hasta otro día, Paul Alexander! Nos veremos y entonces sabrá si Lenin me acepta como soy, o si yo he aceptado a Lenin como él es. ¡Adiós!

Bajó las escaleras corriendo; mientras, el llanto del niño seguía a lo lejos. Caminó con rapidez por las calles de Viborg, y pudo llegar cuando pasaba el último tranvía. Él era el único pasajero. Petrogrado estaba desierto. Ya en su parada, caminó con rapidez hacia su casa. Cuando se metió en la cama pensando en las palabras de Trotsky, no pudo evitar sonreír. Aquel brillante revolucionario se reía del mundo con sus rotundas frases. Tal vez debiera intentar soñar con que era un héroe.

XXI
Le Cirque Moderne

Supo finalmente por Fiódor que Lenin y Trotsky iban a unir sus fuerzas, a pesar de la frontal oposición de Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, Stalin, o, como lo llamaban sus cercanos, Koba. *Pravda* llevaba semanas atacando de nuevo a Trotsky como un antirrevolucionario, y de repente las órdenes eran detener las críticas y permitir que publicara artículos como uno más del equipo. Stalin obedecía siempre a Lenin pero, según Fiódor, en aquella ocasión le costó lágrimas.

—Es como si Koba sintiera unos insoportables celos al comprobar que su empeño de ser el favorito de Lenin se venía abajo. Su enemigo irreconciliable de pronto se transforma en el hombre de confianza, que entra y sale del despacho de Lenin constantemente. Stalin, el director del *Pravda*, se encuentra en la situación de que su redactor jefe no dice lo que él quiere que diga, sino lo que se le ocurre. Lenin también pretende llegar a un acuerdo con Mártov, pero por ahora eso va a ser muy difícil. En cuanto a la colaboración con Gorki[186], aunque ambos lo han intentado, no es posible. Es como si a un escritor de novelas negras le encargaran escribir cuentos infantiles. Mira, Gorki es un buen novelista y un pésimo político. Fíjate que Trotsky está yendo a dar mítines a la base de Kronstadt. El rebelde va a ver a los amotinados al gobierno provisional, que ha intentado hacerlos volver al redil, pero solo consiguió excitarlos más. En cambio, con Trotsky todo ha sido mucho más fácil. ¡Se los metió en el bolsillo desde el primer momento!

Era cierto. Trotsky había pronunciado un vibrante discurso, y entre otras frases una se les quedó grabada: *Nuestros ministros socialistas se niegan a luchar contra el peligro de las Centurias Negras. En lugar de ello le declaran la guerra a los marinos de Kronstadt. Pero si la reacción levantara la cabeza y un general contrarrevolucionario tratara de poner una cuerda alrededor del cuello de la revolución, vuestros comisarios de las Centurias Negras enjabonarían la cuerda para todos nosotros, en tanto que los marinos de Kronstadt acudirían a luchar y a morir por nosotros*. Desde el primer instante, los marinos reconocieron a Trotsky como a su jefe natural, como si aquel hombre pacifista fuese el mejor organizador de un ejército revolucionario.

Una tarde, Karl le pidió que lo acompañara al circo asegurándole que le gustaría. Paul se había encogido de hombros. Si Karl tenía el capricho de ir al circo, por él no había inconveniente. Caminaron hasta la parada del tranvía y subieron al de la línea de Viborg. Llegaron casi al extrarradio, cerca de Viborg, donde se hallaba emplazado el circo. Alguien comentó que no se veían animales porque se los habían comido. Entraron y tomaron asiento sin necesidad de comprar un *ticket*. Estaba prácticamente lleno, pero apenas se veían niños, aunque sí algunas mujeres. Los espectadores fumaban o bebían vodka casero que unos muchachos pasaban en bandejas con pequeños vasitos de vidrio grueso a diez copecs. Se sentaron atrás, donde pudieron. Se apagaron las lámparas de gas y se hizo la oscuridad. De pronto se encendió un reflector que iluminó el centro de la pista, y de la expectante oscuridad surgió Trotsky. Aunque el circo era de grandes dimensiones, la acústica era suficientemente buena para oírlo, aunque en algunos momentos la gente lo animaba con gritos y resultaba imposible escucharle.

—¡Pueblo de Petrogrado, este es el Circo Moderno aunque, como bien sabéis, los payasos están en el Palacio Táuride! ¡En tiempos de los romanos, a las multitudes se les proporcionaba pan y circo! ¡Ahora no hay pan! ¡Y vosotros no habéis venido al circo a buscar distracción sino a intentar comprender lo que está sucediendo, saber por dónde van a transcurrir los próximos acontecimientos, y, lo que más nos interesa a todos, cómo va a terminar todo este asunto! ¡Pero no temáis! ¡No voy a hablaros de filosofía… para eso está el profesor Lenin! —se oyó una gran risotada—. ¡Él es capaz de sintetizar a Bakunin, a Marx, a Engels, a Hegel y a todos los demás! ¡No temáis pues, yo soy un hombre del pueblo… como vosotros! ¡De Yanovka, en Ucrania! ¡Algunos malévolos insinúan que soy judío! ¡Bueno, no estoy seguro, aunque por supuesto, que yo sepa, tanto mi padre como mi madre lo son! —de nuevo grandes risas— ¡Lev Davidovich Bronstein! ¡No temáis, no hablaré en yiddish! ¡Eso ya solo se habla en Nueva York, en América! —de nuevo se escucharon fuertes risas y comentarios—. ¿Por qué entonces Trotsky? Cuando organicé la Liga Obrera del Sur de Rusia, siendo muy joven, me deportaron a Siberia, y si estoy aquí es gracias a un carcelero que me salvó la vida. Él fue mi segundo padre, ya que me permitió vivir. Adopté su nombre, Trotsky. ¡No iba a llamarme Nicolás, o Guillermo, o Eduardo! Eso hubiera sido demasiado pretencioso por mi parte —para entonces la gente se reía compulsivamente de sus ocurrencias—. Aunque ahora parece que a todos los jefes de la revolución les gusta la forma en que esa gente vivía…

Que si la mansión de Kshesinskaya, que si el Palacio Táuride, que si el palacio tal, que si el palacio cual… ¡Pronto los veremos paseando en carroza!

Se escuchaban grandes carcajadas. Era una astuta estrategia la de Trotsky, ya que la gente permanecía atenta al matiz de sus palabras.

—¡Tal vez por eso me llamen el Judas Trotsky! ¡Un judío que dice lo contrario que todo el mundo! ¡Un tipo raro que pretende denunciar la situación! ¡Alguien tan atrevido como para querer decir la verdad! ¡Verdaderamente, un atrevimiento por los tiempos que corren! ¡Es mucho mejor que leer las editoriales del *Pravda*! ¡Ya lo creo! —la gente seguía entusiasmada con el atrevido discurso y Trotsky alzó los brazos pidiendo silencio—. ¡Bien, pues hablemos de la verdad! ¡Mirad, la verdad no le conviene a casi nadie! ¡Es dura, incómoda, atrevida, capaz de terminar con las amistades, y casi siempre con el matrimonio! ¿Entonces, a quién le conviene la verdad? Os lo diré en secreto, y esta vez en serio. El único hombre que he conocido al que le conviene la verdad, que solo sabe emplear la verdad, y que siempre ha luchado por la verdad, se llama Vladimir Ilich Ulianov, aunque todos lo conocen por Lenin. El hombre que viene del río Lena. ¡Sí! ¡Lo reconozco! ¡Por eso es tan distinto a los demás! ¡Los «Kérenskys» dicen de él que es un tipo raro! ¿No va a serlo? ¡Alguien que ha llegado a Petrogrado con las tablas de la ley en sus manos!

La gente vibraba con las agudas palabras de Trotsky. Todos lo escuchaban subyugados, atentos, de acuerdo con lo que decía aquel hombre de voz potente y clara, que parecía intuir lo que su público deseaba escuchar en cada momento. A cada nueva pregunta, que él mismo se contestaba, iba aumentando el fervor de los presentes. Trotsky era un líder carismático, indiscutible, capaz de arrastrar a las masas como estaba demostrando en aquellos momentos, en el salón de actos del Palacio Táuride o en la carpa de un circo, ya que sabía que aquel era un lugar cercano al barrio obrero donde la revolución había comenzado. Ningún otro de los líderes marxistas poseía aquel talento natural. Lenin era un intelectual brillante que dejaba admirada a su audiencia. Stalin era un populista mucho más demagogo y sin la sólida formación de Lenin o de Trotsky. Luego, ya a cierta distancia los seguían Kámenev, Zinoviev, Sverdlov, y tantos otros. Pero nadie poseía ese sentido innato, esa capacidad de emocionar y seducir a sus oyentes de Trotsky.

Dos horas más tarde, los presentes abandonaban la carpa del *Cirque Moderne*. La gente caminaba entusiasmada, ganada para la causa bolchevique a pesar de

que el orador aún no se hubiera reconocido como tal. Ya en el tranvía, mientras volvían apretujados por la cantidad de gente que volvía al centro, Karl le preguntó:

—¿Qué? ¿Qué me dices ahora? ¿Te ha convencido?

Tuvo que rendirse a la evidencia.

—¡Ese Trotsky es un verdadero mago! ¡Si no lo veo, no lo creo! ¡Cómo se ha metido a la gente en el bolsillo! Nunca hubiera creído que tuviera tal capacidad de convicción.

Los que viajaban a su alrededor asintieron. Todos estaban convencidos.

Valeri Nesvisky, el administrador de las tierras de Ludmilla Valenskovna en Borok, se presentó el 15 de mayo en el piso de Karl con malas noticias. La mayoría de las propiedades de Ludmilla, a media distancia entre Borok y Okulovka, estaban arrendadas y Nesvisky se encargaba de llevar las cuentas, pagar los tributos y evitar problemas. El hombre estaba muy nervioso ya que le había resultado muy difícil dar con ella. Finalmente pudo llegar al piso de Karl Lissbergov, con la complicación añadida del cambio de apellido de este. Cuando Ludmilla le abrió la puerta, el hombre, que la conocía de toda la vida, la abrazó llorando.

Paul se encontraba trabajando en el gabinete contiguo al estudio de Karl, tomando algunas notas sobre la enorme cantidad de material que Karl había puesto a su disposición, recién adquirido en un anticuario de Petrogrado que cerraba su tienda. Daguerrotipos, copias en papel a la albúmina, placas al gelatino-bromuro, placas autocromas sobre vidrio. Karl estaba emocionado con su valioso e inesperado hallazgo, y se lo ofreció a Paul para que lo pudiera estudiar en detalle y también aprovechar en sus artículos o en su libro. La ventaja era que la mayoría de los trabajos iban subtitulados y anotados. En ellos se apreciaban personajes, situaciones y ambientes ya desaparecidos.

Cuando llegó Valeri Nesvisky con la noticia de las confiscaciones de tierras, contó que al principio nadie se atrevía a dar el primer paso. Los mayores recordaban las ejecuciones y la sangrienta venganza de los terratenientes en 1906, y durante los primeros meses aguardaron a ver lo que sucedía. A medida que iba pasando el tiempo, algunos campesinos tomaron la decisión de arar los campos sin contar con el permiso de sus propietarios. Siempre podrían alegar que, en unos momentos de caos donde no resultaba fácil desplazarse, solo habían hecho lo de siempre, preparar el terreno para la siembra. Poco tiempo más tarde muchos los imitaron. Al principio los «mir»

les advirtieron de la ilegalidad de sus actos, pero a medida que iba pasando el tiempo y llegaban noticias acerca de la revolución, al final los apoyaron. El nombramiento del eserista Chernov[187] les proporcionó las garantías que aguardaban para el «reparto negro», es decir el reparto igualitario de la tierra. El nombramiento de un eserista como titular del ministerio de agricultura, por mucho que se tratase de un gobierno provisional denostado por todos sus oponentes, era suficiente para ellos.

Valeri Nesvisky era un hombre sensible, y entre lágrimas y suspiros tuvo que hacer un gran esfuerzo para explicarle a Ludmilla que la mansión familiar, que tenía más de dos siglos, al menos la parte antigua, había sido incendiada y saqueada. Añadió que poco o nada pudo hacer para evitarlo, a pesar de colocarse delante, ya que estuvo en un tris de que lo arrollaran. La multitud enardecida entró en las cuadras y se llevaron todos los animales, los caballos de monta y de tiro, las mulas, los bueyes, las vacas, hasta el último animal. También los aperos de labranza y las herramientas. Todo lo aprovechable que encontraron. En cuanto a la casa, al principio parecieron dudar. Al final entraron en tromba y se llevaron lo que pudieron acarrear: muebles, cuadros, alfombras, lámparas… Algunos mostraron su disconformidad con ello, pero ello no fue óbice para que, al salir el último, le prendiera fuego al caserón por los cuatro costados.

Paul se enteró entonces de que Ludmilla Valenskovna ostentaba el título nobiliario de baronesa. Nesvisky no hacía más que repetirlo: «¡Señora baronesa!». Aquel buen hombre seguía temiendo las futuras represalias, convencido de que antes o después llegarían, y no deseaba que pudieran confundir a unos con otros. Le pareció curioso que alguien con un carácter tan llano y campechano como Ludmilla fuese una aristócrata. Cuando Karl, intentando bromear, la llamó «mi señora baronesa», ella tuvo que reírse entre lágrimas a pesar del mal rato que estaba pasando por la trágica situación de sus propiedades. Tal vez fuera el deseo de querer pensar en otra cosa, pues siempre afirmaba que en aquella casa, en las propiedades de su marido y de ella, había vivido unos momentos inolvidables que eran parte esencial de su vida.

Valeri quiso dejar claro que no se trataba de nada personal contra ella, ya que lo mismo estaba sucediendo en toda la comarca y, por lo que se sabía, en toda Rusia. En otros lugares los revolucionarios no eran tan mirados como en Borok. Estaban vandalizando muchas propiedades, cargando los muebles en sus carretas, llevándose todo lo que hubiera delante de los propietarios, que en muchas ocasiones sufrían además las iras de los campesinos exaltados.

Incluso se sabía de lugares donde hacían salir a toda la familia para lincharlos sin misericordia, o dispararles con las mismas escopetas con las que hasta hacía muy poco cazaban liebres, faisanes o ciervos.

El hombre no podía dejar de sollozar mientras contaba lo sucedido. Explicó que todo había comenzado con la vuelta de algunos soldados desertores que incitaban al resto, ya que muchos llegaron armados y otros se hicieron pronto con armas. La diferencia entre los que llegaban y los que estaban era que los primeros parecían haber perdido el miedo a las represalias. Explicó que daba la impresión de que ya no habría vuelta atrás, y que lo de los títulos nobiliarios, como el de ella, se había acabado para siempre.

Fiódor le había comentado apenas unos días antes que el príncipe Lvov, el primer ministro de un gobierno provisional sin capacidad ejecutiva, recibía cada día decenas de escritos demandándole que se restaurara la ley y el orden. Que se detuviera la anarquía y los saqueos, y se castigara a los responsables, y que se llevara a los culpables de asesinatos, a los incendiarios, a los saqueadores ante la justicia. Lvov tenía ya fama de intentar contentar a todo el mundo y no resolver nada.

Ludmilla lloraba a lágrima viva junto a su administrador, con una mezcla de indignación, temor y alivio, pensando en lo que podría haber sucedido si ella se hubiera encontrado allí y tenido que hacer frente a una situación como la que Valeri Nesvisky narraba. Era duro reconocer que una época estaba terminando. ¿Quién hubiera podido pensar que algo así podría haber llegado a suceder apenas unos meses antes? ¿Dónde se hallaba la policía? ¿Dónde se habían metido aquellos pertinaces y duros fiscales zaristas? ¿Y los jueces togados? ¿Y los agentes judiciales? Todo el sistema se estaba derrumbando ante sus ojos.

Pero Ludmilla no lloraba tanto por haber perdido una propiedad que hacía tiempo había dado por perdida, como por comprobar que nada de lo que una vez vivió allí y compartió con su esposo, el barón Pavlov, un hombre mucho mayor que ella, por el que más que amor había sentido un gran respeto y admiración. No podía dejar de recordar cuando Irina era una niña o una adolescente y la acompañaba al arroyo cercano a pescar, o a pasear por el bosquecillo de abedules. Todos aquellos recuerdos quedarían ya para siempre aplastados por los sucesos. ¿Cómo podría volver allí y encontrar solo unas ruinas requemadas? Creía que no sería capaz de enfrentarse a aquella durísima realidad. Dijo que no volvería jamás a Borok y que prefería recordarlo como había sido en otro tiempo.

A pesar de ello, Ludmilla le había confesado una vez que no cambiaría aquella época, cierto que repleta de nostalgia y de momentos agridulces, por su nueva vida con Karl. El barón Pavlov había sido un hombre de armas tomar, que se jactaba de haber tenido amantes en Novgorod, Smolensko, Kiev, Moscú y por supuesto San Petersburgo, mientras que Karl, su nuevo compañero, era un ser amable y cariñoso que le decía cada día que la amaba, o la besaba al cruzarse con ella por el pasillo.

Sin embargo, la nostalgia la invadió al comprender que todo lo vivido en Borok no era ya más que pavesas, y que ya nunca podría volver a encontrar los mínimos recuerdos de antaño. Karl la intentó consolar como pudo. La besó, la abrazó, le dijo que cuando todo pasara, volverían a reconstruir la casa exactamente igual que antes, y que buscarían aquí y allá los muebles más parecidos, los cuadros, los pequeños objetos, en una misión repleta de nostalgia y de amor en la que él quería acompañarla. Le dijo que las últimas veces que estuvieron allí, él pudo hacer muchas fotografías y que les resultarían muy útiles para que quedara lo más parecido a lo que hubo, y que después todo volvería a ser como antes. Tanto Karl como ella sabían que eso no podía suceder pero al menos era un consuelo escucharlo para Ludmilla, el propio Karl y Valeri Nesvisky, que se quedaría con ellos hasta el día siguiente cuando volvería a Borok a pesar de todo y de él mismo, ya que estaba siendo un testigo privilegiado de la amarga cara de la revolución que iba a cambiar Rusia de arriba abajo, como había prometido Vladimir Ilich Ulianov en uno de sus últimos discursos. Todos ellos sabían que lo que Karl prometía a su amante y amiga, en un juego de mimos y esperanza de tiempos mejores, no era más que un leve consuelo para ayudarla a superar aquel difícil trago.

Los campesinos se habían hartado de una espera de interminables siglos, desde siempre, desde el principio de los tiempos, durante los que habían tenido que agachar siempre la cabeza, hartos de humillaciones y violencias, de los caprichos de los amos y sus familiares, de verlos montar a caballo con sus invitados llegados de otra mansión similar en cualquier otra parte de Rusia, como privilegiados del destino, a una fiesta a la que ni ellos ni sus hijos estarían nunca invitados, como cuando en ocasiones ofrecían una merienda campestre, en la que al final sobraba de todo, mientras ellos, los *mujiks*, los siervos, los pobres, los sojuzgados, solo tenían derecho a inclinar la cabeza, a sujetarles las riendas, a obedecer sin rechistar, para luego recoger las sobras. Todos ellos habían aguardado el «Manifiesto de Oro». Vanas esperanzas de que el zar impartiese justicia social y demostrara de una vez por todas que era «el padrecito» y no un lejano tirano, indiferente y cruel, que

habitaba en enormes palacios rodeado de un increíble derroche de lujo y riqueza, mientras su pueblo, la mayoría de los rusos, sufría de hambre, de frío y de continuos agravios.

Aquellas enormes hogueras que iluminaban por doquier las noches rusas, en cualquier aldea, en el más lejano pueblo, demostraban una vez más, que ya no podría haber vuelta atrás, y que la confiscación de las tierras de los poderosos, de los terratenientes, era un hecho definitivo e irrebatible, por mucho que se enviaran escritos al ministerio. *El caos y la anarquía se han apoderado de nuestro país. ¿Cuándo este ministerio tomará medidas para imponer el orden preexistente?* Paul sabía que la respuesta era nunca. Acabaría el caos, pasarían los disturbios, volvería la burocracia, las contribuciones, pero ya nunca volvería a ser como antes. Eso se había terminado.

El príncipe Lvov comentaba con sus ministros provisionales, en el secreto del consejo de ministros, que todo eso no era más que la revancha de los siervos, aun sabiendo que nada se podría hacer para retornar a la situación anterior. El campesino sabía por instinto que aquellos incendios eran el fuego purificador que impediría volver a encajar las piezas del gran puzle que siempre habían conocido.

A la mañana siguiente, Valeri Nesvisky se despidió. Dijo a Ludmilla que cuando terminara de arreglar unos asuntos quería irse a vivir a Moscú, donde tenía una hija. En realidad ya no quedaba nada que administrar en Borok, y por tanto su trabajo podía darse por acabado. Pensaba colaborar con el Primer Congreso Campesino de toda Rusia. Esos nuevos organismos que surgirían de la revolución iban a necesitar a gente como él, expertos en saber lo que producía la tierra, para poder crear los nuevos impuestos. De hecho conocía a gente del partido de los eseristas, los SRs, como decían los carteles, que eran los que llevaban la voz cantante en las asambleas.

Valeri Nesvisky salió de allí pensando que tal vez los campesinos se llevaran una terrible sorpresa con los nuevos tiempos, y resultara al final que el Estado reclamaría toda la propiedad del suelo para volver a dejarles en la misma situación que anteriormente, con iguales o mayores impuestos, y un control absoluto sobre lo que cada uno podía o debía cultivar, y el mismo despotismo de siempre, pero desde un poder omnímodo y tan inaccesible como el ancestral que acababan de quemar, allá donde finalmente se radicase,

en Petrogrado o en Moscú, ciudad de la que se decía que se convertiría en la nueva capital de Rusia.

Fiódor Yegórovich se resignó finalmente a perder a Irina Pávlova. Se lo contó con lágrimas corriéndole por las mejillas.

—No sé qué le ha ocurrido a Irina. ¡Le dije que le daría plena libertad y ella me contestó airada que yo no era nadie para otorgarle o negarle la libertad ni nada!

Fiódor le dijo que no recordaba haber llorado nunca, pero que aquella situación lo sobrepasaba. Paul le contestó que podía comprenderle mejor que nadie. Él también había amado o creído amar a aquella mujer, que podía mostrar un lado más dulce que la misma miel, o una amarga y áspera personalidad, a la que parecía importar solo la política. Paul dijo a Fiódor que así de dura era la vida, y que debía intentar sacarse a aquella mujer de dentro, buscar otra, olvidarla.

—¡Pero si trabaja en la redacción, donde por fuerza tenemos que vernos todos los días! Cuando nos cruzamos noto en su mirada una absoluta indiferencia, y eso me golpea el corazón como la coz de un caballo.

Intentó convencer a Fiódor de que era casi mejor así. Le dijo que si hubiera dejado de verla, con el tiempo hubiera creado un mito, y le aconsejó que intentara serenarse, devolviéndole a Irina lo que ella le mostraba, indiferencia.

—Pronto verás cómo ese sentimiento se apodera de ti. No te obsesiones por lo que ha acabado e intenta seguir con tu vida.

Fiódor asintió suspirando, sabiendo que no tenía otra solución. Además en *Pravda* había mucho trabajo que sacar adelante, Stalin era un durísimo director que hacía honor a su apodo, pues parecía tener el corazón y el alma de acero. Comenzaban a echar de menos a Kámenev, que había quedado en un segundo plano como responsable de la edición y distribución.

—No tiene nada que ver con esto, pero me preocupa la inquina que parece haberle tomado Stalin a Irina Pávlova desde que se enteró de que Trotsky había estado los primeros días viviendo en su piso. Ese es mal enemigo. Ese georgiano es un hombre muy susceptible, y cuando algo se le mete entre ceja y ceja, es difícil que olvide o perdone lo que considera una afrenta.

En la redacción estaban sacando un nuevo periódico dirigido a los soldados. Lo habían titulado *Soldatskaya Pravda*, la verdad de los soldados, un periódico ideado para distribuir en todos los cuarteles la propaganda bolchevique, incluso para enviarlo al frente a pesar de las dificultades. Era como la filosofía de los comisarios políticos, que lo leían a todos los soldados pues muchos no sabían leer, y que demostraba que la libertad de expresión era ya algo evidente. También que todo estaba cambiando en el ejército, ahora dominado por los bolcheviques, gracias a la visión de Lenin de implantar el comisariado político desde el primer día de la revolución.

Fiódor era el responsable de redacción y le explicó que Stalin lo leía todo minuciosamente, empleando un lápiz rojo para quitar o añadir lo que se le antojaba. Irina Pávlova colaboraba en el periódico para los marineros, *Golos Pravdy*, y también en el que se editaba específicamente para las tropas del frente, *Okopnaia Pravda*, aunque el primero se imprimía en Kronstadt y el segundo en Riga, lo que la obligaba a viajar con frecuencia. Stalin había exigido que se imprimiesen panfletos para dar respuesta a los enemigos políticos, ya fuese el gobierno provisional o cualquier otro partido. Últimamente el pim-pam-pum iba dirigido contra los mencheviques, que se estaban desmoronando por días, engordando las filas bolcheviques y demostrando que efectivamente la verdad, *Pravda*, se encontraba del lado de las tesis de Lenin, que había encontrado el camino hacia la tierra prometida al enfrentarse frontalmente a los que deseaban la fusión de los partidos socialistas, más por salvar sus puestos que por creer que esa fuera la solución adecuada. Según Fiódor, la idea del *Soldatskaya Pravda* había sido de Zinoviev, y pretendía vincular desde su origen a los soldados con los obreros y los campesinos, hermanarlos en sus ideas. Todos contra la burguesía, todos proletarios con una causa común. ¿Acaso no lo decía con toda claridad su himno, *La Internacional*?

Pasaron los días y llegó el último fin de semana de aquel mayo distinto, de aquella primavera tardía en que ya se hablaba sin tanta prosopopeya, sin retórica, de una manera dura y directa. Paul estaba trabajando intensamente en su libro, entusiasmado al comprobar que todo lo vivido en Rusia se encontraba allí recogido, y que el texto iba surgiendo con fuerza. Podía recordar los primeros días, cuando fue poco a poco entrando en el corazón y el alma de aquel inmenso país lleno de contrastes y de sorpresas. Sobre todo sus relaciones con los artistas de la vanguardia artística, con quienes seguía

manteniendo una extraordinaria relación, como era el caso del pintor y poeta David Davidovich Burliuk, al que veía de tanto en tanto. La última vez tuvo que darle el pésame al enterarse de que su hermano, Vladimir Burliuk, acababa de morir en Salónica, combatiendo contra los turcos. Otro Lord Byron, pensó, pues Vladimir era en el fondo un poeta idealista que también acababa de encontrar su Missolonghi[188]. ¡La maldita guerra! También se encontraba frecuentemente en Petrogrado con Anna Andréyevna Ajmátova, que seguía creando sin pausa y le daba noticias de los que se reunían ocasionalmente para discutir sobre lo que les depararía el futuro. Personas excepcionales como el novelista, crítico y traductor Valeri Yakóvlevich Briúsov[189], poetas como Fiódor Sologub y Velimir Jlébnikov, pintoras tan jóvenes como Liubov Popova o como Olga Vladimirovna Rozanova, que se definía como suprematista, Aleksandra Aleksándrovna Ekster, una mujer excepcional, también pintora… y tantos otros como Malevich, Ivanov, Tatlin, Severyanin, además de todos los grandes compositores, los bailarines, los directores de teatro, de ópera y de orquesta. Todo un universo que le había abierto los ojos, demostrándole que Rusia era, en aquellos difíciles tiempos, tal vez el país más creativo y brillante del mundo.

Aquella noche se quedó trabajando hasta muy tarde. De tanto en tanto se escuchaban detonaciones, aunque ya nadie se alarmaba por ello. La revolución había hecho a la gente egoísta y lo único importante era seguir vivo, poder comer un día más. Había llegado el buen tiempo y, a pesar de todo, los habitantes de Petrogrado tenían ganas de pasear hasta muy tarde sin importarles los riesgos.

Se acostó de madrugada. Necesitaba descansar, pero ni así era capaz de dormir. Finalmente consiguió hacerlo, aunque se notaba inquieto mientras revivía mentalmente otros momentos. Después tuvo un pesado y vívido sueño en el que se le aparecía Irina. Llevaba unos días obsesionado, lleno de deseo por ella sin querer reconocerlo.

De pronto notó una sensación extraña, algo tan real que encendió la luz pulsando la perilla del cabecero de la cama mientras respiraba profundamente.

De repente la vio allí, tendida junto a él, sin saber si seguía presa de una pesadilla o si era realidad. Asustado, se levantó de un salto. En el mismo momento Irina se despertó y se quedó mirándolo fijamente en silencio.

—¡Pero Irina! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Me has asustado!

Entonces ella se cubrió el rostro con las manos y le dijo entre sollozos:

—¡Paul, no sabía adónde ir! ¡No sabía qué hacer! Entonces me acordé de que en el bolso tenía una copia de la llave del piso. Vine de madrugada y me

fui a la habitación donde dormí una noche la última vez. ¡Te juro que me acosté allí! ¡No comprendo cómo he llegado hasta aquí! ¡No sé lo que ha pasado! ¡Perdóname!

—Bueno, no te preocupes —intentó bromear sentándose junto a ella en la cama—. No es lo peor que me ha pasado en la vida. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no sabías adónde ir?

—Esta tarde cuando volví a la redacción, ya muy tarde, pues serían cerca de las diez de la noche, me dijeron que Stalin quería verme —prosiguió entre sollozos—. Una amiga, que es ahora una de sus secretarias, me advirtió de que alguien había dejado en el buzón una carta dirigida a él. Fui a su despacho y allí estaba, reunido con Kámenev. Ambos me recibieron muy secamente, sobre todo Stalin. Me enseñó el sobre dirigido a él con una serie de documentos… ¡al parecer una denuncia en la que se venía a demostrar mi implicación en la Ojrana! ¡Alguien quiere desacreditarme, hacerme mucho daño! ¡Lo negué todo! Stalin replicó diciendo que los documentos parecían originales. ¡Eran las fichas de los meses en que me retuvieron en la sección especial de la Ojrana, en la que solo los pertenecientes a la policía sabían quién estaba detenido y qué se pretendía conseguir! ¡Las fichas selladas, con los nombres de los que me habían interrogado y anotaciones sobre mi personalidad! Stalin me dijo que de momento abandonara la redacción, y que ya verían más adelante lo que harían conmigo. Salí de allí corriendo, sin hablar con nadie más. Me sentía tan humillada que no sabía qué hacer. Era ya muy tarde y la puerta de abajo estaba cerrada, pero me crucé con el sereno y le expliqué que vivía aquí. Tuve que demostrarle que llevaba la llave del piso. ¡Estaba en mi llavero… todavía! Luego subió conmigo en el ascensor hasta el piso para comprobar que efectivamente aquella era la llave del piso. Abrí con naturalidad y el hombre se marchó tranquilo. Me dirigí a la otra habitación, pero había tanto silencio que escuché tu respiración al pasar delante de tu dormitorio. Pensé en entrar, pero parecías tan dormido que preferí dejarlo para después. Luego me acosté en el dormitorio de invitados, con cuatro estancias de por medio, intentando no hacer ruido. ¡Te prometo que no sé cómo he llegado hasta aquí!

Paul le acercó el vaso de agua que tenía sobre la mesilla. Irina se lo bebió de un trago. Luego se quedó mirándola. Era un momento muy difícil para ella.

—De acuerdo. Creo que has hecho lo adecuado. No estoy molesto, solo sorprendido. Ahora debemos descansar, sobre todo tú. Ya que aquí te encuentras más relajada y segura, te ruego que no te muevas. Yo dormiré en

la habitación de enfrente. No te preocupes, verás cómo todo se aclara. Creo recordar que dejaste ropa en una caja que no recogiste. ¡No te preocupes! Mañana hablaremos tranquilamente. ¿De acuerdo?

Irina asintió.

—Sí, gracias Paul. ¡Todo esto es una locura! ¡No sé quién pretende hacerme daño!

—Irina, intenta descansar. Mañana verás las cosas con más serenidad, y llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo, Paul. Hasta mañana.

Salió del dormitorio y cerró la puerta tras él. Recordó al inspector Konstantín Semiónovich y pensó que, aunque ya no trabajaba para la policía, tal vez pudiera ayudarle. Aquel hombre tendría información de lo que le sucedió a Irina, y quizás pudiera aclarar la situación. Confiaba en que seguiría vivo y en Petrogrado. Luego se acostó en la habitación de invitados. Por suerte Nina, la sirvienta, se encontraba de nuevo con su familia. Con el tiempo se había acostumbrado a aquel enorme piso del que solo utilizaba la cuarta parte, pero con ventajas como su privilegiado emplazamiento, tener a Karl tan cerca y sus amplias estancias, sobre todo la biblioteca. Temía que Ludmilla se enterase de ello por la relación íntima que Fiódor mantenía con Karl. Pero no podía fallarle a Irina en aquel difícil trance, en el que se apreciaba la cara oscura de la revolución. Además de las revueltas, los incendios, la hambruna, existía algo peor que todo ello. Antiguas inquinas, venganzas, denuncias, chantajes, persecuciones, el miedo a lo desconocido, pues en aquellos días nada era seguro y nada podía darse por cierto. Muchas veces pensaba que cuando unos u otros terminaran por vencer, sucederían cosas terribles. En eso los rusos no eran muy distintos del resto de la humanidad. No perdonaban la traición, eran celosos y en ocasiones implacables. Si Irina no podía aclarar la situación se exponía a algo que no quería ni imaginar. El propio Fiódor podría verse implicado ya que era conocida su relación de pareja con una mujer importante dentro de la estructura del partido, precisamente en un momento clave de la lucha por el poder, pero una mujer sobre la que de pronto caía la sombra de la sospecha. Tampoco él estaba libre de ser señalado. La actuación de Irina en aquellos críticos momentos lo implicaba para cualquier observador. Se tendió sobre la cama y se cubrió con las mantas. Era una extraña situación. Intentó relajarse y descansar pero le resultó imposible y se pasó el resto de la noche dando vueltas en la cama.

Apenas amaneció decidió levantarse. Entró en el baño de invitados y se duchó con agua caliente, algo impensable en aquel Petrogrado sumido en la guerra y la revolución, se afeitó, entró en el vestidor, eligió una camisa y un traje gris oscuro. Se vistió y fue hacia la cocina. En el pasillo pudo oler el aroma a café recién hecho. Al entrar Irina le sonrió con un gesto de fatiga.

—¿Tú tampoco has podido dormir?

Negó con la cabeza devolviéndole la sonrisa.

—No. No es nada fácil dormir escuchando esos lejanos tiroteos y pensando en todo lo que está sucediendo. ¡Qué bien huele ese café! Me vendrá bien una taza.

Se sentaron en la mesa donde solía desayunar. Ella volvió a sollozar y él, impulsivamente, tomó su mano por encima de la mesa. No podía soportar verla sufrir.

—¡No te preocupes, Irina, todo se arreglará!

Aunque ni él mismo podía creerlo, conociendo la situación y los personajes. Stalin era el dueño y señor de *Pravda*, un hombre de carácter fuerte que desconfiaba de todo el mundo por principio, con un nivel intelectual distinto del de Lenin, incluso de Kámenev, pero con una enorme ambición. Para Stalin nadie hacía las cosas como él pretendía. No resultaría fácil convencerle de que aquella denuncia era falsa y que provenía de la oscura manera de actuar de la Ojrana. ¿Era realmente una falsa acusación? Él también dudó entonces, conociendo el carácter y la forma de entender la política de Irina, que siempre se había mostrado ambigua, reticente a dar algún tipo de explicación, como cuando volvió tras dos largas desapariciones. La crueldad psicológica de la Ojrana no tenía límites y podían forzar la voluntad de cualquiera. Irina era muy joven y podía ser vulnerable ante individuos habituados a conseguir lo que se proponían. Verdugos burocráticos que tomaban nota de lo que ocurría en todo momento. Alguien sometido a la tortura podía decir todo lo que el interrogador quería escuchar. Luego se anotaba minuciosamente en fichas, se sellaba, se ponía la fecha, se firmaba y se levantaba acta del grado de temor y de los resultados. Toda aquella información se archivaba en los sótanos de la central de la Ojrana, en el enorme y gris edificio de la Calle Fontanka 16. Alguien había buscado las amarillentas fichas con olor a humedad de Irina Pávlova, entregándolas, justo en aquellos días críticos, a Stalin, el ambicioso e implacable hombre de acero. Alguien que conocía la relación de amistad entre Irina y Trotsky, el carismático y popular cómico del *Cirque Moderne*, el único capaz de hacer

sombra a Stalin y de mantener una relación de confianza y de igualdad con el verdadero líder, Lenin.

Irina había buscado refugio en el lugar que había sido su hogar. Incluso dormida, sonámbula, se acercó a él buscando de manera instintiva protección en el calor de su cuerpo. Sintió un escalofrío. Él tampoco se sentía indiferente, y más de una noche fue incapaz de conciliar el sueño pensando en aquella hermosa y frágil mujer que luchaba por sus ideales con total generosidad, anteponiéndolos a cualquier egoísmo. De nuevo estaba allí, frente a él, observándolo con sus bellos ojos color violeta mientras mantenía la taza de café entre los dedos, en una postura patética a la vez que encantadora, como si todo lo pasado no hubiera sido más que un sueño, mientras él intentaba hacerla sonreír al verla sollozar como una niña.

De pronto ella se levantó en silencio, se acercó a la ventana y comenzó a hablar mientras parecía mirar al exterior, rehuyendo su mirada.

—Hace ya tiempo, cuando la Ojrana me detuvo por primera vez, no se presentaron cargos contra mí. Era su forma habitual de coaccionar a los detenidos, sin ni siquiera darles una razón de por qué estaban allí. Me encerraron en un calabozo en el sótano en el que no podía saber si era de día o de noche, pues siempre tenía una bombilla encendida. Nadie me dirigía la palabra, solo me traían una vez al día la comida. Siempre lo mismo, algo de aspecto repugnante, helado, viscoso. Una jarra oxidada con agua. Una cuchara de lata. Era como si me hubieran juzgado y condenado. Intenté controlarme ya que ellos lo tenían todo a su favor, pero en alguna ocasión perdí los nervios. Sabían cómo tratar a los detenidos para que fueran cayendo en una absoluta sumisión. No podía lavarme, tenía que hacer mis necesidades en un bacín, y constantemente notaba las ratas acechándome. Sabía que me encontraba allí por pertenecer al partido menchevique. Entonces aquel era mi partido. Ellos pretendían doblegarme llevándome al límite, asustarme, humillarme, demostrarme que nadie podía hacer nada por mí. Solo ellos tenían la capacidad de cambiar aquella situación. Por tanto, solo era cuestión de tiempo.

»Al cabo de un mes, creí que sería mejor dejarme morir, me veía incapaz de resistir aquello. Cada minuto se me hacía eterno. Comencé a sufrir ataques de pánico durante los cuales tenía que subirme al catre de lona para huir de las ratas. En realidad no me atacaban pero me inspiraban tanto asco y temor que se me hicieron insoportables.

»Un día entró un hombre en la celda. Se mantuvo de pie mientras me decía que si colaboraba me sacarían de allí. Entonces me abalancé sobre él,

pero apenas conseguí lastimarme las muñecas. Era mucho más fuerte que yo y me inmovilizó sin que se le alterara el semblante. Dijo que de aquella manera no conseguiría nada y que lo mandara llamar cuando cambiara de opinión. Recuerdo que chillé como si estuviera poseída, y el hombre salió dejándome en un terrible estado de excitación.

»Tuvieron que pasar otras dos semanas, en realidad no sabía cuantos días habían trascurrido aunque intentaba contarlos, para que tomase la decisión de llamarle. No me sentía capaz de aguantar un solo instante más. Al cabo de unas horas volvió a entrar. Traía una silla en la mano y me ordenó que me sentara en el catre. ¿Estaba dispuesta a colaborar? Supe que no tenía otra salida. En caso contrario me dejarían morir. Simplemente sería una desaparecida más, eso sucedía todos los días. No habría nada más, nadie investigaría. Recuerdo que aquello sucedió mientras tú pasabas una larga temporada en Moscú. Al principio estaba convencida de que conseguirías sacarme de allí. Creía que el hecho de que fueses ciudadano norteamericano me ayudaría, pero pronto comprendí que para ellos eso era indiferente. Era como una demostración de su inmenso poder. La Ojrana no tenía que dar explicaciones a nadie, actuaba a su libre albedrío. Detenían o ponían en libertad, asesinaban o te golpeaban, te torturaban o te hacían desaparecer. ¿Quién iba a pedirles explicaciones? El edificio de la calle Fontanka era como el mismo infierno, y una vez que entrabas en él por cualquier puerta, ya que posee accesos en otros edificios cercanos, incluso en otras calles, podías encomendarte a todos los santos si eras creyente, ya que lo más probable era que no volvieras a salir nunca de allí. Al menos tal como entraste. El hombre me dijo que debía colaborar con ellos. Cuando me negué se encogió de hombros y sonrió. Añadió que cuando estuviera convencida lo volviera a llamar. Antes de salir me dijo que no tenía prisa, y solo cuando vi que la puerta se cerraba tras él lo llamé sollozando. Sabía que no podría resistir un solo día más en aquellas condiciones. Había intentado cortarme las venas con la cuchara metálica, pero no fui capaz, y no solo eso, me avergonzaba de no haber podido conseguirlo. El hombre volvió a entrar, se sentó de nuevo y volvió a preguntarme si iba a colaborar. Recuerdo que asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Creía ingenuamente que si me liberaban ya no podrían hacerme nada. Pero el hombre —no sabía si se trataba de un inspector, un comisario o uno de los jefes— me advirtió de que no pensara engañarles. Me dijo: “Si intentas algo tú madre morirá y después tú, cuando te traigamos de vuelta a esta misma celda. La diferencia será que entonces ya nunca saldrás de ella con vida”. Era tanta su frialdad y su seguridad, que no tuve la menor duda de

que ocurriría como lo estaba diciendo. ¡Se me puso la carne de gallina! Añadió que trabajar para ellos sería muy sencillo y que podría proseguir mi vida normal. Nada cambiaría y las cosas irían mejor para mí. Simplemente debía enviarles un informe de tanto en tanto, cuando entendiera que merecía la pena. Un informe sobre el partido: quiénes se movían, los contactos, lo que se hablaba en los comités, una cuartilla escrita de mi puño y letra, sin firmar. Lo debería depositar en determinados buzones, dirigido a una dirección comercial de la ciudad, una de las tapaderas de la Ojrana. Yo tendría noticias de ellos y de su grado de satisfacción con mi trabajo. ¡Qué podía hacer! No tenía ninguna otra salida. El hombre volvió a advertirme que no intentase engañarles y me enseñó una fotografía de mi madre saliendo del portal de su casa. Después añadió que no podía seguir viviendo contigo, un extranjero y además periodista. Tú eras una amenaza, y si no hacía caso de sus advertencias podía sucederte algo. Volvió a amenazarme. Si decía una sola palabra, o les engañaba, la primera advertencia sería que mi madre moriría el mismo día. La segunda víctima serías tú. En cambio, si cumplía no tendría ningún problema. Aseguró que me soltarían al día siguiente. Querían darme tiempo para reflexionar. No fui capaz de ver otra salida y firmé el documento que me puso delante sin leerlo.

»Cuando me dejaron en libertad, no sabía qué hacer. Lo único que tenía claro era que no podía decir una palabra de todo aquello. Recuerdas aquel día, cómo llegué a casa de mi madre. Quería asegurarme de que ella estaba bien, y sentía un terrible pánico a separarme de ella. Ese fue el motivo por el que no podía seguir viviendo contigo en esta casa. ¡Y no podía daros ninguna explicación! ¡Si lo hacía, sabía lo que podía suceder! Tenía la convicción de que si te lo contaba, te matarían simulando un accidente.

»Pasó el tiempo, y llegué a creer que todo iría volviendo poco a poco a la normalidad hasta que una tarde volvieron a detenerme. Dijeron que, aunque no los había engañado, no estaba haciendo por ellos todo lo que podía, lo que consideraban una traición. Me amenazaron diciendo que era la segunda y última advertencia, y que me enviarían a un lugar donde me enseñarían a actuar como ellos deseaban. Al menos no era la celda con la que seguía soñando, sino un edificio donde nos mantenían en celdas individuales y se nos daban las instrucciones, los ejercicios y las consignas individualmente. Un día nos dijeron que nos asomáramos al patio posterior. Alguien había intentado escapar. Vimos a unos hombres atando a una mujer joven a un poste. ¡La fusilaron! El “instructor” comentó que así acababan los que pretendían pasarse de listos.

»Apenas llevaba allí dos meses cuando un día de finales de febrero se oyeron tiros en todo el edificio. ¡Supimos que había llegado la revolución! Nos liberaron algunos de ellos, que se habían unido a los revolucionarios, y nos trajeron a Petrogrado en varios camiones. Nos liberaron en plena calle. Fue cuando volví a ver a mi madre. Tampoco aquella vez quise decirle nada de lo que había sucedido. A pesar de la revolución, algo dentro de mí me pedía prudencia. ¿Y si la revolución no triunfaba finalmente? No podía exponerme. Por entonces, las circunstancias nos habían separado».

Irina suspiró profundamente. Paul notaba que aquella confesión le estaba costando mucho, para ella era como una revelación, por primera vez estaba siendo totalmente sincera con él, como nunca antes. Mientras hablaba las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y de pronto volvió a ver en ella a la Irina de antes, aquella decidida y hermosa joven que lo había subyugado.

—Y Fiódor Yegórovich, ¿sabe algo de esto? En fin, aunque sé que habéis terminado…

—¡Fiódor! ¡No quiero volver a oír hablar de él! Ese hombre ha pasado del amor al odio. Tuvimos una fuerte discusión sobre la posición política de cada uno y me acusó de ser una persona muy radical, de que en realidad no odiaba a los burgueses al pertenecer por nacimiento a ellos, por mucho que intentara aparentar lo contrario. ¡Qué estupidez! Le repliqué que él se había subido al carro de los vencedores solo cuando ya estaba seguro de que la revolución era imparable, y eso le sentó muy mal. No quiero hablar más de él, sé la amistad que le profesas, pero yo también estuve engañada. Estaba celoso ya que él siempre ha sabido que yo te amaba.

Irina se cubrió la boca con la mano, arrepentida de haber hablado de más.

—Quiero decir que yo te amé, lo que él no consiguió nunca —rectificó—. Es cierto que durante un tiempo intentamos una relación que no tenía futuro. La culpa fue mía. Me sentía muy sola y él me mostró una imagen en la que creí, convencida de haberte perdido para siempre. No sé quién fue, pero me llegó una carta sin remite en la que se me decía que amabas a una judía alemana con la que pensabas casarte. Después supe que era cierto, y que te habías casado. Alguien lo comentó aunque reconozco que eso no lo supe por Fiódor, y perdí toda esperanza de poder volver contigo. Lo cierto es que durante los últimos meses que estuvimos juntos tuve la impresión de que no me amabas. ¡No podía soportarlo y me refugié en el trabajo!

»Cuando los policías que se habían pasado a la revolución nos liberaron, volví a la vida. A partir de aquel momento veía las cosas de otra manera. Recuperé la ilusión de vivir. La revolución por la que tanto había luchado me

mostraba un camino, ¡todo estaba por hacer! Pensé que la pesadilla de la Ojrana había acabado para siempre y que no tenía nada de lo que arrepentirme. Si volvieron a detenerme fue porque no colaboré, y entonces intentaron otra táctica. Lavarme la mente, presionarme psicológicamente, por eso me llevaron a aquel centro en Finlandia. Supe dónde me habían llevado el mismo día que me soltaron. Pero tampoco tenía la certeza de que no pudiera ganar la contrarrevolución y pensé en ser prudente, en no contar nada por el momento. Además lo cierto es que firmé aquel documento que me pusieron delante. ¡Preferí olvidarlo! ¡Y de pronto esto! ¡Es una pesadilla! He sabido que algunos de los antiguos dirigentes y agentes de la Ojrana están ahora trabajando para miembros del Soviet, y de nuestro partido. Stalin quiere poseer toda la información, y sé que se ha entrevistado con algunos de los antiguos fiscales y jueces, pero como comprenderás no puedo decir una sola palabra. ¡Es una pesadilla! ¡No sé qué va a pasar, y tengo miedo!».

Paul intentó tranquilizarla.

—¡No tienes nada que temer, Irina! Lo que te sucedió era frecuente en esos momentos, y muchos revolucionarios han pasado por circunstancias parecidas, fueron coaccionados, se les achacó ser agentes dobles. ¿Qué han estado diciendo de Lenin? Que ha podido volver porque es un agente al servicio de Alemania. Y lo mismo de Trotsky. Y el mismo Stalin se encontró acusado de colaborar, y Zinoviev, y otros muchos. No te preocupes, y quítate de la cabeza que Fiódor haya tenido algo que ver en ello. Pongo la mano en el fuego por él, pues lo conozco muy bien. Tiene otros defectos, pero es un hombre leal. Mira, te propongo que te quedes aquí el tiempo que quieras —intentó bromear—, pero si quieres meterte en mi cama avísame antes… ¡Me has asustado! —Irina sonreía entre lágrimas—. Bueno, de momento no se lo diremos a nadie. Ya sabes que estamos sin portero. Mark Gavrilovich fue detenido a las pocas semanas de la revolución, acusado precisamente de colaborar con la Ojrana, aunque es su caso me temo que es cierto. Tengo que advertirte que tu madre también tiene llave, aunque cuando sabe que estoy llama antes de entrar, pero si cree que estoy fuera, entra y sale cuando quiere. Desde que vive con Karl ha cambiado mucho, y los dos están encantados con la relación. Ella da instrucciones a Nina, que por cierto ha tenido que marcharse de nuevo, ahora por la desgraciada muerte de su hermano. Tu madre sabe muy bien lo que tiene que hacer, y me sube un bizcocho, la compra o algo que ha cocinado para ella y Karl. ¡No me deja que vaya a comprar! Dice que me engañarían. Sabes cómo es, y nos tiene a Karl y a mí sobreprotegidos. Así que si te parece, utiliza el dormitorio del fondo, el que

tiene otro baño incorporado. No suele entrar allí ya que solo utilizo esta primera parte del piso. No dejes cosas tuyas en esta parte de la casa, así intentaremos mantener el secreto durante unos días. Hablaré con Fiódor, a ver qué me cuenta sin decirle que estás aquí. Después iré a ver a Vladimir Ilich Ulianov, y aunque sé lo ocupado que está, me recibirá y le contaré la situación. No se puede crear una mancha indeleble sobre alguien como tú. Sé muy bien lo que has luchado por el partido bolchevique, y no te mereces esto. De ninguna manera vamos a aceptar que ahora intenten salpicarte. ¿De acuerdo?

Irina asintió entre lágrimas. Parecía contenta y emocionada por su respuesta. Paul no le había fallado y eso era lo más importante para ella.

Aquella mañana, Paul se dirigió a la redacción de *Pravda* y las demás publicaciones bolcheviques. Quería hablar con Fiódor Yegórovich para ver si le aclaraba la situación de Irina. En la puerta tuvo que identificarse al preguntar por su amigo. Stalin había prohibido el libre acceso por temor a atentados contrarrevolucionarios. Tuvo que aguardar allí mientras lo encontraban.

Pero Fiódor entraba en aquel momento y le pidió que lo acompañara a su despacho.

—Las cosas ya no son como antes. Todo el mundo desconfía. Se habla por todas partes de espías a favor de Alemania, de agentes provocadores pagados por la burguesía, de informadores del gobierno provisional, de los antiguos policías de la Ojrana. El ambiente se ha enrarecido dentro de la propia redacción, y ya no se habla con libertad —bajó la voz—. Stalin quiere saberlo todo, conocer los antecedentes de todos y cada uno de los que trabajan o colaboran en *Pravda*, incluso de los que ya lo hacían antes de volver él a Petrogrado.

Fiódor lo miró de soslayo y le murmuró que tenía algo que contarle sobre Irina Pávlova. Alguien la había denunciado enviando una documentación comprometedora y Stalin quería una aclaración pormenorizada de la propia Irina, que había abandonado la redacción sin más. No sabían dónde se encontraba y aquella situación no la beneficiaba. Aseguró que él no dudaba de su inocencia. Estaba tan entregada a la causa que resultaba impensable que fuese una colaboradora de la Ojrana. Pero debía dar una explicación convincente cuanto antes, ya que desaparecer la comprometía aún más.

Cuando le preguntó si sabía cuál era la documentación comprometedora que habían enviado, Fiódor le explicó que se trataba de fichas originales y documentos procedentes, sin duda alguna, de los archivos policiales de la Ojrana. No se trataba de pruebas inconsistentes, sino de algo muy serio, tanto que en caso de que no pudiera dar una explicación muy consistente, o no la creyeran, Irina podría tener serios problemas. Le explicó que, aunque no era público, entre los miembros del partido bolchevique existía una especie de tribunal de honor. Si alguien era declarado culpable, podía llegar a pagar hasta con la propia vida, dependiendo de la gravedad del caso. Rusia se hallaba en una situación muy difícil. Se estaba jugando el ser o no ser de una revolución para cambiarlo todo y, ante tal tesitura, todo podía suceder.

Aunque Fiódor parecía verdaderamente preocupado, Paul no podía contarle la verdad, al menos por ahora. Tampoco que Irina estaba escondida en su piso, que había acudido a él buscando refugio, pues no sabía como podría tomárselo. Tendría que encontrar una forma de salir de aquel difícil trance. Al menos había podido comprobar lo que Irina le había contado. Se despidió de su amigo, quien dijo que sentía no poder acompañarlo porque tenía la mesa llena de papeles. Fiódor le confesó que su reciente relación con Irina lo ponía a él también en el punto de mira, y que eso lo obligaba a hacer un esfuerzo adicional y a estar muy pendiente de todo.

Paul volvió al piso para ver cómo seguía ella. La conocía lo bastante para saber lo impulsiva que podía llegar a ser y temía que pudiera haberse marchado al creer que estorbaba. Por otra parte, tenía que preocuparse de comprar lo esencial, aunque no creía que la estancia de Irina en su casa durara mucho. Hablaría con Ludmilla y le diría que empezaba a hartarse de comer en la calle y que le dijera dónde podía adquirir algunas cosas. El problema era que quisiera echarle una mano.

Al entrar en el piso encontró a Irina preparando la comida. Ella lo miró intentando sonreír y le contó que su madre ya estaba enterada de que estaba allí. El sereno del barrio había comentado con algún vecino el tema de la mujer que no tenía llave del portal, y alguien se lo había dicho a Ludmilla al encontrarla casualmente. Petrogrado seguía siendo una impresionante ciudad, pero al final repleta de campesinos chismosos. Intrigada, Ludmilla subió al piso, abrió con su llave y se encontró con su propia hija en la cocina. Al verla solo exclamó: «¡Lo sabía!». Le prometió no decir nada cuando ella le hizo comprender lo que se estaba jugando. Solo se lo diría a Karl, a quien no podía ocultarle nada. Después le subió provisiones y una cazuela con comida recién hecha.

Paul se encogió de hombros. De momento intentarían que no trascendiera. De la portería se ocupaba de día la mujer del portero, que sabía quién era Irina y la relación que mantuvo con él tiempo atrás. Si la veía entrar o salir, resultaría imposible mantener la discreción, siendo como eran los porteros unos informadores de primera mano, antes para la Ojrana y ahora para el gobierno provisional, el Soviet de Petrogrado o los partidos políticos, pues todos seguían acudiendo a ellos para saber quiénes eran y qué hacían los vecinos de todos y cada uno de los edificios con portería de la ciudad.

Llamó al teléfono que figuraba en la tarjeta que Lenin le había entregado para que pudiera ponerse en contacto con él si lo necesitaba. Le contestó una voz femenina, probablemente su secretaria, aunque quizás fuera Nadezhda Krúpskaya, su esposa, que le dijo que Lenin no volvería hasta dos días más tarde. Se identificó y explicó que deseaba ver a Vladimir Ilich Ulianov cuando volviera, para lo cual dio su número de teléfono. Al cabo de un rato sonó el aparato y lo cogió pensando que sería Lenin, pero se trataba del secretario particular de Kérensky, que lo citaba para comer al día siguiente a la una de la tarde en el lugar de siempre. Contestó que allí estaría. Cuando se lo contó a Irina, esta le dijo que no debía fiarse de aquel hombre.

—Ese Kérensky pretende convertirse en el nuevo zar civil —subrayó lo de zar—. Es un personaje demasiado ambicioso y mucho le costará conservar la cabeza cuando esto empiece de verdad.

Paul le preguntó qué quería decir con lo de comenzar de verdad. ¿Quién iba a comenzar qué?

—Los bolcheviques seremos al final los vencedores. El ejército, quiero decir la masa popular de los soldados, esta de nuestro lado —contestó confirmando que, a pesar de su situación, Irina mantenía intacta su fe en el partido—. Mira, en el Soviet, los mencheviques no tienen una ideología clara, los eseristas menos aún, y de los social-revolucionarios que rodean a Kérensky, mejor no hablar. Sabes bien que el gobierno provisional es como un tigre de papel, una mera tramoya sin nada ni nadie tras ellos. En cuanto a los burgueses, no serán capaces de dar la cara, necesitarán a los generales cosacos, a los atamanes del sur para que los defiendan. Entonces, cuando llegue ese momento, y te garantizo que no tardará mucho, los bolcheviques se llevarán de calle el apoyo de los campesinos, los proletarios y los soldados. ¿Qué ocurrirá entonces con los Kérenskys de turno? Si fuera uno de ellos, estaría más preocupada de lo que lo estoy yo misma.

Él quiso quitarle hierro al asunto. No deseaba iniciar un juego paralelo y le contó la entrevista con Fiódor. Le explicó que tampoco él la creía culpable

de nada, pues conocía bien los métodos de la Ojrana, y que se había incluso ofrecido para hablar con Stalin. Para Fiódor era claramente un burdo intento de sembrar dudas y recelos dentro del grupo de confianza, en algo tan estratégico como el propio periódico de los bolcheviques, *Pravda*, que venía a ser como su estado mayor en aquellos momentos y que tanto efecto podría tener en el devenir de la revolución. Confiaba en que Stalin lo entendería.

Al día siguiente trabajó durante la mañana. En la mesa cercana, Irina estaba escribiendo, preparando una especie de alegación en la que explicaba minuciosamente todo lo que le había sucedido y su relación con la Ojrana. Él pensaba llevársela a Lenin, a la sede del partido bolchevique en la mansión de la Kshesinskaya, para poder argumentar la defensa de Irina. A la una en punto estaba entrando en el restaurante. La propietaria cerraba los miércoles, coincidiendo con el día en que Kérensky iba a comer, para evitar problemas, aunque se comentaba que Kérensky se lo había impuesto por razones de seguridad. La mujer sabía que venía para comer con el ministro y lo hizo pasar al comedor privado donde estaba preparada la mesa. Se asomó al ventanal y, un minuto más tarde, vio llegar a Kérensky en una caravana de tres automóviles idénticos. Kérensky se apeó del último. Dos minutos más tarde entraba en el comedor.

—Querido Paul, vengo de visitar el frente y le he echado de menos. Me hubiera encantado que me acompañase, pues ha resultado muy instructivo. Todo lo que se cuenta de nuestros soldados en el frente es falso, al menos a mí me han recibido como deben hacerlo unos soldados con su ministro de la Guerra. ¡Qué importante hubiera sido que alguien como usted levantara acta de ello! La próxima vez le invito a acompañarme. Usted sabe que el Soviet emitió la Orden n.º 1 para demostrar que el ejército se encuentra bajo su control. Ante ello, yo redacté y ordené publicar el decreto *Declaración sobre los derechos de los soldados*, para intentar devolver la autoridad de los oficiales. ¿Qué otra cosa es un ejército sino un sistema jerárquico en el que las órdenes de los superiores no se pueden discutir? ¡Y estos bolcheviques pretenden hacer de él un sistema asambleario por medio de sus comisarios políticos! ¡Qué estupidez! ¿Ha leído usted el último discurso de Lenin? ¿Podría explicarme qué significa en realidad «una paz universal de las masas trabajadoras contra los capitalistas»? ¿Qué hacemos entonces con los frentes abiertos en Alemania y Austria? Ellos siguen ahí, disparando sus cañones, organizados, disciplinados, dispuestos a invadirnos, mientras aquí los utópicos hablan de la paz mundial… Mire, yo no creo que Lenin o Trotsky

sean espías ni agentes provocadores de los alemanes, pero hay ocasiones en que lo parecen. ¿A usted no?

Paul negó con la cabeza sonriendo.

—No, Aleksandre Fiódorovich, a mí no me lo parecen, ni creo que tengan la más mínima afinidad con los alemanes y sus políticas. ¡Al menos los que declararon la guerra! Pero es otro punto de vista. Ahora es usted ministro de la Guerra, y lo ve todo desde arriba. ¡No, ni Lenin ni Trotsky están al lado de Alemania! ¡Quítese eso de la cabeza de una vez por todas!

Pero Kérensky seguía en sus trece, negando los argumentos que Paul le daba.

—¡No crea que me ha convencido! La intención de los bolcheviques, y no le quepa duda de que ese Trotsky es tan bolchevique como Lenin, es destruir el ejército ruso desde la misma raíz. ¿No es eso estar al lado de Alemania? Los comisarios políticos bolcheviques están impidiendo que los soldados obedezcan las órdenes de sus oficiales. ¿Eso como lo llamaría usted?… En fin, ¿no se habrá vuelto también usted uno de ellos?

Paul sonrió. No quería entrar en una diatriba personal con Kérensky. Siempre se habían llevado bien, pero tampoco podía permitir que generalizase de ese modo.

—Aunque sea usted el ministro, me permitirá hablarle con franqueza. Lo que yo percibo es que ustedes se están quedando solos. Me refiero al gobierno provisional del que es usted una de sus figuras más representativas. ¿A quiénes representan, a los zaristas, a los *narodnikis*, a los burgueses, a los demócratas constitucionalistas, a los kadetes, a los que pretenden convertir Rusia en una nación europea? Ahora el verdadero poder es el campesinado, el proletariado, los soldados que han sido forzados a combatir, pero que quieren volver a ser campesinos y obreros. Lo que veo es que ustedes se encuentran en una falsa posición, y creo que usted y algunos de sus compañeros lo están haciendo de buena fe. Usted… perdone un momento, Aleksandre, pretende volver a editar lo que sucedió en 1792 en Francia, cuando los soldados respaldaron al gobierno revolucionario y consiguieron evitar la invasión de los prusianos. ¡Siempre los prusianos! Por lo que sé, acaba usted de sustituir a Alexeyev, su comandante en jefe, por Brusilov. ¿No podría suceder que cuando usted grite «¡Adelante mis valientes!», de pronto se vea avanzando solo, sin nadie que le siga?

—¡No, por Dios! —protestó Kérensky—. ¡Está usted más negativo que nunca, tendría que haber visto cómo me vitoreaban antes de ayer los soldados en el frente! Seguían mi coche corriendo y puedo asegurarle que era algo

emocionante de contemplar. Eso, a pesar de las negativas arengas de los comisarios bolcheviques, a pesar de las enormes dificultades, de que es cierto que apenas nos quedan recursos, de que nuestros soldados combaten en inferioridad de condiciones, sin las suficientes municiones, sin repuestos ni provisiones suficientes. ¡Sepa que estoy intentando solventarlo con todas mis fuerzas, pero la situación económica es desastrosa, y la organización penosa! ¿Entonces qué debo hacer? ¿Rendirme a la evidencia y ceder el poder a los soviets? ¡Jamás haré tal cosa! ¡No mientras no lo digan las urnas! Ellos están llevando a cabo una política de coacción. Luego, a la hora de recontar los votos, solo son una minoría aulladora y feroz que entiende la democracia a su manera. No quieren razonar en la Duma sino imponer sus criterios por las buenas o por las malas, eso lo sabe todo el mundo. ¡Si esa gente llega al poder… que Dios nos ayude porque comenzarán por fusilar a todos los que se opongan a sus planteamientos! ¡No se deje engañar! ¿Acaso el ministro de la Guerra debe llevar este país a la rendición? ¡Jamás! En cuanto a Alexei Brusilov, tendrá muchos defectos, no se lo discuto, pero ha sido el único general zarista en no perder el honor en esta guerra. El otro día, en Tarnopol, estuvimos de acuerdo en llevar a cabo una ofensiva contra los alemanes. ¡Ese buen hombre cree que aún tenemos ejército! Me dijo que podría llegar a un acuerdo con sus hombres para combatir. Por el contrario, el antiguo general en jefe Alexeyev es un derrotista —Kérensky bebió un largo trago de vino mientras miraba a los ojos de Paul—. ¡Amigo mío, esto, como casi todo en la vida, es un problema de confianza! ¡Saldremos adelante!

Paul aprovechó la oportunidad para hacer una pregunta que solo él podía contestarle:

—Aleksandre Fiódorovich, ¿qué va a ocurrir con el zar y su familia?

El ministro suspiró antes de contestar.

—Si quiere que le sea sincero, no lo sé. En Europa nadie los quiere asilar ya que todos alegan que se trata de vecinos incómodos. En los Estados Unidos, país en el que habíamos puesto grandes esperanzas, su presidente ha cambiado de opinión y se niega a que vayan allí. Y la verdad, tal como están las cosas, no sé lo que va a suceder en nuestro país. Si nosotros nos consolidamos, aunque seamos antizaristas, nunca hemos creído en la revancha y le buscaremos una salida. ¿Conoce las declaraciones de Sverdlov, uno de los más radicales entre los bolcheviques? Ese hombre asegura que el zar debe ser juzgado, condenado y fusilado. Si por esas cosas del destino son los soviets, o los bolcheviques los que llegan al poder, cosa que no creo factible por el momento, entonces podría suceder cualquier cosa. En tal caso, creo que

peligrarían todos los miembros de la familia. No permitirían que quedara nadie susceptible de reclamar en un futuro la corona. Le confesaré que yo esperaba que usted pudiese ayudarme a sacarlos a través de su embajada. ¡Pero ya no es posible, el embajador ha recibido órdenes terminantes! Y el Soviet ha colocado alrededor del Palacio de Alejandro, en Tsárskoye Seló, tropas de su absoluta confianza para vigilarlos, para ellos es un asunto prioritario. Quieren demostrar al pueblo que solo ellos harán justicia, mientras que nosotros intentaríamos respetar su vida. ¡Un asunto muy feo! Yo los habría enviado lo más lejos posible, pero esa posibilidad ha quedado descartada.

Aquella tarde se despidió de Kérensky con la sensación de que no creía ya ni sus propias palabras. Todo estaba cambiando con tal rapidez que no tenía otra opción que seguir adelante, como un tren sin frenos cuyo revisor dijera a los pasajeros: «¡Ahora es cuando avanzamos más deprisa!». Volvió caminando al piso por las calles de aquel Petrogrado gris y amargo que escondía en su seno un San Petersburgo resplandeciente y más hermoso que ninguna otra ciudad sobre la tierra. Cada vez estaba más convencido de que el pueblo ruso tendría que hacer su particular travesía del desierto, pero que llegaría el día en que todo volvería a ser lo que un día soñaron Pedro el Grande y Catalina II. Una impresionante urbe como dibujada en el cielo. Él podía ver, aunque fuera entre el lodo y las raudas nubes grises que parecían perseguirse por el cielo, los palacios construidos sobre un enorme pantano gracias a la fe de los hombres.

Pensaba que al día siguiente debería hablar con Lenin sobre el asunto de Irina. Probablemente la situación habría llegado a sus oídos, según la rígida y subjetiva versión de Iósif Visariovich, y no debía demorar más su explicación. Se encontraba en medio, lo que no le hacía ninguna gracia, pero en modo alguno podía abandonar a Irina a su suerte. Al encontrarla dormida en su cama, sintió renacer dentro de él sentimientos que creía olvidados o perdidos para siempre. Irina solo había hecho lo que le indicaba su instinto: buscar su calor, su seguridad, volver al manantial donde se sabía más segura que en ninguna otra parte. Pero sabía que Stalin era un mal enemigo en su voluntad de conseguir que los bolcheviques llegaran al poder, para él ocupar entonces uno de los puestos principales tras el verdadero líder, Vladimir Ilich Ulianov. No tendría piedad de quienes mostraran la menor debilidad dentro del partido, y la denuncia presentada con pruebas fehacientes contra Irina podía significar en aquellos momentos una sentencia fatal. Todos estaban implicados de una

manera u otra: Fiódor Yegórovich, Ludmilla Pávlova, Karl von Lissberg, él mismo, pero sobre todo Irina.

Al día siguiente caminó hasta la sede del partido bolchevique. En la puerta le dijeron que Vladimir Ilich no había podido acudir por encontrarse indispuesto. Apesadumbrado, volvía sobre sus pasos cuando se encontró con Trotsky. De pronto se le ocurrió que sería mejor explicárselo a él. Molestar al líder por un asunto privado se le hacía muy cuesta arriba, y a fin de cuentas Trotsky era de los más respetados además de conocer bien a Irina. Después de saludarlo le preguntó si podía exponerle un tema particular. Trotsky, que parecía ir pensando en sus asuntos, asintió diciendo que lo siguiera.

—Venga por aquí, Paul. Al final me han dejado un despacho. ¡Me temen! —Trotsky bromeaba continuamente sobre todo, incluso sobre sí mismo—. ¡Es mi sangre judía! ¡Soy el hijo de David! Los judíos lo mismo vemos arder una zarza en el desierto y creemos que Dios se está comunicando con nosotros, que armamos una revolución para asegurar a todo el mundo que Dios no existe. Y ahora cuénteme el problema que tiene, aunque me extraña que alguien como usted tenga un problema y necesite a alguien como yo para que se lo resuelva.

Paul le contó todo el asunto. Trotsky jugueteaba con un lápiz y se mantuvo en absoluto silencio hasta el final. Cuando terminó su exposición, habló él:

—Es un asunto muy delicado. Las pruebas la acusan, pero está usted hablando con alguien que en varias ocasiones ha estado en la misma situación. Puedo entender lo que sentirá Irina Pávlova en estos momentos. A mí me acusan de que los alemanes me entregaron diez mil dólares en Nueva York para ayudarme a montar la contrarrevolución. Conozco a Iósif Visariovich y a Irina desde que era prácticamente una niña. Es amiga mía, pero tengo que hacerle esta pregunta: ¿Usted la cree? —Trotsky lo miró a los ojos fijamente.

—¡Sí, claro que la creo! Yo intenté sacarla de allí, y fui incluso a la calle Fontanka la primera vez que la detuvieron, pero el inspector al que conocía en la Ojrana me aseguró que ellos no sabían nada del asunto. Puedo asegurarle que si Irina peca de algo es de haberse entregado en cuerpo y alma al partido en el que cree, el bolchevique.

—¡Entonces no hay más que hablar! Mañana sin falta hablaré con Vladimir Ilich Ulianov. Es un hombre extremadamente exigente pero también

comprensivo y justo, que conoce por experiencia personal las tretas y las argucias de la policía. ¡El problema es Stalin, demasiado desconfiado, demasiado exigente con los demás, demasiado todo! Pero en fin, no puede con Vladimir Ilich. Algún día le contaré lo que está sucediendo entre bambalinas, pues es algo que no debería olvidarse. Estoy convencido de que estamos haciendo historia, y de que lo que ahora está ocurriendo en Petrogrado y Rusia es muy importante para el futuro de la humanidad. ¡Soy consciente de ello! Bueno, dígale a Irina que no se preocupe. Forma parte de las personas que merecen la pena dentro de las que estamos luchando al pie del cañón. ¡Pero que espere hasta que yo se lo diga para volver al *Pravda*! Ahora voy a intentar hablar con Vladimir Ilich, si es que consigo que Nadezhda Krúpskaya me deje pasar ya que, por lo visto, el hombre se encuentra algo indispuesto. Lenin tiene el espíritu más fuerte que el cuerpo, y eso me preocupa. Está demasiado cansado, trabaja hasta la extenuación todos los días, y claro, de tanto en tanto se agota. Lleva a cabo la labor de una docena de hombres y su salud se resiente. ¡Yo trabajo por uno y termino agotado! Y ahora váyase, porque estarán murmurando que ambos somos espías americanos. ¡Ja, ja, ja! ¡Petrogrado, la ciudad de los espías!

Salió de la antigua mansión de la amante del zar Nicolás, Matilde Kshesinskaya, de la que también se rumoreaba que espiaba para los alemanes. Nadie se libraba de la maledicencia. Unos meses antes aquella mujer había abandonado el país. De todos los líderes de la revolución, Trotsky era el que parecía tener las ideas más claras, al menos el que estaba más en contacto con la realidad. Recordó la tarde en el *Cirque Moderne* y no pudo evitar sonreír pensando en aquella mezcla de sinceridad, cinismo, inteligencia y realismo, en la lección magistral que impartió sobre la política de la revolución. Tal vez, como él decía, por su sangre judía o por ser un hombre internacional que conocía bien el mundo en el que le había tocado vivir, indudablemente respaldado por una capacidad intelectual que impresionaba a cualquiera, y por su sagacidad y fina ironía. El hijo de David.

Cuando le narró la conversación a Irina en presencia de Ludmilla y de Karl, la joven comenzó a sollozar, impresionada por la respuesta de Trotsky, con el que siempre había mantenido una relación amistosa y sincera.

—Paul, no sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí en estos momentos.

—¡Irina, no digas tonterías! Esta clase de asuntos no son más que un problema de confianza. Trotsky te conoce bien desde hace años, y él mismo está siendo objeto de una campaña de descrédito de la que no se libra ni el

mismísimo Lenin, del que se llegó a decir hace muy poco que era un agente alemán. De mí, creo que rumorean que soy un espía americano. Y es que en una situación como la que estamos viviendo, nadie se libra. Pero no te preocupes, la vida da muchas vueltas. No eres tú sola, pero la verdad, mejor así. ¡Amén!

—¡Amén! —le salió del alma a Ludmilla, que escuchaba atentamente y era de la vieja escuela—. Bueno, ahora os tendré que preparar algo para la cena, ¡celebremos el hecho de estar juntos!

Ludmilla quiso lucirse. Preparó unos *blinis* de salmón fresco y una exquisita sopa *borsch* de carne, remolacha y verduras. Unos pastelillos de harina, azúcar y mantequilla de postre. Luego abrió una botella de vodka. Cuando Paul le dijo que aquello de «tirar la casa por la ventana» se decía en América, Ludmilla rio a carcajadas sin poder contenerse. «¡Es que hoy es el primer día de la revolución en que me siento una mujer feliz!», respondió. Cenaron en el piso de Karl y luego Irina y él bajaron al piso en silencio.

Aquella noche mientras permanecía tendido en la cama sin poder conciliar el sueño, oyó cómo tocaban suavemente en su puerta con los nudillos. Estaban solos, no podía tratarse más que de Irina.

—¿Sí? —contestó mientras encendía la luz.

Ella empujó la puerta justificándose.

—Es que no quería asustarte —Irina corrió hacia la cama y se introdujo a su lado—. ¿A qué estás aguardando? ¡Apaga la luz, tonto!

Dos días después, tras recibir una llamada de Trotsky, Irina volvió a la redacción de *Pravda* y se dirigió a su puesto de trabajo con toda naturalidad. Cuando se cruzó con Fiódor Yegórovich, tendió su mano diciendo: «¿Amigos?». Este sonrió mientras se la estrechaba. Imaginaba por lo que Irina acababa de pasar y no podía lastimarla con un desaire, aun sabiendo que estaba viviendo en casa de Paul. En cierto modo, el amor y la guerra se parecían mucho.

Fiódor estuvo unos días sin aparecer por el piso, ni siquiera lo llamó. Una mañana se lo encontró por la calle por casualidad y lo invitó a un té con pastas. Cuando Paul le preguntó si estaba molesto con él, Fiódor negó con la cabeza al tiempo que contestaba:

—Mira Paul, cuando ella se vino conmigo, recuerdo bien que respetaste su decisión. Ahora me toca a mí. No estoy enfadado con ella ni contigo, solo algo triste por no haber sido capaz de conservarla. Al principio creí haber encontrado a la mujer de mi vida. Ahora sé que si aparece alguna vez, su nombre no será Irina Pávlova. Pero no es eso lo que hoy me preocupa.

Paul notó que, además de triste, Fiódor parecía preocupado por algo. Al final no tuvo que preguntarle.

—Hace días que quiero explicarte lo que está pasando. El otro día tuvimos una reunión en casa de Serguéi Alliluyev. Allí estaban Iósif Vissariónovich, Molotov[190], Ordzhonikidze[191], Dzerzhinski[192] y yo. El ambiente estaba muy tenso. Stalin me dijo que volviera a la redacción. No fue una sugerencia sino una orden. Comprendí que no querían hablar libremente hasta que yo me fuera. Después de aquella tarde, Stalin no ha vuelto a saludarme, ni me ha dirigido la palabra. Lo conozco suficientemente para saber que me está acusando de algo. ¡Es como si de pronto hubieran perdido la confianza en mí! Pensé que mi relación con Irina me estaba perjudicando, pero eso parece haberlo olvidado. Incluso mi relación de amistad contigo y con Karl, a fin de cuentas dos extranjeros. Le pregunté luego a Kámenev, pero se encogió de hombros. Debes saber que al igual que cuando Trotsky llegó de vuelta de América se refugió unas noches en el antiguo piso de Ludmilla, adonde lo llevó Irina, a Stalin le ofrecí yo mi apartamento cuando llegó de Siberia. ¡Ahora parece haberlo olvidado! Ese hombre solo ve confabulaciones y traiciones por todas partes.

Paul quiso quitarle hierro al asunto. Comenzaba a entender el clima de desconfianza, de pequeñas y grandes traiciones, de enemistades y venganzas alrededor de la lucha por el poder. Ni siquiera el propio Lenin se encontraba a salvo. Volvía a hablarse de la extraña manera de permitirle los alemanes cruzar el país para volver a Rusia.

—¡Fiódor, no te preocupes! Tendrán otros motivos, ya sabes lo ingrata que es la política. ¿O es que no sabías dónde te metías? Probablemente estén preocupados por otros asuntos y no querrán que nadie los sepa. No eres tú solo el que está siendo señalado. Ahora somos todos sospechosos para los que quieren el poder a toda costa.

—¡Gracias por tú ánimo, Paul, pero me temo que haya algo más! ¡Maldita política! ¡Ojalá no me hubiera metido, pero ahora estoy en la boca del lobo!

Se despidieron en la puerta de la tetería. Lo vio alejarse caminando con rapidez entre la gente. Fiódor no solo había perdido a Irina sino que sus propios compañeros de partido le daban de lado. Lo había notado deprimido y

triste y eso le preocupaba ya que sabía lo importante que resultaba para su trabajo aquel animoso compañero de fatigas.

De pronto vio cómo la gente comenzaba a arremolinarse en los kioscos de prensa. Los periódicos traían la noticia de una gran victoria en el frente. Los titulares aseguraban que el ejército ruso pasaba a la ofensiva. Era la primera vez en mucho tiempo que algo así sucedía y quiso saber de qué se trataba. Compró varios periódicos de distintas tendencias y se dirigió al piso. Decidió subir a comentarlo con Karl.

Karl tenía otro concepto de lo ocurrido. Según le habían comentado personas bien informadas, el grueso del ejército alemán estaba siendo enviado en aquellos días a los frentes occidentales. La confraternización de los soldados rusos con los alemanes había llegado a un punto en que daba la impresión de que no existía un frente sólido para los mandos alemanes. Sus oficiales les hablaban de la enorme cantidad de desertores en el ejército ruso, de la falta de municiones necesarias para defender la línea del frente, pero sobre todo de la falta de disciplina. Los alemanes podrían aprovechar aquella situación favorable de no ser porque sus propios soldados confraternizaban con los rusos, compartiendo desde las botas de un cadáver hasta la carne de un caballo al que sacrificaban para comérselo. No era la primera vez que un grupo de soldados prusianos llegaba hasta las trincheras rusas enarbolando una bandera roja, la enseña de la Internacional Socialista y allí se repartían el botín. ¿Sería cierto que ese entendimiento llevaría a acabar con la guerra? Para unos soldados en aquella situación, resultaría imposible disparar contra los que acababan de compartir algo de comida, botas o de intercambiar provisiones con ellos, incluso vodka. Además se sabía que los alemanes necesitaban perentoriamente tropas de refresco en Francia y Bélgica, pero sobre todo querían evitar la influencia de los comisarios bolcheviques, que en algunos casos tenían la osadía de adentrarse en las líneas enemigas para repartir allí sus panfletos en alemán, a pesar de que la complicidad con el enemigo se pagaba con un consejo de guerra inmediato y el fusilamiento sin más apelación.

Fue entonces cuando entre Kérensky y Brusilov, que sentían el acoso al que estaba siendo sometido el gobierno, tomaron la decisión de llevar a cabo una ofensiva, convencidos de que ello serviría para reavivar el ánimo de los soldados, volver a recuperar la disciplina, el apoyo de la población civil, e impulsar el gobierno provisional. El 8 de junio se iniciaba la ofensiva en el

frente norte, el 9 en Rumanía y el 16 en el frente sudoccidental. Las bolsas de París y Londres marcaron al alza los valores rusos, en un intento de insuflar oxígeno a un cadáver, como señalaba *Le Figaro*.

Karl pensaba que aquello no llevaba a ninguna parte y que no eran más que fuegos de artificio para intentar salvar a un gobierno sin capacidad ejecutiva ni fuerza política.

—Todas estas historias nos conducirán a la guerra civil. ¿Has visto lo que sucedía hace un rato en la Perspectiva Nevski? Manifestaciones de soldados de los cuarteles en contra de la ofensiva, apostrofados por sus propios oficiales que, naturalmente, se han desmarcado, y de los burgueses, que temen que el frente termine por caer y nos encontremos con los prusianos a las puertas de Petrogrado. Creo que el ministro de la Guerra está jugando con fuego desde que ocupa esa difícil cartera.

Paul, que conocía bien a Kérensky, respondió:

—Tal vez no tenga ya otra salida que la huida hacia adelante.

Unos días más tarde se conocieron los resultados de la ofensiva. Un fracaso total, tal y como los señalados como derrotistas habían predicho, incluyendo al propio Karl. Irina los iba poniendo al día. Las tropas rusas rechazaban ser enviadas al frente. De inmediato los alemanes iniciaron una contraofensiva y el frente ruso se desmoronó como un azucarillo en café caliente.

Se programó para el 10 de junio una gran manifestación contra el envío de más tropas al frente, a lo que se opuso el comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, que controlaba ya a al resto de soviets de Rusia.

Irina se lo explicaba con entusiasmo:

—¡Tendrías que haber visto cómo se pusieron los del Ispolkom! ¡Como si los bolcheviques fuésemos los mayores enemigos de la revolución! ¡Todos iban y venían para impedirlo, convencidos de que pretendíamos derribar al gobierno!

Acompañado de Irina, pudo asistir a la manifestación que se celebró el 18 de junio. La gente obrera, el campesinado, muchísimos soldados de uniforme alzaban carteles declarándose simpatizantes de los bolcheviques. Irina caminaba junto a él, radiante, como si aquella manifestación fuese en su honor. No pudo evitar gastarle una broma al decirle que parecía la reina de los festejos populares. Ella sonrió. La evidencia era que los bolcheviques estaban avanzando con una rapidez insospechada hacia el poder.

Al día siguiente, Fiódor lo llamó por teléfono citándole en una de las esquinas de la Perspectiva Nevski. Caminó con rapidez hacia allí y se encontró con otra gran manifestación, aquella a favor del gobierno provisional. Entre la multitud se veían grandes retratos de Kérensky y alusiones a la brillante ofensiva del ejército. Comentó con Irina que la gente no tenía información real de lo que estaba sucediendo en el frente, tampoco de lo que ocurría en la cárcel de Viborg. Los anarquistas asaltaron la prisión y pusieron en libertad a todos los detenidos. Fiódor lo supo unas horas después y telefoneó a Paul, que ya se había acostado.

—¡Paul, la ciudad es en estos momentos un verdadero caos! ¡No salgas, te mantendré informado!

Aquella noche, Irina resultó lesionada en la calle al intervenir en una trifulca entre bolcheviques y kadetes. Cuando volvió al piso, dolorida y de madrugada, Paul le dijo bromeando para relajar la tensión: «¡La libertad guiando al pueblo ha tropezado con la dura realidad!». Sufría un fuerte golpe con dislocación del hombro, tenía un ojo amoratado y el labio inferior partido, además de la ropa hecha jirones y la cara manchada de lodo y grasa. Ella, en su amor propio, se dirigió al baño para bañarse, manteniendo que no le dolía, pero cuando al cabo de un rato sus magulladuras se enfriaron, no pudo soportar el intenso dolor en todo el cuerpo y decidieron avisar al doctor Salomón Levinsohn, que como siempre acudió.

—¡Irina! —exclamó el doctor Salomón con convicción—. ¡Siempre merece la pena luchar e incluso morir por la libertad!

El hombre estaba pasando por serias dificultades económicas porque se había corrido la voz de que colaboraba con los bolcheviques, lo que por otra parte era cierto, ya que día si, día no, se acercaba en tranvía a Viborg con su maletín negro a hacer lo que podía por los heridos de bala o golpeados en las manifestaciones, o para atender a los niños más necesitados del barrio obrero. También se decía que atendía a los líderes, como Iósif Vissariónovich, Zinoviev, Trotsky y los demás, que querían como médico a alguien de total confianza. Eso le había hecho perder gran parte de su clientela burguesa, y por tanto adinerada del barrio, aunque sus verdaderos amigos lo apoyaban en lo que podían. Karl, que estaba al tanto de su situación, le entregaba de vez en cuando algo de dinero y Ludmilla le bajaba casi a diario algo caliente.

En aquellos días ásperos y, al tiempo, heroicos e increíbles, comprendió que había vuelto a encontrar a la primera Irina de la que se había enamorado perdidamente. Con el paso de los años podía entenderla mejor, más al ver el resultado de la lucha sin tregua por unos ideales. Admiraba de los

bolcheviques su fe y su tesón, pero no podía compartir el modo de conseguir sus objetivos. Creía que Lenin estaba intentando llevar con todas sus fuerzas a la realidad sus famosas tesis. Que Trotsky había por fin entendido que el cambio pasaba por aceptar que el líder era Lenin, al que podría ayudar mucho con su pragmatismo. Que, sin embargo, los modos tan rudos y descarnados de Iósif Vissariónovich no podrían tener éxito, como no fuera a través de un camino de espinas y sangre. No había hablado con él personalmente, solo lo había saludado en alguna reunión, pero notó desde el primer instante que aquel hombre siempre creaba una barrera defensiva que impedía acercarse a él. En cuanto a los demás, Sverdlov, Kámenev, Zinoviev, todos seguían sin el menor titubeo la senda señalada por Lenin.

También Irina procuraba dejar la política fuera de casa, aunque aquella noche hubiera vuelto con las marcas de la guerra. Los social revolucionarios, los kadetes, incluso muchos de los adscritos al Soviet de Petrogrado, al que comenzaban a llamar Soviet de todas las Rusias, sacaron todas sus armas dialécticas contra los bolcheviques. Mientras, Lenin y Trotsky aseguraban que todo aquello no era sino la demostración de que ellos estaban ganando la contienda. Pero Irina y todos sus compañeros de partido estaban corriendo un gran riesgo personal. En ocasiones, incluso debían repeler agresiones en plena calle. Eran insultados, injuriados, difamados, aunque sus apoyos fueran cada vez mayores, incluso por algunos colectivos que aún dudaban de incorporarse definitivamente.

Irina permaneció en el piso durante unos días. Sus magulladuras le seguían doliendo y se cansaba enseguida. Paul decidió quedarse junto a ella, salir a buscar lo imprescindible donde lo hubiera. Era preciso guardar largas colas para encontrar un pan de color ceniciento. Ludmilla le explicó que ya resultaba imposible encontrar «pan como el de antes», aunque se ofreció a intentarlo. En aquellos momentos difíciles, Irina mostró su lado más dulce. Paul ya no pensaba en Amalia Teliéguina y aquel matrimonio de conveniencia. Para él era agua pasada. Su nueva relación con Irina tal vez no pudiera llamarse amor, pero sí algo muy cercano. Ella se entregó sin reservas. No quería imponer su criterio y siempre estaba dispuesta a ayudar. Una mañana, al despertar junto a él, lo abrazó y le dijo entre bromas:

—¡Solo te falta ser bolchevique para ser casi perfecto!

Aunque no estaba totalmente recuperada, Irina insistió en que quería asistir a la manifestación convocada para el tres de julio. Él intentó convencerla de que no lo hiciera y tuvieron una pequeña discusión.

—¡Pero es qué aún no has tenido suficiente! Deberías permanecer tranquila unos días más.

Ella replicó que aquella manifestación era muy importante y que iría de todos modos.

Paul pensó que no merecía la pena contradecirla. Cuando se ponía así era mejor dejarla, ya que se había propuesto no volver a enfadarse con ella por un tema político. Respetaría su voluntad aunque se quedase preocupado, ya que cada día se incrementaba la tensión en las calles, y era normal aceptar los tiroteos con muertos y heridos. Aun así, en el último momento decidió acompañarla a pesar de que Irina le dijo que prefería ir sola.

—¡No quiero que me protejas, ni que me tuteles! —replicó ella, molesta —. ¡Soy mayor de edad y responsable de mis actos!

—¡Irina, soy periodista y necesito saber lo que está pasando! Tengo que estar donde se producen los sucesos.

Al final ella cedió y reconoció que tampoco se quedaba tranquila si él asistía a una manifestación por su cuenta tal y como estaban las cosas.

Salieron de casa una hora antes de la convocatoria y se dirigieron directamente a la mansión Kshesinskaya. Había un mitin en cada esquina y el ambiente estaba muy caldeado. En aquel momento pensó que el problema no era el carácter de Irina, sino que algo estaba sucediendo en toda la ciudad. Cuando se lo comentó mientras caminaban con rapidez, ella contestó sonriendo por primera vez que era la levadura, la masa estaba a punto. Era una acertada definición y pensó emplearla como título para su siguiente artículo. Enviaba uno mensualmente, aunque en el último cable recibido, el editor le pedía uno cada quince días, el tema de la revolución rusa se seguía con mucho interés en los Estados Unidos.

Se cruzaron con vehículos armados con ametralladoras que se dirigían hacia los puntos estratégicos de Petrogrado. Irina se detuvo a comentar la situación con dos compañeros suyos de partido. La consigna era derribar al gobierno provisional sin más demora. Aguardaban refuerzos de Kronstadt. Le dijeron a Irina que permaneciese atenta, ya que probablemente se infiltrarían agentes provocadores, antiguos agentes de la Ojrana al servicio del gobierno provisional para intentar destruir el sentido de la manifestación. Era sin duda una dura pugna por el poder en el que todos se estaban quitando las caretas. Los dos hombres siguieron su camino.

Cuando le preguntó a Irina quiénes eran, ella le explicó que se trataba de dos de los comisarios políticos de la fábrica Renault. Hasta allí habían llegado demandando vehículos y pidiendo que les ayudasen a colocar las

ametralladoras sobre ellos. De hecho le habían comentado que desde Viborg se dirigía al centro una gran multitud, compuesta por obreros, soldados y campesinos, a los que iba sumándose gente que llegaba desde el extrarradio. Ya no era momento de ambigüedades. En algunas pancartas se leía «¡Todo el poder para los soviets!». Irina señaló las pancartas mientras corregía «¡Todo el poder para los bolcheviques!». Era electrizante caminar por allí en aquellos instantes, escuchando los estampidos a lo lejos de los francotiradores que disparaban aleatoriamente contra la masa de gente, con seguridad enviados por el gobierno provisional que intentaría inútilmente dispersar la manifestación por cualquier medio. Imaginó a Kérensky en su despacho, escuchando el fragor que se acercaba, impotente y nervioso al comprobar que las cosas no estaban sucediendo como las tenía programadas.

Comieron un kebab de carne de caballo en un kiosco de una calle lateral tras hacer cola. El hombre, de origen turco, sabía el riesgo que estaba corriendo en aquellos momentos, pero no había muchas oportunidades de ganarse la vida y ellos al menos consiguieron matar el hambre. Después Irina lo condujo a un edificio cercano en la Konjusennaya Úlitsa, donde vivía una vieja amiga suya, Katerina Yakóvlevich, que solo les pudo ofrecer un té y descansar un rato. Katerina pertenecía también al partido bolchevique, aunque su cojera le impedía asistir a las manifestaciones.

—¡Daría mi vida por poder correr delante de los caballos de los cosacos de Kérensky, pero ya no puedo hacer otra cosa que observar por la ventana!

Ambos fueron testigos de cómo entraban y salían personas del piso, dejando o cogiendo folletos en contra del gobierno o a favor de la revolución. Cada uno hacía lo que buenamente podía y todos ellos parecían jugar un papel importante.

—¡La revolución no es solo cosa de Lenin! —dijo Katerina con energía —. Eso sí, él dirige la gran orquesta de centenares de miles de hombres y mujeres en todo el país, pero todo quedaría en pura retórica sin esos que se han llevado los panfletos.

No tuvo más remedio que asentir a la voz de la sabiduría popular. Si pretendían ganar la partida, cada uno tenía que poner de su parte lo que pudiera. Arriesgar al límite. Al otro lado estaban las fuerzas de siempre. Gente mucho más organizada, con más medios, respaldada por un sistema que intentaba seguir latiendo por debajo de la revolución, los burgueses, terratenientes, nobles, la Iglesia, los altos funcionarios, la mayoría de los oficiales y algunos intelectuales que no sabían aún con qué carta quedarse. No eran momentos para temer represalias, ni para ser demasiado prudentes. Los

dos hijos de Katerina Yakóvlevich se encontraban en la manifestación, ejerciendo de enlaces. Anna, de diecisiete años, y Peter, de quince, corriendo como gamos de un lado a otro, llevando órdenes. ¿Eso era ayudar a la revolución? Ella al menos se sentía muy orgullosa. Los estaba aguardando para que repusieran fuerzas con una apetitosa sopa *borsch* caliente y poder proseguir su tarea por la tarde. ¡Claro que corrían riesgos! ¿Pero quién no los corría en aquellos días? Por supuesto, los burgueses prohibían a sus hijos asistir a las manifestaciones. Pero ella los animaba a estar presentes, convencida de que Lenin cambiaría todo de arriba abajo.

Aquella mujer luchaba por lo que consideraba la verdadera guerra, no la lucha contra los alemanes. A fin de cuentas, ella también le preguntó:

—¿Qué les habían hecho aquellos muchachos alemanes para tener que matarlos? ¿No los había obligado su gobierno a combatir? La verdadera guerra es la que se debe librar contra los burgueses, los terratenientes, los funcionarios zaristas, contra todos aquellos que aguardan agazapados a que todo vuelva a la normalidad. ¿Pero qué normalidad? ¿Volver a agachar la cabeza? ¿Volver al oprobio, a la humillación, al abuso de poder, a la tremenda desigualdad? ¡No, jamás!

Contaba que su madre había conocido a Dostoievski en San Petersburgo. Aquel hombre estaba convencido de que llegaría el día en que las cosas cambiarían. Katerina cerraba los puños mientras gritaba:

—¡Ese día ha llegado! ¡Hoy es el día! ¡Y si no, mañana, pasado, pero no más tarde!

Cuando Paul le contó que había estado en Yasnaia Poliana, y que el mismo Tolstoi los recibió, Katerina lo observó con admiración.

—¿Y usted pudo hablar con él? ¿Pudo escucharle? ¡Lo que hubiera dado yo por estar en su lugar!

—Sí, claro que sí.

También él comenzaba a darse cuenta de lo que aquello significaba. Tuvo que contarle lo que habló con Tolstoi, cómo llegaron hasta allí y la suerte les favoreció en el último instante. El azar. Katerina negó mientras sonreía. No. No todo era el azar. Había que provocarlo. ¿O se podía llamar azar lo que estaba sucediendo aquel día en Petrogrado? Irina aprovechó para decirle que deberían volver a la calle. Se despidieron de Katerina. Besó las pálidas mejillas de su nueva amiga, que insistía en que ella seguía allí, y que en la cocina tenía una gran olla de *borsch* por si luego ellos también querían reponer fuerzas.

Mientras, la Konjusennaya Úlitsa, al igual que todas las calles que desembocaban en la Perspectiva Nevski, se iban llenando de una multitud enardecida que se dirigía a los alrededores del Palacio de Invierno. Eran ya las seis de la tarde y todo presagiaba que, en efecto, aquel era el día elegido por el destino.

Ya cerca de la plaza, Irina encontró a otros compañeros y se detuvo unos momentos para cambiar impresiones con ellos. Eran enlaces del partido. Muy decepcionados, le explicaron que aquello no era lo que pensaban, ya que le comité ejecutivo al final se había desmarcado y no apoyaba la manifestación. Según ellos se trataba de una provocación del gobierno provisional. «¿Y Lenin?», preguntó Irina. Lenin tampoco, aunque la evidencia era que no se podía detener a las masas, y menos a los regimientos armados. Aquella situación podía llegar a convertirse en una catástrofe. ¿Era eso lo que buscaba Kérensky? Todos lo apuntaban ya como al verdadero cerebro de los liberales, de los mandos y oficiales, en definitiva los contrarrevolucionarios, que no paraban de tramar la vuelta a la situación anterior. Algunos pensaban que era una lástima que alguien con el carisma y la capacidad de Kérensky se encontrara en el bando equivocado.

Llegaron a la sede del partido, la singular mansión de la Kshesinskaya, cuando ya se habían dado las nuevas consignas. ¡El comité estaba por fin de acuerdo con la manifestación! Eso sí, intentando que fuese de una manera pacífica hacia el Palacio Táuride. Hacer comprender al gobierno provisional que el pueblo no los quería. La multitud entonaba *La Marsellesa* con pasión y orgullo. Algo más allá podía escucharse *La Internacional* mientras otros lanzaban acusaciones gritando su rabia contra el gobierno de los diez ministros burgueses.

Se dieron de bruces con Anna Andréyevna Ajmátova, que venía en dirección contraria.

—¡Anna! ¡Qué sorpresa! ¿Tú también en la manifestación?

—¡Naturalmente! ¿Dónde iba a estar? ¿En casa perdiéndome la historia? ¡Siempre he amado las tormentas! ¿O es que iba a dejar pasar este momento único? Irina, preciosa, eres como el alma bolchevique, hermosa, frágil y valiente. ¡Ahora me voy, pero os aguardo pronto en casa… el 15 de julio a las siete! ¡Vendrán otros amigos! ¡No faltéis! ¡Adiós!

Tras verla desaparecer, engullida por la multitud, Paul exclamó:

—¡Anna Andréyevna! ¡Está como siempre! ¡Ese extraño acmeísmo con el que pretende ser clara resulta en ocasiones hermético!

Irina negó con la cabeza:

—¡Para mí es la persona más sincera que he conocido! ¡La admiro!

La masa los empujaba hacia el palacio Táuride. Era imposible oponerse a ella. De tanto en tanto se veía una refriega, un tumulto en el que grupos intentaban marchar en sentido contrario a la manifestación, algo imposible ya. Oyeron disparos muy cercanos y vieron a gente corriendo de un lugar a otro. Alguien les comentó que los disparos provenían de unas ventanas del palacio, otro aseguró que había visto los fogonazos en los tejados. Tuvieron que correr para no ser arrollados. Se iba haciendo tarde, pero la multitud no paraba de bramar: «¡Todo el poder a los soviets! ¡Todo el poder a los soviets!». Era evidente que los bolcheviques ya no constituían una minoría, muy al contrario, dominaban en número, aunque sus dirigentes no se veían por ninguna parte.

Los jardines del Palacio Táuride iban llenándose de gente, de familias. Se notaba la fatiga del arduo día. Eran las diez de la noche aunque seguía siendo de día. Las increíbles y hermosas noches blancas, en las que el sol se resistía a hundirse en el Báltico. Un tiempo espléndido, aunque bastante más fresco que a mediodía. El ambiente se había distendido. Muchos eran obreros de la Fábrica Putílov, o de Renault, o de cualquiera de las muchas fábricas y talleres de Petrogrado, algunos con sus monos de trabajo. «Aquí nos quedaremos hasta que nos den una solución» era la consigna que corría entre la gente apasionada y dispuesta a todo en aquel momento crítico. Irina estaba inquieta. Le murmuró mientras le apretaba la mano: «Es como si los líderes no supieran qué camino tomar». Luego, la gente fue poco a poco dispersándose y ellos volvieron también al centro disfrutando de un momento único, irrepetible.

Pero mucha gente se había equivocado, ya que en efecto aquel no era el día señalado, y todos, cargados de impaciencia, tendrían que aguardar el esperado momento. A las cuatro y media de la madrugada entraban en el piso. Un leve chubasco los había dejado ateridos y empapados. «¡Mañana! ¡Mañana será el día decisivo!», dijo Paul mientras miraba el extraño cielo de Petrogrado, aquellas extrañas noches que querían ser días. Una bandada de gaviotas volaba hacia el norte lanzando graznidos al sol de medianoche.

Se despertó sudando, con fiebre muy alta. Irina bajó a buscar al doctor Levinsohn. Cuando el hombre subió, resignado al duro oficio que había elegido y que le hacía estar siempre dispuesto, aseguró tras auscultarle que se trataba de un fuerte resfriado. Le dijo que permaneciera al menos un par de

días sin salir a la calle y que bebiera mucha agua. Al cabo de un rato trajo un frasquito marrón con un líquido blanquecino que acababa de preparar con hierbas silvestres. «Una cucharada cada seis horas y en dos días, como nuevo… Prohibido salir a la calle», dictaminó.

Paul pensó que al menos él no podría ir a parte alguna. Irina desayunó frugalmente, lo besó en la frente y le dijo que ya le traería noticias. Luego, harto de estar acostado, se levantó inquieto e intentó escribir pero la fiebre le impedía concentrarse. Fueron transcurriendo las horas pero Irina no volvió en todo el día, ni tampoco sonó el teléfono. Podía escuchar un lejano y sordo trueno, interrumpido por estampidos. De nuevo las manifestaciones. No sabía lo que estaría sucediendo, pero Petrogrado era en aquellos momentos una caldera a punto de estallar. La fiebre le hacía caer por momentos en una especie de sueño pesado, un sopor durante el cual se veía caminando por Manhattan, y se preguntaba qué estaba haciendo allí, en aquella ciudad tan lejana, al otro lado del mundo. Se despertaba sudando, pensando que estaba allí por propia voluntad, por el enorme interés de encontrarse en la primera fila del gran drama que estaba cambiando el mundo, y del que él también se sentía protagonista. Volvían a escucharse tiroteos en la distancia, y de pronto pensó que no podía seguir allí sin hacer nada. Se vistió sintiendo una tiritona, se puso unos zapatos con suela de caucho y la chaqueta de cuero negro que le había dado Karl y que utilizaba para pasar lo más desapercibido posible. Ardía de fiebre, pero no podía permanecer quieto cuando el mundo bullía a su alrededor, mientras escuchaba los acordes perdidos que la brisa le traía de aquella música inmortal: *Agrupémonos todos en la lucha final. El género humano es la internacional*. Salió y cerró del tirón sin haber cogido las llaves ni la cartera. Cuando se dio cuenta se encogió de hombros, ya no podía hacer nada para cambiar las cosas. Tenía que intentar ver a Ajmátova y encontrar a Irina. Quería escribir la hermosa historia del pueblo ruso librándose de sus cadenas de una vez por todas. Caminó por el canal Gribodevoda hacia la Iglesia del Cristo de la Sangre Derramada. Se cruzaba con grupos cada vez más numerosos. Vio venir un batallón de marinos vitoreados por la multitud. La gente los aclamaba como a héroes. ¡Eran los marinos de Kronstadt! ¡Aquellos eran los verdaderos revolucionarios! Nadie podía con aquellos marineros tozudos que hacían la revolución y la guerra por su cuenta, desobedeciendo las órdenes del gobierno provisional. Él también aplaudió al verlos pasar. No iban formados aunque intentaban mantener un cierto orden. Ningún oficial, ningún mando los dirigía. No los necesitaban, sabiendo que ellos eran los espíritus de la revolución. Como lo que Anna Andréyevna

Ajmátova le había dicho a Irina: ¡Hermosa, frágil y valiente! Era cierto, al menos él también la veía así en aquellos instantes. Pensó que tendría que habérselo dicho antes. Se tocó la frente con la mano y la notó helada. No tenía fiebre sino frío. Se abotonó la chaqueta hasta arriba mientras corría tras los marineros, impulsado por la ola de entusiasmo. La tarde iba cayendo sobre Petrogrado, una extraña tarde luminosa, con la luz entrando a jirones a través de las nubes. Se encontró frente a la mansión de la Kshesinskaya. Vio asomarse al balcón a Lunacharski. No fue capaz de escuchar lo que decía, a su alrededor todo era como si estuviera en el interior de un enorme tambor. La gente aplaudía entusiasmada, emocionada, los sueños se podrían convertir en realidad. Se hizo un absoluto silencio, y nadie se inmutó aunque a lo lejos se escucharan disparos. ¡Era el propio Lenin el que se hallaba desde el balcón! ¿Pero no estaba refugiado en algún lugar de Finlandia, huyendo de la persecución de sus enemigos políticos? Vio cómo se inclinaba sobre la balaustrada con su característico gesto, el brazo derecho saludando a los presentes. Volvieron las aclamaciones, pero ya no oía nada, parecía estar viendo una película. Notó que le dolían mucho la garganta y los oídos y supo que necesitaba salir de allí, pero le resultó imposible. Lenin seguía en el balcón moviendo los brazos, gesticulando, pero todo estaba en silencio a su alrededor. Debió terminar su arenga porque lo vio introducirse en el interior. Alguien le estaba hablando pero no sabía qué le decía. Se sintió mareado, ya no iba a ser capaz de volver a su piso. De pronto todo se oscureció ante él.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue un rostro desconocido que le observaba con preocupación.

—¡Menos mal! ¡Creíamos que se trataba de un ataque cardíaco, de un síncope, y que tal vez se quedaría en el sitio! Pero está usted de suerte, solo tiene una pulmonía doble, y puedo garantizarle que saldrá usted de está. Soy el doctor Fiódor Aleksándrovich Guetier[193], y usted se encuentra en la sede del partido bolchevique, la mansión de la Kshesinskaya, ya que se ha desmayado en la calle, aquí enfrente. Dentro de unos minutos lo van a trasladar al hospital de la Marina. Tranquilícese, hemos visto casos más graves que el suyo… Usted es joven, fuerte y sano. Lo malo habría sido que se hubiera desmayado en cualquier otro lugar. Lo habrían tomado por un borracho más y, una vez tirado en la calle, a pesar de la época, habría muerto en pocas horas. Ahora le ruego que me diga cómo se llama.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para musitar su nombre.

—Soy… Paul Alexander, corresponsal del *New York Herald*. Soy americano…

—¡Sí! ¡Claro que sé quién es usted! ¡Tenemos un amigo común, nada menos que Vladimir Ilich Ulianov! Él me ha hablado de usted. Se encuentra en la sala de al lado, si es que no se ha ido ya. Ahora debo dejarle, tengo que ir a ver a los heridos de un tiroteo producido aquí cerca, en la Liteinaya. Los burgueses quieren cazar como antes, pero ahora disparan contra los que piensan que son bolcheviques. ¡Pronto iremos a por ellos!

Unos soldados lo bajaron en camilla a una ambulancia. Dentro iban varios heridos, algunos sentados y dos tendidos en una camilla litera. Tuvo que sentarse en el suelo haciendo un gran esfuerzo. Al rato se hallaba en el hospital de la Marina, tendido en un catre. Otro doctor le tomó el pulso y le dio de beber medio vaso de un líquido oscuro y amargo. No podía hacer nada más que confiar en que todo saldría bien. Comenzaba a darse cuenta de que había salido aquella tarde del piso delirando, sin terminar de comprender lo que estaba haciendo. Imaginaba lo preocupada que estaría Irina, ya que lo había dejado por la mañana con algo de fiebre, pero al volver a casa por la tarde, ni él estaría allí, ni encontraría ningún aviso, ni sabría dónde buscarlo.

Tuvieron que pasar tres interminables días hasta que vio entrar a Irina en la gran sala de hospitalización, repleta de camas casi todas ellas con heridos graves traídos del frente. Con ella venían Ludmilla y Karl, que le dio la mano sin poder ocultar su emoción al verlo. Les parecía un milagro encontrarlo con vida, ya que varias personas habían resultado heridas o muertas el día de la gran manifestación. Le explicaron que lo habían estado buscando incluso en la morgue de la ciudad, la misma que visitó acompañado de Fiódor el día de la muerte de Rasputín. Mientras volvían en el Renault de Karl al piso que tanto había echado de menos durante su estancia en el hospital, Irina le explicó que la ciudad había sufrido muchos desordenes. Ella escapó en la Perspectiva Nevski, donde los manifestantes fueron tiroteados desde las azoteas. Los batallones de la caballería cosaca comenzaron a disparar indiscriminadamente cerca del puente de Liteini. Los soldados que se encontraban en la manifestación y que iban armados, así como algunos obreros que también portaban armas cortas, contestaron al fuego. Los cosacos intentaban llegar al Palacio Táuride, pero se vieron obligados a dispersarse al comprobar que los manifestantes les plantaban cara sin achantarse ante las amenazas del gobierno provisional. Le contó que había podido refugiarse en un portal y desde allí pudo ver a varios obreros peleando cuerpo a cuerpo con

los cosacos. Al terminar la refriega, los cuerpos de muchos obreros y soldados quedaron tendidos en la calle.

El propio Trotsky tuvo que colaborar más tarde en la liberación de Chernov, líder de los socialistas revolucionarios y presidente de la cámara. Sin embargo, Trotsky se encontraba detenido y Lenin desaparecido, aunque le aseguraron que se hallaba libre e ileso. Acusado de ser un agente provocador alemán, un espía a favor de Alemania, se le buscaba para juzgarlo en consejo de guerra. Irina hablaba con indignación de toda aquella farsa, montada por los contrarrevolucionarios para intentar acabar con el líder bolchevique. Aquella falsa información hizo cambiar el criterio de algunos regimientos que aún dudaban y se pusieron de parte del gobierno provisional.

No era aquello lo único negativo. Le contó que un grupo de *junkers*, opuestos radicalmente a la revolución, había asaltado la redacción de *Pravda*, destrozándola. Fiódor Yegórovich había podido huir en el último momento por una ventana. Cuando por fin pudo volver tras permanecer escondido en un patio interior, comprobó que habían destrozado las máquinas, incluida la de escribir portátil que le había traído Paul de Nueva York, su tesoro. Para él, no era más que la venganza de la impotencia intelectual, ya que *Pravda* era en aquellos días el notario de la revolución, y solo publicaban reportajes contrastados. No se podía negar que la llegada de Stalin a la dirección había cambiado las cosas, ya que los artículos a partir de entonces iban sobrecargados de retórica. ¡Pero aquel destrozo! Con la guerra sería muy complicado volver a dejarlo todo como estaba ya que no existían repuestos ni se podían importar. Aquellos contrarrevolucionarios, y en ese calificativo incluía al gobierno provisional, habían realizado su trabajo a conciencia.

A través de Fiódor tuvieron noticias de que Lenin y Zinoviev se hallaban escondidos en un lugar secreto, pero que ambos estaban en buen estado de salud e indemnes. Cuando se corrió la noticia, a pesar de las numerosas detenciones de miembros del partido bolchevique, todos ellos respiraron aliviados. Si le hubiera ocurrido algo a Vladimir Ilich Ulianov, probablemente las consecuencias habrían sido irreparables. Aquel hombre tenía en su mente el programa a seguir, su praxis. Cada uno de los demás líderes era una tendencia. Desde Stalin hasta Zinoviev, Kámenev, Sverdlov**[194]**, el mismo Trotsky, tan cercano a Lenin en los últimos días, todos ellos reconocían que Lenin era el único que lo tenía completo. Sin embargo no le daban tregua. Uno de los periódicos de la mañana, *Novoye Vremia*, traía en portada la increíble noticia con enormes letras: «¡Últimas noticias! ¡Lenin desenmascarado como agente alemán!».

Todo se basaba en las declaraciones de un individuo llamado Yermolenko. También Parvus, el hombre que ayudó a Lenin a volver desde Suiza, en Estocolmo estaba implicado en la trama.

Prácticamente repuesto de su pulmonía, quedó en verse con Fiódor en el estudio de Karl para desayunar. Fiódor conocía la calidad de los desayunos de Karl, y más desde que Ludmilla se encargaba de todo. Fiódor saludó a Irina con un beso en la mejilla. Paul había pedido a ambos un esfuerzo para que mantuvieran una apariencia de plena normalidad, y pudo comprobar con satisfacción que procuraban seguir sus consejos. Tanto él como Karl eran eclécticos, en eso se parecían mucho. Tenían amigos bolcheviques, incluso una excelente relación con algunos de sus líderes, como el propio Lenin, o Trotsky. A Kámenev solo lo conocía. A pesar de su amistad personal con Kérensky y otros personajes públicos, Fiódor sabía que si en algún sitio podía hablar con absoluta tranquilidad en Petrogrado, era en su casa o en la de Karl. Mientras ellos hablaban, Ludmilla acababa de preparar un delicioso café y lo estaba sirviendo con una fuente de bizcochos del horno de Abramian, un armenio amigo de Ludmilla capaz de hacer milagros en aquella época de escasez.

—¿Pero cómo consigues estas exquisiteces, Ludmilla Valenskovna? ¡Este es el único lugar de Petrogrado donde no se nota la guerra!

Ella sonrió, sabedora de lo que podía adquirir con un dólar americano. Eran como una familia. Más o menos avenidos, con sus pequeños y grandes disgustos, y sus complicaciones. Al final el aprecio común les hacia unirse como una piña. Fiódor les contó lo sucedido en la redacción y los talleres de *Pravda*. Luego habló de la huida de Lenin y Zinoviev. Irina aseguró que existía una conspiración para acabar con él y que Lenin no debía entregarse al gobierno provisional, ni siquiera al soviet, ya que no podía fiarse, pues si le ocurría algo sería una perdida irreparable para el partido. «¡Y para Rusia!», había interrumpido Fiódor. Todas aquellas calumnias, pues para él no eran otra cosa, demostraban el enorme temor que sus enemigos le tenían. ¿Quién si no Lenin había abogado por no emprender la acción aquel día?

El 15 por la mañana tuvo una llamada mientras se encontraba escribiendo en la biblioteca. Al otro lado escuchó la singular voz de Anna Andréyevna Ajmátova, recordándole que iba a reunir a unos amigos en su casa. Añadió que llevara también a Karl y a Ludmilla, a la que conocía de siempre. «¿Con la que está cayendo?», había replicado asombrado por la energía vital que

siempre desprendía aquella mujer. «¡Ahora más que nunca es cuando necesitamos a los amigos!», había respondido ella.

Desde que comenzó la revolución, Anna se había mudado a un amplio y céntrico piso por razones de seguridad, aunque afirmaba que no se sentía una burguesa y que ya no era tiempo de mansiones. Su casa se encontraba bastante cerca, pero las cosas estaban cambiando mucho en Petrogrado y, para llegar hasta allí, les pararon dos veces para pedirles la documentación. Un vano intento de controlar más que otra cosa, utilizando soldados cosacos de total confianza del gobierno provisional. Irina sabía que estaba fichada como miembro del partido bolchevique aunque, salvo los propios líderes del partido, era difícil que supieran el cargo que ocupaba en aquellos momentos.

De hecho, quien ahora manejaba los archivos de la antigua Ojrana era el ministerio del Interior. A pesar de ello se identificaron de viva voz y les permitieron pasar. Paul pensó que tal vez tendría que llegar a utilizar el número de teléfono que Kérensky le había proporcionado por si alguna vez necesitaba ayuda.

Anna Andréyevna Ajmátova los recibió con un fuerte abrazo.

—¡Cada día es un triple regalo para nosotros! ¡Un día más que estamos bien! ¡Un día más en «San Petrogrado»! ¡Un día más en el camino de la justicia social!

Anna Andréyevna Ajmátova no había querido hacerse miembro del partido bolchevique a pesar de la insistencia de Irina y otros amigos. Mantenía que amaba la revolución, pero detestaba las organizaciones. A pesar de ello, sus manifestaciones de apoyo y simpatía eran constantes.

En el salón se encontraban Vsévolod Meyerhold, Fiódor Sologub, Pável Filónov, Mijaíl Bajtin y otros muchos amigos personales de Anna, que fue presentándoles uno por uno. En total habían acudido a su llamada dos docenas de intelectuales de la ciudad. Anna quiso decir unas palabras de bienvenida.

—¡Queridos amigos! Hace algo más de cuatro años os reuní por última vez. Después han sucedido muchas cosas, pero de nuevo estamos aquí… los que han podido asistir. Otros, como Igor Stravinski o Serguéi Rachmaninov se encuentran en el extranjero. Iba a decir que para su fortuna. Corregiré ese extremo, ya que a pesar de la guerra, la revolución y las penurias, creo que San Petersburgo sigue siendo la más bella de las ciudades, cuando uno camina por sus calles o navega por sus canales siente que la belleza lo rodea, y aun en estos días grises la veo como una luminosa ciudad. Aquí está el corazón del mundo, aquí late, aquí está cambiando. ¡Sí! ¡Me diréis que aquí la gente pasa hambre, que está asustada y preocupada! Pero todos sabemos que eso no pasa

solo en esta ciudad. ¡Me diréis que es arriesgado vivir en estas calles! ¡Vivir siempre ha sido arriesgado! ¡Cada latido del corazón es una apuesta! ¡Me diréis que el futuro se adivina sombrío!… os contestaré sinceramente que no lo comparto. ¡Era preciso el cambio! ¿Quién ganará la apuesta contra el destino? ¡La verdad!… ¡Y no me refiero a *Pravda*, no me llaméis bolchevique! ¡Aún no lo soy!… tal vez mañana. Si cuando tomen el poder, ¡y no les falta mucho!, me demuestran que no hablan de promesas vacías, entonces tomaré mi decisión.

»Y ahora vamos a compartir lo que entre todos hemos aportado. Esas exquisitas pastas de té que ha traído Pável Filónov, hechas en su propio horno, esos emparedados de Ludmilla Valenskovna, que están diciendo "¡comedme!", ese té magnifico traído por mi esposo de su última expedición a Mesopotamia. ¡Ah! Y ese vino moscatel que me hizo llegar hace unos días Mijaíl Bajtin. ¡Gracias, Mijaíl! ¡El moscatel es siempre alegría, vida, amor y sol concentrado! Y así lo que cada uno ha podido traer, que con la que está cayendo no viene nada mal. ¿No es verdadero socialismo compartir con los demás lo que uno tiene? Pues acérquense al *buffet* y sírvanse. ¡Da gusto vivir momentos así con amigos como ustedes! ¡Es lo que nos hace falta!».

Todos aplaudieron a Anna Andréyevna Ajmátova. Era cierto, mientras la represión contra los bolcheviques se extendía por Petrogrado, al menos allí la vida seguía un día más. Sin embargo, al cambiar luego impresiones con unos y otros, Paul comprobó que existía un profundo desánimo general.

Unos días más tarde hubo una nueva crisis de gobierno. El resultado convirtió a Kérensky en el nuevo presidente, tras haber ocupado las carteras de Justicia y de la Guerra. El príncipe Lvov no había demostrado nada en los meses que llevaba como presidente. No tenía ya el prestigio ni la fuerza ni la credibilidad para seguir a la cabeza del gobierno provisional y menos aún en una situación tan inestable. Él mismo había presentado la dimisión alegando que hacía falta alguien con más energía.

Karl bajó a cambiar impresiones con Paul y con Irina sobre la nueva situación. Para él, el gobierno provisional lo era más que nunca, y su nuevo primer ministro, Kérensky, por el que no sentía la menor simpatía, más que ningún otro.

—Kérensky está convencido de que las aguas volverán su cauce, y no se da cuenta de que el torrente terminará por arrollarlo, a él y a todos los contrarrevolucionarios. Ahora pretende reorganizar el ejército con ayuda de

Brusilov y del general Kornilov. ¡No ha entendido nada! ¡Cómo van a liquidar los comités y volver a llamar a esos generales de pacotilla, que solo sirven para sus bailes de gala, como al que asistimos hace años, tan cargados de medallas que ya no les cabe una más en el pecho! ¡Cómo quieren detener el sol, o incluso pretenden que gire en sentido contrario! ¡Que estúpidos o que cínicos! —Irina asentía con entusiasmo a las enardecidas palabras de su siempre admirado amigo—. ¡El único decente además de Lenin es Trotsky, que se ríe del mundo! ¡Ayer mismo pidió públicamente que no lo excluyeran de las detenciones que está llevando a cabo el gobierno! ¡Quiere ser uno más, aunque nunca podrá serlo, ya que todos saben que es uno de los primeros!… Por cierto que ya sé cómo logró escapar Lenin de Petrogrado. ¡Se afeitó el bigote y la barba! ¡Así de fácil! Luego se dirigió caminando a la estación de Sestroretsk acompañado de Zinoviev y de un tal Nikolai Yemehialov. Subieron al tren y descendieron en Razliv, donde creo que aún permanecen, aunque lo prudente sería que pasaran a Suecia si pudieran, ya que si nosotros lo sabemos también podría enterarse el gobierno y enviar a su policía para detenerlo… Eso sería muy peligroso para él.

Irina lo interrumpió, intrigada.

—¡Bueno! ¿Y tú como sabes tanto?

—No voy a dar mis fuentes, y si os lo he contado es porque sois de toda confianza —replicó Karl—. Y te voy a decir más, Irina Pávlova, deberías evitar salir en estos días. Sabes que están deteniendo a todos los bolcheviques que pueden, así que te aconsejo que te quedes en casa.

Irina asintió con una mueca de resignación:

—Sí, tienes mucha razón, pero precisamente ahora es más necesario que nunca que algunos podamos hacer lo que otros no pueden. La Kollontai ya está en prisión. Las cosas se han puesto muy complicadas pero, querido, no voy a esconder la cabeza bajo el ala mientras mis camaradas pasan apuros.

Paul no quiso hacer ningún comentario. Era el pacto implícito entre Irina y él, pues ambos habían decidido respetar los criterios y decisiones del otro. No querían volver a mezclar sus relaciones con la política. Ella haría lo que tuviese que hacer y él lo asumiría sin más.

Al día siguiente, 2 de agosto, Fiódor lo llamó para decirle que el gobierno había decidido enviar al ciudadano Nicolás Romanov y a su familia a Tobolsk. Aquello era un inconveniente para él, ya que había tomado la decisión de ir a ver al depuesto zar. Confiaba en que en aquellos momentos,

siendo Kérensky presidente del gobierno provisional, no pondría ninguna dificultad para ello. Quería cumplir su promesa a la ex gran duquesa Anastasia, aunque todo hubiera cambiado. Tendría que darles la noticia de que tampoco los Estados Unidos aceptaban proporcionarles asilo político. ¿Dónde estaba Tobolsk? Lo buscó en el mapa y lo encontró en pleno corazón de Siberia. Tendría que preguntarle a Kérensky los motivos por los que habían decidido enviarlos tan lejos, a más de tres mil kilómetros de Petrogrado.

Al día siguiente se presentaron en el piso de Karl dos policías de paisano con una orden detención de Irina Pávlova. Pero allí encontraron a Ludmilla Valenskovna, que les aseguró que llevaba mucho tiempo sin ver a su hija y que no tenía ninguna noticia de ella. Nadie habló de que vivía dos plantas más abajo del mismo edificio. Aquello convenció definitivamente a Irina de que debía actuar con más prudencia. Agradecieron la discreción de la mujer del portero Gavrilovich, pues su marido seguía en prisión. Aquella mujer, como la mayoría en Petrogrado, sabía nadar y guardar la ropa a pesar de los malos momentos que estaban pasando los bolcheviques.

La ciudad se encontraba como nunca antes en estado de tensión. El gobierno de Kérensky había derivado a la derecha, la burguesía comenzaba a perder el miedo. ¿No estaban Lunacharski, la Kollontai, Trotsky y muchos otros líderes bolcheviques en prisión, y Lenin, Zinoviev y los demás fugados o escondidos? El comentario general era que el sueño había terminado y que poco a poco las cosas volverían a ser como antes. Pensó que tendría que intentar hablar con Kérensky. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso pretendían ahogar la revolución en un baño de sangre y fusilar a todos sus líderes? No creía capaz a alguien como Kérensky de algo semejante.

Cuando telefoneó por la noche al número privado, se sorprendió de que le contestase el propio Kérensky, y más aún que aceptara reunirse con él. Le dijo que no podrían comer juntos pero que estaría disponible para desayunar a primera hora. Lo citó a las siete en la sede de la Presidencia, en el Palacio de Invierno. Le dijo que entrase por la puerta principal y que enviaría a alguien a recibirlo.

Se levantó temprano, ya que quería ir con tiempo. Desayunó tranquilamente. Cogió el tranvía, que aunque a aquella hora iba abarrotado, le dejaba muy cerca, y a las siete menos diez entraba por la puerta principal. Se le acercó un funcionario al que ya había visto alguna vez acompañando a Kérensky.

—¿El señor Paul Alexander? —Paul asintió—. Acompáñeme, por favor, el presidente le está esperando.

El Palacio de Invierno era un edificio impresionante. Al entrar tuvo la sensación de que seguían en el antiguo régimen, que nada se había movido en el país. Los recargados techos cubiertos de pan de oro, las estatuas, los candelabros, las alfombras, los exquisitos muebles. La calefacción funcionaba a pesar de estar en agosto. ¿De qué revolución estaban hablando? El estirado funcionario que lo acompañaba tocó con los nudillos en una enorme puerta de más de cuatro metros de altura. Otro funcionario abrió, lo observó en silencio, inclinó levemente la cabeza y terminó de abrir la puerta para que pasara.

El despacho del presidente del gobierno provisional era una gran estancia de al menos trescientos metros cuadrados. Por allí habían pasado los primeros ministros del último zar. Unos grandes ventanales daban al Gran Neva y a lo lejos se divisaba la fortaleza de Pedro y Pablo, reflejándose en el río.

Aleksandre Kérensky se levantó de su gran mesa de caoba y se acercó a él alargando la mano.

—¡Bienvenido a mi cubil, Paul Alexander! —al citarlo allí, Kérensky había querido demostrarle su enorme poder en aquellos momentos, el hombre fuerte de Rusia. Él era el corresponsal del *New York Herald* y podría transmitir la impresión de que en Rusia el gobierno funcionaba no solo con normalidad, sino con garantías.

—Gracias por recibirme, señor presidente.

—¡No, por Dios, Paul! ¡Llámeme Aleksandre como siempre, se lo ruego! Somos amigos, ¿no? Por cierto, me congratulo de verlo totalmente recuperado de su pulmonía.

—Gracias, comprendo el esfuerzo que hace al recibirme, pues sé bien lo ocupado que está. Le agradezco que haya hecho un hueco en su apretada agenda.

—¡Con mucho gusto! Usted es para mí un amigo… y lo sabe. Venga por aquí. Nos sentaremos a desayunar algo ahí, junto al ventanal. ¿Qué le parece el sitio?

—¡Uf, la verdad es que esta gente sabía vivir! Aunque si he de serle sincero, siempre he pensado que en este mundo, el verdadero lujo está en la libertad de hacer lo que uno quiere en cada momento, sin tener que estar dando explicaciones permanentemente. No le cambio el puesto, pero en cualquier caso le felicito.

—¡Creo que tiene usted toda la razón! ¡Ah, la libertad! ¿No es eso por lo que luchamos? Bien, le serviré un café. Y ahora dígame, ¿qué quiere saber?

—Hay muchas preguntas en el aire, pero si le parece bien empezaré por lo del ciudadano Romanov. ¿Por qué los han enviado a Tobolsk? ¿No está demasiado lejos?

Kérensky mantenía la mirada fija en la impresionante vista a través del ventanal. La serenidad del río Neva, las bandadas de gansos y cisnes que lo sobrevolaban rozando el agua con las puntas de sus alas, envueltos en aquella preciosa luz de la mañana. Vio cómo brillaban las hojas de los cercanos árboles. Kérensky suspiró.

—Mire, Paul, las cosas nunca son lo que parecen, ni tampoco como uno quisiera que fueran. Este tema es mucho más que un asunto de Estado. Intentaré explicárselo. Tobolsk es la capital de Siberia. Entre Petrogrado y Tobolsk existe una enorme distancia, la suficiente como para que cualquier decisión que aquí se tome pudiera reflexionarse con tiempo. Sí, me dirá, el telégrafo, el teléfono… ya no es preciso enviar a Miguel Strogoff con el correo. Pero al menos no están aquí al lado. Eso me preocupaba.

—¿Quiere usted decir que ha llegado a temer por ellos?

—No debería contestar a esa pregunta, pero haré una excepción con usted. ¿Sabe usted en lo que ha insistido hace unos días Yákov Mijáilovich Sverdlov, actual presidente del partido bolchevique? ¡De nuevo en que hay que acabar con toda la familia Romanov y, a ser posible, con toda la dinastía! ¿Sabe quién es Filipp Isáyevich Goloshchokin[195]? Ha sido designado presidente del soviet de los Urales, comisario de la organización interna del partido bolchevique y hombre de confianza de Sverdlov. Sabemos que ha recibido el encargo de estudiar cómo liquidarlos de la manera más discreta posible. Lenin está convencido de que va a llegar pronto al poder, y entre nosotros no le negaré que los bolcheviques están creciendo en poder y sobre todo en organización. Reconoceré que supieron infiltrarse en la clase obrera y sobre todo en el ejército.

»Le seré sincero —continuó Kérensky con gesto relajado—. Hace poco tuvimos información de que pretendían atentar contra el zar en la que era su residencia, el Palacio de Alejandro, en Tsárskoye Seló, pero le ruego que sea discreto en este asunto. No podemos fiarnos de nuestros soldados, sabemos que algunos son miembros del partido bolchevique y que sus comisarios tienen mucha capacidad de convicción sobre las tropas. Podría haber sucedido algo terrible si continuaban allí, y ese fue el motivo por el que decidimos trasladarlos a Tobolsk. Pero esto no se lo he dicho. ¿Comprende? Además, la antigua mansión del gobernador de allí es un lugar digno. Los Romanov estarán cómodos y a salvo. El gobierno de Rusia solo desea que los Romanov

no sufran constantes presiones, y que se encuentren seguros. No los consideramos prisioneros políticos. Ya le comenté hace tiempo que no deseamos tener nuestra noche de Varennes. Usted sabe tan bien como yo que Petrogrado no es ahora una ciudad segura, sé que usted lo ha sufrido hace poco personalmente. Estamos intentando poner orden, pero no nos resulta fácil».

—Yo también me alegro de verle aquí, al frente del Estado. Es usted además responsable de las carteras del Ejército y de la Marina. Se habla de que Sarinkov y Kornilov se llevan muy bien.

Kérensky sonrió forzadamente.

—¡Por Dios santo, Alexander, no sea usted mal pensado! Kornilov es un brillante general, y en cuanto a Sarinkov, es mi hombre de confianza. Alguien tiene que empezar a poner orden, Rusia necesita hoy más que nunca un verdadero ejército. ¿Si no qué? ¿Permitimos que los prusianos tomen Petrogrado? Después podríamos enviarles una simple nota a nuestros aliados, algo así como: *En el día de hoy hemos entregado el poder a nuestros enemigos comunes. Stop. ¡Viva la paz, la Internacional y la Revolución! Stop.* ¡No sería lo más adecuado! ¿No le parece? Yo soy ahora el presidente de Rusia, y al tiempo encabezo un gobierno revolucionario, lo que a los soviets no les gusta nada, y a los bolcheviques menos aún. Para ellos solo somos unos despreciables burgueses. Los del soviet están convencidos de que la única revolución es la suya, y a los bolcheviques les ocurre lo mismo, hasta el punto de que creen que el Soviet de Petrogrado es contrarrevolucionario. Mire, aunque se ha comentado hasta en la prensa, es cierto que hay una gran analogía entre lo que está pasando en Rusia ahora y lo que sucedió en Francia en 1792. ¡Lenin se cree Robespierre, Trotsky sería Marat, y me temo que el terror llegará de manos de Sverdlov, Stalin, Goloshchokin y otros radicales! Imagine que por esas cosas de la historia, al final los bolcheviques fuesen los vencedores de la partida. Vladimir Ilich Ulianov, Lev Davidovich Bronstein, Yákov Mijáilovich Sverdlov, Filipp Isáyevich Goloshchokin, todos ellos. ¿Qué cree que sucedería? ¿Piensa que Rusia se transformaría en una utopía? ¿Se daría aquí el experimento político y sociológico que cambiaría el mundo según las tesis de Lenin basadas en el *Manifiesto Comunista* de Carlos Marx y de Engels? ¿Alcanzaría el hombre la paz, la sabiduría y la libertad? Sinceramente no lo creo. ¿Quién puede imaginar algo así? Usted está en el mundo y sabe muy bien lo que sucedería. ¡Sobrevendría una enorme catástrofe! ¡Sería un desastre! ¡No se puede gobernar con utopías! Esos profetas radicales no son santos como Tomas Moro y tendrían que improvisar

un sistema dictatorial para defender sus ideas a sangre y fuego. ¿Sabe lo que eso significaría? ¡Es mejor no pensarlo!

»Pero verá, en estos duros días que nos ha tocado vivir, a todo el mundo se le ocurren grandes ideas para cambiarlo todo. ¿Quién no las tiene? Lo cierto es que el pueblo ruso está harto de abusos, de tiranía y de miseria. Hay que llevarlo por otro camino, más pragmático, más realista, más ético. Ahora las circunstancias, que al final siempre deciden los destinos de los hombres, me han colocado en este peligroso e inestable puesto. Otras me quitarán de él. Algunos dicen que me viene grande, otros que soy un ambicioso, los de más allá que no estoy preparado. ¡Que digan lo que quieran, yo voy a cumplir con mi deber! ¿Qué cree que sucedería con Nicolás Romanov y su familia si no estuviéramos nosotros? ¡Piénselo! He querido ponerlos a salvo pero Gran Bretaña no los quiere, Francia tampoco, y mi última esperanza, los Estados Unidos, han cambiado de criterio, y ya no los aceptan. El nuevo embajador trajo nuevas órdenes. El propio Francis me lo dijo personalmente: "¿Sabe lo que pienso? Que paradójicamente Wall Street prefiere la revolución a seguir con el régimen anterior". Lo que me parece curioso es que tampoco quieren apoyarnos a nosotros. Se han entregado a Lenin. ¡No saben lo que se juegan! Así que al zar y los suyos los hemos enviado a Tobolsk, y quiero creer que hemos acertado. Rusia no se merece una época de terror sino de paz y de progreso. Y ahora le diré algo, aunque debe prometerme que quedará entre nosotros, es un asunto delicado pero quisiera conocer su opinión. ¿De acuerdo?».

Paul asintió sin saber bien lo que Kérensky pretendía decirle.

—Creo que tiene usted razón. No me fío del general Kornilov. Es un cosaco, un militar ambicioso de gloria y poder, cuya única idea es reponer al zar, y también por ese motivo Tobolsk es mejor que Tsárskoye Seló.

—Presidente, quiero agradecerle su sinceridad, pero antes de terminar debo hacerle una pregunta incómoda. Se nos ha informado de que se están llevando a cabo centenares de detenciones de miembros del partido bolchevique, también entre los comités de ese partido en el ejército, los comisarios políticos, los delegados en los talleres y fábricas. Y, por supuesto, de todos los líderes políticos bolcheviques. ¡Perdone un momento! Por el contrario, se están liberando a grupos radicales de la derecha, a miembros de las llamadas «centurias negras». Se dice que el gobierno provisional ha llegado a un acuerdo con la Ojrana y que están siendo liberados a cambio de su colaboración. ¿Qué puede responder a ello?

Kérensky hizo una mueca de evidente disgusto. Era una pregunta algo más que incómoda. Bebió un trago de su café antes de responder.

—Alexander, le digo con franqueza que abusa usted de mi amistad, y se lo digo cordialmente. Intentaré contestarle aunque le advierto que no admitiré más preguntas por hoy. ¿De acuerdo? Bien, por favor, no haga uso de lo que le voy a revelar. Mire, dentro de la Ojrana hay gente muy experimentada, y necesitamos perentoriamente funcionarios que sepan lo que se traen entre manos. Ahora carecemos de ellos, y donde más se nota es en la policía, y en la falta de seguridad de los últimos tiempos. Estamos seleccionando a aquellos que puedan servir a Rusia, pero no se trata en absoluto de una vuelta al zarismo. Alguien tiene que gobernar el país mientras formamos a otros. ¡El problema nunca son los dedos de la mano, ni siquiera los brazos, sino la cabeza! En cuanto a los bolcheviques, simplemente se han equivocado. Hemos pasado en muy poco tiempo de «¡Todo el poder para los soviets!» a «¡Todo el poder para los bolcheviques!» y entre ambas expresiones existe un gran trecho cuyo atajo era un golpe de Estado que les ha salido mal. Pero no se preocupe… Nosotros no somos como ellos, no vamos a fusilarlos… ¿Pues que cree que harían ellos con nosotros en caso contrario? No hace falta que me conteste… solo reflexione sobre ello. Y ahora, sintiéndolo mucho, debemos terminar la entrevista. Seguimos siendo amigos, y sabe que goza de mi aprecio pues es usted un hombre decente. Además, ya se lo dije una vez, llegará el día en que tal vez usted pueda hacer algo por mí. No lo olvide.

Paul abandonó el Palacio de Invierno pensativo. Seguía creyendo que Kérensky actuaba de buena fe, aunque cada vez estaba más convencido de que el poder tenía algo que cambiaba a las personas, como si las infectase un maligno espíritu. Cuando comentó la entrevista con Irina, salvo la parte en la que Kérensky le había rogado que mantuviera discreción, ella le replicó que estaba convencida de que el presidente del gobierno no estaba actuando con honestidad. ¿Por qué esas detenciones masivas de bolcheviques aplaudidas por los contrarrevolucionarios, los oficiales, el clero y los terratenientes? No pudo evitar interrumpirla.

—¡No te preocupes, Irina, sangre de mártires, semilla de cristianos! ¡Verás cómo esto sirve para aclarar las posiciones y cómo, a partir de ahora, la gente que no se definía apoyará a los bolcheviques!

Irina le explicó que tenía que desplazarse a Moscú donde se iba a celebrar una conferencia nacional promovida por las fuerzas conservadoras, los soviets y los distintos partidos, a la que no se había invitado a los bolcheviques. Como respuesta, el partido estaba convocando una huelga general para

hacerla coincidir y ella había sido designada entre otros miembros del partido para acudir allá. El problema era cómo desplazarse. Le preguntó si querría acompañarla. Irina tenía documentación falsa a nombre de Svetlana Maslova, y podrían viajar como un matrimonio. Si les solicitaban la documentación durante el viaje, cosa muy probable, y él mostraba su pasaporte de los Estados Unidos, con seguridad no tendrían problemas, mientras que si viajaba sola, la policía, que seguía haciendo redadas de bolcheviques, la detendría.

Se trataba de algo muy arriesgado, pero no podía volver a fallarle; se sentía en deuda con ella. Cuando sufrió el sincope a causa de la pulmonía, ella movió cielo y tierra hasta que lo encontró, y aquella reacción lo había convencido de la sinceridad de sus sentimientos. Por otra parte, hacía tiempo que pensaba en volver a Moscú. Escribiría una nota a Kérensky, el verdadero promotor de la conferencia, para pedirle una acreditación a su nombre y al de Svetlana Maslova.

—De acuerdo, Irina. Te acompañaré a Moscú. Cogeremos un compartimento en el coche cama. Tienes razón, con el pasaporte diplomático y una acreditación para la conferencia, en fin… ¿No dijo Anna Andréyevna Ajmátova que vivir es siempre arriesgado? Pues, ¡qué demonios, arriesguémonos!

Ella lo abrazó y lo besó, emocionada. Ambos habían madurado lo suficiente como para comprenderse y respetarse, sabedores de que aquella segunda oportunidad que les había proporcionado el destino tenía que ser la definitiva.

XXII
Algo está ocurriendo y se llama libertad

A pesar de que el gobierno había ordenado controles exhaustivos en las estaciones y los trenes, el viaje a Moscú transcurrió sin sobresaltos. El compartimiento en el expreso se lo consiguió la embajada de los Estados Unidos, ya que la conferencia prevista en Moscú hacía casi imposible obtener billetes. El embajador Francis mantenía una cordial relación con él, aunque no con la cercanía y amistad que había mantenido con el anterior embajador, Page. No pudo conseguir hotel por el mismo motivo, por lo que puso un telegrama a Mijaíl Lariónov y a Natalia Goncharova, que la tarde anterior a la partida les contestaron que serían muy bienvenidos en su casa.

El revisor fue convenientemente avisado de la presencia de un extranjero con pasaporte diplomático en uno de los cuatro coches cama junto con su esposa. Aquella advertencia consiguió que la policía no los molestara en mitad de la noche. Eran cerca de las diez de la mañana cuando el expreso se detenía en la Estación de Petrogrado en Moscú, que como siempre se hallaba repleta de gente con vestimentas multicolores. Rusia en su plenitud.

Subieron a un taxi en la misma estación. Hacía bastante tiempo que no veía a sus amigos y estaba ansioso por cambiar impresiones con ellos. Aunque Irina no los conocía personalmente, sí sabía que ambos eran miembros del partido. Al llegar vieron a Natalia volviendo de comprar el pan. Cuando los vio, corrió hacia ellos y los abrazó. Paul las presentó y entre ambas se creó de inmediato una corriente de simpatía.

—¡Irina, estaba deseando conocerte! ¡Eres una mujer inteligente y no lo digo por ti, Paul Alexander! Ahora subamos a casa. Mijaíl vendrá más tarde. A pesar de las circunstancias, seguimos con lo nuestro y creo que en estos momentos está con un comprador que quiere adquirir gran parte de lo que hemos pintado a lo largo del año.

Al entrar en el piso, Natalia les explicó que habían añadido el piso colindante a su antiguo estudio y vivienda y derribado algunos tabiques. En aquellos momentos, el estudio ocupaba un espacio amplio muy luminoso. Cuando la felicitó por ello, Natalia le explicó los motivos.

—Lo compartimos dos pintores, pero en algunas ocasiones somos tres o cuatro, y el estudio se nos había quedado muy pequeño. A este lugar lo

conocen ahora como La Casa de la Vanguardia, y cuando llega un pintor o un artista a Moscú lo acogemos aquí durante los primeros días. Así conoce enseguida a muchos compañeros ya que seguimos teniendo las tertulias nocturnas, aunque es cierto que llevamos unas semanas en que, con motivo de la conferencia, la policía nos ha impedido tenerlas alegando que el ministerio ha prohibido las reuniones. La verdad es que están hostigando a los bolcheviques y a sus simpatizantes.

Natalia les mostró lo que ella y Mijaíl tenían entre manos. Irina los definió muy gráficamente.

—¡Son como relámpagos de luz! ¡Esos trazos de colores parece que surgen del sol directamente, y al tiempo se percibe como un alma campesina, ingenua y honesta que aún siente la nostalgia de la niñez!

Natalia se quedó mirándola.

—¡Caramba con Irina Pávlova! ¡Pero si esta mujer es una sabía crítica! Irina, me gustaría que me escribieras unas notas para el catalogo que estamos preparando. ¡Te lo digo en serio! ¡Paul, te has buscado una experta en nuestra vanguardia!

En aquel momento entró en el estudio Mijaíl Lariónov.

—¡Qué gran alegría, Paul! ¡Y tú debes ser Irina Pávlova! ¡Habéis llegado a tiempo porque esta noche y mañana está programada una huelga general! Para que los burgueses se enteren de la dependencia absoluta que tienen de la clase trabajadora. ¡Y un serio toque de atención al gobierno provisional! Así van a empezar a saber quiénes somos los bolcheviques.

Paul conocía las relaciones que vinculaban a Natalia Goncharova y a Mijaíl Lariónov con el partido bolchevique. En general, la mayoría de los artistas simpatizaban con Lenin y Trotsky, ya que la vanguardia rusa se sentía identificada con un partido que hablaba de paz, de justicia social y de progreso. Ambos líderes se estaban transformando en los profetas de la revolución, además de poseer un carisma personal que los colocaba por encima de todos. Recordaba que Karl le comentó un día los celos de Zinoviev, de Kámenev, de Stalin, incluso los de Kérensky, que hubieran dado cualquier cosa por poseer tan solo una parte de aquel carisma.

Mijaíl Lariónov le dio su opinión sin ambages:

—Aunque sé que tienes una buena relación con él, Kérensky es un personaje que me inspira muchas dudas, una gran desconfianza, y por ese motivo estoy convencido de que este gobierno no tiene futuro. Es una situación transitoria que no va a aportarnos más que problemas. Hasta que no cedan el poder a los soviets, no se verá la salida, y después ten por cierto que

el partido bolchevique se hará con la mayoría. Solo entonces podremos decir que habrá comenzado la revolución. Fijaos en esa conferencia nacional. ¡Es como si los bolcheviques no existiéramos! Y sin embargo ya podréis comprobar lo que sucederá mañana, cuando no funcionen ni los trenes, ni los tranvías, ni ningún otro servicio público… y veremos a ver cuántos privados como hoteles y restaurantes.

Paul lo interrumpió:

—Ya te lo contaré, pues tengo un pase como observador internacional. Lo bueno del caso es que me lo proporcionó el propio Kérensky.

Natalia había preparado una comida al estilo popular tradicional. Sopa de patata y un trozo de carne rustida. Después les sirvió café y pastas, y durante la tarde hablaron de arte en el acogedor y algo sobrecargado estudio.

Paul, tras tanto tiempo sin discutir de otra cosa que de política, abordó el tema del arte en cuanto pudo.

—Es curioso que las nuevas tendencias estén surgiendo prácticamente entre Moscú y Petrogrado. Veamos: el rayonismo, el suprematismo, el futurismo, el constructivismo… la verdad es que da la sensación de que estáis en ebullición.

—¡Claro que lo estamos! —lo interrumpió Natalia—. ¡Así nos sentimos! ¡Ahora es una ola imparable! ¡Todo eso estaba ahí debajo, reprimido, agazapado, escondido, y de pronto surge a borbotones! ¡De una idea surge la siguiente! ¡La poesía inspira a los pintores! ¡Los pintores a los arquitectos! ¡Los arquitectos a los escultores! E inmediatamente se transmite a los políticos, los científicos y la gente en general. ¡Algo está ocurriendo y se llama libertad!

—¡Eso es! —Irina, entusiasmada, también quería dar su opinión—. Cuando conocí a Paul, que por entonces estaba buscando una profesora de alemán, yo no tenía amigos artistas. Al conocerlo, y perdóname Paul, pero tengo que contarlo, percibí lo que era una mente libre de prejuicios y de trabas. Alguien que no estaba supeditado a una forma de pensar estandarizada. Creo que fue por ese motivo por lo que me enamoré. Sí Paul, es cierto, ¡eras tan distinto! ¡Venías de Nueva York, impregnado de libertad! Aquí en Rusia, entonces soñábamos con ella, pero no la conocíamos, no la habíamos visto nunca. Ahora, aquí, en este estudio me está sucediendo algo parecido. Cuando os escucho, puedo percibir que la diferencia entre vosotros, los artistas que estáis señalando el camino y la gente normal de la calle, es que vosotros aceptáis cualquier propuesta sin temor a equivocaros. ¡Estáis abiertos al futuro! ¡Creo que a partir de ahora voy a adoptar esa forma de

entender la vida! Paul, tal vez tú no seas un artista, pero piensas y actúas de esa manera. Así que mientras llega lo que tenga que llegar, ¡brindemos por la libertad!

Paul, un tanto emocionado, se incorporó para brindar y decir:

—Os daré mi opinión más sincera… por alusiones. Vosotros tres estáis convencidos de que los bolcheviques cambiarán el país en cuanto se hagan con el poder. A mí tampoco me cabe la menor duda, y puedo presumir de mantener una buena relación con Lenin y Trotsky. Ya sabéis, el azar y todo lo demás. Ambos son extremadamente brillantes, mentes privilegiadas que están colaborando en que la revolución no se quede en un intento fracasado. ¡Ya no hay vuelta atrás! Nadie puede saber lo que va a ocurrir, aunque sí podemos intuirlo a la vista de las circunstancias. Estoy convencido de que los bolcheviques tendrán mucho que decir. Pero no pretendo aguaros la fiesta… de lo que ya no estoy tan seguro es de que lo que vendrá sea lo que esperáis. Cambiar un sistema siempre conlleva un trauma, y como comentaba con alguien hace unos días, esto se va pareciendo cada vez más a la Francia revolucionaria. Para conseguir lo que pretenden unos u otros tendrán que emplear la fuerza, no solo las ideas y las palabras. Y quien saldrá perjudicada será precisamente la libertad. ¡Aguardad, dejadme terminar! Ahora todo son grandes esperanzas. Charles Dickens era un maestro, y os recuerdo que él, que en el fondo fue un precursor del socialismo, también escribió *Historia de dos ciudades*. Ahora y aquí, esas dos ciudades son Petrogrado y Moscú. Siento simpatía por los bolcheviques, y no solo porque duermo con una de ellos, pero a pesar de todo intuyo que luego la realidad nos haga recordar que hubo un tiempo en que pudimos elegir.

—¡Paul! —respondió Irina, tajante—. ¡No estoy de acuerdo contigo en este tema! ¡Me parece una forma muy negativa de verlo! ¡Si alguien nos proporciona grandes esperanzas en esta complicada y dura situación, es precisamente Lenin, seguido de Trotsky y los demás! ¡Ellos han tenido el coraje de plantar cara a todo un mundo estático y hostil, y cambiarlo de arriba abajo! ¡Tú temes que los protagonistas se transformen en tiranos! ¡Precisamente tú, que conoces bien y admiras a Vladimir Ilich y a Lev Davidovich! ¡Si no los conocieras más que a través de la prensa! ¡Pero tú, un privilegiado que eres recibido por ellos como un amigo! ¡Bah, no le hagáis caso, es solo una aprensión! ¡Paul, no creo que pienses así!

Paul no quiso convertir su opinión en un motivo de discusión, y siguieron hablando del interés de los artistas de vanguardia por montar una exposición

conjunta itinerante, una vez terminada la guerra, para mostrar su obra por toda Europa.

Al anochecer, Natalia empezó a dibujar en unos papeles sobre una gran mesa que se había hecho fabricar. Mijaíl también se puso a hacer pruebas con tintas que iba creando, mezclando anilinas, alcohol y colorantes, investigando continuamente con formas y colores. Irina, por su parte, se puso a leer a Marx y él decidió salir a la terraza. Hacía una noche espléndida de agosto y la luna llena se reflejaba sobre las cúpulas de algunas iglesias. A lo lejos el Moscova era una cinta negra y solo se escuchaba el silencio. Al rato, Irina se le acercó por detrás y le susurró:

—¡Qué extraña belleza! ¿Verdad?

Parecía extasiada ante el grandioso panorama, a pesar de llegar de una de las más bellas ciudades del mundo. El cercano Kremlin recortaba sus altas murallas a contraluz de la luna.

—Algún día —prosiguió—, cuando todo haya pasado, y no haya guerras ni tanto odio, este será un país espléndido. Aquí la gente posee una extraordinaria sensibilidad, solo nos falta algo de suerte. Solo eso.

CUARTA PARTE

LA DURA REALIDAD

XXIII
Mentiras y verdades

Tal y como Mijaíl Lariónov había predicho, la huelga general complicó la organización de la conferencia nacional. Como los bolcheviques pretendían, no hubo servicios públicos, incluso en algunas fábricas y talleres no se pudo trabajar, bien porque faltaron algunos de los encargados o de los obreros indispensables, bien por falta de suministros. Aquello demostró que el partido bolchevique, aun sin poder ejecutivo, poseía una gran fuerza entre las bases populares.

En cuanto a la conferencia nacional, Paul vio que los que pretendían representar a Rusia no eran capaces de conseguirlo. A lo largo de las sesiones se hacía cada vez más palpable el ansia de poder de Kérensky, al que nunca hubiera creído tan ambicioso, la rabia contenida de los mandos y oficiales del ejército, la falta de representatividad de la izquierda, y sobre todo la palpable ausencia de los bolcheviques, que mantenían paralizada la ciudad en un alarde de organización y poder real.

Durante las sesiones pudo escuchar retórica, populismo, demagogia y mentiras lanzadas sin rubor alguno. Cuando lo comentó con su vecino de butaca en un momento de la primera conferencia, el hombre lo miró con sorpresa y solo respondió: «¡Políticos!». A pesar de haber negado la asistencia a los miembros del partido bolchevique al declararlos fuera de la ley, salió de allí convencido de que estaban llamando a la puerta, aunque en aquel caso no para completar el espectro político sino para destruir a sus oponentes. Un periodista británico, David Buchanan, le dijo en el receso que no le extrañaría ver entrar a Trotsky en aquel templo de mercaderes para expulsarlos con su látigo. Lo mismo pensaba Paul.

Volvieron a Petrogrado el 20 de agosto. Irina estaba eufórica tras haber contrastado la fuerza del partido en Moscú. Nadie parecía preocupado por el imparable avance de las tropas alemanas, que ya amenazaban Riga, no tan lejos de Petrogrado. Sin embargo la derecha más radical mantenía que, en cualquier caso, aquella ciudad no era más que un nido de revolucionarios y bolcheviques, y que si entraban en ella los alemanes les ajustarían las cuentas y harían una buena limpieza.

Dos días después, Paul mantuvo una reunión con el embajador Francis a la que asistió también el embajador británico, indignado con sus aliados rusos. Según él, todos eran culpables de dejación, incluso de traición a los aliados, y si el frente terminaba por derrumbarse podría ser una catástrofe para los franceses y los ingleses. Ninguno de los dos embajadores ponía sus esperanzas en Kérensky sino en Kornilov, para ellos el único capaz de poner orden y concierto. Paul comprendió que cada día que pasaba le quedaba menos cuerda al gobierno provisional, que estaba siendo abandonado por sus aliados en beneficio de una posible dictadura militar, que era en lo único que cifraban sus esperanzas los aliados. Aquella gente no terminaba de comprender el carácter ruso y se podrían llevar una gran sorpresa.

Fiódor lo llamó y quedó con él en una tetería situada en la esquina opuesta al palacio Stroganoff, en la Perspectiva Nevski. Allí solían reunirse los miembros del soviet, pero nunca los bolcheviques. Cuando se lo hizo notar, Fiódor contestó que por eso mismo se trataba del lugar adecuado, ya que donde solían reunirse los bolcheviques estaban permanentemente vigilados. Fiódor seguía manteniendo un tono frío con él.

—¿Qué tal por Moscú? Te he llamado porque se trata de un asunto importante. Kérensky está cada día más equivocado. ¡Pretende dar un golpe de Estado, hacerse con el poder e instaurar una dictadura! ¡Y por su parte Kornilov parece tener la misma idea! ¡Un doble juego, a ver quién gana la partida!

Escuchaba a Fiódor con atención, aunque en Petrogrado se hablaba a diario de conjuras, espionaje, atentados y golpes. Fiódor no era el típico correveidile sino alguien experto que, por su posición en *Pravda*, mantenía una buena relación con casi todos los líderes, salvo tal vez con Stalin, quien tampoco parecía llevarse bien con ninguno de sus redactores. Fiódor le confió que creía que se trataba de un problema de celos profesionales. Como escritor, Stalin era excesivamente denso y repetitivo, y sin embargo criticaba sin cesar los textos de sus subordinados, que en su mayoría escribían mejor que él. La poca brillantez de sus textos generaba una compleja situación en la redacción del periódico. ¿Quién le ponía el cascabel al gato? Fiódor se negó a decir a su jefe político que siempre debía ser el artículo más brillante el que ocupase la cabecera.

Los últimos días de agosto fueron de zozobra. El embajador Francis volvió a llamarle por teléfono para pedirle que pasara por la embajada cuanto antes, así

que se puso una chaqueta y media hora más tarde estaba allí. Se trataba de analizar la situación anunciada por su amigo Fiódor, ya que las noticias eran que el general Kornilov, apoyado por otros generales como Krimov y miembros de la asociación de oficiales, con la connivencia de parte de los miembros del gobierno provisional que se oponían a Kérensky, entre ellos los kadetes, además de gran parte de la burguesía, pretendía dar un golpe de Estado y derrocar al primer ministro. Eso era, según el embajador, muy preocupante pues se temía que fuese un golpe a sangre y fuego. Los informes que le habían llegado aseguraban que Kornilov tenía la intención de hacer fusilar a los ministros y altos funcionarios del gobierno que no le mostraran adhesión inmediata, así como al soviet de Petrogrado en su totalidad, para seguir con todos los miembros del partido bolchevique y los que se manifestaran en su contra. El embajador se lo advertía ya que los ciudadanos extranjeros deberían permanecer al margen por su propia seguridad. Cuando replicó al embajador que no creía que algo semejante pudiera llegar a suceder, este le manifestó que se trataba de información confidencial contrastada. El golpe era algo inminente. Además tenía conocimiento de que los apoyos a Kornilov eran numerosos.

Pensó que todo podría ser cierto, pero no lo veía posible, y menos conociendo a Kérensky.

—Embajador, con todos los respetos… No dudo de que esa información sea cierta. ¿Pero con qué fuerzas pretende el general Kornilov tomar Petrogrado? Piense que los revolucionarios dominan lo esencial: los ferrocarriles, los telégrafos, las emisoras, los suministros. Tal y como están las cosas, dudo mucho que los soldados obedezcan las órdenes de los mandos, pues los comités de los soviets lo impedirán. Los comisarios políticos no lo permitirán. Creo que el general Kornilov se podría encontrar al frente de un golpe sin el más mínimo respaldo.

—Podría ser, de hecho hemos valorado esa posibilidad. Pero el general Kornilov es cosaco, y todas las divisiones cosacas lo seguirán sin dudarlo. Además está vinculado al regimiento de montañeses musulmanes. Esos solo le obedecerán a él. En cuanto a los oficiales, suman miles de individuos armados y preparados, y todos ellos son contrarrevolucionarios.

—Sí, eso es cierto, pero Kornilov tiene aquí varios frentes abiertos, y Kérensky no se va a quedar mano sobre mano. En cuanto al soviet, preferirá a un demócrata, por muy incapaz que lo considere, que a un militar reaccionario que amenaza con fusilarlos a todos ellos sin juicio previo en cuanto se haga con el poder. Los bolcheviques son los más organizados, y

ningún tren puede llegar hasta Petrogrado sin su visto bueno, como vimos con el tren imperial, cuando inmovilizaron al zar. Creo que aún no está todo dicho, pero en cualquier caso le agradezco su advertencia. No sé si tiene información de que mi actual compañera pertenece al partido bolchevique, mientras que yo no estoy convencido de que sean la mejor opción.

El embajador sonrió.

—Puedo comprenderle perfectamente. Mi mujer es republicana y yo demócrata, y de vez en cuando tenemos un serio debate. La solución más pragmática sería que usted se hiciera bolchevique, aunque solo fuera de boca hacia afuera… Hablando en serio, sé lo que ha querido decirme, y si necesitan mi ayuda, aquí estaré.

Tras despedirse del embajador, mientras caminaba de vuelta hacia su piso, pensó que se trataba de un asunto bastante más serio. Miles de vidas y el futuro de Rusia estaban en juego. Fiódor le advirtió que si Kornilov lograba finalmente entrar en Petrogrado, podría producirse una hecatombe. Había hablado de ello con Irina y le pidió que abandonara la ciudad por unos días, pero ella se negó a escucharle, replicándole que si llegara a haber un golpe de Estado, ella tendría que estar allí, y que en cualquier caso no pensaba separarse de él. Luego pensó que su pasaporte diplomático podría impedir que nadie entrara en el piso por la fuerza, aunque eso era muy relativo.

Irina no estaba en el piso. Durante toda la tarde estuvo pendiente del teléfono, pero no recibió ninguna llamada. Comenzó a preocuparse al caer la noche. Le preguntó a Ludmilla, pero ella tampoco sabía nada. Llamó a Fiódor a su casa, y no le contestó, pero imaginaba que dada la situación se encontraría en algún lugar organizando la respuesta ante un posible golpe de Estado, ya que todos los barrios obreros de Petrogrado se estaban preparando para la defensa. A fin de cuentas, Irina era una dirigente del partido y aquellos eran momentos críticos para cualquier bolchevique.

Sonó el teléfono y escuchó con alivio la voz apenas audible de Irina al otro lado de la línea. Le preguntó dónde estaba y ella contestó que en el barrio de Viborg, en su nuevo cargo de delegada en aquel lugar del comité permanente. Le dijo que no debía preocuparse por ella, que se hallaba donde debía, y que sabía muy bien que no podría estar sentada, escondida, aguardando a que todo se resolviera.

—Paul, sabes que te quiero, pero ahora debo estar aquí. No te preocupes por mí, creo que la situación está controlada. En cuanto pueda volveré a casa.

Te amo.

No le dio tiempo a contestar, la línea se cortó. No podía hacer nada. Ella estaba donde quería estar, era su carácter y eso nunca podría cambiarlo.

El 28 de agosto transcurrió en medio de una enorme tensión en toda la ciudad, aunque a última hora de la tarde se supo que ni Kornilov ni sus tropas parecían capaces de llegar a Petrogrado. Pensó con una sonrisa que el tozudo sindicato de los ferroviarios tendría mucho que ver en ello. Fiódor lo mantenía informado. Volvió a llamarle para advertirle que no saliera a la calle donde, por otro lado, poco se podía ver. Todo el mundo se encontraba a la expectativa, aguardando acontecimientos. En los barrios proletarios y alrededor de las grandes fábricas los obreros, soldados revolucionarios y campesinos, dirigidos en la mayoría de los casos por comisarios bolcheviques, preparaban con ahínco la defensa, cavando zanjas y extendiendo alambradas. Paul le contó que Irina le había llamado desde algún lugar de Viborg.

—Es normal, no está sino cumpliendo con su obligación con el partido. Hoy nos faltan hombres y mujeres. ¿Sabes la última? ¡El propio Kérensky ha pedido auxilio a la guarnición de Kronstadt**[196]**, y los marineros están llegando a Petrogrado! ¡Para defender al gobierno provisional y a Kérensky, que los declaró enemigos de la revolución hace unos días! ¡Lo que son las cosas! De todas maneras, el principal temor es lo que Kornilov pueda llegar a hacer. Si lograra entrar, lo primero que haría sería fusilar a todos los presos políticos. ¡Recuerda que ahora se encuentran en prisión la mayoría de los líderes bolcheviques! Pero las últimas noticias nos dan algo de esperanza. ¡Los ferroviarios están volviendo locos a los golpistas mandándolos arriba y abajo! Si me entero de algo más te llamo de inmediato. ¡Adiós!

Ya atardeciendo, Paul no pudo resistir y bajó a la calle a pesar de las advertencias. Se acercó andando a la Perspectiva Nevski. Todo parecía tranquilo. Lloviznaba y cuando comenzó a anochecer las escasas farolas de gas que seguían iluminando apenas permitían ver los obstáculos. Solo circulaban algunos coches oficiales y camiones llenos de soldados revolucionarios, además de alguna ambulancia de tarde en tarde. No vio a nadie y decidió volver al piso. En la esquina de la calle un grupo de hombres de paisano le pidió la documentación en tono amenazador. Cuando le iluminaron el rostro con un farol de carburo, el que parecía el jefe se dirigió a Paul:

—¡Usted es el periodista americano! ¡Váyase a casa, que la noche no está para paseos!

Pensó que aquel hombre tenía razón y caminó con rapidez hacia el portal. Entró cerrando tras él. Se sintió aliviado. No se consideraba un cobarde, pero cada día estaba más convencido de que en aquella hermosa y peligrosa ciudad, podía suceder cualquier cosa en cualquier momento. Le inquietaba la ausencia de Irina, pero no podía hacer nada.

Dos días más tarde, se hallaba en la cama cuando pudo escuchar el llavín en la puerta. A aquella hora solo podía ser Irina. La vio entrar en la penumbra de la habitación. Se tendió junto a él en la cama y lo abrazó.

—Ya ha pasado todo. Kornilov está detenido y Kérensky sabe quién manda ahora en Petrogrado.

—¿Quién? —era una pregunta estúpida, pero quería que ella le contestase.

—¡Nosotros, los bolcheviques! —Irina cerró los ojos agotada y se quedó durmiendo junto a él, vestida tal como había llegado.

Durante los siguientes días, Petrogrado daba la impresión de ser una ciudad muerta. La gente no quería salir a la calle. La propia Irina salía a comprar algo, el periódico, o a dar una vuelta, pero volvía al poco rato. Paul no quería interferir y, mientras, él permanecía escribiendo, y tosiendo en ocasiones, pues se sentía bastante débil tras la pulmonía mal curada. Allí se estaba bien, en aquel extraño otoño aún no era necesaria la calefacción y el sol entraba a raudales por los balcones de la biblioteca. Karl fue a hacer unas fotografías en la fábrica Putílov, pero al volver lo asaltaron unos *junkers*, que le destrozaron la cámara gritando que se trataba de un amigo de los bolcheviques. Al caer al suelo, cuando se dieron cuenta de que le faltaba una pierna lo dejaron tranquilo.

Fiódor Yegórovich iba y venía por la periferia de la ciudad, e incluso se atrevía a visitar los pueblos cercanos. Las revueltas campesinas se habían extendido por todo el país y él deseaba ser testigo presencial. El 7 de septiembre pasó a verlo para contarle lo que estaba sucediendo. Le explicó que en todos los pueblos y aldeas donde había estado, se repetían las mismas escenas. Los campesinos talaban los arboles como si les fuera la vida en ello.

—¡Esos impresionantes bosques de las fincas privadas están desapareciendo por días! ¡Como si los árboles tuvieran la culpa de todo! Los campesinos, los *mujiks* quieren hacerse con la madera, para construir o como leña para los próximos inviernos, y el resto, una demostración de que no le

temen a nada. ¡Árboles centenarios derribados como una prueba de fuerza, para que las cosas no tengan vuelta a atrás! ¡Miles de ejemplares! ¡Las antiguas mansiones señoriales han sido destruidas hasta sus cimientos y los animales de labor han sido sacrificados para el consumo! Nadie había previsto esta situación, y si las cosas siguen así, todo esto nos conducirá a una terrible hambruna. Si eso está sucediendo en un pueblo, en el siguiente, en todos los de la región, y probablemente de toda Rusia, muy pronto se notará el desabastecimiento. ¡En fin! Luego viajé hasta las propiedades de Ludmilla Valenskovna. ¡Ya no quedan más que tierras yermas! Vi los restos de su vieja mansión incendiada y sentí una gran tristeza. ¡Qué cierto es que pagan justos por pecadores! ¡Alguien tendrá que poner fin a esta situación! Los campesinos ya no creen en las leyes, solo en sus propias organizaciones campesinas.

Luego le comentó el último bulo que corría por Petrogrado. Según él, Kérensky había llegado a un acuerdo con los alemanes para cederles Petrogrado. Aunque fuese un bulo, aquello parecía tener un cierto sentido. Kérensky sabía que los alemanes podrían hacer por él lo que él mismo no había sido capaz de conseguir. Ellos se encargarían de descabezar y acabar con la revolución, y sobre todo con los bolcheviques, a los que Alemania consideraba sus peores enemigos. Petrogrado era el caldo de cultivo, el centro intelectual desde el que se irradiaba la revolución, el lugar donde se estaban fraguando los discursos y la política de los bolcheviques. Si todo aquello se debía trasladar a Moscú, ya sería otra cosa. Se hablaba de que la pretensión de Kérensky era privar al lobo de su guarida.

Entonces Paul le preguntó a Fiódor lo que todo el mundo quería saber en Petrogrado.

—Fiódor, ¿dónde está Lenin y cuándo piensa volver?

Fiódor se encogió de hombros.

—Eso solo lo sabe el propio Lenin y en todo caso la Krúpskaya. Pero si quieres mi opinión, no debe de andar muy lejos… si es que no se encuentra escondido en algún barrio de la ciudad, a la espera de que pase el peligro. Da la impresión de ser un sabio despistado, pero es un hombre astuto.

Septiembre iba pasando con rapidez. Irina volvió a su trabajo en la redacción de *Pravda*, allá donde estuviera, ya que entre otras medidas el gobierno provisional había prohibido el periódico. Volvía a la hora que podía, y tuvo más de un susto por la calle del que salió bien librada. Le explicaba que la

situación se estaba acelerando y que pronto sucederían cosas importantes, aunque él lo achacaba a que quería tranquilizarlo.

Paul recibió una nueva llamada del embajador Francis, que le adelantó que se trataba de una reunión informal y que lo invitaba a acompañarlo a la embajada del Reino Unido. Un automóvil negro del servicio diplomático con la banderita de los Estados Unidos se detuvo delante del edificio a las cuatro treinta, la hora convenida. No terminaba de entender lo que pretendían de él. Tal vez se debiera a su conocida relación con los principales actores de la revolución, Lenin, Trotsky y Kérensky. Dentro del coche se encontraba el embajador Francis, que lo saludó como a un viejo amigo. Hablaron de banalidades mientras se dirigían a la embajada británica. Allí los aguardaba el embajador Buchanan, que los recibió en una sala anexa a su despacho.

—Este es territorio neutral, considérense en casa de un amigo.

Apenas conocía a Buchanan, solo por una reunión anterior, pero sabía que ni Lenin ni Trotsky tenían un buen concepto de aquel hombre. No solo por lo que representaba, sino porque sabían que colaboraba activamente intentando destruir la revolución. Gran Bretaña quería volver a tener como aliada a la Rusia imperial y no, empleando el lenguaje de su embajador, «a un grupo de zarrapastrosos bolcheviques que están impidiendo mantener el frente del este activo».

Buchanan les confirmó lo que muchos pensaban. Lenin estaba escondido en algún lugar de Petrogrado, probablemente en Viborg, al menos eso era lo que mantenían sus servicios de inteligencia. Los americanos creían lo mismo. Buchanan fue taxativo en su criterio: «Si los bolcheviques terminan por hacerse con el poder, cosa que empieza a ser factible, la embajada del Reino Unido tendrá que cerrar sus puertas en Rusia», dijo. El embajador Francis asentía a las palabras de su colega. Los americanos tenían el mismo punto de vista que los británicos. Ellos seguirían sus pasos. Una cosa era trabajar con alguien razonable como Kérensky, aunque estuvieran convencidos de que le faltaban apoyos para conseguir lo que pretendía, y otra muy diferente hacerlo con personajes radicales como Lenin o Trotsky, que querían imponer un gigantesco experimento socio-político de incalculables consecuencias para el resto del mundo. Según Buchanan, un posvictoriano, la pretensión de los bolcheviques era destruir el orden mundial existente.

Al final ambos embajadores le enseñaron sus cartas. ¿Podría intentar conseguirles una reunión con Trotsky? Una vez decantado por el partido bolchevique, Lev Davidovich Bronstein parecía confirmarse como el segundo de a bordo, y ya que no podían hablar con Lenin, les gustaría hacerlo con el

hombre que llevaba la voz cantante. Le confesaron que ambos lo habían escuchado de incógnito en los días en que Trotsky daba sus conferencias en el *Cirque Moderne*.

—No sé si resultará fácil conseguirlo. Se trata de un hombre muy especial. Como saben, apenas hace unos días que acaba de ser puesto en libertad por el gobierno provisional. Están intentando una nueva estrategia de acercamiento o, mejor dicho, de apaciguamiento con los bolcheviques. Lo intentaré. Cada vez tengo menos dudas de que al final los bolcheviques se harán con el poder, y sin duda sus líderes más capaces son Lenin y Trotsky.

—¡Y pensar que tuvimos a ambos en nuestras manos! ¡Y ahora esos dos tramando la revolución mundial!

El embajador Buchanan lamentaba la falta de decisión de su gobierno cuando Lenin les solicitó permiso para llegar a Rusia a través de Gran Bretaña y el gobierno británico se lo denegó, y de la oportunidad perdida en Halifax, Canadá, donde Trotsky fue obligado a permanecer en una situación cercana a la prisión por el gobernador británico, cuando también intentaba volver a Petrogrado.

Al terminar la reunión prefirió volver caminando a su piso. Era evidente que no existía la menor voluntad, ni por parte de su propio gobierno ni por el de Gran Bretaña, de intentar un acercamiento de buena fe con los revolucionarios. Era como si no supieran a qué carta quedarse. En cuanto a Kérensky, tenía la impresión de que había perdido la poca credibilidad que tenía.

Una semana más tarde, a través de Irina, consiguió hablar por teléfono con Trotsky. Cuando le comentó la posibilidad de mantener una reunión con los embajadores de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, en un primer momento el líder bolchevique pareció sorprendido, pero aceptó.

—¡De acuerdo! ¿Le parece bien mañana, en su piso, a las nueve de la noche? Solo podré estar allí alrededor de una hora. Y para que le conste, iré porque usted me lo pide. ¡Dígale a Irina que deseo que esté presente!

De una parte, dos grandes potencias recurrían a él para conseguir una entrevista privada con uno de los principales líderes de la revolución. De otra, Trotsky, una de las cabezas pensantes de la revolución, le aseguraba que si asistía era porque él se lo pedía. Cuando lo comentó con Irina, ella lo observó extrañada, pero asintió.

—Sí. Trotsky no se fía de Zinoviev, ni de Kámenev, ni de Stalin. Quiere que alguien del partido esté presente, y además conoce bien nuestra relación. De acuerdo, naturalmente que estaré.

Al día siguiente, Trotsky se presentó con veinte minutos de antelación. Lo primero que hizo fue pedirle a Irina que le preparara un café con leche, que Irina le sirvió con un bizcocho. Se le veía relajado, con la seguridad de encontrarse entre amigos. Con Irina mostraba una gran complicidad, después de tanto tiempo luchando por una causa, aunque durante un tiempo hubieran estado en bandos diferentes. En un principio Irina había pertenecido a los mencheviques, al igual que él. Después ambos habían terminado en el partido bolchevique.

Mientras mojaba el bizcocho en el café caliente, les contó entusiasmado que Lenin estaba acabando un nuevo texto, *El Estado y la revolución*.

—Me ha permitido leer parte de lo que lleva, y me parece una sensacional aportación a nuestra revolución. La dictadura del proletariado demostrará ser la solución al Estado tradicional, que se basa en el dominio de unas clases sobre las otras.

Paul lo escuchaba con atención, y decidió intervenir en aquel momento.

—Lev Davidovich. ¿Y no puede ocurrir que esa dictadura del proletariado lleve a los dirigentes a imponer su particular punto de vista al resto de la sociedad? ¿Quién vigilará a los vigilantes?

Trotsky replicó sin darle tiempo a acabar:

—¡No! ¡Precisamente la dictadura del proletariado se autorregulará! ¡Sería imposible!… aunque comprendo que esa pregunta, obvia por otra parte, requiera su propio análisis.

Sonó el timbre. Eran las nueve en punto. Se dirigió a abrir la puerta. Dio la mano a ambos embajadores, los invitó a entrar e hizo las presentaciones, incluyendo a Irina. Los condujo a la biblioteca, donde había un gran tresillo, y allí tomaron asiento. Hizo intención de dejarlos solos, acompañados de Irina Pávlova, como era deseo de Trotsky, que quería tener un testigo presencial de confianza en aquella reunión, y se dirigió a la puerta. Trotsky se dirigió a él:

—Querido amigo, si la reunión se celebra en su casa por la confianza que los presentes tenemos en usted, sería absurdo que no la tuviéramos para que escuchara lo que aquí va a hablarse. Como confiamos plenamente en su discreción, por parte mía no hay inconveniente alguno.

Ambos embajadores asintieron. Buchanan tomó la palabra.

—¡Naturalmente! ¡Por favor, Alexander, permanezca con nosotros!

Tras un breve silencio, se vio que el embajador Buchanan no deseaba perder tiempo.

—Señor Bronstein, seré claro y directo. Mi amigo y colega aquí presente, el embajador David R. Francis, representa los intereses de los Estados Unidos en Rusia y ha tenido la deferencia de cederme la palabra, y yo, como embajador, represento los de Gran Bretaña. Nos hubiera agradado también la presencia de Vladimir Ilich Ulianov, ya que ustedes dos son al día de hoy los máximos dirigentes del partido bolchevique, que a su vez da la impresión de haberse convertido en el mayoritario dentro del Soviet de Rusia. Tenemos la certeza de que ustedes podrán gobernar muy pronto. Rusia es uno de los países más importantes de la tierra a todos los niveles. Ni los Estados Unidos ni el Reino Unido pueden ni deben quedar al margen de lo que aquí está sucediendo. Corren rumores de que nosotros estamos en contra de esta revolución y que apoyamos a los contrarrevolucionarios. Deseo expresarle personalmente, en nombre de los dos, que eso no es cierto. Solo somos testigos privilegiados de lo que aquí está sucediendo. Gran Bretaña y los Estados Unidos no intervienen en los asuntos internos de otros países. Si finalmente, como parece muy probable, ustedes se hicieran con el poder, nos pondríamos a su disposición al entender que esa habría sido la voluntad del pueblo ruso. Le rogamos por tanto que transmita al señor Vladimir Ilich Ulianov, y al resto del comité ejecutivo del partido bolchevique, esta disposición. Como comprenderá, mientras tanto no podemos recibirles oficialmente en nuestras respectivas embajadas, pero hemos querido expresárselo personalmente para evitar ser manipulados por terceros.

—Señores embajadores —contestó Trotsky—, quiero agradecerles esta discreta reunión, ya que es importante para el partido al que represento despejar equívocos. Creo que es prudente por ambas partes. Yo también deseo transmitirles el interés del partido bolchevique de mantener unas relaciones lo más positivas y sinceras posibles. La voluntad expresada de no intervenir en los asuntos internos demuestra la prudencia de sus respectivos países. En cuanto a las posibilidades de hacernos con el poder para entregárselo al pueblo bajo la formula de la dictadura del proletariado, les puedo asegurar que para ello estamos trabajando. Tenemos la firme convicción de que el gobierno presidido por Kérensky es en efecto un gobierno provisional. Muy provisional, por cierto, aunque la burguesía es un poderoso enemigo para el pueblo, y por tanto no se puede cantar victoria. En cuanto al ejército, no es nuestro enemigo. Es una lucha de una parte del ejército contra la otra. Unos

miran hacia adelante, los otros miran hacia atrás. El que mira hacia atrás termina siempre tropezando.

No hubo mucho más. Los embajadores terminaron sus cafés y apenas eran las diez cuando se despidieron, agradeciendo a Trotsky que hubiera acudido a la reunión, y a Irina y a Paul su hospitalidad y confianza. En cuanto salieron, Trotsky volvió a agradecer a Paul lo que estaba haciendo desinteresadamente.

—Yo también debo irme. Me aguardan en el comité ejecutivo. Le agradezco esta interesante reunión. Al menos servirá para poner las cosas más claras. Nosotros somos un partido revolucionario proletario que pretende realizar un cambio social de gran calado. Hay quién lo llama «experimento social». ¡En un experimento nunca se sabe lo que puede suceder! Nosotros, los bolcheviques, estamos bien seguros del resultado.

Trotsky besó a Irina tres veces en las mejillas y tendió la mano a Paul esbozando una sonrisa.

—Lev Davidovich —preguntó Paul—, ¿besar a las mujeres no es parte de una cultura burguesa que demuestra una ascendencia sobre ellas, como una tutela del varón sobre la hembra, mientras que cuando dos varones se dan la mano es señal de un saludo entre iguales?

Trotsky negó enérgicamente con la cabeza.

—No en este caso, mi querido y perspicaz Paul Alexander, ya que al menos en este caso, Irina Pávlova es como si fuera mi hermana pequeña. ¡Es solo buen cariño ruso! ¡Adiós! ¡Tal vez nos veamos en la Conferencia Democrática! ¡Acudan a apoyarme!

Trotsky salió riendo a carcajadas. Paul cerró la puerta tras él y le dijo a Irina con una sonrisa:

—¡Este hombre siempre tiene respuesta para todo!

—Es cierto, si Lev Davidovich tiene un defecto es que no puede permanecer callado.

El 14 de septiembre se había convocado la Conferencia Democrática por los mencheviques y los social revolucionarios. La idea era dejar en minoría a los bolcheviques. A pesar de ello, Fiódor Yegórovich podía asistir como informador utilizando su carnet de periodista e invitó a Paul como acompañante. Eran momentos críticos para la revolución y ambos lo sabían. Un día a día de circunstancias cambiantes en los que cada uno de los actores del drama histórico que se desarrollaba ante sus ojos intentaba marcar las diferencias. El verano se estaba acabando con rapidez, y varios días de lluvias

consecutivas enfriaron el ambiente. Un cielo gris, encapotado, era como el dosel que enmarcaba el estado de ánimo de la ciudad.

Ambos se dirigieron al Teatro Alexandrinski. Un escenario muy adecuado para la conferencia. Los bolcheviques, le explicó Fiódor, pretendían que se llevaran a cabo las elecciones para una asamblea constituyente. Los demás partidos preferían posponerla por temor a que surgiera una asamblea excesivamente radicalizada. La idea de la Conferencia Democrática era de los socialistas moderados, convencidos de que la conferencia sería lo más cercano a un parlamento, hasta que las cosas cambiasen.

Apenas tomaron asiento cuando los moderados iniciaron un feroz ataque dialéctico a lo sucedido en las jornadas del intento de golpe de Kornilov y del propio Kérensky, lanzándose improperios entre sí. Muchos de los asistentes pateaban el suelo del teatro, intentando callar a sus oponentes. Los bolcheviques como Fiódor se mantenían a la expectativa. Kérensky intentó defenderse pero le fue imposible hacerse oír. Entonces le tocó exponer a Trotsky, por el que la mayoría de los asistentes sentía una gran aversión. A pesar de ello, el silencio se hizo en la gran sala. Comenzó pidiendo al gobierno provisional dimitido que rindiese cuentas de su gestión.

—¡No necesitamos consejos sino cuentas ya que, por lo que acabamos de presenciar, nadie ha defendido al primer ministro! ¡Ni siquiera sus propios compañeros!

A partir de ahí, Trotsky exigió que los guardias rojos fuesen armados para impedir otro alzamiento militar. Antes de acabar su intervención denunció la no representatividad de la conferencia.

—¡Aquí se quedan ustedes y sus políticas vacías de contenido! ¡Nosotros nos vamos!

Fiódor intentó levantarse para acompañar a sus camaradas, pero Paul le pidió que permaneciese junto a él. Fiódor se sentó de nuevo, moviendo la cabeza como si no acabara de entender lo que su amigo pretendía. Mientras, la conferencia terminaba entre acusaciones e insultos. Kérensky pretendía que le otorgasen la confianza para gobernar en coalición, pero cuando comprendió que aquel no parecía ni el momento ni el escenario adecuado, abandonó el teatro.

Al salir vieron venir manifestaciones de unos y otros. Los kadetes mostraban pancartas apoyando al ejército. Los mencheviques acusaban a los bolcheviques de desestabilizar la política. Los bolcheviques permanecían en silencio en el centro de la ciudad mientras calentaban a los obreros en los barrios periféricos. Comenzó a llover torrencialmente y todos los

manifestantes corrieron a refugiarse. Paul llegó empapado a su piso. Mientras tomaba un baño caliente, ya que no quería exponerse a una nueva pulmonía, pensaba que existía demasiada tensión en el ambiente.

El 22, los periódicos trajeron la noticia de la constitución de un nuevo gobierno de Kérensky, apoyándose en los kadetes, pero no tuvo gran impacto. Kérensky había perdido toda la credibilidad. Paul intentó verlo, lo llamó a su teléfono directo varía veces pero nadie lo cogió. Fue a comer al restaurante donde se encontraban a menudo, pero la propietaria le dijo que llevaba varias semanas sin aparecer por allí.

Mientras, Irina se levantaba a las seis cada mañana para desaparecer hasta casi la medianoche. Hablaba poco con ella, ya que cuando aparecía agotada apenas podía sacarle unas palabras. Él la aguardaba escribiendo y corrigiendo su libro, que iba avanzando más despacio de lo que quería, y del que nunca se encontraba satisfecho. Recordaba que fue en sus primeros días en Rusia cuando conoció a personas como la princesa Pavlovski o el profesor Rikov en Novgorod, que le abrieron los ojos al explicarle que en Rusia estaba acabando una época, y que tendría que llegar un tiempo nuevo que barriese como un vendaval las cenizas del tiempo pasado. Esa tormenta había llegado, pero amenazaba con arrastrarlo todo sin contemplaciones, lo viejo y lo nuevo.

Comenzó a dar largas caminatas sin importarle el tiempo que hiciera. Simplemente se abrigaba bien y se calaba un sombrero alemán que le regaló Karl. A pesar de la complicada situación, cada día se encontraba más satisfecho de su decisión de permanecer en Rusia, y sobre todo en Petrogrado. No podía quejarse de estar pasando penalidades ya que, con el retorno de Irina, Ludmilla se preocupaba todavía más por ellos.

Karl trabajaba sin descanso en montar su futura exposición y en editar un libro de fotografías sobre la ciudad; el cambio de la época de los zares a la revolución, de las apariencias al pragmatismo, de los rituales a las circunstancias. Fotografías tomadas por un experto ojo al que nada se le escapaba y que todo lo veía, y que levantaban acta de aquellos momentos históricos. En las paredes de su estudio se encontraban colgadas las más impactantes. Desde las melancólicas y profundas miradas de los Romanov, que parecían adivinar lo que se les venía encima, a la inquisitiva y algo cínica de Lev Davidovich Bronstein, que observaba el mundo que le rodeaba como un moderno Moisés, dispuesto a romper las tablas de la ley para cambiarlo todo, o el instante en que un sorprendido Vladimir Ilich Ulianov se asomaba a

la puerta del tren que lo traía del exilio, mientras los suyos lo aclamaban convencidos de que aquel era el hombre que les conduciría definitivamente a la libertad. En ocasiones, paseando por Viborg, donde se estaba cociendo la verdadera revolución, se preguntaba si aquellas promesas llegarían a cumplirse o si, al final, todo se convertiría en un monumental fracaso.

Al comenzar la última semana de septiembre, su mirada se cruzó una mañana en la Perspectiva Nevski con unos ojos que le resultaron familiares. Se volvió y comprobó que el desconocido también giraba su cabeza. Recordó aquel rostro. Era el de Serguéi Nesvisky, el antiguo fiscal jefe de la audiencia del San Petersburgo zarista, ahora con aspecto demacrado y desmejorado. Volvió sobre sus pasos mientras el hombre permanecía inmóvil, en mitad de la acera.

—¿Serguéi Nesvisky? ¿Se acuerda usted de mí?

El hombre asintió. De cerca se notaba más su palidez, fatiga y desesperanza.

—Sí, creo reconocerlo… ¡Ha pasado tanto tiempo! Usted es… Alexander, el periodista americano. ¡Claro que lo recuerdo! ¡He pensado muchas veces en usted! ¡Tenía razón, todo iba a cambiar!

—Así es. Nos conocimos aquella noche en el expreso de Moscú, hace nueve años, creo recordar que entonces ocupaba usted el cargo de fiscal jefe de la audiencia, y con usted viajaban un tal… ¿Vasilievich? Creo recordar que era abogado del Estado. Y no recuerdo el nombre del juez del tribunal de apelación. ¿Qué tal están?

—Nikolai Fischeliev falleció hace un año y no ha llegado a ver esta catástrofe. Fue lo mejor que pudo hacer, quitarse de en medio. Siento envidia de él. En cuanto a Iván Vasilievich, está en prisión, acusado de actividades contrarrevolucionarias. ¡Un hombre que ha servido a Rusia durante toda su vida! Creo que ha perdido la cabeza, lo cual le hará sufrir menos.

—¿Y usted, Nesvisky? ¿Cómo lleva la revolución?

El hombre lo miró fijamente con sus pequeños y gastados ojos, su ropa estropeada y manchada, los viejos zapatos sucios de barro, el rostro sin afeitar, el ralo cabello despeinado, las manos inflamadas y amoratadas. Era una pregunta absurda y sintió habérsela hecho.

—¿Le gustaría acompañarme a tomar un café? —propuso Paul.

—Verá, señor Alexander —Nesvisky negó con la cabeza—, es que no puedo permitírmelo. ¡No tengo un copec!

—No se preocupe por eso. Estaré encantado de invitarle. Conozco un lugar por aquí donde, en un piso que hace las veces de restaurante, nos servirán un buen desayuno. ¡Acompáñeme, se lo ruego!

Nesvisky asintió, aunque Paul se dio cuenta de que el hombre se sentía avergonzado. Se hallaban muy cerca del lugar. Subieron en el ascensor ya que su invitado daba la impresión de encontrarse al borde del agotamiento. Entraron y la propietaria, que lo conocía, lo observó con extrañeza aunque tuvo la delicadeza de no hacer ningún comentario. Paul se dirigió sin inmutarse a la mesa que ocupaba habitualmente. Tuvo que pedir por los dos ya que Nesvisky era incapaz de decidirse. Les trajeron café con leche, bollos recién hechos, mantequilla y un par de huevos fritos con panceta. El hombre miraba lo que iban trayendo con asombro e incredulidad.

—¡Creía que todo esto ya no existía! ¡Aquí, en el centro de Petrogrado! ¡Pero si las tiendas están vacías! ¡Claro, que todo es cuestión del precio que se esté dispuesto a pagar!

Pudo observar las lágrimas que corrían por sus mejillas. Una mezcla de frustración, lástima por sí mismo, emoción. Luego comió en silencio, intentando contener su ansiedad. Cuando Paul pidió otro plato con bollos, Nesvisky se guardó algunos en el bolsillo. Después, tras un largo silencio, se decidió a hablar:

—Como observador estará usted viendo que esta revolución está transformando muchas cosas, prácticamente todo. Las circunstancias nos han colocado a muchos en el bando perdedor. El zar incluido. ¡Quién iba a pensar que esto podía llegar a suceder! ¡Yo entonces solo cumplía con mi deber! Tuve que procesar a muchos de los que hoy pertenecen al soviet de Petrogrado… incluso llegué a abrir un proceso contra Kérensky, así que tal vez debería felicitarme por seguir vivo. No me hago ilusiones, sé que esto va a ir a peor para los que piensan como yo, y cuál será mi destino. Los vencedores nunca aceptan que alguien conozca su pasado y, para mi desgracia, yo podría recitarle el de muchos de ellos… de cualquier partido. Lo único que por el momento sigo conservando es la memoria. ¡Ah, quisiera olvidarlo todo! La mayoría de ellos atentaron de una u otra manera contra el Imperio, y a los que pude los llevé a juicio. ¡No me lo perdonan! Yo solo cumplía con mi obligación… ¡solo eso! Y ahora, no tengo un solo copec. Ahí tiene a los de la Ojrana, la mayoría vuelven a ser útiles. Simplemente han cambiado de señor. ¡Qué más da servir al imperio que a la república, o como ahora a los revolucionarios! Lo importante es seguir viviendo, comer todos los días. Pero los que conoció usted aquella noche en el tren estábamos

predestinados: un fiscal, un abogado del Estado, un juez… Tras nosotros irán muchos otros. ¿Quién será el nuevo zar del imperio? ¿Lenin? ¿Trotsky? ¿Kámenev? ¿Kérensky? ¿Un general cualquiera? ¿Alguien desconocido y más ambicioso que los demás? Perdone. ¿Podría pedir más café? —Paul asintió—. Gracias. Le decía que dará igual. ¡Al que llegue por ese camino le sobrarán todos, sus propios compañeros, los cómplices del asunto! Llegará un día en que no los querrá ver a su lado. Aunque, claro está, eso nosotros no lo veremos. Algunos estaremos bajo tierra para entonces, y en cuanto a usted… cuando le convenga volverá a América. ¡Cómo le envidio! Usted no está implicado, solo observa y escribe en libertad. ¡Mientras que para otros, Rusia se está transformando en un infierno! —Nesvisky había alzado la voz sin desearlo—. Perdón, señor Alexander, excúseme, en los últimos tiempos me excito sin darme cuenta. ¡Ahí tiene! Los bolcheviques ya son prácticamente la mayoría en el Soviet, y Trotsky es su presidente. Esos pretenden instaurar la justicia social, y lo que sucederá es que el pueblo perderá la poca libertad que tiene. Cambiar la historia no es tan fácil. ¿Cuántos tendrán que desaparecer para que nadie se oponga a esta utopía? ¡No me diga que tuvimos la oportunidad de ser más justos! ¡Yo procesé a la mayoría de los nuevos líderes y volvería a hacerlo!

Nesvisky sollozaba sin poder contenerse. Al salir Paul le entregó todo el dinero que llevaba encima, ciento veintidós rublos, una cantidad considerable pese a la inflación. Nesvisky no quería aceptarlo, pero luego debió de pensárselo mejor y lo cogió mientras murmuraba:

—Vuelva a América, Alexander, aquí va a suceder algo terrible. Váyase ahora que está a tiempo. ¡Adiós y gracias! Es usted una buena persona.

Comenzaba a llover y corrió para subirse al tranvía que pasaba. Desde la plataforma pudo contemplar al antiguo fiscal que permanecía estático en la acera brillante por el agua. Una imagen patética de absoluta desolación que quedó grabada en su mente.

XXIV
Octubre

Octubre comenzó con muy malas noticias del frente. Los alemanes aprovechaban la falta de liderazgo de los rusos. El nuevo gobierno provisional ya no infundía el más mínimo respeto a sus enemigos ni al pueblo ruso, ni tan siquiera a la gente de Petrogrado. Mientras, Kérensky intentaba llegar a un acuerdo con los eseristas, con los militares, con el Soviet, incluso lanzó más de un cabo a los bolcheviques. A través de Fiódor, Paul se mantenía informado sobre la conferencia de las organizaciones bolcheviques de Petrogrado. Fiódor le pidió que mantuviera una absoluta discreción. La idea de Lenin era tomar el poder sin aguardar un día más, derribar a Kérensky y, si no podía ser en la capital, intentar conseguirlo en Moscú. Su mayor temor era que los alemanes llegasen a tomar Petrogrado con la avenencia de Kérensky y de los aliados. Fiódor mencionó discretamente que Lenin se hallaba en la ciudad, escondido en un piso de Viborg, y que si no aparecía era porque se oponía a su propio comité, que pretendía ir mucho más despacio de lo que su líder exigía.

Más tarde, Irina le confirmó que Lenin se encontraba escondido. Ella lo sabía a través de Nadezhda Konstantinovna Krúpskaya, que necesitaba tener sobre aviso a sus íntimas amigas y demás personas de total confianza. Irina conocía la discreción de Paul y le habló de obtener dos pasaportes de los Estados Unidos en blanco. Pensó que podrían ser para Lenin y su esposa, pero no comentó nada. Solo asintió sabiendo que si se los pedía al embajador Francis como algo personal, los obtendría sin tener que dar demasiadas explicaciones, y mucho menos tras la reunión con Francis y Buchanan.

A medida que pasaban los días era obvio que el país entero, y sobre todo Petrogrado, se hallaban en una situación insostenible. Era imposible prolongar la agonía del gobierno provisional, en la que el principal líder había perdido la confianza de los mismos actores que lo auparon en su día.

La esposa de Lenin era un importante miembro del partido en el barrio de Viborg, al igual que Irina, que desde hacía años estaba dada de alta en una vivienda propiedad del partido bolchevique. Lenin estaba preparando la

llegada al poder, y entre otros nombramientos había designado a su mujer «comisaria del pueblo para la instrucción pública». Irina formaría parte de la jerarquía en dicho comisariado, es decir del futuro ministerio, y se lo comentó a Paul, que solo pudo preguntar:

—¿Y no es un poco pronto para nombrar gobierno? ¿Qué dirá Kérensky cuando se entere de que Vladimir Ilich Ulianov lo ha cesado para nombrarse a sí mismo presidente del nuevo consejo de ministros?

—¡Kérensky ya no es nadie! —le contestó Irina con cierta rabia y sin darle tiempo a terminar—. ¡Si fuera prudente se iría a Suecia ya mismo!

El asunto quedó ahí. En vista del avance de los alemanes por mar y tierra, el gobierno provisional había tomado la decisión de trasladarse a Moscú. La ocupación enemiga del archipiélago de Monzund hacía pensar que la caída de Petrogrado era inminente. La ciudad estaba cada día más aislada y peor aprovisionada.

Paul se topó con la realidad cuando un día se acercó al piso restaurante y se encontró con la puerta cerrada. Las cafeterías ya solo servían un té aguado y raramente unas galletas oscuras y mohosas. En cuanto a Ludmilla Valenskovna, que siempre tenía recursos para todo, decía que las cosas se iban complicando de día en día y que ella, que a fin de cuentas disponía de divisas para pagar, no podía comprender de qué estaban viviendo los habitantes de Petrogrado.

Kámenev habló con Irina sobre la situación política. La consideraba alguien de su confianza ya que ambos trabajaban en *Pravda* incluso antes de que Stalin se hiciese con el control y lo acusase de hablar más de la cuenta. Eso también le había ocasionado algún problema con Lenin. El 11 de octubre a media mañana, se acercó a Irina y le ofreció tomar un café en su despacho. Nadie podía despreciar un café en aquellos días, pero menos a Lev Borisovich Kámenev. El hombre cerró la puerta del despacho por dentro mientras Irina le decía con una sonrisa nerviosa:

—¡Lev Borisovich, a ver lo que van a pensar los otros!

Kámenev se encogió de hombros, preparó dos cafés con agua caliente del samovar, cafetera que se había hecho fabricar por un hojalatero, y le susurró:

—Irina Pávlova, me siento en peligro y quiero que sepas lo que ha sucedido. ¡Escucha y mantenlo en secreto! ¡Es importante! Esta noche hemos tenido una reunión aquí en Petrogrado. Se presentó el camarada Lenin, que ha convencido al comité ejecutivo de que lleve a cabo lo preciso para tomar el

poder de manera inminente. Tanto Grigori Zinoviev como yo hemos votado en contra, y eso nos ha vuelto a situar en una posición frontal a Lenin, que ahora nos considera sus enemigos. ¡Lo único que hemos pretendido es ser prudentes! ¡Todo se puede ir al traste por una resolución precipitada! El gobierno provisional parece débil, pero tras él, aunque no haya manifestaciones, ni pancartas, ni artículos de prensa se encuentran la burguesía, los mandos y oficiales del ejército, las instituciones, la Iglesia, ¡que no es enemigo pequeño!, la banca, los gobiernos extranjeros, y hasta los propios alemanes, que siempre preferirán un gobierno presidido por Kérensky que por un bolchevique. ¡Al final, Lenin ha convencido a los demás! ¡Diez a dos! Trotsky cree que el momento más adecuado es el congreso de los soviets de Rusia, a finales de octubre, pero Lenin no quiere demorarlo ni un día más. ¡Mañana mejor que pasado mañana! Recurrir a las armas es un terrible error. No solo nos jugamos el futuro del partido… ¿Qué sucederá con la revolución mundial? Todos nos están observando. Quería que alguien de confianza lo supiese y he pensado en ti. No puedo confiar en ninguno del comité aparte de Grigori Zinoviev. Y ahora sigue con tu trabajo como si tal cosa, y no hagas ningún comentario. Ya sabes lo desconfiado que es Koba.

Al volver a casa, Irina se metió en la cocina a preparar lo que su madre había traído. Paul la siguió y comenzó a cortar unas rebanadas del oscuro pan de centeno que era casi lo único que todavía se podía obtener.

—¿Te has fijado en la cantidad de patrullas militares que ha colocado Kérensky en la calle? Eso me huele a que sabe algo. Por todas partes se comenta que vuestro partido pretende hacerse con el poder por la fuerza.

Irina se quedó mirándolo.

—Paul, si pretendes que te diga algo, no sé nada. Esas decisiones las llevan los de la ejecutiva, pero si fuese tan inminente lo sabríamos, nos habrían advertido aunque fuese solo por seguridad. Lo que le pasa a tu amigo Kérensky —dijo Irina recalcando sus palabras—, es que intuye que le queda muy poco tiempo. ¡Ya no le quedan conejos en la chistera! ¡El público se ha hartado del espectáculo! En cualquier caso, es notorio que dentro del propio comité no existe unanimidad. Algunos mantienen que aún no estamos preparados, como…

—¡Como Kámenev y Zinoviev! —Paul dio los nombres que estaban en la boca de todo Petrogrado mientras Irina intentaba mantenerse impávida—. Ambos parecen incapaces de mantener un secreto. Más que miembros del comité parecen casamenteras judías… ¿Has leído la carta de Kámenev en el periódico de Gorki? ¡Más claro, el agua! ¡Pero cómo no iba a sacar a los que

aún les siguen en la calle! La tentativa de tomar el gobierno en la actual coyuntura es demasiado arriesgada. Jugárselo todo a la carta de la insurrección en los días venideros sería cometer un acto de desesperación. Solo le ha faltado poner la dirección donde se encuentra Vladimir Ilich con su peluca… ¡Por Dios santo! ¡A Lenin le habrá dado otro ataque al corazón!

Ya estaba dicho. Era público y todo Petrogrado lo sabía. Incluidos Kérensky y sus ministros. De ahí la cantidad de militares y policías solicitando la documentación en cada esquina. Pensaba que aquel despliegue era en realidad todo lo que había, y que si los bolcheviques, que aumentaban su número de día en día, se lanzaban a la calle dispuestos a tomar el poder, el gobierno provisional no podría detenerlos a todos.

Se asomó a la ventana. Una fortísima tormenta con viento y relámpagos iluminaba la ciudad con fogonazos que permitían ver la calle desierta resplandeciente bajo el aguacero.

Irina le dijo con voz suave:

—Te haré una profecía. Esta noche al menos no será el esperado golpe de Estado bolchevique. ¡Nadie está dispuesto a mojarse por la revolución!

Luego cenaron en silencio. Los continuos y fragorosos truenos impedían mantener una conversación en un tono normal y se fueron a dormir. Por la mañana, Irina se levantó muy temprano. Paul la notó salir de la cama. Algunos minutos más tarde, escuchó cerrarse la puerta. ¡La política! ¿Podría llamarse política colaborar en preparar una revolución armada? Recordó que ya Aristóteles examinaba en su *Política* las causas de los movimientos revolucionarios. El acuerdo tácito que mantenían Irina y él era no interferir en la vida del otro. La libertad estaba por encima del amor y así debía ser siempre. No podía existir el amor en otras circunstancias. A las siete sonó el despertador. Había quedado con Ludmilla para acompañarla a un almacén y ver si podían hacerse con algunas provisiones. En las últimas semanas era prácticamente imposible encontrar alimentos básicos. Ni harina, ni leche, ni huevos, ni patatas. Ya no se trataba de poder pagarlos. La inflación estaba devorando los rublos y la única esperanza era poder comprarlos con divisas, pero aun así resultaban casi imposibles de encontrar. Mientras se afeitaba se preguntaba cómo podía salir adelante la enorme población de Petrogrado, ciudad en la que no entraba ni la décima parte de las provisiones necesarias. Ellos podían considerarse unos privilegiados.

Preparó un café y unas galletas con una mantequilla que comenzaba a enranciarse. A las siete y media subió al piso de Karl a recoger a Ludmilla. No quería salir sola en aquellos días, pues la ciudad era peligrosa; Karl, aunque se desenvolvía muy bien con su prótesis, no era capaz de correr en caso necesario y su coche no funcionaba por falta de combustible.

El tranvía se detuvo en la parada, atestado de gente, pero pudieron subir y hacerse un hueco en la plataforma posterior. Todo el mundo iba en silencio. Comenzó a llover con fuerza y vieron a la gente correr a resguardarse. La mayoría no tenía ningún trabajo al que acudir, pocas fábricas permanecían abiertas. Muchos talleres se dedicaban al comercio ilegal. Las panaderías solo abrían cuando podían hacer pan, y lo racionaban. Ludmilla iba abstraída en sus pensamientos. Siempre le hablaba de tiempos pasados, cuando estuvo casada con el barón, en una época de tranquilidad burguesa, de estabilidad, en la que daba la impresión de que nada iba a cambiar nunca, cuando vivían en un buen piso en San Petersburgo y disfrutaban de largas estancias en su mansión de Borok. Entonces los campesinos eran respetuosos y existía un absoluto orden social. Recordaba cuando pasaban allí parte del verano, hasta que se recogía la cosecha y se celebraban las fiestas del pueblo. Ludmilla sentía una fuerte nostalgia de aquella época de paz, abundancia y seguridad. En el traqueteante tranvía, le dijo con la voz rota por la emoción que echaba de menos todo aquello, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla recién maquillada. Karl decía que la amaba, pero sabía que nunca se casaría con ella, y ella no podía entender la extraña tendencia de Karl por los muchachos jóvenes que venían al estudio para que los fotografiase. Cuando lo comentó con Paul, tuvo que explicarle a Ludmilla que Karl era un gran artista y que su atracción por ellos era una opción muy personal. Lo demás no tenía importancia. ¿No era amable con ella, extremadamente generoso, un hombre con una sensibilidad exquisita, educado y culto, y sobre todo la amaba? La pasión de la juventud tal vez ya había quedado atrás, pero haberse encontrado había sido una gran suerte para ambos.

En aquel momento vieron a un hombre tendido en la acera, en medio de una gran mancha de sangre. Ludmilla le lanzó una mirada de horror. Cada vez que veía algo así, sentía una gran preocupación por su hija, consciente de lo que estaba arriesgando y de la situación, de los crímenes que se cometían todos los días, algunos para robar por pura necesidad, otros por motivos políticos, y muchos por venganzas que venían de otros tiempos.

Paul no había dejado de darle vueltas a la cabeza pensando en Aristóteles y su *Política*. Cuando vieron aquella terrible escena, se inclinó hacia ella

susurrándole: «Crueles son las guerras entre hermanos», citando al sabio griego. Ludmilla solo pudo murmurar: «Sí, las más crueles».

Descendieron del tranvía cerca de Viborg. Caminaron entre grandes charcos por la deteriorada acera. Allí comenzaba la zona industrial, las grandes fábricas. Putílov, Renault, Nobel, Karlson, muchas más, una con otra, ya casi todas cerradas. En aquel lugar, los sumisos e ignorantes campesinos se habían ido transformando en obreros informados, en proletarios armados que en aquellos momentos ocupaban los accesos a las fábricas, impidiendo que ningún esquirol entrara a trabajar en las condiciones que exigían las pocas grandes compañías que seguían abiertas.

Aquel 20 de octubre estaba mucho más cerca del invierno que del ya lejano verano. Volvía a llover con fuerza y tuvieron que correr. Finalmente llegaron al almacén empapados. Ludmilla conocía al portero, que los dejó pasar, y caminaron por unos destartalados patios hasta que encontraron una larga cola refugiada bajo un porche abierto. No había otra opción y se pusieron en ella, entre cajones y sacos vacíos, garrafas rotas y volcadas. ¿Dónde habían ido a parar las abundantes cosechas de trigo y avena, los grandes rebaños que surtían de carne a las ciudades y pueblos? El portero acudió para rescatarlos y los hizo pasar a través de unas antiguas y polvorientas oficinas en las que hacía tiempo que ya no trabajaba nadie. Un tipo malencarado los atendió y el portero le dijo algo al oído.

Al final pudieron adquirir un saco de veinte kilos de patatas, otro con diez kilos de harina, cuatro docenas de huevos y dos latas de manteca. Tuvo que pagar veintidós dólares por ello. Al cambio, más de veinte veces lo que hubiera costado unos meses antes. Ludmilla vigilaba la valiosa carga, mientras el portero acompañaba a Paul para contratar a alguien que poseía una moto con sidecar. Otros tres dólares por el transporte, un verdadero abuso. Ludmilla volvió en el tranvía y él en la moto, tras colocar la carga atada en el sidecar. A las doce ya estaban de nuevo en casa, y en el piso dividieron la adquisición, aunque en el fondo daba un poco lo mismo, ya que Ludmilla se encargaba de cocinar un día en cada piso. Se sentían satisfechos ya que con aquellas provisiones aguantarían unos días más. Las patatas se lavaban sin pelarlas, y la harina de trigo se mezclaba con harina de centeno o lo que hubiera.

Como de costumbre, Irina no volvió a la hora de comer. Tocaba en casa de Karl, y a pesar de la escasez y las pequeñas miserias, Ludmilla puso la mesa con delicadeza. Un mantel blanco con bordados, la vajilla adquirida en Kiev que ella había traído de su casa, al igual que la cristalería de Praga y

cubiertos de plata, como sabía que le gustaba a Karl, que pese a su rusificación seguía siendo un berlinés de clase alta, educado entre Praga y Viena. A fin de cuentas, poder comer en Petrogrado merecía tenerse por un momento especial. También habían encendido la chimenea del salón y la atmósfera en el comedor del piso de Karl era cálida y muy agradable.

Parecía imposible que fuera de allí hiciera un tiempo lluvioso y frío, una amarga revolución, la interminable y cruel guerra, tanta gente pasando hambre. Era mejor pensar en otra cosa.

—¿Es que hoy tenemos visita? —Paul lo preguntó en un tono cordial, ya que estaba acostumbrado a las exigencias de su amigo, aunque el menú fuese el que permitieran las circunstancias.

—¡Pues sí! —Ludmilla replicó sonriendo—. Casualmente vienen a comer tu amiga Anna Andréyevna Ajmátova y alguien más con ella. Creo que se trata de un joven poeta. ¿Qué te parece?

—¡Que la vida sigue a pesar de todo! —Paul sonrió—. ¡Ludmilla, eres un encanto!

Media hora más tarde, los dos invitados llegaron con los abrigos empapados y quejándose del tiempo. Anna les presentó al hombre aún joven que la acompañaba, Ósip Emílievich Mandelshtam, como un gran poeta al que estaba ayudando en sus primeros trabajos. Paul recordó haberlo saludado años antes en una velada en casa de Anna.

—¡Qué bien se está aquí! ¡Siento una gran envidia y una gran admiración al ver cómo estáis consiguiendo sortear las penalidades!

Se sentaron a comer. Karl abrió una botella de Riesling, una de las pocas que le quedaban de su antaño bien surtida bodega, y Ludmilla pudo lucir sus artes como cocinera. Todos alabaron la comida, ya que con muy poco había conseguido sacarle mucho partido. Anna tuvo que confesar que hacía tiempo que no comía tan bien, y Ósip Mandelshtam no dejó nada en los platos.

Al retirárselo, Ludmilla comentó con sentido del humor que ese plato no haría falta lavarlo, haciendo reír a todos. Karl preparó un café, y por primera vez esa temporada encendieron la calefacción. Otro lujo, pero la tarde se había puesto muy fría y desapacible. Karl sirvió el café y Ludmilla sacó unos vasitos para el vodka.

Anna rompió el fuego.

—¡Bueno! ¿Qué pensáis vosotros? ¿Se atreverán Lenin, Trotsky y todos los demás a dar el golpe? ¡Si queréis que os diga la verdad, siento un gran temor por lo que pueda suceder! ¡No sé cómo puede acabar esta situación!

Paul observó a su amigo ya que precisamente habían comentado, antes de llegar sus invitados, que no creían que el gobierno provisional fuese capaz de detener el golpe cuando llegase.

—¡Acordaros del general Kornilov! ¿Alguien le apoyó o sacó los cañones para defenderlo? ¡Volverá a suceder lo mismo! Kérensky ya ha mostrado todas sus cartas y sabe bien que tiene perdida la partida. ¡Las batallas no las ganan los generales, sino los soldados! ¡Hasta los cosacos desconfían de sus atamanes! Estoy convencida de que si ahora mismo se presentase Lenin en el Palacio de Invierno, le entregarían las llaves, aunque fuese solo. ¿No crees, Paul?

Negó con la cabeza. No creía que fuese tan fácil. Sabía que los miles de oficiales que vivían en Petrogrado, incluidos los que se hallaban en la reserva, seguían poseyendo sus armas.

En cuanto a los cosacos, en ellos el sentido de la disciplina y el honor militar eran muy diferentes. Kérensky era un superviviente nato que no cejaría hasta el último momento. Además seguía pensando que los bolcheviques no poseían la organización necesaria, ni a nivel nacional tenían la fuerza que demostraban en Petrogrado. Pero no deseaba debatir sobre ello por Irina. Hizo un gesto de duda, como si no supiera con qué carta quedarse.

Anna Andréyevna Ajmátova volvió a asegurar que estaba realmente asustada, y quería saber si alguno de los presentes tenía la misma sensación.

—Hasta ahora siempre he estado al lado de la revolución. Este país necesitaba cambiar, y muchos compañeros, poetas, novelistas, profesores, dramaturgos, intelectuales de todo tipo, apoyan la revolución. Al principio se trataba de un proceso controlable. Había que echar al zar, y transformar el imperio en una república, lo que nos acercaría a algunos países europeos como Francia. ¿No es después de todo nuestro modelo? Aunque allí tampoco fue un camino de rosas. Todo lo contrario, fueron tiempos muy duros. El terror, la guillotina, las horribles masacres de Lyon, las venganzas. Después, ¡claro!, al final ha quedado *La Marsellesa*, la Declaración de los Derechos del Hombre, la *égalité*, la *fraternité*, la *liberté*. Lo demás son gajes del oficio que deben olvidarse. En Rusia el sistema imperial estaba agotado, y el gobierno provisional nos defraudó a las pocas semanas. Era como si todo se hubiera quedado a medias. Aquí también anhelábamos la felicidad para todos. Conozco bien a Aleksandr Kérensky, es un hombre capaz y preparado. ¡Pero hasta el punto de convertirse de la noche a la mañana en el presidente de la República Rusa! Si le hubieran dejado sería un buen ministro de Justicia. Entre sus propios partidarios, los social-revolucionarios, los eseristas, los

militares, los banqueros no se lo han puesto fácil. ¡Y de pronto aparecen los bolcheviques, que en cuatro meses han pasado de ser una minoría marginal a transformarse en la mayoría! Es cierto que Vladimir Ilich Ulianov posee una de las mentes más brillantes de este país… con permiso de Trotsky, maestro de la retórica. ¡Y ahora, en apenas unas semanas, nos damos cuenta de que no se trataba de meras palabras! ¡Están a punto de hacerse con el poder! Ya no se esconden, muy al contrario, lo proclaman a los cuatro vientos. Lo que quiero deciros es que no sé lo que sucederá si se hacen con el poder, ya que existe un enorme odio entre las clases sociales. Los campesinos, los *mujiks*, odian a los burgueses, a los terratenientes que los han tenido sojuzgados durante siglos. La burguesía teme lo que pueda llegar de la mano de esa dictadura del proletariado. ¡He visto arder las mansiones en el campo! ¡He sido testigo del odio con el que destruían todos los símbolos del antiguo orden hasta convertirlos en pavesas!

Mientras contaba aquello, Anna Andréyevna Ajmátova respiraba con dificultad. Bebió su café con nerviosismo antes de continuar:

—Dicen que los poetas poseemos un sexto sentido. Os confesaré algo, aunque pensaba guardarlo para mí, pero ahora creo que debo explicarlo. Los bolcheviques tomarán pronto el poder. Incluso fui un día a hablar con Vladimir Ilich… ¿Recuerdas, Paul, que nos encontramos en la puerta? —Paul lo recordaba como si hubiera sido ayer. Sentía una gran admiración por Anna Andréyevna Ajmátova y recordaba exactamente sus palabras—. Bien, pues le pregunté a Vladimir Ilich qué pensaba hacer cuando llegase al poder. En aquel momento debió pensar que estaba loca, quizás tenga fama de no observar los protocolos, ¡me da igual lo que piensen! Recuerdo que se quedó mirándome mientras me decía: «Eso es exactamente lo que he explicado en la tribuna pública. Instaurar la dictadura del proletariado. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?». Verá, Vladimir Ilich, le dije, la palabra dictadura tiene unas connotaciones que pone a mucha gente en guardia. ¿No sería mejor cambiarla por algo más positivo, como gobierno del pueblo o república popular? Recuerdo que Lenin me miró con atención mientras me decía: «Anna Andréyevna, eso es justo lo que pretendemos. Que la gente se ponga en guardia. Ya no valdrán las excusas para los que no se comprometan, ni encogerse de hombros para los que solo pretendan satisfacer su ambición personal. Esa será la diferencia. ¿Comprende?». Lo comprendo, le contesté, pero no lo comparto. Después me preguntó por mis poemas, y creo que incluso le recité uno que estaba acabando. He reflexionado sobre aquel momento. Entonces todo daba la impresión de ser algo muy lejano, solo una

utopía más, pero de pronto nos los encontramos ahí, llamando a la puerta. Tal vez la semana que viene Rusia se haya transformado en una dictadura del proletariado. Y eso me da miedo, pues veo un futuro difícil para los que no compartan esa ideología. Como saben, mi esposo, Nikolai Gumiliov, es uno de ellos, y temo por él. Siempre creí que la izquierda era demócrata, y no sé si sabré adaptarme.

Paul pensaba que era mejor que Irina no estuviera presente en la comida. Hasta entonces ella le había comentado su profunda admiración por Anna Andréyevna. Aquella confesión podría haber cambiado su criterio, y no habría dejado de contestarle.

En aquel momento intervino Ósip Mandelshtam, que permanecía observando en silencio:

—Comparto la opinión de Anna Andréyevna. Ahora estoy trabajando en un libro sobre la naturaleza de las palabras. Nunca son gratuitas. Si nos molestásemos en analizar lo que decimos y lo que escuchamos, encontraríamos en ellas muchos mensajes de nuestro inconsciente. Yo tampoco creo que lo que viene sea lo que aguardamos. De una manera u otra, pronto saldremos de dudas.

La sobremesa se prolongó mucho. Eran ya cerca de las seis cuando los dos invitados se marcharon, alegando que preferían volver a sus casas antes de que anocheciera. Decidió quedarse a cenar con Karl y Ludmilla. De lo que se había hablado, Karl tenía su visión particular. No estaba convencido de que el programa de los bolcheviques fuera el adecuado, pero añadió que de momento les otorgaría un voto de confianza. La dictadura del proletariado era aún un camino inexplorado, un verdadero experimento social, pero también una nueva oportunidad para Rusia y el mundo, y por tanto merecía su voto.

Sin embargo Ludmilla, que escuchaba con atención y que en general no solía participar en las discusiones políticas, y menos llevar la contraria a Karl o a Irina, pues conocía bien la debilidad de su hija, se mostró totalmente disconforme. Aseguró que ella no confiaba en los bolcheviques. Desde lo sucedido en su casa en Borok, su opinión sobre la situación había cambiado.

—¡Ahora son las propiedades de los que ellos llaman terratenientes! ¿Yo soy una terrateniente? ¡Por Dios bendito, si eso es lo que pretenden hacer con todo lo demás, con toda Rusia, que Dios nos pille confesados! ¡Estoy harta de la revolución! ¡Más que harta! ¡Pero creo que si estos se hacen con el poder, al que diga en voz alta lo que piensa, si no les conviene, lo enviarán al paredón! ¡Y si no, al tiempo!

Karl se mantuvo en silencio. Paul tampoco quiso entrar en una discusión y se despidió agradeciendo la velada.

Aquellas semanas de octubre, Irina se pasaba los días y gran parte de las noches en el Instituto Smolny, ahora cuartel general del partido bolchevique. Cuando él le hacía algún comentario, ella le replicaba que nunca hubiera imaginado que terminaría en aquel lugar, donde se habían educado generaciones de doncellas rusas de la aristocracia. Tal vez porque no deseaba implicarlo, o por exigencias de las circunstancias, Irina prefirió mantener el silencio sobre lo que estaba sucediendo durante aquellos días. Pero en los escasos momentos en que pudo verla, dedujo que ella se hallaba en un fuerte estado de tensión emocional. Algo muy importante iba a suceder, y ese algo no podía ser otra cosa que el intento por parte de los bolcheviques de hacerse con el poder.

Paul temía que las cosas no fueran en la realidad tan fáciles como los bolcheviques pensaban, y que la reacción de la burguesía, incluyendo al gobierno provisional, o lo que quedaba de él, fuese violenta, y todo ello derivase en un sangriento enfrentamiento. Por la calle, piquetes de obreros armados ya no se escondían y muchos ciudadanos llevaban un revólver oculto bajo el abrigo.

A través de Fiódor Yegórovich, al que veía casi todos los días, supo que Lenin estaba intentando debilitar la convocatoria de la asamblea constituyente. Por el contrario, Kérensky pretendía llevarla a cabo cuanto antes.

De una u otra manera, ambos reconocían la importancia de dicha asamblea para sus expectativas de futuro.

A Paul no le resultaba fácil aceptar el cambio de carácter de su viejo amigo Fiódor. Lo notaba desquiciado, muy nervioso. Su trabajo consistía en comprobar toda la prensa de Petrogrado, artículo por artículo, y subrayar para Stalin aquellos que directa o indirectamente se refirieran a los bolcheviques. Además tenía como misión realizar la función de coordinación entre los miembros del comité militar a las órdenes directas de Trotsky. En aquel puesto, las circunstancias se iban acelerando hasta el punto de que, en un momento dado, se daba cuenta de que estaba transmitiendo órdenes contradictorias.

La noche del 24, Irina llamó por teléfono a cerca de las once para avisarle de que no podría ir a dormir. Solo añadió que había llegado el momento, y él le deseo suerte, no tanto para la victoria final de la revolución como para que ella pudiera volver a casa sana y salva. En aquel estado de tensión no podría dormir dándole vueltas a lo que estaría sucediendo, y decidió permanecer en la biblioteca trabajando lo que pudiera, aunque le resultaba difícil concentrarse. La calefacción llevaba días sin funcionar ya que se habían agotado las reservas de carbón y resultaba imposible encontrar más. Por otra parte, salir a la calle sin saber dónde acudir era absurdo además de peligroso. Pudo escuchar algunas detonaciones lejanas, pero eso no era ninguna novedad en Petrogrado desde hacía meses. A las cinco de la mañana del día 25 se acostó vestido, cubriéndose con el edredón. Le resultó imposible pegar ojo y solo pudo dar vueltas en la cama hasta que a las ocho optó por levantarse. Se preparó un frugal desayuno y siguió escribiendo en el despacho. A las diez sonó el teléfono, corrió hacia él y al descolgarlo oyó la voz de Irina. Solo le dijo que habían triunfado y que iría cuando pudiera. No tuvo opción de preguntarle nada, pues ella colgó inmediatamente. Después intentó conectar con Fiódor, pero le resultó imposible y optó por subir al piso de Karl. Le abrió Ludmilla, ojerosa y sin maquillar. Ella sabía poco más o menos lo mismo que él.

—¿Tú tampoco has podido dormir, Paul? Dicen por la radio que los bolcheviques han tomado el poder, aunque se escucha tan mal que más bien tenemos que imaginarlo. ¡Dios bendito!

Karl le contó que acababa de recibir la llamada de un alto cargo del comité. No le dio nombres, pero sabía lo sucedido. Lenin se encontraba en el cuartel general bolchevique, en el Smolny donde se había fraguado todo. Los motoristas llevaban desde el día anterior yendo y viniendo. Todas las grandes fábricas de Petrogrado, los talleres, los cuarteles, desde todas partes, muchos de ellos simples campesinos alertados por los comisarios bolcheviques, habían enviado hombres a tomar los puentes, las estaciones, todos los edificios públicos, incluyendo Correos y el Banco del Estado. Aún no se había podido tomar el Palacio de Invierno, donde se encontraba reunido el gobierno provisional, pero se decía que era cuestión de horas. Un representante del comité militar revolucionario había hablado escuetamente para la prensa: «El gobierno provisional ha sido depuesto». El mismo comité había convocado al soviet de Petrogrado para tomar las medidas necesarias para la formación de un gobierno de soviets.

Irina apareció a última hora de la tarde. Tuvo que llamar a la puerta, pues el día anterior con las prisas se dejó las llaves. «¡Ya está hecho! ¡Ahora veremos en qué acaba todo esto!», le dijo al tiempo abriendo los brazos para abrazarla. Irina estaba agotada, pálida, demacrada, con las ojeras más marcadas que nunca. Ella se dio cuenta de ello y se refugió en el cuarto de baño. No quería que él la viese en aquel estado.

Paul pensó que Irina se estaba dejando la piel para alcanzar el sueño en el que llevaba trabajando desde que tenía uso de razón, y sin embargo no parecía feliz. Cuando salió del baño al cabo de un rato, volvió a abrazarla y ella permaneció unos instantes junto a él. Ella le dijo que necesitaba dormir, aunque fuese unas horas. Se dirigió al dormitorio y cerró la puerta.

Sonó el teléfono antes de las ocho. Era una voz desconocida de mujer, le hablaba a través de una línea con interferencias. Se trataba de la secretaria personal de Kérensky.

—El primer ministro desea verle —tardó unos segundos en reaccionar—. ¿Podrían encontrarse en el restaurante de siempre a las nueve?

Paul miró el reloj. Eran las ocho treinta y cinco. Tenía el tiempo justo.

—¡De acuerdo! ¡Dígale que allí estaré!

Colgó el teléfono con una sensación de *déjà vu*. Se puso el abrigo, cogió el sombrero, el bastón y salió cerrando la puerta con cuidado para no hacer ruido. Mientras descendía por la escalera se colocó los guantes. Aún no había llegado el verdadero frío de Petrogrado, cuando se helaban los canales, pero no se podía salir a la calle impunemente. Caminó con rapidez. Un grupo armado de hombres de paisano cortaba la acera. Le pidieron la documentación y él les mostró su pasaporte diplomático. Lo dejaron continuar sin hacer ningún comentario. No podía dejar de pensar que tanto Kérensky como él habían sabido que aquel momento podía llegar. «¡Alguna vez necesitaré de usted!», le había dicho.

En la puerta del edificio lo aguardaba un hombre de aspecto fornido. Era uno de los guardaespaldas de Kérensky. Recordó haberlo visto alguna vez. Sin decirle una palabra abrió la puerta de peatones del gran portón de acceso de vehículos. Luego subieron por la escalera silenciosa y mal iluminada, y el hombre tocó con los nudillos la puerta del entresuelo, repiqueteando una clave. Abrieron.

Vio a Kérensky dirigiéndose hacia él con la mano tendida y una mueca en el rostro. Le estrechó la mano y la notó fría y húmeda.

—¡Gracias por venir, Paul Alexander! ¡Estaba seguro de que no me fallaría! —Kérensky lo condujo a uno de los reservados. La escasa luz de la

mañana entraba a través de los visillos—. ¡Siempre estuve seguro de quién era usted! Ya debe conocer lo sucedido. Al final Lenin, Trotsky, Sverdlov, Stalin y toda la cohorte han intentado tomar el poder por la fuerza. ¡Pero esto no ha terminado! Al menos ya se han quitado las máscaras de demócratas con las que intentaban ocultar sus verdaderos rostros. Esto no ha hecho más que empezar, aunque le reconoceré que tiene muy mal aspecto. Le haré solo una pregunta, y entenderé cualquier contestación. ¿Puedo contar con usted?

Asintió con la cabeza. Solo al final murmuró un casi inaudible «sí». Sabía que Kérensky iba a hacerle aquella pregunta. Él no traicionaba ningún juramento. Era un ciudadano estadounidense que votaba a los progresistas, a los republicanos. No se debía a ningún otro partido que a su sentido ético, a su conciencia. Siempre había creído en la lealtad. Aleksandr Kérensky le había tratado como a un amigo desde el primer día, cuando lo conoció en su bufete de prestigioso abogado. Aquel hombre era consciente de que se hallaba en el bando perdedor. La historia terminaba poniendo a cada uno en su lugar.

—¡Claro que puede contar conmigo! ¿No somos amigos? ¿Qué quiere de mí?

—Se lo diré con franqueza. Ahora necesito que un automóvil oficial de la embajada de los Estados Unidos me saque de Petrogrado. Eso solo se lo puedo pedir a usted.

—Usted posee un pasaporte norteamericano. ¿Lo tiene a mano?

—Sí, gracias a su intervención, el embajador Francis me proporcionó uno. Ahora solo necesito llegar a Pskov para intentar preparar la contraofensiva. ¿Podría usted hablar con el embajador y conseguir que me enviaran un vehículo hasta aquí? ¿Me acompañaría usted hasta salir del perímetro de la ciudad?

Paul era consciente de lo que se jugaba con ello, pero no podía hacer otra cosa.

—De acuerdo, lo intentaré. Creo que lo conseguiré, y si es así volveré lo antes posible. Naturalmente, tendré que comentar todo esto con el embajador para explicarle los pormenores. Espero que lo entienda. En caso contrario, volveré para decírselo y para que busquemos otra salida.

Kérensky no parecía afectado. Como si todo aquello no fuera con él. No era un hombre miedoso que pretendiese huir para salvar la vida. Estaba hablando de reunir tropas para intentar recuperar el poder. Paul estaba convencido de que aquel hombre tenía perdida la partida, pero no hizo ningún comentario. Volvieron a estrecharse las manos. Descendió la escalera, cruzó el amplio portal y salió a la calle. Parecía una noche como otra cualquiera. La

embajada de los Estados Unidos no se hallaba muy lejos. Tardó veinte minutos caminando a buen paso.

El embajador Francis no se sorprendió en absoluto cuando le explicó la situación. Tuvo la impresión de que aquel hombre llevaba todo el día aguardando la llamada del presidente del gobierno provisional y no puso ninguna objeción. Habrían sopesado aquella posibilidad y tomado la decisión de apoyarle. El golpe de Estado bolchevique podría fracasar en cualquier momento, nada era aún seguro y el embajador no querría arriesgarse a quedar en una situación incómoda. Tuvo la impresión de que todo aquello estaba pactado. El embajador le explicó que él no podría acompañarlos, sería muy arriesgado para las futuras relaciones si algo salía mal.

No hubo tiempo de pormenorizar. Francis lo acompañó hasta el pasaje donde se encontraban aparcados los tres vehículos oficiales en el interior del edificio, con salida directa a las calles delantera y trasera de la embajada. Señaló un Buick D-Six 45, un modelo amplio, muy fiable, de cinco plazas y color negro. El chófer era también un funcionario americano, Tom Manner. El embajador le dijo que siguiera en todo las órdenes de Paul Alexander. Le explicó que tendrían que recoger a alguien y sacarlo de la ciudad.

Manner asintió. Desenfundó la banderita con las barras y estrellas situada en el guardabarros delantero derecho. El embajador le estrechó la mano mientras le decía que todo saldría bien. Manner le preguntó si llevaba a mano el pasaporte. Se lo entregó y el hombre lo introdujo en la guantera, junto a un revólver.

Tardaron unos minutos en llegar al edificio. La ciudad estaba envuelta en un silencio expectante y apenas se veían algunas personas por la calle. Solo algunos grupos de hombres armados que, al ver el automóvil con la banderita, hacían señal de que siguiera. Nadie quería más problemas. Apenas llegaron, dos hombres abrieron con rapidez el portón, y el vehículo penetró en el interior. Un hombre mayor enfundado en su abrigo los aguardaba al pie del portal. Otro hombre abrió la puerta del coche y un anciano subió a él. Comprobó con cierta sorpresa que se trataba de Kérensky. Le habían maquillado, colocado una barba postiza y una peluca de color gris plata. Su aspecto era muy diferente, y solo lo reconoció cuando al subir se lo quedó mirando y esbozó una sonrisa. Un buen trabajo.

Dos minutos más tarde, cuando circulaban por la Perspectiva Nevski, una patrulla les dio el alto. Al notar las placas del cuerpo diplomático y la banderita, uno de ellos se acercó y miró a través de las ventanillas sin decir una palabra. Sin más, hizo un gesto para que siguieran. Aquello se repitió un

par de veces más. En la última, el que parecía el jefe, un hombre joven de pelo gris y anteojos dorados les pidió los pasaportes. Solo les echó una ojeada. Se hallaban ya en Ribastkoia, siguiendo el curso del Neva. A partir de entonces no los volvieron a detener. Los bolcheviques controlaban hasta el límite exterior de Petrogrado.

Iban en silencio y no pudo dejar de admirar la sangre fría de Kérensky. Mantenía un gesto imperturbable. El chófer parecía saber adónde tenía que llevarles. En Pontonii se desvió hacia el sureste, en dirección a Pushkin. Solo entonces Kérensky habló para darles las últimas instrucciones. Debían dejarlo en una granja, apenas a quinientos metros de la carretera. Los bolcheviques no habían llegado hasta allí. El presidente del gobierno provisional señaló un almacén con las grandes puertas abiertas. Manner introdujo el vehículo en el interior. Kérensky descendió y Paul lo siguió.

—Me quedo aquí. Gracias a los dos —aparecieron unos hombres armados con revólveres y fusiles, que los rodearon. Kérensky habló en inglés—. Si todo sale como espero, nos volveremos a ver pronto en Petrogrado. Si no, y la suerte no me abandona, me pondré en contacto con usted cuando todo esto pase. Tal vez en Nueva York —le estrechó la mano con fuerza—. Posee usted un temple especial, y además cumple sus promesas. ¡No se meta en política! Y ahora váyanse ya —estrechó la mano a Manner—. Gracias amigo. Vuelvan por Pulkovo, un poco más adelante, a la derecha, coja la primera intersección. Es un camino de tierra, pero con este automóvil no tendrán problemas. Los conducirá hasta el mismo centro. ¡Adiós y buena suerte!

No hubo más. Ambos tenían prisa. Subieron al coche y salieron marcha atrás. Manner realizó una ajustada maniobra girando en la plazoleta delantera del almacén y se dirigieron de nuevo hacia la carretera. Un par de kilómetros más adelante tomó la intersección a la derecha. No hablaron. Para ambos todo aquello no había sucedido. Si alguien les preguntaba solo estaban comprobando la situación para informar al embajador. Nada más. Una hora más tarde el polvoriento vehículo entraba de nuevo en la embajada. Manner sonrió por primera vez.

—¡Ya está hecho! ¡A veces las cosas son más fáciles de lo que parecen! ¡De todas maneras, hay que ver la fuerza que tiene esa banderita!

Cuando subió a informar al embajador de lo sucedido, Francis le invitó a tomar una copa en su despacho. Tenía la chimenea encendida y el ambiente era acogedor. En las paredes había pegado una serie de mapas de Petrogrado y sus alrededores. Los gruesos trazos con lápices rojos y azules marcaban las

hipotéticas posiciones de un bando y otro. Le explicó como había transcurrido todo, mientras Francis asentía con satisfacción.

—Embajador, quiero hacerle una pregunta. ¿Por qué esta embajada se ha arriesgado tanto por alguien que en apariencia tiene perdida la partida? ¿Qué habría sucedido si a estas horas estuviésemos detenidos en uno de los controles? ¡Podrían habernos fusilado a los tres sobre la marcha, y en tal caso los Estados Unidos se habrían creado un mal enemigo!

El embajador se incorporó y se colocó en pie junto a la chimenea.

—Mire, Paul, no voy a darle una clase, pero la diplomacia es el arte de negar lo evidente. Esta embajada no tendría la menor noticia del asunto. Manner estaría en la jugada por lucro personal. Ese hombre no es funcionario, ni pertenece a ningún cuerpo oficial de los Estados Unidos. Ese coche es suyo particular y supuestamente se dedica a la exportación. La documentación del vehículo es burdamente falsa. Usted es amigo particular del presidente Kérensky desde hace años, y si estaba allí era por el reportaje… y por el dinero. Usted le habría pagado a Manner por cuenta del propio Kérensky, ¡cinco mil dólares! Usted habría percibido otra importante suma, cincuenta mil dólares, una verdadera fortuna. Todo el dinero se encontraba en dos paquetes con sus nombres en la parte interior de la guantera. Mire. Los bolcheviques no son ingenuos y creen en las conspiraciones. ¿No se dice que el propio Trotsky recibe dinero de los alemanes? ¿No acusan a Lenin de ser un espía alemán? Esa hubiera sido por tanto la versión oficial. Pero lógicamente, no les habríamos abandonado a su suerte. Hubiéramos exigido que nos entregaran a los dos ciudadanos americanos implicados a cambio de determinada documentación confidencial. A los bolcheviques no les interesa estar a mal con la mayor democracia del mundo. Por otra parte, Lenin es un hombre muy inteligente. A enemigo que huye puente de plata. No quieren convertir en mártir a uno de los hombres que consiguieron deponer al zar. Si uno de los comisarios lo hubiera reconocido, a pesar de la caracterización tan lograda que usted me ha contado, probablemente le habrían dicho que hiciera la vista gorda. ¡Eso es la diplomacia! Kérensky tendrá que quedar como el hombre que huyó, no como el líder asesinado por los bolcheviques. De todas maneras eso ya es historia. Ahora lo que seguirá será el amago de Kérensky de intentar recuperar Petrogrado. ¡Se juega la dignidad histórica! ¡Pero no conseguirá nada! ¡Me temo que para bien o para mal, esto es la dictadura del proletariado! En cualquier caso le ruego que no se sienta utilizado, ya que usted era el hombre adecuado. Cuando Kérensky se puso en contacto con nosotros, le dije que lo llamara a usted. Sabíamos que no nos fallaría.

¡Aguarde un instante! ¡Le garantizo que nosotros tampoco le fallaremos a usted! ¡Así es la vida! *¡Quid pro quo! ¡Do ut des!* ¡Intentamos preparar las cosas para evitar problemas!

Paul sí se sentía utilizado. No pudo evitar replicarle con cierta indignación.

—¡Mire Francis, en un momento dado todo eso podría haber fallado! ¡Cuando nos pidieron los pasaportes, pudimos tener un problema! ¡Tal y como están las cosas, podría haber sucedido cualquier cosa!

—Sí, querido amigo —Francis asintió—. Todo tiene un riesgo, pero nuestros servicios de inteligencia son bastante eficientes. Ustedes estuvieron vigilados todo el tiempo. El recorrido ya estaba pactado. Mire, le diré algo. El miliciano que les pidió los pasaportes trabaja hace años para nuestros servicios. Se lo demostraré para disipar dudas. Se llama Vladimir Sarátov, tiene el pelo canoso y lleva unas gafas doradas de espejuelos. ¿Sí?

Paul salió de la embajada con la convicción de que todos aquellos diplomáticos, políticos, y demás, pertenecían a una casta aparte. Entre Kérensky y el propio embajador lo habían elegido a él para sacar al primero de Petrogrado. Movió la cabeza con incredulidad. Bueno. No le importaba. Tal vez él pudiera necesitarlos algún día.

No podía contarle lo sucedido a Irina. Tampoco a Karl. Si este cometía un error involuntario, Irina terminaría por saberlo. Él era periodista y ella era, sobre todas las cosas, bolchevique. Mejor dejarlo en el baúl de los recuerdos secretos.

Tal vez el día de mañana podría mencionarlo en el libro, pero no antes. Le contaría que se reunió con el embajador, que quería conocer su opinión. Algo así. Estaba asombrado de que el embajador de los Estados Unidos ya diera la revolución y la toma de poder de los bolcheviques como algo definitivo, sin vuelta atrás.

Cuando entró en el piso miró el calendario. 26 de octubre. Irina acababa de levantarse. Estaba tomando algo en la cocina y ni siquiera le preguntó de dónde venía. No era desinterés ni falta de cariño, solo una expresión de libertad. Mientras, le sirvió una taza de café y se sentó frente a él para explicarle la situación.

—Bueno. Al final resultó más fácil de lo que parecía. Al menos hasta ahora, y no sé lo que vendrá a continuación. Hoy, en cualquier momento, deberá caer el Palacio de Invierno, y con él el gobierno de Kérensky, aunque

todo el mundo esté convencido de que no tiene ya ningún poder —Paul tuvo que asentir, no podía explicarle de dónde venía—. En cuanto a que puedan llegar tropas de refuerzo leales al gobierno provisional, eso ya no se lo cree nadie. Ni siquiera los cosacos, que se han convertido en el lobo del cuento. ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Nadie vendrá a sacar las castañas del fuego a este gobierno! ¡Esto no era más que una farsa, nadie los defiende, y nadie vendrá a defenderlos! Ahora, nuestro verdadero problema será organizar el nuevo gobierno en toda Rusia. ¡Lo demás no tiene importancia!

Ella le contó lo que había vivido en aquellas jornadas. Los difíciles momentos cuando unos *junkers*[197] llegaron a la imprenta donde estaban preparando la edición del Rabotchi y les destrozaron sin más las planchas y gran parte del material.

—¡Sentí una gran impotencia! Luego comprendí que eran los últimos coletazos del régimen. ¡Apenas se marcharon intentamos recomponerlo todo! Y ahora tengo que ir al Smolny… no sé cuándo podré volver. No te preocupes por mí. Sabes que te sigo queriendo.

Paul pensó que sería mejor quedarse en casa, ya que llovía con fuerza y los pocos comercios que todavía abrían permanecerían cerrados ya que no tenían apenas nada que ofrecer. Se asomó al balcón de la biblioteca, por la calle pasaba un numeroso grupo portando pancartas y cantando. Se encontraba demasiado cansado para estar caminando, sufriendo además controles en cada esquina. Decidió organizar sus artículos atrasados.

Apenas una hora más tarde, pensó que se estaría perdiendo algunos momentos irrepetibles. Se puso unas botas de agua, el abrigo y el sombrero. Bajó las escaleras sin saber muy bien adónde ir. En la calle encontró más gente de la que pensaba. Se dirigió a la Perspectiva Nevski. La encontró abarrotada por una enorme manifestación de obreros, soldados de todos los cuerpos y regimientos, jóvenes estudiantes, campesinos con sus coloridas vestimentas y también otros mejor trajeados, intelectuales y funcionarios simpatizantes. La causa bolchevique estaba triunfando. Entonces supo que de madrugada se había tomado el Palacio de Invierno y hecho prisionero a todo el gobierno provisional. Escuchó que no se sabía dónde se encontraba Kérensky en aquellos momentos, pero que estaban tras su pista. El hombre aclamado por las multitudes apenas unos meses antes se había transformado en un enemigo del pueblo.

Paul sí sabía dónde se hallaba. Probablemente en Pskov, intentando convencer a algún regimiento de cosacos para reconquistar la capital, aunque a la vista del ambiente se podría asegurar que eso era ya una empresa imposible. En los kioscos repartían una edición extraordinaria de *Pravda* que hablaba de la elección del nuevo gobierno. Ya no serían ministros sino comisarios del pueblo. El nuevo presidente electo era Vladimir Ilich Ulianov. Trotsky era el comisario de Asuntos Extranjeros. El georgiano Iósif Vissariónovich, Stalin, había sido designado comisario de Asuntos de las Nacionalidades. Luego todas las demás. Aquella gente no perdía el tiempo.

Justo cuando volvía a entrar en el piso recibió una llamada telefónica; era John Reed, un periodista americano. No habían tenido ocasión de conocerse personalmente. Le contó que había asistido al Primer Congreso del Soviet Supremo, y quedaron en verse. Luego Reed colgó alegando que tenía mucha prisa. Aunque al Congreso no estaba invitado, pensó en hablar con Fiódor para que se lo contase en detalle.

Fiódor apareció a las dos de la tarde y le explicó que acababa de levantarse, ya que se había acostado a las seis de la mañana. Tenía los ojos hinchados y se le notaba cansado y nervioso. Tuvo que reconocer con un deje de amargura que de momento no le habían ofrecido ningún cargo oficial.

—¡Ha sido Stalin! ¡Por algún motivo que solo él debe conocer, la tiene tomada con algunos de nosotros! Para ser elegido en algún cargo de confianza, si uno de los nuevos comisarios te veta, te quedas fuera.

Paul intentó que se olvidara de ello asegurándole que el asunto no había hecho más que empezar.

—Además, Fiódor, ¿tú has luchado por el cambio o para conseguir un puesto?

—¡Paul Alexander, parece mentira que me digas algo así! ¡Nunca he pretendido ningún cargo, eso me da igual! ¡El problema es la falta de confianza! ¡Es como si algunos no contásemos! ¡Y eso comenzó desde que tuvimos aquel asunto!

Intentó quitarle todo aquello de la cabeza y le pidió que le contara lo ocurrido en la asamblea.

—Lenin comenzó proponiendo a todos los intervinientes en la guerra una paz democrática y justa, eso sí, sin indemnizaciones ni anexiones territoriales. Dijo que renunciaba a la diplomacia secreta, a los tratados secretos firmados por el zar. Añadió que proponía un armisticio de tres meses para discutir

sobre ello. También se dirigió en nombre de los obreros y campesinos rusos al proletariado internacional, para conseguir el triunfo de la paz y la liberación de las masas trabajadoras de la esclavitud y la explotación. La verdad es que lo apunté, pero ya se lo he oído otras veces. Después todos cantamos *La Marsellesa* y *La Internacional*. ¡Entonces llegó lo más importante! ¡Al final, la tierra para el que la trabaja! ¡Todo pasará a manos de los comités agrarios y de los soviets de campesinos!

—¿Y ahora qué crees que va a suceder?

—La verdad… no lo sé. He visto esta mañana que los bancos estaban cerrados, como si no terminaran de confiar en lo que viene… Bueno, ya sabes, el dinero es miedoso. Tampoco han ido a trabajar muchos funcionarios, temiendo quizás que les pudieran pedir cuentas. Algunos siguen pensando que los ministros del gobierno provisional van a volver, y además un ministro siempre parece algo más que un comisario del pueblo. También algunos periódicos nos califican de aventureros políticos o de banda de radicales que han tomado el poder por la fuerza. ¡Bah, no importa! ¡Tampoco podíamos esperar que nos recibieran con ramos de flores y una banda de música!

Fiódor se marchó un rato antes de que volviera Irina. Ambos hacían un esfuerzo por mantener la normalidad pero no les resultaba fácil. Irina llegó con la noticia de que Kérensky amenazaba con volver sobre Petrogrado al frente de los cosacos del general Krasnov. Añadió que había ocupado Gatchina, o, lo que venía a ser lo mismo, que se hallaba a las puertas de la ciudad.

Paul quiso quitarle hierro al asunto.

—¡Bah, no te preocupes! Volverá a suceder lo mismo otra vez. A la hora de la verdad, los oficiales y los mandos no podrán con los soldados. ¡Cuando falta la disciplina se acabó la guerra! Sinceramente, no creo que llegue la sangre al río.

A pesar de sus palabras de aliento, vio a Irina intranquila. Ella sabía muy bien lo precaria que era la situación, ya que todo estaba cogido con alfileres. ¡Y eso en Petrogrado! En el resto de las capitales la cosa debía ser peor. Si Krasnov conseguía desmoronar las débiles defensas de la ciudad, los bolcheviques podrían tener un serio descalabro. Irina estuvo hablando con alguien por teléfono y luego volvió a la biblioteca para contarle las novedades.

—Parece ser que han encargado a Podvoiski la defensa, pero Lenin será el que tome las decisiones… Tal vez Trotsky sea el hombre más adecuado.

¡Creemos que enviarán refuerzos de la guarnición del Báltico! ¡Incluso parte de la armada! ¡Ese Kérensky! ¿Cómo lograría escapar?

Paul tragó saliva sin levantar los ojos del papel en el que estaba escribiendo. Confiaba en la providencia para que aquel asunto quedara en secreto. Kérensky le había prometido que no diría una palabra. En cuanto al embajador, se vería obligado a guardar secreto. Lo que para él no había sido más que una prueba de lealtad, para Irina se convertiría en una terrible traición. No hizo el menor comentario. Para cambiar de conversación le contó que Fiódor había estado allí. Ella solo murmuró que Stalin le estaba pasando factura.

—¡Menos mal que los que llevan la batuta son Vladimir Ilich y Lev Davidovich! ¡Te aseguro que en otro caso no sé lo que podría llegar a suceder!

—¿De verdad crees eso de Stalin? —preguntó Paul, interesado.

—¡Ya lo creo! —afirmó ella con viveza—. ¡De todos ellos es el más reconcentrado! ¡Nunca sabes en lo que está pensando! Se nota que está supeditado a Lenin, y por otra parte, por algún motivo, siente una gran animosidad por Trotsky. ¡Le odia! En *Pravda* ya hemos notado que intenta evitar que salgan noticias positivas vinculadas a él, y tampoco soporta a los que ha traído con él al partido, como Joffe, Uritski, Lunacharski, Riazánov, Volodarsky y algunos más. ¡Los hace espiar! ¡Envía a sus hombres de más confianza a que los sigan! ¡No me extrañaría tener a alguno abajo, aguardando a que salga!

—¿Y Lenin y Trotsky qué opinan de eso? ¡Ellos son los que mandan! ¿O no? Yo opino que esa forma de actuar no es nada buena para un partido que se dice democrático.

—¡Bah! ¡No se lo toman en serio! Stalin ha estado en Siberia bastante tiempo, y deben de creer que esa forma de actuar se la contagiaron allí. Desconfiar de todo el mundo. ¡Pero no es eso solo! Entre otras cosas son los terribles celos de Stalin hacia Trotsky. Lenin considera que el único a su altura es Trotsky. Eso se percibe en la manera en que lo trata, en muchos pequeños detalles, en cambio con Stalin la relación es más distante. Si en algún momento Stalin tiene que reconocer algo de Trotsky, es mirando a Lenin. En la asamblea se ha podido comprobar. De un total de ciento treinta y cuatro votos, Lenin ciento treinta y tres y Trotsky el segundo con ciento treinta y uno. ¡Irrebatible! Cuando apareció el periódico de Trotsky, *Adelante*, Stalin se puso como loco. Nos dijo a los redactores que debíamos hundir ese periódico haciendo un esfuerzo adicional en *Pravda*. Tampoco soporta cómo

habla en sus mítines ni la facilidad con que escribe. Cuando Trotsky llenaba el *Cirque Moderne*, Stalin fue hasta allí sin darse a conocer para poder verlo. Le comentó después a Fiódor que no podía comprender lo que la gente veía en aquel hombre.

—Y tú, Irina, ¿no crees que Trotsky habla sobre todo para escucharse a sí mismo? Yo estuve viendo su actuación en el *Cirque Moderne*, y nunca había escuchado a nadie hablar así. Pero también pensé que sobreactuaba un poco, en definitiva que le encantaba oírse.

—Es posible. Cuando sube a una tribuna se le nota en su elemento, tal vez porque conoce sus posibilidades. Creo que es el tipo de líder al que le gustaría morir como Julio César, diciéndole a Stalin mientras lo apuñalaban: «¿Tú también, Iósif Djughasvili?». Pero eso no le quita mérito. Creo que uno de los peores ratos de su vida fue cuando los soldados de guardia no lo reconocieron y le impidieron entrar. ¡No podía comprender que alguien no lo reconociera! ¡A él!

—Sí, eso me lo habían contado. Yo tengo la sensación de que esta revolución es como un inmenso drama que tiene a todo el mundo pendiente, encandilado, desde cualquier parte del mundo miran hacia aquí en espera de ver lo que va a suceder. ¡Y ellos lo saben! ¡No tienen la certeza de si al final vencerán o no! Tal vez el único que no duda del éxito es el propio Lenin. Pero pretenden dejar huella en la historia, y actúan con precaución. Bueno, probablemente también Julio César, Napoleón y algunos otros tuvieron en consideración que después todo el mundo analizaría en detalle su comportamiento. ¡Al final todos tenemos flaquezas humanas!

Irina volvió a la redacción de *Pravda*. Paul la notaba menos segura sobre todo lo que estaba sucediendo. Los bolcheviques estaban consiguiendo algo que parecía imposible, aunque las circunstancias habían jugado a su favor. La guerra europea debilitó al Imperio, propiciando la caída del zar. Tampoco los bolcheviques habían tenido nada que ver en la revolución de febrero. Luego se produjo la increíble y providencial llegada de Lenin, y poco después la de Trotsky. Y tener enfrente un ejército deshecho, un gobierno incapaz, sin contar con la posible ayuda de sus enemigos, como era el caso de Alemania.

Pero todos eran conscientes de que aquella revolución de octubre, en la que los obstáculos habían ido cayendo sin necesidad de grandes combates, no era más que el prólogo de lo que tenía que llegar. La verdadera prueba de

fuego. Construir un estado soviético bolchevique que realmente funcionara… y eso estaba aún por demostrar.

XXV
El encargo

A primeros de noviembre, Irina trajo una carta dirigida a Paul Alexander. El remite era del nuevo presidente del gobierno, Vladimir Ilich Ulianov. La carta le rogaba que asistiera al día siguiente a una reunión en la que también estarían presentes varios comisarios del pueblo.

—En cualquier país del mundo, esta misiva la habría traído un mensajero oficial. Pero esto es Petrogrado y aquí se la entregan a mi compañera. Por mí está bien, aunque no deja de sorprenderme.

—Sí, son maneras de hacer las cosas —Irina parecía comprender bien la situación—. El Estado debe organizarse, y te confesaré la verdad, no sabemos ni por dónde empezar. Los antiguos funcionarios no hacen todo lo que pueden, como si todavía creyeran que las cosas pueden volver a la situación anterior en cualquier momento. Ahora hay que proceder a investigarlos a todos. También a los oficiales, y mucho más sabiendo que el noventa y nueve por ciento del territorio de Rusia no está controlado, y que el noventa y nueve por ciento tiene encima la espada de Damocles de la contrarrevolución, con Kérensky convencido de que podrá volver al Palacio de Invierno, y que esto no habrá sido más que una pesadilla.

Paul había creído que Irina se tranquilizaría cuando los bolcheviques se hiciesen con el poder. Los últimos días le demostraron que no iba a ser así. Apenas tenían tiempo de verse. Ella llegaba cuando ya no se veía capaz de seguir, no tenía un horario fijo. Le contó que Stalin la había advertido que tendría que pasar una temporada en Moscú. No había nada que discutir.

El 7 de noviembre Paul se presentó en el Palacio de Invierno con la curiosidad de saber lo que pretendían de él. Enseñó la carta de Lenin al suboficial que controlaba el acceso y uno de los soldados lo acompañó hasta un secretario sentado en la puerta del mismo despacho que había ocupado anteriormente Kérensky. Todo seguía igual, la calefacción estaba puesta, la diferencia era que ahora lo ocupaba Lenin, que se encontraba reunido con Stalin y Trotsky. Aquellos líderes proletarios no parecían sentirse a disgusto en el enorme y lujoso palacio en el que apenas unos meses antes el zar Nicolás llevaba a cabo sus recepciones. Cuando el secretario abrió la puerta y

anunció su presencia, Lenin se dirigió a él levantando ambas manos para saludarlo.

—¡Apreciado Paul Alexander! ¡Sea usted bienvenido! Ya conoce a Lev Davidovich Bronstein, comisario del pueblo de Asuntos Exteriores y a Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, comisario del pueblo para las nacionalidades. Pase y siéntese.

Trotsky le estrechó la mano con una sonrisa de complicidad y Stalin lo miró fijamente mientras apretaba su mano.

—¡Cuántas cosas han sucedido desde que nos vimos por primera vez en el Congreso de la II Internacional en Copenhague! Sé que conoce bien a Lev Davidovich. Es importante que tengamos esta relación de confianza. Para expresarlo claramente, le hemos llamado porque confiamos en usted.

Como siempre, Lenin iba directo al grano. No se entretenía con prolegómenos mientras lo observaba con sus pequeños ojos que le proporcionaban un aspecto oriental.

—¿Y usted, Alexander, confía en nosotros?

Asintió. Desde la primera vez, había sentido empatía con Lenin y simpatía en el caso de Trotsky. De Stalin solo sabía lo que le habían contado Irina y Fiódor, que no era demasiado alentador.

—¡Naturalmente, Vladimir Ilich! Como sabe, no pertenezco al partido bolchevique. Ni siquiera soy ruso, aunque es cierto que cada vez me siento más implicado. Ustedes están haciendo lo que creen que tienen que hacer. ¿Por qué no iba a confiar en ustedes?

—¡Bien, querido amigo! ¡Eso está bien! Pero queríamos oírle decirlo. Conocemos sus vinculaciones con Rusia, su interés por este país y, como ya le he dicho, confiamos plenamente en usted. Ahora lo entenderá. Mire, Alexander, como bien sabe apenas acabamos de comenzar. Estoy ocupando este despacho desde antes de ayer y le confesaré que no nos va a resultar nada fácil. ¡Está todo por hacer! En un futuro echaremos de menos los días de la revolución, las emocionantes noches que vivimos, pero hoy todo son problemas. ¡No solo en Petrogrado! ¡En toda Rusia! Y este país es como si no tuviera fin. Bueno. Se preguntará por qué le hemos hecho venir, qué pretendemos de usted. Aquí cerca se encuentra la embajada de los Estados Unidos ocupada por su embajador, el señor David R. Francis. Tenemos a los delegados de la Cruz Roja Americana en la ciudad, a otros periodistas, algunos como es el caso de John Reed**[198]**, afines a la causa, también algunos hombres de negocios americanos. ¿Entonces por qué elegir a Paul Alexander, del *New York Herald*? Lo cierto es que todos confiamos en usted, lo que por

supuesto no quiere decir que desconfiemos de los demás. Necesitamos su colaboración. Se lo explicaré. Lo primero es que hablar con usted es como hacerlo con otro ruso más… de hecho, por lo que sabemos su sangre es cien por cien rusa, aunque su pasaporte sea americano. Usted ha vivido la revolución muy de cerca. ¿O no? Conoce personalmente la terrible situación de escasez que estamos viviendo, y le diré que en Petrogrado nos podemos considerar unos privilegiados, ya que hay muchos lugares donde los rusos se están muriendo literalmente de hambre.

Lenin se incorporó y comenzó a pasear por el amplísimo despacho mientras Trotsky tomaba notas en un papel y Stalin fumaba un cigarrillo sin dejar de observarlo insistentemente.

—En definitiva, Alexander, lo consideramos un amigo leal del pueblo ruso, alguien desinteresado, altruista, al que conocemos personalmente. Quisiéramos que aceptara una misión: enviarlo a los Estados Unidos acompañando a una misión del gobierno bolchevique que presido para que hable en nuestro nombre con el presidente Wilson y con los dirigentes financieros de Wall Street. ¡No pretendemos que nos envíen ayuda desinteresadamente! ¡La pagaremos a un precio justo! ¡Tenemos importantes recursos! Le hablaré en confianza y le pediré su discreción. Cuando hace tres días tomamos el poder, uno de los antiguos tesoreros, que ya nos había dado muestras de querer ganarse nuestra confianza, nos explicó dónde se hallaban las reservas. Los zares habían acumulado importantes cantidades en lingotes de oro, platino, también diamantes, tallados y en bruto. Naturalmente, todo ello pertenece al Estado, al pueblo ruso, y ello nos proporciona una base desde la que poder negociar sin tener que pedir favores. Además, naturalmente, aquellos que ayuden y colaboren en estos complicados momentos con el legítimo gobierno ruso tendrán después grandes oportunidades de negocio y especiales relaciones con nuestro país. Este país está por hacer desde los cimientos hasta el tejado. La suerte es que tenemos el terreno adecuado, y un pueblo acostumbrado a hacer grandes sacrificios. Los Estados Unidos son un gran país, una gran democracia, podremos colaborar estrechamente y convertir esa posible alianza en algo muy importante para el futuro del mundo. Nosotros no vamos a renunciar a nuestra ideología, ni pretendemos que ellos lo hagan. El gobierno de su país puede comprender los posibles beneficios mutuos de esa relación. Ahora necesitamos medicinas, tractores, abonos, maquinaria de todo tipo, además de instructores, y todo lo preciso. Nosotros abriríamos las puertas a una colaboración financiera e industrial con una enorme oportunidad de negocio. Mire, Alexander, usted es

americano y ha sabido ganarse en estos últimos años la confianza y la amistad de los rusos. Si me pregunta por qué no enviamos a un embajador, le diré que ahora mismo ocupa el cargo en Washington el embajador que envió el gobierno provisional. Ese hombre ya no nos representa, pero sabemos que tiene instrucciones del antiguo gobierno de mantenerse allí, como si nada hubiera sucedido. Igual nos ocurre con su embajador aquí. El señor David R. Francis sabe bien que esto no tiene vuelta atrás, pero para él, el gobierno Kérensky sigue siendo el legítimo. Estamos en una complicada situación diplomática, y más al encontrarnos en guerra. Hoy en día nadie cree a los embajadores. Usted es la persona adecuada. Si acepta, le acompañarán dos altos funcionarios designados por este consejo de comisarios. ¿Señor Alexander, estaría dispuesto a llevar a cabo esta misión?

Se hizo un absoluto silencio. Ya no se escuchaban detonaciones en la ciudad. El Neva resplandecía tras el gran ventanal. Trotsky jugueteaba con su estilográfica, Stalin seguía observándolo, como si no terminara de confiar en que fuera a aceptar, y Lenin había vuelto a tomar asiento tras su explicación.

—Sí, lo haré con gusto —contestó Paul—. Me honra su confianza.

Mientras, no podía dejar de pensar que se estaba metiendo en un charco. Si en algún momento se supiera que había ayudado a escapar al anterior presidente del gobierno provisional, aquellos líderes se sentirían engañados y frustrados. Pero no podía hacer otra cosa. ¿Cómo iba a negarse? Su actuación en el caso de Kérensky tenía que ver con la lealtad personal, mientras que lo que Lenin le proponía era una cuestión de ética. No eran actuaciones incompatibles. Nadie le había pagado por ayudar a Kérensky y nadie le iba a pagar por lo que le pedían ahora.

—Aunque —continuó Paul—, creo que hay personas con muchos mayores méritos y, sobre todo, con conocimientos económicos y financieros de los que carezco.

—¡No se preocupe por eso! —replicó Lenin—. Las personas que le acompañarán serán especialistas cualificados. Pero le necesitamos a usted para transmitir confianza, para demostrarles que no tenemos problemas de garantías sino de financiación coyuntural. Por cierto, el que los bolcheviques hayamos tomado el poder no significa que los compromisos financieros adquiridos por este país no vayan a cumplirse. Eso lo entenderán perfectamente en Wall Street, ya que es hablar su propio lenguaje. Su misión es muy importante para Rusia, aunque naturalmente no le vamos a responsabilizar del éxito o fracaso de la misma. Creemos conocer el mundo. Hay muchos factores en juego y no podemos leer los pensamientos más

íntimos y recónditos del presidente Wilson. Él puede creer que Kérensky aún no tiene perdida la partida, y es bien cierto que nosotros tenemos aún que terminar nuestro trabajo, aunque estemos convencidos del éxito. La historia es un proceso que no tiene marcha atrás. Los zares no volverán nunca a Rusia, sobre todo por un pequeño detalle. No lo merecen.

Salió del Palacio de Invierno atenazado por la responsabilidad. Dudaba de si estaría haciendo lo correcto. Si Kérensky se enteraba, y así ocurriría, probablemente perdería su amistad con él. Si por cualquier causa eran los bolcheviques lo que llegaran a conocer su colaboración en la fuga del presidente anterior, no tendría más opción que abandonar el país para no volver. Era una incómoda situación debida a las circunstancias. ¿Como podría haberse negado a ayudar a Kérensky en aquellos momentos? En este caso tampoco. No habrían entendido su rechazo si hubiera contestado a Lenin, en presencia de Trotsky y de Stalin, que no podía ayudarles. En cualquier caso, la responsabilidad era solo suya.

Unos días después se reunió con Stalin de nuevo en el Palacio de Invierno, en otro gran despacho. No sentía ninguna simpatía por aquel hombre y creía que era algo recíproco. Escuchó con atención las instrucciones. Quedaron de acuerdo en que a mediados de noviembre viajarían a Estocolmo a través de Finlandia, y una vez allí embarcarían en un vapor de mercancías y pasaje con destino a Nueva York o Boston. No podían olvidar que la guerra proseguía y que los submarinos alemanes, los U-boots, seguían sus actividades bélicas. Era una guerra que se prolongaba más allá de cualquier esperanza, y nadie sabía cuándo terminaría.

Stalin le explicó que le acompañarían dos altos funcionarios especialistas en asuntos económicos. Dos profesores, uno de la universidad de Moscú, Valeri Dmitrievich Mijaílov, el otro, Piotr Ivanov Brisov, de la universidad de Petrogrado, que ocupaban altos cargos en el comisariado de asuntos económicos. Stalin le dijo que eran de su entera confianza. El problema era que ninguno de los dos hablaba una sola palabra de inglés, aunque Brisov hablaba francés, alemán y sueco, y Mijaílov francés, armenio, turco y árabe. Pero nada de inglés. Otro problema era el que Lenin ya había comentado. En Washington seguía el antiguo embajador ruso, George Bakhmeteff, y por el momento Lenin no había decidido a quién enviar como representante de la Rusia bolchevique, aunque se hablaba de Maxim Litinov. El tercer problema era que ninguno de los altos funcionarios del gobierno provisional podía

certificar cuál era la situación real de deuda con los Estados Unidos. Según Lenin, aquellos no eran más que pequeños desajustes burocráticos. Lo importante era dar la cara y demostrar que el gobierno provisional era ya historia, a pesar de que Kérensky insistía en que los bolcheviques no eran más que una situación coyuntural que no tardaría en solventarse.

Paul comentó con Karl el encargo que le había hecho el nuevo gobierno bolchevique, aunque ya no veía las cosas tan fáciles como cuando había afirmado delante de Lenin que aceptaba ir en su nombre a ver al mismísimo presidente Wilson. Karl se mostró bastante escéptico.

—Tienes que tener en cuenta que, para el resto del mundo, los bolcheviques aún no se han hecho con el poder. Ahí tienes a tú amigo Kérensky llamando a la puerta en Gatchina con sus cosacos. ¡Aún no está todo dicho! ¡Aquí en Petrogrado vemos las cosas muy cercanas, demasiado próximas! Desde Washington o Londres las deben observar con perspectiva, y no tendrán todavía las mismas certezas que nosotros. ¿No estará intentando Kámenev volver a un gobierno kérenskista sin Kérensky, incorporando a los mencheviques, los socialistas revolucionarios, los delegados del Vikjel y demás? ¡No! ¡Esto todavía no está ganado!

Paul era cada vez más consciente de ello, pero también de que había empeñado su palabra y no tenía otra opción que cumplirla.

—Todo lo que dices tiene lógica, pero si yo fuera un dirigente bolchevique, ya solo podría ir hacia delante. Lo contrario sería dar la razón a los enemigos. Para Kérensky esto no es más que otro golpe de Estado, y así lo estará transmitiendo al resto del mundo. Para Lenin y los demás, es la definitiva toma de poder. ¿Qué opciones tienen? ¿Permitir al embajador Bakhmeteff seguir en Washington representando al gobierno provisional? ¡No pueden hacerlo!

—Bueno, todo eso está muy bien —Karl se mantenía escéptico—. A ver si consigues que te reciba el presidente. Yo lo dudo…

Irina intervino en aquel momento con pragmatismo.

—¿Quién tiene ahora el oro de Rusia? Está en manos del gobierno bolchevique. Eso es incuestionable. Cuando los banqueros de Wall Street pidan garantías, se referirán a eso. Si la llave de la caja la tiene Lenin, para ellos también tendrá el poder.

Por una vez, Ludmilla estaba de acuerdo con su hija.

—¡Claro que sí! ¡El que posea el oro posee el poder, y el otro, por muchas razones que lo asistan, ya no es más que un charlatán de feria! Podrás ir tranquilo a Washington y a Nueva York. Kérensky solo tiene cuatro cosacos

que no saben ni a quién deben obediencia, si al zar, al gobierno provisional o a los de la dictadura del proletariado.

Los siguientes días fueron trayendo los problemas, a la vez que la cercanía del invierno iba trayendo las tormentas de nieve. Pronto se vio que, además de hambriento, Petrogrado estaba inmovilizado por sus propios funcionarios, pues la mayoría de ellos no llevaba a cabo las tareas necesarias para mantener la administración en marcha. Si los ferrocarriles y los tranvías seguían funcionando era debido a la aplastante mayoría del partido bolchevique entre sus trabajadores. Los demás manifestaban su oposición con una huelga de brazos caídos para que fracasara el nuevo gobierno.

Irina colaboraba con la Kollontai, que había sido designada comisaria de seguridad social, y lo que estaba sucediendo con los funcionarios la sacaba de quicio.

—¡Esos individuos tendrían que ser expulsados del cuerpo de funcionarios del Estado! ¡Toda su vida trabajando contra los intereses del pueblo, y ahora que se les da la oportunidad de colaborar, muestran su verdadero rostro! ¡No aceptan el progreso! ¡Les encantaría seguir con el zar en el Palacio de Invierno preparándose para la Nochebuena!

Mientras, Lenin publicaba su prólogo a la futura constitución. Un documento que pretendía dejar claro de una vez por todas, el pensamiento bolchevique:

> *Rusia es declarada República de los Soviets de los obreros, soldados y campesinos. Todo el poder pertenece a los Soviets. La República rusa se constituye sobre la base de una unión libre de naciones libres. Asignándose la tarea de suprimir cualquier explotación del hombre por el hombre, de eliminar radicalmente la división de la sociedad en clases, de reprimir implacablemente la resistencia de los explotadores, de establecer una organización soviética de la sociedad y de conseguir la victoria del socialismo en todos los países, la Asamblea Constituyente declara: Toda la tierra pertenece al pueblo que trabaja. Queda confirmada la ley sobre el control obrero de las empresas, considerada como el primer paso hacia la entrega total de las fábricas, minas, transportes. Queda confirmada la ley sobre la entrega de los Bancos en manos del Estado obrero y campesino, considerada como una de las condiciones para*

liberar a las masas trabajadoras del yugo del capital. Queda introducido, a fin de extirpar a los elementos parásitos de la sociedad, el servicio del trabajo obligatorio para todos. A fin de garantizar a las masas trabajadoras la plenitud de su poderío e impedir cualquier tentativa de restablecimiento del poder de los explotadores, se decreta armar a los trabajadores, formar el ejército rojo socialista de los obreros y campesinos, y el desarme total de las clases poseedoras. Firmemente resuelta a liberar a la humanidad de las garras del capitalismo y del imperialismo, que han inundado de sangre la tierra en el curso de la más criminal de las guerras, la Asamblea Constituyente aprueba plenamente la publicación de los acuerdos secretos emprendida por el Gobierno soviético, la fraternización en el frente y la conclusión por medios revolucionarios, a toda costa, de una paz democrática, sin anexiones ni indemnizaciones. La Asamblea Constituyente felicita al Consejo de los Comisarios del Pueblo por haber proclamado la independencia de Finlandia, por haber concedido a Armenia el derecho de disponer libremente de su destino y haber ordenado la retirada de las tropas rusas de Persia. Al mismo tiempo que garantiza al poder soviético su pleno y total apoyo, la Asamblea Constituyente estima que su propia tarea se limita a sentar las bases de la edificación socialista de la sociedad y de la organización federativa de las repúblicas soviéticas rusas.

Le había comentado Irina que el hombre fuerte del nuevo gobierno era Stalin. No por ser el comisario del pueblo para las nacionalidades, sino porque intentaba controlar la burocracia imponiendo la suya. Había realizado un informe interno en el que sugería eliminar de su puesto a todos los funcionarios que no fueran adictos al partido bolchevique y sustituirlos por hombres de confianza. Lenin le había respondido que ese era sin duda un objetivo, pero que significaría una labor ímproba de años. Además, ¿dónde estaban los hombres de confianza? Irina le explicó lo que sucedía en relación con aquel asunto.

—Como sabes, mi jefe directo es precisamente Stalin. Sigue controlando *Pravda* y los otros periódicos del partido, pues ha conseguido que Lenin le otorgue su confianza para ello. El problema es que no confía en nadie. Todo pretende controlarlo personalmente, como si los que lo rodean quisieran engañarlo. Ahora quiere investigar a toda la redacción para saber si alguno es

partidario de Trotsky y, claro, me tiene señalada. ¡Menos mal que hoy por hoy Lenin y Trotsky están por encima de Stalin!

Aquel no era el mayor problema del gobierno bolchevique. La razón la tuvo cuando se convocó la asamblea constituyente en el Palacio Táuride. Al elegir al presidente, el voto mayoritario fue para Chernov, jefe de la candidatura socialista revolucionaria de derecha, tras él salió María Spiridonova[199], de los socialistas revolucionarios de izquierda, y por último los bolcheviques. Cuando Bujarin, hablando por el partido bolchevique, exigió que la asamblea adoptara la Declaración de los Derechos redactada por Lenin, fue derrotado en toda regla. Quedaba claro que a través del sistema democrático no llegarían a ninguna parte.

Aquella situación la resolvió Lenin empleando el sistema que le sugirió Stalin. Uno de sus hombres de confianza, el marinero Jelesniakov, fue el encargado de desalojar de inmediato la sala donde se hallaba reunida la asamblea. Jelesniakov amenazó con emplear la fuerza si se resistían. Allí terminó la Asamblea Constituyente, que ya no volvería a reunirse.

El 15 de noviembre, Paul y los dos funcionarios subieron al tren con destino a Türku en la Estación Finlandia de Petrogrado. Tanto Valeri Dmitrievich Mijaílov, del que Irina le había prevenido que era el hombre de confianza de Yákov Mijáilovich Sverdlov, el presidente del comité central ejecutivo, en aquellos momentos el hombre que mandaba en Rusia después de Lenin, como Piotr Ivanov Brisov, que era uno de los hombres de confianza de Stalin, iban preparados para demostrar que las reservas de oro del extinto imperio ruso se encontraban en aquellos momentos a disposición del nuevo gobierno bolchevique. Valeri extrajo unas fotos de su cartera, donde llevaba los documentos de la misión. En ellas se le veía delante de un brillante montón de lingotes de oro. En otras fotos, ya en detalle, se le veía señalando el número de serie de uno de los lingotes. Traía asimismo consigo el inventario de todo el tesoro, con numeración de lingotes de oro y platino, y el peso en quilates de cada tipo de las piedras preciosas.

Valeri mostraba su confianza y Brisov asentía.

—Mire, señor Alexander, en dólares tal vez ascendería a más de doscientos millones. Eso solo el oro. En cuanto al platino, su valor es incalculable. Probablemente una cantidad similar, aunque eso es más difícil de cuantificar. Después están los diamantes y los brillantes. ¡En total, una

suma astronómica! No existen problemas para garantizar los préstamos, mientras el estado bolchevique imprime y sustituye los antiguos billetes.

Mientras descansaba en el hotel de Estocolmo, Paul pensaba que él solo se estaba complicando la vida. Se estaba dando cuenta de que no debía estar allí, formando parte de la embajada bolchevique, un partido al que no pertenecía, y un proyecto político en el que no creía. Lo había comentado con el embajador Francis la semana anterior, aunque para su sorpresa se encontró con que la embajada de los Estados Unidos en Petrogrado estaba siendo desmantelada. Los documentos confidenciales se hallaban en cajones numerados. EEUU-R-001, hasta el correspondiente, R-122. Los muebles, lámparas y demás objetos, cuidadosamente embalados. El embajador aún disponía de una pequeña mesa auxiliar y dos sillas que se quedarían. Todo lo demás se sacaría del país; no era una señal muy alentadora. El embajador le explicó que se trataba de una decisión del Congreso. Tenía orden de volver de inmediato a Washington en espera de que la realidad se impusiera y alguno de los contendientes en liza se hiciera verdaderamente con el poder.

Paul lo comentó telefónicamente con Stalin, que le contestó que todo aquello no alteraba los planes. Debían ir a Washington e intentar entrevistarse con el presidente. Si no lo conseguían, las órdenes eran reunirse con los financieros de Wall Street y explicarles la oportunidad que los bolcheviques, el único gobierno legal de Rusia, les proporcionaban.

En Estocolmo recibió una llamada por conferencia de Stalin. En Nueva York los aguardaría alguien de su confianza que los acompañaría a las entrevistas: un tal Ludwig Martens Karlovich[200], un ingeniero ruso que residía en Londres pero que se encontraba en Nueva York desde hacía unos meses. Le aclaró que se estaba encargando de realizar unas gestiones previas en la Casa Blanca para conseguir que los recibieran. También pensó en Amalia Teliéguina, de la que sabía que, tras divorciarse de él, había vuelto a contraer matrimonio. A pesar de todo tendría que verla para darle una explicación. No quería acabar así, sin más. Cuando pensaba en ella lo invadían sensaciones contradictorias.

Embarcaron con destino a los Estados Unidos el 22 de noviembre. No tuvieron problema durante la singladura y arribaron a Boston el 10 de diciembre. Paul mantuvo una relación más bien fría aunque cortés con sus dos

compañeros de viaje. Pensó que tanto Sverdlov como Stalin los habrían aleccionado para no explicarle demasiadas cosas. Comenzó a comprender que si bien Lenin y Trotsky eran los líderes intelectuales de la revolución, el verdadero control lo llevaban otros, entre ellos Stalin.

Fueron en tren de Boston a Washington, pasando por Nueva York, aunque solo para cambiar de tren. Dos días más tarde, ya en el hotel en Washington, se presentó Ludwig Martens. Dijo que el presidente Woodrow Wilson había finalmente accedido a recibirlos. No solo se debía a sus gestiones en la Casa Blanca a través de un conocido político demócrata del que no mencionó el nombre, sino de las presiones de algunos importantes financieros de Wall Street.

Cuando se presentó al presidente Wilson, lo notó muy sorprendido, aunque el presidente le confesó que le habían advertido de la presencia de un corresponsal del *New York Herald* en la misión rusa. No terminaba de entender qué hacía un periodista norteamericano en aquella embajada que consideraba no oficial. Sin embargo, aceptó que los últimos informes daban por hecho que en efecto los bolcheviques parecían controlar el país por el momento. Paul tuvo que explicarle su relación con Rusia, su origen como hijo de emigrantes rusos que justificaba su conocimiento del idioma y la cultura rusa, y sobre todo su buena relación con los líderes de la revolución así como su compromiso de acompañarles en aquella entrevista. Aunque los dos funcionarios rusos no entendían la conversación, fue Ludwig Martens, que hablaba un excelente inglés con acento británico, quien llevó el peso de la traducción por expreso deseo de ambos.

El presidente hizo entrar en el despacho oval a algunos de sus secretarios. Le presentó al del Tesoro y al de Estado. Para sorpresa de Paul, en aquel momento, como si llegara tarde, también entró el embajador David R. Francis, que confesó que acababa de llegar de Petrogrado vía Nueva York.

El embajador llevó a cabo su introducción, reafirmando lo que él acababa de explicarle al presidente. Afirmó que conocía muy bien a Paul Alexander, y que efectivamente, por lo que sabía, sus relaciones con los líderes bolcheviques eran excelentes.

El secretario de Estado tomó la palabra en aquel momento para explicar que los Estados Unidos acababan de retirar a su embajador en Petrogrado al entender que no podían dar su aval político y diplomático al denominado gobierno bolchevique mientras existiera una situación de conflicto declarado entre el gobierno provisional de Kérensky y el gobierno bolchevique, que daba la impresión de haberse hecho con el poder por la fuerza. Además de

otras situaciones, como eran los Tratados entre ambos países firmados con representantes del zar Nicolás II, que seguían en vigor. Terminó diciendo que, a juicio del gobierno de los Estados Unidos, todo aquello impedía establecer por el momento cualquier tipo de relación diplomática con el nuevo gobierno. Mientras, Martens iba traduciendo a Brisov y a Mijaílov lo que se hablaba.

El presidente Wilson tomó la palabra para asegurar que a nivel personal sentía una gran simpatía hacia los movimientos de democratización en Rusia, y que deseaba que trasladasen a los líderes bolcheviques sus deseos de que Rusia alcanzase a la mayor brevedad la paz y la prosperidad; pero que, sintiéndolo mucho, solo podrían mantener de momento relaciones privadas entre empresarios americanos y rusos.

Pensó que no eran sino declaraciones de buena voluntad y que no iban a poder establecer ninguno de los acuerdos que traían para su firma. Era la mejor venganza de Kérensky contra los que le habían usurpado el poder. En efecto, el embajador David R. Francis estaba informando de lo sucedido en Petrogrado en aquellos días, y era perceptible que ni el presidente, ni los secretarios de Estado allí presentes, parecían estar muy de acuerdo con todo ello.

A la vista de lo que estaba escuchando, Brisov intentó exponer la filosofía de Lenin, asegurando que si los Estados Unidos proporcionaban el apoyo necesario a la Rusia soviética, esta podría llegar a favorables acuerdos con los bancos y compañías americanas. Para ello se necesitaba asistencia técnica, de ingeniería, avances sanitarios y organización.

El presidente Woodrow Wilson tomaba notas en una pequeña libreta con tapas de hule negro que sacó del bolsillo de su chaqueta. En un momento dado, intervino para decir que propondría una reunión tres días más tarde en Wall Street con los principales banqueros y hombres de negocios, a la que también asistiría el embajador Francis y el senador Owen como enviado personal suyo.

Paul notaba que el presidente sentía empatía por los bolcheviques a nivel personal. Woodrow Wilson realizó una serie de preguntas a los dos funcionarios y Paul sirvió como traductor. Mientras, Martens iba tomando notas minuciosamente de todo lo que se hablaba. Stalin o quien fuera quería tener un informe independiente de su hombre de confianza.

Tuvo la sensación de que Wilson coincidía en muchos aspectos con Lenin, como en el tema de los acuerdos secretos, promover el desarme o que

Rusia alcanzara un gobierno verdaderamente democrático. Ni Brisov ni Mijaílov pudieron convencerle de que los bolcheviques eran demócratas, a pesar de que Wilson repitió en varias ocasiones que merecían el beneficio de la duda. Salieron de la reunión en la Casa Blanca sin saber si finalmente obtendrían algún tipo de ayuda.

Viajaron a Nueva York para la reunión anunciada por el presidente. Martens mantenía una excelente relación con los dos funcionarios y prescindían de Paul sin disimularlo. Pero no podía decirles que él era el enviado directo de Lenin, y que quería saber de lo que estaban hablando, ya que había perdido el interés. No terminaba de comprender por qué lo habían comprometido en el asunto siendo obvio que su presencia no era necesaria. Aun así, decidió cumplir su compromiso. No quería quedar mal con Lenin.

Mantuvieron una reunión en uno de los salones del Waldorf Astoria. Para entonces pudo notar ya una cierta animosidad contra él por parte de Brisov y Mijaílov, que no terminaba de entender, era como si lo responsabilizaran de la falta de resultados en la reunión presidencial. Intentó explicarles que en los Estados Unidos las decisiones se tomaban de una manera colegiada, tras un minucioso análisis, por lo que el hecho de que hasta aquel momento no hubieran obtenido ningún acuerdo no significaba que la misión pudiera calificarse de fracaso. No consiguió convencerles y comprendió que algo había tenido que suceder para que se produjera aquel clima de clara hostilidad. Ambos estaban elaborando sus propios informes, probablemente para endosarle la responsabilidad por lo sucedido.

Se encogió de hombros. En aquel momento, lo único que le importaba era que había quedado para comer con Amalia Teliéguina, con la que había hablado por teléfono desde Washington, que en aquellos momentos estaba volviendo en tren desde Chicago y llegaría a la Estación Central en un par de horas. Los dejó allí discutiendo. Al día siguiente debían mantener una larga reunión con los banqueros, y cuando les comentó que debía ausentarse por motivos personales no lo entendieron. Brisov le preguntó agriamente: «Señor Alexander, ¿podría explicarnos qué asuntos privados están por encima de la revolución en momentos tan delicados?». Paul contestó en el mismo tono que se trataba de asuntos urgentes y personales que no podían esperar. Sin más cerró la puerta y se marchó.

Amalia Teliéguina descendió del expreso de Chicago y lo buscó con la mirada. Caminó decidida hacia él y lo abrazó. Paul se admiró de nuevo por lo hermosa que era aquella mujer mientras ella le murmuraba que estaba muy enfadada con él. Amalia lo llevó a comer a un pequeño restaurante de Tribeca. Había viajado en una *suite*, en el coche cama, y le aseguró que no estaba cansada. Solo deseaba saber los motivos por los que llevaba tanto tiempo sin volver a Nueva York y quería que le contará lo que realmente estaba pasando en Rusia. Acababa de divorciarse y era de nuevo una mujer libre. Él, por su parte, mencionó a Irina Pávlova pero sin concretar. Luego, mientras él le contaba los últimos días de la revolución y la reunión con el presidente Wilson, acompañando a la misión bolchevique por su compromiso personal con Lenin, un partido, aseguró, con el que no se sentía identificado.

—¿Entonces qué estás haciendo aquí? —le preguntó Amalia con cierta picardía—. ¡No termino de entenderlo!

—Así son las cosas. Ya sabes, las circunstancias. Me lo pidió el propio Lenin y no pude negarme. En realidad lo que me estaba pidiendo era algo lógico. Ayuda para Rusia, ya que allí la gente necesita alimentos, medicinas y financiación en divisas para poder adquirir maquinaria y tecnología adecuada. Creo que si me hubiera enviado el mismísimo Satanás, también habría aceptado.

—¡Eres el mismo Don Quijote de siempre!

Se refería a cuando él aceptó contraer un matrimonio de conveniencia para conseguirle un pasaporte norteamericano con el que sacarla de Rusia.

—No lo sé. Tampoco me preocupa mucho. Mañana tenemos una reunión en Wall Street para lo mismo.

—¡Tal vez conozca a alguno de ellos! ¿Sabes quién va a asistir?

—Creo que sí —Paul extrajo un papel doblado de su chaqueta—. William Boyce Thompson, David R. Francis, el que ha sido embajador de los Estados Unidos en Petrogrado hasta la revolución; Albert H. Wiggin, presidente del Chase Manhattan Bank; George Foster Peabody, director del Banco de la Reserva Federal de Nueva York; Henry Davison, del J. P. Morgan, además de representantes de la Aluminum Company, de la International Harvester Company, de la American Steel Export Company y algunas otras empresas.

—Conozco a algunos de ellos —afirmó Amalia—, pero sobre todo mantengo una excelente relación con Albert H. Wiggin y con Henry Davison. ¿Quieres que les llame?

Paul reflexionó un momento.

—No, aunque agradezco tu generoso ofrecimiento. Creo que de momento será mejor exponer la idea y escucharles. Si más adelante los necesitamos, te lo haré saber.

No deseaba involucrar a Amalia Teliéguina en un asunto político por el que ni él mismo se atrevería a apostar un centavo. Después recordaron viejos tiempos. Amalia lo observaba con admiración no reprimida. Tuvo la sensación de que le guardaba una enorme gratitud y quería que se apercibiera de ello. Al acabar la comida, ella le pidió que la acompañara a su casa. Dudó unos instantes, pero accedió. Después de todo, Petrogrado se hallaba muy lejos.

Tal como estaba previsto, la reunión se celebró en el edificio de la compañía de seguros de vida Equitable Life, situado en el 110 de Broadway, en la cuarta planta, donde se encontraba el llamado Club de los Banqueros. El embajador Francis presentó a los asistentes. Desde el primer momento percibió un clima mucho más propicio y cordial que en Washington. En aquel lugar, la política tenía un sentido puramente económico. Se adivinaban enormes negocios para todos los presentes, y pronto a Brisov y a Mijaílov les cambió el rostro. Cuando mostraron las fotografías con los montones de lingotes de oro y platino, y hablaron de los sacos de diamantes, ninguno de los empresarios presentes podía disimular su interés.

J. Boyce Thompson habló en un aparte con él. Con evidente satisfacción le comentó que los bolcheviques estaban mostrando un pragmatismo que posibilitaría los acuerdos. Allí, lo mencionó con total crudeza, podrían tener cada uno de ellos, incluyéndole a él, mientras lo señalaba con su índice, su trozo de tarta. «¡Una tarta enorme con la forma de la catedral de San Basilio!», le dijo el hombre riendo a carcajadas de su cínica ocurrencia.

Brisov y Mijaílov se hicieron entender. Una imagen valía más que mil palabras, pero las fotografías de los lingotes valían millones de ellas. Algunos de los presentes hablaban alemán o francés y quedaron en redactar preacuerdos para armamento, vehículos militares y civiles, fábricas de transformados para alimentación llave en mano, leche en polvo, trigo y maíz a precios subvencionados, créditos blandos preferentes. Lo que hiciera falta.

En un momento dado se le acercó Ludwig Martens, que estaba ejerciendo de embajador del gobierno bolchevique, tal como le había explicado David R. Francis, para decirle sonriendo por primera vez: «¡Ahora es cuando la revolución ha tomado la Bastilla!».

Había acabado su misión en la delegación bolchevique. Brisov y Mijaílov partieron unos días más tarde en un barco con destino a Copenhague. Él les dijo que debía resolver algunos asuntos privados antes de volver a Rusia. No hicieron comentario pero notó que, a pesar del éxito con los banqueros de Wall Street, persistía la hostilidad hacía él por parte de ambos. Imaginó que el informe que harían para Stalin y Sverdlov respectivamente no sería muy positivo. En cualquier caso, estaba seguro de que no tenían motivos concretos de enojo contra él.

Llevó su equipaje al lujoso apartamento de Amalia Teliéguina. Tenía una extraña sensación, como si el tiempo no hubiera transcurrido. No se sentía culpable por seguir amando a aquella mujer. Cuando ella quiso saber más, él le habló de su relación con Irina Pávlova. Fue sincero cuando le explicó que sentía por Irina una enorme ternura y un sentimiento de protección, y por ella una gran fascinación.

Amalia Teliéguina se tenía por una mujer avanzada y no tuvo nada que objetar. De ella había partido en su día el deseo de divorciarse, y luego el de volverse a casar. En aquellos momentos, de nuevo divorciada, lo observaba con gran interés pero no podía recriminarle nada. Era práctica y confiaba en sus armas de mujer. Paul, que había decidido marcharse a finales de enero, permaneció allí hasta primeros de marzo. Se sentía muy bien conviviendo con ella, en aquella confortable y lujosa vida.

Pensó que si no tomaba la decisión de marcharse, cada día se le haría más cuesta arriba abandonar todo aquello. A diferencia de Irina, le resultaba imposible discutir con Amalia. Coincidía con ella en casi todo. Ciertamente, estaba dedicada a sus negocios, pero al tiempo era una persona generosa y altruista con los más desfavorecidos, y sin alardear de ello. Siempre estaba dispuesta a acompañarlo a una galería de arte, a un museo, a donde fuera. Se mostraba muy enamorada y en ningún momento le recriminó su relación con Irina. Llegó a convencerse de que si la abandonaba de nuevo, estaría perdiendo la oportunidad de su vida.

Tenía la idea de volver a Rusia, de hablar con Irina y explicarle que quería volver a Nueva York definitivamente. Estaba convencido de que ella no querría marcharse en aquellos momentos, por lo que no sería preciso contarle su relación con Amalia. Sentía un profundo cariño por Irina y no quería dejarla de una manera traumática. A pesar de todo, le dejaría la puerta abierta.

El embajador Francis, que seguía manteniendo sus influencias, consiguió embarcarlo en un destructor. También le entregó un nuevo pasaporte diplomático por encargo del presidente Woodrow Wilson, diciéndole:

—Me ha dicho que es usted demasiado valioso para los intereses de los Estados Unidos en Rusia, y que mientras las cosas se aclaran, lo nombra embajador volante para Rusia y Suecia. Sabe que usted siempre actuará con prudencia y buen sentido. ¡Enhorabuena! ¡Ya somos compañeros de fatigas! La verdad es que usted le impresionó y, en el fondo de su alma, le hubiera encantado tener la oportunidad de vivir en directo la revolución como usted, o como ese John Reed del que tanto habla ahora la prensa. ¡Mi más cordial enhorabuena! A partir de ahora, podrá cargar sus gastos en una cuenta especial del servicio diplomático, y además le ingresarán una jugosa nómina hasta el final de su misión.

En el documento sellado que iba doblado en el interior del pasaporte se le daban instrucciones para su nuevo cargo. Entre otras, seguir manteniendo una relación lo más cercana posible con los líderes bolcheviques. Lenin, Trotsky, Stalin, Sverdlov, Kámenev y Zinoviev. Los informes los debería enviar a través de la embajada de Francia en Petrogrado. Aquel documento debía ser destruido una vez leído. Lo quemó en el apartamento de Amalia antes de despedirse.

Mientras el *USS San Diego*, un crucero acorazado, atravesaba el Atlántico Norte, reflexionó que tal vez había llegado el momento de ir dando por finalizada su etapa en Rusia. Aferrado al puente, suspiró, consciente de que necesitaba aclarar su vida.

XXVI
Una terrible catástrofe

En marzo de 1918 Paul viajó a Estocolmo, vía Londres, de regreso a Petrogrado. Desembarcó como diplomático acreditado, preguntándose cómo lo recibirían los líderes bolcheviques tras la misión. Estaba convencido de que los dos funcionarios habrían redactado un informe negativo sobre su actuación, aunque no le importaba demasiado.

Dos días más tarde, al presentar el pasaporte en la frontera de Suecia con Finlandia, su sorpresa fue mayúscula cuando le denegaron la entrada en el país. Según el tratado de Brest-Litovsk, Finlandia acababa de obtener la independencia de Rusia, aunque de momento seguían controlando la frontera soldados y funcionarios rusos. A pesar de la nueva situación de Finlandia como Estado independiente, no le permitieron cruzar la frontera y tuvo que volver a Estocolmo. Alegaron que con independencia del pasaporte diplomático, su nombre figuraba en una lista de personas que tenían prohibido acceder a Rusia. Pensó que tras la prohibición no podía encontrarse otro que Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, Stalin.

A través de los servicios de información de la embajada de los Estados Unidos en Estocolmo, supo que el gobierno ruso lo había declarado persona non grata, y prohibido por tanto su entrada en territorio ruso. Nadie le dio explicación alguna sobre ello, aunque supuso que habrían denunciado su papel en la fuga de Kérensky. No cabía otra posibilidad. A pesar de sus esfuerzos, no pudo ponerse en contacto con Irina, ni con Fiódor. Intentó llamar al número de Karl para hablar con él o con Ludmilla, pero tampoco lo consiguió. Llamó finalmente a Anna Ajmátova y esta le contestó que no sabía nada. Entonces le pidió que intentara localizar a alguno de ellos y le dio su número en Estocolmo. Dos días después lo llamó ella y le dijo que no había nadie en el piso de Karl. Eso era un sinsentido. Intentó hablar con Trotsky pero tampoco consiguió que le devolviera la llamada.

No podía entender lo que estaba pasando, aunque se sentía culpable. Haber ayudado a Kérensky lo había colocado en una lista negra. Si hubiera seguido en Rusia, probablemente lo habrían hecho desaparecer sin más. Su viaje a los Estados Unidos lo había librado de ser detenido, pero no así a Irina ni a sus amigos más cercanos. La guerra civil en Rusia complicaba las cosas.

El país era un caos, con una administración colapsada, salvo la policía política de los bolcheviques, y por tanto la gente intentaba huir de las zonas más conflictivas, desapareciendo en muchas ocasiones sin dejar rastro.

Tres meses más tarde, viendo que sus gestiones para entrar no daban ningún resultado, decidió volver a Estados Unidos. Una vez allí siguió haciendo gestiones a través de terceros. Finalmente, en una recepción en la Secretaría de Estado a la que lo invitaron por su gran conocimiento de Rusia, un diplomático francés le dijo que creía saber que Karl von Lissberg había sido expulsado de Rusia a principios de 1918 y entregado a Alemania. No pudo sacarle nada más. De los demás nombres no había ni rastro.

A finales de julio, el mundo se sobrecogió con la inesperada y terrible noticia del asesinato del zar Nicolás y toda su familia por los bolcheviques en Ekaterinburg. Se negó a pensar que Lenin o Trotsky tuvieran nada que ver en ello. Era imposible que hubieran dado su consentimiento a algo tan espantoso, pero nadie podía ampliar la información sobre lo sucedido. Lo único que parecía cierto era que ninguno de los miembros de la familia imperial había sobrevivido a la atroz matanza. No podía recordar a la pequeña Anastasia o al zarévich Alexis sin sentir un escalofrío.

A pesar de todo, Wall Street seguía financiando a los bolcheviques. William Boyce Thompson era de los pocos en entrar y salir de Rusia sin problemas. En septiembre de 1919, lo citó una mañana en el Waldorf Astoria para comer y, al finalizar la comida, le entregó un sobre. Cuando Paul lo abrió vio con sorpresa que contenía un cheque a su nombre por ciento veinticinco mil dólares. Era el primer pago de la comisión que le habían asignado los banqueros del trust de Wall Street, tras la liquidación de las primeras remesas del conjunto de negocios con los bolcheviques. Aunque le explicó a Thompson que él no había pactado nada, el financiero le dijo que aquello era la norma, y que sería absurdo que no aceptara aquella cantidad que, añadió sonriendo, no sería la última mientras siguieran haciendo grandes negocios con la Rusia bolchevique.

A medida que el tiempo pasaba, Paul intentaba regresar allí una y otra vez sin conseguirlo. Probó cruzar por otras fronteras sin éxito. En 1922, después de que Stalin llegara al poder al ser nombrado secretario general del partido bolchevique, decidió realizar un último intento de volver a Petrogrado. Le remordía la conciencia. Intuía que Irina y Fiódor se encontraban presos, aunque también podían haber sido asesinados. No podía abandonarlos a su

suerte y, aunque movió cielo y tierra, no consiguió tener ninguna noticia de ellos. De nuevo fue rechazado en la frontera entre Finlandia y Rusia. La guerra civil tampoco colaboraba en la situación y finalmente se dio por vencido; jamás podría volver a entrar en aquel país.

Se sabía responsable y, meditando sobre todo lo sucedido, acabó por pensar que al ayudar a Kérensky se había equivocado como nunca en su vida. Aquello había destrozado su vida y significado una terrible catástrofe para Irina. El paso del tiempo fue suavizando las aristas, aunque pensaba que nunca podría olvidar los maravillosos momentos vividos allí, ni superar la gran tristeza que le había quedado. Sentía como si su vida allí hubiera pertenecido a otro y él solo pudiera contemplar finalmente las frías cenizas de la hoguera.

QUINTA PARTE

EL FINAL DE UN SUEÑO

XXVII
Un reencuentro inesperado

En junio de 1925 viajó a Paris acompañado de Amalia Teliéguina, con la que pensaba volver a casarse un par de meses más tarde, tras varios años de vivir juntos. Aleksandr Kérensky vivía en aquella ciudad y quería aprovechar el viaje para visitarlo. Aquel hombre, por lo que sabía, seguía obsesionado, empeñado en lo suyo, intentando buscar apoyos para conseguir lo que ya era imposible: volver a Rusia y recuperar el poder. Pero todos los que le rodeaban sabían que la guerra civil había terminado con la absoluta derrota de los rusos blancos. Consiguió en la embajada rusa en el exilio su teléfono y lo llamó para decirle que se encontraba en París y que le gustaría verle. Kérensky le contestó entusiasmado que le encantaría saludarlo. Cuando le dijo que estaba con Amalia Teliéguina, respondió que la recordaba con placer y que sería muy bienvenida. Los esperaba aquella misma tarde. Siguió su intuición y pidió a Kérensky que no comentara nada acerca de su intervención cuando lo ayudó a escapar de Petrogrado. Le explicó que nunca había querido hablarle a ella de aquel asunto y que prefería que no lo supiera. Al otro lado de la línea, oyó carraspear a Kérensky que solo dijo: «De acuerdo. Pero es una lástima que ella no sepa lo que sucedió, y lo valiente y leal que fue usted en aquel momento».

Kérensky vivía en aquellos tiempos en la Avenida de Iena, en un lujoso edificio sobre los jardines del Palacio de Chaillot. Cuando llegaron, el portero, que ya estaba avisado, se acercó solícito a la acera para abrirles la puerta del taxi. Subieron al ático en un silencioso ascensor. Cuando se detuvo, el propio Kérensky les abrió la puerta, emitiendo un ahogado grito de alegría al verlos. Los besó en ambas mejillas y a él lo abrazó repetidamente. Les habló en ruso. Luego los condujo a su salón-estudio, una amplia estancia llena de cuadros, objetos, libros y mesas cubiertas de papeles. Estaba escribiendo sus memorias sobre la época de la revolución. Paul le dijo que él estaba haciendo algo parecido y quedaron en intercambiar información.

Tomaron asiento en un tresillo frente al ventanal que dominaba la impresionante vista de la cercana Torre Eiffel al otro lado del Sena. Kérensky, todavía relativamente joven y muy apuesto, lucía una sonrisa algo cínica y

una mueca de indiferencia, pero estaba ansioso por atender bien a sus invitados.

Mientras un joven mayordomo ruso les servía el café, poco a poco comenzaron a recordar los viejos tiempos. Kérensky les dijo que seguía confiando en que los dispersos restos del ejército blanco pudieran reorganizarse y darle la vuelta a la difícil situación, aunque su manera de explicarlo denotaba su falta de convicción. Paul le contó la prohibición que pesaba sobre él de entrar en Rusia, y que sus amigos en Petrogrado, ya convertida en Leningrado, habían desaparecido sin dejar rastro. Entonces Kérensky le pidió que, aunque creía recordarlos a todos ellos, le diera los nombres. Él volvió a recitarlos, comenzando por Irina Pávlova, ante lo que Kérensky exclamó: «¡Ah, sí! Aquella hermosa muchacha bolchevique. ¡Recuerdo haberla visto alguna vez con usted!». Paul asintió. Su madre Ludmilla Valenskovna, Fiódor Yegórovich, el periodista del *Diario de San Petersburgo*, que luego se hizo miembro del partido bolchevique y trabajó en el *Pravda*. Kérensky también lo recordaba bien. Por último, Karl von Lissberg. «¡Sí, aquel magnifico fotógrafo alemán del que usted era tan amigo y que comió alguna vez con nosotros! ¿No sabe nada de él?». Negó con la cabeza. Kérensky tomaba nota cuidadosamente mientras le hacía una serie de preguntas sobre la edad de cada uno, los amigos que podían conocerlos y demás.

Kérensky explicó que la policía política, la Cheka, dirigida por Féliks Dzerzhinski, era implacable y que le resultaba muy difícil averiguar información. No se podía confiar en nadie, salvo excepciones que había que conocer, sin poner en peligro a los posibles contactos. Paul le dijo que le agradecería mucho que se lo comunicase si llegaba a enterarse de algo.

Kérensky les contó entonces lo que sabía acerca de lo sucedido en Ekaterinburg aquella trágica noche. Había recibido una carta de Gleb Botkin, el hijo de Yevgueni Sergueyevich Botkin, el médico del zar que también había sido asesinado en Ekaterinburg, asegurando que poseía información directa a través de las conversaciones mantenidas con uno de los autores del crimen, Piotr Ermakov, hombre de confianza de Goloshchokin hasta aquel momento.

Ermakov le contó cómo había sido planeada la eliminación de la familia real y aseguró poseer información fidedigna sobre el asunto. Según él, la idea de liquidar a la familia Romanov partió de Yákov Mijáilovich Sverdlov, el

presidente del Comité Central Ejecutivo de toda Rusia, pues mientras siguieran vivos, los Romanov significarían una amenaza permanente para la propia revolución, lo que alentaba al ejército de los rusos blancos, que en aquellos días eran una seria oposición. Sverdlov advirtió a Lenin y Trotsky de que estaban jugando con el porvenir de la propia revolución mientras el zar o alguno de sus descendientes directos pudieran volver a tomar el poder. Pero ni Lenin ni Trotsky parecían muy convencidos y mostraron sus grandes reservas por la repercusión internacional que una acción tan dura para la opinión pública podría desencadenar sobre la revolución. Quedaron en que previamente debía discutirse en el comité ejecutivo, para consensuarlo antes de tomar una determinación definitiva. Sverdlov salió decepcionado de la reunión y en un aparte lo comentó con Stalin, que desde el primer momento le mostró su total conformidad. No podrían garantizar el triunfo de la revolución hasta que aquella amenaza muy real hubiera desaparecido, y más conociendo que el ejército de los blancos, concretamente la legión checoslovaca, se hallaba ya muy cerca de Ekaterinburg. Sverdlov debió pensar que si no actuaba de inmediato no volvería a disponer de una oportunidad semejante, por lo que telegrafío al presidente del soviet de los Urales, Filipp Isáyevich Goloshchokin, con el que mantenía una estrecha relación de confianza, ordenándole que acabara con la vida de todos los miembros de la familia real sin más dilación, incluyendo a su médico personal y a los servidores que seguían con ellos, para evitar incómodos testigos. No debía hacer ninguna consulta más sino actuar de inmediato bajo su responsabilidad. Goloshchokin delegó en el comisario de la Cheka en Ekaterinburg, Yákov Yurovski, para llevar a cabo la ejecución sumaria de la familia real.

Para Sverdlov era la manera más pragmática de librarse de la espada de Damocles que pendía sobre la viabilidad final de la revolución, y siempre negó que aquello tuviera nada que ver con el que intenso odio que siempre había sentido hacia los zares. Según Piotr Ermakov, la ejecución tuvo lugar la madrugada del 17 de julio de 1918, en la casa Ipátiev de Ekaterinburg. Los pormenores del relato eran horripilantes. Cuando todos se habían retirado a sus habitaciones, fueron despertados por Yákov Yurovski[201]. El escuadrón estaba compuesto por doce hombres, siete de los cuales eran excombatientes húngaros, y a cada uno de ellos se le dijo con antelación sobre quién debía disparar. Dos de ellos se negaron a ejecutar a las mujeres y uno de ellos fue reemplazado por Ermakov. Los miembros del pelotón, además del propio Piotr Ermakov, eran Grigori Nikulin, Emile Fekete, Anselm Fischer, Piotr Medveyed, S. Vaganov, Andreas Vergasi, Laszlo Horvath, Imre Nagy e Isidor

Edelstein. Yurovski los aleccionó previamente, advirtiéndoles que debían acabar con todos los miembros de la familia y sus servidores. Les dijo que se tendría en consideración su actuación como un importante hito en su hoja de servicios. La causa de la revolución se hallaba en juego.

Ermakov le explicó pormenorizadamente cómo sucedió. Al zar y a su esposa se les dijo que necesitaban una fotografía de todos ellos como una prueba de vida, y con dicha excusa los condujeron al sótano, donde pensaban que las detonaciones quedarían algo amortiguadas. Los colocaron como para tomar una foto de conjunto. Pero ni víctimas ni verdugos eran capaces de ocultar sus nervios. La más pequeña, Anastasia, o Nastia como la llamaba su padre, no hacía más que ir de un lado a otro, intentando salir, hasta que su madre tuvo que decirle que se estuviera quieta de una vez. En cuanto a las grandes duquesas, Olga, Tatiana y María, sollozaban sin disimular su estado de ánimo, al igual que las doncellas. El zar y su esposa, confusos, permanecían ajenos a todo lo que estaba sucediendo. El médico, Yevgueni Sergueyevich Botkin, era el único que parecía comprender lo que preparaban y quiso dialogar con Yurovski, pero este le ordenó que se callara.

Cuando todos estuvieron colocados, Yurovski gritó al zar que el pueblo proletario de Rusia los condenaba a morir. Sin más, sacó su revólver y le disparó en el pecho a quemarropa, sin darle tiempo a responder. Las mujeres gritaban, horrorizadas, y los miembros del escuadrón comenzaron a disparar sus fusiles, convirtiendo aquella pequeña estancia en un infierno. Los destellos de los disparos iluminaban la escena, la sangre salpicaba las paredes, el humo de las armas lo llenaba todo entre los gritos de pavor y la enorme confusión. El zarévich intentaba abrazarse a su madre, las princesas cayeron hacia atrás pero era evidente que seguían vivas. Algo rechazaba las balas en sus cuerpos. Yurovski se adelantó cogiendo el fusil de Emile Fekete, se colocó sobre Tatiana y le clavó la bayoneta en el cuello. De inmediato repitió lo mismo con María, que estaba herida y musitaba algo. La pequeña Anastasia había resultado milagrosamente ilesa y lo observaba con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que aquello estuviera sucediendo. Entonces Grigori Nikulin se abalanzó sobre ella y le propinó sin compasión varios culatazos, destrozándole la cabeza, mientras otros remataban a los demás. Yurovski dio el tiro de gracia al zar, después a la zarina, que aún tenía convulsiones, y al doctor Botkin.

Uno de los hombres vomitó volviéndose contra la pared. Otros comenzaron a cortar con sus cuchillos las ropas de las princesas y de la zarina, convencidos de que ocultaban joyas entre sus ropas. Al encontrar los

primeros diamantes en el corsé de Tatiana, desgarraron la ensangrentada ropa interior de las demás. Yurovski les advirtió a gritos que todo aquello era propiedad del pueblo, y que los haría fusilar si se guardaban algo para ellos. Increíblemente, una de las doncellas intentó incorporarse y Yurovski le disparó en el rostro. La mujer se desplomó como un saco. Algo se rebullía bajo las faldas de la zarina. Era el perrillo, gimiendo, y Andreas Vergasi lo aplastó con la culata de su fusil. El animal exhaló un ahogado aullido antes de morir. En la habitación era casi imposible respirar entre la humareda acre de la pólvora y el hedor a sangre y a excrementos de los cadáveres, a causa de la perforación de los intestinos en algunos de los cuerpos. La sangre viscosa que cubría el suelo hizo resbalar a Anselm Fischer, que cayó sobre el zar manchándose el rostro y las manos de sangre entre las risotadas nerviosas de sus camaradas.

Según Piotr Ermakov, nada lo había impresionado tanto en su vida como aquella matanza. Contaba que desde entonces no era capaz de dormir sin que se le aparecieran los rostros de los asesinados. Luego discutieron qué hacer con los cuerpos. Debían hacerlos desaparecer cuanto antes. Tres de ellos desnudaron totalmente a las princesas murmurando obscenidades, aunque Ermakov los disculpaba convencido de que eran los nervios, para coger hasta el último diamante o esmeralda. Entre los corsés encontraron muchas piedras y joyas de gran valor cosidas a la tela. Aquello era lo que había hecho rebotar las balas. Después los cargaron en los camiones envueltos en mantas y los llevaron a la fosa preparada desde el día anterior, los arrojaron dentro sin miramientos y echaron sobre ellos unas paladas de cal viva. Luego los cubrieron de tierra y la apisonaron con los pies. Yurovski no estaba satisfecho y al día siguiente volvieron al lugar, ordenó que volvieran a sacarlos y los llevaron al bosque cercano, donde se abrió otra fosa. Dijo que aquel lugar debía quedar igual que antes para evitar que los encontraran. Piotr Ermakov terminó su narración mencionando que todo aquel asunto había sido una barbaridad y una tremenda chapuza. Se arrepentiría siempre de haber participado en ella.

Kérensky aseguraba que aquello no era sino el principio de lo que estaba por llegar, que demostraba la catadura moral de los bolcheviques. Su opinión personal era que a Rusia le aguardaban años muy duros. A la nobleza y a la burguesía las perseguirían hasta la aniquilación física, como ya se había demostrado a lo largo de la guerra civil. En cuanto al pueblo llano, le aguardaba el terror y el hambre.

—¡Y qué no crean los funcionarios de los soviets y los propios bolcheviques que ellos se encuentran a salvo! ¡Todos se acordarán alguna vez de que un día les ofrecimos algo bien distinto y de que no supieron entonces elegir!

Como prueba de su aserto, les mostró la portada del diario *Biednata* de dos días más tarde de ocurrido todo aquello. *Por voluntad del pueblo revolucionario, ha fallecido felizmente en Ekaterinburg el sangriento zar. ¡Viva el terror rojo!*

Se despidieron después de que Kérensky le asegurara que haría lo imposible para dar con sus amigos. Seguía manteniendo buenos contactos dentro de la propia policía política soviética, la NKVD, algunos de cuyos miembros habían pertenecido a la Ojrana y después al cuerpo que organizó el gobierno provisional que él presidió al final. Quedaron en permanecer en contacto y al final, cuando ya estaban a punto de entrar en el ascensor para marcharse, Kérensky les dijo que acababa de adquirir un apartamento en Manhattan. «¡No le quepa duda de que algún día nos encontraremos allí, querido amigo!», dijo a modo de despedida.

De vuelta en Nueva York, Paul volvió a su vida normal. Asistía al consejo de redacción del Herald, impartía alguna que otra conferencia sobre arte, y sobre todo escribía su segundo libro sobre Rusia. No había vuelto a hablar con Trotsky tras resultarle imposible entrar en la Unión Soviética. Estaba convencido de que si pudiera entrevistarse con aquel líder al que creía conocer, le permitiría regresar a Rusia, aunque las últimas noticias eran que Stalin había conseguido apartarlo de la dirección del partido.

En octubre de 1925 recibió una larga carta de Kérensky. Mientras la leía no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Le explicaba que, tras realizar una indagación entre sus contactos, lo que había averiguado confirmaba sus temores. La acompañaba un informe realizado en un papel amarillento, sellado y rubricado con una firma ilegible.

> *En cuanto a la ciudadana Irina Pávlova, miembro destacado del partido bolchevique en Petrogrado, fue detenida en enero de 1918 acusada de colaboración con la Ojrana y de realizar una labor contrarrevolucionaria, además de espionaje desde su trabajo en* Pravda *en contra de los intereses de la revolución. Por ello fue conducida a la Lubianka, juzgada por un tribunal especial en Moscú y condenada a cadena perpetua en una cárcel de Tobolsk. En marzo*

de 1923, la sentencia fue revisada al haber aparecido nuevas pruebas contra ella. Cuatro meses más tarde fue condenada a morir fusilada, sentencia que debió cumplirse de inmediato en la misma prisión de Tobolsk. Con respecto a Ludmilla Valenskovna, simplemente desapareció a principios de 1918 y no volvió a saberse de ella. El comentario entre los vecinos era que «se la había tragado al tierra». Se cree que murió asesinada sin que su cuerpo apareciese. De su compañero Karl von Lissberg, que había cambiado recientemente su apellido por el de Lissbergov, se sabe que fue detenido, acusado de espionaje a favor de Alemania, y condenado a muerte. Sin embargo, no llegó a aplicarse la pena ya que poco después fue canjeado por dos ciudadanos rusos pertenecientes al partido bolchevique, detenidos por la policía alemana en Berlín y Hamburgo respectivamente, acusados de espiar a favor de Rusia, por lo que fue entregado al ejército alemán en la frontera con Riga.

Con respecto al ciudadano Fiódor Yegórovich, de profesión periodista, fue detenido el mismo día que Irina Pávlova, con la que había mantenido relaciones. Fue acusado de espionaje a favor de potencias extranjeras, y de colaboración en actividades contrarrevolucionarias en tiempo de guerra, por ello juzgado por un tribunal popular en Petrogrado y condenado a muerte. Su pena fue conmutada por veinte años de trabajos forzados en Siberia. Se desconoce su actual situación.

Paul creía que aquellas detenciones no eran más que la excusa política por su actuación en la fuga de Kérensky. No era capaz de contener sus lágrimas. Sentía pena, rabia y frustración. Ignoraba cómo se había llegado a saber su relación con aquello, pero no podía ser otra cosa. Precisamente cuando él se encontraba en Nueva York, a las pocas semanas de haber ayudado a Kérensky a escapar con ayuda de la embajada de los Estados Unidos.

Posteriormente tuvo noticias de que Anna Ajmátova había contraído matrimonio con un sabio asiriólogo, Vladimir Shileiko, del que se divorció en 1922 para volver a contraer matrimonio con Nikolai Punin, un famoso historiador de arte. Paul apreciaba el recuerdo de Anna como algo precioso. En una última carta, de las varias que le había ido enviando y que nunca tenían respuesta, le preguntaba a qué se podía deber la postura tan radical del Estado ruso con los Estados Unidos, aun sabiendo que sería muy probable que la censura borrase aquellas líneas.

XXVIII
La carta

En marzo de 1937, Paul Alexander celebraba su cincuenta y cuatro cumpleaños.

Su época en Rusia ya solo era un agridulce recuerdo que el paso de los días se encargaba de ir diluyendo. Su interés por la cultura rusa lo llevó a profundizar en ella hasta el punto de que la Universidad de Nueva York le nombró *Doctor Honoris Causa* y le ofreció un puesto como profesor honorario de Historia Moderna de Rusia. También se convirtió en uno de los mayores expertos en la Vanguardia Rusa, no en vano había conocido personalmente a muchos de los artistas y escritores que la formaron. Seguía manteniendo relación con algunos y aprovechaba sus viajes a Europa para encontrarse con ellos.

No podía recordarlo sin sentir una profunda amargura, que iba cubriendo como un sudario la larga época de amistad, amor y felicidad que allí disfrutó. Rusia le había tatuado el alma, y en ocasiones tenía sueños tan vívidos que se despertaba en plena noche convencido de que seguía allí, y de que los golpes que escuchaba en la puerta eran los que Irina Pávlova estaba dando para que le permitiera entrar de nuevo en su vida. Era una sensación mezcla de impotencia y terror. Tenía que hacer un enorme esfuerzo para sobreponerse y continuar con su vida cotidiana. Era consciente de la enorme suerte de haber encontrado a alguien como Amalia Teliéguina, que lo cuidaba, lo comprendía y compartía con él muchas cosas, sobre todas ellas un gran amor por Rusia. Ambos sabían que tras la impenetrable URSS seguía existiendo una Rusia repleta de nostalgia, de belleza y de gentes extraordinarias que los habían hecho a ambos como eran.

En aquellos momentos tenía entre manos un trabajo fascinante como comisario de la futura exposición: *La vanguardia rusa y su influencia en el arte moderno*, que se celebraría a finales de ese año en el Museo Metropolitano de Nueva York. Se había transformado en un profesor de mediana edad que siempre comenzaba sus conferencias diciendo que había vivido en Rusia desde 1910 hasta 1918, que seguía sintiendo un gran interés por todo lo que estuviera vinculado a aquel enigmático país, y que aquellos años fueron los más apasionantes de su vida, aunque se reservaba el triste y

trágico epílogo que tuvo aquella época para él. Recordaba constantemente aquel viejo San Petersburgo, que durante unos trágicos años fue llamado Petrogrado para después de la revolución y la muerte del líder intelectual convertirse en Leningrado, como homenaje póstumo. Paul sabía que Stalin seguía empleando la figura de Vladimir Ilich Ulianov como pantalla para ocultar la realidad de lo sucedido, y cómo aquel hombre se hizo con el poder en contra del criterio de un Lenin que comprendió demasiado tarde la verdadera personalidad de Stalin, que quería quedarse con toda su herencia. Paul quería creer que Leningrado volvería algún día a ser el San Petersburgo de siempre.

La exposición sobre la Vanguardia Rusa, programada para noviembre de 1937, tenía para él una importancia de primer orden y pretendía convertirla en uno de los mayores y más exitosos eventos de la historia del Metropolitano desde su fundación. Sentía una gran frustración por no poder viajar a Leningrado y a Moscú para hacer acopio de testimonios, fotografías, objetos, esculturas y, por supuesto, cuadros y dibujos, así como todo lo que pudiera enriquecer la exposición, además de convencer a los responsables estatales soviéticos de la oportunidad de reunir el arte de vanguardia ruso en una magna exposición en la que deberían estar personalmente algunos de los artistas y los mayores expertos mundiales. Sus cartas, telegramas e intentos de conectar telefónicamente quedaban en vanos esfuerzos, incapaces de traspasar aquella muralla invisible que aislaba al universo soviético del resto del mundo.

A mediados de agosto se desvanecieron sus últimas esperanzas tras recibir una carta de Vladimir Yevgráfovich Tatlin, el célebre pintor, escultor y arquitecto ruso, manifestándole que sentía comunicarle en nombre de la Unión de Repúblicas Soviéticas Rusas, que ningún artista soviético asistiría oficialmente a la exposición programada. El estado soviético no deseaba participar en aquella exposición. Stalin no se sentía representado por la vanguardia rusa, y su brazo llegaba muy lejos. Comprendió entonces que sin aquellas aportaciones la exposición como él la entendía se convertiría en otra cosa, y, de acuerdo con los directivos del Metropolitan, tomó la difícil decisión de cancelarla. Para él supuso una tremenda decepción ya que esperaba mostrar al mundo todo lo que aquellos jóvenes hicieron entonces por cambiar las cosas.

A pesar de ello, escribió una serie de cartas, aun sabiendo que todas las que tuvieran como destino la Unión Soviética serían censuradas. Redactó con especial cariño la dirigida a Anna Andréyevna Ajmátova, con la que había

mantenido una relación de profunda amistad en aquellos años. Tenía información de que el primer marido de Anna, Nikolai Gumiliov, con el que había tenido un hijo, había sido detenido por la Cheka en Petrogrado, en lo que se denominó «La conspiración de Tagansev»[202], y posteriormente fusilado. Recordaba a Gumiliov, fundador del movimiento acmeísta, como un hombre audaz y decidido, fascinado por el continente africano. Su enfrentamiento intelectual con los bolcheviques le había costado la vida.

A finales de noviembre de 1937 recibió contestación a su última carta a Anna Ajmátova. La carta iba dentro de otra sin remite y había sido sellada en Estocolmo, alguien la había llevado hasta allí para poder enviarla sin tener que pasar por la férrea censura estalinista.

Anna Ajmátova comenzaba mencionando no haber recibido ninguna carta de él, salvo la última. Habían puesto en libertad vigilada a Fiódor Yegórovich. Cuando se enteró de que alguien lo había visto subir a un tranvía en Leningrado, indagó hasta encontrar su paradero al cabo de varios meses. Cuando Paul siguió leyendo aquellas líneas, el corazón golpeó su pecho como la coz de un caballo. Le explicaba que lo había visitado en junio en un pequeño apartamento del barrio de Viborg, en Leningrado, aunque en un principio Fiódor le dijo que no debía ir más a su piso ya que estaba siendo vigilado por la policía política bolchevique, y que podía ser muy peligroso para ella, pues se encontraba en una situación de libertad restringida, con absoluta prohibición de publicar nada ni de mencionar de donde procedía. Le explicó que tenía la obligación de presentarse cada semana en la central de la NKVD[203], en la calle Fontanka, en los antiguos cuarteles generales de la Ojrana. Anna añadía que solo pudo permanecer unos minutos con él. Mencionaba que lo encontró extremadamente delgado, muy envejecido y amargado, pero que seguía vivo, lo que era casi un milagro después de todo lo que había pasado, y que se marchó de allí con el corazón encogido. Desde aquel momento le hizo llegar alguna ayuda a través de una antigua doncella que había servido muchos años en su casa y que vivía muy cerca de Fiódor, como ropa usada de su exmarido, algo de dinero y un saco de lona con algunos alimentos.

Anna Ajmátova le contaba que dos semanas más tarde Fiódor le hizo llegar un mensaje verbal a través de la misma mujer. Le proponía que se encontraran aquella misma tarde a las seis y media, una vez que hubiera oscurecido, al acabar la ceremonia religiosa de la tarde, en la puerta posterior

de la Iglesia de la Trinidad, al final de la Úlitsa Zagorodny. A la hora prevista se acercó hasta allí y vio a Fiódor entre la gente que salía en aquel momento de la iglesia. Al cruzarse con ella le entregó un papel doblado y siguió caminando entre la multitud. Fiódor le contaba que Irina Pávlova seguía viva, ya que finalmente no fue fusilada sino enviada a un campo de prisioneros en Siberia. En Petrogrado todos sus amigos estaban convencidos de que Irina había sido ejecutada. Fiódor aseguraba que Irina Pávlova había sobrevivido al gulag durante su largo internamiento en un campo de Kolyma. Él también había sido trasladado al mismo campo durante los últimos ocho años, y un día coincidió con Irina Pávlova en la enfermería. Luego pudo verla de tarde en tarde ya que, por esas casualidades de la vida, un médico de Moscú, el doctor Serguéi Bukovski, también prisionero pero que ejercía como médico del campo, aceptó ayudarles. Añadía que desde que Bukovski fue liberado, hacía ya cerca de un año, no tuvo oportunidad de volver a verla. Confesaba que, conociendo el estado de salud de Irina la última vez que la vio, la había dado por muerta. Pero el doctor Bukovski le había dado otras noticias en la carta que llegó a la dirección de su madre. Fiódor recordaba que una vez se la había dado a Bukovski para que pudiera comunicárselo si moría en el campo pero, apenas una semana antes de que él pudiera llegar a Leningrado tras ser liberado, su madre falleció, lo que se le antojaba una cruel jugada del destino ya que la carta llevaba fecha de dos meses antes. La había recogido una vecina que se encargaba de liquidar todo lo de su madre, y que se quedó enormemente sorprendida de volver a verlo cuando un día él decidió acercarse para llevarse lo poco que quedaba de su madre a su piso de Viborg.

Contaba que Bukovski le explicaba en la carta que, tras haber sido liberado, lo obligaron a permanecer confinado en Jabárovsk, una ciudad situada al norte de Vladivostok, en la Siberia oriental, con la absoluta prohibición de abandonar el lugar, por lo que seguía allí, y que otro de los médicos del campo de Kolyma con el que siempre mantuvo muy buena relación, Andrei Ménshikov, también prisionero político, le escribió explicándole que desde hacía poco tiempo Irina Pávlova se encontraba muy enferma y que, aunque no era lo usual con los prisioneros, la habían trasladado a la enfermería, donde se encontraba en muy malas condiciones. Fue a través de Ménshikov cuando supo que a Fiódor Yegórovich lo habían puesto en libertad y que había vuelto a Leningrado, y que por ese motivo le escribía allí. Bukovski añadía que iba a intentar por todos los medios trasladar a Irina al hospital de Jabárovsk, pero que no sabía si podría conseguirlo. Terminaba confiando en la providencia para que le llegase la carta, ya que no

tenía otra manera de ponerse en contacto con él, y con la duda de saber si seguiría vivo para entonces.

Anna Ajmátova añadía en su carta que alguien perteneciente a la NKVD fue a visitarla para advertirla seriamente de que no debía volver a ponerse en contacto con Fiódor Yegórovich si no deseaba tener problemas. Anna mencionaba que tenía la esperanza de que le llegara la carta a través de un amigo sueco al que, aceptando ambos los riesgos que dicha acción implicaba, se la entregó en mano en Leningrado, y que su amigo le prometió enviarla desde Suecia a Paul Alexander. Allí acababa la información que podía darle.

Cuando acabó de leer la carta, Paul tuvo que sentarse a causa de la emoción. Sintió de repente una profunda opresión en el pecho, y no pudo evitar cubrirse el rostro con las manos para llorar desconsoladamente. Lo que Anna Ajmátova le contaba en aquella carta parecía llegarle desde un remoto pasado. Guardaba la carta y el informe que le envió el propio Kérensky, y de tanto en tanto la releía, como si no pudiera convencerse de lo que decía. No creyó entonces que aquel hombre le hubiera mentido cuando le contó que Irina Pávlova había sido ejecutada. Probablemente alguien le proporcionó información inexacta. Era cierto que en aquellos momentos críticos de la revolución, en el mismo comienzo de la guerra civil, las penas por traición o la simple sospecha de haber colaborado en algo que no estuviera de acuerdo con la revolución eran juzgadas severísimamente, y que existía un gran descontrol entre unos organismos y otros.

Desde hacía tiempo, su opinión personal acerca de los dirigentes bolcheviques era muy diferente a lo que entonces, durante aquellos años de la revolución, sintió por unos y otros. Pensaba que no fue más que un espejismo, aunque estaba convencido de que el principal instigador de la tragedia no había sido otro que Stalin, y recordaba que desde hacía tiempo los había señalado a ambos. A Irina la tuvo controlada desde la denuncia de su colaboración con la Ojrana. En cuanto a Fiódor Yegórovich, Stalin, como director del *Pravda*, nunca había aceptado su independencia de criterio. Conocía la íntima relación de aquellas dos personas con el corresponsal americano que tan bien se llevaba con Lenin y Trotsky, y debió aprovechar el momento en que alguien denunció la colaboración de aquel hombre en la fuga de Kérensky para llevar a cabo su venganza. A pesar de todo, quería seguir creyendo que ni Lenin ni el mismo Trotsky habían sido informados en su día del proceso a Fiódor Yegórovich y a Irina Pávlova. En tiempos de la revolución y de la guerra civil, Rusia era un país incontrolable, lleno de problemas cotidianos, y solo gobernar impedía estar pendiente de nada más.

No podría permanecer impávido ante aquella inesperada noticia, proseguir su vida, olvidarlos como si nada tuvieran que ver con él, o como si solo el atroz destino los hubiera conducido a la situación en la que se encontraban. En el fondo de su corazón tenía la certeza de que nadie más que él era el verdadero responsable, al haber actuado sin medir el alcance de lo que estaba haciendo cuando decidió ayudar a Kérensky. Él, y solo él, desencadenó la tragedia, arrastrando a la mujer que amaba y a unos amigos a quienes consideraba lo más importante de su vida, a una terrible situación que aún perduraba y de la que ya jamás podrían escapar. Mientras, él vivía como un príncipe en Manhattan, ajeno a todo, después de convertirse en un héroe para mucha gente que leyó su primer libro, *Corresponsal en Rusia*, consiguiendo así el éxito y la fama. Nadie podía saber lo que había dejado atrás para lograrlo, aunque en el texto no hizo mención alguna a la fuga de Kérensky, temeroso de que todavía pudiera perjudicar a algún inocente.

Por primera vez en su vida se sentía confuso. Sentía un gran cariño por su esposa Amalia, que jamás le había fallado. Él nunca necesitó de su dinero, y nunca aceptó tomar la menor responsabilidad en los grandes negocios de su grupo de empresas. El matrimonio se llevó a cabo bajo la cláusula de separación de bienes, ya que no deseaba entrar en el juego, y no se arrepentía de su decisión. Amalia seguía siendo una gran belleza, serenada por el tiempo, una mujer llena de sabiduría que amaba el arte y lo entendía mejor que muchos que se las daban de expertos. Su colección de arte moderno estaba entre las primeras del país, y se sentía orgullosa de ello.

Amalia lo amaba y respetaba precisamente por ser un hombre íntegro. Durante aquellos años, desde que volvió de Rusia con la prohibición de regresar, ella había sido un alivio para su corazón herido. Creía que sin ella no hubiera sido capaz de resistirlo. Pero ni siquiera a ella le habló de su terrible resquemor, que más tarde confirmó la carta y el informe que Kérensky le envió desde París. Entonces fue cuando tuvo conciencia de su directa responsabilidad en la tragedia.

Doce años después de aquella carta de Kérensky, le llegaba otra de Anna Ajmátova, esperanzadora y desconcertante, y al terminar de leerla supo que de nuevo todo iba a cambiar para él. Tomó la decisión de contarle la verdad, y le entregó a su mujer la carta. Cuando comenzó a leerla, vio cómo ella se sorprendía sin poder evitar que unas lágrimas brotaran de sus ojos. Entonces le contó algo que siempre se había reservado. Lo que ocurrió la noche en que ayudó a escapar a Kérensky de Petrogrado. Le explicó con voz entrecortada

por la emoción que lo hizo porque aquel hombre era su amigo, al que veía con frecuencia, y por la confianza que Kérensky había depositado en él.

Sobrecogido por la emoción y la nostalgia, le contó que en aquellos momentos no supo medir el alcance de lo que estaba haciendo. Le confesó que solo después recapacitó y pensó que si aquello llegaba a saberse, probablemente las represalias por parte de los bolcheviques serían terribles, ya que el presidente del gobierno provisional representaba para muchos rusos la esperanza de poder volver a la situación anterior al golpe de estado de Lenin. Recordó la caída del Imperio, la detención del zar y su familia, el final del régimen monárquico, la guerra contra las potencias centrales, cómo todo ello condujo a una situación irreversible. Al menos la intención del resto de partido, excepto la de los bolcheviques, era que la voluntad del pueblo se expresara mediante una asamblea constituyente que Lenin impidió por la fuerza. Tuviese o no razón, Kérensky representaba en aquellos momentos la legalidad y los bolcheviques la fuerza, y por ello su huida dio alas a los que decidieron hacerle frente, y fue un factor importante que prolongó la guerra civil. Contó a Amalia la complicidad de la embajada de los Estados Unidos para ayudarle a escapar. Pero después alguien había hablado y, mientras él se encontraba en Nueva York, se desencadenó el infierno para Irina y sus más cercanos amigos y parientes.

Amalia lo escuchó con atención cuando le dijo que él no podía permanecer al margen, ya que se sentía responsable de la situación, y que se veía obligado a hacer lo que estuviese en su mano para intentar ayudarlos. Su prioridad era encontrar a Irina e intentar sacarla de Rusia, ya que no podía dejarla morir sin esperanza, sin que supiera que al menos él lo había intentado. Amalia, absolutamente emocionada, afirmó sollozando que no esperaba otra cosa de él, que podía contar con ella en todo, y que pondría de su parte lo que hiciera falta para conseguirlo. Se abrazaron entre lágrimas, sellando así un pacto implícito por el que debían cumplir con su deber. Emmanuel Kant tenía razón. Se trataba de un imperativo categórico.

Se sintió orgulloso de la reacción de ella, pues confirmaba lo que siempre había creído: Amalia Alexander Teliéguina era un ser humano excepcional.

Después, más calmado, recapacitó fríamente diciéndose que una cosa era su voluntad y otra muy distinta llegar a conseguirlo. Entrar en la URSS sería de por sí muy complicado, pero huir de allí llevando consigo a una mujer enferma sería un verdadero milagro. Y ese sería solo el primer paso, pues

tampoco olvidaba a los demás. Si se encontraba en Jabárovsk, tendría alguna posibilidad, por remota que fuera, pero si seguía en el campo de prisioneros de Kolyma, no habría medio de ayudarla. En cualquier caso sabía que las posibilidades de fracasar eran muy altas, y que el éxito o el fracaso de aquella difícil misión dependerían de muchos factores, pero sobre todo de la suerte y de las circunstancias. Necesitaría preparar cada paso si pretendía tener éxito en su empresa.

Decidió intentarlo a través de Aleksandr Kérensky. Aunque le telegrafió sin mucha fe, lo acompañó la suerte. Un mes y medio más tarde, recibió una carta de Kérensky en la que le decía que efectivamente tenía un contacto fiable en Vladivostok. Se trataba de un tal Vasiliev Vasilievich Pokrovski, miembro del comité local de aquella ciudad, al que Kérensky había ayudado en otros tiempos, y que seguía en contacto con él, quién a su vez tenía a alguien de absoluta confianza en Jabárovsk. Kérensky le puso un telegrama unos días más tarde. Efectivamente, una mujer llamada Irina se encontraba en el hospital de Jabárovsk. Creía que no podía tratarse de otra ya que procedía de un campo de prisioneros en Kolyma, a unos centenares de kilómetros de distancia hacia el norte. Según el contacto, se trataba de una extraña situación. En contadas ocasiones se trasladaba a uno de los prisioneros a un hospital. Lo normal era que se les dejara morir sin más atención médica que la que quisieran proporcionarles en el campo de prisioneros. Es decir, ninguna. Cuando eso ocurría, se debía a que alguien cercano había logrado interceder por la persona en las altas esferas del gobierno.

En ocasiones, de noche tenía una pesadilla en la que seguía estando en Petrogrado, viajando en un automóvil negro, sentado en silencio junto a Kérensky. A través de la ventanilla cubierta por la escarcha, veía pasar caminando por las calles cubiertas de nieve a Irina, Fiódor, Ludmilla, Karl, Anna Ajmátova, a todos los que entonces conoció allí, que parecían entreverlo a través del cristal empañado e intentaban decirle algo sin que pudiera entenderlos. Entonces se despertaba empapado de un sudor helado, sin respiración, sabiéndose culpable de todo lo sucedido.

Se pellizcaba. Se trataba de un mal sueño, al amanecer seguiría con sus clases en la Universidad de Nueva York.

XXIX
Viaje al pasado

Sus antiguos contactos en el cuerpo diplomático le permitieron obtener la documentación que necesitaba. En realidad David R. Francis, con el que mantenía una buena relación, se lo gestionó a través de la Secretaría de Estado. La Oficina de Inteligencia Naval, la ONI, le consiguió un pasaporte ruso a nombre de Valeri Vladimirovich Svechin, un comerciante ruso con residencia en Kiev y fallecido en Alaska que importaba maquinaria para curtir pieles. Le facilitaron también los enseres que habían pertenecido a aquel hombre, incluyendo un tipo de ropa recia y barata, unas gastadas botas bolcheviques y una gorra negra de visera. Además le entregaron un carnet de miembro de la MVD. Francis le había pedido unas fotos para confeccionar su pasaporte y la documentación que le entregó unos días más tarde era de una calidad asombrosa. Por iniciativa de Francis, también lo instruyeron durante dos semanas en la escuela de inteligencia de la marina en Annapolis, Maryland. Le proporcionaron un pequeño revólver y una funda para llevarlo en la parte trasera del cinturón y le enseñaron a utilizarlo con rapidez. Con aquellos gruesos jerséis y chaquetones pasaría desapercibido. Le explicaron que lo importante era cambiar su imagen. Un experto en maquillaje de transformación le afeitó la cabeza y le recomendó que se dejara la barba más larga y descuidada, al estilo de los comerciantes rusos. Finalmente le proporcionó un ligero pigmento para la piel, para aparentar más curtida y estropeada, y unas gafas de gruesa montura de concha. La transformación final fueron unas clases de dicción para evitar un lenguaje excesivamente culto, y le explicaron que debía mirar a los ojos cuando le pidieran la documentación. Era supuestamente alguien que volvía a casa tras una larga estancia en Yokohama. Era importante mantenerse impávido, como si aquello no fuera con él, y solo si fuera necesario debía mostrar el carnet de la MVD. Le explicaron que cuando alguien solicitaba la documentación en Rusia y el interpelado mostraba aquel carnet, generalmente se acababan los problemas, aunque le advirtieron de que utilizarlo podría ser peligroso, ya que si lo descubrían lo considerarían un espía.

—No eres el primer norteamericano que tiene que entrar en la URSS, y esos tipos de la inteligencia naval saben lo que están haciendo. Pero que te

quede muy claro que lo que intentas es sumamente arriesgado. En estos tiempos, Stalin está llevando a cabo la liquidación de la vieja guardia, y cada día fusilan o simplemente desaparecen miles de personas en la URSS, incluidos todos los que fueron sus compañeros durante la revolución. No desea ver trotskistas ni leninistas, solo fieles y sumisos estalinistas. Cuando la NKVD coge al que considera un espía, no lo procesan sino que le sacan lo que pueden y luego lo eliminan. Si te descubren te liquidarán tras torturarte y no podremos hacer nada por ti. ¿Sabes a lo que estás jugando?

Paul asintió, no podía hacer otra cosa. La suerte estaba echada, ya no iba a volverse a atrás en ningún caso. Sabía que necesitaba pasar esa prueba para demostrarse a sí mismo muchas cosas.

A principios de febrero de 1938 viajó en tren en un interminable trayecto desde Nueva York a San Francisco, donde tres días más tarde embarcó hacia Yokohama. Allí permaneció unos días hasta que encontró un mercante con destino a Vladivostok. Consiguió el camarote del segundo oficial por pocos rublos y, a primeros de marzo, se encontraba a punto de desembarcar en el puerto de Vladivostok, mientras las gaviotas chillaban sobre su cabeza.

Cuando descendió por la pasarela y pisó de nuevo el helado suelo ruso, sus ojos se humedecieron. Se dirigió a través de un pasillo hecho de alambrada y postes de madera hacia una caseta cubierta de nieve en la que se leía *Policía-Aduana*. Se la estaba jugando. En 1918, el mismísimo Stalin prohibió su entrada en territorio ruso. Veinte años más tarde intentaba desafiar al régimen soviético para poder cumplir con lo que su conciencia le exigía: sacar de allí a la mujer a la que amó, con la que compartió tantas cosas, una época tan importante de su vida, y por la que seguía notando unos fuertes y contradictorios sentimientos. Mientras entregaba al funcionario, de mirada tan gélida como las llanuras siberianas, su pasaporte como Valeri Vladimirovich Svechin, pensaba que merecía la pena correr aquel riesgo.

El policía lo observó detenidamente y él le devolvió la mirada sin pestañear. El rostro del funcionario cambió cuando encontró el carnet de la MVD dentro del pasaporte. Ladeó levemente la cabeza, lo selló en la última página y se lo devolvió sin hacerle ninguna pregunta. Paul permaneció impertérrito y le devolvió la mirada con dureza. Recogió el pasaporte y salió al exterior caminando decididamente. A pesar de Stalin y de las circunstancias, se encontraba de nuevo en la URSS.

Se dirigió a pie al hotel donde pasaría la noche. Había quedado en llamar a su contacto a un número que había aprendido de memoria. Cogió una habitación en la primera planta y llamó desde la cabina de recepción. No quería hacerlo desde la habitación ya que debería dar el número a la telefonista. Le contestó una voz masculina y se identificó. La voz le dio una contraseña y él la completó. Quedaron en verse en un bar cercano una hora más tarde.

El contacto, Vasiliev Vasilievich Pokrovski, era un hombre recio de unos cincuenta años y de cabello rubio canoso. Se colocó junto a él en la barra e intercambiaron unas palabras como si se tratara de un encuentro casual. Mientras bebía una cerveza, el hombre le pasó un sobre murmurando que le deseaba suerte. No podía hacer mucho más por él, de modo que unos minutos más tarde abonó su consumición y abandonó la cervecería. En el sobre encontró dos billetes de ida y vuelta hasta Jabárovsk, y la dirección del doctor Serguéi Bukovski en aquella ciudad.

A la mañana siguiente subió al Transiberiano. Un largo tren con los vagones cubiertos por una capa de hollín grisáceo y nieve. Tardó quince horas en llegar a su destino, apenas a quinientos cincuenta kilómetros. El tren se detuvo en varias ciudades con el mismo aspecto triste y gris bajo la nieve. En los andenes se veía mucha policía, tanto de uniforme como de paisano. No sería fácil salir de allí llevando a una mujer enferma que tenía prohibido abandonar Jabárovsk. La policía subía al tren en cada parada y recorría lentamente los vagones pidiendo la documentación. Era algo metódico y repetitivo. Unos funcionarios hoscos y malhumorados que olían a vodka, todos cortados por el mismo patrón, intentando sobrellevar el frío con gruesos abrigos de paño gris barato, sombreros del mismo tono, rostros idénticos, similares maneras, movimientos pausados, siempre atentos al menor error, al menor fallo humano. Tuvo que mostrar media docena de veces su pasaporte. El carnet de la MVD evitaba las preguntas. Nadie deseaba tener problemas.

Cuando se apeó a las cuatro de la mañana en el andén de la estación de Jabárovsk, solo otros dos hombres bajaron del tren con él. Al entrar en el edificio de la estación, un hombre de paisano volvió a pedirle la documentación. De nuevo el carnet de la MVD demostró su eficacia. Salió y preguntó por un hotel a alguien que le señaló un edificio en la plaza. La ciudad se encontraba bajo un manto de nieve, y un resbaladizo barro helado cubría las calles. Era el Hotel Vladivostok, un anodino edificio de tres plantas. Se dirigió a él cruzando la plaza. Hacía demasiado frio para que nadie se atreviera a andar a aquella hora bajo la escasa luz de los faroles de gas. El

recepcionista dormitaba cerca de una estufa. Tuvo que despertarlo para que lo atendiera. Cogió una habitación en la planta primera. Ninguna tenía aseo, tendría que ir al final del pasillo, aunque al menos la pequeña y mal decorada habitación estaba caliente. Se acostó agotado, pensando en la situación de Irina Pávlova. Se sentía responsable del trágico destino de aquella mujer y decidido a correr cualquier riesgo para intentar sacarla de Rusia.

A primera hora de la mañana fue al hospital, ubicado en el mismo centro de la ciudad. Hacía quince o veinte grados bajo cero. Dentro del hospital seguía haciendo mucho frío a pesar de que en la misma entrada se veía una estufa encendida. Era un viejo edificio bastante destartalado. Preguntó a un enfermero por la paciente Irina Pávlova. Cuando el hombre le contestó que no había allí nadie con aquel nombre, se quedó sin saber qué decir. Le repitió el nombre varias veces. No, le repitió con firmeza el enfermero, allí no había ninguna paciente con ese nombre. Salió del hospital con una extraña mezcla de desconsuelo y alivio, pensando que todo aquello era una equivocación, que había ido hasta allí siguiendo una pista equivocada, o que probablemente ella hubiera muerto y todo había terminado.

En el hotel preguntó si la dirección que llevaba escrita, donde supuestamente vivía el doctor Serguéi Bukovski, se encontraba muy lejos, pensando en ir caminando. Jabárovsk no era una ciudad muy grande. Le dijeron que debía seguir la avenida principal hacia el nordeste y que andando tardaría menos de media hora. Decidió comer algo e ir allí más tarde, una vez finalizada la jornada laboral. A las cuatro en punto se dirigió hacia la casa de Bukovski, a la que tardó cerca de una hora en llegar ya que comenzó a nevar copiosamente. Se trataba de una casita de madera al estilo tradicional, separada del camino por una pequeña valla. Un penacho de humo le confirmó que había alguien en su interior. Se acercó y tocó una campanilla en la cancela. Un hombre de unos cincuenta años se asomó.

—¿El doctor Bukovski? —el hombre asintió y le hizo un gesto para que entrara.

—Pase dentro. Hoy hace mucho frío. Siéntese junto a la chimenea. Le ofreceré un poco de vodka.

Mientras tomaba asiento, Paul notó que aquel hombre hablaba con acento moscovita.

—Doctor Serguéi Bukovski. Mi nombre es Valeri Vladimirovich Svechin. Usted es amigo de Fiódor Yegórovich, que también fue amigo mío hace muchos años.

Bukovski lo abrazó espontáneamente.

—¡Sí, sé muy bien quién es usted! —el hombre sonrió bajando la voz—. Pero creo que antes se llamaba Paul Alexander, si no me falla la memoria.

Paul tuvo que devolverle la sonrisa al asentir con un gesto de la cabeza.

—Sí. Entonces debe saber que Paul Alexander no puede entrar en la URSS, así que le ruego que me siga llamando Valeri. Lo primero que quiero que sepa es que Fiódor está vivo y vive en Leningrado, en libertad vigilada desde hace unos meses —el rostro de Bukovski se iluminó—. Yo estoy aquí para intentar sacar de este país a una mujer, Irina Pávlova. Ella fue para mí como mi mujer, aunque no llegamos a casarnos. Me habían asegurado, a través de la carta de una persona que habló con Fiódor, que estaba ingresada en el hospital central, pero allí no hay nadie con ese nombre. Ahora no sé dónde está, ni si sigue viva. Quería saludarle y también preguntarle si usted sabe dónde puede encontrarse ahora.

El doctor Serguéi Bukovski había encendido una pipa. Sus grandes manos parecían de cuero viejo y su rostro mostraba profundas arrugas. Solo los destellos de sus ojos azules observando el fuego desmentían aquella imagen y delataban su verdadera edad. Quería reflexionar antes de hablar.

—Valeri, creo que usted y yo nos parecemos mucho. Es un hombre decidido y valiente. Está corriendo un gran riesgo para hacer algo que libere su conciencia, y dé algo de sentido y de paz a Irina Pávlova. Se encuentra en ese hospital bajo el nombre de Irina Bukovski. Tuve que contraer matrimonio con ella en el campo de trabajo de Kolyma para que la dejaran salir y morir con dignidad. Está desahuciada por un cáncer de pulmón. Ya no le queda mucha vida, pero yo no podía permitir que esa mujer muriese abandonada por todos y sin esperanza en aquel terrible lugar.

Al escuchar esas palabras, Paul no pudo evitar que se le escapara un sollozo y sacó un pañuelo de su bolsillo. Bukovski se había incorporado y se hallaba al otro lado de la estancia preparando un té con el agua del samovar. Unos minutos más tarde, volvió a sentarse frente a él trayendo una bandeja con dos tazas de té oscuro y muy caliente, un azucarero, una botella de vodka, dos vasitos y un plato con bizcochos.

—¡La hospitalidad siberiana! ¡Usted me cae bien! Ahora le contaré lo que quiere saber aunque para mí es un gran misterio que Fiódor haya podido saber que ella se encuentra aquí. ¿Cómo lo supo usted?

—A través de una carta que recibí de Anna Ajmátova, la poetisa, en la que me explicaba que alguien le comentó en Leningrado que había visto a Fiódor Yegórovich subirse al tranvía del barrio de Viborg. Al principio Anna creyó que se trataría de un error. Todos daban por muerto a Fiódor. Pero ella

es alguien que jamás se da por vencida e intentó encontrarlo hasta que un día lo logró. Después alguien muy influyente, Aleksandr Kérensky, con el que sigo manteniendo una relación de amistad, me confirmó que una mujer de nombre Irina se encontraba en este hospital. Tuve la certeza de que se trataba de ella y me decidí a intentarlo.

—Verá, por algún motivo un día llegaron dos tipos de paisano a mi consulta en Moscú. Me llevaron a la Lubianka sin más. Tras tres días de interrogatorios firmé lo que me pusieron delante. Una semana más tarde me juzgaron y condenaron a doce años en un campo de trabajo de Siberia. Eso sucedió en marzo de 1924. Para entonces Stalin era ya el único que mandaba. Lenin acababa de morir y Trotsky había perdido fuerza. Yo siempre fui trotskista. Ese fue mi pecado. Usted sabe que los vencedores intentan escribir la Historia. Al final la verdadera historia pondrá a cada uno en su lugar. En Kolyma coincidí con Fiódor Yegórovich. Él venía de pasar más de tres años en la prisión de Moscú. Lo habían juzgado de nuevo y condenado a catorce años en Siberia. Cuando hablé con él por primera vez me dijo que no podría resistir y que moriría pronto. Pero se sobrepuso y ya no volvió a hablar de ello. Me di cuenta de que era un hombre que merecía la pena, y como estábamos en la misma cabaña, junto a otros diez presos, nos hicimos muy amigos. Me habló de Irina Pávlova y de su amigo Paul Alexander. Pese a todo tuve suerte, cuando vieron en mi ficha que era médico especialista en pulmón me destinaron a la enfermería. Nosotros llevábamos indistintamente a hombres y mujeres, siempre en días pares a los hombres y en impares a las mujeres, salvo cuando se trataba de una urgencia, que se atendía sobre la marcha. En principio solo atendíamos a los guardianes, al personal administrativo, a los oficiales destinados aquí y a sus familias, no a los presos. Pero también entre ellos existían excepciones. De pronto me decían que atendiera a tal o cual prisionero o prisionera. A mí me trataron relativamente bien, aun sabiendo que aquello era un infierno. Al menos podía llevar a cabo una labor que me ayudaba a seguir siendo un ser humano. ¿Usted sabe cómo se llega a transformar a los seres humanos en objetos sin alma? Eso era lo que allí ocurría. Muchos se suicidan, o se dejan morir, o matan sin escrúpulos para seguir viviendo. La vida no tiene valor alguno. Fiódor era un hombre de principios y valiente. Organizó los barracones, convenció a muchos para seguir adelante, ayudó a los que pudo a seguir viviendo, hacía lo que podía, que era muy poco, pero eso le sirvió para poder seguir siendo un ser humano. Intenté llevármelo como enfermero, pero estaba «marcado». Era como un castigo adicional. Solo le asignaban labores muy duras. Supimos que Irina se

encontraba en el campo de mujeres cercano al nuestro. ¡Qué extrañas vueltas da la vida! Tenía la misma condena que Fiódor. Le permitieron ser atendida en la enfermería. Cuando hablé con ella y me dijo cómo se llamaba y que era de Leningrado, pensé que sería mucha casualidad que fuese la misma mujer de la que siempre me hablaba Fiódor Yegórovich. ¡Pero lo era!

»Un día logré que se encontraran en la enfermería. Eso les dio la vida, ya que comprendieron que aun en un lugar como Kolyma no estaban solos. Allí comenzó mi amistad con Irina Pávlova. Compartí con ellos muchos años y, aunque raramente pudieron encontrarse ya que nos tenían muy controlados, tuve en una ocasión la fortuna de salvar al único hijo del director del campo, Mijaíl Ivánovich Kirsanov. El muchacho tuvo una pleuresía y sobrevivió después de que yo lo atendiera durante un mes. Eso hizo que mi situación mejorara y pude ayudar a Irina llevándomela a la enfermería. En cuanto a Fiódor, me resultaba muy difícil. Los marcados no tenían otra esperanza que morir. Sin embargo Fiódor no se rindió nunca.

»Hace un año, gracias a los informes del director Kirsanov, que iba a ser ascendido y trasladado a Tobolsk, conseguí la libertad condicionada a permanecer otros cinco años sin volver a Moscú, y debiendo vivir donde se me fijara la residencia. Tengo ya cincuenta y cinco años, así que cuando pueda volver seré un anciano y ya no les causaré ninguna preocupación. Me asignaron finalmente Jabárovsk, así que tengo prohibido abandonar la ciudad, y debo presentarme cada semana en la comisaría de la ciudad. Decidí alquilar esta cabaña de troncos por un módico precio. Antes que yo había vivido en ella otro médico, y antes otro, al punto que todo el mundo la conoce como “la cabaña del médico”. El mismo día que me instalé llegaron varios pacientes. Comparado con lo de Kolyma, esto es mejor que el Hotel Metropol de Moscú. Yo mismo recojo algo de leña en ese bosque de ahí detrás. Puedo seguir ejerciendo como médico, y trabajo en el hospital por las mañanas desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde. Luego vengo aquí y estudio con los libros que me traigo del hospital. También viene la gente a pasar consulta. Hago por los pacientes lo que puedo. Para pagarme me traen carbón, conservas, leche, huevos, pescado ahumado, carne de caza, pieles. Incluso, en ocasiones, alguno me paga. Del hospital saco una pequeña paga, y puedo traer algunos medicamentos para repartir entre mis pacientes. No puedo quejarme, y hasta sería feliz si no fuera porque sé lo que está pasando en Rusia. ¡Qué alegría saber que al menos Fiódor ha podido volver a Petrogrado! Sería feliz si no viera lo que ha pasado con Irina, y otros muchos prisioneros… Ella, al menos, ha podido llegar hasta aquí.

»Pero proseguiré con lo que a usted le interesa. Cuando tuve noticias de que Irina Pávlova se encontraba muy enferma, escribí al antiguo director. Le pedí que consiguiera que la trasladaran a este hospital de Jabárovsk. Me contestó que lo intentaría, pero que la mejor solución sería que volviera a Kolyma y contrajera matrimonio con ella, comprometiéndome a que viviera conmigo en las mismas condiciones que yo. Se trata de una situación excepcional, y si le han permitido abandonar el campo no ha sido por compasión sino porque los de arriba se hacen favores mutuos. Hoy por ti y mañana por mí. Volví a Kolyma con un salvoconducto que me hizo el jefe de la policía de esta ciudad, después de que recibiera un telegrama de mi antiguo director. Tenía tres semanas para llegar hasta allí y volver a Jabárovsk. Lo conseguí. Fui hasta allí, firmé los documentos, nos casó el mismo director del campo, pues también él había recibido un telegrama de Kirsanov, y no hubo problemas. Sacó de su cartera los impresos oficiales, él mismo los rellenó, los firmó, los selló y lacró. ¡Un documento de exención del resto de su estancia en Kolyma! ¡Un milagro! ¡Siempre estamos en las caprichosas manos del destino! Ella sufría un proceso crónico bronquial en fase avanzada. No la estaban tratando, y antes de salir de allí tuvo una fuerte crisis en la cabaña que pusieron a mi disposición en el lugar donde viven los guardas y sus familias, ¡lo que son las influencias! La traté utilizando la medicina de los chamanes, no tenía otra posibilidad. Le parecerá increíble pero funcionó. Esa medicina tiene sus antiquísimas raíces en el Tíbet y se fundamenta en los cinco elementos, los tres humores, las causas de la enfermedad. El verdadero problema era que Irina no deseaba seguir viviendo y dentro de ella se había roto el equilibrio. Hay un momento, cuando se rompe la armonía de los humores, en que la situación del paciente se torna irreversible y ella estaba llegando a ese punto. Si se salvó en aquel momento fue porque en el fondo sabía que aún no había llegado su momento y conservaba una mínima esperanza que la ataba a este mundo. Un hilo de seda tan fino como una telaraña. ¿Me comprende? ¡Eso era todo lo que la seguía uniendo a la vida! ¡Solo eso! Supe que iba a seguir viviendo. ¡No quería morir allí! Esa mujer posee una extraordinaria fuerza interior, aunque seguía poseída por la frustración y el odio a los que la habían juzgado y condenado a aquella espantosa vida. Aquellos líderes que habían sido durante mucho tiempo tan próximos a ella, y que de pronto la llevaron ante un tribunal y la condenaron sin ser culpable y tras haber luchado tanto por la revolución. Tengo que decir que, en cuanto a Trotsky o a Lenin, nunca comentó nada.

»Tuve que aguardar a que le pasara la crisis. Luego la administré un remedio “hoa giai”, un tratamiento reconciliador de la medicina tradicional china. Ya sabe que la frontera se encuentra a treinta kilómetros de aquí. Un paciente trampero me trae de allí las medicinas chinas que le pido, y me llevé un maletín con algunas por si las necesitaba. Tres días más tarde nos llevaron en trineo hasta el ferrocarril minero de vía estrecha. Desde allí pudimos llegar a la estación del transiberiano en Priamurskii, apenas a cincuenta kilómetros de aquí. La ingresé directamente en el hospital. Eso fue posible por tres motivos. Trabajo allí, atiendo personalmente a los que me indican desde la dirección, y de nuevo Kirsanov influyó en el asunto.

»Le seré franco. Ahora mismo se encuentra fuera de peligro, pero no tiene buen pronóstico. No le queda mucha vida y ya poco se puede hacer por ella. Tiene el pulmón derecho seriamente afectado».

Paul interrumpió a Bukovski.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Entre tres y seis meses, aunque cualquier crisis se la puede llevar. Siento darle tan malas noticias.

Paul no esperaba algo así. Tenía la esperanza de poder sacarla de allí, llevarla a los Estados Unidos e intentar curarla. Pero el diagnóstico del doctor Bukovski echaba por tierra todo ello. Suspiró.

—¿Cree que ella está en condiciones de acompañarme?

—Sí, aunque con ciertas limitaciones. Cuando lo vea su organismo luchará por seguir viviendo, digamos que gastará sus últimas energías en conseguirlo. Conociéndola como la conozco, estoy seguro de ello. Ahora vayamos al hospital. ¿De acuerdo, Valeri Vladimirovich?

Asintió. Deseaba verla y no podía seguir hablando. Bukovski veía que las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos. Aquella situación emocional no le había ocurrido nunca hasta entonces, todo aquello era demasiado fuerte para soportarlo sin más. Fuera, la ventisca de nieve había arreciado. Bukovski, curtido tras su larga estancia en el infierno helado de Kolyma, era un superviviente nato. Caminaron con el gélido viento en el rostro pero sin apenas notarlo. Algo dentro de Paul lo impelía a seguir adelante, luchando por mantenerse en pie. Cuando cruzaron la puerta del hospital supo que iba a enfrentarse a uno de los momentos más duros y difíciles de su vida.

Caminó en silencio tras Bukovski mientras entraban en la espaciosa sala en penumbra destinada a las mujeres. Algunas pacientes estaban aisladas por unos biombos de lona blanca. El corazón de Paul golpeaba su pecho, le parecía imposible resistir la prueba que le había reservado el destino. Se

acercaron a una cama situada al final de la gran sala, también separada del resto por un biombo. Vio el pálido rostro de Irina Pávlova, que parecía descansar con los ojos cerrados. Un rostro demacrado, con profundas ojeras, que aun así seguía emanando una extraña placidez, una sensación de serenidad. Hacía cerca de veinte años que la había visto por última vez, cuando ella tenía veintisiete. Tendría ya cerca de cincuenta, aunque conservaba aquel sereno aspecto que ni siquiera años en el gulag le habían podido quitar.

De nuevo fue inútil su intento de contener las lágrimas, mientras su rostro se convulsionaba en un largo sollozo. De pronto Irina abrió sus ojos de color violeta y lo miró fijamente, como si dudara si realmente ese ser estaba ahí o seguía dentro de un sueño. Él tendió lentamente su mano y cogió los delgados dedos. El tiempo retrocedía y volvió a sentir por ella lo mismo que entonces. Un profundo amor por aquella hermosa, testaruda y valiente mujer que un día creyó que la revolución cambiaría el mundo. Cerró los ojos y volvió a encontrarse en la Perspectiva Nevski mientras todos cantaban uniendo sus voces: ¡Arriba, parias de la tierra! ¡En pie famélica legión! Atruena la razón en marcha: es el fin de la opresión.

XXX
Morir en libertad

Gracias a la colaboración de Serguéi Bukovski, consiguió trasladar a Irina hasta Vladivostok. Irina podía caminar aunque se fatigaba enseguida. Los expertos de la ONI le confeccionaron un pasaporte utilizando una foto de ella realizada en tiempos por Karl von Lissberg, retocada y envejecida hasta conseguir aparentar el rostro de una mujer de su edad actual. El documento, al igual que en su caso, era una obra de arte. Llevaba el sello de entrada por Petrogrado, cuatro meses antes, el visado correspondiente y el de varios controles. El resto se debía al carnet de la MVD que él portaba. Evitaba muchas preguntas. Nadie se arriesgaba a equivocarse, y en cuanto le pidieron los pasaportes, él colocó el suyo encima. Al abrirlo el policía de fronteras encontró el carnet. Entró unos instantes en el despacho anexo y unos minutos más tarde salió y los colocó sobre el mostrador sin decir nada. Paul abrió el suyo y encontró el sello de salida. Sin mover un músculo del rostro, empujó ligeramente a Irina hacia la puerta de salida que daba a la zona libre, en el puerto. Unos minutos más tarde embarcaban en el *Honshu Maru*, un mercante de bandera japonesa, mixto de carga y pasaje con seis camarotes para pasajeros con destino a Niigata. No estuvo tranquilo hasta que el barco salió del puerto al atardecer. Les quedaba por delante un trayecto de quinientas millas, un viaje de dos días completos.

Irina se encontraba viviendo un sueño. Bukovski le había dado un tratamiento de choque a base de plantas de medicina tradicional china que parecían haberle proporcionado la fuerza suficiente para poder permanecer en pie a ratos, aunque los efectos secundarios eran una cierta irrealidad con ausencia de dolor y malestar. El viaje lo realizó tendida en el camarote que el capitán puso a su disposición. Él ocupó el contiguo y permaneció atento a ella en todo momento, pero su estado era tan débil que Paul llegó a preguntarse si aguantaría. Eran el único pasaje en aquel barco, y mientras permanecían sentados cogidos de la mano, observando en silencio el plácido Mar del Japón de aquellos dos días, en el que los dioses del océano les habían brindado una tregua, Irina le hablaba con voz muy tenue de aquellos días de finales de 1917, recordando detalles que a él se le habían olvidado por completo. Ella lo

observaba detenidamente en ocasiones, y él solo quería tenerla cogida de la mano, vivir esa última oportunidad de estar juntos.

Al desembarcar en Niigata, se dirigieron directamente en un coche de alquiler a la estación y adquirió un compartimento en el tren para Tokio. Irina aceptaba la situación con gran dignidad, y desde el primer momento volvió a ser la de antes. Era para ambos como si todo hubiera sucedido el día anterior y solo hubiera sido una larguísima pesadilla de la que acabaran de salir.

Aquella tarde, mientras el tren se detenía en la estación de Tokio, Irina comenzó a sentirse mal, sus fuerzas se habían agotado durante el viaje. El médico de guardia en la estación, al ver el estado en que aquella mujer occidental se encontraba, tomó la decisión de llamar a una ambulancia para ingresarla en el hospital central de la ciudad. Durante tres días permaneció sumida en un profundo letargo, sin llegar a entrar en coma. Al atardecer del tercer día recuperó la conciencia. El médico, que comprendió la situación, no tuvo inconveniente en que él pudiera sentarse al lado de la cama, y cogiera su mano. Ella era capaz de hablar aunque en un tono apenas inaudible. Él aproximó su rostro para poder escucharla.

—Paul, siempre supe que lograría volver a verte y eso me proporcionó la fuerza para resistir. Sabía que no me abandonarías, y ahora puedo irme tranquila. Siempre fuiste el hombre valiente del que me enamoré. Sé que entonces fuiste muy paciente conmigo, lo he pensado muchas veces a lo largo de estos años. Pero entonces estaba ciega y sorda, convencida de que aquel era el camino, y no fui capaz de darme cuenta. Lo único que siento es no haber podido pasar el resto de mi vida a tu lado. Sabes que desde el primer día, cuando me senté delante de ti para comenzar las clases de alemán, siempre te he amado. Ahora me siento feliz por primera vez en muchos años. ¡Perdóname, Paul! ¡Perdóname!

Incapaz de contenerse, Paul la abrazó y la besó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. En aquel momento entraba el médico acompañado de una enfermera, pero al ver la situación, ambos volvieron sobre sus pasos y salieron de nuevo en silencio. Irina Pávlova falleció serenamente aquella misma madrugada. Cuando contempló su cuerpo yerto, envuelto en la mortaja, se sintió anonadado, pensando que debió haber reaccionado antes. Después firmó los documentos aceptando la cremación del cuerpo. Tras una breve ceremonia en el tanatorio del hospital le entregaron una urna con las cenizas de Irina.

Tres días más tarde embarcó en el *Miyake Maru*, un mercante que hacía la ruta de Yokohama a San Francisco. Veintitrés días después desembarcaba en

los Estados Unidos, y a los siete días llegaba a la Estación Central de Nueva York. Sentía una mezcla de satisfacción por el deber cumplido y una enorme nostalgia, tenía el corazón dolorido. Durante los interminables días cruzando el Pacífico no pudo dejar de revivir aquellos lejanos días. Mientras llegaba en un taxi a su casa en Manhattan, había tomado una determinación.

XXXI
El rescate

Amalia lo recibió como si no lo hubiera visto en mucho tiempo, sabiendo lo que acababa de pasar, y admirando la fortaleza y determinación de su marido. Después quiso que le contara todo lo sucedido, y él decidió que no podía reservarse nada. Le contó la trágica historia que acababa de vivir y ella lo escuchó en silencio, con los ojos húmedos. Ella podía comprender muchas cosas, al recordar aquellos momentos en que tuvieron que contraer matrimonio para conseguir el pasaporte que le permitiría entrar en los Estados Unidos. Nunca podría olvidar lo que arriesgó al sacarla de San Petersburgo para llevarla sana y salva a Nueva York.

Al terminar la narración de su viaje, Paul quiso explicarle que aún no había terminado su compromiso. Le explicó que pretendía volver a entrar en la URSS para sacar de allí a Fiódor Yegórovich. Aquel hombre era como un hermano para él, y no podía esperar más para intentar ayudarlo. No podía arriesgarse a llegar de nuevo tarde. Amalia asintió, sabía que nada ni nadie podrían detenerle.

Dos días más tarde mantuvieron una reunión en uno de los más importantes bufetes de abogados especialistas en inmigración de Nueva York. El bufete de Salomón Rosenthal, situado en la planta treinta y dos del Empire State Building, puso a trabajar a su especialista más reconocido, Harry Hirsch.

—Señor Alexander, sabe usted que el problema en este caso no está en el visado de entrada, sino en el permiso de salida. Stalin se ha empeñado en que nadie pueda salir de la URSS para contar las bondades del socialismo soviético. Una solución arriesgada pero pragmática sería sacarlo a través de Finlandia. Ya se ha hecho en otras ocasiones. Ciertamente es algo muy arriesgado, pero en determinados casos es casi la única solución. Tendríamos que saber si su amigo Fiódor Yegórovich se encuentra en condiciones físicas para intentarlo. Por la descripción de las circunstancias, debe ser alguien resistente pero agotado. Por otra parte nos ha explicado usted que ese hombre reside en el barrio de Viborg, en Leningrado. Tendremos que encontrar a alguien allí que lo ayude a escapar. El problema, por lo que cuentan, es que ni

su esposa ni usted pueden entrar en la URSS. ¿Podría decirme si mantiene allí algún contacto fiable?

—Sí. Podría tener a alguien que tal vez quisiera ayudarnos, pero desconozco su actual posición política. Si aceptara, se trataría del hombre ideal. Su nombre es Konstantín Semiónovich. Sé que se pasó a los bolcheviques, es un antiguo inspector de la Ojrana. Entonces tendría alrededor de cuarenta años, ahora estará cerca de los sesenta.

Hirsch movió la cabeza con escepticismo.

—Señor Alexander, ¿está usted seguro de que no será un error fatal avisar a la policía de que pretendemos ayudar a huir a uno de sus conciudadanos? ¿No lo estaríamos condenando a muerte?

—No en este caso. Verá, Hirsch, esto es muy largo de contar, pero Konstantín Semiónovich le debe la vida a Fiódor Yegórovich. Además hubo un tiempo en el que mantuve una cierta relación con ese hombre. Creo que debe ocupar un alto cargo en la MVD, la policía del Estado. No digo que no sea arriesgado, pero puedo asegurarle que en estos tiempos vivir es de por sí muy arriesgado en la URSS. Si él colaborase en sacar de allí a Fiódor, podría considerar su deuda saldada… al menos en parte. ¡Creo que lo haría! Como sabe, acabo de volver de la región oriental de la URSS. Creo que podría volver a entrar con el mismo pasaporte, ya que me resulta imposible conseguir el visado. De hecho estoy decidido a ir. Necesito volver allí, y ahora que he podido entrar y salir una vez, ya no me parece tan arriesgado. Usted preocúpese de obtener los papeles para que cuando Fiódor entre en los Estados Unidos no tenga problemas.

Hirsch se quedaba algo contrariado, como si se sintiera responsable del cariz que habían tomado las decisiones de Paul Alexander.

—Bien. Usted sabrá lo que hace. En cuanto a la documentación de entrada en el país de su amigo, no habrá problema. Me preocupa usted y la decisión que acaba de tomar… Los rusos no son en estos tiempos gente fácil. Todo este asunto, que desde aquí parece algo sin importancia, una vez allí se puede convertir en un desastre.

Hirsch se despidió de Paul con una cierta tirantez. Aquel hombre era alguien acostumbrado a comprobar que la realidad era más dura que las ideas y que las cosas casi siempre se torcían o se volvían en contra. Salió de allí convencido de que aquella era la solución, ya que Fiódor por sí solo nunca lo conseguiría. Si lograba conectar con Semiónovich, podría tantearlo antes de explicarle lo que pretendía de él. Pensó que mucho tendría que haber cambiado para que le fallara.

Amalia tenía tal confianza en él que aceptó sin reservas lo que planeó. Pensaba volver a Leningrado con el mismo pasaporte a nombre de Valeri Vladimirovich Svechin. Solo necesitaba que la ONI le preparara un visado de salida de la URSS como en su viaje anterior. Volvió a llamar a David R. Francis. Se reunió con él y le explicó el motivo. Francis fue sincero con él. La primera vez había tenido la suerte de los novatos, pero en aquella ocasión las cosas serían diferentes. En Vladivostok, a miles de millas de Moscú y de Leningrado las cosas eran muy distintas, y nadie iba a discutir ante un carnet de la MVD, pero en Leningrado todo sería diferente y mucho más arriesgado. Era cierto que había demostrado su capacidad y sangre fría, pero también tenía que advertirle que perdían decenas de hombres cada año. El pasaporte mostraba el sello de salida por Vladivostok del mes anterior. Simplemente era alguien que volvía a casa, y el carnet de la MVD le seguiría ayudando, aunque si lo cogían con él no tendría posibilidad alguna. En cuanto a los riesgos, estaba dispuesto a asumirlos, con tal de volver a pisar aquella ciudad cualquiera que fuese su nombre, Leningrado, Petrogrado o San Petersburgo, para intentar sacar de allí a Fiódor Yegórovich.

Viajó a Estocolmo desde Nueva York dos semanas más tarde en un viaje de quince días. Una vez allí embarcó en un mercante ruso, entregando una generosa suma al capitán para que le cediera un camarote. Mientras cruzaba el Báltico, reflexionó que se encontraba tranquilo, en paz consigo mismo, y que si por causa de las circunstancias moría en el intento, al menos lo habría hecho cumpliendo lo que creía su deber. Durante años estuvo convencido de que Fiódor habría muerto en algún campo de trabajo de Siberia, como tantos otros que sabían que ser enviado allí equivalía prácticamente a una condena a muerte. Cuando supo a través de la carta de Anna Ajmátova que seguía vivo, pensó que aquello era como un milagro, algo extraordinario, y también que ya no podría descansar hasta intentarlo.

Cuando descendió por la pasarela en el puerto de la Isla Vasilievski y entregó su pasaporte, el policía de fronteras lo observó con displicencia hasta que de nuevo su rostro cambió al abrir el documento y encontrarse con el carnet de la MVD. En aquella ocasión el funcionario le preguntó por el departamento en el que trabajaba. Le respondió mirándolo a los ojos que en Seguridad del Estado. El hombre bajó la mirada, y selló el pasaporte sin más preguntas. Paul le dirigió un frío saludo y salió por la otra puerta a la avenida del muelle. Caminó con seguridad sin volver la cabeza, tal y como el experto de la ONI lo había instruido. Volvía a encontrarse en la ciudad que amaba y que le había marcado para toda su vida. No podía creer que de nuevo le

hubiera resultado tan fácil. El carnet de la MVD tenía esa ventaja, y el gran inconveniente de que utilizarlo podía ocasionarle un terrible interrogatorio para después ser asesinado y desaparecer para siempre.

Caminó hacia el centro recordando cada calle, casi cada edificio. Lloviznaba, pero era el clima habitual de aquella ciudad. Sentía una profunda emoción ya que durante años estuvo convencido de que nunca más podría volver a pisarla. Luego se dirigió hacia el piso en el que vivía Anna Ajmátova, a pesar de ser consciente de que la policía política, la famosa GPU, lo controlaba todo. Solo estaría unos minutos con ella, los suficientes para que le proporcionara la dirección de Fiódor Yegórovich en Viborg. Después se iría.

Recordaba el piso. El portero le abrió cuando le vio llamando. El cuarto izquierdo, apartamento veintiuno. El hombre lo observó sin disimular su desconfianza. Anna Ajmátova no estaba considerada una persona afecta al régimen, y en el edificio todo el mundo tendría conocimiento de ello. Subió en el ascensor. Todo se encontraba muy deteriorado, la pintura cayéndose a trozos, las puertas golpeadas, el ascensor tironeaba como si los propietarios no tuvieran interés en mantenerlo. Caminó por el pasillo en penumbra por culpa de las bombillas fundidas y encontró la puerta casi en la oscuridad. Tocó el timbre y escuchó pasos dentro. Pudo oír la voz de Anna Ajmátova preguntando.

—¿Quién es? ¿Qué desea?

—Soy un viejo amigo de Fiódor Yegórovich, Anna Andréievna Ajmátova —la puerta se entreabrió con la cadena de seguridad—. ¿Qué tal, Anna? ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy Valeri Vladimirovich Svechin! —le dijo guiñando un ojo al saber que en aquel lugar las paredes tenían orejas.

—Pasa, Valeri, pasa —dijo ella siguiéndole el juego—, ¡me alegro tanto de verte!

Anna tuvo que evitar sollozar, abrió la puerta y lo abrazó. Sus ojos verdes seguían manteniendo su brillo y se mantenía esbelta, aunque mucho más envejecida.

—¡Anna! ¡Sigues siendo la hermosa princesa tártara! ¡Cuántas veces pensamos en ti!

Ella lo condujo a la cocina y le dijo que entrara en la despensa tras ella. Allí le dijo en voz muy baja que temía que pudieran escucharles. Él le contestó que necesitaba la dirección de Fiódor Yegórovich. Anna se lo escribió en un trozo de papel. Luego volvió a abrazarle. Le preguntó si permanecería unos días en Leningrado. Le sugirió que podrían verse en la

sacristía de la iglesia armenia que daba a la Perspectiva Nevski, al día siguiente a las siete de la tarde, si podía, en cualquier caso ella estaría allí. Era mejor que cualquier establecimiento público, al saberse vigilada por la GPU. Ella conocía al sacerdote armenio y ya había utilizado aquel lugar anteriormente.

En la puerta él volvió a abrazarla y bajó las escaleras. De nuevo el portero lo miró fijamente mientras salía a la calle. No había querido entretenerse para evitar riesgos. Subió al primer tranvía que pasaba, un par de calles después descendió y caminó con rapidez en sentido trasversal, cruzó un pasaje interior que recordaba y tomó otro tranvía con dirección a Viborg. Se aprendió la dirección de memoria y rompió el papel en pequeños trozos. Estaba tentando la suerte.

Ya en Viborg, caminó por una amplia avenida. Se detuvo en varias ocasiones y miró hacia atrás, intentando comprobar si lo estaban siguiendo. No vio a nadie. Siguió caminando hasta que encontró la calle y el número del edificio donde vivía Fiódor. Entró en el portal abierto y sin portero. Eran viviendas muy económicas. Subió por la estrecha y maltratada escalera y caminó por un largo pasillo de nuevo mal iluminado hasta la puerta señalada. Comenzó a sentirse muy nervioso cuando la golpeó con los nudillos.

El rostro envejecido de Fiódor Yegórovich se asomó tras la cadena de seguridad, mirándolo con interrogación. Ya nadie se fiaba en Leningrado. De pronto Paul notó que lo reconocía, y cómo las lágrimas pugnaban por salir de los ojos de aquel hombre mientras hacía un gesto de incredulidad. Paul hizo un gesto de silencio llevándose el índice vertical sobre los labios. Entonces Fiódor salió del piso y sacó un llavero, insertó la llave y cerró por fuera, le indicó con gesto que lo siguiera y caminaron hasta el final del pasillo. Fiódor abrió la puerta de aquel piso con otra llave y murmuró que lo siguiera al interior.

—¡Eres tú! ¡Has venido después de todo! —Fiódor hablaba casi susurrando, al entender la advertencia. Lo abrazó sin poder contenerse y Paul pudo notar su extrema delgadez. Aquel hombre al que recordaba recio y fuerte se había transformado en un anciano prematuro—. ¡Has vuelto! ¡Hubo un momento en que pensé que no te acordarías de mí! ¡Pero estás aquí! —las lágrimas fluían de sus ojos y de deslizaban por sus mejillas.

Luego hablaron largamente. Tuvo que contarle que había ido a buscar a Irina, cómo pudo encontrarla gracias al doctor Serguéi Bukovski, y la avanzada enfermedad en que se hallaba. Después le explicó que había

fallecido serenamente. Fiódor se cogió la cabeza entre las manos, llorando con desesperación.

—Fiódor, he venido a sacarte de aquí. Quiero que vengas conmigo a América como una vez te prometí. Pensamos en traer un pasaporte falso con un visado, pero luego nos dimos cuenta de que sería excesivamente arriesgado para ti. Si me detenían por algún motivo y encontraban un pasaporte falso a tu nombre, sería como convertirte en cómplice. Al final pensamos en otro camino, muy arriesgado también, pero estoy seguro de que ya nada te arredra —Fiódor asintió, mirándolo fijamente como si no pudiera creer que realmente se encontrara allí junto a él—. Ahora necesito localizar a Konstantín Semiónovich. ¿Recuerdas que gracias a ti salvó la vida? Sabemos que está en Leningrado y que ocupa un alto cargo en la policía.

—Sí, pero ya sabes que la gente es desagradecida, y no sé si él lo recordará. ¡Semiónovich! Efectivamente, ahora trabaja para la GPU. Es uno de los inspectores jefe, un cargo importante. Supo salir a tiempo entonces de la Ojrana, y luego ayudó a los bolcheviques en los primeros tiempos. Ahí está, mejor que muchos otros.

—Fiódor, escúchame. ¿Cómo podríamos localizarlo y mantener una reunión con él?

—Creo que sería posible. Los que hemos vuelto de Siberia tenemos la obligación de pasar una vez cada quince días por la comisaría que nos asignen. Puedo preguntarle al inspector que tengo asignado. Ese hombre me conoce desde los días de la revolución y me trata con cierto respeto. Él me dirá cómo podremos encontrarlo.

—Bien. Cuando lo sepas, me llamas desde una cabina pública a mi hotel. Estoy en el Astoria. Creí que era mejor que andar ocultándome, y si todo sale como creo, solo estaré aquí unos días. Mi nombre es Valeri Vladimirovich Svechin. Soy comerciante en pieles y supuestamente resido en Vladivostok, aunque durante una época viví en Irkutsk. Este pasaporte correspondía a un ruso, soltero, sin familia conocida, que falleció hace unos meses en Nueva York. Mira, Fiódor, conozco bien el riesgo que estoy asumiendo, pero no tenía otra opción. Si me ocurre algo será mi propia responsabilidad y no tendré nada que reprochar a nadie. Ya me contarás más adelante muchas cosas. Pero lo importante es que estás vivo, y que tengo la completa certeza de que podré ayudarte a escapar. ¿Estás dispuesto a asumir el riesgo?

—Bueno —dijo Fiódor—, todo eso sucedió hace mucho tiempo. Esperemos que siga siendo el mismo que conocimos. ¡Qué demonios! ¡Alguna vez habrá que arriesgarse! Prefiero intentarlo que seguir en este

infierno sin esperanza. Aquí, en esta ciudad que tanto amabas, ahora no se puede vivir. Las cosas son muy complicadas, pero no pueden pensar que alguien esté tan loco como para meterse, como has hecho tú, en la boca del lobo. Eso los lleva a cometer errores. Pero mientras tanto, tienes que tener mucho cuidado.

Paul extrajo el carnet de la MVD de su pasaporte.

—¿Sabes lo que es, verdad? Bueno, pues hasta ahora ha sido como una llave mágica. Abre todas las puertas y nadie hace preguntas.

—¡Paul Alexander, me di cuenta de que eras un tipo loco desde el primer día que te conocí! ¡Tengo miedo de que te pueda pasar algo!

—Mira, lo que voy a hacer es verme con Semiónovich. Le voy a pedir un pasaporte y un visado para ti. Creo que nos lo proporcionará.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si te detiene?

Paul movió la cabeza negando.

—Te puedo garantizar que no lo hará por la cuenta que le trae. Se jugaría mucho. Tendría que matarme, y ni siquiera así podría explicar la situación. No creas que me he vuelto loco, pues algo así ya se ha hecho antes y salió bien. Este tipo de funcionarios no quiere meterse en líos. ¿Quién va a creer que alguien que se encuentra en mi situación aquí se atreva a entrevistarse nada menos que con uno de los inspectores jefe? Creo que si contacto con él y acepta verme, lo hará con todas las consecuencias. Ya no tenemos edad para huir a través del hielo y de la nieve. Hace algo menos de dos meses estuve en Jabárovsk, y entré y salí por Vladivostok. Sé que es tentar al diablo, pero cualquier otro plan dependería de terceros. Tengo la certeza de que Semiónovich nos ayudará.

—No lo sé. En estos años la gente ha cambiado mucho. ¡No puedes imaginarte cuánto! Pero en fin, es cierto que ese hombre me debe la vida y lo sabe. ¡Ah, Paul! ¡Cuántas cosas han pasado! ¡Y qué poco se parece esto a lo que creímos entonces! ¡Muchos estábamos ciegos! ¡Pobre Irina, una preciosa muchacha deslumbrada por sus ideales! ¡Ahí tienes! Lenin murió enseguida, pero puedo asegurarte que esto no era lo que él quería. Trotsky perseguido y vilipendiado como un traidor al partido y a la revolución. El hombre más brillante, que consiguió organizar el ejército rojo y ganar la guerra civil. ¡Y Stalin dueño del mundo! ¡Quién lo hubiera dicho!

Se despidió de Fiódor prometiéndole que todo saldría bien. Fiódor le replicó que él ya había estado en el infierno y que no temía al diablo. Prefería arriesgarse a lo que fuera si tenía la esperanza de poder escapar. Mientras volvía al centro en el tranvía de la línea de Viborg, reflexionó que aunque

Fiódor estaba muy envejecido físicamente, daba la impresión de seguir manteniendo su anterior vigor mental. Recordaba a aquel hombre incansable que siempre era capaz de conseguir lo que se le encomendara.

Se dirigió al Hotel Astoria. Mantenía la anacrónica elegancia de los tiempos del imperio, aunque algo más polvoriento. Siempre había sido un establecimiento recargado, pero seguía allí, con las tapicerías desgastadas, incluso rotas en algún punto. Aquel ambiente del San Petersburgo de antes de la revolución que se resistía a desaparecer.

A la mañana siguiente, recibió una llamada interior de recepción. Alguien aguardaba al señor Valeri Vladimirovich Svechin en uno de los salones privados de la primera planta. Bajó de inmediato y uno de los conserjes le condujo a una salita al final del pasillo. Cuando abrió la puerta se encontró con los ojos interrogantes de Konstantín Semiónovich.

—¡Vaya, vaya! ¡Valeri Vladimirovich! ¡Cuánto tiempo sin verlo! ¿Qué le trae por Leningrado? —Mientras hablaba le hacía gestos para que se dirigieran al otro lado del salón, apartados de los ventanales. Una vez allí, Semiónovich se volvió hacia él y le habló con cierta acritud en voz muy baja:

—¿Pero es que se ha vuelto usted loco? ¿Qué está haciendo aquí? ¡No diré que no me alegro de verle! ¡Perdone, pero es usted un imprudente! ¡Por Dios que es usted un hombre atrevido! ¿No comprende que esta situación nos compromete a todos? Me he encontrado con Fiódor Yegórovich. Yo estaba tomando café en una cafetería donde voy con asiduidad, y él se ha sentado a mi lado. Me ha explicado que un amigo común me aguardaba en el Hotel Astoria, un tal Valeri Vladimirovich Svechin, y que me convenía verlo. ¡Y resulta que es usted! ¿Cómo se ha atrevido a entrar en Rusia? ¿Qué pretende de mí? ¿Qué puedo hacer por usted? Sabe que mi deber sería detenerle, y entonces no sé como saldría usted de esta situación.

—Konstantín Semiónovich, usted no sería capaz de algo así, y lo que vengo a pedirle es algo muy concreto. ¿Usted recuerda que en un momento dado Fiódor pudo denunciarle? En aquellos días él era alguien entre los primeros bolcheviques, y usted procedía de la Ojrana. Luego la vida da muchas vueltas. Ahora le voy a pedir que me consiga un pasaporte para él, con un visado de salida. ¡Aguarde un instante, se lo ruego! Ese hombre ya no supone ninguna amenaza para nadie, y quiero sacarlo de Rusia. No voy a recordarle ahora que usted una vez me dijo «¡Pídame lo que quiera!». ¿No lo recuerda?

Semiónovich lo miraba como si no fuese capaz de asimilar lo que Paul le estaba diciendo.

—¡Estoy francamente sorprendido de su audacia! ¡Parece que la edad no parece haberle hecho sentar la cabeza!

Semiónovich dudaba. Estaría recordando la buena relación que él había mantenido en tiempos con el mismísimo Lenin y con Trotsky, y pensando que sería mejor la discreción. Comprendía que al ir allí había caído en una trampa, y que sería mejor sacarse la espina cuanto antes. ¡Que se llevara al maldito Fiódor Yegórovich cuanto antes, lo más lejos posible! Cualquier otra cosa lo comprometería, y sus superiores en la GPU querrían saber qué estaba haciendo allí un antiguo diplomático americano con aquellos antecedentes. ¡Nada menos que acusado de haber ayudado a Kérensky a escapar en los últimos momentos de la revolución de 1917! Aquel asunto apestaría. Una trama en la que estarían implicados los servicios secretos americanos a los que aquel Alexander pertenecería, los políticos rusos, el GPU. Si se llegaba a saber, no podría salir bien en ningún caso.

Konstantín Semiónovich sudaba copiosamente por todos los poros de su cuerpo mientras su rostro palidecía. Paul Alexander no era para él un desconocido, y como policía se había acostumbrado a prescindir de los sentimientos y de los recuerdos, a ser pragmático y eficiente. De pronto, aquel maldito periodista americano volvía a aparecer después de veinte años, en el peor momento posible. Nadie iba a creer que se había arriesgado a entrar en Rusia para encontrarse con él a la vista de todo el mundo, nada menos que en el Hotel Astoria. Su presencia allí demostraba que era un tipo de hombre al que no resultaba fácil intimidar, y que había llegado dispuesto a llevarse a Fiódor Yegórovich por encima de todo. Era como una pesadilla de la que tendría que deshacerse cuanto antes.

—Paul Alexander, usted me ha tendido una trampa y encima pretende que corra un enorme riesgo para salvar a su amigo… y a usted mismo. ¡Y se atreve a hablarme de una antigua amistad! Tendría que denunciarle ahora mismo… pero no lo voy a hacer. Usted se irá de aquí convencido de que me tenía cogido. ¡Por Lenin que juega usted fuerte! Ve en mí a un antiguo policía del zar transformado en un ferviente funcionario bolchevique. Ha creído que podría llegar hasta aquí, y que naturalmente yo preferiría la discreción. Se ha equivocado plenamente de criterio. Mire —Semiónovich sacó una pistola del bolsillo de su abrigo—, podría dispararle ahora mismo y este asunto quedaría zanjado. Solo estaría matando a un tal Valeri Vladimirovich Svechin, y dentro de un rato su cadáver estaría en la morgue. Yo alegaría que tenía un pasaporte falso, y que al ir a detenerlo me atacó, y tuve que dispararle. Ahora soy uno de los cinco inspectores jefes en Leningrado… Pero verá, blanco o rojo, soy

ruso y suelo cumplir mis promesas. Se lo proporcionaré, y le aconsejo que se vayan lo antes posible. Mañana a primera hora lo tendrá usted en su casillero. De lo que pueda suceder después no puedo darle ninguna garantía y negaré cualquier relación. Si consiguen salir del país le agradeceré que no vuelva a intentar ponerse en contacto conmigo jamás, y recuerde siempre que no le debo nada, ni a usted ni a su amigo Fiódor Yegórovich. Y ahora adiós. Podrá entender que les desee suerte.

El inspector jefe de la GPU Konstantín Semiónovich se levantó con un gesto brusco, sin disimular su enfado. Hizo una ligerísima inclinación de cabeza y salió de la sala. Paul suspiró de alivio. Nunca en su vida había pasado por un momento tan arriesgado, aunque aún le quedaba bastante para poder cantar victoria.

Aquella tarde fue caminando hasta la iglesia armenia situada en una pequeña plaza abierta a la Perspectiva Nevski. Había oscurecido cuando rodeó la pequeña iglesia y vio la puerta trasera. Estaba entornada. Entró sin más y allí, en la sacristía, estaba Anna Ajmátova hablando con un sacerdote armenio. El hombre lo saludó con una inclinación de cabeza y se introdujo en la iglesia. En una mesita alguien había preparado dos tacitas de café y un azucarero. Anna tomó asiento en una silla y le ofreció la otra.

—No te asombres. Este es un lugar muy adecuado para una reunión como esta. ¿Recuerdas cuando no había café ni azúcar en Petrogrado? Pues ahora lo que no hay son sentimientos, ni humanidad, ni nada que se le parezca. Prefería la falta de aquellos productos a lo de ahora. Te habrás dado cuenta de que la ciudad está como triste, no tiene nada que ver con aquella bulliciosa urbe que un día conocimos. Este triste Leningrado, en el que sus habitantes intuyen una oscura amenaza, no tiene nada que ver con lo que soñamos. Esta revolución no es lo que queríamos. No estoy segura de que con Lenin o con Trotsky hubiera sido mejor, pero sí que habría sido diferente. Rusia está hoy en día llena de almas muertas, gente que no te reconoce, que no acierta a comprender por qué está sucediendo todo esto. Este país era antes otra cosa, Stalin nos ha traído el miedo, las continuas delaciones, los crímenes de Estado. Antes existía una injusticia histórica, ahora no estamos mejor y encima vivimos atemorizados. Sabes que mi primer marido murió fusilado en 1921, mi hijo Lev Gumiliov está siendo juzgado en estos días, y mi actual marido, Nikolai Punin, se encuentra también prisionero en un campo de concentración del que no será capaz de salir nunca. Sé que morirá, pues está

agotado física e intelectualmente. Toda esa situación me tiene destrozada. No me permiten publicar, me vigilan, tengo que esconderme como ahora mismo si quiero tener un momento de paz, siempre con el temor de que irrumpan en mi vida. He perdido la alegría de vivir y no me resulta fácil inspirarme. Tengo miedo por ti, ya que si te descubren lo más fácil es que desaparezcas. Has venido a intentar salvar a tu amigo y estás corriendo un gran riesgo… lo sabes. Eres un hombre muy valiente, Paul.

—Sí, eso es así, Anna, pero después de ver cómo Irina Pávlova se quedó en el camino, veo las cosas de una manera diferente. Estoy convencido de que si permanece aquí no sobrevivirá. Lo voy a llevar a América conmigo pues, a pesar del tiempo pasado, sigue siendo como un hermano para mí. Y si tenemos que morir, al menos lo habremos intentado. Sé que el responsable de todo fui yo, con mi comportamiento insensato. Ya te lo explicaré algún día. Tú también tendrías que marcharte de aquí.

—A pesar de todo no puedo vivir sin esta ciudad. San Petersburgo sigue estando ahí, escondido, oculto tras otros nombres absurdos, pero no te quepa la menor duda de que algún día volverá a ser la urbe que asombró al mundo. Me hubiera gustado mucho conocer América pero tengo demasiadas raíces aquí. Ahora debo luchar para sacar a Lev de prisión. Acaba de ser acusado de atentar contra el Estado y de planear asesinatos políticos. Temo mucho por él —Paul pudo ver las lágrimas correr por las mejillas de Anna—. ¡He tenido que quemar mis escritos por miedo a que cayeran en manos de la policía! ¡A Stalin no le gustan mis poemas! ¡No le gusta la poesía, y eso es condenar a un país como este al mismísimo infierno! Y ahora debes irte. Me quedaré tranquila cuando reciba una carta en la que solo me digas que has llegado. Adiós.

Anna se levantó, lo besó en ambas mejillas y, sin decir nada más, entró a la iglesia armenia. Paul salió por la parte trasera y caminó hacia el hotel.

Cuando, alrededor de las siete de la mañana, bajó a desayunar le entregaron en recepción un sobre dirigido a Valeri Vladimirovich Svechin. Respiró hondamente al encontrar dentro el pasaporte a nombre de Vasiliev Iványovich Vorovsky. La foto era de Fiódor Yegórovich, y encontró el sello azul con el visado de salida de Leningrado a Finlandia. Allí mismo le informaron de que el tren con destino Helsinki salía a las doce del mediodía. No tenía tiempo que perder. Subió a la habitación, cogió su pequeña maleta, el abrigo y el sombrero. Bajó y liquidó la cuenta aparentando una serenidad que no tenía.

Caminó con rapidez hacia una parada de taxis y tomó uno hacia el teatro Mariinski. En el camino se cruzó con una línea de tranvías y ordenó al taxista que se detuviera allí. Luego aguardó bajo un soportal a ver llegar el tranvía mientras comenzaba a nevar intensamente. Cuando el tranvía arrancó, corrió hacia él y subió a la carrera. Unas calles más adelante, se apeó en el cruce de líneas y tomó otro hacia Viborg.

Media hora más tarde entraba en el edificio donde vivía Fiódor. Tocó a la puerta y Fiódor se asomó. Le entregó el pasaporte y le dijo que no cogiera ninguna maleta. Solo un abrigo viejo y lo indispensable. Aquel era un apartamento amueblado de alquiler. Salieron por la puerta de atrás. Caminaron bajo el aguanieve protegiéndose bajo el amplio paraguas que él llevaba. Volvieron a tomar el tranvía que llevaba hasta el centro, cambiaron de línea y cogieron otro hasta la Estación de Finlandia. A pesar de todo, echaría de menos aquella ciudad que escondía su hermosura bajo un manto de nieve que en algunos lugares se convertía en barrizal. Entraron en la estación y se dirigieron a una de las ventanillas para adquirir los billetes para Helsinki. Tuvieron que mostrar sus pasaportes con los visados de salida y rellenar dos formularios firmados por duplicado. Unos minutos más tarde les devolvieron los pasaportes y la copia sellada del formulario. Salieron de la estación y entraron en una pequeña cafetería. Aún les quedaba pasar el control de pasaportes antes de subir al tren. Dos hombres se acercaron y les pidieron la documentación, una inspección rutinaria de miembros de la GPU. Paul intentó mantener la calma mientras Fiódor temblaba sin poder contenerse, sabiendo lo que le aguardaba si los descubrían. Les entregaron los pasaportes y, mientras los hojeaban, pensó en sacar su carnet de la MVD, pero quería aguardar a ver lo que ocurría.

—Así que van a Finlandia. Veo que llevan los pasaportes y el visado aparentemente en regla. Aun así debemos hacerles unas preguntas. Pueden acompañarnos, por favor. Vamos a aquel despacho.

El policía señaló una puerta cercana. A pesar de la complicada situación, Paul no se decidió a mostrarles el carnet de la MVD. Empezaba a pensar que sería peor si le hacían preguntas. Efectivamente, aquel lugar no era Vladivostok.

En aquel momento vio cómo el inspector jefe Semiónovich hacía su entrada en la estación y se dirigía hacia ellos. Uno de los agentes se le acercó y habló con él. Un minuto más tarde, Semiónovich se acercó hasta él.

—Siento mucho la equivocación que mis agentes estaban a punto de cometer. Sigan su camino, no tenemos nada contra ustedes. Acompáñenme

hasta el control de pasaportes.

Paul respiró hondo y miró a Fiódor, que seguía temblando. Semiónovich llevaba sus pasaportes y caminaba delante de ellos. Gracias a su presencia no tuvieron problema y apenas unos instantes después el inspector les entregó sus documentos.

—Bueno, aquí están sus pasaportes visados. No resulta tan fácil entrar o salir de la URSS. Han sido ustedes afortunados. Ahora suban al tren. Hablaré con los inspectores para que no tengan problemas —Semiónovich bajó la voz —. No quiero volver a verlos jamás. Estamos en paz. Váyanse ya.

Paul cogió del brazo a Fiódor y caminaron hacia el tren detenido en el andén. Lo ayudó a subir y se dirigieron a su vagón. Desde allí pudo ver a lo lejos a Semiónovich con los brazos cruzados; aquel hombre había llegado en el momento oportuno.

—Ese hombre ha venido a comprobar que realmente nos íbamos — susurró Paul al oído de Fiódor—. Le hemos quitado un peso de encima.

Fiódor hizo una mueca intentando sonreír.

—No, Paul, ha venido a demostrarte que estábamos en sus manos hasta el final, y que si hubiera querido ahora estaríamos camino del infierno. Él ha advertido a esos inspectores. Podríamos haber tenido un problema en el control de pasaportes. No resulta nada fácil salir de este país. Por mi parte, sigo pensando que estás loco, y no me lo creeré hasta que estemos en Helsinki… y ni siquiera entonces.

El tren se puso en marcha con un fuerte chasquido y poco a poco comenzó a moverse. Observó a través de la ventanilla. El inspector jefe de la GPU de Leningrado seguía inmóvil en el mismo sitio.

Unas horas más tarde llegaron a la frontera y el tren se detuvo para que subiera la policía finlandesa mientras los inspectores soviéticos descendían del tren. Cuando les pidieron la documentación, Fiódor seguía temblando. Media hora después, el tren se puso en movimiento. Lo habían conseguido.

Fiódor extrajo un viejo libro del bolsillo de su abrigo.

—¿Lo recuerdas? Mi madre me lo envió hace muchos años a Kolyma. Allí me lo aprendí de memoria, y ese libro me ayudó a sobrevivir. El viejo conde tenía razón.

Paul asintió. Se trataba de *Resurrección*. Él tenía un ejemplar idéntico en su piso de Nueva York, y también lo había leído muchas veces.

El 25 de marzo de 1938, el vapor sueco *Mariehamn* atracaba en el muelle sesenta y cuatro del puerto de Nueva York. Fiódor Yegórovich pasó el control de aduanas y pasaportes gracias a la documentación que hasta allí llevó Harry Hirsch, acompañado del antiguo embajador en Rusia David R. Francis, que abrazó a Paul sonriendo.

—¡Creíamos que esta vez no iba a conseguirlo! ¡Es usted alguien muy afortunado, Paul!

Después subieron a un taxi y Paul le dio la dirección de su casa en Park Avenue. Fiódor no hacía más que mirar en silencio hacia arriba, sobrecogido por las increíbles alturas de los edificios de Manhattan.

Cuando Amalia los vio entrar, corrió a abrazar a su marido, emocionada. Después hizo lo propio con Fiódor.

—¡Querido Fiódor Yegórovich! ¡Bienvenido a casa! Te felicito por haberlo conseguido. Como habrás podido comprobar, tienes un verdadero amigo.

Fiódor le contestó con los ojos húmedos:

—¡Jamás lo puse en duda! Mientras estaba en Kolyma, en el corazón de Siberia, soñé muchas veces con este momento. Te diré que desde aquel primer día de 1910 en que lo conocí, me di cuenta de quién era en realidad Paul Alexander.

Epílogo

Apenas había transcurrido un mes desde su vuelta de Leningrado cuando una mañana recibió un sobre certificado de un bufete de abogados de Baltimore. Contenía una carta de un tal Peter Humbert, abogado, y otro sobre más pequeño escrito a mano con su nombre. Humbert le comunicaba el fallecimiento de un tal Alexei Petrovich Vorovsky, el mes anterior, quien había reconocido un año antes ante notario ser el exmarido de la madre de Paul E. Alexander. Aclaraba que aquel hombre había vivido durante muchos años en Baltimore, trabajando en su propio negocio de curtido de pieles, y le había legado el negocio y cierta cantidad de dinero. No se conocía la existencia de otros posibles herederos. El bufete se había encargado del legado y de liquidar las tasas. Necesitaban una cuenta para transferirle la suma de ciento veintidós mil dólares. En cuanto al negocio, estaba a nombre de una sociedad en proceso de adquisición por parte del socio de Alexei Petrovich, y le explicaba que cuando terminase dicho proceso le liquidarían el resto. El sobre que acompañaba había sido entregado por Petrovich al notario para que, una vez fallecido, se cumplieran las disposiciones y se enviara a la atención personal de Paul Eugene Alexander, con domicilio en Park Avenue 67, Apartamento 15, Manhattan (NY).

Antes de abrir el segundo sobre, dudó si prefería seguir como estaba. Aquel hombre jamás había querido conocerlo en vida, aunque aquella carta demostraba que lo había ido siguiendo desde lejos, sin siquiera presentarse para decirle que tenía un padre cuando más falta le habría hecho. Recordaba las veces que había preguntado a su madre acerca de quién era su padre, pero ella se limitaba a responder que se llamaba Alexei Petrovich y que no sabía nada de él. Nunca quiso contarle nada acerca del hombre que la abandonó apenas consiguió entrar en los Estados Unidos. En ocasiones había rebuscado entre las pertenencias de su madre mientras ella trabajaba en el taller de costura en el que finalmente encontró trabajo, intentando encontrar una pista, una explicación que entonces necesitaba.

De pronto, muchos años después, convencido como estaba que quien fuera aquel hombre habría muerto mucho tiempo antes, recibía una carta cuando ya no podría hablar con él, aunque solo fuese para pedirle explicaciones. Le enviaba una carta y un dinero que no quería ni necesitaba. Se sentía tan confundido y enfadado que estuvo a punto de arrojarla a la

chimenea, pero finalmente la curiosidad lo contuvo y la guardó sin abrir en un cajón del buró. De momento no quería saber nada más. Aquel era un asunto liquidado, y tomó la decisión de no hablar de ello, ni siquiera con su esposa.

Un mes más tarde, una noche se levantó incapaz de conciliar el sueño, se dirigió a su despacho, abrió el cajón, dudó unos instantes antes decidirse a coger la carta, hasta que finalmente la abrió y se sentó en su sillón. Sentía emociones contradictorias, pues sabía a lo que se exponía si la leía. El texto estaba en ruso. Era evidente que aquel hombre sabía mucho acerca de él.

Baltimore, 25 de marzo de 1938

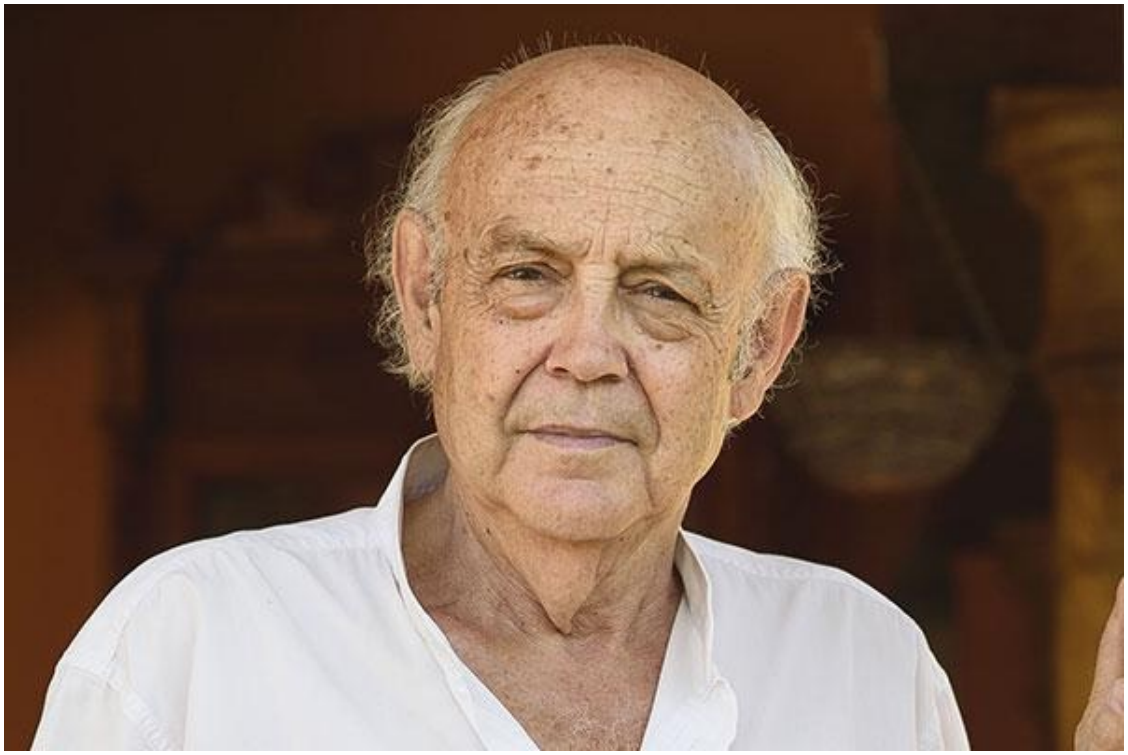
Dirigida a Paul Alexander, hijo de Katerina Andréievna

Paul: Esta carta te llegará después de que me haya ido de este mundo, pues sé bien que me queda poco. Debo aclararte antes de nada que nada tuve que ver con tu nacimiento ya que te engendró otro hombre; por tanto, nada tengo que reprocharme. ¿Qué hubiera conseguido haciéndome pasar por tu padre cuando sabía bien que era imposible tal cosa? Pero sí fui el marido de Katerina Andréievna durante tres años, y la traje a América. Al menos creo que en eso no me equivoqué. En cualquier caso, siempre sentí que te debía una explicación ya que ella te diría alguna vez que yo era tu padre, probablemente porque no podía darte otra respuesta. Siendo un muchacho con apenas catorce o quince años, te vi jugando en la calle con otros chicos del Bronx. Te había visto salir del portal donde vivía ella, y alguna vez acompañándola, y supe entonces que alguna vez serías lo que nosotros no pudimos ser. Muchos años más tarde me crucé contigo por la calle en Manhattan, y supe que eras tú, pero no quise darme a conocer. Creo que si lo hubiera hecho habría sido peor para los tres. Eras un verdadero ruso y pensé que me hubiera gustado que fueras mi hijo.

Desde entonces leí todos los artículos que escribiste sobre Rusia. No te negaré que me sentía orgulloso de ti. Yo sufrí mucho allí, pero toda mi vida he seguido amando aquel país que tú estabas dando a conocer. Te he seguido durante estos años por tus artículos del New York Herald*. Por todos esos motivos te he nombrado mi heredero universal, pues entre otras cosas no tengo a nadie más, por tanto haz con ese dinero lo que quieras. No se trata de una compensación, pues nadie puede compensarte. A mí tampoco. Tú no eras culpable de*

nada, y con los años comprendí que todo podría haber sido de otra manera, pero también que ya era tarde para cambiar las cosas. ¿Que habría conseguido con ello? Cada hombre y cada mujer tienen que encontrar su propio camino. Ella no se atrevió a decirme quién era el padre, antes de aquello tu madre trabajó en Dubna y más tarde, según creo recordar, estuvo unos meses como doncella en una casa señorial de Yasnaia, aunque eso ya no importa ahora. Nada más sé y nada más puedo decirte. Pronto moriré y solo te pido que no maldigas mi memoria. Que Dios perdone a Katerina Andréievna y a mí también.

Alexei Petrovich Vorovsky



GONZALO HERNÁNDEZ GUARCH, bajo el nombre literario, G. H. Guarch (Barcelona, 1945) es un novelista español que cuenta con una brillante trayectoria literaria, además de ejercer como arquitecto y urbanista.

Colaborador habitual en diversos periódicos y revistas, ha publicado numerosos títulos en los últimos años, como *Shalom Sefarad* sobre la expulsión de los judíos de España, *Historia de tres mujeres: crónica de una guerra* sobre la guerra de Yugoslavia a través de tres mujeres protagonistas en el conflicto, o *En el nombre de Dios* en la que trata los orígenes del integrismo islámico, un libro fundamental para su comprensión.

Premio de Narrativa Blasco Ibáñez 1997 por su novela *Las puertas del paraíso*, su reconocimiento fuera de España, con el prestigioso Premio AGBU Garbis Papazian 2007, que coronaba su reconocimiento en el mundo armenio por sus novelas sobre el Genocidio Armenio así como su nombramiento como Miembro Honorario de la Academia de Ciencias y Letras de Armenia, por su trilogía, *El árbol armenio* y *El testamento armenio* y *La montaña blanca*, traducida al ruso y al armenio.

Recientemente ha sido condecorado con la Medalla Movses Khorenatsi, la mayor distinción cultural en Armenia.

CORRESPONSAL EN RUSIA
de **G. H. Guarch**
se terminó de imprimir en Pamplona
el 1 de octubre de 2017.

Tal día como hoy de 1882 nació
el militar ruso Boris Shaposhnikov.

Notas

[1] La Isla de Ellis es un islote rocoso situado frente al puerto de Nueva York donde se ubicó la aduana de entrada a los Estados Unidos para los emigrantes. Actualmente es un museo-archivo con la consideración de Monumento Nacional. <<

[2] Chester Allan Arthur (1829-1886). Vigésimo primer presidente de los Estados Unidos (1881-1885). Llegó a la presidencia siendo vicepresidente con James Garfield, que resultó asesinado. <<

[3] El término «mujik» designaba a los campesinos rusos antes de 1917. Hasta 1861, cuando se realizaron reformas agrícolas en Rusia, los *mujiks* eran siervos vinculados a la tierra que no podían abandonar sin expreso permiso de su propietario. También se utilizaba de forma despectiva para referirse a gente burda o ignorante. <<

[4] Iván Serguéievich Turgueniev (Oriol, Rusia 1818-Bougival, Francia 1883), escritor y novelista considerado el más occidental de los narradores rusos del siglo XIX. <<

[5] *Versta*, unidad de longitud rusa antigua, equivalente a 1066,8 metros. <<

[6] Konstantín Stanislavski, seudónimo de Konstantín Serguéievich Alekséyev (Moscú 1863-1938), actor y director teatral. Creador del método interpretativo Stanislavski. <<

[7] La policía política en la época de los zares: La Tercera Sección del Ministerio del Interior. <<

[8] Cirilo (827-869) y Metodio (815-885), llamados los apóstoles eslavos, fueron dos hermanos provenientes de Tesalónica (Imperio Bizantino) que se convirtieron en apóstoles en el Imperio de la Gran Moravia. Inventores del alfabeto glagolítico, usado en manuscritos eslavos antes del desarrollo del alfabeto cirílico utilizado en varias lenguas eslavas, incluido el ruso. <<

[9] Georgi Apolónovich Gapón (1870-1906) fue un sacerdote ortodoxo ruso y un líder popular de la clase obrera antes de la Revolución Rusa de 1905. El 22 de enero de 1905, un día después de que comenzara la huelga general en San Petersburgo, organizó una marcha de obreros con el fin de presentar una carta al zar, que acabaría en tragedia. <<

[10] La residencia de la familia real rusa cercana a san Petersburgo. Conforma un conjunto de palacios, parques y edificios institucionales situados a 25 km al sur de San Petersburgo. <<

[11] Pinhas Rutenberg. Ingeniero y líder sionista, asesinó ahorcándolo a su compañero de partido Georgi Gapón. <<

[12] Georgi Valentinovich Plejánov (Gudalovka, Rusia 1857-Terijoki, Finlandia 1918) fue un revolucionario ruso, teórico y propagandista del marxismo que aportó muchas ideas en el ámbito de la filosofía, el arte y la religión en la sociedad. Organizó las primeras protestas políticas en Rusia. <<

[13] En memoria de Grigori Potiomkin, militar ruso del siglo XVIII, amante de Catalina la Grande. <<

[14] El título *Resurrección* alude a Nejliudov, el protagonista de la historia. Tolstoi hace un ejercicio de autocrítica de su juventud. Nejliudov es de origen noble, corrompido por la sociedad pero, por otra parte, capaz de embarcarse en un ejercicio de resurrección moral cuyo fin es la consecución del bien y la justicia. <<

[15] Agricultores o campesinos rusos que poseían tierras propias y contrataban a braceros, o *mujiks*, para que labraran sus tierras. En la época soviética se denominaba así, despectivamente, a los grandes propietarios por contrarrevolucionarios. Muchos de ellos fueron asesinados o deportados a los campos de trabajo de Siberia. <<

[16] Aleksandr Vasilievich Kolchak (San Petersburgo 1874-Irkutsk 1920). Marino, militar y explorador del Ártico ruso, líder antibolchevique del Movimiento Blanco durante la Guerra Civil Rusa. <<

[17] El Partido Democrático Constitucional, conocidos popularmente sus afiliados como Kadetes, fue un partido político liberal de la época de los dos últimos zares. <<

[18] *Miguel Strogoff, el correo del Zar* es una extraordinaria novela de Julio Verne sobre la Rusia del XIX. <<

[19] Natalia Sergéyevna Goncharova (1881-1962) fue una importante pintora rusa del cubo-futurismo. Nació en Nagaevo, cerca de Tula, Rusia. <<

[20] Mijaíl Lariónov (Tiráspol 1881-Fontenay-aux-Roses 1964), pintor ruso de corte vanguardista, compañero de Natalia Sergéyevna Goncharova. <<

[21] Olga Rozanova nació en 1886 en Melenki, pequeño poblado cercano a Vladímir. En 1904 asiste a los estudios de arte de Konstantín Bolshakov y de Konstantín Yuon en Moscú al tiempo que estudia en la Escuela Stroganov de Arte Aplicado. En 1911 participó activamente en la Unión de la Juventud. <<

[22] Kazimir Severínovich Malevich (Kiev 1878-Leningrado 1935) fue un pintor ruso, creador del suprematismo. <<

[23] Vladímir Yevgráfovich Tatlin (Járkov, Ucrania 1885-Moscú 1953), artista ruso constructivista que abarcó múltiples facetas: escultura, pintura, proyectos arquitectónicos, objetos inventados, de diseño y decorados teatrales. <<

[24] Antoine Pevsner (1888-1962) escultor nacido en Orel, Rusia, hijo de un ingeniero. Su hermano Naum Gabo fue asimismo un importante escultor constructivista y pionero del arte cinético. <<

[25] Oleksandr Porfírovich Arjípenko (Kiev 1887-Nueva York 1964), escultor y artista gráfico ucraniano de vanguardia. <<

[26] Vasili Vasilievich Kandinsky (Moscú 1866-Neuilly-sur-Seine 1944), pintor ruso, precursor de la abstracción en pintura y teórico del arte. <<

[27] Konstantín Alekséyevich Korovin (1861-1939), pintor ruso de la escuela impresionista y diseñador de decorados teatrales. <<

[28] Vaslav Fomich Nijinsky (Kiev 1890-Londres 1950), bailarín de ballet y coreógrafo ruso de origen polaco. Se le considera uno de los más dotados bailarines en la historia de la danza clásica, por su virtuosismo y la profundidad e intensidad de sus caracterizaciones. <<

[29] Anna Pávlova (1881-1931), famosa bailarina de ballet rusa de comienzos del siglo XX. <<

[30] Piotr Arkádievich Stolypin (Dresde 1862-Kiev 1911). Primer ministro y ministro del Interior del zar Nicolás II de Rusia desde 1906 hasta 1911. <<

[31] Visarión Grigórievich Belinski (1811-1848), periodista y crítico literario ruso, filosofo prooccidental. <<

[32] Nikolai Gavrilovich Chernishevski (1828-1889), filósofo y crítico ruso, socialista y materialista. <<

[33] Nikolai Aleksándrovich Dobrolyúbov (1836-1861), crítico literario ruso. <<

[34] «Oprichnik», del antiguo ruso que designaba a los individuos destinados a servir en la Oprichnina, o territorio propio del zar Iván el Terrible. Organización militar creada en el año 1565 con la finalidad de reforzar su poder personal para defenderse de la aristocracia tradicional o «boyardos». <<

[35] Yásnaia Poliana. Finca en la que vivió toda su vida León Tolstoi, cercana a Tula, al sur de Moscú. Su traducción del ruso sería: «Luminoso claro en el bosque». Actualmente es un museo conmemorativo. En ella está enterrado León Tolstoi. <<

[36] Aleksandr Aleksándrovich Blok (San Petersburgo 1880-1921), destacado poeta ruso. Las imágenes místicas y misteriosas de su primer libro lo afianzaron como líder del movimiento simbolista ruso. <<

[37] Dmitri Ivánovich Mendeléyev (1834-1907), químico ruso, creador de la Tabla Periódica de los Elementos. <<

[38] *Pauvre Lelian* en el original francés, anagrama del poeta Paul Verlaine. <<

[39] Mijaíl Yúrievich Lérmontov (Moscú 1814-Piatigorsk 1841), escritor y poeta romántico ruso, en ocasiones también llamado «el poeta del Cáucaso». <<

[40] Fiódor Tyutchev (Ovstug, cerca de Briansk, 1803-Tsárskoye Seló 1873). Poeta ruso que fue funcionario de la diplomacia y de la cancillería del Imperio (1822-1857). <<

[41] Apolón Nikoláyevich Máikov (Moscú 1821-San Petersburgo 1897), poeta ruso, uno de los representantes del movimiento neoclásico. <<

[42] Nikolai Stepánovich Gumiliov (1886-1921), poeta ruso, figura central del movimiento acmeísta. Estuvo casado con la poetisa Anna Ajmátova. <<

[43] Anna Andréyevna Ajmátova, de soltera Górenko (Bolshoi Fontán, cerca de Odesa, 1889-Domodédovo, cerca de Moscú, 1966), fue una destacada poeta rusa. <<

[44] Andrei Bely o Biely (Blanco) (1880-1934), poeta simbolista, crítico literario y novelista. Su obra más importante es la novela *Petersburgo*. <<

[45] Dmitri Serguéievich Merezhkovski (1865-1941), escritor simbolista y filósofo. Casado con la poetisa Zinaída Guippius, masona como él. <<

[46] Mijaíl Aleksándrovich Vrúbel (1856-1910). Pintor ruso de la escuela simbolista, se inspiró en la escuela bizantina. Una de sus más importantes pinturas es *El Demonio caído*. <<

[47] Tamara Platónovna Karsávina (San Petersburgo 1885-Beaconsfield 1978), primera bailarina de los Ballets Rusos. Se estableció en Inglaterra y colaboró en la fundación de la Real Academia de Danza en 1920. <<

[48] Serguéi Pávlovich Diáguilev (Sélischi 1872-Venecia 1929), empresario ruso fundador de los Ballets Rusos, una compañía de la que surgirían muchos bailarines y coreógrafos famosos. <<

[49] Alphonse Victor Marius Petipa (Marsella, 1818-Gurzuf, Crimea 1910). Maestro de danza, bailarín y coreógrafo. <<

[50] Karl Kautsky (Praga 1854-Ámsterdam 1938), filósofo y teórico marxista amigo de Friedrich Engels. Coautor del Programa de Erfurt del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) con Bebel y Bernstein. <<

[51] Dialecto judeo-alemán mezcla de alemán, lenguas eslavas y hebreo hablado por las comunidades judías de Centroeuropa y parte de Rusia. <<

[52] Los «Cien Negros», también conocido como las Centenas Negras, fue un movimiento antisemita ultraconservador en la Rusia de comienzos del siglo XX que apoyaba el carácter autocrático del régimen zarista en oposición a los movimientos revolucionarios. <<

[53] En la Roma imperial, los «proletarii» eran los ciudadanos de la clase más baja que no tenían propiedades y cuya única utilidad para el Estado era generar prole para engrosar los ejércitos del imperio. <<

[54] Georgi Valentinovich Plejánov (Tambov, Rusia 1856-Terijoki, Finlandia 1918). Revolucionario marxista ruso que escribió sobre el materialismo histórico. Jugó un importante papel en la revolución. <<

[55] Serguéi Yúlievich Witte (Odesa 1849-1915). Ministro de hacienda con Alejandro III en 1893. Partidario del desarrollo industrial de Rusia aun a costa del endeudamiento del país. Fue primer ministro con Nicolás II y destituido en 1905 al instaurarse las Dumas. <<

[56] Piotr Arkádievich Stolypin (Dresde 1862-Kiev 1911), Primer Ministro y ministro del Interior del zar Nicolás II de Rusia desde 1906 hasta 1911. <<

[57] Con Lenin se inicia una tradición de materialismo dialéctico llamada marxista-leninista. Para él la dialéctica es la doctrina del desarrollo en su forma más completa, profunda y libre de unilateralidad, la doctrina acerca de lo relativo del conocimiento humano, que nos da un reflejo de la materia en perpetuo desarrollo. <<

[58] Antón Pávlovich Chéjov (Taganrog 1860-Badénweiler, Alemania 1904). Médico de profesión y uno de los más importantes escritores rusos. Dramaturgo. <<

[59] Aleksandr Nicolajewitsch Ostrovski (1823-1886), dramaturgo. <<

[60] Nikolai Semiónovich Leskóv (Gorójovo 1931-San Petersburgo 1895). Escritor y periodista ruso. <<

[61] Mijaíl Yevgráfovich Saltikov-Shchedrín (Spas-Ugol 1826-San Petersburgo 1889). Escritor y periodista satírico. <<

[62] Vsévolod Mijáilovich Garshín (1855-1888). De familia noble, su educación se vio interrumpida por la guerra de 1876 contra los turcos, en la que luchó como voluntario. Tras quedar herido en una pierna, comenzó a escribir durante su convalecencia. En 1880 comenzó a dar muestras de inestabilidad mental y fue encerrado en varios manicomios. Se suicidó en San Petersburgo. <<

[63] Modest Petrovich Musorgski (Pskov 1839-1881). Compositor ruso, integrante del Grupo de los Cinco. Destacan sus obras *Boris Godunov* y el poema sinfónico *Una noche en el Monte Pelado*. <<

[64] Nikolai Andréyevich Rimsky-Korsakov (1844-1908). Compositor ruso y director de orquesta. Perteneciente al Grupo de Los Cinco. <<

[65] Aleksandr Porfirievich Borodin (San Petersburgo 1833-1887). Compositor ruso perteneciente al Grupo de los Cinco. <<

[66] César Antónovich Kyui (más conocido como César Cui). Compositor y militar (Vilna 1835-San Petersburgo 1918). Cui era hijo de una noble lituana y un oficial francés que se quedó en Rusia tras la retirada del ejército de Napoleón. <<

[67] Mili Alekséyevich Balákirev (Nizhny Novgorod 1836-San Petersburgo 1910). Compositor ruso perteneciente al Grupo de los Cinco. <<

[68] Piotr Ilich Chaikovski (1840-1893). Compositor ruso romántico, autor de obras inmortales como *El lago de los cisnes*, *El cascanueces*, *El lago de los cisnes*, la *Sinfonía patética*, etc. <<

[69] Víctor Chernov (1873-1952). Político perteneciente al Partido Social-revolucionario, del que fue su principal ideólogo. Fue ministro del Gobierno Provisional ruso. <<

[70] Aleksandr Fiódorovich Kérensky (Simbirsk 1881-Nueva York 1970). Abogado y político miembro del Partido Social-revolucionario, fue uno de los líderes de la revolución y uno de sus principales actores en el derrocamiento del régimen zarista. No pudo evitar la revolución de Octubre y la toma del poder por parte del Partido Bolchevique. <<

[71] Alexander Guchkov (1862-1936). Dirigente de los «octubristas», partido monárquico de la gran burguesía industrial, comercial y terrateniente. <<

[72] Nikolai Gavrilovich Chernishevski (Sarátov 1828-1889). Filósofo y crítico ruso, escribió en la cárcel la novela *¿Qué hacer?* (1863), que describe al revolucionario ideal. Deportado a Siberia, no fue liberado hasta 1883. <<

[73] *Kvas* (literalmente «levadura de pan») es una bebida alcohólica fermentada de bajo contenido alcohólico, muy popular en Rusia. <<

[74] Aleksandr Serguéievich Pushkin (Moscú 1799-San Petersburgo 1837). Poeta, dramaturgo y novelista. Está considerado el fundador de la moderna literatura rusa. <<

[75] Anna Aleksándrovna Výrubova (1884-1964). Dama de honor de la zarina Alejandra, tenida por su mejor amiga y confidente. <<

[76] Los flagelantes o en ruso los «jlystý», o los que se azotan, conocidos también como Gente de Dios. Grupo sectario separado de la Iglesia ortodoxa rusa, escisión de la Iglesia de los Viejos Creyentes, fundado por Danila Filippovich en 1631. <<

[77] En 1889 contrae matrimonio con el gran duque Pedro Romanov (hijo de Nicolás Nikoláyevich «El viejo» y de la duquesa Alejandra de Oldenburgo). Militza de Montenegro, princesa real de Montenegro, nacida en 1866, muerta en 1951 en Egipto. Por su matrimonio, fue gran duquesa de Rusia. <<

[78] Hijo del gran duque Nicolás Nikoláyevich (1831-1891) y de la duquesa Alejandra de Oldenburgo, Pedro Romanovich nació en 1864 en San Petersburgo, y falleció en 1931 en Francia. En 1889 Pedro Nikoláyevich contrajo matrimonio con la princesa Militza de Montenegro, hija del rey Nicolás de Montenegro y de Milena Vukotic, hermana de la reina Helena de Italia. <<

[79] David Davidovich Burliuk, hermano de Vladimir Burliuk (Semyrotivka 1882-Nueva York 1967). Pintor, ilustrador y posteriormente publicista. En 1902 se establecieron en Múnich y participaron en la exposición *Der Blaue Reiter* en 1911. En Moscú colaboraron con Natalia Goncharova y Mijaíl Lariónov, y expusieron con el grupo Sota de Diamantes. <<

[80] *Der Blaue Reiter* (El jinete azul), nombre de un grupo de artistas expresionistas de la vanguardia rusa fundado por Vasili Kandinsky. <<

[81] Liubov Popova (1889-1924) es uno de los puntales más brillantes de la vanguardia rusa. De elevada posición social y una educación superior a la de los demás artistas. Estudió en París con Henri Le Fauconnier y Jean Metzinger. En Moscú frecuentó el taller de Vladimir Tatlin, que influyó en su experiencia constructiva y escultural. En Italia investigó la pintura del Giotto además de interesarse por lo que hacían los futuristas. En 1915 se unió a los suprematistas y colaboró con Malevich en decorados teatrales. <<

[82] Vladimir Vladimirovich Mayakovski (Baghdati, Georgia, 1893-Moscú, 1930). Poeta y dramaturgo revolucionario publicó en 1912 *Bofetada al gusto del público*, junto a David Burliuk y Velimir Jlébnikov. <<

[83] Velimir Jlébnikov, seudónimo de Viktor Vladimirovich Jlébnikov (Astracán 1885-Novgorod 1922). Escritor y poeta futurista ruso. <<

[84] Alexandra Exter (Ucrania 1882-Francia 1949). Importante miembro de la Vanguardia rusa. En París conoció a Picasso y a Braque. Posteriormente se interesó por el constructivismo de Malevich y Tatlin. <<

[85] Filippo Tommaso Marinetti (Alejandría 1876-Como 1944). Poeta y editor italiano, fundador del futurismo. <<

[86] Igor Severyanin (San Petersburgo 1887-Tallin 1941). Poeta ruso que dirigió el grupo de los llamados «ego-futuristas». <<

[87] El Futurismo ruso perteneció a la Vanguardia rusa y se relacionó con el futurismo italiano de Marinetti. El manifiesto *Bofetada al gusto del público* de 1912, firmado por los componentes del grupo Hylaea, fue su punto de arranque. <<

[88] Ígor Fiódorovich Stravinski (Oranienbaum 1882-Nueva York, 1971), compositor y director de orquesta y uno de los más importantes músicos del siglo XX. <<

[89] Serguéi Vasilievich Rachmaninov (Semiónovo, 1873-Beverly Hills, 1943). Pianista, compositor y director de origen ruso. Uno de los más importantes músicos del siglo XX. <<

[90] Dmitri Serguéievich Merezhkovski (San Petersburgo 1865-París 1941), uno de los primeros y más eminentes ideólogos del simbolismo ruso. Su esposa, Zinaída Guippius, era poetisa. <<

[91] Konstantín Petrovich Pobedonóstsev (Moscú 1827-San Petersburgo 1907), político y filósofo ruso. Considerado el principal representante del movimiento conservador ruso en los últimos años del régimen zarista, controló la política imperial con Alejandro III e influyó notablemente en Nicolás II. <<

[92] Nikolai Stepánovich Gumiliov (18861921), poeta ruso. Figura central del movimiento acmeísta junto a Anna Ajmátova (con quien estuvo casado) y Ósip Mandelshtam. Fue fusilado en 1921. Durante el régimen soviético su poesía fue prohibida. <<

[93] Ósip Emílievich Mandelshtam. (Varsovia 1891-Vladivostok 1938). Miembro del movimiento acmeísta. <<

[94] Mijaíl Mijáilovich Bajtin (Oriol 1895-Moscú 1975). Crítico literario, filósofo y pensador del lenguaje. <<

[95] Pável Filónov Nikoláyevich (1883-1941), miembro de la vanguardia rusa, pintor, teórico del arte y poeta. <<

[96] Vsévolod Emílievich Meyerhold (Penza 1874-1940) fue un director teatral, actor y teórico ruso. <<

[97] Fiódor Sologub (1863-1927). Poeta y novelista, uno de los escritores más importantes representantes del movimiento simbolista ruso. <<

[98] Fiódor Ivánovich Shaliapin (Kazán 1873-París 1938) fue el más famoso cantante de ópera ruso de la primera mitad del siglo XX. <<

[99] George Balanchine (1904-1983), una de las figuras capitales del ballet del siglo XX, fue uno de los coreógrafos más destacados del ballet estadounidense y uno de los fundadores del estilo neoclásico. <<

[100] Mijaíl Mijáilovich Fokín, mejor conocido por el nombre afrancesado de Michel Fokine (1880-1942) fue un revolucionario bailarín, coreógrafo, maestro de ballet. <<

[101] Leonid Fiódorovich Miasin, «Massine» (Moscú 1896-Alemania 1979). Fue un bailarín y coreógrafo de ballet. Estudió en la Escuela del Teatro Bolshoi. Desde 1915 a 1921 fue el coreógrafo principal de los Ballets Rusos de Diáguilev. <<

[102] León (Lev) Nikoláyevich Bakst (Goradnia 1866-París 1924). Pintor ruso, diseñador escenográfico y de vestuario que revolucionó las artes en las que trabajó. <<

[103] Valentín Aleksándrovich Serov (1865-1911) fue un pintor ruso y uno de los mejores retratistas de su época. <<

[104] Ida Lvovna Rubinstein (San Petersburgo 1885-Francia 1960) fue una gran bailarina. <<

[105] Iván IV Vasilievich llamado Iván el Terrible (1530-1584). Considerado uno de los creadores del Estado ruso. Se casó en varias ocasiones pero su matrimonio más importante fue el primero, con Anastasia Románovna Zajárina en 1547. Conquistó Siberia para Rusia. <<

[106] Mijaíl Vladimirovich Rodzyanko (1859-1924) político ruso. Rodzyanko fue uno de los miembros fundadores y líderes del Partido Octubrista. Fue diputado de la Tercera Duma, y Presidente después de la designación de Aleksandr Guchkov en 1911. Continuó como Presidente de la Cuarta Duma hasta su disolución en febrero de 1917. <<

[107] Tsárskoye Seló fue residencia de la familia imperial rusa. El conjunto de palacios y parques, hoy en la ciudad de Pushkin, así como su centro histórico forman parte del Centro Histórico de San Petersburgo. El centro de palacios de la Villa se sitúa a 24 kilómetros al sur de San Petersburgo. <<

[108] Mijaíl Aleksándrovich Bakunin (1814-1876), el más conocido de la primera generación de filósofos anarquistas y uno de los padres de este pensamiento. <<

[109] Mathilde Kschessinska (Peterhof 1872-París 1971). Fue primera bailarina de ballet, se la recuerda por su aventura amorosa con el futuro zar Nicolás Romanov. <<

[110] Máximo Gorki, pseudónimo de Alekséi Maksímovich Péshkov (Nizhny Novgorod 1868-Moscú 1936), escritor ruso soviético. <<

[111] Piotr Demiánovich Ouspenski (Moscú 1878-Surrey 1947), filósofo y escritor ruso de orientación mística. Autor de varios libros de temática espiritual y filosofía esotérica. También dio conferencias y seminarios sobre las enseñanzas de George Gurdjieff y el Cuarto Camino. <<

[112] Georges Ivánovich Gurdjieff (Alexandropol 1872-París 1949), maestro místico, escritor y compositor armenio que dio a conocer y transmitir las enseñanzas del Cuarto Camino en Occidente. <<

[113] Aleksandr Aleksándrovich Bogdánov (Goradnia 1873-Moscú, 1928), científico y erudito ruso. <<

[114] Pável Ivánovich Pestel (1793-1826) revolucionario e ideólogo ruso de la revuelta decembrista. <<

[115] Unificación o Muerte, también llamada La Mano Negra, era una organización secreta serbia de carácter terrorista y de ideología nacionalista con conexiones con algunos elementos paneslavistas del Gobierno de Serbia. <<

[116] Serguéi Dmitrievich Sazonov (1860-1927), estadista ruso que ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores entre 1910 y 1916. <<

[117] Nikolai Yanushkevich (1868-1918), Jefe del Estado Mayor del Cuartel General de la Armada Imperial rusa durante la Primera Guerra Mundial. <<

[118] Vladimir Aleksándrovich Sukhomlinov (1848-1926), general de caballería y ministro de la Guerra de 1906 a 1909. <<

[119] Aleksandr Nikoláyevich Benois (San Petersburgo 1870-París 1960). Su influencia en el ballet moderno es inconmensurable. <<

[120] Nikolai Konstantinovich Roerich (San Petersburgo 1874-India 1947). Ilustre artista ruso, filósofo, escritor, arqueólogo, viajero, creador de más de 7000 lienzos y de más de 30 obras literarias; también autor de la idea e inspirador del Acuerdo Internacional sobre la protección de las instituciones artísticas, científicas y los monumentos históricos (Pacto Roerich). <<

[121] Paul von Rennenkampf (1854-1918), general ruso que sirvió en el ejército durante más de cuarenta años. <<

[122] Alexandr Vasilievich Samsonov (Wittenberg 1859-Neidenburg 1914). General ruso que ingresó en el ejército a los 19 años y tomó parte en los principales conflictos bélicos de la época: la guerra contra los boxers, la confrontación ruso-japonesa y la Primera Guerra Mundial. Formado en la Escuela de Caballería de San Petersburgo, sus intervenciones bélicas le granjearon una merecida fama de general enérgico con habilidades de liderazgo. <<

[123] Yevgueni Ivánovich Zamyatin (Lebedyán 1884-París 1937). Fue uno de los escritores más brillantes de su generación. Se dio a conocer durante la Primera Guerra Mundial con la novela antibelicista *En el quinto infierno*. <<

[124] Benjamin Franklin Wedekind (Hannover 1864-Múnich 1918). Dramaturgo alemán. Su primera pieza teatral importante, *Despertar de Primavera* (1891) trata sobre el nacimiento de la sexualidad entre unos estudiantes y fue motivo de escándalo por contener escenas de suicidio y de masturbación. <<

[125] Ludwig Heinrich Mann (1871-1950) escritor alemán que destacó por sus obras de temática social y cuyos ataques contra la sociedad cada vez más autoritaria y militarista le llevaron al exilio en 1933. <<

[126] *Lulú*. Obra teatral de Frank Wedekind de fines del siglo XIX que anuncia el movimiento expresionista. <<

[127] Max Beckmann (1884-1950), pintor alemán nacido en Leipzig que comenzó a dibujar siendo un muchacho y en 1900 ingresó en la Academia de Artes de Weimar. <<

[128] La Berliner Secession fue una asociación artística fundada por artistas en 1898 como una alternativa a la Asociación de Artistas de Berlín, que estaba dirigida por el Estado y era de carácter conservador. <<

[129] Emil Nolde (Nolde 1867-Nordfriesland 1956) fue un destacado pintor expresionista alemán, influido por Van Goch, Munch y Ensor. <<

[130] Erich Heckel (1833-1970) fue un pintor alemán miembro fundador del grupo expresionista *Die Brücke* (El Puente). <<

[131] Hilmar Friedrich Wilhelm Bleyl, conocido como Fritz Bleyl (1880-1966) fue un artista alemán expresionista, uno de los cuatro fundadores del grupo artístico *Die Brücke*. <<

[132] Max Hermann Pechstein (1881-1955). Pintor expresionista alemán y artista gráfico. Formado en la Academia de Dresde, se integró en *Die Brücke* influido por la pintura fauvista francesa, sobre todo por Matisse. <<

[133] Otto Müller (Polonia 1874-1930). Pintor e ilustrador alemán del grupo expresionista *Die Brücke*. <<

[134] Karl Schmidt-Rottluff (1884-1976). Pintor e ilustrador alemán, miembro del grupo *Die Brücke*. <<

[135] Herwarth Walden (Berlín 1878-URSS 1941). Escritor y músico alemán. Fundó la revista *Der Sturm* (1910-1932) que, junto con *Die Aktion* de Franz Pfemfert, fue el principal órgano del movimiento expresionista. Abrió una importante galería de arte en la que promocionó a artistas alemanes y extranjeros de vanguardia, como Vasili Kandinsky. En 1932 se trasladó a Moscú. <<

[136] Alexej von Jawlensky (Torschok 1864-Wiesbaden 1941). Comenzó su formación artística en 1889 en San Petersburgo después de una carrera como oficial del ejército zarista. Estudió con Iliá Repin, quien le presentó a Marianne von Werefkin y a Elena Nesnakomoff, su esposa más tarde. <<

[137] El ruso Casimir Malevich inauguró en Petrogrado la exposición Cero-Diez, la última exposición futurista, donde presentó un conjunto de cuadros calificados como suprematistas. Eran obras completamente abstractas con predominio de figuras geométricas simples. <<

[138] *El profesor Unrat* de Heinrich Mann, fue publicada en 1905. Unrat enseña griego en una prestigiosa institución académica y lee con fruición a los clásicos. Pero un día conoce a Rosa Frölich, cantante y bailarina del cabaret *El ángel azul*. <<

[139] El RMS *Lusitania* fue un transatlántico británico para la Cunard Line en 1907. Durante la Primera Guerra Mundial el barco fue identificado y torpedeado por un submarino alemán, lo cual provocó la muerte de 1198 personas. La tragedia conmocionó al mundo y puso a la opinión pública en contra de Alemania, contribuyendo a la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. <<

[140] Nadezhda Konstantinovna Krúpskaya (San Petersburgo 1869-Moscú 1939) fue la esposa del revolucionario bolchevique Vladimir Ilich Ulianov, Lenin. Fue miembro del Partido Comunista así como creadora del sistema educativo soviético y de las bibliotecas rusas. <<

[141] Rosa Luxemburgo (Zamość 1871-Berlín, 1919). Militó activamente en el Partido Socialdemócrata alemán (SPD) hasta 1914. Se integró más adelante en el grupo internacional que en 1916 se convirtió en la Liga Espartaquista, grupo marxista que sería el origen del Partido Comunista de Alemania (KPD). Murió asesinada junto a Karl Liebknecht. <<

[142] Naum Gabo (1890-1977). Escultor constructivista, hermano menor de Antoine Pevsner. <<

[143] Alexandr Mijáilovich Rodchenko (San Petersburgo 1891-Moscú 1956). Diseñador gráfico, pintor y fotógrafo. Fue uno de los fundadores del constructivismo. Contrajo matrimonio con Varvara Stepánova. <<

[144] Ambroise Vollard (1868-1939). Marchante y galerista francés. <<

[145] Paul Guillaume (París 1891-1934), coleccionista y marchante de arte francés. Destacó en el coleccionismo de entreguerras en París. <<

[146] Daniel-Henry Kahnweiler (Mannheim 1884-París 1979). Escritor y marchante de arte, impulsor del movimiento cubista. <<

[147] Henry Morgenthau (1856-1946). Embajador estadounidense ante la Sublime Puerta de Constantinopla en 1913. Realiza gran serie de entrevistas con los miembros del partido Ittihad (Jóvenes Turcos), y escribió una denuncia del Genocidio Armenio. <<

[148] Jóvenes Turcos es el sobrenombre de un partido nacionalista y reformista otomano de principios del siglo XX, oficialmente conocido como Comité para la Unión y el Progreso. «Ittihad ve Terakki Cemiyeti», cuyos líderes llevaron a cabo una rebelión contra el sultán Abdul Hamid II. Gobernaron el Imperio Otomano desde 1908 hasta 1918 y llevaron a cabo el Genocidio Armenio. <<

[149] Borís Vladímirovich (1848-1917), político ruso que ocupó el cargo de Primer Ministro y ministro del Interior del Imperio Ruso durante 1916. <<

[150] Pável Nikoláyevich Miliukov (1859-1943), político ruso, fundador, líder y el miembro más destacado del Partido Democrático Constitucional, conocido como KDT, «kadetes». <<

[151] Lev Borísovich Kámenev (1883-1936), revolucionario bolchevique miembro del Politburó. Fue el primer jefe del Estado soviético entre el 9 y el 21 de noviembre de 1917. <<

[152] Aleksandr Iványovich Herzen (1812-1870). Ruso prooccidental escritor y pensador y uno de los padres principales de populismo agrario. Responsable de la creación de un clima ideológico que conduce a la emancipación de los siervos en 1861. Su autobiografía *Mi Pasado y Pensamientos* se considera el mejor ejemplar de este género en la literatura rusa. Autor de la novela social importante *¿Quién es responsable?* <<

[153] Ludwig Andreas Feuerbach (1804-872). Filósofo alemán, además de antropólogo considerado el padre intelectual del humanismo ateo contemporáneo, también denominado ateísmo antropológico. El materialismo crítico de Feuerbach tendrá un efecto profundo tanto en el pensamiento de Bakunin como en las teorías de Marx y Engels y, en general, en todo el denominado materialismo histórico. <<

[154] Octave Mirbeau (Normandía 1848-París 1917). Periodista, dramaturgo y escritor, crítico de arte con don de previsión, panfletario comprometido con la verdad y la justicia social. <<

[155] Príncipe Félix Féliksovich Yusúpov (San Petersburgo 1887-París 1967) fue un noble ruso. Debe su celebridad a su participación en el asesinato de Rasputín. <<

[156] Demetrio Pávlovich Romanov, Gran Duque de Rusia (Rusia 1891, Suiza 1942). En 1916 participó con el príncipe Félix Yusúpov, el diputado Vladimir Purishkévich otros conspiradores en el asesinato de Rasputín. Desterrado a la frontera persa, y al estallar la Revolución Rusa se trasladó a Europa Occidental. <<

[157] Palacio Táuride, en 1906, cuando se transformó en la sede del primer parlamento de Rusia, la Duma. Inmediatamente después de la Revolución de febrero de 1917, el Palacio Táuride alojó el Gobierno Provisional y al soviet de San Petersburgo. La fracasada Asamblea nacional Constituyente tuvo en el palacio sus reuniones en 1918. <<

[158] Nikolai Sesnenovich Chjeídze (1864-1926), dirigente menchevique y presidente del soviet de Petrogrado. <<

[159] Príncipe Gueorgui Yevguénievich Lvov (1861-1925), estadista ruso, presidió el primer gabinete del Gobierno Provisional de Rusia. <<

[160] Los «Oprichnik» pertenecían a la organización «Oprichnina» creada por el Zar Iván el Terrible para controlar el estado, y principalmente a la nobleza (Los Boyardos). <<

[161] Miguel Romanov, Gran Duque de Rusia (1878-1918), detentador de los derechos sucesorios al trono imperial entre el 15 y el 16 de marzo de 1917, en que renunció a ellos. <<

[162] Matvei Constantinovich Muránov (1873-1959). Elegido para la cuarta Duma por el Partido Bolchevique. Fue deportado a Siberia. A su retorno fue designado para el comité central del partido Comunista. <<

[163] Aleksandra Mijáilovna Kollontai (San Petersburgo 1872-Moscú 1952) fue una destacada política socialista, revolucionaria y feminista rusa, defensora de los derechos de la mujer. Nació en una familia aristocrática y fue educada por un instructor particular. Desde muy joven se interesó por el marxismo y estudió historia del trabajo en Zúrich. Se afilió al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en 1899. <<

[164] Karl Kautsky (Praga 1854-Ámsterdam 1938) fue un destacado teórico marxista. Nació en Praga, estudió historia y filosofía en la Universidad de Viena. En 1875 se convirtió en miembro del Partido Socialdemócrata de Austria. Entre 1885 y 1890, estuvo en Londres donde conoció a Engels. Después de la muerte de Engels, Kautsky se convirtió en uno de los más importantes e influyentes teóricos del socialismo y de la Segunda Internacional formando el núcleo marxista del partido junto a Bebel. En esa época, era considerado despectivamente por Trotsky entre otros, como el «legislador teórico del marxismo internacional». <<

[165] Karl Liebknecht (Leipzig 1871-Berlín, 1919), político y dirigente socialista alemán de origen judío. <<

[166] Franz Erdmann Mehring (Schlawe 1846-Berlín 1919). Publicista, político e historiador alemán. <<

[167] Clara Zetkin (1857-1933). Perteneció al Partido comunista de Alemania. Impulsora de la organización sufragista. <<

[168] David Rowland Francis (1850-1927), político demócrata estadounidense, gobernador de Missouri y Secretario de Estado del Interior. Embajador de EE. UU. en Rusia entre 1916 y 1917, durante la Revolución Rusa de 1917. <<

[169] Karl Berngárdovich Rádek (1885-1939). Nacido en Ucrania de familia judía. Su nombre original era Karol Sobelsohn, pero tomó el nombre de Rádek. Ingresó en el partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en 1898 y participó en la Revolución de 1905. Se unió al Partido Comunista después de la Revolución de Octubre. <<

[170] Grigori Yevséievich Zinoviev (1883-1936) fue un revolucionario bolchevique y un político de la URSS. Nació en Elizavetgrad y murió en Moscú. Fue amigo de Lenin y condenado al destierro y a prisión. Después de la muerte de Lenin formó el triunvirato directivo del Estado junto a Stalin y Kámenev. El 25 de agosto de 1936 murió ejecutado junto a Kámenev, acusado de oposición a Stalin. <<

[171] El doctor Aleksandr Izráil Lázarevich Gelfand, más conocido por su seudónimo Alexander Parvus. De familia judía, pasó su juventud en Odesa A los 19 años marchó a Suiza. Vinculado al marxismo, se trasladó a Alemania uniéndose al Partido Socialdemócrata, en el que mantuvo una estrecha colaboración con Rosa Luxemburgo. En 1900, Parvus se encontraría en Múnich con Lenin. La relación personal entre ambos fue amistosa y, hubo cierta admiración mutua hacia sus respectivas obras; Parvus le sugirió y financió la publicación de su panfleto revolucionario Iskra. <<

[172] Yakov Stanislavovich Ganetsky, también conocido como Jakob Fürstenberg (Varsovia 1879-1937) fue un prominente bolchevique cercano a Lenin, famoso por su colaboración en las finanzas del partido bolchevique a través de su estrecha relación de trabajo con Alexander Parvus. <<

[173] Ulrich Graf von Brockdorff-Rantzau (1869-1928). Diplomático alemán, ministro de Relaciones Exteriores de la República de Weimar y embajador en la URSS en la década de 1920. <<

[174] Román Vaslavovich Malinovsky (1876-1918), espía al servicio de la Ojrana, infiltrado en el partido bolchevique en los años que anteceden a la Revolución rusa de 1917. Secretario general de la Unión de Obreros Metalúrgicosde San Petersburgo. <<

[175] William Boyce Thompson (1869-1930), ingeniero y financiero estadounidense que promovió la ayuda económica a los bolcheviques. <<

[176] Lavr Gueórguievich Kornilov (1870-1918) fue un general del ejército ruso, comandante en jefe del mismo en 1917, más conocido por el intento de golpe de estado al gobierno provisional de durante la Revolución Rusa de 1917. <<

[177] «Orden N.º 1» (Petrogrado, 20 de abril de 1917). Conocida la Nota del Gobierno Provisional enviada a los países aliados, se ha generado una ola de indignación y furia en las unidades militares de la guarnición de Petrogrado. Un joven oficial, conocido por haber participado en la redacción de la Orden N.º 1 que dio el control al Soviet sobre las fuerzas armadas, el teniente Theodore Linde convocó a los representantes de su regimiento, la Guardia de Reserva Finlandesa, y los llamó a salir a las calles a manifestar contra el ministro Miliukov. <<

[178] Anatoli Vasilievich Lunacharski (Ucrania 1875-Francia 1933), dramaturgo, crítico literario y político comunista ruso. <<

[179] David Zimkhe Zelman Berov Goldendach (1870-1938), más conocido como David Riazánov, fue un intelectual marxista de origen ucraniano. Director del Instituto Marx-Engels de Moscú. <<

[180] V. Volodarsky (1891-1918), marxista revolucionario asesinado en 1918. <<

[181] Adolph Abramovich Joffe (Simferópol 1883-Moscú 1927), revolucionario comunista miembro del partido bolchevique y diplomático soviético de ascendencia judía. <<

[182] Mijaíl Pokrovski (Rusia, 1868-1932), miembro del partido bolchevique. <<

[183] Moiséi Solomónovich Uritski (Ucrania 1873-Petrogrado 1918) fue un revolucionario ruso líder bolchevique durante la Revolución rusa de 1917. <<

[184] Dmitri Manuilsky (Sviatets 1883-Kiev 1959). Perteneciente al partido bolchevique. Era el hijo de un sacerdote ortodoxo de un pueblo de Ucrania. Después de la escuela secundaria se matriculó en la Universidad de San Petersburgo. <<

[185] Lev Mijailovich Karajan Tiflis (1889-1937), revolucionario ruso de origen armenio y diplomático soviético miembro del Partido Comunista desde 1917. <<

[186] Máximo Gorki, pseudónimo de Alekséi Maksímovich Péshkov (Nizhny Novgorod 1868-Moscú 1936), escritor ruso identificado con el movimiento revolucionario soviético. <<

[187] Víctor Chernov (1873-1952), político social-revolucionario ruso, ministro del Gobierno Provisional Ruso. Era el principal ideólogo del partido. <<

[188] George Gordon Byron, conocido como Lord Byron (Londres 1788-Missolonghi 1824), poeta inglés considerado uno de los escritores más versátiles e importantes del romanticismo. Se involucró en revoluciones en Italia y Grecia. Falleció de malaria en la ciudad de Missolonghi. <<

[189] Valeri Yakóvlevich Briúsov (1873-1924). Poeta, dramaturgo, crítico literario e historiador. Fue uno de los principales miembros del simbolismo ruso. <<

[190] Viacheslav Mijáilovich Mólotov (1890-1986), revolucionario y diplomático soviético, figura destacada en el gobierno soviético durante la década de 1920, cuando ascendió al poder como protegido de Stalin hasta 1957, en que fue obligado a abandonar el Presidium. <<

[191] Grigori Konstantinovich Ordzhonikidze, revolucionario bolchevique más conocido como Sergo Ordzhonikidze (1886-1937) fue un político soviético, amigo cercano de Stalin. <<

[192] Féliks Edmúndovich Dzerzhinski (1877-1926), revolucionario de origen polaco, famoso como el fundador de la policía secreta bolchevique, la Cheka, agencia conocida por combatir a reaccionarios y mercenarios contrarrevolucionarios. <<

[193] Lenin murió el 21 de enero de 1924. El único médico a quién consentía a su lado era Fedor Aleksándrovich Guetier. Guetier, que era un médico excelente, y emancipado como hombre de todas esas fórmulas convencionales de la cortesía, sentía por Lenin y por su mujer un afecto verdaderamente conmovedor. En una época en que el enfermo había prohibido la entrada en su alcoba a todos los médicos, Guetier seguía visitándole. <<

[194] Yákov Mijáilovich Sverdlov (Nizhny Novgorod 1885-Örel 1919), conocido bajo los pseudónimos de Andrei, Mijalych, Maks, Smirnov y Permiakov, fue un político revolucionario, líder del partido bolchevique y alto funcionario de la Rusia anterior a la URSS. Fue, junto con el presidente del Soviet de los Urales, Filipp Goloshchokin, el autor intelectual del ajusticiamiento del Zar Nicolás II y su familia en Ekaterinburgo. <<

[195] Filipp Isáyevich Goloshchokin (1876-1934) fue un alto funcionario de la Rusia soviética que ocupó varios cargos directivos en los llamados Comités de Soviet durante la Revolución y uno de los responsables intelectuales, junto con Yákov Sverdlov, de la masacre de la familia del zar en Ekaterinburg en julio de 1918. <<

[196] Tradicionalmente, Kronstadt ha servido como base de la flota báltica rusa cercana a San Petersburgo. <<

[197] Estudiantes para oficiales junior en las escuelas militares rusas. <<

[198] John Silas Reed (Portland 1887-Moscú 1920), periodista y activista comunista norteamericano célebre por su testimonio de la Revolución Rusa: *Diez días que estremecieron al mundo*. <<

[199] Mariya Aleksándrovna Spiridonova (1884-1941), protagonista de la Rusia revolucionaria a principios del Siglo XX y destacada dirigente del Partido Social revolucionario de Izquierda. <<

[200] Ludwig Martens Karlovich (1875-1948) fue un revolucionario soviético, político e ingeniero. <<

[201] Yákov Mijáilovich Yurovski (1878-1938), revolucionario ruso de origen judío conocido por ejecutar al último emperador ruso, el zar Nicolás II y su familia. <<

[202] Conspiración de Tagansev, complot monárquico probablemente totalmente inventado por la propia Cheka. <<

[203] El Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, abreviado como NKVD, fue un departamento gubernamental soviético que tenía a su cargo determinados asuntos internos de la URSS. <<

ÍNDICE

Primera parte. El viento de la estepa
I. El corresponsal
II. Moscú
III. Yasnaia Poliana
IV. La vanguardia rusa
V. Contrapunto
VI. 1911
VII. 1912
VIII. 1913
IX. Los conspiradores
X. 1914
XI. Música, danza y política
Segunda parte. La tormenta
XII. Comienza el drama
XIII. Primera línea
XIV. 1915
XV. La consagración de la primavera
Tercera parte. La revolución
XVI. El alma rusa
XVII. El asesinato de Rasputín
XVIII. La revolución
XIX. El regreso de Lenin
XX. Todo el poder para los bolcheviques
XXI. Le Cirque Moderne
XXII. Algo está ocurriendo y se llama libertad
Cuarta parte. La dura realidad
XXIII. Mentiras y verdades
XXIV. Octubre
XXV. El encargo
XXVI. Una terrible catástrofe

Quinta parte. El final de un sueño
XXVII. Un reencuentro inesperado
XXVIII. La carta
XXIX. Viaje al pasado
XXX. Morir en libertad
XXXI. El rescate
Epílogo